

Sharpe



Sharpe en Waterloo

Bernard Cornwell

Lectulandia

Richard Sharpe parece haberse retirado y disfrutar modestamente de su media paga en Francia, cuando la gran batalla se presenta en el horizonte y le impulsa a movilizarse y ponerse a las órdenes de Wellington.

Con la narración de las emocionantes aventuras de Sharpe, que se halla en el centro mismo de la acción, durante los dos días previos a la batalla, Cornwell logra transmitir con un estremecedor realismo las condiciones que tuvieron que soportar los soldados de uno y otro bando, y aplica a esta compleja jornada la que siempre ha sido una de sus virtudes más reconocidas como narrador: lograr contar de un modo claro e intenso algo tan complejo y tumultuoso como una gran batalla.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe en Waterloo

Richard Sharpe y la batalla de Waterloo, 15-18 de junio de 1815

Richard Sharpe - 22

ePub r1.0

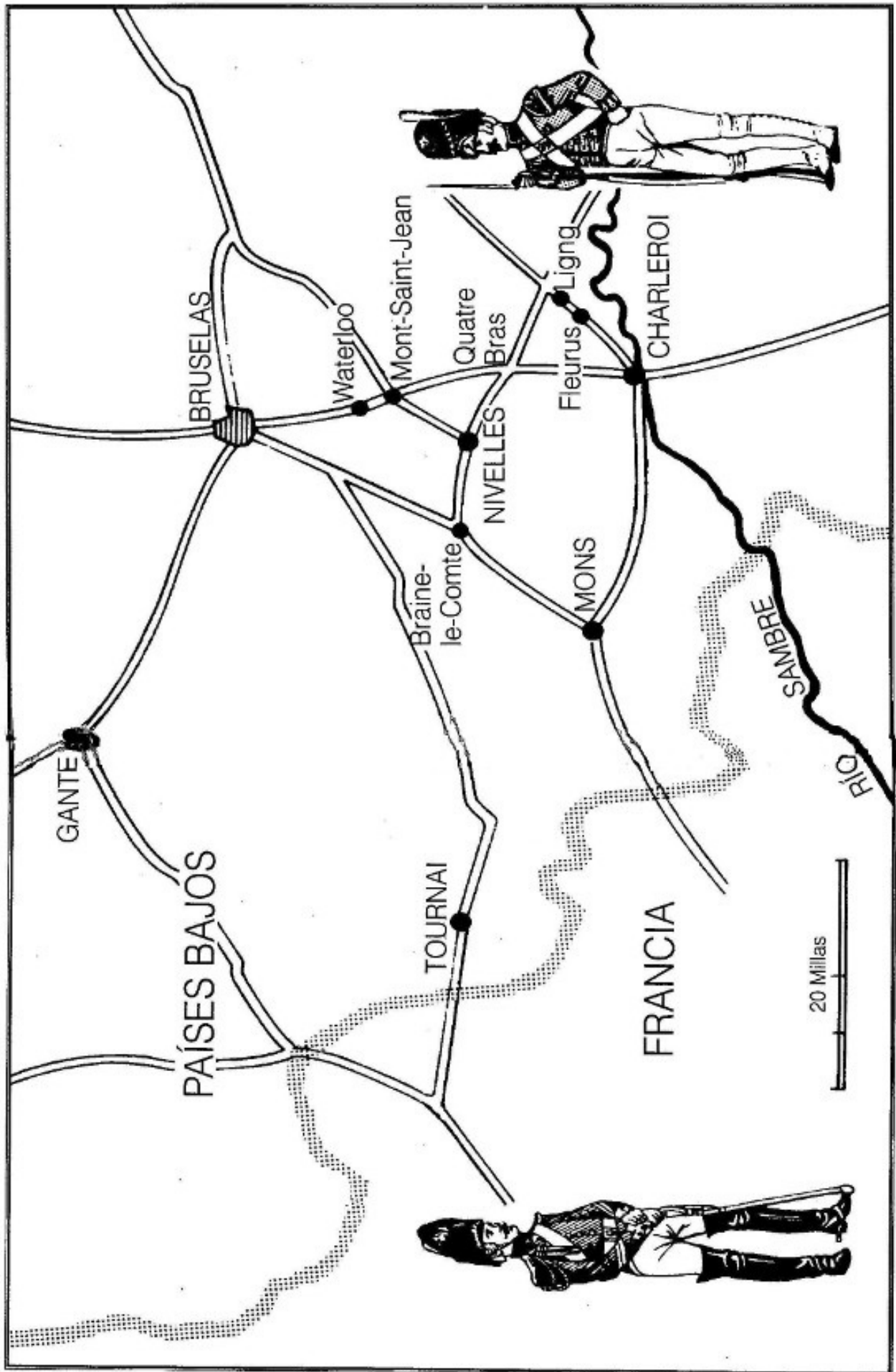
viejo_oso 18.05.14

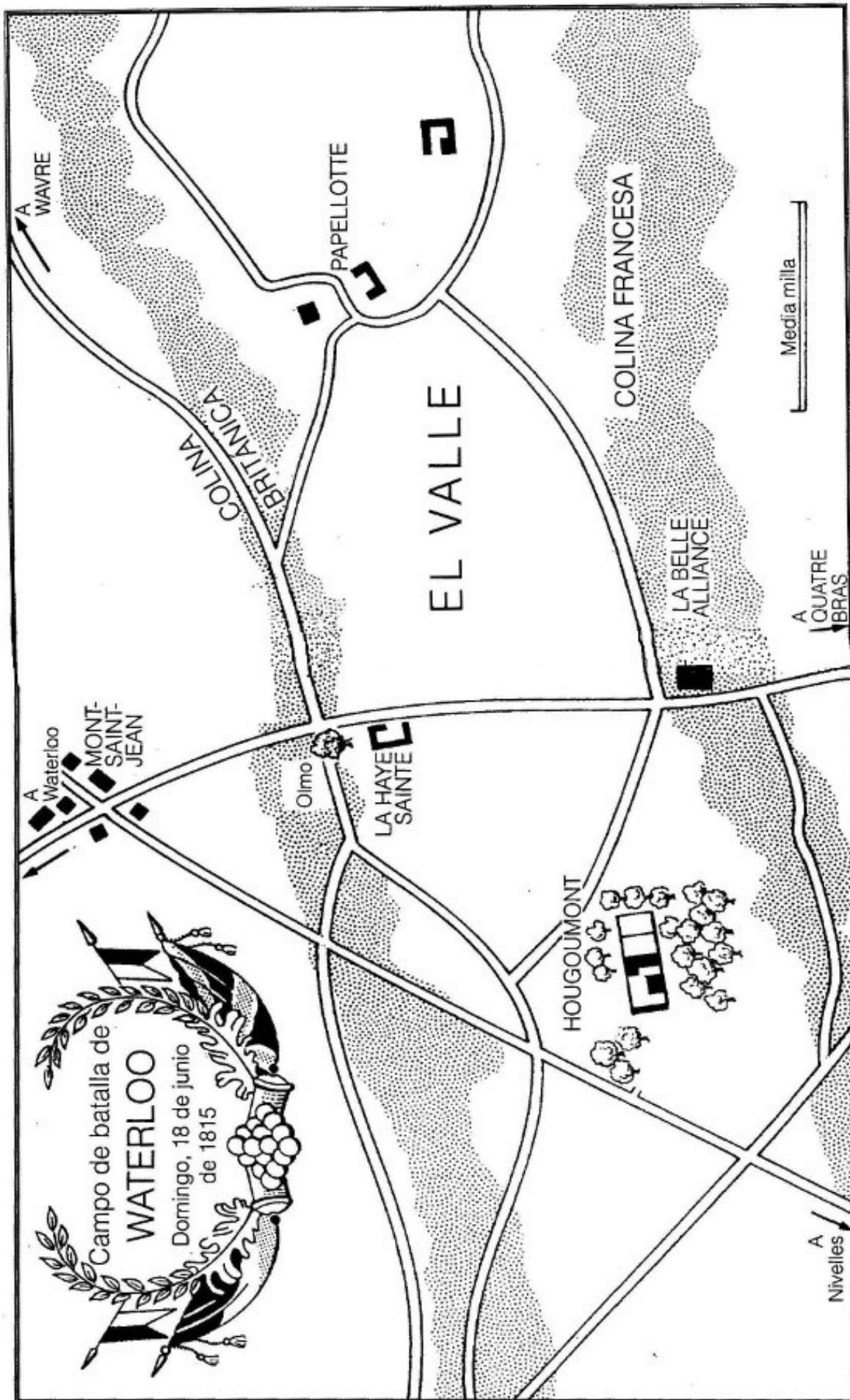
Título original: *Sharpe's Waterloo*
Bernard Cornwell, 1990
Traducción: Montse Batista

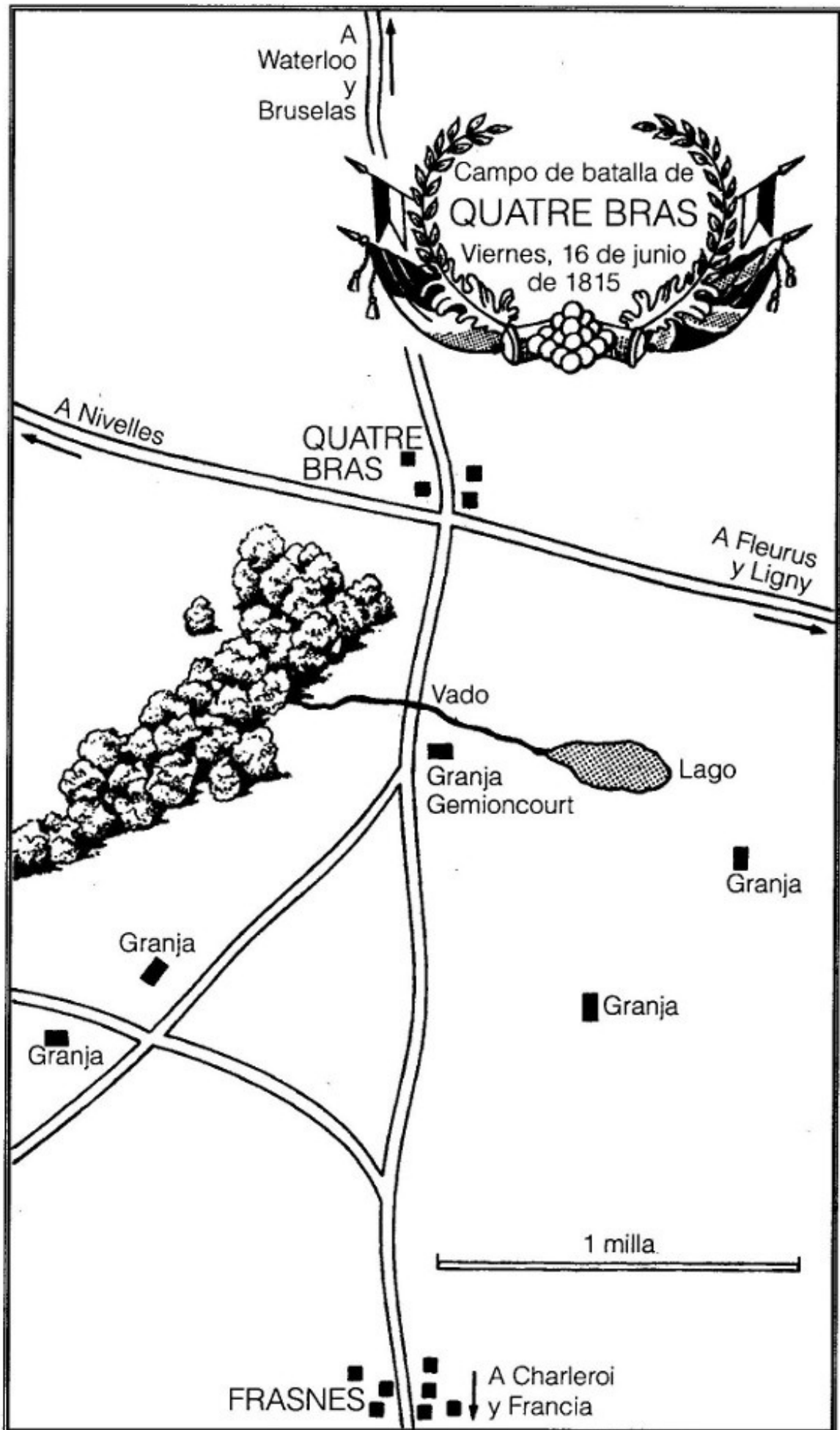
Editor digital: viejo_oso
Escaneo del texto: maperusa
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Sharpe en Waterloo es para Judy,
con todo mi amor.







PRIMER DÍA

JUEVES, 15 DE JUNIO DE 1815

CAPÍTULO 1

Amanecía en la frontera norte de Francia, un límite señalado únicamente por un riachuelo poco profundo que corría entre los troncos raquíticos de los desmochados sauces. Una carretera adoquinada vadeaba el arroyo. La carretera conducía al norte de Francia y se adentraba en la provincia holandesa de Bélgica, pero no había ningún puesto de guardia ni ninguna puerta que indicaran el lugar donde el camino abandonaba el Imperio francés para entrar en el Reino de los Países Bajos. Sólo había el riachuelo mermado por el estío del que emanaba una pálida neblina que se extendía sobre los densos campos de trigo, centeno y cebada.

El sol naciente apareció como una bola roja e hinchada suspendida a poca altura en medio de la tenue bruma. Al oeste el cielo todavía estaba oscuro. Un búho pasó volando por encima del vado, se ladeó, se metió en un hayedo y lanzó un último reclamo apagado que se perdió en medio del fuerte coro del amanecer, que parecía presagiar un día de verano radiante y caluroso en aquella fértil y plácida campiña. Un cielo completamente despejado prometía un día espléndido para la siega del heno, o un día para que los enamorados dieran un paseo a través de los bosques de espeso follaje y descansaran junto al verde frescor de la orilla de un riachuelo. Era un amanecer de pleno verano ideal en la frontera norte de Francia y, por un momento, por un último y doloroso momento, el mundo estaba en paz.

Entonces, cientos de cascos retumbaron al atravesar el vado y salpicaron de brillante agua la neblina. Unos hombres de uniforme con largas espadas en la mano cabalgaban hacia el norte, alejándose de Francia. Esos hombres eran dragones con cascos metálicos cubiertos de una apagada tela para que el sol naciente no se reflejara en el brillante metal y revelara su posición. Los jinetes llevaban mosquetes de cañón corto metidos en las pistoleras de sus sillas de montar.

Los dragones eran la vanguardia de un ejército. Ciento veinticinco mil soldados se dirigían marchando hacia el norte por todos los caminos que conducían al paso que atravesaba el río en Charleroi. Se trataba de una invasión; un ejército atravesaba en tropel una frontera sin vigilancia, con sus carros, carruajes, ambulancias, trescientos cuarenta y cuatro cañones, treinta mil caballos, fraguas portátiles, pontones, putas, esposas, estandartes, lanzas, mosquetes, sables y todas las esperanzas de Francia. Era el Ejército del norte del emperador Napoleón, y marchaba hacia las fuerzas holandesas, británicas y prusianas que le aguardaban.

Los dragones franceses cruzaron la frontera con las espadas desenvainadas, pero las armas no sirvieron para otra cosa que para dignificar ese momento con la escenografía apropiada, ya que no había ni siquiera un simple oficial de aduanas que se opusiera a la invasión. Sólo estaban la niebla y las carreteras vacías, y el distante cacareo de los gallitos al amanecer. Unos cuantos perros ladraron cuando los soldados

de caballería invasores capturaron los primeros pueblos holandeses sin encontrar resistencia. Los dragones golpeaban las puertas y los postigos de las ventanas con la empuñadura de sus espadas, y exigían que se les dijera si había algún soldado británico o prusiano que allí se alojara.

—Están todos en el norte. ¡Casi nunca aparecen por aquí! —Los aldeanos hablaban francés; de hecho, se consideraban ciudadanos franceses y por consiguiente recibían con copas de vino y ofrecimientos de comida a aquellos dragones con casco. Para los reacios holandeses la invasión era una liberación, e incluso el tiempo armonizaba con su alegría; el sol ascendía hacia un cielo totalmente despejado y empezaba a disipar la neblina que todavía ceñía los frondosos valles.

Los dragones avanzaban repiqueteando a buen paso por la carretera principal que conducía a Charleroi y a Bruselas, casi como si aquello fueran unas maniobras en Provenza en lugar de una guerra. Había un teniente de los dragones que daba tan poca importancia al peligro que contaba con entusiasmo a su sargento cómo la nueva ciencia de la frenología evaluaba las aptitudes humanas a partir de la forma del cráneo de una persona. El teniente opinaba que, cuando la ciencia se comprendiera adecuadamente, todos los ascensos en el ejército se basarían en cuidadosas mediciones de cráneo.

—Podremos calcular el coraje y la firmeza, el sentido común y la honradez, ¡y todo con un calibrador y una cinta métrica!

El sargento no respondió. Él y su oficial cabalgaban a la cabeza de su escuadrón, y por lo tanto se encontraban justo en el extremo del ejército francés que avanzaba. A decir verdad, el sargento no escuchaba la entusiasta explicación del teniente; en lugar de eso estaba en parte esperando a las chicas belgas y en parte preocupado por el momento en el que aquel precipitado avance se topara con los piquetes enemigos. Era inconcebible que los británicos y los prusianos hubieran huido, ¿no?

El teniente estaba un tanto resentido por la aparente falta de interés de su sargento por la frenología, aunque las cejas bajas y el ceño fruncido del sargento testimoniaban la razón científica de su incapacidad para aceptar nuevas ideas. No obstante, el teniente persistió en su intento de ilustrar a aquel soldado veterano:

—Se han realizado estudios sobre las clases criminales en París, sargento, y se ha descubierto una sorprendente correlación entre...

La sorprendente correlación siguió siendo un misterio, porque el seto que había a unos treinta metros por delante de los dos jinetes estalló en fuego de mosquetes y el caballo del teniente se desplomó con un disparo en el pecho. El caballo soltó un alarido. Se le llenaron los dientes de sangre espumosa y sacudió los cascos desesperadamente. El teniente, que salió despedido de la silla, recibió una patada en la pelvis con la sacudida de una pezuña. Gritó tan fuerte como su caballo, que en esos momentos bloqueaba la carretera con su agonía convulsiva. Los asombrados

dragones podían oír el golpeteo de las baquetas enemigas en los cañones de sus mosquetes. El sargento volvió la vista hacia los soldados de caballería:

—¡Que alguien mate a ese maldito caballo!

Más disparos martillearon desde el seto. Los emboscados eran buenos. Habían esperado a que los jinetes franceses estuvieran muy cerca antes de abrir fuego. Los dragones envainaron sus largas espadas y desfundaron sus carabinas, pero su puntería a caballo era poco certera, y la imprecisión de la carabina de cañón corto era sobradamente conocida. El caballo del teniente seguía agitándose y pataleando en el camino. El sargento gritaba a sus hombres que avanzaran. Sonó una trompeta por detrás que ordenaba a otro escuadrón que se colocara en fila dentro de un campo donde crecía el trigo. Un soldado de caballería le pegó un tiro al caballo del teniente, inclinándose sobre su silla para meter la bala justo en el cráneo del animal. Cayó otro caballo, con el hueso de una pata destrozado por una bala de mosquete. Un dragón yacía en la cuneta, con el casco caído sobre unas ortigas. Los caballos pasaron retumbando junto al teniente herido, y sus cascos lanzaban al aire el barro y el pedernal del camino. La larga espada del sargento brillaba con un resplandor plateado.

Más disparos, pero en esa ocasión las partículas de humo blanco estaban más dispersas a lo largo del seto.

—¡Se están retirando, señor! —le gritó el sargento a un oficial que había a lo lejos detrás de él; y entonces, sin esperar ninguna orden, espoléó a su caballo hacia adelante—. ¡A la carga!

Los dragones franceses atravesaron rápidamente la línea del seto. No vieron a ningún enemigo en el paisaje de sombras alargadas, pero sabían que los emboscados debían de andar cerca. El sargento, al sospechar que la infantería enemiga se ocultaba en el campo de trigo envuelto por la neblina, apartó su caballo del camino, lo obligó a cruzar una cuneta y subir hasta el trigal. Percibió movimiento al otro extremo del campo, cerca de un bosque de hojas oscuras. Eran soldados que corrían hacia los árboles. Vestían casacas de uniforme de color azul oscuro y llevaban unos chacós negros con ribetes plateados: infantería prusiana.

—¡Allí están! —El sargento señaló al enemigo con su espada—. ¡Vamos a por esos cabrones!

Treinta dragones siguieron al sargento. Metieron sus carabinas en las pistoleras de sus monturas y desfundaron sus largas espadas de hoja recta. Los mosquetes prusianos soltaron una fogarada desde la linde del bosque, pero los disparos fueron realizados a demasiada distancia y sólo un caballo francés cayó sobre el trigo. Los dragones restantes avanzaron rápidamente. El piquete enemigo que había emboscado a la vanguardia francesa se apresuraba a refugiarse en el bosque, pero algunos de ellos habían esperado demasiado para batirse en retirada, y los dragones les

alcanzaron. El sargento pasó al galope junto a un soldado, y con un cortante movimiento hacia atrás le propinó una cuchillada salvaje con su espada.

El soldado de infantería prusiano se tapó el rostro azotado por el acero con las manos e intentó volver a embutirse los ojos en sus cuencas. Otro soldado alcanzado por dos dragones se atragantó con su propia sangre.

—¡A la carga! —El sargento llevaba su espada hacia la infantería que se encontraba entre los árboles. Vio a los soldados prusianos que huían adentrándose en el sotobosque y sintió la violenta exultación de un soldado de caballería a quien le ofrecían un enemigo indefenso al que matar salvajemente, pero no vio la batería de cañones ocultos entre las profundas sombras del bosque, ni al oficial de artillería prusiano que ordenó a voz en cuello:

—¡Fuego!

El sargento gritaba a sus hombres que cargaran con fuerza contra el objetivo, y al minuto siguiente él y su caballo fueron alcanzados por el estallido metálico de un bote de metralla que explotó. Ambos murieron al instante. Por detrás del sargento los dragones se separaron a izquierda y derecha, pero murieron otros tres caballos y cuatro hombres más. Dos de los soldados eran franceses y los otros dos eran infantes prusianos que se habían retirado demasiado tarde.

El oficial de artillería prusiano vio que otro escuadrón de dragones amenazaba con flanquear su posición. Volvió la mirada hacia la carretera donde había aparecido todavía más caballería napoleónica y supo que no podía pasar mucho tiempo antes de que llegara el primer cañón de ocho libras francés.

—¡Enganchen los cañones a los arzones!

Los cañones prusianos galoparon hacia el norte, y cubrieron su retirada unos húsares de uniforme color negro que llevaban insignias con la calavera pirata en sus chacós. Los dragones franceses no les siguieron inmediatamente; en lugar de eso, espolearon a sus caballos y se adentraron en el bosque, donde encontraron las fogatas del campamento prusiano todavía ardiendo. Un plato de salchichas se había caído al suelo junto a una de las hogueras.

—¡Sabe igual que la mierda alemana! —Un soldado de caballería escupió en el fuego un bocado de carne.

Un caballo herido andaba cojeando por el trigal, intentando alcanzar a los demás potros de la caballería. Entre los árboles, dos prisioneros prusianos estaban siendo despojados de sus armas, comida, dinero y bebida. Los demás prusianos habían desaparecido hacia el norte. Los franceses, al tiempo que avanzaban hacia el extremo norte del bosque, observaron la retirada del enemigo. La niebla se había disipado. Las ruedas de los cañones prusianos que se retiraban habían dejado marcados unos senderos de cebada aplastada a través de los campos septentrionales.

Dieciséis kilómetros al sur, todavía en Francia, el pesado carruaje del emperador

esperaba al borde de la carretera. Los oficiales del estado mayor informaron a su majestad de que la frontera holandesa se había cruzado con éxito. Informaron que se había encontrado muy poca resistencia y que ésta había sido anulada.

El emperador recibió la noticia con un gruñido, y luego dejó caer la cortina de cuero para sumir en la oscuridad el interior del carruaje. Sólo habían pasado ciento siete días desde que, después de zarpar desde su exilio en Elba con apenas mil hombres, había tomado tierra en una playa desierta del sur de Francia. Sólo habían pasado ochenta y ocho días desde que reconquistara París, pero en esos pocos días había demostrado al mundo cómo formaba ejércitos un emperador. Doscientos mil veteranos habían vuelto a ser llamados a las filas de las águilas, los oficiales con media paga habían sido reintegrados a sus batallones y los arsenales de Francia se habían llenado. En aquellos momentos, ese nuevo ejército marchaba contra la escoria de Gran Bretaña y los mercenarios de Prusia. Era un amanecer de pleno verano y el emperador iniciaba su ataque.

El cochero hizo restallar su látigo, el carruaje del emperador dio una sacudida hacia delante, y empezó la batalla por Europa.

CAPÍTULO 2

Una hora después de que el bote de metralla hubiera abatido y destrozado al sargento de los dragones francés y a su caballo, otro soldado de caballería cabalgaba bajo el brillante sol estival.

Ese soldado se encontraba en Bruselas, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte del lugar donde el emperador inició la invasión de Bélgica. Era un oficial alto y bien parecido que iba vestido con las galas de color rojo escarlata y azul de la caballería real. Montaba un formidable corcel negro magníficamente almohazado y obviamente caro. El jinete llevaba un casco griego dorado con lana de color negro y rojo en la cimera y un penacho de plumas blancas. Sus descoloridos pantalones de gamuza todavía estaban húmedos, puesto que para lograr que quedaran bien ajustados a los muslos era mejor ponérselos mojados y dejar que se encogieran. Su pesada y recta espada, metida en una vaina dorada, colgaba de la gualdrapa de color azul real de su silla, que llevaba bordado el monograma del rey. Las botas negras del oficial le llegaban hasta las rodillas, las espuelas eran de acero dorado, la alforja refulgía por las lentejuelas y el bordado de oro, su casaca corta de color rojo escarlata iba rodeada de un fajín dorado, y el alto y duro cuello estaba cubierto de brillante galón blanco. Su silla de montar estaba revestida con lana de cordero y las cadenas de la barbada del caballo eran de plata pura; sin embargo, a pesar de toda aquellas llamativas galas, era el rostro del oficial británico lo más sorprendente.

Era un joven apuesto, y en las primeras horas de aquella mañana su expresión de plena felicidad lo hacía parecer aún más atractivo. Las lecheras y los barrenderos de la Rue Royale no tuvieron ninguna duda de que aquel oficial británico se alegraba de estar vivo, de que estaba encantado de encontrarse en Bélgica y de que esperaba que todo el mundo en Bruselas compartiera su evidente disfrute de la vida, la salud y la felicidad.

Se llevó la mano a la negra visera esmaltada de su casco, como respuesta al saludo del centinela con casaca roja que se hallaba ante una cara puerta principal, y siguió adelante a medio galope a través de las calles de Bruselas hasta que llegó a una gran casa en la Rue de la Blanchisserie. Todavía era temprano, pero en el patio de la casa había mucho movimiento de comerciantes y carretas que traían sillas, atriles, comida y vino. Un palafrenero se llevó la montura del soldado de caballería, al tiempo que un lacayo de librea se ocupó de su casco y de su pesada y voluminosa espada. El oficial de caballería se pasó una mano por el cabello largo y dorado mientras subía corriendo las escaleras que llevaban a la casa.

No esperó a que los criados abrieran las puertas, entró directamente al vestíbulo y luego a la gran sala de baile donde una veintena de pintores y tapiceros terminaban el trabajo de una larga noche durante la cual habían transformado el salón de baile en

una fantasía de seda suspendida. Unas brillantes bandas de tejido en color dorado, rojo escarlata y negro cubrían el techo, mientras que, entre las chillonas tiras de tela, un flamante papel pintado con emparrados cubiertos de rosas disimulaba las manchas de humedad que había en el enlucido de la habitación. Habían bajado las enormes arañas de la estancia al nivel del suelo, donde los sirvientes metían laboriosamente cientos de velas en los soportes de plata y cristal acabados de limpiar. Otros trabajadores enroscaban unas enredaderas de hiedra en unos pilares recién pintados de color naranja, al tiempo que una anciana esparcía tiza de sastre por el suelo para que los zapatos de baile no resbalaran sobre el lustrado parqué.

El oficial de caballería, claramente encantado con los esmerados preparativos, cruzó la habitación a grandes zancadas.

—¡Bristow! ¡Bristow! —Sus botas altas dejaron huellas sobre la tiza recién esparcida—. ¡Bristow! ¡Granuja! ¿Dónde está?

Un hombre de cabello cano y chaqueta negra, con el abrumado aspecto de ser el funcionario encargado de los preparativos para el baile, salió del comedor al oír que lo llamaban de aquella forma perentoria. Su expresión de fastidio se transformó de repente en una sonrisa de alegría en cuanto reconoció al joven oficial de caballería. Hizo una profunda reverencia.

—¡Señor!

—¡Buenos días, Bristow! Es un verdadero placer verle.

—Y es un placer volver a ver a su señoría. No sabía que su señoría estaba en Bruselas.

—Llegué ayer. Anoche. —El soldado de caballería, que se llamaba lord Rossendale, paseaba la mirada por la suntuosa decoración del comedor, donde las largas mesas estaban cubiertas con mantelerías blancas y copiosamente preparadas con cuberterías de plata y porcelana fina—. No podía dormir —dijo para explicar su temprana llegada—. ¿A cuántos invitados van a tener esta noche?

—Hemos repartido cuatrocientas cuarenta invitaciones, señor.

—Cuatrocientas cuarenta y dos. —Lord Rossendale sonrió a Bristow, y entonces, como si fuera un mago, sacó una carta que blandió ante el rostro del anciano sirviente—. Dos invitaciones, si es usted tan amable.

Bristow cogió la carta, la desdobló y la leyó. La carta era del secretario privado de su excelencia y admitía con mucho gusto que a lord John Rossendale se le entregara una invitación para el baile.

—Aquí sólo dice una invitación, señor.

—Dos, Bristow. Dos, dos, dos. Finja que no sabe leer. Insisto en que sean dos. ¡Tienen que ser dos! ¿O acaso quiere que cause estragos en las mesas para la cena?

Bristow sonrió.

—Estoy seguro de que podremos conseguir que sean dos, señor.

Bristow era el mayordomo del duque de Richmond, cuya esposa daba el baile en aquella enorme casa alquilada. Existía una reñida competición por asistir. Una gran parte de la sociedad londinense se había trasladado a Bruselas para pasar el verano, había oficiales del ejército a los que les daría mucha pena que no los invitaran, y también había que entretener a la aristocracia local. La respuesta de la duquesa ante el entusiasmo que tantas personas mostraban por asistir había consistido en que imprimieran entradas pero, aun así, Bristow creía que como mínimo habría el mismo número de intrusos que de personas con invitación. No hacía ni dos días que la duquesa había dado instrucciones de que no se regalaran más pases, pero era muy poco probable que tal prohibición se aplicara a lord Rossendale, cuya madre era íntima amiga de la duquesa de Richmond.

—Su excelencia ya está desayunando. ¿Le gustaría acompañarla? —le preguntó Bristow a lord John.

Lord John siguió al mayordomo hacia las estancias privadas, donde, en un pequeño y soleado salón, la duquesa mordisqueaba una tostada.

—Nunca puedo dormir antes de un baile —le dijo a lord John a modo de saludo; luego lo miró parpadeando de asombro—. ¿Y tú qué haces aquí?

Lord John besó la mano de la duquesa. Ella llevaba puesta una bata de seda china y tenía el pelo recogido bajo una cofia. Era una mujer de mucho genio y extraordinario atractivo.

—Vine a buscar invitaciones para vuestro baile, por supuesto —dijo lord John con ligereza—. Supongo que lo dais para celebrar mi llegada a Bruselas.

—¿Qué estás haciendo en Bruselas?

—Me han destinado aquí —explicó lord John—. Llegué anoche. Hubiera venido antes, pero a uno de los caballos de nuestro carruaje se le cayó una herradura y tardamos cuatro horas en encontrar a un herrero. Tampoco pude dormir. Es demasiado emocionante —sonrió alegremente, esperando que la duquesa compartiera su alegría.

—¿Estás con el ejército?

—Claro. —Lord John tiró de la chaqueta de su uniforme como si eso demostrara sus credenciales—. Harry Paget preguntó por mí, le supliqué a Prinny que me diera permiso y al final cedió. —A lord John, aunque era oficial de caballería, nunca le habían permitido servir en el ejército. Era oficial de campo del príncipe regente, el cual se había negado rotundamente a prescindir de sus servicios; pero Henry Paget, conde de Uxbridge, que era otro amigote del príncipe y que también estaba al mando de la caballería británica, había logrado persuadir a este último para que diera una oportunidad a lord John. Lord John se rió mientras se acercaba al aparador, donde se sirvió tostadas, jamón y café—. Prinny está terriblemente celoso. Cree que debería estar aquí para luchar contra Napoleón. Y hablando de él, ¿hay alguna noticia?

—Arthur no espera saber de sus tonterías hasta julio. Creemos que tal vez haya abandonado París, pero nadie está completamente seguro. —Arthur era el duque de Wellington—. Le pregunté a Arthur si corríamos algún peligro al dar nuestro baile esta noche y me aseguró que no. Él mismo va a celebrar un baile la próxima semana.

—Debo decir que la guerra es un verdadero suplicio. —Lord John sonrió a la duquesa desde el aparador.

La duquesa hizo caso omiso de su poca seriedad, y en cambio dedicó al elegante joven una mirada de lo más suspicaz.

—¿Has venido solo?

Lord John sonrió de manera encantadora mientras regresaba a la mesa.

—Bristow tendrá la gentileza de conseguirme dos invitaciones.

—¿Supongo que se trata de esa mujer?

Lord John vaciló y luego asintió.

—Es Jane, en efecto.

—Maldito seas, Johnny.

La duquesa lo había maldecido en un tono muy suave, pero aun así sus palabras molestaron a lord John. Sin embargo, se sentía demasiado intimidado por la anciana mujer para protestar de una manera locuaz.

La duquesa supuso que tendría que escribir a la madre de lord John y confesarle que ese estúpido muchacho había llevado a su amada a Bruselas. Ella le echaba la culpa al ejemplo de Harry Paget, que se había escapado con la esposa del hermano menor de Wellington. Las muestras de adulterio tan manifiestas como aquélla se convirtieron de pronto en el deporte de moda entre los soldados de caballería, pero muy fácilmente podía transformarse en un deporte sangriento, y la duquesa temía por la vida de lord John. También la ofendía el hecho de que un joven tan encantador y tan buen partido como lord John hiciera alarde de su insensatez.

—Si estuviéramos en Londres, Johnny, ni se me ocurriría dejar que ella asistiera a un baile, pero supongo que Bruselas es diferente. De hecho, no hay manera de saber quiénes son la mitad de esas personas. Pero a mí no me presentes a esa chica, John, porque no la recibiré, ¡de verdad que no lo haré! ¿Comprendes?

—Jane es sumamente encantadora... —Lord John inició una defensa de su desairada amada.

—No me importa si es igual de hermosa que Titania y tan encantadora como Cordelia; sigue siendo la mujer de otro hombre. ¿No te preocupa su marido?

—Lo haría si estuviera aquí, pero no está. Cuando terminó la última guerra encontró a una criatura francesa y se fue a vivir con ella, y, por lo que sabemos, todavía se encuentra en Francia —lord John soltó una risita—. Es probable que Napoleón encarcelara a ese pobre idiota.

—¿Crees que está en Francia? —la duquesa sonó aterrada.

—Lo que es seguro es que no está con el ejército, me aseguré de ello.

—Ah, mi querido Johnny... —la duquesa bajó su taza de café y dirigió una mirada compasiva a su joven amigo—. ¿Se te ocurrió comprobar la lista del ejército holandés?

Lord John Rossendale no respondió. Se limitó a quedarse mirando fijamente a la duquesa.

Ella hizo una mueca.

—El teniente coronel Sharpe se encuentra en el estado mayor del Esbelto Billy, Johnny.

Rossendale palideció. Durante un segundo dio la impresión de que sería incapaz de reaccionar, pero al final recuperó el habla.

—¿Está con el príncipe de Orange? ¿Aquí?

—No en Bruselas, pero sí muy cerca. El Esbelto Billy quería a algunos oficiales del estado mayor británicos porque está al mando de tropas británicas.

Rossendale tragó saliva.

—¿Y tiene con él a Sharpe?

—Así es.

—¡Oh, Dios mío! —El rostro de Rossendale se había vuelto blanco como el papel—. ¿Va a venir Sharpe esta noche? —preguntó, despavorido.

—Desde luego, yo no lo he invitado, pero tuve que darle al Esbelto Billy una veintena de invitaciones, así que, ¿quién sabe a quién puede traer? —La duquesa vio el miedo en el rostro de su joven amigo—. Tal vez sea mejor que te vayas a casa, Johnny.

—No puedo hacer eso. —El hecho de huir hubiera sido considerado el más vergonzoso de los actos por parte de lord John; sin embargo, le aterrorizaba quedarse. No sólo había convertido a Sharpe en un cornudo, sino que, además, durante el proceso le había robado con eficacia su fortuna y ahora descubría que su enemigo no estaba perdido en Francia, sino que se encontraba con vida y cerca de Bruselas.

—Pobre Johnny —dijo con sorna la duquesa—. De todos modos, ven a bailar esta noche. El coronel Sharpe no se atreverá a matarte en mi sala de baile porque no le voy a dejar.

Pero yo en tu lugar le devolvería a su mujer y procuraría encontrar a alguien más adecuado. ¿Qué me dices de la chica Huntley? Tiene una fortuna decente y no es fea del todo.

—La duquesa mencionó a otra media docena de chicas, todas ellas un buen partido y de familia noble, pero lord John no la escuchaba. Estaba pensando en un soldado de cabello oscuro y lleno de cicatrices a quien había empobrecido y convertido en un cornudo; un soldado que había jurado matarle como venganza.

A unos sesenta y cinco kilómetros al sur, el teniente de los dragones que había

sido golpeado por su caballo moribundo se desangraba en las ortigas que había junto a la cuneta. Murió antes de que ningún cirujano pudiera llegar hasta él. El criado del teniente le robó las posesiones al difunto.

Se quedó con las monedas del oficial, el relicario que llevaba alrededor del cuello y sus botas, pero tiró el libro sobre frenología. Los soldados de la primera infantería francesa descuartizaron el caballo muerto del teniente con sus bayonetas y marcharon sobre Bélgica con los trozos de carne sangrantes colgando de sus cinturones. Una hora después el carruaje del emperador pasó por delante del cadáver y molestó a las moscas que habían estado paseándose sobre el rostro del teniente muerto y poniendo huevos en su boca y en sus ensangrentados orificios nasales.

Hacía cuatro horas que había empezado la campaña.

* * * *

Los cañones prusianos se retiraron al norte de Charleroi. El oficial de artillería se preguntó por qué no se le había ocurrido a nadie volar el puente que cruzaba el río Sambre en el centro de la ciudad, pero supuso que cerca de Charleroi debía de haber vados que hubieran convertido la destrucción del magnífico puente de piedra en un gesto inútil. En cuanto los cañones se hubieron marchado, la caballería prusiana, uniformada de negro, se quedó esperando en la ciudad, al norte del río, como refuerzo de la brigada de infantería, mientras ésta registraba de arriba abajo las casas cercanas al puente en busca de muebles que, con bastante desgana, transformaron en una barricada en el extremo septentrional del mismo. Los habitantes de la ciudad, en un alarde de sensatez, se metieron en sus casas y cerraron los postigos. Muchos de ellos sacaron sus banderas tricolores de los escondites en los que las habían guardado cuidadosamente. Bélgica había formado parte de Francia hasta hacía sólo un año, y a mucha gente de aquella zona de la provincia les molestaba haberse convertido en parte de los Países Bajos.

Los franceses se aproximaron a Charleroi por todos los caminos del sur. Los dragones de casaca verde fueron los primeros en llegar a la ciudad, seguidos por los coraceros y los lanceros rojos. Ninguno de los jinetes intentó abrirse camino a la fuerza por la barricada y cruzar el puente. En lugar de eso, los lanceros rojos, muchos de los cuales eran belgas, se dirigieron al trote hacia el este en busca de un vado. En la orilla norte del río, un escuadrón de húsares prusianos seguía de cerca a los lanceros rojos, y fueron esos húsares los que, al dar la vuelta a una curva del Valle del Sambre, descubrieron a un grupo de ingenieros franceses levantando un pontón en la orilla sur. Seis de los ingenieros habían ido nadando hasta la ribera septentrional, donde estaban atando una cuerda a un enorme olmo. Los húsares desenvainaron sus sables para hacer retroceder a aquellos hombres desarmados de vuelta al río, pero la

artillería francesa ya se había acercado a la orilla del sur y, en cuanto los húsares se pusieron al trote, la primera descarga cayó al otro lado del agua. Rebotó a unos pocos metros por delante del avance de los húsares y fue a parar a un bosque, cuyas ramas cubiertas de hojas atravesó y rompió con estrépito.

El capitán de los húsares les gritó a sus hombres que volvieran. Vio uniformes rojos más arriba, en la misma orilla del río, lo cual demostraba que los lanceros habían encontrado un sitio por el que cruzar. Condujo a sus hombres de vuelta a Charleroi, donde se observaba el parpadeo de un poco entusiasta combate de mosquetes. Los dragones franceses habían tomado posiciones en las viviendas que había al sur, mientras que la infantería prusiana, con sus casacas de color azul oscuro y sus chacós negros, se alineaban en la barricada. El capitán de los húsares informó a un comandante de brigada prusiano de que la ciudad ya estaba flanqueada, y la noticia fue suficiente para hacer que la mayor parte de la infantería prusiana marchara con brío hacia el norte. Una última y burlona descarga francesa astilló la barricada hecha de muebles y la ciudad quedó en silencio. Los húsares prusianos, a los que habían dejado con un batallón de infantería para guarnecer la mitad norte de Charleroi, esperaron a que la infantería francesa llegara a la ciudad y ocupara las casas de la ribera sur del río. Los vidrios se estrellaron estrepitosamente contra los adoquines cuando los soldados rompieron los cristales de las ventanas para usarlas como burdas aspilleras para los mosquetes.

A unos ochocientos metros al sur del puente, los primeros oficiales del estado mayor francés revolvían la correspondencia en la oficina de correos en busca de cartas que hubieran podido enviar los oficiales aliados y que proporcionaran alguna pista sobre los planes de británicos y prusianos. Esas pistas aumentarían la vergonzosa riqueza de información que hacía poco había entrado en el cuartel general de Napoleón gracias a los belgas que deseaban desesperadamente volver a formar parte de Francia. Las brillantes banderas tricolores que colgaban de los pisos superiores de las casas recién liberadas de Charleroi eran una prueba de ese anhelo.

Un general francés de los dragones encontró a un coronel de infantería con anteojos en una taberna cercana al río, y exigió furiosamente que se le explicara por qué no se había capturado el puente de la barricada. El coronel le contó que él todavía estaba a la espera de recibir órdenes, y el general, como soldado de caballería que había sido antaño, maldijo y le gritó que a un oficial francés no le hacían falta órdenes cuando el enemigo estaba tan a la vista.

—¡Ataque ahora, maldito estúpido, si no quiere renunciar a formar parte de las fuerzas del emperador!

El coronel, ducho en dirigir una guerra de manera apropiada, interpretó como excitación el grosero entusiasmo del general, y con tacto intentó calmar al anciano explicándole que lo más sensato era esperar que la artillería llegara a la ciudad y sólo

entonces preparar un ataque contra la infantería que defendía el puente desde la barricada.

—Dos descargas de los cañones serán suficientes para acabar con ellos —explicó el coronel—, y por nuestra parte no habrá necesidad de sufrir ninguna baja. Es lo más prudente, ¿no lo cree? —El coronel dedicó al general una sonrisa condescendiente—. ¿Tal vez al general le apetecería tomar una taza de café?

—¡A la mierda su café! ¡Ya la mierda usted! —El general de los dragones agarró al coronel por la chaqueta de su uniforme y tiró de él hasta que estuvo tan cerca que pudo oler el aliento a ajo y brandy del general—. Voy a atacar el puente ahora —gruñó el general—, y si lo capturo volveré aquí, le arrancaré sus malditas pelotas prudentes y pondré al frente de su regimiento a un hombre de verdad.

Soltó al coronel y se escabulló por la puerta de la taberna hacia la calle. Una bala de mosquete prusiano le pasó volando por encima de la cabeza y fue a dar contra la pared de una casa cubierta de carteles que anunciaban una feria que iba a celebrarse en la festividad de San Pedro y San Pablo. Alguien había pintado con cal un eslogan con letras enormes por encima de la sarta de carteles: VIVE L'EMPEREUR!

—¡Usted! —le gritó el general a un teniente de infantería que se refugiaba en un callejón del intermitente fuego prusiano—. ¡Traiga a sus hombres! Sígame. ¡Corneta! ¡Toque de reunión! —El general le hizo señas a su ordenanza para que le trajera el caballo y, haciendo caso omiso de los disparos de los mosquetes prusianos, se subió a la silla y desenvainó su espada—. ¡Franceses! —gritó para reunir a todo aquel soldado que pudiera oírle—. ¡Bayonetas! ¡Sables!

El general sabía que debían tomar la ciudad, y el día seguía avanzando con rapidez; se disponía a dirigir un variopinto ataque contra los soldados de la infantería prusiana que flanqueaban la burda barricada. En uno de los extremos de la pila de muebles creyó ver un punto más bajo por donde un caballo tal vez podría saltar el obstáculo. Espoleó a su caballo para ponerlo al trote y los cascos hicieron saltar chispas de los adoquines.

El general era consciente de que probablemente iba a morir, puesto que la infantería disfrutaba matando a la caballería y él iba a ser el jinete que encabezaría el ataque contra el puente, pero el general era un soldado y ya hacía tiempo que había aprendido que el verdadero enemigo de un soldado es el temor a la muerte. Si se vencía ese miedo, la victoria era segura, y la victoria traía consigo gloria y fama, medallas y dinero y, lo mejor de todo, lo más dulce, lo más glorioso y maravilloso de todo: la modesta sonrisa burlona de un bajito emperador de pelo negro que le daría unas palmaditas al general de los dragones como si se tratara de un perro fiel. La idea de aquel favor imperial hizo que el general apretara el paso de su caballo y alzara su maltrecha espada.

—¡A la carga! —Detrás de él, estimulados con su ejemplo, una irregular

concentración de dragones desmontados e infantería sudorosa se dirigió en tropel hacia el puente. El general, con los blancos bigotes manchados de tabaco, espoleó a su caballo en dirección al puente.

La infantería prusiana apuntó sus mosquetes por encima de la barricada.

El general vio que los destellos del sol brillaban reflejados en las decoraciones metálicas de los mosquetes.

—¡Maten a esos cabrones! ¡Maten a esos cabrones! —gritaba para ahuyentar su propio miedo.

De pronto, la barricada se desvaneció en medio de una explosión de humo que los fogonazos de los mosquetes hendieron como fragmentos de luz, y el largo bigote blanco del general recibió el golpe de una bala y le arrancó el lóbulo de la oreja izquierda; pero ésa fue la única herida que recibió, siempre había sido un hombre afortunado. Alcanzó a ver unos altos hierbajos que se agitaban dentro del agua plateada bajo el puente. Dio un fuerte golpe de talones hacia atrás y su poco elegante y feo caballo saltó torpemente por encima de las sillas amontonadas que había en el extremo derecho de la barricada. El caballo se alzó a través de la humareda maloliente, y el general vio que una bayoneta se dirigía hacia el vientre del animal; blandió su espada hacia abajo y desvió de un golpe la bayoneta y de pronto el caballo había aterrizado sin ningún percance al otro lado de los muebles y corría para escapar del humo. Los húsares prusianos que habían estado esperando a unos cincuenta metros del puente para tener espacio suficiente y poder cargar contra cualquier atacante que se abriera paso a través de la infantería espolearon a sus caballos y avanzaron, pero el general no les hizo caso. Dio media vuelta a su caballo de nuevo hacia la barricada y dirigió a toda prisa al animal contra los asustados soldados de infantería.

—¡Cabrones! ¡Cabrones!

Mató a un soldado prusiano hundiéndole con fuerza la espada en la garganta por encima del duro cuello de color negro de su chaqueta. Los soldados de infantería huían corriendo. No había muchos prusianos en el puente, pues sólo se esperaba de ellos que retrasaran el avance francés. Desde el lado francés los fogonazos hendían el aire hacia el otro lado de los muebles, y el general gritó a sus soldados que cesaran sus disparos y echaran abajo la barricada.

La infantería prusiana se dirigía corriendo hacia el norte. La caballería, al ver que los franceses habían capturado el puente con una facilidad insolente, se dio la vuelta para seguir a los soldados de a pie. El general francés, consciente de que se había ganado la palmadita en la cabeza por parte del emperador, gritó con burla y desdén ante su retirada:

—¡Cabrones pusilánimes! ¡Mariquitas! ¡Gallinas! ¡Quedaos y luchad, escoria! — Escupió y luego envainó su espada. La sangre que brotaba de su oreja le estaba

empapando la charretera izquierda, con sus cadenas faltas de lustre y su águila dorada.

La infantería francesa empezó a dismantelar la barricada. El único infante prusiano muerto, cuyo uniforme ya habían desvalijado en busca de comida y monedas, yacía junto al puente. Un sargento de los dragones apartó el cuerpo, al tiempo que otros soldados de caballería cruzaban el puente en tropel. Una mujer salió corriendo de una de las casas de la orilla norte, y casi fue atropellada por un estrepitoso escuadrón de dragones. La mujer llevaba un ramillete de violetas secas cuyos pétalos descoloridos casi eran de color lila. Se dirigió hacia el estribo del general francés y levantó el patético ramillete ofreciéndoselo a aquel hombre de rostro adusto.

—¿Él va a venir? —preguntó ella.

No hacía falta decir quién era «él», bastaba con ver la ansiosa expresión de su cara.

El ensangrentado general sonrió.

—Va a venir, *ma poule*.

—Son para usted. —Ofreció al general las flores mustias.

Desde el principio al fin del exilio de Napoleón, la violeta había sido el símbolo de los bonapartistas porque era la flor que, al igual que el destronado emperador, resurgiría en primavera.

El general bajó la mano y cogió el pequeño ramo. Se prendió las frágiles flores en un ojal de su ribeteado uniforme y luego se inclinó y le dio un beso a la mujer. Al igual que ella, el general había rezado y esperado el retorno de la violeta; ahora había llegado y seguramente florecería más gloriosamente que nunca. Francia estaba en camino, Charleroi había caído y ya no había más ríos entre el emperador y Bruselas. El general, presintiendo la victoria, hizo girar a su caballo para ir a buscar al coronel de infantería que se había negado a atacar el puente y cuya carrera militar, por consiguiente, había terminado. A Francia no le hacía falta prudencia, sólo audacia y victoria, y aquel hombre bajito de pelo negro que sabía cómo hacer que la gloria fuera brillante como el sol y dulce como el aroma de las violetas. *Vive l'Empereur*.

CAPÍTULO 3

Un único jinete se aproximaba a Charleroi, por el oeste. Cabalgaba por la orilla norte del Sambre atraído hacia la ciudad por el sonido de las descargas de mosquete que una hora antes habían resonado con fuerza, pero que en aquellos momentos se habían apagado para dar paso al silencio.

El hombre montaba un caballo grande y dócil. Se notaba que no le gustaban los caballos y cabalgaba mal. Era un hombre alto de rostro curtido en el que la hoja de una espada había dejado una cicatriz que le proporcionaba un semblante burlón y sardónico, salvo cuando sonreía. Tenía el cabello negro con un mechón blanco, como un tejón. Un perro iba trotando obedientemente detrás del caballo. El perro era adecuado compañero del hombre, porque era grande, fiero y desaliñado.

El hombre llevaba puestas unas botas de la caballería francesa, muy remendadas, pero que todavía eran flexibles y se ajustaban a la pantorrilla. Por encima de las rayadas botas, vestía unos pantalones de peto de la caballería francesa que estaban reforzados con cuero allí donde la entrepierna y el interior de las perneras rozaban con la silla. Las rayas de color rojo de las costuras externas del peto hacía tiempo que se habían desteñido y eran de un apagado tono púrpura. Por encima del peto llevaba una descolorida casaca de color verde adornada con los restos de un negro ribeteado. La casaca era el uniforme de los fusileros británicos del 95.º, aunque tan gastado y remendado que bien podría pertenecer a un vagabundo. El sombrero tricornio de color marrón que llevaba aquel hombre no provenía ni del ejército francés ni del británico, sino que había sido adquirido en el mercado de la ciudad normanda de Caen. La escarapela con los colores rojo escarlata, oro y negro de los Países Bajos resaltaba de manera llamativa en el sombrero.

En una pistolera de la silla de montar de aquel hombre había un rifle Baker fabricado en Gran Bretaña. Metida en el cinturón con hebilla en forma de serpiente había una pistola alemana de cañón largo, mientras que en la cadera izquierda llevaba una estropeada vaina metálica que albergaba una espada de la caballería pesada británica. Aquel hombre era una pantomima de un soldado, vestido con los harapos de un uniforme combinado y sentado sobre su caballo con la misma gracia que un saco de harina.

Se llamaba Sharpe, Richard Sharpe, y era soldado británico. Provenía de los bajos fondos, era el hijo de una prostituta y solamente se había salvado de la horca aceptando el chelín del rey y alistándose como soldado raso del 33.º Regimiento de Infantería. Se convirtió en sargento, y posteriormente, merced a un acto de valentía suicida, fue uno de los pocos soldados que ascendieron desde la tropa para convertirse en oficial. Se había unido a los fusileros del 95.º y más adelante estuvo al mando de los Voluntarios del Príncipe de Gales de casaca roja. Había combatido en

Flandes, en la India, en Portugal, España y Francia. Casi toda su vida había sido soldado, y últimamente granjero en Normandía, atraído hacia la tierra de sus enemigos por una mujer que había conocido por casualidad en medio del caos de la paz. En aquellos instantes, debido al caos de la guerra y a que el exiliado Napoleón había regresado a Francia y había provocado un nuevo período de lucha en Europa, Sharpe era un teniente coronel de los dragones ligeros belgas del 5.º, un regimiento al que no conocía, no tenía ningún deseo de conocer y al que no habría reconocido aunque se hubieran alineado y le hubiesen atacado. El ascenso no era más que una estratagema para otorgarle a Sharpe algo de categoría en el estado mayor del príncipe de Orange, pero, en lo que al propio Sharpe concernía, él seguía siendo un fusilero.

El sol naciente que sesgaba el valle del Sambre deslumbraba a Sharpe. Se echó el sombrero tricornio hacia los ojos. El terreno por el que cabalgaba era pantanoso y le obligaba a trazar un intrincado recorrido para evitar las zonas más traicioneras. Iba mirando al norte para asegurarse de que no aparecían tropas enemigas que lo inmovilizaran contra el río. No es que pensara que los disparos que había oído los hubieran ocasionado los franceses. No se esperaba que avanzaran hasta julio y, por supuesto, no en aquella parte de Bélgica, por lo que Sharpe sospechaba que las descargas de mosquete habían sido provocadas por soldados prusianos que hacían prácticas de tiro; sin embargo, la larga relación con las sorpresas de la guerra había alentado a Sharpe a investigar el asunto.

Su caballo hacía que las aves acuáticas alzaran el vuelo, y en una ocasión perturbó a todo un campo de conejos que se fueron correteando hasta los setos presas del pánico. Su perro, al olfatear el desayuno, salió en su persecución.

—¡Nosey, cabrón! ¡Ven aquí! —El perro se llamaba *Nosey* en recuerdo del duque de Wellington; «Nosey», o «el entrometido» para sus soldados, se había pasado veinte años dándole órdenes a Sharpe, por lo que, cuando éste encontró al perro, en tiempos de paz, había decidido devolverle el cumplido.

Nosey volvió de mala gana hacia Sharpe con el rabo entre las piernas; entonces vio algo al otro lado del río y emitió un ladrido de advertencia. Sharpe vio a unos jinetes. Por un segundo supuso que eran prusianos, pero luego reconoció la forma de los cascos cubiertos de tela. Dragones. Franceses. Su corazón se aceleró. Había pensado, tras la batalla de Toulouse, que sus días de combate se habían terminado, que un emperador exiliado en Elba auguraba una Europa en paz, pero ahora, catorce meses después, el antiguo enemigo volvía a estar a la vista.

Espoleó a su caballo a medio galope. Así que los franceses habían cabalgado hasta Bélgica. Tal vez no fuera nada más que una incursión de caballería. Los dragones enemigos habían visto a Sharpe, y condujeron sus caballos hacia el borde del agua aunque ninguno de ellos intentó cruzar el profundo río. Dos de los jinetes de casaca verde desenfundaron sus carabinas y apuntaron a Sharpe, pero su oficial gritó

a los soldados de caballería que no dispararan. El fusilero estaba demasiado lejos para que las escopetas de cañón corto y ánima lisa fueran efectivas.

Sharpe torció su camino, alejándose del río, y guió a su caballo junto a un campo de centeno que había crecido tan alto como una persona. La senda del prado conducía colina arriba y, tras escoger una delicada senda a través de un enmarañado bosquecillo en el que las raíces de los árboles proporcionaban un punto de apoyo traicionero para el caballo, Sharpe se deslizó por un montículo de tierra hasta un camino lleno de surcos donde le envolvieron las sombras y quedó oculto a los ojos de los dragones gracias a los árboles que se arqueaban por encima de su cabeza. De la alforja sacó un mapa raído y arrugado. Lo desplegó con cuidado, cogió un cabo de lápiz de su bolsa de munición e hizo una cruz sobre el lugar en el que había visto a la caballería enemiga. La posición era aproximada, puesto que no estaba seguro de lo lejos que se encontraba de Charleroi.

Guardó el mapa, sacó el tapón de su cantimplora y tomó un trago de té frío. Se quitó el sombrero, que dejó la marca del borde de la copa en su cabello sucio. Se frotó la cara, bostezó y volvió a embutir la cabeza en el sombrero. Chasqueó la lengua y espoleó a su caballo hacia el extremo de una zanja sobre un terraplén, desde donde obtuvo una distante vista por encima de las bajas colinas que había al norte de Charleroi. En el centro de aquel paisaje una columna de humo se levantaba en un camino, pero, aun con la ayuda del viejo y estropeado catalejo, Sharpe no pudo distinguir qué clase de tránsito era el que levantaba aquella polvareda ni en qué dirección viajaba.

Podría ser que hubiera una explicación inocente para esa nube de polvo; podría haberla causado una manada de vacas conducidas al mercado, o un regimiento prusiano de maniobras, o incluso una cuadrilla de trabajadores dando martillazos a los adoquines en la calzada de caliza y pedernal de la carretera; sin embargo, los disparos de mosquete que Sharpe había oído con anterioridad y la presencia de dragones enemigos en la ribera sur del Sambre sugerían una causa más siniestra.

¿Una invasión? Hacía días que no habían llegado noticias desde Francia, lo cual demostraba que el emperador había prohibido todo tipo de tránsito por la frontera; pero ese silencio no era necesariamente un indicio de una invasión inmediata, sino más bien del encubrimiento del lugar exacto en el que estaban concentradas las fuerzas francesas. Los mejores servicios de inteligencia aliados insistían en que los franceses no estarían preparados hasta el mes de julio y que su ataque avanzaría por Mons, no por Charleroi. La carretera de Mons ofrecía la ruta más corta hacia Bruselas, y, si Bruselas caía, el emperador conseguiría hacer retroceder a los británicos hasta el mar del Norte y a los prusianos hacia el otro lado del Rin. Para los franceses, Bruselas significaba la victoria.

Sharpe espoleó a su caballo y bajó por el sendero surcado de rodadas que

descendía hasta un valle poco profundo antes de subir entre dos pastos que no estaban cercados con setos. Se desvió hacia la derecha porque no quería que el polvo del barro seco del sendero revelara su presencia. La yegua respiraba pesadamente mientras subía al trote por las praderas. Estaba acostumbrada al ejercicio, pues cada mañana durante las últimas dos semanas Sharpe la había ensillado a las tres en punto y había cabalgado con ella hacia el sur para ver despuntar el amanecer sobre el valle del Sambre; pero aquella mañana, al oír el traqueteo de los mosquetes al este, había llevado a la yegua mucho más lejos de lo habitual. Ese día también amenazaba con ser el más caluroso de todo el verano, pero los temores que a Sharpe le ocasionó la misteriosa presencia del enemigo hicieron que obligara a la bestia a seguir adelante.

Si eso era la invasión francesa, la noticia debía llegar rápidamente al cuartel general aliado. Los ejércitos británico, holandés y prusiano vigilaban casi ciento treinta kilómetros de vulnerable frontera holandesa; los prusianos por el este y los británicos y holandeses por el oeste. Las fuerzas aliadas se habían desplegado como una red para atrapar a un emperador, pero se suponía que, en cuanto el emperador tocara la red, ésta se contraería y la presa quedaría enredada en ella. Ésa era la táctica, pero el emperador era tan consciente de aquellas esperanzas aliadas como cualquier oficial británico o prusiano, y estaría planeando cortar la red en pedazos y destrozarlos a todos por separado. La urgente obligación de Sharpe era descubrir si aquél era el golpe cortante del emperador, o si simplemente se trataba de una incursión de caballería emprendida en lo más profundo de la provincia belga.

Desde la cima de la siguiente colina vio a más dragones franceses. Se hallaban a unos ochocientos metros de distancia, pero estaban en el mismo lado del río que Sharpe y le impedían aproximarse a Charleroi. Ellos lo vieron y espolearon a sus caballos hacia delante, así que Sharpe hizo girar a su cansada yegua hacia el norte y la puso al galope. Cruzó el camino, atravesó ruidosamente un prado y descendió hasta un pequeño valle donde una maraña de espinos crecía a ambos lados de un hilito de agua. Sharpe obligó al caballo a atravesar los arbustos y entonces volvió a girar hacia el este. Vio un bosque a lo lejos delante de él. Pensó que, si pudiera alcanzar el refugio de aquellos árboles, tal vez habría ocasión de observar la carretera desde el otro lado del bosque.

Los dragones franceses se contentaron con perseguir al jinete solitario hasta que se alejó y no lo siguieron. Sharpe le dio unas palmadas en el cuello a la yegua, que estaba empapada de sudor.

—¡Vamos, chica! ¡Vamos! —Era un caballo de caza de seis años, dócil y fuerte, uno de los caballos que el amigo de Sharpe, Patrick Harper, había traído consigo de Irlanda.

En el bosque, enmarañado con viejos árboles enormes, hacía más fresco y reinaba el silencio. Nosey iba trotando detrás de la yegua. Sharpe iba despacio, abriéndose

paso con el caballo entre los antiguos troncos y los leños cubiertos de musgo caídos tiempo atrás. Mucho antes de llegar al extremo del bosque supo que aquello no era una simple incursión de caballería. Tuvo la certeza cuando oyó el característico e inolvidable golpeteo y sonido metálico de la artillería al desplazarse.

Frenó el caballo, desmontó y ató las riendas a una rama baja de un roble. De la alforja sacó un trozo de cuerda, que anudó en forma de traílla alrededor del cuello de *Nosey*; luego extrajo su fusil de la funda de la silla, lo amartilló y avanzó en silencio. Llevaba la cuerda del perro en la mano izquierda y el fusil en la derecha.

El bosque terminaba en un campo de trigo que descendía en pendiente por la colina hacia el camino sin setos desde donde se levantaba el polvo para quedar suspendido en la calurosa atmósfera. Sharpe, que había desplegado su catalejo, miraba fijamente al antiguo y conocido enemigo.

La infantería francesa, con sus casacas de color azul, marchaba sobre el trigo pisoteado a ambos lados del camino, dejando así la superficie más dura de la carretera libre para el paso de la artillería. Los cañones eran de doce libras. Cada pocos minutos los cañones hacían un alto cuando alguna obstrucción interceptaba el camino de la larga columna. Los oficiales del estado mayor galopaban sobre magníficos caballos por las anchas cunetas de la carretera. En la pendiente del otro lado del valle un escuadrón de lanceros rojos atravesaba un trigal a medio galope y cada uno de los caballos iba dejando unos rectos surcos de plantas aplastadas.

Sharpe no tenía reloj, pero calculó que estuvo en el extremo del bosque unas dos horas, durante las cuales contó veintidós cañones y cuarenta y ocho carros de avituallamiento. Vio también dos carruajes que quizá transportaran a oficiales de alto rango, y le dio vueltas a la idea de que uno de los carruajes podría pertenecer al mismísimo emperador. Sharpe había combatido contra los franceses durante veinte años, pero nunca había visto al emperador; y de golpe y porrazo, una repentina y pueril imagen de un hombre con rabo hendido, cuernos afilados y colmillos demoníacos acechó los temores de Sharpe, que se avivaron con la verdadera reputación que tenía el emperador de ser un genial soldado cuya presencia en un campo de batalla era más valiosa que todo un cuerpo de soldados.

Los franceses seguían su marcha hacia el norte. Sharpe contó dieciocho batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería, uno de los cuales, formado por dragones, cabalgaba muy cerca de su escondite en el extremo del bosque, pero ninguno de los soldados de caballería franceses dirigió la mirada a la izquierda para ver el lugar donde el inglés y su perro permanecían entre las sombras. Los jinetes franceses estaban tan cerca que Sharpe pudo ver sus *cadettes*, las trenzas que enmarcaban el rostro de cada uno de aquellos hombres como señal de distinción. El equipo que llevaban tenía aspecto de ser nuevo y de calidad, y sus caballos estaban bien alimentados. En España los franceses habían fustigado y hecho

correr a sus caballos hasta extenuarlos, pero aquellos escuadrones acababan de montar en unos animales fuertes y sanos.

Una caballería recién montada, dieciocho batallones de infantería y veintidós cañones no constituían un ejército, pero sin duda representaban una amenaza. Sharpe era consciente de que lo que estaba viendo era mucho más que una incursión de caballería, aunque no estaba seguro de si se trataba de la verdadera invasión. Era posible que aquellos hombres no fueran más que un poderoso amago pensado para atraer a los aliados hacia Charleroi, mientras la auténtica ofensiva francesa, estimulada por la presencia del emperador, atacaba a unos cuarenta kilómetros al oeste en Mons.

Sharpe se deslizó alejándose de la línea de los árboles y trepó cansinamente a la silla. Ahora su trabajo consistía en comunicar al cuartel general de los aliados lo que había visto: que los franceses habían cruzado la frontera y que, por lo tanto, la campaña había empezado. Sharpe recordó que Lucille, que fielmente había abandonado Francia para permanecer a su lado, había sido invitada a un caro baile de moda que se celebraría en Bruselas aquella misma noche. El gasto sería en vano, pues el emperador había modificado el calendario social. Sharpe, que detestaba bailar, sonrió ante la idea, dio la vuelta y espoleó al caballo para regresar a casa.

A unos tres kilómetros de distancia, en las calles de Charleroi, el emperador estaba sentado a la puerta de la posada Belle Vue. Habían aparcado su carruaje donde no se viera, y a su blanco caballo de silla lo habían amarrado a un poste al borde del camino, así los soldados que pasaban creerían que su emperador se dirigía a la guerra a caballo y no transportado con tapizada comodidad. Los hombres vitoreaban a su monarca: *Vive l'Empereur! Vive l'Empereur!* Los tambores, que con sus redobles marcaban tediosamente el ritmo de la marcha, prorrumpián en jubilosas ráfagas de sonido cuando su emperador estaba cerca. Las tropas no podían acercarse a su ídolo ya que lo protegían unos miembros de la guardia con sombreros de piel de oso, pero algunos soldados rompieron filas para besar el pálido caballo del emperador.

Napoleón no mostró ninguna reacción ante la adulación de sus soldados. Se quedó sentado sin moverse, envuelto en un gabán a pesar del opresivo calor que hacía y con el rostro oculto por el pico de su sombrero puesto de adelante hacia atrás para que sus ojos quedaran ensombrecidos. Estaba sentado en una silla baja, la cabeza inclinada con un aspecto que a todo el mundo le parecía el de un genio sumido en la contemplación; sin embargo, estaba profundamente dormido.

Al otro lado del puente capturado, un oficial de artillería francés le dio un puntapié al fallecido soldado de infantería prusiano y lo tiró al río Sambre. Por unos instantes el cadáver quedó atrapado en un tronco medio hundido, luego un remolino liberó al muerto y se lo llevó hacia el oeste.

Hacía seis horas que había empezado la campaña.

Sharpe salió del bosque e hizo girar a la yegua hacia el noroeste. El fatigado caballo se enfrentaba a un viaje de al menos treinta kilómetros a través del frondoso campo, por lo que lo mantuvo a un trote reposado. El sol estaba alto y apretaba tanto como en los días que Sharpe recordaba de las largas campañas en España. El perro, sin aparentes muestras de cansancio, iba delante deambulando con entusiasmo.

Pasaron cinco minutos antes de que Sharpe advirtiera la presencia de los dragones franceses que lo seguían. Los jinetes enemigos se perfilaban contra el horizonte al sur y Sharpe supuso que debían de haberle seguido la pista desde que había salido de entre los árboles. Se maldijo por su falta de cuidado y clavó sus talones para que la cansada yegua fuera más deprisa. Esperaba que los franceses se contentaran con echarlo de la carretera y no con perseguirlo y apresararlo, pero en cuanto hizo que la yegua acelerara el paso, los franceses espolearon igualmente a sus caballos.

Sharpe puso rumbo hacia el oeste alejándose de la carretera que iba a Bruselas y donde se suponía que los dragones estaban vigilando. Durante treinta minutos forzó al caballo, siempre con la esperanza de que su huida convenciera a los dragones para que abandonaran la persecución, pero los franceses eran testarudos, o tal vez la caza representaba un cambio agradable en su aburrido día. Sus caballos estaban más frescos y paulatinamente se iban acercando a Sharpe, quien, para ahorrarle fuerzas a la yegua, trató de evitar las peores colinas, pero al final se encontró atrapado en un largo valle y se vio obligado a conducir a la yegua por una pronunciada cuesta cubierta de hierba que conducía a un horizonte desnudo.

La yegua enfiló valerosamente la ladera de la colina, pero ni siquiera el largo descanso en el oscuro y fresco bosque le había devuelto todas sus fuerzas. Sharpe la espoleó para alcanzar un desgarrado galope que hizo que su pesada espada se sacudiera en la vaina y que el disco de la empuñadura le golpeará dolorosamente contra el muslo izquierdo. Los dragones, agrupados como jinetes de una carrera de obstáculos, llegaron al pie de la pendiente. Uno de los franceses había desenfundado su carabina y probó a disparar a Sharpe de lejos, pero la bala pasó silbando por encima de su cabeza sin causarle daño.

La yegua resollaba cuando alcanzó la cima. Quiso pararse en seco pero Sharpe la hizo pasar a través del hueco de un seto que crecía desordenadamente, y la espoleó para atravesar un prado ondulado que había sido arado años atrás, y los viejos surcos formaban todavía ondulaciones que se presentaban ante Sharpe como olas de pálida hierba. Sharpe galopaba por las olas herbosas y la yegua recorría pesadamente el terreno duro y desigual sacudiéndolo a él con cada paso que daba. Nosey se adelantó a toda velocidad, retrocedió describiendo un círculo, ladró alegremente y luego corrió junto a la sufrida yegua. Sharpe se giró para mirar a sus espaldas y vio que los

primeros dragones alcanzaban la línea del horizonte. Se habían dispersado y corrían a toda velocidad con intención de capturarlo. El campo acaballonado se extendía en declive por delante de Sharpe y descendía hacia un extenso y oscuro robledal desde el cual salía un camino de carro en dirección norte que iba hacia una granja grande con paredes de piedra y aspecto de un fuerte en miniatura. Sharpe volvió a mirar atrás, los dragones más próximos estaban sólo a unos cincuenta metros de distancia. Habían desenfundado sus largas espadas y sus caballos ensenaban los dientes. Sharpe intentó desenvainar su espada pero al soltar la mano derecha de las riendas casi se cayó e inmediatamente la yegua trató de detenerse.

—¡Vamos! —le gritó a la yegua, y con las espuelas le raspó con fuerza las ijadas—. ¡Vamos!

Miró hacia la derecha, media docena de dragones galopaba a toda velocidad para impedirle la retirada por el camino de carro. Soltó unas feroces maldiciones e hizo virar de nuevo a la yegua un poquito hacia el oeste, pero no hizo más que proporcionar a sus perseguidores un mejor ángulo para acercarse a él. El bosque sólo estaba a unos cien pasos de distancia, pero la sudorosa yegua estaba reventada y aminoraba la velocidad. Aunque el caballo lograra llegar a los árboles los dragones enseguida alcanzarían a Sharpe en medio de la maraña de maleza. Maldijo en silencio. Si sobrevivía estaría condenado a pasarse la guerra como prisionero.

A lo lejos, el sonido de una trompeta atronó el aire con un desafío e hizo que Sharpe se girara asombrado para ver que unos jinetes con casacas negras salían en tropel sin orden ni concierto de los edificios con aspecto de fortaleza de la granja. Debía de haber al menos veinte soldados de caballería que bajaban espoleando a sus caballos por el camino de carro. Sharpe reconoció a una caballería prusiana. Los cascos de los caballos levantaban montones de nubes de polvo y el brillante sol refulgía, hermoso y cruel, en los desenfundados sables de los soldados.

Los dragones que se encontraban más cerca de los prusianos se dieron la vuelta inmediatamente y galoparon de nuevo colina arriba para reunirse con sus camaradas. Sharpe le propinó un último y desesperado golpe de talones a su yegua y agachó la cabeza cuando ésta atravesó estrepitosamente un helechal y entró así en el fresco margen del bosque. No iría más lejos, se limitó a subir y quedarse bajo los árboles temblando, sudando y resoplando. Sharpe desenvainó su enorme espada.

Dos dragones con uniforme de color verde siguieron a Sharpe entre los árboles. Se acercaban a toda velocidad, el soldado que iba en cabeza se dirigía hacia Sharpe por su izquierda y el otro por su derecha. Sharpe se encontraba de espaldas a sus atacantes, y la yegua estaba demasiado exhausta y era demasiado terca para darse la vuelta. Dio un golpe con la espada por delante de su cuerpo para parar el ataque del soldado que estaba a su izquierda. La hoja del francés sonó como una campana contra la espada de Sharpe y bajó rozando el acero hasta que la detuvo el pesado disco de la

empuñadura. Sharpe se quitó de encima la hoja del dragón y desesperadamente dio un revés con la larga espada para recibir la arremetida del segundo soldado. Fue un golpe tan furioso que Sharpe perdió el equilibrio, pero también aterrorizó al segundo dragón que evitó la sibilante hoja dando un frenético viraje. Sharpe se agarró a la crin de su yegua para volver a ponerse derecho. Los dos dragones habían pasado galopando junto a Sharpe y en ese momento intentaban dar la vuelta a sus caballos para una segunda acometida.

En el prado que había detrás de Sharpe los jinetes prusianos se estaban alineando para enfrentarse a los dragones que quedaban, los cuales, superados en número, se habían retirado cautelosamente hacia la línea del horizonte. Aquel enfrentamiento no era asunto de Sharpe; lo que sí le concernía eran los dos jinetes que en ese instante estaban frente a él en el bosque. Dirigieron la mirada más allá de donde se encontraba Sharpe para calcular la mejor manera de reunirse con sus camaradas, aunque estaba claro que primero querían ver muerto a Sharpe.

Uno de ellos empezó a sacar la carabina de su pistolera.

—¡A por él, *Nosey!* —gritó Sharpe, y al mismo tiempo clavó sus espuelas de una manera tan salvaje que la exhausta y asombrada yegua avanzó con una sacudida y casi hizo caer a Sharpe de su alta silla de húsar. Les gritó a los dos soldados tratando de asustarles. El perro se echó encima del soldado más próximo quien, cargado con la carabina y la espada, no pudo atravesar al perro con su acero, entonces la yegua de Sharpe chocó con el caballo del francés y la enorme espada embistió al dragón. La hoja golpeó en la visera del casco cubierto de tela del soldado, que resonó en sus oídos como un toque de difuntos. El asediado francés chilló desesperadamente pidiendo ayuda a su compañero que trataba de situarse detrás de Sharpe para propinarle al inglés una estocada directa en la espalda.

Sharpe volvió a acometer con su espada y en esa ocasión el golpe aterrizó en la parte trasera del casco. El acero rasgó el forro de lona y dejó al descubierto un destello del metal mellado. El dragón dejó caer su carabina y a tientas trató de asir su espada que le colgaba de la muñequera. Fue torpe y no pudo cogerla. Sharpe arremetió contra él, pero *Nosey* había asustado al caballo del francés que se dio la vuelta y se alejó llevándose al dragón fuera del alcance de Sharpe, a quien le escocían los ojos por el sudor. Todo parecía difícil. Espoleó a su caballo y avanzó con la espada en alto cuando un grito que sonó por detrás le hizo girarse en la silla. Vio a dos soldados de caballería alemanes que apretaban el paso de cara al segundo soldado francés.

Se oyó el sonido del choque de espada contra sable y un grito que fue acallado súbitamente. Sharpe buscó de nuevo a su propio adversario pero el primer dragón ya había tenido suficiente y ofrecía su espada en sumisa rendición.

—¡*Nosey!* ¡Baja! ¡Suéltalo!

El segundo dragón estaba muerto, le cortó el cuello un sable de húsar. Su asesino, un desdentado sargento prusiano, sonrió abiertamente a Sharpe y luego limpió su hoja curva pasándola por un manojito de pelos de la crin de su caballo. El sargento llevaba una calavera pirata de plata en su chacó de color negro, una visión que hizo que el prisionero de Sharpe se pusiera aún más nervioso. Los demás franceses se batían en retirada ladera arriba, no estaban dispuestos a presentar batalla contra los más numerosos húsares de uniforme negro. El oficial de los húsares iba al frente de sus hombres y provocaba al oficial francés para que se batiera en duelo, pero éste era demasiado astuto como para arriesgar su vida con tan vanas heroicidades.

Sharpe alargó la mano y tomó las riendas del caballo del dragón.

—Desmonte —le habló en francés.

—¡El perro, *monsieur*!

—¡Desmonte! ¡Dese prisa!

El prisionero desmontó y salió del bosque a trompicones. Cuando se quitó el abollado casco resultó tener un hirsuto cabello rubio sobre un rostro de nariz respingona. A Sharpe le recordó a Jules, el hijo del molinero de Seleglise que solía ayudarlo con el rebaño de ovejas de Lucille y que tanto se había entusiasmado con el regreso a Francia de Napoleón. El dragón apresado tembló cuando la caballería alemana lo rodeó.

El capitán prusiano se dirigió a Sharpe en un enojado alemán. Sharpe dijo que no con la cabeza.

—¿Habla usted inglés?

—*Nein. Français, peut-être?*

Hablaron en francés. La ira del capitán de los húsares la había provocado la negativa del francés de luchar con él.

—¡Hoy no está permitido que nadie luche! Nos ordenaron salir de Charleroi. ¿Por qué diablos hemos venido a los Países Bajos? ¿Por qué no le damos a Napoleón las llaves de Berlín y acabamos con todo esto? ¿Quién es usted, *monsieur*?

—Me llamo Sharpe.

—Británico, ¿eh? Yo me llamo Ziegler. ¿Sabe usted qué demonios está ocurriendo?

Un regimiento entero de lanceros rojos había obligado a Ziegler y a sus hombres a dirigirse hacia el oeste. Al igual que los dragones en el prado, Ziegler se había batido en retirada antes que lanzarse a un enfrentamiento de desiguales posibilidades. Él y sus soldados estaban descansando en la granja cuando vieron la ignominiosa huida de Sharpe.

—Al menos matamos a uno de esos cabrones.

Sharpe le contó a Ziegler lo que sabía y no hizo más que confirmar lo que el capitán prusiano ya había descubierto por sí mismo. Las fuerzas francesas avanzaban

hacia el norte desde Charleroi y probablemente su objetivo era el hueco que había entre los ejércitos británico y prusiano. En aquellos momentos Ziegler se encontraba con el paso cortado en el lado equivocado de la carretera que iba a Bruselas, pero el aprieto no le preocupaba.

—Cabalgaremos hacia el norte hasta que no haya más malditos franceses y luego iremos hacia el este —volvió su torva mirada hacia el dragón capturado—. ¿Quiere usted al prisionero? —le preguntó a Sharpe.

—Me llevaré su caballo.

El aterrorizado joven francés intentó responder a las preguntas de Sharpe, pero o bien sabía muy poca cosa o bien estaba ocultando hábilmente lo que sabía. Dijo que creía que el emperador se encontraba con las tropas en el camino hacia Bruselas pero que él personalmente no lo había visto. No sabía nada sobre ningún avance más hacia el oeste cerca de Mons.

Ziegler no quería que el prisionero lo hiciera ir más lento, así que ordenó al francés que se despojara de las botas y la chaqueta, y luego dio orden a su sargento para que le cortara los tirantes de sus pantalones de peto.

—¡Váyase! ¡Dé gracias a Dios que no lo haya matado! —El francés, descalzo y agarrándose los pantalones, se fue hacia el sur a toda prisa.

Ziegler le dio a Sharpe un trozo de salchicha fría, un huevo duro y un pedazo de pan negro.

—¡Buena suerte, inglés!

Sharpe le dio las gracias. Había montado en el caballo del dragón y llevaba de las riendas a la cansada yegua. Supuso que para entonces los generales aliados ya debían de ser conscientes del avance francés, pero seguía siendo su deber informar de lo que había visto, así que espoleó al caballo, dijo adiós con la mano a los prusianos y siguió adelante.

CAPÍTULO 4

Se veían nubes al oeste. El vapor que se levantaba por encima del mar del Norte se desplazaba lentamente hacia el este y se agolpaba formando cúmulos de color blanco y gris sobre la costa. Los granjeros temían que una fuerte lluvia malograra sus cosechas que maduraban.

Tales preocupaciones no se le pasaron por la cabeza al comandante prusiano que habían enviado a Bruselas con noticias sobre el avance francés y detalles de la reacción de los prusianos. En el parte se explicaba que la guarnición prusiana en Charleroi se replegaba, no hacia Bruselas, sino en dirección nordeste donde se estaba congregando el principal ejército prusiano. Las noticias del comandante eran de vital importancia si las tropas británicas y holandesas tenían que unirse a los prusianos.

El comandante se enfrentaba a un viaje de unos cincuenta kilómetros. Era un día soleado y muy caluroso, y él era enormemente gordo y estaba cansado. El esfuerzo de los primeros ocho kilómetros, cuando pensaba que los dragones podrían salir repentinamente de detrás de cualquier seto o granja, había dejado exhaustos tanto al comandante como a su caballo, así que, en cuanto se sintió a salvo, con muy buen criterio aminoró la marcha y siguió a un paso tranquilo, meditabundo y reconfortante. Al cabo de una hora llegó a una pequeña posada al borde del camino situada en lo alto de un bajo collado, y al darse la vuelta vio que la posada le ofrecía una buena vista de la carretera hasta que ésta se perdía en el horizonte, de manera que podría ver a cualquier francés que lo persiguiera mucho antes de que representara algún peligro. No había ningún movimiento en el camino aparte de un hombre que conducía a ocho vacas de un prado a otro.

El comandante se levantó con cuidado de la silla, se deslizó pesadamente hasta el suelo y ató a su caballo al poste indicador de la posada. Hablaba bastante bien el francés y disfrutó deliberando sobre la comida con la joven y guapa camarera que acudió a la mesa que había junto al camino y que el comandante había adoptado como posición estratégica. Se decidió por pollo asado y verduras seguido de pastel de manzana y queso. Pidió una botella de vino tinto pero no del corriente.

El sol resplandecía en el largo camino que iba hacia el sur. Unos campesinos segaban sin parar en un prado situado a unos ochocientos metros, mientras que mucho más lejos, más allá de los desdibujados campos y bosques, el polvo blanqueaba el cielo. Se trataba de la nube artificial que levantaba un ejército, pero no había tropas que amenazaran el tranquilo descanso del comandante, por lo que éste no vio ningún motivo para darse demasiada prisa, sobre todo cuando el pollo asado resultó ser excelente: la piel del pollo estaba muy bien tostada y su carne amarilla era succulenta. Cuando la chica le llevó el pastel al comandante le preguntó si Napoleón se estaba aproximando.

—¡No te preocupes, querida! No te preocupes.

Mucho más al norte de donde se encontraba el comandante, en Bruselas, un destacamento de soldados de los Highlanders había recibido la orden de dirigirse a la casa del duque de Richmond, donde los hicieron pasar al deslumbrante salón de baile adornado con los colores de la bandera belga. Antes de que se sirviera la cena, los Highlanders ofrecerían a los invitados una muestra de su baile.

El teniente de los Highlanders pidió que levantaran del suelo una de las arañas apagadas para asegurarse de que hubiera espacio suficiente para que sus bailarines cruzaran las espadas. La duquesa, con el propósito de que cada uno de los detalles de su baile se dispusiera a la perfección, se empeñó en que hicieran una demostración.

—¿Traen gaiteros esta noche? —preguntó la duquesa.

—Por supuesto, su excelencia.

Aquello no hizo más que proporcionarle a la duquesa un nuevo detalle por el que preocuparse: ¿cómo sabría el director de la orquesta cuándo hacer que sus músicos dejaran de tocar para que pudieran empezar a hacerlo las gaitas?

Su marido aseguró que sin duda la orquesta y los gaiteros dispondrían las cosas a satisfacción de ambos, y además fue de la opinión de que la duquesa debía dejar que se encargaran del baile aquellos que cobraban por ocuparse de los detalles, pero aquella tarde la duquesa insistió en expresar sus preocupaciones. Le preguntó muy seriamente a su marido si debería pedirle al príncipe de Orange que no llevara con él al teniente coronel Sharpe.

—¿Quién es Sharpe? —preguntó el duque desde detrás de su ejemplar de *The Times*.

—Es el marido de la chica de Johnny Rossendale. Me temo que ella va a venir. Traté de convencerle para que no la trajera, pero no hay duda de que está loco por ella.

—¿Y ese Sharpe es su marido?

—Te lo acabo de decir, Charles. También es ayudante de campo del Esbelto Billy. El duque lanzó un gruñido.

—Está claro que ese Sharpe es tonto si permite que un idiota como Johnny Rossendale lo convierta en un cornudo.

—Precisamente por eso debería hablar con el príncipe. Me han dicho que ese Sharpe es un hombre sumamente tosco y es más que probable que deje a Johnny hecho filetes.

—Si es una persona tan tosca, querida, sin duda no querrá asistir a tu baile. Y ciertamente yo no mencionaría el asunto a Orange. Ese maldito jovenzuelo idiota sólo traerá a Sharpe si sabe que con ello habrá problemas. Es mejor no revolver el asunto, querida, así que déjalo correr.

Pero la duquesa no era de las que dejaba correr nada de aquello con lo que

pudiera interferir.

—¿Tal vez debería mencionárselo a Arthur?

El duque dejó de golpear el periódico sobre la mesa.

—No vas a molestar a Wellington por dos malditos idiotas y su boba meretriz.

—Si tú lo dices, Charles.

—Lo digo yo. —Se levantó la muralla de periódico invitando al silencio.

El otro duque inglés que había en Bruselas, Wellington, hubiera estado agradecido de saber que Richmond le había ahorrado las preocupaciones de la duquesa, puesto que el comandante en jefe de los ejércitos británico y holandés ya tenía más que suficiente con las suyas. Una de esas preocupaciones, la más pequeña de todas, era la perspectiva de tener que pasar hambre. Wellington sabía por amarga experiencia que se vería obligado a mantener tantas conversaciones en el baile que la cena se solidificaría inevitablemente en su plato. Por lo tanto, pidió que aquella tarde a las tres le sirvieran en sus dependencias una cena temprana de añojo asado.

Luego, al observar que el cielo se estaba nublando por el oeste, dio su paseo de la tarde por el barrio de moda de Bruselas. Tuvo mucho cuidado de mostrar un aspecto alegre y despreocupado mientras paseaba con su bastón porque sabía muy bien que los simpatizantes de los franceses que había en la ciudad buscaban cualquier indicio de derrotismo aliado que pudieran convertir en polémica para desmoralizar a las tropas belga-holandesas.

La calidad de esas tropas era el centro de las verdaderas preocupaciones del duque. Teóricamente su ejército era de noventa mil hombres, pero sólo la mitad de esas fuerzas eran fiables.

El núcleo del ejército del duque era su infantería. Tenía treinta batallones de casacas rojas pero solamente la mitad habían combatido en sus campañas españolas y la calidad de la otra mitad no se conocía. Tenía algunos excelentes batallones de infantería de la Legión Alemana del Rey y algunas entusiastas tropas hanoverianas, juntas sumaban menos de cuarenta mil hombres. Para completar el número de soldados tenía al ejército belga-holandés, más de treinta mil soldados de infantería en total, en el cual no confiaba en absoluto. La mayor parte del contingente belga-holandés habían luchado por el emperador y todavía vestían sus uniformes. El rey de los Países Bajos aseguró al duque que los belgas combatirían, pero Wellington se preguntaba: ¿a favor de quién?

El duque también disponía de caballería pero no tenía ninguna fe en los jinetes, ya fueran holandeses o ingleses. Su caballería alemana era de primera clase pero lamentablemente poco numerosa, mientras que sus soldados de caballería ingleses no eran más que tontos a caballo: caros y susceptibles, propensos a la locura y hombres para los que la disciplina era desconocida. Por lo que al duque concernía, los jinetes belga-holandeses podían recoger sus cosas y marcharse a su casa en aquel mismo

momento.

Tenía noventa mil hombres, la mitad probablemente lucharan bien, y sabía que quizá se vería enfrentado a cien mil veteranos de Napoleón. Los veteranos del emperador, inquietos contra las injusticias de la Francia borbónica, se habían alegrado del regreso de Napoleón y acudieron en masa para unirse a las águilas. El ejército francés, que según pensaba el duque todavía estaba concentrándose al sur de la frontera, posiblemente fuera el mejor instrumento que Napoleón hubiera comandado jamás. Todos sus soldados habían combatido con anterioridad, iban recién equipados y buscaban venganza contra los países que habían humillado a Francia en 1814. El duque tenía motivos de preocupación aunque, mientras bajaba paseando por la Rue Royale estaba obligado a poner buena cara ante los desesperados pronósticos, no fuera que su angustia diera ánimos a sus enemigos. El duque también podía aferrarse a una fuerte esperanza, concretamente que su improvisado ejército no iba a luchar solo contra Napoleón, sino que lo haría junto a los prusianos del príncipe Blücher. Iban a vencer siempre que los ejércitos británico y prusiano unieran sus fuerzas; por separado, temía el duque, los destruirían.

Sin embargo, a unos cuarenta kilómetros al sur, los franceses ya hacían retroceder hacia el este a las fuerzas prusianas alejándolas de las británicas. En Bruselas nadie sabía que los franceses habían invadido. En cambio, se preparaban para asistir al baile de una duquesa mientras que un gordo oficial prusiano pagaba por su pollo asado, se terminaba el vino y luego se iba sin ninguna prisa en dirección al norte.

* * * *

A la una de la tarde, ocho horas después de que se hubieran realizado los primeros disparos al sur de Charleroi, Sharpe se encontró con más soldados de caballería; en aquella ocasión era una patrulla vestida con casacas de color azul oscuro con dobleces rojos que cruzaron ansiosa y ruidosamente un prado y rodearon a Sharpe y a sus dos caballos. Eran soldados de las tropas hanoverianas, exiliados que formaban la Legión Alemana del Rey que tan bien y con tanta dureza habían combatido en España. En aquellos instantes los soldados alemanes observaban con desconfianza el extraño uniforme de Sharpe, hasta que uno de los soldados de caballería vio la «N» en la gualdrapa de la silla de montar y los sables hicieron un ruido áspero al ser extraídos de sus vainas, mientras que los jinetes le gritaban a Sharpe que se rindiera.

—¡A la mierda! —gruñó Sharpe.

—¿Es usted inglés? —le preguntó el capitán de la LAR en ese mismo idioma. Iba montado en un magnífico caballo castrado de color negro, fresco y de lustroso pelaje. La manta de su silla llevaba el monograma real británico, un recordatorio de que el rey de Inglaterra también era monarca de Hannover.

—Soy el teniente coronel Sharpe, del estado mayor del príncipe de Orange.

—Debe usted perdonarnos, señor. —El capitán, que se presentó como Hans Blasendorf, enfundó su sable. Le explicó a Sharpe que su patrulla era una de las muchas que diariamente reconocían el terreno al sur de la frontera francesa y al otro lado; aquel escuadrón en concreto tenía órdenes de explorar los pueblos al sur y al este de Mons hasta llegar al Sambre, pero no de invadir territorio prusiano.

—Los franceses ya están en Charleroi —le dijo Sharpe al alemán.

Blasendorf se quedó boquiabierto ante Sharpe en asombrado silencio por unos instantes.

—¿Seguro?

—¡Seguro! —El cansancio hizo que Sharpe se indignara—. ¡Acabo de estar allí! Le quité este caballo a un dragón al norte de la ciudad.

El alemán comprendió la desesperada urgencia de las noticias de Sharpe. Arrancó una hoja de su cuaderno, se la ofreció junto con un lápiz a Sharpe y se ofreció voluntario con su propia patrulla para llevar el parte al cuartel general de Dornberg en Mons. Dornberg era el general al mando de aquellas patrullas de caballería que vigilaban la frontera francesa; encontrarse con uno de sus oficiales había representado un golpe de suerte para Sharpe; por pura casualidad se había encontrado precisamente con unos soldados que alertaban a los aliados de cualquier avance francés.

Sharpe pidió prestado un chacó de uno de los soldados de caballería y utilizó su plana y redonda parte superior como escritorio. No escribía muy bien porque había aprendido tarde en la vida y, aunque Lucille lo había convertido en mucho mejor lector, seguía siendo torpe con la pluma o el lápiz. Sin embargo, de la manera más clara, anotó lo que había observado: un enorme contingente de infantería, caballería y artillería marchaba hacia el norte desde Charleroi por la carretera que iba a Bruselas. Habían apresado a un soldado que informó de la posibilidad de que el emperador se hallara entre aquellas fuerzas, pero el prisionero no estaba seguro de ello. Sharpe sabía que para Dornberg era importante saber dónde se encontraba el emperador puesto que, allí por donde Napoleón cabalgara, sería el ataque principal de los franceses.

Firmó el parte con su nombre y rango y se lo entregó a Blasendorf, quien prometió entregarlo tan rápidamente como sus caballos pudieran atravesar la campiña.

—Y pídale al general Dornberg que le diga al jefe del estado mayor del príncipe que estoy vigilando el camino de Charleroi —añadió Sharpe.

Blasendorf respondió asintiendo con la cabeza mientras le daba la vuelta a su caballo y se alejaba cuando, al darse cuenta de lo que Sharpe había dicho, volvió la mirada hacia atrás con preocupación.

—¿Va a regresar al camino, señor?

—Voy a regresar.

Sharpe, habiendo dejado su mensaje en buenas manos, podía volver y observar a los franceses. A decir verdad él no quería ir porque estaba cansado y dolorido de tanto montar, pero aquel día los aliados necesitaban información precisa sobre el enemigo para que su reacción pudiera ser certera, rápida y mortífera. Por otra parte, la aparición de los franceses estimuló su entusiasmo. Él había pensado que vivir en Normandía le provocaría cierta ambivalencia hacia su antiguo enemigo, pero había pasado demasiados años combatiendo a los franchutes como para renunciar de pronto a la necesidad de verlos vencidos.

Más por la fuerza de la costumbre que por el sentido del deber, hizo girar a su aprehendido caballo y volvió a cabalgar hacia el enemigo. Mientras tanto, al norte, Bruselas dormía.

* * * *

El general de división sir William Dornberg recibió el parte escrito en lápiz en el ayuntamiento de Mons, que había convertido en su cuartel general y en el que había transformado la vetusta sala consistorial en su sala de mapas.

Aquella estancia con paneles, de la que colgaban polvorientos escudos de armas, se adecuaba a su amor propio, pues Dornberg era un hombre muy orgulloso que estaba convencido de que Europa no apreciaba su talento militar como era debido. Antes había luchado con los franceses pero no lo habían ascendido más allá del rango de coronel, por lo que había desertado para unirse a los británicos, que recompensaron su defección con el título de sir y el generalato, pero aun así él se sentía ofendido. Lo habían puesto al mando de una brigada de caballería, apenas una docena de sables, mientras que hombres a los que él consideraba menos capaces comandaban divisiones enteras. De hecho, el príncipe de Orange, un joven inexperto, ¡estaba al mando de un cuerpo!

—¿Quién era este hombre? —le preguntó al capitán Blasendorf.

—Un inglés, señor. Un teniente coronel.

—¿Con un caballo francés, dice usted?

—Dice que capturó el caballo, señor.

Dornberg frunció el entrecejo ante el mensaje, tan mal escrito con burdas letras mayúsculas a lápiz que bien podía haberlo garabateado un niño.

—¿A qué unidad pertenecía este inglés? ¿Sharpe? ¿Se llama así? ¿Sharpe?

—Si es el Sharpe que creo que es, señor, entonces se trata de un soldado muy famoso. Recuerdo que en España...

—¡España, España! ¡No hago más que oír hablar de España! —Dornberg dio un golpe en la mesa con la palma de la mano y lanzó una mirada de ojos saltones al

desafortunado Blasendorf—. ¡Al escuchar a algunos oficiales de este ejército uno pensaría que nunca se ha luchado en otra guerra que no fuera en España! Le pregunté, capitán, a qué unidad pertenecía este tal Sharpe.

—Es difícil de decir, señor —el capitán de la LAR frunció el ceño al intentar recordar el uniforme de Sharpe—. Casaca de color verde, sombrero anodino y peto de cazador. Dijo que pertenecía al estado mayor del príncipe de Orange. En realidad pidió que comunicara usted al cuartel general del príncipe que se iba de vuelta a Charleroi.

Dornberg hizo caso omiso de las últimas frases y se aferró a algo mucho más importante.

—¿Peto de cazador? ¿Se refiere a un pantalón francés?

Blasendorf se quedó en silencio y luego asintió.

—Lo parecía, señor.

—¡Es usted un idiota! ¡Un idiota! ¿Qué es usted?

Blasendorf se quedó callado unos instantes y luego, frente al abrumador desprecio de Dornberg, admitió avergonzado que era un idiota.

—¡Era francés, idiota! —gritó Dornberg—. Tratan de engañarnos. ¿No ha aprendido usted nada de la guerra? ¡Quieren que pensemos que avanzarán por Charleroi mientras vienen hacia nosotros desde el primer momento! ¡Vendrán a Mons! ¡A Mons! ¡A Mons! —golpeó el mapa con el puño cerrado con cada una de las reiteraciones de ese nombre y luego, con actitud desdeñosa, agitó el parte de Sharpe en la cara de Blasendorf—. Podría haberse limpiado el culo con esto. ¡Es usted un idiota! ¡Dios me libre de los idiotas! Ahora regrese allí donde se le envió. ¡Vamos, vamos, vamos!

El general Dornberg rompió en pedazos el parte. El emperador había rozado la red extendida para atraparlo, pero la mitad británica de la trampa no era consciente de lo que habían capturado y, por lo tanto, los franceses siguieron avanzando.

* * * *

Al sudoeste de Bruselas, en la población de Braine-le-Comte, su alteza real el príncipe William, príncipe de Orange, heredero al trono de los Países Bajos y duque, vizconde, lord, gobernador, marqués y conde de más ciudades y provincias de las que ni siquiera él podía recordar, se inclinó hacia delante en su silla, fijó la mirada en el espejo que había sobre el tocador y, con infinito cuidado, se apretó una espinilla que tenía en la barbilla. Salió de manera muy satisfactoria. Se apretó otra vez, provocando un pequeño chorro de sangre.

—¡Maldita, maldita, maldita, maldita sea! —Esas que hacían salir sangre siempre le dejaban una marca amoratada en su piel cetrina y el Esbelto Billy quería

especialmente tener el mejor aspecto posible en el baile de la duquesa de Richmond.

—*Eau de citron* —dijo perezosamente la chica que había en su cama.

—Estás farfullando, Charlotte.

—*Eau de citron*. Seca la piel y elimina las manchas. —Hablabas en francés—. Deberías usarla.

—Mierda —dijo el príncipe cuando otra espinilla se reventó sangrante—. ¡Mierda, coño y carajo!

Se había educado en la universidad de Eton, por lo que poseía un excelente dominio del inglés. Después de Eton había ido a Oxford y luego sirvió en el estado mayor de Wellington en España. El nombramiento había sido una cuestión puramente política ya que Wellington no lo quería y, por consiguiente, al exiliado príncipe lo habían mantenido bien apartado de cualquier enfrentamiento; sin embargo, la experiencia había convencido al joven de que gozaba de un magnífico talento militar. Su educación también le había dejado un cariño por todo aquello que fuera inglés. En realidad, aparte de su jefe del estado mayor y un puñado de ayudas de campo, todos sus amigos más íntimos eran ingleses. Deseó que la chica que había en la cama fuera inglesa, pero era belga y él detestaba a los belgas; para el príncipe eran una raza de vulgares campesinos que parecían bueyes.

—Te odio, Charlotte. —Hablabas en inglés a la chica. Su nombre era Paulette, pero el príncipe llamaba Charlotte a todas las muchachas desde que la princesa inglesa que al principio había accedido a casarse con él rompiera después el compromiso inexplicablemente.

—¿Qué estás diciendo? —Paulette no hablaba inglés.

—Apesta como una cerda —continuó diciendo el príncipe en inglés—, tienes unos muslos de granadero, tus tetas están grasientas y, en resumen, eres una belga típica y te odio. —Mientras hablaba sonrió cariñosamente a la chica y Paulette, que en realidad era muy bonita, le lanzó un beso antes de volver a recostarse en las almohadas. Era una prostituta que habían traído desde Bruselas y a la que le pagaban diez guineas al día por acostarse con el príncipe y que, según ella, ganaba cada onza del precioso oro. Paulette pensaba que el príncipe era repulsivamente feo: era desagradablemente delgado, con una protuberante cabeza redonda sobre un cuello ridículamente largo. Tenía la piel cetrina y picada, los ojos saltones y su boca era una hendidura babosa parecida a la de una rana. Estaba borracho con la misma frecuencia que sobrio y en cualquiera de las dos condiciones tenía una exagerada opinión de sus capacidades, tanto en la cama como en el campo de batalla. Tenía entonces veintitrés años y era comandante del Primer Cuerpo del ejército del duque de Wellington. Aquellos que simpatizaban con el príncipe lo llamaban el Esbelto Billy, mientras que sus detractores lo denominaban el Joven Franchute. Su padre, el rey William, era conocido como el Viejo Franchute.

Nadie con un poco de sentido común quería que el joven Franchute ejerciera el mando en el ejército del duque, pero el Viejo Franchute se negó rotundamente a que los Países Bajos se unieran a la coalición a menos que su hijo tuviera un alto mando y por consiguiente los políticos londinenses habían obligado al duque de Wellington a ceder. Además, el Viejo Franchute se había empeñado en que su hijo estuviera al mando de tropas británicas y el duque también se había visto forzado a consentir en ese punto, aunque sólo con la condición de que se designara a oficiales británicos responsables como miembros del estado mayor del Joven Franchute.

El duque facilitó una lista de hombres apropiados, serios y formales, pero el Joven Franchute sencillamente había tachado sus nombres sustituyéndolos por los de amigos que había hecho en Eton, y cuando algunos de esos amigos declinaron el honor, encontró a otros simpáticos oficiales que sabían cómo aligerar los rigores de la guerra con desenfadada diversión. El príncipe también exigió unos cuantos oficiales con experiencia en combate y que ejemplificaran sus propias ideas sobre cómo debía llevarse a cabo una guerra.

—¡Consígame a los más audaces! —ordenó a su jefe de estado mayor, quien, a las pocas semanas, informó tímidamente al príncipe de que el conocido comandante Sharpe figuraba en la lista de la media paga y al parecer estaba desempleado. El Joven Franchute requirió inmediatamente a Sharpe y endulzó la petición con un ascenso. Alimentaba la ilusión de que iba a descubrir un alma gemela en el famoso fusilero.

Pero por alguna razón y a pesar del buen carácter del príncipe, no había surgido tal amistad. Al príncipe le pareció que había algo sutilmente irritante en el sardónico rostro de Sharpe y sospechó incluso que el inglés intentaba fastidiarle de forma deliberada. Debía de haberle pedido una veintena de veces que se vistiera con el uniforme holandés, y sin embargo el fusilero seguía presentándose con su vieja casaca de color verde hecha jirones. Eso cuando Sharpe se molestaba en dejarse ver por el cuartel general del príncipe; aparentemente prefería pasarse los días cabalgando por la frontera francesa, un trabajo que para ser exactos le correspondía al pomposo general Dornberg, lo cual le recordó al príncipe que el parte del mediodía de Dornberg debería haber llegado. Aquel día ese parte tenía especial importancia ya que, si amenazaba problemas, el príncipe sabía que no podía permitirse ir a bailar a Bruselas. Mandó llamar a su jefe de estado mayor.

El barón Jean de Constant Rebecque informó a su alteza de que, en efecto, el parte de Dornberg había llegado y que no contenía nada alarmante. No había tropas francesas que causaran problemas en el camino a Mons; parecía ser que la campaña belga dormía bajo su sol estival.

El aliviado príncipe se dio por enterado con un gruñido y luego se inclinó hacia delante para mirar con ojo crítico al espejo. Giró la cabeza a derecha e izquierda antes

de lanzarle una mirada ansiosa a Rebecque.

—¿Estoy perdiendo mucho pelo?

Rebecque fingió realizar una meticulosa inspección y lo negó con la cabeza de modo tranquilizador.

—No veo que lo esté perdiendo en absoluto, señor.

—Creo que esta noche me pondré el uniforme británico.

—Una elección muy acertada, señor. —Rebecque hablaba en inglés porque el príncipe prefería ese idioma.

El príncipe echó una mirada al reloj. Con su carruaje tardaría al menos dos horas en llegar a Bruselas y necesitaba una hora larga para cambiarse y ponerse las galas de color rojo escarlata y dorado de un general de división británico. Calculó otras tres horas para disfrutar de una cena privada antes de acudir al baile de la duquesa donde sabía que la comida estaría fría e incomible.

—¿Ha regresado ya Sharpe? —le preguntó a Rebecque.

—No, señor.

El príncipe frunció el ceño.

—¡Maldita sea! Si vuelve dígame que espero que asista al baile.

Rebecque no pudo ocultar su asombro.

—¿Sharpe? ¿En el baile de la duquesa? —A Sharpe le habían prometido que sus obligaciones hacia el príncipe no eran sociales, sino sólo para proporcionar asesoramiento durante el combate.

Al príncipe le traían sin cuidado las promesas que le hubieran hecho al inglés; obligar a bailar a Sharpe demostraría al fusilero que era el príncipe quien estaba al mando en aquel cuartel general.

—¡Me dijo que detesta el baile! De todos modos lo obligaré a bailar por su propio bien. A todo el mundo tendría que gustarle el baile. ¡A mí me gusta! —Mientras se reía, el príncipe dio algunos pasos saltarines por la habitación—. ¡Tenemos que hacer que al coronel Sharpe le guste bailar! ¿Está seguro de no querer ir a bailar esta noche, Rebecque?

—Me quedaré aquí y seré los ojos y oídos de su alteza.

—Muy bien. —El príncipe, al acordarse de que tenía responsabilidades militares, se puso serio de repente, pero era una persona alegre por naturaleza y no pudo evitar reírse otra vez—. ¡Me imagino que Sharpe baila como una vaquilla belga! ¡Pum, pum, pum!, y siempre con esa lúgubre expresión en la cara. Tendremos que animarlo, Rebecque.

—Estoy seguro de que lo agradecerá, señor.

—¡Y no olvide decirle que esta noche se ponga el uniforme holandés!

—Así lo haré, señor.

El príncipe partió hacia Bruselas una hora y media más tarde y su carruaje iba

escortado por una guardia de honor de carabineros holandeses que habían aprendido su oficio al servicio del emperador francés. Paulette, aliviada con la marcha del príncipe, se quedó en su cama cómodamente, mientras que Rebecque se llevó un libro a sus aposentos. Los secretarios copiaron trabajosamente las órdenes e hicieron una lista de los batallones que el príncipe visitaría la próxima semana y de las maniobras que cada batallón tenía que exhibir para que el príncipe diera su visto bueno.

Las nubes se amontonaban en lo alto hacia el oeste pero el sol seguía cayendo de lleno sobre el pueblo. Un gato se hizo un ovillo junto al limpiabarros de la puerta principal del cuartel general del príncipe, donde el centinela, un casaca roja británico, se detuvo para acariciar el cálido pelaje del animal. El trigo, el centeno, la cebada y la avena maduraban al sol. Era un día de verano perfecto que resplandecía por el calor, el silencio y toda la belleza de la paz.

* * * *

Las primeras noticias sobre la actividad de los franceses llegaron a oídos de Wellington mientras tomaba su temprana cena de ñojo asado. El mensaje, que había salido de Charleroi a poco menos de cincuenta y dos kilómetros de distancia, le había sido enviado primero al mariscal Blücher en Namur y luego lo habían copiado y mandado a Bruselas, un viaje de más de ciento diez kilómetros en total. El mensaje simplemente informaba de que los franceses habían atacado al amanecer y que la avanzada prusiana había sido desplazada hacia el sur de Charleroi.

—¿Cuántos franceses? No lo dice. ¿Y dónde están los franceses ahora? ¿El emperador está con ellos? —preguntó el duque a su estado mayor.

Nadie lo sabía. El ñojo quedó abandonado encima de la mesa mientras que los miembros del estado mayor del duque se agrupaban en torno a un mapa colgado en la pared del comedor. Podría ser que los franceses hubieran avanzado adentrándose en el campo por el sur de Charleroi, pero el duque, como siempre, cavilaba sobre el lado izquierdo del mapa que mostraba la enorme extensión de campo llano entre Mons y Tournai, donde él temía un avance francés que cortara el paso de los británicos hacia el mar del Norte. En caso de que los franceses ocuparan Gante, el ejército del duque se vería privado del acceso a las carreteras por las que llegaban los suministros desde el mar del Norte así como a su ruta de vuelta.

De haber estado en el pellejo del emperador, Wellington hubiera optado por esa estrategia. Primero hubiera llevado unas poderosas fuerzas de diversión a Charleroi y entonces, cuando los aliados se movieran para defender Bruselas por el sur, él habría emprendido el verdadero ataque por el oeste. Fue precisamente con esa clase de deslumbrantes maniobras que el emperador había resistido a los ejércitos ruso, prusiano y austríaco en la primavera de 1814. Napoleón nunca había combatido de

una manera tan brillante como en las semanas anteriores a su abdicación, y ninguna persona, Wellington menos que nadie, esperaba entonces otra cosa que no fuera la misma inteligencia.

—¿No tenemos noticias de Dornberg? —preguntó bruscamente el duque.

—Nada.

El duque volvió a mirar el mensaje de los prusianos. No decía cuántos franceses habían cruzado la frontera ni si Blücher estaba concentrando a su ejército; lo único que decía era que unas fuerzas francesas habían hecho retroceder a las avanzadas prusianas.

Volvió a la mesa. Sus propias fuerzas británicas y holandesas se hallaban diseminadas por unos ochocientos kilómetros cuadrados de campiña. Tenían que dispersarse de esa manera no sólo para vigilar cualquier posible ruta de invasión francesa, sino también para que la muchedumbre de hombres y caballos no despojara a ninguna localidad de comida y pastos. Sin embargo, en esos momentos supo que el ejército debía empezar a reagruparse en formación de batalla.

—Nos concentraremos —dijo el duque. Cada una de las divisiones del ejército tenía un pueblo o ciudad convenidos de antemano donde se reunirían y esperarían nuevas órdenes—. Y envíen a un buen soldado a donde está Dornberg para que averigüe qué está ocurriendo frente a su posición.

El duque volvió a fruncir el ceño a causa del mensaje de Blücher, preguntándose si había reaccionado de forma exagerada ante la poca información que éste proporcionaba. Seguramente, si la incursión francesa fuera un problema serio, los prusianos habrían mandado un mensajero con más urgencia. Daba igual. Si resultaba ser una falsa alarma la concentración de tropas podía revocarse al día siguiente.

A poco menos de quince kilómetros al sur, en el pequeño pueblo de Waterloo, el comandante prusiano tremendamente gordo había detenido su lento y pesado caballo en una pequeña posada frente a la iglesia. El vino que había tomado con la comida y el opresivo calor de la tarde lo habían agotado completamente. Pidió un poco de reconfortante brandy y entonces vio que entraban una bandeja de panadero llena de deliciosos pasteles por una puerta lateral de la posada.

—Y creo que tomaré unos cuantos pastelitos de éstos. Los de pasta de almendras, si es usted tan amable.

Bajó deslizándose de la silla y se sentó agradecido en un banco que estaba a la sombra de un pequeño castaño. El parte que habría informado a Wellington de la pérdida de Charleroi y el subsiguiente avance francés estaba en las alforjas del comandante.

El comandante se apoyó en el tronco del castaño. Apenas había movimiento en el pueblo. La carretera adoquinada se extendía entre anchos arcones cubiertos de hierba en los que pastaban dos vacas amarradas y cuatro cabras. Unos cuantos pollos

escarbaban en los peldaños de la iglesia donde un perro temblaba en sueños. Un niño pequeño jugaba a golpear una madera con un palo bajo el arco de entrada al patio de los establos de la posada. El obeso comandante, complacido por aquella escena de inocencia rural, sonrió alegremente y luego, mientras aguardaba que le sirvieran su refrigerio, dormitó.

* * * *

Los caballos de Sharpe entraron cojeando al cuartel general del príncipe de Orange sólo diez minutos después de que éste hubiera salido hacia Bruselas. Unas agresivas patrullas francesas le habían impedido a Sharpe por segunda vez acercarse a la carretera, pero había cabalgado lo bastante cerca para ver las nubes de polvo que se levantaban de las botas, cascos y ruedas de un ejército en marcha. En esos momentos, aguantando el dolor de sus muslos, bajó de la silla. Gritó pidiendo un mozo de cuadra, ató a *Nosey* a una anilla metálica de la pared del patio de los establos y le dio al perro un cuenco de agua antes de dirigirse renqueando a la silenciosa casa con su mapa y sus armas a cuestas. Las motas de polvo flotaban en los rayos de luz que penetraban a través del tragaluz que había encima de la puerta principal. Miró en la sala de mapas pero no había nadie.

—¡Oficial de servicio! —gritó Sharpe con enojo, y como nadie respondía, golpeó la culata de su fusil contra los paneles de madera del vestíbulo—. ¡Oficial de servicio!

Se abrió la puerta de un dormitorio en el piso de arriba y apareció una cara por encima de la baranda.

—¡Espero que haya una buena razón para todo este alboroto! ¡Ah, es usted!

Sharpe escudriñó la penumbra y vio el rostro afable del barón Jean de Constant Rebecque.

—¿Quién está de servicio?

—El coronel Winckler, creo, pero probablemente esté durmiendo. Es lo que estamos haciendo casi todos. El príncipe se ha ido a Bruselas y quiere que usted también vaya —Rebecque bostezó—. Se le requiere en el baile.

Sharpe se quedó mirando fijamente hacia arriba. Por unos segundos se quedó demasiado asombrado para poder decir nada y Rebecque supuso que el silencio expresaba simplemente el horror de Sharpe al ordenársele que acudiera a un baile, pero entonces el fusilero explotó con sus noticias.

—¿No se ha enterado? ¡Dios mío, Rebecque, los malditos franceses se encuentran al norte de Charleroi! ¡Le mandé un mensaje a Dornberg hace horas!

Las palabras quedaron flotando en el cálido y quieto aire del hueco de la escalera. Rebecque se quedó mirando fijamente en silencio.

—¡Dios santo! —exclamó al cabo de unos segundos y empezó a abrocharse la casaca de color azul—. ¡Oficiales! —Su grito resonó por toda la casa—. ¡Oficiales! —Se dirigió corriendo a las escaleras y las bajó de tres en tres—. Muéstremelo. —Pasó junto a Sharpe y se metió en la sala de mapas donde retiró las pesadas contraventanas de madera para inundar las mesas con la luz del sol.

—Allí. —Sharpe colocó un dedo mugriento sobre el mapa justo al norte de Charleroi—. Fuerzas mixtas: infantería, caballería y cañones. Estuve allí esta mañana y volví por la tarde. En ambas ocasiones la carretera estaba abarrotada. Esta tarde no pude ver demasiado, pero al menos debía de haber un cuerpo entero en esa carretera. Un prisionero me dijo que creía que Napoleón estaba con ellos, aunque no estaba seguro.

Rebecque alzó la mirada hacia el rostro cansado y manchado de polvo de Sharpe y se preguntó cómo había hecho un prisionero, pero sabía que aquél no era el momento de hacer preguntas estúpidas. Se volvió hacia los otros oficiales del estado mayor que se amontonaban en la habitación.

—¡Winckler! Traiga al príncipe de vuelta, ¡y apresúrese! ¡Harry! Vaya a donde está Dornberg y averigüe qué demonios está ocurriendo en Mons. Sharpe, usted coma algo. Luego descanse.

—Yo puedo ir a Mons.

—¡Descanse! ¡Pero primero coma algo! Se le ve exhausto, compañero.

Sharpe obedeció. Rebecque le caía bien, era un holandés que, al igual que su príncipe, había estudiado en Eton y Oxford. El barón había sido el tutor del príncipe en Oxford y para Sharpe era la prueba evidente de que la educación servía para desperdiciar esfuerzos, puesto que al príncipe no se le había pegado ni un ápice de la modesta sensatez de Rebecque.

Sharpe buscó en las desiertas cocinas y encontró un poco de pan, queso y cerveza. Cuando estaba cortando el pan, la chica del príncipe, Paulette, entró en la habitación medio dormida. Llevaba puesto un vestido de color gris con un cinturón que le rodeaba la cintura sin apretar.

—¡Todo este ruido! —dijo irritada—. ¿Qué ocurre?

—El emperador ha atravesado la frontera. —Sharpe le habló en francés.

—¡Bien! —exclamó Paulette con ferocidad.

Sharpe se rió mientras sacaba el moho de un pedazo de queso con un cuchillo.

—¿No quiere ponerle mantequilla al pan? —preguntó la muchacha.

—No encontré.

—Está en el fregadero. Yo se la traeré. —Paulette le sonrió alegremente a Sharpe. No conocía bien al fusilero, pero opinaba que era el hombre más apuesto del estado mayor del príncipe. Muchos de los otros oficiales se consideraban bien parecidos, pero aquel inglés tenía un rostro cuyas cicatrices lo hacían interesante y una sonrisa

reacia pero contagiosa. Trajo un cuenco de mantequilla tapado con muselina del fregadero y afablemente empujó a Sharpe para que se hiciera a un lado—. ¿Quiere una manzana con el queso?

—Por favor.

Paulette se preparó un plato de comida para ella y luego se sirvió un poco de cerveza de la botella de Sharpe en una de las tazas de té de Sèvres del príncipe. Bebió unos sorbos de cerveza y luego esbozó una sonrisa burlona.

—El príncipe me ha dicho que su mujer es francesa.

De alguna manera a Sharpe le desconcertó la franqueza de la muchacha pero asintió con la cabeza.

—De Normandía.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué? Cuéntemelo. ¡Quiero saberlo! —sonrió al darse cuenta de su propio descaro—. Me gusta saberlo todo de todo el mundo.

—Nos conocimos cuando terminó la guerra —dijo Sharpe como si eso lo explicara todo.

—¿Y se enamoró? —le preguntó ella con avidez.

—Supongo que sí —él sonó azorado.

—¡No es nada de lo que avergonzarse! Yo me enamoré una vez. Él era un dragón, pero se marchó para combatir en Rusia, pobre muchacho. Fue la última vez que lo vi. Dijo que se casaría conmigo pero supongo que lo devoraron los lobos o lo asesinaron los cosacos —suspiró ante el triste recuerdo de su dragón desaparecido—. ¿Se casará usted con su dama francesa?

—No puedo. Ya estoy casado con una señora que vive en Inglaterra.

Paulette dejó de lado ese problema con un encogimiento de hombros.

—¡Pues divórciese de ella!

—Es imposible. En Inglaterra un divorcio cuesta más dinero del que podría imaginarse. Tendría que ir al Parlamento y sobornarlos para que aprobaran expresamente una ley para mi divorcio.

—Los ingleses son tontos. Supongo que por eso al príncipe le gustan tanto. Allí se siente como en su casa —soltó una carcajada. Tenía un abundante cabello castaño, unos ojos almendrados y un rostro felino—. ¿Vivía en Francia con su novia?

—Sí.

—¿Por qué se marchó?

—Porque de haberme quedado el emperador me habría metido en la cárcel, y porque necesitaba mi media paga.

—¿Su media paga?

Aquel interrogatorio divirtió y a la vez irritó a Sharpe, pero era inofensivo, así que satisfizo la curiosidad de la chica.

—Percibía una pensión del ejército británico. Si hubiera permanecido en Francia

no habría habido ninguna pensión.

Se oyó un fuerte ruido de cascos en el patio cuando el coronel Winckler se fue a buscar al príncipe. Sharpe, que se alegraba de no tener que cabalgar a ninguna parte, empezó a tirar de sus apretadas botas. Paulette le apartó las manos, le cogió el pie derecho y se lo puso en el regazo, le sacó la bota de un tirón y a continuación hizo lo mismo con su otro pie.

—¡Por Dios, cómo huelen! —y riéndose, le apartó los pies de un empujón—. ¿Madame se fue de Francia con usted? —las preguntas de Paulette tenían la inocente candidez de un niño.

—Ella y nuestro bebé, sí.

Paulette miró a Sharpe con el ceño fruncido.

—¿Lo hizo por usted?

Él se quedó en silencio buscando una respuesta modesta, pero no se le ocurrió otra cosa que no fuera la verdad.

—Claro.

Paulette sostuvo su taza de cerveza contra el pecho y se quedó mirando fijamente a través de la puerta abierta hacia el patio de los establos, donde los pollos picoteaban unos granos de avena y el perro de Sharpe temblaba mientras dormía agotado.

—Su dama francesa debe de amarlo.

—Creo que me ama, sí.

—¿Y usted?

Sharpe sonrió.

—Yo también la amo.

—¿Y ella está aquí? ¿En Bélgica?

—En Bruselas.

—¿Con el bebé? ¿Es un niño o una niña? ¿Cuánto tiempo tiene?

—Es un chico. Tres meses, casi cuatro. También está en Bruselas.

Paulette suspiró.

—Pienso que es hermoso. Me gustaría seguir a un hombre a otro país.

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—Para Lucille es muy duro. Detesta que tenga que luchar contra sus compatriotas.

—¿Entonces por qué lo hace? —preguntó Paulette en un indignado tono de voz.

—También por mi media paga. Si me hubiera negado a reincorporarme al ejército habrían suspendido mi pensión y es el único ingreso del que disponemos. Así que cuando el príncipe me mandó llamar tuve que venir.

—¿Pero no quería venir? —inquirió Paulette con astucia.

—La verdad es que no —lo cual era cierto, aunque aquella mañana, cuando había espiado a los franceses, Sharpe había sido consciente del innegable placer que le

proporcionaba hacer bien su trabajo. Durante unos cuantos días, suponía él, debía olvidarse de la aflicción de Lucille y ser otra vez un soldado.

—Así que sólo lucha por dinero. —Paulette lo dijo cansinamente, como si aquello lo explicara todo—. ¿Cuánto le paga el príncipe por ser coronel?

—Una libra, tres chelines y diez peniques al día. —Ésa era su recompensa por el cargo de teniente coronel honorífico en un regimiento de caballería y era el sueldo más alto que Sharpe había ganado. La mitad del salario desaparecía en cuotas del comedor de oficiales y para el cuartel general, pero Sharpe seguía sintiendo que era rico y era una recompensa mucho mejor que los dos chelines y nueve peniques al día que había estado percibiendo por su media paga de teniente. Había abandonado el ejército siendo comandante, pero los administrativos de la guardia montada habían decidido que su comandancia sólo era honorífica, no del regimiento, por lo que se había visto obligado a aceptar una pensión de teniente. La guerra le caía como regalo del cielo a Sharpe, al igual que a otros muchos oficiales con media paga de ambos ejércitos.

—¿Le cae bien el príncipe? —le preguntó Paulette.

Era una pregunta razonable.

—¿Ya usted? —inquirió asimismo Sharpe.

—Es un borracho. —Paulette no se molestó en ser diplomática y dejó fluir su desprecio—. Cuando no está bebido se revienta los granos. ¡Plip plop, plip plop, plip plop! ¡Puaj! Y yo tengo que hacérselo en la espalda —levantó la vista para ver si sus palabras habían ofendido a Sharpe y obviamente se quedó tranquila—. ¿Sabe que iba a casarse con una princesa inglesa?

—Lo sé.

—Ella no pudo soportarlo. ¡Así que ahora dice que se va a casar con una princesa rusa! ¡Ja! Una rusa, eso es para lo único que sirve. Se frota la piel con mantequilla, ¿lo sabía? Por todo el cuerpo, para mantener el calor. Deben de oler mal. —Sorbió su cerveza y luego frunció el ceño mientras su pensamiento se deslizó de vuelta a la conversación—. Su esposa en Inglaterra. ¿A ella no le importa que tenga usted otra dama?

—Ella ya tiene otro hombre.

La evidente conveniencia de aquel arreglo complació a Paulette.

—¿Así que todo marcha bien?

—No —sonrió—. Me robaron el dinero. Algún día tendré que volver y quitárselo. Ella lo miró fijamente con ojos grandes y serios.

—¿Va a matar a ese hombre?

—Sí —lo dijo con toda sencillez y eso lo hizo mucho más creíble.

—Ojalá hubiera un hombre que matara por mí —Paulette suspiró; luego fijó la mirada alarmada porque de pronto Sharpe había alzado una mano en señal de

advertencia—. ¿Qué pasa?

—¡Sh! —se puso de pie y se dirigió, en calcetines, hacia la puerta del patio de los establos, que estaba abierta. A lo lejos, como el chasquido de unos espinos en llamas, creyó oír una descarga de mosquetes. No estaba seguro porque el sonido se debilitaba y apagaba en la leve y cálida brisa—. ¿Ha oído algo? —le preguntó a la chica.

—No.

—¡Ahí está! ¡Escuche! —volvió a oír el ruido que entonces sonó como un pedazo de lona al rasgarse. En algún lugar, no demasiado lejos, había un combate de mosquetes. Sharpe alzó la vista hacia la veleta que había en el tejado de los establos y advirtió que el viento había cambiado a dirección sur. Fue corriendo hasta la puerta de la cocina que daba a la parte principal de la casa—. ¡Rebecque!

—¡Ya lo oigo! —El barón ya estaba de pie en la puerta principal—. ¿A qué distancia?

—Quién sabe —Sharpe se quedó detrás de Rebecque. El suave viento levantaba demonios de polvo en la calle—. ¿Ocho kilómetros? —aventuró Sharpe—. ¿Diez?

El sonido se fue debilitando hasta apagarse del todo y entonces cualquier posibilidad de oírlo de nuevo quedó ahogada por el chacoloteo de unos cascos. Sharpe desvió la mirada hacia la carretera principal esperando a medias encontrarse con dragones franceses que entraran al galope en el pequeño pueblo, pero se trataba sólo del príncipe de Orange que había abandonado su carruaje y había cogido el caballo de un miembro de su escolta. Esa escolta recorría la carretera por detrás de él junto al ayuda de campo que había traído de vuelta al príncipe.

—¿Qué novedades hay, Rebecque? —el príncipe se dejó caer de la silla y entró corriendo en la casa.

—Sólo las que le hemos mandado —Rebecque siguió al príncipe a la sala de mapas.

—Charleroi, ¿eh? —El príncipe se mordió una uña mientras miraba el mapa fijamente—. ¿No sabemos nada de Dornberg?

—No, señor. Pero si escucha atentamente podrá oír el ruido de enfrentamientos al sur.

—¿Mons? —el príncipe sonó alarmado.

—Nadie lo sabe, señor.

—¡Pues averígüenlo! —exclamó bruscamente el príncipe—. Quiero un informe de Dornberg. Pueden hacérmelo llegar.

—¿Hacérselo llegar? —Rebecque frunció el ceño—. Pero ¿adónde va, señor?

—¡A Bruselas, por supuesto! Alguien debe asegurarse de que Wellington se haya enterado de la noticia —miró a Sharpe—. Esta noche en particular quería que usted estuviera presente.

Sharpe reprimió el impulso de darle a su alteza real una patada en su regio

trasero, pero en lugar de hacerlo respondió:

—Por supuesto, señor.

—E insisto en que se ponga el uniforme holandés. ¿Por qué no lo lleva ahora?

—Tendré que cambiarme, señor. —Sharpe, a pesar de la frecuente pertinacia del príncipe, todavía no se había comprado un uniforme holandés.

Rebecque, al intuir que el príncipe todavía tenía intención de ir a bailar pese a la noticia de una invasión francesa, se aclaró la garganta.

—Sin duda esta noche no se celebrará el baile en Bruselas, ¿verdad, señor?

—Aún no lo han cancelado —dijo enfurruñado el príncipe y, acto seguido, se volvió de nuevo para darle instrucciones específicas a Sharpe—. Lo quiero con el uniforme de gala. Eso significa galones dorados, dos charreteras con ribetes de cordón dorado y hombreras de color azul. Y la espada de gala, Sharpe, en lugar de esa hoja de carnicero. —El príncipe sonrió como si quisiera suavizar sus órdenes sobre la vestimenta y le hizo una seña a uno de sus adalides holandeses—. Vamos, Winckler, aquí no hay nada más que hacer. —Salió de la habitación a grandes Zancadas, dejando a Rebecque con los labios apretados y en silencio.

El ruido de los cascos se perdió en la cálida atmósfera. Rebecque volvió a prestar atención para intentar oír el sonido de las descargas de mosquetes, pero no oyó nada; dio unos golpecitos en el mapa con una regla de ébano.

—Su alteza real tiene mucha razón, Sharpe, tendría usted que llevar el uniforme holandés.

—Sigo teniendo intención de comprarme uno.

Rebecque sonrió.

—Puedo dejarle algo apropiado para esta noche.

—¡A la mierda esta noche! —Sharpe dio vuelta el mapa para ponerlo frente a él—. ¿Quiere que vaya a Mons?

—Ya he mandado a Harry. —Rebecque se dirigió hacia la ventana abierta y se quedó mirando la calima causada por el calor—. Quizá no esté ocurriendo nada en Mons —lo dijo en voz baja, casi para sí mismo—. Tal vez estemos todos equivocados en cuanto a Mons. Tal vez Napoleón sólo está abriendo las puertas delanteras pasando por alto la trasera.

—¿Señor?

—Es una puerta delantera de dos hojas, Sharpe, ¡eso es! —exclamó Rebecque con repentino apremio mientras regresaba a la mesa a grandes pasos y le daba unos golpecitos al mapa—. Los prusianos son la puerta de la izquierda y nosotros la derecha, y cuando los franceses empujen por en medio, Sharpe, las dos hojas girarán sobre sus bisagras y se separarán. ¿Es eso lo que Bonaparte nos está haciendo?

Sharpe clavó la vista en el mapa. Del cuartel general del príncipe salía un camino hacia el este que pasaba por Nivelles y se unía a la carretera de Charleroi en una

encrucijada sin nombre. Si se perdía aquel cruce Napoleón habría logrado abrir las dos puertas. Los británicos y holandeses habían estado preocupándose por Mons, pero entonces Sharpe cogió un trocito de carboncillo y garabateó un grueso círculo alrededor de la encrucijada.

—Éste es el cerrojo de sus puertas, Rebecque. ¿Cuáles son nuestras tropas más próximas a él?

—La brigada de Saxe-Weimar. —Rebecque ya se había dado cuenta de la importancia de aquel cruce. Se dirigió a grandes pasos hacia la puerta y gritó llamando a los administrativos.

—Yo iré —dijo Sharpe ofreciéndose.

Rebecque aceptó la oferta asintiendo con la cabeza.

—Pero, por Dios, mándeme noticias sin demora, Sharpe. No quiero quedarme a oscuras.

—Si los franceses han tomado esa maldita encrucijada nos quedaremos todos a oscuras. Para siempre. Me llevaré uno de los caballos del príncipe. El mío está reventado.

—Llévese dos. Y que el teniente Doggett vaya con usted. Él puede hacernos llegar sus mensajes.

—¿Tiene nombre esa encrucijada? —Era una cuestión importante puesto que cualquier mensaje que mandara Sharpe debía ser preciso.

Rebecque buscó sobre la mesa y encontró uno de los mapas a mayor escala que los ingenieros reales habían dibujado y distribuido a todos los cuarteles generales del ejército.

—Se llama Quatre Bras.

—¿Cuatro brazos?

—Es lo que pone aquí, Quatre Bras. Cuatro Brazos justo lo que se necesita para abrir puertas de doble hoja, ¿eh?

Sharpe no respondió a la pequeña broma. En lugar de eso llamó a gritos al teniente Doggett y luego fue a la cocina, se sentó y se puso las botas. A través de la puerta abierta que daba al patio de los establos pidió a gritos que ensillaran tres caballos, dos para él y uno para el teniente Doggett.

—¡Y desaten a mi perro!

Las órdenes para el príncipe Bernhard de Saxe-Weimar, lacradas con la copia del sello personal del príncipe de Orange que tenía Rebecque, llegaron diez minutos después. El mismo Rebecque trajo las órdenes y se las entregó a Sharpe que ya había subido a su montura.

—Recuerde, se supone que esta noche tendría que estar bailando —Rebecque le sonrió a Sharpe.

Paulette había salido al patio del establo y estaba apoyada contra una pared que el

sol había calentado. Le dedicó una sonrisa a Sharpe mientras que éste hacía girar al caballo del príncipe hacia el arco de entrada.

—Vaya con cuidado, inglés —le gritó.

El patio se estaba llenando de caballos y oficiales del estado mayor que, alertados por las descargas de mosquetería que se oían a lo lejos, llegaban provenientes de los distintos cuarteles generales de brigada en busca de información e instrucciones. Sharpe le lanzó un beso a la puta del príncipe y luego cabalgó en busca de una encrucijada.

CAPÍTULO 5

La habitación del hotel de la Rue Royal en Bruselas apestaba al vinagre que la doncella de Jane Sharpe había echado en una pala al rojo vivo para fumigar la estancia. Un pequeño cuenco metálico con polvos de azufre seguía ardiendo en la chimenea para erradicar cualquier pestilencia de la atmósfera que el vinagre pudiera haber dejado pasar. Jane se había quejado de que era un conjunto de habitaciones pequeño y asqueroso, pero al menos se aseguraría de que éstas no supusieran ningún riesgo de contagio. El anterior ocupante había sido un comerciante suizo al que habían desalojado para dejar paso al milord inglés y a su señora, y Jane tenía la sospecha de que el suizo, al igual que todos los extranjeros, albergaba extrañas y repugnantes enfermedades. El nocivo hedor del vinagre quemado y el azufre ardiente le estaba sentando mal a Jane, pero a decir verdad no se había encontrado muy bien desde la travesía por mar desde Inglaterra.

Lord John Rossendale, elegantemente apuesto, con bombachos blancos y medias de seda, zapatos de baile de color negro y un chaqué, con cinturón y vaina dorados, de cuello alto en color azul y charreteras gemelas con cadenas de oro, estaba de pie ante la ventana del dormitorio y miraba los tejados de Bruselas con aire taciturno.

—No sé si estará allí. No lo sé. —Era la vigésima vez que había confesado tal ignorancia, pero por vigésima vez eso no satisfizo a Jane Sharpe que estaba sentada, desnuda de cintura para arriba, ante el pequeño tocador de la habitación.

—¿Por qué no lo averiguamos? —preguntó bruscamente.

—¿Qué esperas que haga? —Lord John atribuyó el malhumor de Jane a su descomposición de estómago. La travesía por el mar del Norte parecía haberle sentado mal y el desplazamiento en carruaje hasta Bruselas no había mitigado su náusea.

—¿Esperas que mande un mensajero a Braine-le-Comte?

—Si él puede proporcionamos la respuesta, ¿por qué no?

—Braine-le-Comte no es una persona, sino el pueblo donde el príncipe tiene su cuartel general.

—No me explico... —Jane hizo una pausa para darse unos toquecitos en las mejillas con la *eau de citron* que se suponía tenía que blanquearle la piel del rostro y los pechos para conseguir la palidez cadavérica que estaba de moda—. No me explico —continuó— por qué el príncipe de Orange, fuese quien diablos sea, querría nombrar a Richard oficial del estado mayor. Richard no tiene modales para ser un oficial del estado mayor. Es como ese emperador romano que hizo cónsul a su caballo. ¡Es una locura! —Estaba siendo injusta. Jane sabía lo buen soldado que era su marido, pero una mujer que abandona a su esposo y le roba su fortuna aprende pronto a denigrar su recuerdo para justificar su forma de actuar—. ¿No estás de

acuerdo en que es una locura? —volvió un furioso rostro húmedo hacia Rossendale quien no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros en señal de asentimiento. Lord John pensó que Jane tenía un aspecto muy hermoso, pero que al mismo tiempo daba un poco de miedo. Tenía el pelo magníficamente mal peinado a causa de las tenacillas de plomo para rizarlo que, al quitarlas, la dejarían con un glorioso halo brillante como el oro pero que ahora le daban a su enojado rostro el aspecto fiero y enmarañado de una furia griega.

Jane se volvió a girar hacia el espejo. Podía pasarse horas delante de un tocador mirando gravemente su imagen reflejada de la misma manera que un artista escudriñaría su obra en busca de un acabado brillante que convirtiera un cuadro simplemente bonito en una obra maestra.

—¿Dirías que mis mejillas tienen color? —le preguntó a lord John.

—Sí —sonrió aliviado de que ella hubiera dejado el tema de Richard Sharpe—. En realidad tienes un aspecto verdaderamente saludable.

—Maldita sea —le dirigió una mirada fulminante a su imagen—. Debe de ser el calor. —Se volvió cuando su doncella salió de la antesala con dos vestidos, uno dorado y uno blanco, que sostuvo en alto para que Jane los examinara. Jane señaló el vestido de color oro pálido y volvió su atención al espejo. Metió un dedo en un tarro de colorete y con infinito cuidado se enrojeció los pezones. Luego, de una forma obsesiva, se puso otra vez a blanquearse la cara. La mesa estaba abarrotada de recipientes y ampollas: había bergamota y almizcle, *eau de chipre*, *eau de lucey* un frasco de perfume *Sans Pareil* que le había costado a lord John Rossendale una pequeña fortuna. A él no le molestaban tales regalos porque encontraba la belleza de Jane aún más extraordinaria y cautivadora. Tal vez la sociedad desaprobaba que aquella relación adúltera se exhibiera tan descaradamente, pero lord John pensaba que la belleza de Jane lo excusaba todo. No podía soportar pensar en perderla, o en no poseerla del todo. Estaba enamorado.

Jane se hizo una mueca a sí misma ante el espejo.

—¿Y qué pasa si Richard está en el baile esta noche?

Lord John suspiró para sus adentros al tiempo que se daba la vuelta hacia la ventana.

—Me desafiará, por supuesto, y entonces habrá césped antes del desayuno de mañana —lo dijo quitándole importancia pero en realidad le aterraba tener que enfrentarse a Sharpe en un duelo al amanecer. Para lord John, Sharpe no era más que un asesino que había sido adiestrado y endurecido para la muerte en innumerables campos de batalla mientras que lo único que había matado lord John habían sido algunos zorros—. No hace falta que vayamos esta noche —dijo en tono abatido.

—¿Y que toda la sociedad diga que somos unos cobardes? —Jane, como era una amante, pocas veces tenía ocasión de asistir a los acontecimientos más elegantes de la

sociedad y no iba a dejar pasar aquella oportunidad de que la vieran en el baile de una duquesa. Ni siquiera la delicada digestión de Jane le impediría ir al baile de esa noche, y tampoco tenía verdadero temor de encontrarse con Sharpe porque sabía muy bien lo reacio que era él a bailar o a ponerse elegante con un vistoso uniforme, pero la posibilidad de su presencia era una idea alarmante que no podía resistirse a considerar.

—Trataré de evitar encontrarme con él —dijo lord John con impotencia.

Jane se dio unos vacilantes toquécitos con el dedo para comprobar si se había secado el colorete de sus pezones.

—¿Cuánto tardará en haber una batalla?

—Me han dicho que el par no espera que los franceses hagan ningún movimiento antes del mes de julio.

Jane hizo una mueca ante el lapso de tiempo que eso suponía y después se puso de pie con sus esbeltos brazos en alto para que su doncella le pasara el vaporoso vestido por la cabeza.

—¿Sabes lo que ocurre en combate? —le preguntó a lord John por debajo de la cascada de tela dorada.

Parecía una pregunta bastante general, para la que a lord John no se le ocurrió ninguna respuesta específica.

—Un montón de cosas desagradables, me imagino —dijo no obstante.

—Richard me contó que muchos oficiales impopulares mueren en combate a manos de sus propios hombres. —Jane se giró a uno y otro lado enfrente del espejo para asegurarse de que el vestido caía adecuadamente. El vestido tenía la cintura alta y la delantera baja, una vaporosa película de tela a través de la cual sus pezones brillantemente coloreados se transparentaban como sombras tentadoras. Sin duda habría otras mujeres que llevarían vestidos como aquél, pero ninguna, pensaba Jane, se atrevería a ponerse uno sin combinación como iba a hacer ella. Satisfecha, tomó asiento mientras su doncella empezaba a desenroscar las tenacillas de plomo del pelo y a cardar los rizos para que quedaran perfectos—. Me explicó que no puedes saber lo que ocurre durante la batalla porque hay demasiado humo y ruido. En resumen, que un campo de batalla es un lugar idóneo para cometer un asesinato.

—¿Insinúas que debería matarle? —Lord John se sorprendió de verdad ante el deshonor de aquella sugerencia.

Jane, en efecto, había querido aludir a la oportunidad de asesinar a su marido, pero no podía admitirlo.

—Insinúo —mintió sin ningún problema— que tal vez él no quiera arriesgar su carrera batiéndose en duelo y que, en lugar de eso, intente matarte durante una batalla. —Hundió el dedo en una aromática pasta negra que se aplicó en las pestañas—. Es un hombre excesivamente orgulloso y de una brutalidad extraordinaria.

—¿Tratas de asustarme? —Lord John intentó quitarle importancia a la conversación.

—Trato de hacer que actúes con resolución. Hay un hombre que amenaza tu vida y nuestra felicidad, así que lo que sugiero es que tomes medidas para protegernos. —Era lo más parecido a una proposición directa de asesinato que Jane se atrevió a apuntar, aunque no pudo resistirse a añadir otro señuelo—. Es probable que corras más peligro de ser alcanzado por una bala de fusil británico que por cualquier arma francesa.

—Puede ser que los franceses se ocupen de él de todas formas —dijo lord John preocupado.

—Hasta ahora han tenido muchas oportunidades —replicó Jane en tono áspero— y no han conseguido nada.

Por fin lista, se puso de pie. Su cabello, ensortijado, enjovado y emplumado, coronaba una belleza etérea y sensual que deslumbró a lord John. Él le hizo una reverencia, le besó la mano y la condujo abajo hasta el patio donde les aguardaba el carruaje. Era hora de ir a bailar.

* * * *

Su alteza serenísima el príncipe Bernhard de Saxe-Weimar echó un vistazo a las órdenes de Rebecque, dio un gruñido de aceptación y le pasó bruscamente el papel a su comandante de brigada.

—Dígale al príncipe que estaremos en la encrucijada dentro de una hora —le dijo a Sharpe.

Sharpe no reveló que el príncipe de Orange no sabía nada de aquellas órdenes. En lugar de eso le dio las gracias a su alteza serenísima, salió haciendo reverencias de la posada que hacía las funciones de cuartel general del príncipe Bernhard y volvió a montar su caballo. El teniente Simon Doggett, al que se le había encomendado la tarea de procurar que Nosey no matara a los pollos que picoteaban por el patio de la posada, siguió a Sharpe hacia el camino.

—¿Y bien, señor? —le preguntó a Sharpe, pero lo hizo con una voz nerviosa, dando a entender que esperaba que su osadía al preguntar topara con una violenta reprobación.

—Estará en la encrucijada dentro de una hora con cuatro mil soldados. Esperemos que esos cabrones sepan luchar. —Los soldados de Saxe-Weimar eran en su mayoría tropas alemanas al servicio de Holanda que habían combatido a favor de Napoleón en las guerras anteriores, y ni siquiera el propio Saxe-Weimar estaba seguro de si combatirían contra sus antiguos camaradas.

Doggett cabalgó hacia el este al lado de Sharpe. Al igual que muchos de los

ingleses que servían al príncipe de Orange, Doggett era un antiguo alumno de Eton. Era entonces teniente del primer regimiento de la Guardia de a Pie, pero lo habían trasladado temporalmente al estado mayor del príncipe porque su padre era un viejo amigo del barón Rebecque. Doggett tenía el pelo rubio, la piel blanca y, a ojos de Sharpe, era absurdamente joven. De hecho tenía dieciocho años, nunca había visto un combate y le tenía miedo al famoso teniente coronel Sharpe, quien contaba con treinta y ocho y había perdido la cuenta de todas sus batallas.

En aquel momento Sharpe preveía otra: la batalla por una encrucijada que unía a dos ejércitos.

—Si los franceses han tomado ya Quatre Bras tendrá que volver y avisar a Saxe-Weimar —le dijo Sharpe—. Luego transmítale la mala noticia a Rebecque.

—Sí, señor —Doggett hizo una pausa y luego se armó de coraje para hacer una pregunta—. ¿Y qué hará usted, señor? Quiero decir, si los franceses han capturado el cruce.

—Cabalgaré hasta Bruselas para decirle al duque que corra como si le persiguiera el diablo.

Doggett echó un vistazo para ver si el fusilero sonreía y estaba bromeando, pero no lo estaba. Los dos soldados se quedaron en silencio mientras hacían avanzar a sus caballos a medio galope entre setos en los que brillaban las tempranas briznas de las dedaleras. Más allá de los setos los trigales estaban poblados de amapolas y ribeteados de centaureas. Las golondrinas atravesaban rápidamente los campos en vuelo bajo mientras que los grajos se alzaban torpemente hacia sus altos nidos. Sharpe se giró en su silla y vio que el cielo del oeste seguía estando nublado, aunque había grandes claros entre las amontonadas nubes a través de las cuales el sol vertía un incandescente chorro de luz. Ya era bien entrada la tarde, pero todavía quedaban cuatro horas de luz solar. Dentro de una semana iba a ser el día más largo del año cuando, en aquellas latitudes, un artillero podía divisar con total precisión un cañón de doce libras a las nueve y media de la noche.

Pasaron junto a un enorme bosque oscuro que crecía al sur del camino y, de forma totalmente repentina, apareció la pálida franja de la carretera adoquinada que se extendía inhóspita a través del paisaje que tenían ante sus ojos. Instintivamente Sharpe frenó su caballo y se quedó mirando el pequeño grupo de viviendas que señalaban la encrucijada llamada Quatre Bras.

No había ningún movimiento en el cruce, al menos nada que amenazara la vida de un soldado. No había tropas y la carretera estaba vacía, no era más que una pálida franja polvorienta entre sus vívidos arces de color verde. Sharpe dio un golpe suave con los talones para que su caballo se pusiera en marcha de nuevo.

Unas volutas de humo revelaban que los habitantes de las casitas estaban cocinando sus viandas vespertinas en las chimeneas de la pequeña aldea situada al

norte del cruce. Había una gran granja de piedra en cuyo exterior una chica de cabello oscuro jugaba con unos gatitos junto a un carro vacío. Tres gansos cruzaron anadeando el camino. Dos ancianas con sombrero y chal estaban sentadas haciendo encaje fuera de una casita con techo de paja. Un cerdo hozaba en un huerto y las vacas lecheras mugían en el corral. Una de las mujeres con chal debió de ver que Sharpe y Doggett se acercaban, pues de pronto llamó a la joven y ésta se fue corriendo nerviosamente a la casita. Más allá de la diminuta aldea el camino más estrecho sin adoquinar subía por un cerro poco elevado antes de desaparecer por el este en medio de un grupo de árboles oscuros.

—¿Comprende usted la importancia que tiene este camino? —Sharpe señaló el camino más estrecho por donde él y Doggett viajaban.

—No, señor —respondió Doggett con sinceridad.

—Es el camino que nos une a los prusianos. Si los franceses lo cortan nos quedamos solos, así que si perdemos esta encrucijada los franchutes habrán ganado la maldita campaña.

Sharpe apretó el paso y bajó hacia el cruce, se llevó la mano al sombrero para saludar a las ancianas que miraban alarmadas a los dos jinetes y luego se volvió para dirigir la vista hacia el largo camino del sur que llevaba a Charleroi. La carretera se extendía pálida y desierta bajo el sol de la tarde; era la misma vía en la que Sharpe había visto marchar a los cuerpos franceses aquella mañana. Eso lo había visto a sólo unos veinte kilómetros al sur de aquel cruce de caminos, sin embargo, en esos momentos no había señales de ningún francés. ¿Se habrían detenido? ¿Se habrían retirado? Sharpe sintió un temor repentino de que hubiera dado una falsa alarma y de que las fuerzas que había visto no hubieran sido más que un amago. ¿O quizá los franceses habían pasado por aquel cruce y ya se estaban acercando a Bruselas? No. Desechó ese temor al instante porque allí no había ningún indicio del paso de un ejército. El alto centeno de los campos que había a ambos lados del camino no estaba pisoteado, y el rudimentario empedrado de la carretera hecho de adoquines adheridos sobre caliza y pedernal no presentaba rodadas profundas causadas por el paso de la artillería pesada. Así que ¿dónde diablos estaban los franceses?

—Vamos a buscar a esos cabrones —gruñó Sharpe, y en cuanto lo dijo se maravilló de lo fácil que era volver a caer en la vieja costumbre de hablar sobre el enemigo. Vivió en Normandía durante siete meses, había aprendido el idioma francés y había llegado a amar la campiña francesa, sin embargo, en aquellos momentos, como si nunca hubiera conocido a Lucille, hablaba de los franceses como del aborrecido enemigo. Lo extraño de aquella idea hizo que de pronto añorara el castillo. Al hogar de Lucille lo llamaban presuntuosamente castillo, aunque en realidad no era más que una gran granja rodeada de un foso con una torre almenada para recordar a los transeúntes que había sido una pequeña fortaleza. Ahora el castillo era el hogar de

Sharpe, el primer hogar que de verdad había conocido. Durante la guerra se habían descuidado las fincas y Sharpe emprendió la ardua tarea de remediar los años de abandono. En esa época del año, si Napoleón no hubiera regresado, Sharpe habría estado entresacando los cultivos de manzanas, llenando cestas de frutas jóvenes para ofrecerles al resto una mejor oportunidad de madurar en otoño, pero en lugar de eso se encontraba cabalgando por un camino polvoriento de Bélgica en busca de un enemigo que había desaparecido misteriosamente.

La carretera descendía suavemente hasta un vado. A la izquierda de Sharpe la corriente desembocaba en un lago, y delante de él, al otro lado del vado poco profundo, había una granja con un portalón arqueado situada en el lado izquierdo del camino. Una mujer miró con desconfianza a los dos soldados desde el arco de la granja, luego volvió a entrar en el patio y cerró la pesada puerta dando un portazo. Sharpe se había detenido en el vado para dejar que los caballos bebieran. Las libélulas de brillante color azul se cernían y se abalanzaban sobre los carrizos. Era una tarde cálida, un atardecer suave y tranquilo en el que sólo se oía el susurro del agua y el ligero crepitar de los tallos del centeno al moverse con la brisa. Parecía imposible que aquel lugar pudiera convertirse en un campo de batalla, y tal vez no llegara a ocurrir, puesto que Sharpe ya estaba empezando a dudar de lo que había visto aquella misma mañana. ¿Adónde diantre habían ido los franceses?

Rozó los ijares del caballo, atravesó chapoteando el vado y empezó a subir por la leve pendiente que había al otro lado. Los perros ladraban en la granja y Nosey respondió con aullidos hasta que Sharpe le dijo bruscamente que se callara. El conocido y hogareño hedor de un estercolero flotaba por la carretera. Sharpe cabalgaba lentamente, como si al darse prisa pudiera echar a perder la calma de aquella perfecta tarde de verano. La carretera no tenía setos, se extendía entre anchas franjas invadidas de hierba en las que crecían lágrimas de la Magdalena, dedaleras, aguileñas y lamio. Unos arbustos de saúco y endrino proporcionaban sombra en algunas zonas. Un conejo, alarmado a la vista de los jinetes que se acercaban, cruzó ruidosamente la cuneta y se adentró a toda velocidad entre los tallos de centeno. La tarde era fragante, cálida y plena, iluminada por el inmenso baño de luz dorada que emergía de entre los abismos de nubes del oeste.

A su izquierda, a poco más de un kilómetro y medio de distancia, Sharpe divisó los tejados de dos granjas más, y a su derecha el bosque daba paso a unos ondulados trigales atravesados por el sendero de una granja que serpenteaba entre los cultivos. No había ningún movimiento adverso en el paisaje. ¿Se habría dirigido al cruce equivocado? Le invadió un repentino temor de que aquélla no fuera la carretera que iba de Charleroi a Bruselas. Sacó el mapa que, en efecto, indicó que estaba cabalgando por la carretera principal de Bruselas, pero la inexactitud de los mapas era bien conocida. Buscó un mojón pero no se veía ninguno. Se detuvo de nuevo, pero no

oyó ni descargas de mosquetes ni el sonido de los soldados marchando. ¿Se había imaginado al enemigo esa mañana? ¿O el sonido de los mosquetes aquella tarde? Pero Rebecque también había oído el ruido de las descargas. Entonces, ¿dónde estaban los franceses? ¿Se los habrían tragado los cálidos prados?

La carretera se torcía ligeramente a la derecha. El centeno estaba tan alto que Sharpe no podía ver lo que había una vez pasada la curva. Aflojó su rifle en la funda y llamó con un grito a Nosey. Simon Doggett, que cabalgaba al lado de Sharpe con el caballo de repuesto, parecía compartir el nerviosismo del fusilero. Ambos estaban frenando a sus caballos de forma instintiva.

Avanzaron poco a poco por la curva del camino. Más adelante había un cruce al que dos enormes castaños daban sombra. La carretera se torcía hacia la izquierda mientras que un sendero más pequeño se dirigía a la derecha. Pasado el cruce, a lo lejos, había un pueblo que el alto centeno apenas dejaba ver. El mapa coincidía con lo que Sharpe estaba viendo, así que el pueblo tenía que ser Frasnés.

—Iremos hasta el pueblo —dijo Sharpe.

—Sí, señor.

El sonido de sus voces rompió el nervioso hechizo y los dos hombres clavaron sus tacones para poner sus caballos al trote. Sharpe tuvo que agacharse para pasar por debajo de una rama de castaño al girar por la siguiente curva, y vio la ancha calle del pueblo a unos quinientos metros por delante.

Se volvió a detener. La calle parecía vacía. Desplegó el abollado telescopio de capitán de barco que había comprado en Caen para reemplazar el caro antejo que había perdido después de Toulouse. Enfocó con el incómodo y pesado instrumento la única calle del pueblo.

Había tres hombres sentados en el exterior de lo que debía de ser la posada del pueblo. Una mujer con una falda de gruesa tela negra guiaba un asno cargado de heno. Dos niños corrían hacia la iglesia. La imagen de la iglesia tembló, Sharpe controló el temblor y se quedó inmóvil.

—¡Dios santo!

—¿Señor? —preguntó Doggett alarmado.

—¡Ya tenemos a esos cabrones! —la voz de Sharpe rebosaba de satisfacción.

Los franceses no habían desaparecido y él no los había imaginado. Estaban en Frasnés. En el otro extremo de la calle del pueblo acababa de aparecer, escorzado por la distancia y las viejas lentes, un batallón de la infantería francesa. Debían de estar cantando puesto que, aunque Sharpe no oía nada, vio que abrían y cerraban la boca al unísono. El batallón vestía unas casacas de un color azul más oscuro que el de la mayor parte de la infantería francesa y llevaban unos pantalones también de un color azul muy oscuro.

—Son un batallón de *Voltigeurs* —le dijo Sharpe a Doggett—. Infantería ligera.

Fusileros. Entonces ¿dónde diablos están sus dragones? —dirigió el telescopio a izquierda y derecha pero no se veía a ningún jinete bajo la luz del sol de la tarde.

Doggett había sacado su propio catalejo y miraba fijamente a los franceses. Eran las primeras tropas enemigas que había visto; aquella visión lo había hecho palidecer. Oyó el palpar de su torrente sanguíneo que le resonaba con rapidez en los oídos. Con frecuencia había imaginado que veía al enemigo por primera vez, pero era extraño cuán común y, sin embargo, cuán emocionante fue aquel bautismo.

—¿Cuántos hay? —preguntó.

—¿Seiscientos? —calculó Sharpe—. Y son unos cabrones engraidos por marchar sin la protección de la caballería. —Los únicos jinetes que pudo ver eran diez oficiales franceses a caballo, pero sabía que la caballería y los cañones no podían estar mucho más atrás. Ningún general hacía avanzar a unos fusileros sin apoyo muy por delante del contingente principal. Se volvió hacia Doggett—. ¡De acuerdo! Vuelva a Quatre Bras. Espere allí a Saxe-Weimar. Salúdele de mi parte y dígame que hay un batallón de fusileros franceses que se acerca en su dirección. Sugiera que avance hasta el riachuelo y los detenga allí, pero hágalo con tacto. Llévase a Nosey y al caballo de repuesto, luego espéreme en el cruce. ¿Comprendido?

—Sí, señor —Doggett dio vuelta su caballo y con torpeza hizo girar al otro en círculo—. ¿Qué va a hacer usted, señor?

—No perderé de vista a esos hijos de puta. Si oye disparos no se preocupe. Será porque estaré jugando un poco con ellos. Dele al cabrón de Nosey un buen puntapié si le causa algún problema.

Doggett espoleó a su caballo y se alejó, seguido de mala gana por Nosey, mientras que Sharpe desmontaba y guiaba a su caballo de vuelta a los castaños que había en la bifurcación del camino. Justo detrás de los castaños, en medio de la alta hierba de la cuneta, había una pesada rastra de madera abandonada. Sharpe ató las riendas del caballo a la sólida estructura de la rastra y sacó el fusil de la pistolera. Comprobó que el arma estuviera cargada y que el pedernal se hallara bien asentado en las mordazas forradas de cuero.

Regresó sobre sus pasos dejando atrás los castaños sin apartarse de la sombra que proporcionaba el alto centeno que crecía en el lado oeste del camino. Fue corriendo a un ritmo constante, acercándose cada vez más al pueblo y al enemigo que se aproximaba. Las tropas francesas no se habían detenido en Frasnes, seguían adelante marchando obstinadamente en dirección a Sharpe, quien imaginó que tendrían órdenes de tomar la encrucijada de Quatre Bras antes del anochecer. Si Saxe-Weimar podía llegar primero al cruce y si sus soldados luchaban, los franceses caerían, pero sería una carrera muy reñida.

Sharpe quería retrasar el avance francés. Tan sólo unos pocos minutos serían de ayuda. Se echó al suelo en un surco poco profundo junto ala carretera, medio oculto

bajo un avellano que los rosados escaramujos habían invadido. Ninguno de los enemigos que se acercaban parecía haberse dado cuenta de su presencia. Deslizó el fusil entre la gruesa hierba y se echó el tricornio hacia atrás para que el pico no se enganchara en el martillo del arma.

Esperó. La pistola que llevaba en el cinturón se le clavaba en el vientre. La hierba que cubría la cuneta de la carretera estaba tibia y húmeda. Había llovido a principios de semana y la tierra bajo la espesa vegetación todavía estaba mojada. Una mariquita subía lentamente por un tallo seco y luego pasó con delicadeza a la maltrecha y engrasada culata del fusil. El enemigo iba marchando despreocupado y confiado. Las sombras se alargaban encima de la carretera. Era una de las tardes de verano más hermosas con las que Dios había bendecido un mundo malvado.

En la cuneta de enfrente apareció una liebre, se estremeció durante un segundo y luego echó a correr rápidamente carretera arriba para acabar echándose a un lado de un brinco, fuera del camino de la infantería francesa que se acercaba. El enemigo se encontraba entonces a unos trescientos metros de distancia y marchaba en una columna de cuatro filas. Sharpe oía sus fuertes cantos. Un oficial cabalgaba encabezando la columna sobre un caballo gris. El oficial llevaba un penacho rojo en su chacó de color azul y un alto cuello de color rojo en su desabrochada casaca azul. El penacho rojo se mecía al ritmo de los pasos del caballo. Sharpe apuntó al penacho, suponiendo que a esa distancia extrema la bala descendería y le daría al caballo.

Disparó. Los pájaros graznaron y salieron de los cultivos como un estallido.

Con el disparo salió humo de la cazoleta junto al ojo derecho de Sharpe y los pedacitos de pólvora ardiendo le despellejaron la mejilla. Con el retroceso, la pesada culata metálica del fusil le golpeó en el hombro. Se movió antes de que cesaran los cánticos; rodó para meterse entre los gruesos tallos de centeno y allí, sin molestarse en ver el daño que había causado con su disparo, empezó a recargar. Cebó la cazoleta, cerrarla, dejar caer el cartucho de pólvora en el cañón humeante y luego atacar el cartucho de papel y la bala. Extrajo la baqueta, la metió por el largo cañón y volvió a sacarla de un tirón. Nadie había devuelto el disparo. Rodó otra vez para cobijarse bajo la sombra del avellano donde el maloliente humo de la pólvora siguió presente.

La columna se había detenido. El oficial había desmontado el caballo gris que corría nervioso por el borde del camino. Los pájaros revoloteaban en lo alto. El oficial estaba ileso y al parecer ninguno de los soldados había sido alcanzado. ¿Quizás el caballo estuviera herido? Sharpe cogió la pistola cargada de su cinturón, la amartilló y la dejó en el suelo junto a él. Volvió a apuntar con el fusil, esa vez a uno de los soldados de la primera línea.

Disparó. A los pocos segundos volvió a disparar, vaciando en esa ocasión la pistola hacia los franceses. El segundo disparo no causaría daños, pero tal vez

convenciera a los franceses de que tenían delante a un grupo de enemigos. Sharpe se volvió a la derecha y esa vez se adentró más entre los tallos de centeno antes de recargar el fusil. Guardó la pistola en el cinturón.

Los mosquetes franceses estallaron. Escuchó el sonido de las pesadas balas de plomo al pasar entre el centeno, aunque ninguna fue a parar cerca de él. Sharpe cargaba deprisa, haciendo uso de la instrucción que había recibido veintidós años antes. Estalló otra descarga de mosquetes de los franceses que disparaban al azar contra los crecidos cultivos. Sharpe hizo lo mismo, se limitó a apuntar el fusil en la dirección de la columna y a apretar el gatillo para que la bala pasara a toda velocidad entre los tallos. Metió el siguiente cartucho por la boca del cañón y no se molestó en utilizar la engorrosa baqueta, sino que golpeó con fuerza la culata del fusil contra el suelo con la esperanza de que con la sacudida la bala bajara hasta la floja carga. Disparó de nuevo y sintió el culatazo más suave, con lo cual supo que la bala había quedado en el medio del cañón. Con suerte esa bala recorrería unos cien metros; pero se trataba de disparar deprisa para persuadir a los franceses de que se habían encontrado con una fuerte línea de piquetes.

Disparó otro proyectil más que cargó sin utilizar la baqueta y luego retrocedió a toda prisa en paralelo al camino. Se abrió camino entre el centeno hasta que hubo pasado los castaños y entonces giró a la derecha. Cruzó corriendo la carretera y oyó el grito de los franceses cuando lo vieron, pero para cuando apretaron los gatillos él ya se había refugiado bajo los altos árboles. El nervioso caballo puso los ojos en blanco y movió las orejas en dirección al chasquido de los mosquetes.

Sharpe volvió a cargar el fusil y en esa ocasión atacó la bala con fuerza contra la carga, después desató al caballo, un gran semental de color negro, uno de los mejores que había en las caballerizas del príncipe, y Sharpe esperaba que la bestia estuviera entrenada para la batalla. Habían muerto soldados a causa de un caballo sin entrenar que se había asustado con el sonido de las descargas de mosquete. Subió a la silla, se acomodó los doloridos muslos y enfundó el fusil. Hizo girar al caballo para encararlo hacia el este y lo hizo entrar en el crecido campo de centeno. Hasta aquel momento a los franceses les habían disparado desde el campo que tenían a su izquierda, ahora iban a ver a un oficial a su derecha.

Un grito le dio a entender a Sharpe que, en efecto, le habían visto. El centeno lo mantenía oculto a los soldados rasos franceses y sólo los oficiales que iban a caballo podían ver al fusilero por encima de la alta cosecha. Sharpe agitó el brazo derecho como si estuviera haciendo señas a una línea de fusileros para que avanzaran. Por lo que los oficiales franceses sabían, el espeso centeno podía haber escondido a dos batallones enteros de casacas verdes.

Sonó una trompeta de los franceses. Sharpe fue trotando en semicírculo hacia el flanco del enemigo para simular un ataque en línea, luego se dio la vuelta y espoleó a

su caballo para regresar a Quatre Bras. Desperdiciaron una descarga contra él, pero se encontraba demasiado lejos del alcance de las armas, y las balas se malgastaron entre los gruesos tallos. Tres oficiales a caballo se adentraron en el campo tras la descarga, pero Sharpe ya se había alejado lo suficiente para que ninguno de ellos le supusiera una amenaza. Se limitó a dirigirse al trote hacia el norte con la idea de disparar unos cuantos disparos de fusil más desde la granja que había junto al vado.

El ruido de cascos resonó a la izquierda de Sharpe y vio a otro oficial francés que bajaba por la carretera principal galopando frenéticamente. Sharpe espoleó a su semental, pero el suelo bajo el centeno era traicionero; la tierra estaba húmeda y mantenía la forma de los surcos del arado, por lo que el semental no podía igualar la velocidad del francés que iba por encima del camino adoquinado. El semental tropezó, Sharpe casi se cayó y cuando se recuperó vio que el francés había dado un brusco viraje alejándose del camino y que, con el sable desenvainado, iba directo a cargar contra él. Era un soldado joven, probablemente un teniente.

¡Maldito fuera el condenado soldado! En todos los ejércitos había oficiales que necesitaban demostrar su coraje mediante el combate individual. El duelo también podía ser de ayuda en la carrera militar: si aquel joven teniente francés podía volver a su batallón con el caballo y las armas de Sharpe sería un héroe. Tal vez incluso lo nombrarían capitán.

Sharpe frenó la marcha de su caballo y desenvainó su gran espada, pesada y difícil de manejar.

—¡Retroceda!

—¡Cuando esté usted muerto, *monsieur*! —respondió alegremente el francés. Parecía tan joven como Doggett. Su caballo, al igual que el de Sharpe, tuvo que reducir la marcha debido a los surcos del arado en el campo de centeno, pero el francés lo espoleó para que siguiera adelante a medida que se iba acercando a Sharpe.

Sharpe no cedió terreno e hizo frente al ataque con su brazo derecho. El teniente, lo mismo que todos los oficiales fusileros franceses, llevaba un ligero sable curvo; era una buena arma cortante, pero no la más certera para embestir. Aquel soldado, ansioso por anotarse el primer tanto, viró bruscamente al aproximarse a Sharpe y luego se ladeó sobre su silla para asestar un golpe destripador con la hoja resplandeciente.

Sharpe simplemente paró el golpe sosteniendo su pesada espada en posición vertical. El choque del acero le sacudió el brazo hacia arriba, entonces clavó sus talones para obligar al semental a dirigirse hacia el camino. El francés había pasado rápidamente por su lado y en esos momentos trataba de dar la vuelta en medio del pegajoso centeno.

Lo único que quería Sharpe era llegar al camino. No le hacía falta demostrar nada en un combate singular. Miró por encima de su hombro izquierdo y vio que los otros

tres oficiales seguían estando a unos doscientos metros de distancia, entonces un grito desafiante a su derecha reveló que el teniente francés había conseguido dar la vuelta a su caballo y lo espoléó para realizar un nuevo ataque. Se aproximaba por detrás, un poco a la derecha de Sharpe. Eso era una estupidez porque significaba que el francés tendría que dirigir el golpe de su sable por delante de su propio cuerpo y del de su caballo.

—¡No sea estúpido! —le gritó Sharpe.

—¿Tiene miedo, inglés? —dijo riendo el teniente.

Entonces fue cuando Sharpe sintió la ira, esa ira fría que parecía ralentizar el transcurso del tiempo en sí y hacer que las cosas se vieran con muchísima claridad. Vio el pequeño bigote del francés encima de los dientes que enseñaba. El chacó del soldado tenía una escarapela de color rojo, blanco y azul, y en la correa de cuero del mismo faltaban algunas de las chapas metálicas superpuestas. El caballo del teniente sacudía la cabeza, resoplaba y levantaba mucho sus brillantes cascos al pisotear la cosecha. En su arremetida el caballo hacía saltar cascabillos de centeno y trozos de paja. El sable del teniente estaba alzado y reflejaba la mortecina luz del sol en su brillante lustre, listo para el golpe descendente que tenía que destrozarle el cráneo a Sharpe. Sharpe sostenía su espada a la altura del estribo, casi como si le diera pereza luchar. Los tallos de centeno golpeaban la larga hoja como si fueran látigos. Sharpe frenó deliberadamente al semental para que fuera más lento y dejar así que el ansioso francés lo alcanzara, pero justo un instante antes de que el iluminado sable golpeará hacia abajo con fuerza, Sharpe impulsó la larga espada hacia atrás y hacia arriba.

La pesada hoja chocó con una fuerza brutal contra la boca del caballo del teniente. La bestia se alzó sobre sus patas traseras con un alarido y con los labios y los dientes ensangrentados. Sharpe ya estaba dando la vuelta a su semental por delante. El teniente trataba desesperadamente de aguantar en su silla. Agitó el brazo con el que sostenía el sable para recuperar el equilibrio y entonces dio un grito al ver que la pesada espada iba directa a su garganta. Intentó dar la vuelta para alejarse, pero su caballo cayó sobre sus patas delanteras y el teniente salió despedido hacia delante con toda la fuerza de su peso.

Sharpe sostuvo su espada de hoja recta apuntando a la garganta del teniente y mantuvo la posición del codo mientras el francés caía sobre el acero. Hubo un instante de resistencia y la punta de la espada perforó piel y músculo para hundirse en los principales vasos sanguíneos del cuello del francés.

Su grito de terror se apagó en el acto. Parecía tener los ojos clavados en Sharpe mientras moría, ofreciéndole al inglés una mirada de sorpresa y remordimiento a la vez; luego, un chorro de sangre, brillante como el mismísimo sol, brotó de la herida y empapó el brazo y hombro derechos de Sharpe. Las gotas de sangre salpicaron su rostro, el francés cayó y su agonizante peso le arrancó del cuerpo la larga hoja de

acero.

Sharpe hizo girar a su semental y se alejó. Por un momento pensó en llevarse el caballo del teniente, pero no quería tener que cargar con la bestia. Vio que los otros tres oficiales franceses frenaban su avance. Blandió la ensangrentada espada hacia ellos con un saludo burlón y, al trote, regresó a la carretera.

Allí se detuvo, se limpió la hoja en los pantalones y envainó la espada. La fina manga de color verde de su viejo uniforme se había teñido de rojo. Hizo una mueca de asco ante el olor de la sangre fresca y sacó el fusil cargado de la pistolera. Los tres oficiales lo observaron, pero ninguno trató de acercársele.

Se quedó mirando la curva que describía el camino junto a los castaños. Al cabo de un minuto aparecieron los primeros fusileros franceses. Se detuvieron al verlo y se lanzaron al ataque a izquierda y derecha, pero a cincuenta metros el fusil era mortífero y Sharpe vio como su bala tiraba directamente al suelo a un soldado.

Pero a cincuenta metros los mosquetes franceses eran casi tan certeros como el rifle Baker. Sharpe clavó los talones y se lanzó carretera abajo como si el demonio o el infierno le persiguieran. Contó hasta ocho, entonces viró bruscamente hacia la izquierda y se adentró en el crecido centeno justo cuando la descarga de los franceses atravesaba la nube de polvo que habían dejado los cascos de su caballo.

La pequeña descarga no dio en el blanco. Sharpe siguió cabalgando cuesta abajo hasta llegar al riachuelo donde, mientras el semental bebía, volvió a cargar el fusil y metió el arma en su pistolera. Entonces, convencido de que los franceses frenarían su avance hasta estar seguros de que no les aguardaba ningún piquete emboscado, dirigió la mirada al oeste, hacia las nubes, y dio un largo y hondo suspiro.

Estaba evaluando el miedo que acababa de sentir. Los recuerdos de la batalla de Toulouse lo habían perseguido durante meses, haciéndole revivir el terror laxante que había sentido en aquel último conflicto de la última guerra. No había habido ningún horror especial asociado a Toulouse que explicara aquel extraordinario miedo, la batalla había resultado menos amenazadora que media docena de los combates en España, no obstante, Sharpe nunca había olvidado aquel miedo atroz ni su alivio cuando se declaró la paz. Había colgado su maltrecha espada sobre el armario de las especias en la cocina de Lucille y había afirmado alegrarse de que nunca más tuviera que sacar la hoja deslucida por la guerra de su vaina metálica. Sin embargo, desde Toulouse, se había preguntado si el coraje lo había abandonado para siempre.

Mientras sostenía en alto la mano manchada de sangre bajo la luz del atardecer, encontró su respuesta. La mano no se movía, sin embargo en Toulouse esa misma mano había temblado como la de un hombre aquejado del baile de San Vito. Sharpe cerró lentamente el puño. Sintió un inmenso alivio al ver que había recuperado el coraje, pero también se avergonzó de que el descubrimiento le hubiera gustado.

Levantó la vista hacia las nubes. Le había asegurado a Lucille que combatía

solamente para no ver peligrar su pensión, pero en realidad él había querido saber si sus antiguas habilidades seguían estando o si, al igual que un cañón disparado con demasiada rapidez y frecuencia, sencillamente se había agotado como soldado, pero lo sabía, y había sido todo facilísimo. El joven teniente se había abalanzado sobre la hoja de su espada y Sharpe no había sentido nada. Dudaba incluso que se le hubiera acelerado el pulso al matar. Veintidós años de guerra habían mejorado aquella destreza hasta casi rozar la perfección y, como resultado, pronto habría una madre llorando en Francia.

Miró hacia el sur. No se percibía ningún movimiento entre las crecidas cosechas. Los franceses estarían reuniendo a sus bajas y los oficiales mirarían fijamente hacia el norte en busca de una línea de piquetes inexistente.

Sharpe le dio unos golpecitos al caballo y lo llevó al paso siguiendo el riachuelo hasta llegar al vado, donde una vez más se quedó esperando el avance del enemigo. La mujer había vuelto al arco de entrada de la granja y desde allí, ella y dos hombres miraban nerviosamente hacia la carretera que conducía a Frasnes. Un tábano se posó en el cuello del semental. Sharpe le dio un palmetazo y le brotó sangre; luego desenfundó el fusil y lo sostuvo cruzado sobre la silla. Dispararía una vez más a los franceses antes de retirarse de vuelta al cruce.

En ese momento, por detrás de él, desde el norte, oyó el sordo estruendo de los tambores y las débiles notas alegres de una flauta. Al darse la vuelta en la montura vio una columna de infantería en la encrucijada de Quatre Bras. Por un instante, le dio un vuelco el corazón al creer que había llegado un batallón de fusileros, entonces vio los cinturones cruzados de color amarillo sobre las casacas verdes y supo que tenía ante sus ojos a las tropas de Nassau del príncipe Bernhard de Saxe-Weimar. Los oficiales de brigada alemanes espolearon a sus caballos carretera abajo hacia donde estaba Sharpe.

Saxe-Weimar había llegado justo a tiempo. En la larga pendiente que se extendía por encima de Sharpe, el batallón francés se había desplegado en formación de escaramuza. No se les veía entre el alto centeno, sin embargo, se podía seguir la pista de su resuelto avance debido a la alteración que causaban en las cosechas que atravesaban. El batallón de tropas de Nassau bajaba por la carretera a paso ligero al tiempo que sus oficiales cabalgaban hacia el arroyo para señalar el lugar donde la infantería formaría una línea.

Sharpe retrocedió y cabalgó tras las tropas que avanzaban. Algunos soldados le lanzaron curiosas miradas a causa de la sangre que cubría su brazo derecho. Destapó su cantimplora y bebió un largo trago de agua. Más tropas de infantería de Nassau bajaban corriendo por la carretera y sus pesadas botas levantaban un polvo espeso. Unos pequeños jóvenes tambores, con los labios cubiertos de endurecido polvo del camino, marcaban un desigual ritmo de avance mientras corrían. Las tropas parecían

bastante entusiasmadas, pero los próximos segundos serían la prueba de fuego de su disposición para luchar contra su antiguo señor, Napoleón.

El primer batallón de tropas de Nassau se formó en una línea de cuatro filas en el lado izquierdo del camino. El coronel del batallón se quedó mirando fijamente el azote de soldados ocultos en el campo de centeno situado al otro lado del arroyo, y luego ordenó a sus hombres que se prepararan.

Los soldados se llevaron los mosquetes al hombro.

El coronel hizo una pausa.

—¡Fuego!

Tras un silencio de milésimas de segundo la descarga retumbó con una fuerza tremenda en la tranquila atmósfera de la tarde. Las balas de mosquete salieron despedidas por encima del arroyo y doblaron el centeno de la cosecha, como si una ráfaga de viento hubiera azotado sus tallos. Al borde del camino los grajos batieron furiosamente las alas en señal de protesta ante aquel alboroto.

—¡Carguen! —A ojos de Sharpe, la actuación de los mosquetes del batallón era lamentablemente lenta, pero no importaba: estaban luchando.

Unos cuantos fusileros franceses devolvieron el fuego, pero eran muy superados en número y disparaban totalmente al azar. Otro batallón de tropas de Nassau se había alineado en el lado derecho del riachuelo.

—¡Fuego! —Fue de nuevo el primer batallón. Se acercaban aun más soldados desde el cruce, desplegándose a izquierda y derecha por detrás de las dos primeras unidades. Los oficiales de estado mayor galopaban afanosamente tras las líneas donde el estandarte del batallón brillaba en la penumbra. Los tambores seguían con su estruendo.

—¿Cuántos son? —El comandante de brigada, que hablaba inglés con un marcado acento alemán, frenó su caballo al lado de Sharpe.

—Yo sólo vi a un batallón de fusileros.

—¿Cañones? ¿Caballería?

—No los he visto, pero no pueden estar muy lejos.

—Los retendremos aquí todo el tiempo que podamos —el comandante de brigada dirigió la mirada al sol. Ya no faltaba mucho para que anocheciera y sin duda el avance francés se detendría al caer la noche.

—Informaré al cuartel general de que están aquí —dijo Sharpe.

—Necesitaremos ayuda por la mañana —dijo con fervor el comandante de brigada.

—La tendrán. —Sharpe esperó haber dicho la verdad.

El teniente Simon Doggett aguardaba en el cruce y frunció el ceño al ver el brazo ensangrentado de Sharpe.

—¿Está usted herido, señor?

—Es sangre de otra persona —Sharpe frotó la mancha de sangre pero todavía estaba húmeda—. Tiene que regresar a Braine-le-Comte. Dígale a Rebecque que la encrucijada de Quatre Bras está a salvo pero que seguramente por la mañana los franceses atacarán con un mayor número de efectivos. Dígale que aquí necesitamos soldados, ¡cuantos más mejor!

—¿Y usted, señor? ¿Se va a quedar aquí?

—No. Cogeré el caballo de refresco —Sharpe bajó deslizándose de la silla y empezó a desabrochar la cincha—. Usted llévese éste de vuelta al cuartel general.

—¿Adónde va, señor? —Doggett, al ver el atisbo de irritación en el rostro de Sharpe, justificó su pregunta—. Seguro que el barón me lo pregunta, señor.

—Dígale a Rebecque que voy a Bruselas. El príncipe quiere que asista a un maldito baile.

Simon Doggett palideció mientras miraba el raído uniforme de Sharpe empapado de sangre.

—¿Así, señor? ¿Va a ir a un baile vestido así?

—Estamos en guerra, maldita sea. ¿Qué espera el Joven Franchute? ¿Galones y bombachos? —le dio a Doggett la brida del semental y se llevó la silla para ponérsela al caballo de repuesto—. Dígale a Rebecque que me dirijo a Bruselas para hablar con el duque. Alguien tiene que explicarle lo que está ocurriendo aquí. ¡Vamos, muévase!

Por detrás de Sharpe los disparos se habían extinguido. Los franceses se habían retirado, era de suponer que a Frasnes, en tanto que los soldados de Saxe-Weimar habían empezado a montar sus campamentos. Se oía con fuerza el sonido de sus hachas en el largo bosque cuando cortaban la leña para encender las hogueras y hacer la comida. Los habitantes de la aldea, intuyendo la destrucción que seguiría a la llegada de aquellos soldados, estaban metiendo sus escasas pertenencias en el carro de la granja. La niña pequeña lloraba y buscaba a sus gatitos perdidos. Un hombre le soltó una maldición a Sharpe y se fue para ayudar a enganchar la mula al carro.

Sharpe montó cansinamente su caballo de refresco. La encrucijada estaba a salvo, al menos por esa noche. Chasqueó los dedos para que *Nosey* lo siguiera y se puso a cabalgar hacia el norte en la penumbra. Se dirigía a un baile.

CAPÍTULO 6

Lucille Castineau miraba con gravedad su reflejo en el espejo, el cual, al no ser más que un pequeño fragmento roto, era sostenido por su doncella, Jeanette, que se veía obligada a inclinar el cristal arriba y abajo esforzándose para mostrarle a su señora el vestido entero.

—Queda precioso —dijo Jeanette en tono tranquilizador.

—Es muy sencillo. Pero bueno, yo también soy poco agraciada.

—Eso no es cierto, madame —protestó Jeanette, Lucille se rió. Su traje de baile era un viejo vestido de color gris que había adornado con algunos trozos de encaje de Bruselas. La moda dictaba un cuerpo de vaporosa tela ajustada que apenas cubriera los pechos y una falda con una raja que dejara al descubierto un trozo del muslo apenas oculto bajo una fina combinación, pero Lucille no tenía ni el gusto ni el dinero para tales tonterías. Había optado por el vestido gris para que se ajustara más a su delgado cuerpo, pero ésa fue su única concesión a la moda. No se había bajado el escote y ni se le habría ocurrido cortar la falda.

—Queda precioso —repitió Jeanette.

—Eso es porque no has visto lo que van a llevar las demás.

—Sigo pensando que es precioso.

—No es que importe mucho —dijo Lucille—, puesto que dudo que alguien me mire. O que baile conmigo siquiera. —Sabía muy bien lo reacio a bailar que era Sharpe, por eso se había sorprendido cuando llegó el mensaje del cuartel general del príncipe de Orange informándola de que el teniente coronel Sharpe acompañaría a su alteza real al baile de la duquesa de Richmond, por lo que, de antemano, su alteza real tenía el placer de adjuntar una invitación para la señora vizcondesa de Seleglise. Lucille nunca usaba su título, pero sabía que, contra toda lógica, Sharpe estaba orgulloso de él y debía de haber informado de su existencia al príncipe.

La renuente vizcondesa dejó entonces el espejo roto apoyado sobre un estante y se pasó los dedos por el pelo que se había recogido sin apretar antes de adornarlo con una pluma de avestruz.

—No me gusta la pluma.

—Todo el mundo las lleva.

—Yo no. —Lucille se la sacó y con la punta le hizo cosquillas al bebé que dormía. El niño se movió pero continuó durmiendo. Henri Patrick tenía el cabello negro como su padre, pero Lucille ya creía ver en la arrugada carita del bebé la cabeza alargada de su familia. Si tenía el aspecto de su padre y el cerebro de su madre, le gustaba decir a Lucille, Henri Patrick sería muy afortunado.

Era injusta, al menos con ella misma. Lucille Castineau había vivido durante todos sus veintisiete años en la campiña normanda y, aunque provenía de una familia

noble, consideraba con orgullo que era una granjera. La vida rural le había negado la moderna palidez de Jane Sharpe; en cambio, la piel de Lucille tenía la saludable lozanía del clima del campo. Tenía un rostro alargado, estrecho y huesudo cuya severidad quedaba suavizada por sus ojos que irradiaban alegría y sensatez. Era viuda. Su marido había sido un elegante oficial de la caballería de Napoleón y a menudo Lucille se había preguntado por qué un hombre tan apuesto había querido casarse con ella, pero Xavier Castineau se había considerado muy afortunado con su esposa. Llevaban casados tan sólo unas semanas cuando a él lo atravesó un sable. Durante el período de paz después de las guerras, cuando Lucille se había encontrado sola en el castillo normando de su familia, había conocido a Sharpe, se convirtió en su amante y en la madre de su hijo.

La lealtad hacia su pareja había llevado a Lucille hasta Bruselas. Ella nunca había sido una bonapartista, aunque aquel desagrado no había hecho que le fuera más fácil abandonar Francia y seguir a un ejército que tenía que luchar contra sus compatriotas. Lucille se había marchado de Francia porque amaba a Sharpe, del cual sabía que era mejor persona de lo que él mismo pensaba ser. La guerra, se decía a sí misma, terminaría algún día, pero el amor era eterno e iba a luchar por él, exactamente igual que lucharía para ofrecerle a su hijo la compañía de su padre. Lucille ya había perdido a un buen hombre; no iba a perder a un segundo.

Sorprendentemente, aquella noche tenía la oportunidad de bailar con su buen hombre. Lucille dio una última mirada al espejo, decidió que no podía hacer nada para estar algo más elegante o hermosa y por lo tanto cogió su pequeño bolso que contenía la preciada invitación de cartón. Besó a su bebé, le dio un último toque desesperado a su cabello y se fue a un baile.

* * * *

Un hombre alto esperaba en la entrada a los establos de la casa de huéspedes donde Lucille Castineau había alquilado dos habitaciones en el ático. Era un hombre cuyo temible aspecto inspiraba un respeto inmediato. Su altura —superaba en trece centímetros el metro ochenta— era bastante imponente, sin embargo también poseía unos músculos que hacían juego con sus centímetros, y aquella tarde su aspecto era aun más amenazador, puesto que acarrea un garrote de roble, llevaba una pistola de caballería de cañón largo metida en el cinturón y un fusil del ejército británico colgado al hombro. Tenía el cabello rubio rojizo y un rostro chato de facciones duras. El hombre iba vestido de civil, sin embargo, en aquella ciudad atestada de soldados, poseía una confianza en sí mismo que daba a entender que bien podía haber llevado uniforme en su época.

El hombre alto estaba apoyado contra las puertas abiertas del establo, pero se

puso derecho en cuanto Lucille salió de la casa. Ella observó nerviosa el cielo del oeste, turbulento, con unas nubes oscuras que habían adelantado el anochecer de manera que ya se estaban encendiendo las primeras lámparas en los arcos y ventanas de la ciudad.

—¿Cojo un paraguas? —preguntó ella.

—Esta noche no va a llover, señora. —El hombre alto respondió con el áspero acento del Ulster.

—No tiene por qué acompañarme, Patrick.

—¿Y qué otra cosa haría esta noche? Además, el coronel no quiere que ande sola por las calles después de anochecer. —Harper dio un paso hacia atrás y le dedicó a Lucille una sonrisa de admiración—. ¡Tiene un aspecto espléndido, sí que lo tiene!

Lucille se rió afablemente ante el cumplido.

—Es un vestido muy viejo, Patrick.

A decir verdad, Patrick no se había fijado en el vestido de Lucille, pero, al ser un hombre casado, sabía la importancia que las mujeres concedían a un cumplido. Su propia esposa iba a necesitar más que unos pocos cumplidos de éstos cuando Harper llegara a casa, ya que se había opuesto categóricamente a que su marido viajara hasta Bruselas.

«¿Por qué me haces esto? —había querido saber Isabel—. ¡Ya no eres un soldado! ¡No hace falta que vayas! ¡Tu sitio está aquí, conmigo!»

Ese sitio era Dublín, donde, al final de la última guerra, se había dirigido Harper con las alforjas llenas de oro robado. El tesoro provenía del bagaje francés capturado en Vitoria, España, un país en el cual el sargento Patrick Harper había encontrado riquezas y esposa. Cuando fue dado de baja del ejército su intención era volver a su querido Donegal, pero no había llegado más allá de Dublín, donde compró una taberna cerca de los muelles de la ciudad. La taberna también hacía un próspero negocio con la venta de caballos robados, una actividad que proporcionaba a Harper la excusa para viajar adentrándose en las profundidades de la campiña irlandesa. El regreso del emperador a Francia y la subsiguiente declaración de guerra habían beneficiado el comercio de Harper: un buen caballo de caza robado de una plantación protestante en Irlanda se vendería a muy buen precio en Inglaterra, donde había muchos oficiales que se equipaban para la campaña.

Harper se había servido de la excusa del comercio de caballos para explicar su viaje a Isabel, pero ella conocía la auténtica verdad de su aventura. Los caballos no eran la razón que llevó a Harper hasta Bélgica, sino Sharpe. Sharpe y Harper eran amigos. Durante seis años, en campos de batalla y en asedios, habían luchado codo con codo y Harper, desde que se enteró de la nueva guerra, había estado esperando noticias de su antiguo oficial. En lugar de eso y para disgusto de Isabel, Sharpe había ido a Dublín en persona. Al principio había parecido que sólo se encontraba allí para

escapar de la guerra con su esposa francesa, pero entonces llegaron los requerimientos del ejército holandés e Isabel supo que su marido lo seguiría.

Isabel había tratado de disuadir a Patrick. Lo había amenazado con abandonarle y regresar a Badajoz. Lo había maldecido. Había llorado, pero Harper desestimó sus temores.

—Sólo voy a vender unos cuantos caballos, mujer, nada más.

—¿No vas a combatir?

—¿Y por qué, en el nombre de Irlanda, querría yo combatir?

—Por él —Isabel conocía a su marido— y porque no puedes resistirte a tomar parte en un combate.

—No estoy en el ejército, mujer. Sólo quiero hacerme con unos cuantos peniques vendiendo unos cuantos caballos. ¿Qué hay de malo en eso?

Al final Harper había hecho un juramento sagrado por la Santa Madre y todas las heridas sangrantes de Cristo prometiendo que no entraría en batalla, que recordaría que era esposo y padre y que en cuanto oyera un sólo disparo de mosquete se daría la vuelta y echaría a correr.

—¿Se ha enterado de que hoy ha habido una pequeña refriega en el sur? —la voz de Harper tenía un deje de emoción al hablarle a Lucille de la contienda.

—¿Una batalla? —Lucille pareció alarmada.

—Es probable que no fuera más que una escaramuza, señora. —Harper apartó de un empujón a los mendigos que se acercaban a Lucille arrastrando los pies—. Me imagino que el emperador se aburre con la espera y decidió mirar si había alguien despierto en este lado de la frontera.

—Tal vez sea éste el motivo por el que hoy no he tenido noticias de Richard.

—Si le dan a elegir entre una batalla y un baile, señora, si me permite mencionarlo en su presencia, siempre se quedará con la batalla. —Harper soltó una carcajada—. Nunca ha sido un hombre al que se le dé bien bailar, no a menos que esté borracho, y entonces bailará con los mejores. —De pronto Harper se dio cuenta de que podría estar revelando algunas confidencias—. No es que yo lo haya visto nunca borracho, señora.

Lucille sonrió.

—Claro que no, Patrick.

—Pero tendremos noticias tuyas muy pronto. —Harper alzó el garrote para alejar a los mendigos que se aglomeraban de un modo más amenazador cuanto más se acercaban a la casa que el duque y la duquesa de Richmond habían alquilado. Había mendigos por toda Europa. La paz no había traído prosperidad, sino una subida de precios y los soldados dados de baja habían engrosado las filas de los indigentes. De día una mujer podía pasear sin peligro por las calles de Bruselas, pero por la noche las aceras se volvían peligrosas—. ¡Atrás, cabrones! ¡Atrás! —Harper apartó de un

empujón a dos hombres harapientos. Pasada la alcantarilla los niños perseguían dando gritos a los lustrados carruajes que se dirigían traqueteando a la Rue de la Blanchisserie, pero los cocheros eran unos expertos con sus largos látigos que hacían restallar bruscamente hacia atrás para ahuyentar a los golfillos.

Un escuadrón de húsares británicos estaba de servicio en la Rue de la Blanchisserie para evitar que los mendigos se acercaran a los ricos. Un servicial cabo con el sable desenvainado condujo su caballo por delante de Harper para ayudar a despejar el paso de Lucille hasta la gran casa.

—La estaré esperando, señora —le dijo Harper a Lucille cuando estuvieron a salvo en el patio.

—No tiene por qué hacerlo, Patrick. Estoy segura de que Richard me acompañará a casa.

—La esperaré aquí, señora —insistió Harper.

Lucille se puso nerviosa al subir las escaleras. Un lacayo suntuosamente vestido examinó su invitación y con una reverencia la hizo pasar a un vestíbulo iluminado con la luz de las velas y abarrotado de gente. A Lucille ya le dio la sensación de no poseer gracia ninguna. Echó un vistazo por el vestíbulo esperando contra todo pronóstico que Richard estuviera esperándola, pero no había ni rastro de Sharpe ni de ningún otro miembro del estado mayor del príncipe de Orange. Lucille se sintió como si se hallara en un país hostil sin ningún amigo, pero se tranquilizó al ver a la condesa viuda de Mauberges quien, al igual que muchos otros miembros de la aristocracia belga, se consideraba francesa y quería que el mundo lo supiera. Alrededor del cuello la anciana dama llevaba puesta con actitud desafiante la Legion d'honneur de su fallecido marido.

—Su esposo era miembro de la legión, ¿no es cierto? —le dijo a Lucille como saludo.

—En efecto.

—Entonces debería usted llevar su medalla.

No es que al baile le hiciera falta otra medalla más, porque, en opinión de Lucille, parecía como si una joyería hubiera estallado en extravagantes fragmentos de luz y color. El color provenía de los uniformes de los caballeros, magníficos uniformes, uniformes de color rojo escarlata y dorado, azul real y azafrán, plata y negro; uniformes de húsares, dragones, de la Guardia Real, de soldados Jaeger y de soldados de los Highlanders con falda escocesa. Había penachos, pasamanería, cordonaduras con herretes y vainas revestidas de oro. Había dolmanes ribeteadas en piel, pellizas forradas de seda y gorgueras de oro puro. Había príncipes, duques, vizcondes y condes. Había plenipotenciarios que llevaban el uniforme de la corte tan engalanado con oro que sus capas parecían sábanas de luz. Había estrellas con piedras preciosas y cruces esmaltadas prendidas en fajines de brillante seda, y todo iluminado por las

relumbrantes arañas que habían sido izadas hasta el techo con su cargamento de delicadas velas blancas.

Las mujeres vestían colores más pálidos: blanco, amarillo apagado o un discreto azul. Aquellas damas, lo bastante esbeltas y valientes para ir a la última moda, parecían etéreas con sus vestidos de gasa que se les ceñían al cuerpo cuando se movían. La luz de las velas se reflejaba en las perlas y rubíes, en los diamantes y el oro. En la estancia se olían diversos aromas —agua de azahar o agua de colonia— bajo los cuales se percibía el olor más intenso de los polvos para el pelo y el sudor.

—¡Hay algunas —la condesa se inclinó acercándose más a Lucille— que no sé por qué se molestan en vestirse siquiera! ¡Mire a esa criatura!

La condesa apuntó con el bastón en dirección a una chica con unos brillantes tirabuzones dorados y unos ojos radiantes como Zafiros. La muchacha era innegablemente hermosa y estaba claro que lo sabía, puesto que no llevaba combinación bajo un diáfano vestido de pálido color dorado que poco hacía para ocultar su cuerpo.

—¡Para eso ya podría ir completamente desnuda! —dijo la condesa.

—Es la moda —Lucille se sintió una persona muy insulsa.

—Cuando yo era joven se necesitaban doce metros de tela sólo para hacer la combinación de un vestido de baile. ¡Ahora se limitan a desplegar un pedazo de estopilla y echárselo sobre los hombros! —Ni siquiera eso, porque en su mayoría, las mujeres llevaban los hombros descubiertos al igual que el pecho, casi desnudo—. ¡Y fíjese en su manera de andar! ¡Igual que si fueran hombres! —En la época de niñez de la condesa, antes de la revolución y antes de que Bélgica fuera liberada del dominio austríaco por los franceses, a las mujeres les habían enseñado a deslizarse sobre el suelo con los pies ocultos bajo las anchas faldas y las zapatillas separándose apenas de las pulidas tablas. El efecto era elegante y sugería un movimiento sin esfuerzo, y a las muchachas de entonces parecía traerles sin cuidado. La condesa sacudió la cabeza con indignación—. ¡Se nota que son protestantes! No tienen modales, ni elegancia, ni clase.

Lucille distrajo a la anciana dama mostrándole el comedor que, al igual que la sala de baile, estaba cubierta con banderas belgas de color negro, rojo escarlata y oro. Bajo las colgaduras de seda las largas mesas estaban cubiertas con mantelerías blancas y abarrotadas de cubiertos de plata y porcelana china.

—¡Esta noche se van a quedar sin cucharas! —exclamó la condesa con manifiesta satisfacción, luego se giró al oír el aplauso de recibimiento a la majestuosa polaca que avanzaba desde el lado más alejado de la casa, había cruzado el vestíbulo de entrada y en esos momentos entraba en la sala para dar comienzo al baile de manera formal. Lucille y la condesa tomaron asiento junto a la entrada del comedor. Los oficiales uniformados y sus señoras se colocaron con delicadeza en la línea de baile, se

inclinaron e hicieron una reverencia. La música sonaba con dulzura. Un niño al que le habían permitido quedarse levantado para ver el comienzo del baile observaba desde un balcón con unos ojos como platos mientras la condesa golpeaba el suelo de parquet con su bastón al ritmo de la música.

Tras la polonesa, el primer vals animó la estancia con su ritmo desenfadado. La noche ennegrecía las ventanas, sin embargo, las cubría un manto de reflejos de miles de velas cuya luz centelleaba en diez mil joyas. El champán y las risas reinaban en la habitación mientras los bailarines giraban rutilantes de alegría.

Lucille observó a la guapa chica del diáfano vestido dorado que bailaba con un alto y apuesto oficial con uniforme de la caballería británica. Lucille se fijó en que la chica rechazaba a todas las parejas menos a aquel hombre, y le sobrevino un sentimiento de empatía porque supo que la muchacha debía de estar enamorada, como ella misma lo estaba. Lucille pensó que la chica y el oficial de caballería hacían muy buena pareja, pero deseó que ella sonriera en lugar de mantener en su rostro aquella expresión fría y altanera.

Entonces Lucille se olvidó de la joven cuando un repentino y prolongado aplauso inundó la sala de baile y obligó a la orquesta a detenerse.

Había aparecido el duque de Wellington con los miembros de su estado mayor. Se detuvo en la entrada de la sala y agradeció la aclamación con una pequeña inclinación. No era un hombre alto, pero había algo en su seguridad y reputación que le daban una talla imponente. Iba vestido con los colores rojo escarlata y dorado de un mariscal de campo británico, con un diplomático adorno de los Países Bajos que llevaba en un fajín de color naranja.

Lucille, que aplaudía cortésmente junto con el resto de la sala, se preguntó si aquel hombre era en realidad el mejor soldado de su tiempo. Mucha gente, incluido Sharpe, insistía en que lo era. Nadie, ni siquiera el emperador, había combatido en tantas batallas y ningún otro general había ganado todas aquellas en las que había participado, aunque el duque, como sabían todas y cada una de las personas que había en la sala de baile, nunca había luchado contra el emperador.

En Viena, donde el duque había viajado como embajador británico en el congreso, la sociedad lo había recibido con una adulación escandalosa llamándole «*le vainqueur du vainqueur du monde*», pero Lucille suponía que Bonaparte podía tener una opinión distinta sobre la estatura militar del duque.

El conquistador del mundo hizo entonces un gesto para que cesaran los aplausos.

—Tiene unas buenas piernas —le confió a Lucille la condesa viuda.

—Es un hombre atractivo —asintió Lucille.

—Y no lleva corsé. Se nota por la manera en que se inclinan. Mi marido nunca llevó un corsé, no como algunos de los que están aquí. —La condesa lanzó una feroz

mirada a los bailarines que empezaban con otro vals más, luego volvió de nuevo la vista hacia el duque—. Es un hombre joven.

—Cuarenta y seis —le dijo Lucille—, la misma edad que el emperador.

—Los generales cada vez son más jóvenes. Estoy segura de que a los soldados no les gusta. ¿Cómo puede un hombre confiar en un mocoso?

La duquesa guardó entonces un reprobatorio silencio al tiempo que un joven y apuesto oficial británico le hacía una profunda reverencia, obviamente libre de corsé, a Lucille.

—¡Mi querida Lucille! —El capitán Peter D'Alembord estaba resplandeciente con una casaca rojo escarlata y pantalones blancos.

—¡Capitán! —respondió Lucille con verdadero placer—. ¡Qué agradable ver una cara amiga!

—Mi coronel recibió una invitación, no sabía qué hacer con una cosa así y me la dio a mí. Es increíble que haya convencido a Sharpe para que asista, ¿o es que lo ha convertido en un bailarín?

—Se supone que tiene que acompañar al príncipe. —Lucille presentó a D'Alembord a la condesa viuda de Mauberges que examinó al oficial con mucha desconfianza.

—¡Su nombre es francés! —lo acusó la condesa.

—Mi familia era hugonota, señora, y por lo tanto no eran queridos en *la belle France*. —El despectivo menosprecio de D'Alembord molestó a la condesa, pero él ya se había vuelto hacia Lucille—. ¿Me concedería el honor de bailar conmigo?

Lucille se lo concedió. D'Alembord era un viejo amigo que había cenado a menudo con Sharpe y Lucille desde que éstos llegaran a los Países Bajos. Los dos hombres habían servido en el regimiento de los Voluntarios del Príncipe de Gales en el cual D'Alembord había sucedido a Sharpe en el mando de la compañía ligera del primer batallón. Éste se encontraba acampado en un pueblo al oeste de Bruselas donde D'Alembord no había tenido noticias de ninguna escaramuza en la frontera. En cambio, había pasado el día consintiendo al coronel en su pasión por el criquet.

—Creo que planea matarnos a todos de aburrimiento —le dijo D'Alembord a Lucille cuando salieron a la pista.

—Pobre Peter.

—En absoluto, soy el más afortunado de los hombres. Si no fuera por Sharpe, por supuesto.

Lucille sonrió ante el obligado pero agradable cumplido.

—Por supuesto. ¿Y cómo está Anne?

—Muy bien. Me ha escrito para contarme que su padre ha encontrado una casa que será apropiada para nosotros. No demasiado grande pero con unas caballerizas adecuadas y unos pocos acres de pastos.

—Me alegro por usted.

D'Alembord sonrió.

—Yo también me alegro bastante por mí.

—¡Pues siga usted con vida para disfrutarlo, Peter!

—No se le ocurra tentar a la suerte insinuando que no lo haré. —D'Alembord se había comprometido hacía poco tiempo y rebosaba de conmovedora felicidad ante la perspectiva de su matrimonio. Lucille lo envidiaba un poco, pensando que ojalá ella pudiera casarse con Sharpe. Reconocerlo la hizo sonreír para sus adentros. ¿Quién hubiera creído nunca que Lucille, vizcondesa de Seleglise y viuda del coronel Xavier Castineau, sería la madre de un bastardo medio inglés?

Giró ágilmente al ritmo de la música y vio que la muchacha de ojos azules con el vestido dorado la estaba mirando muy fríamente. ¿Era el insulso vestido gris lo que se había ganado el desprecio de la joven? De repente Lucille se sintió muy mal vestida e incómoda. Se volvió de espaldas a la chica.

—¡Dios mío! —D'Alembord, que era muy buen bailarín, se tambaleó de pronto. Tenía los ojos clavados en alguien o algo que había en un extremo de la sala y Lucille, que se giró para ver qué era lo que había atraído su asombrada atención, vio que la muchacha dorada le devolvía la mirada a D'Alembord con lo que parecía ser puro veneno.

—¿Quién es? —le preguntó Lucille.

D'Alembord había abandonado completamente todo intento de bailar. En lugar de eso, ofreció su brazo a Lucille y la acompañó fuera de la pista de baile.

—¿No lo sabe?

Lucille se detuvo, se volvió para mirar una vez más a la joven y entonces, de forma intuitiva, supo la respuesta y miró al preocupado rostro de D'Alembord en busca de la confirmación.

—¿Ésa es la esposa de Richard? —no fue capaz de ocultar su estupor.

—¡Sólo Dios sabe qué está haciendo aquí! ¡Y con su maldito amante! —D'Alembord condujo con firmeza a Lucille lejos de Jane y de lord Rossendale—. ¡Richard lo va a matar!

Lucille no pudo resistir volverse una vez más.

—Es muy hermosa —dijo con tristeza, entonces perdió de vista a Jane cuando el grupo del duque de Wellington cruzó por la pista de baile.

El duque estaba ofreciendo unas desabridas palabras tranquilizadoras sobre las escasas noticias de las escaramuzas del día. En Bruselas corrían muchos rumores sobre un ataque francés, rumores que el duque apenas podía corregir o negar.

Sabía que había habido refriegas cerca de Charleroi y había oído hablar de algunas escaramuzas en los pueblos al sur del cuartel general del príncipe de Orange, pero si los franceses habían invadido con gran número de fuerzas o si se acercaba un

ataque en dirección a Mons, eso el duque aún no lo sabía. Algunos de los miembros de su estado mayor le habían pedido con insistencia que abandonara el baile de la duquesa, pero un acto como aquél, él lo sabía, no hubiera hecho otra cosa que alentar a los muchos seguidores del emperador en Bruselas, e incluso habría podido provocar la deserción en masa de las tropas belgas. El duque tenía que dar la impresión de estar seguro de la victoria o de lo contrario todos los indecisos de su ejército saldrían corriendo para irse con el emperador y el bando ganador.

—¿Está aquí Orange? —le preguntó el duque a un ayuda de campo.

—No, señor.

—Esperemos que traiga noticias. ¡Mi querida lady Mary, cuánto me alegro de verla! —se inclinó sobre la mano que ella le tendía y luego rechazó los temores de la dama sobre una inminente invasión de los franceses. Se excusó con delicadeza y siguió andando cuando vio a John Rossendale esperando para presentarse y, con él, a una joven guapa, vestida de manera poco adecuada para la ocasión, que sin saber por qué le resultaba familiar.

—¿Quién diablos ha traído aquí a Rossendale? —preguntó enojado el duque a uno de sus ayudantes.

—Lo han asignado al estado mayor de Uxbridge, señor.

—¡Maldito Harry! ¿No tiene ya suficientes idiotas rematados en la caballería? —Harry Paget, conde de Uxbridge y comandante de la caballería británica, era el segundo al mando del duque. Uxbridge se había fugado con la esposa del hermano menor del duque, lo cual no le granjeó precisamente el cariño de este último—. ¿Harry está aquí? —preguntó entonces el duque.

—No, excelencia.

—En su lugar ha mandado a Rossendale como segundo adúltero, ¿eh? —La del duque fue una broma macabra, entonces la expresión de su rostro se heló y se convirtió en una gélida sonrisa cuando Rossendale hizo avanzar a Jane.

—Excelencia —lord John hizo una reverencia—. ¿Me permite presentarle a la señorita Jane Gibbons? —utilizó el nombre de soltera de Jane a propósito.

—Señorita Gibbons. —El duque se encontró con la mirada clavada en el empolvado escote cuando ella se inclinó—. ¿No nos hemos visto antes, señorita Gibbons?

—Brevemente, excelencia. En el sur de Francia.

Entonces se acordó de ella. ¡Dios santo! Wellington se puso tenso al recordar los detalles de las habladurías. ¡Aquella era la mujer de Sharpe! ¿Qué diablos creía estar haciendo Rossendale? El duque, al darse cuenta de que se la habían presentado para que pareciera que aprobaba aquella relación adúltera, se alejó con mucha frialdad y sin pronunciar una palabra más. No era el adulterio lo que lo ofendía, sino la estupidez de lord John Rossendale al exponerse a un duelo con Sharpe.

El duque se volvió repentinamente con la intención de informar a su señoría de que no permitía los duelos entre sus oficiales, pero a Rossendale y a Jane ya se los había tragado la multitud.

El duque se obligó a sonreír y sin darle importancia negó ante una dama que tuviera temor de un inminente ataque francés.

—Hacer avanzar a un ejército por una carretera cuesta más tiempo del que usted se imagina. No es como conducir una manada de vacas; señora. Cuando Bonaparte marche estaremos bien avisados, se lo aseguro.

Otra salva de aplausos anunció la llegada del príncipe de Orange, que había venido con un puñado de oficiales del estado mayor. El Joven Franchute saludó con la mano a los bailarines y, haciendo caso omiso de su anfitriona, se fue derecho al duque.

—Sabía que no iba a cancelar el baile.

—¿Tendría que haberlo hecho? —preguntó el duque con aspereza.

—Ha habido rumores —le dijo el príncipe como quien no quiere la cosa—, nada más que rumores. ¿No es magnífico? —con la mirada recorrió la estancia ávidamente en busca de las caras más bonitas, pero en cambio a quien vio fue al teniente Harry Webster, uno de sus ayudantes de campo británicos, que se apresuraba a cruzar la pista de baile. Webster hizo una mecánica inclinación ante el príncipe y acto seguido le dio un parte.

La mayoría de personas que había en el salón de baile vieron cómo se entregaba aquel parte y, por las manchadas botas de Webster, supieron que éste debía de haber cabalgado un buen trecho para traer el papel a Bruselas, pero el príncipe se limitó a meterlo en un bolsillo de su casaca y reanudó su examen de las mujeres más jóvenes. El rostro de Webster denotó gran preocupación. El duque, al darse cuenta de su expresión, sonrió fríamente al príncipe.

—¿Sería posible saber lo que dice el parte, alteza?

—Si así lo desea. Por supuesto. —El príncipe le tendió el papel sellado de manera despreocupada y mandó a uno de sus ayudantes holandeses a que averiguara la identidad de la joven del diáfano vestido dorado.

El duque abrió el parte. Rebecque, en Braine-le-Comte, tenía noticias tanto de los prusianos como de Dornberg en Mons. Los franceses habían avanzado hacia el norte desde Charleroi pero se habían desviado hacia el este para atacar a Blücher, y se habían detenido para pasar la noche en un pueblo llamado Fleurus. El general Dornberg informó de que no había ningún movimiento en ninguno de los caminos que llevaban a Mons. Sus patrullas de caballería se habían adentrado en Francia más de quince kilómetros y no habían encontrado tropas enemigas.

El príncipe, con los ojos más protuberantes que nunca, había agarrado a Webster del brazo.

—¿Ve a esa joven? ¿La conoce?

—Teniente Webster —la voz del duque era más fría que una espada en invierno—, cuatro caballos para el carruaje del príncipe de Orange ahora mismo. Su alteza regresará inmediatamente al cuartel general.

El príncipe parpadeó sorprendido ante su comandante en jefe y soltó una risita.

—Seguro que puede esperar hasta...

—¡Ahora mismo, señor! —El duque no alzó la voz, pero había algo bastante aterrador en su tono—. Sus tropas se concentrarán en Nivelles ahora. ¡Vamos, señor, váyase!

El príncipe, horrorizado, se quedó allí durante medio segundo y luego se marchó a toda prisa. Mil miradas habían observado el breve altercado y entonces empezaron los cuchicheos de verdad. Algo debía de haber ocurrido, algo lo suficientemente preocupante como para hacer salir disparado al príncipe del baile.

El duque y la duquesa de Richmond trataron de obtener una respuesta, pero el duque se limitó a sonreír y propuso alegremente que los invitados tendrían que proceder a la cena. Le ofreció el brazo a la duquesa y la orquesta, al ver el gesto, cesó la música para dejar que los gaiteros de los Highlanders empezaran con su danza de las espadas.

Las gaitas cobraron vida entre gemidos y chirridos, y se hinchieron de aire para inundar la estancia de un sonido marcial, mientras la comitiva, de dos en dos y a un paso igual de lento que el avance de un ejército por un camino de la campiña, se dirigía a por la cena.

* * * *

Había huevos de codorniz servidos sobre huevos revueltos y con caviar por encima que el jefe de cocina de la duquesa llamaba de manera confusa *les trois oeufs de victoire*. Iban seguidos de gelatina de oporto y sopa fría.

El duque de Wellington estaba tranquilamente sentado entre dos atractivas y jóvenes damas, mientras que Lucille entre D'Alembord y un coronel de artillería holandés que se quejó de los huevos de la victoria, rechazó la sopa y dijo que el pan estaba demasiado duro. Lucille había visto la llegada y la apresurada marcha del príncipe y se había resignado a la ausencia de Sharpe. En cierto sentido se alegraba, puesto que temía la violencia de Sharpe si descubría a lord John Rossendale en el baile.

Lucille, una normanda, se había educado con historias de los despiadados piratas ingleses que vivían justo al otro lado del canal y que, durante siglos, habían atacado su tierra natal para asesinar, quemar y saquear. Ella amaba a Sharpe, pero aun así veía en su amado la personificación de aquellos demonios de los que se habían servido

para hacerla obedecer cuando era niña. Durante los últimos meses, mientras el soldado trataba de convertirse en granjero, Lucille había intentado educar a su inglés. Lo había convencido de que a veces la diplomacia era más efectiva que la fuerza, de que en ocasiones la ira debe dominarse y de que la espada no era el argumento decisivo de la paz. No obstante, Lucille sabía que él no iba recordar ninguna de aquellas lecciones pacifistas si veía a lord John. La gran espada saldría de su vaina. Peter D'Alembord, que compartía sus temores, había prometido contener a Sharpe si éste aparecía.

Por lo visto no vendría, pues el príncipe había abandonado el baile. Nadie sabía por qué, aunque el coronel de artillería holandés opinaba que el motivo de su apresurada marcha no debía de ser importante, o de lo contrario, el duque seguramente se habría ido con él. La suposición más razonable era que los franceses habían llevado a cabo una incursión con la caballería en la frontera.

—Seguro que por la mañana descubriremos cuál es la causa —dijo D'Alembord, y entonces se volvió hacia Lucille para ofrecerle un vaso de vino.

Ella había palidecido por completo. Miraba asustada y con los ojos de par en par hacia la entrada abierta al comedor que, como si fuera el arco de un proscenio, enmarcaba a los bailarines de los Highlanders y, de forma totalmente repentina, enmarcó también a su amado.

Sharpe había acudido al baile después de todo. Se quedó allí de pie, parpadeando bajo la súbita luz de las velas, un fusilero mal vestido entre los escoceses que bailaban.

—¡Santo cielo! —D'Alembord se quedó mirando a su amigo con sobrecogimiento.

El silencio se extendió lentamente por las mesas de la cena al tiempo que los centenares de invitados volvían la mirada hacia el fusilero, quien, a su vez, buscaba en las mesas a una persona en concreto. Una mujer dio un grito ahogado de horror al verlo y las gaitas gimieron una última nota inquieta antes de que los bailarines se quedaran inmóviles por encima de sus espadas.

Sharpe había acudido al baile, pero empapado en sangre. Tenía la cara manchada de pólvora y el uniforme oscurecido por la sangre. Todos los demás hombres de la habitación llevaban bombachos blancos y medias de seda, sin embargo, con el aspecto del fantasma de la obra escocesa, allí había un soldado que venía del campo de batalla, un soldado ensangrentado y señalado, con el rostro adusto de las matanzas.

Jane Sharpe dio un grito, el último sonido que se oyó antes de que la estancia quedara en completo silencio.

Lucille se puso medio de pie, como para revelarle su presencia a Sharpe, pero éste había visto al duque y, ajeno al parecer al efecto que su entrada había causado en los invitados, pasó a grandes Zancadas entre las mesas para situarse junto al duque.

El rostro de Wellington pareció estremecerse como reacción al hedor de pólvora, sangre, sudor y hierba aplastada que desprendía el uniforme de Sharpe. Hizo una señal al fusilero para que se agachara, con el propósito de que su conversación fuera más privada.

—¿Qué pasa? —preguntó el duque de manera cortante.

—Vengo de una encrucijada llamada Quatre Bras, señor. Está al norte de Charleroi en la carretera a Bruselas. Los franceses atacaron allí a la puesta de sol pero los hombres de Saxe-Weimar frenaron su avance. El príncipe Bernhard está seguro de que el enemigo realizará un ataque mucho más fuerte por la mañana. —El príncipe Bernhard no había dicho tal cosa, pero Sharpe había decidido que sería más eficaz adjudicarle esa opinión al príncipe que confesar que era su punto de vista.

El duque se quedó mirando a Sharpe unos segundos y luego se estremeció al ver la sangre endurecida de la casaca del fusilero.

—¿Está usted herido?

—Un francés muerto, señor.

El duque se frotó la boca con una servilleta y entonces, con toda tranquilidad, se inclinó hacia su anfitrión.

—¿Tiene usted un buen mapa en la casa?

—En el piso de arriba, sí. En mi vestidor.

—¿Hay una escalera trasera?

—Claro.

—Le ruego que nos deje utilizarla. —Wellington miró a un ayudante de campo que tenía su asiento un poco más bajo en la mesa—. Me parece que todos los oficiales tendrán que volver a sus regimientos —dijo con total calma—. Venga con nosotros, Sharpe.

En el piso de arriba, en una habitación repleta de botas y casacas, los dos duques se inclinaron sobre un mapa mientras Sharpe ampliaba su información. Wellington movió una vela por encima del mapa para encontrar el pueblo de Fleurus donde los prusianos se enfrentaban con los franceses. Ésa había sido la primera noticia que la noche había traído al duque: el ejército de Napoleón había salido de la carretera a Bruselas para desviar a los prusianos hacia el este y alejarlos de los británicos. Había sido una grave noticia, pero no catastrófica. El duque había planeado reunir el mayor número posible de efectivos y, en cuanto amaneciera, dirigirse hacia el flanco francés para ayudar a los prusianos de Blücher; pero Sharpe había traído noticias mucho peores. Los franceses se habían acercado a Quatre Bras y de manera efectiva bloqueaban el paso de la marcha que el duque planeaba realizar. Antes de que pudiera prestar ayuda a los prusianos, el duque debía quitar de en medio a los franceses. El espacio entre los ejércitos británico y prusiano todavía era muy estrecho, no obstante, las noticias de Sharpe demostraban que el emperador tenía el pie metido entre las dos

puertas y que, por la mañana, iba a tirar de ellas con todas sus condenadas fuerzas para separarlas.

Wellington se mordió el labio superior. Se había equivocado. Napoleón, lejos de maniobrar por el flanco derecho del duque, había lanzado a sus tropas contra la grieta que había entre los dos ejércitos aliados. Por un segundo el duque cerró los ojos, luego se puso derecho y habló en voz muy baja.

—¡Napoleón me ha engañado, por Dios! ¡Ha ganado veinticuatro horas! — parecía asombrado, incluso herido.

—¿Qué piensa hacer? —El duque de Richmond palideció.

—El ejército se concentrará en Quatre Bras —el duque de Wellington parecía estar hablando consigo mismo como si tratara de hallar alguna solución al problema que le planteaba Napoleón—, pero no lo detendremos allí, por lo tanto —la mirada de Wellington fue de un punto a otro del mapa hasta que se asentó—, debo combatirle... —hizo otra pausa para inclinarse sobre el mapa unos últimos segundos— aquí. —Apretó el pulgar contra el grueso papel del mapa.

Sharpe dio un paso hacia delante para mirar el mapa. La uña del pulgar del duque había dejado una pequeña marca en otro cruce, éste mucho más cercano a Bruselas y al sur de un pueblo con el extraño nombre de Waterloo.

—¡Me ha engañado! —volvió a decir el duque, pero esta vez mostrando a regañadientes cierta admiración por su oponente.

—¿Engañado? —Richmond estaba preocupado.

—Nuestros ejércitos tardan dos días en reunirse —explicó Wellington—. Ellos no han reunido el suyo y sin embargo el ejército del emperador se encuentra ya a la vuelta de la esquina. En resumen, nos ha engañado. Sharpe... —el duque se volvió bruscamente hacia el fusilero.

—¿Señor?

—Tendría que haberse vestido para el baile. —Era humor negro, pero lo suavizó con una sonrisa—. Se lo agradezco. Supongo que se presentará al príncipe de Orange.

—Iba a volver a Quatre Bras, señor.

—Sin duda se encontrará con usted allí. Gracias otra vez. Y que tenga una buena noche.

Sharpe, invitado de esa forma a retirarse, hizo una torpe reverencia.

—Buenas noches, señor.

Cuando Sharpe ya se había ido, el duque de Richmond hizo una mueca.

—¿Una criatura amenazadora?

—Ascendió desde la tropa. Una vez me salvó la vida —de algún modo Wellington consiguió que sus palabras sonaran como si desaprobara ambos logros—, pero si mañana tuviera cien mil hombres como él le aseguro que entonces veríamos a Napoleón vencido al mediodía. —Volvió a clavar la vista en el mapa y vio con

repentina y escalofriante claridad la eficiencia con la que el emperador había separado a los ejércitos aliados—. Por Dios que es bueno —dijo el duque en voz baja—, muy bueno.

Una vez fuera del vestidor, Sharpe se encontró rodeado de ansiosos oficiales del estado mayor que esperaban a Wellington. El fusilero hizo caso omiso de sus preguntas y se dirigió a la escalera principal que conducía al brillantemente iluminado caos del vestíbulo, donde una multitud de oficiales exigían sus caballos y carruajes. Sharpe, sintiéndose repentinamente exhausto y poco dispuesto a abrirse camino entre el gentío, se detuvo en el rellano. Vio a lord John Rossendale. Su señoría estaba de pie bajo el arco de entrada del salón de baile. Jane estaba con él.

Por un segundo Sharpe no podía creer lo que veían sus ojos. Nunca se imaginó que su enemigo se atrevería a dejarse ver en el ejército; su presencia le pareció una prueba de cómo debía de despreciarlo aquel soldado de caballería. El fusilero se quedó mirando fijamente a su enemigo al tiempo que muchas de las personas de entre la muchedumbre levantaban la mirada para clavarla en aquel soldado empapado en sangre. Sharpe interpretó la atención de la multitud como el escarnio que se merece un cornudo, y convencido de ello, perdió los estribos.

Impulsivamente empezó a bajar corriendo el último tramo de escaleras. Jane lo vio y gritó. Lord John se dio la vuelta y se apresuró a perderse de vista. Sharpe intentó ganar unos segundos saltando por encima de la baranda. Aterrizó pesadamente sobre las losas de mármol del vestíbulo y se abrió camino a empujones entre la aglomeración.

—¡Apártense! —gritó Sharpe con su mejor voz de sargento, la visión y el sonido de su ira fueron suficientes para que la gente retrocediera ante él.

Lord John había huido. Sharpe alcanzó a ver a su señoría que atravesaba corriendo la sala de baile. Corrió tras él sin que la gente le obstruyera el paso esta vez. Pasó rápidamente junto a las pocas parejas que seguían bailando y se metió en el comedor. Lord John corría bordeando la habitación para tratar de llegar a una entrada trasera, pero Sharpe sencillamente tomó la ruta directa atravesando la estancia saltando de mesa en mesa. Sus botas hicieron añicos la porcelana, rasgaron la mantelería y tiraron al suelo una cascada de cubiertos de plata. Un comandante borracho que se estaba terminando un plato de rosbif soltó un grito de protesta. Una mujer chilló. Un criado se agachó al tiempo que Sharpe saltaba entre dos mesas. Tiró un candelabro de una patada, volcó una sopera llena y luego dio un salto desde la última mesa y cayó con estrépito cortándole el paso a lord John. Éste se dio la vuelta y corrió otra vez hacia el salón de baile. Sharpe lo persiguió apartando de un puntapié una endeble silla dorada. Un grupo de oficiales de caballería con casacas de color rojo escarlata apareció en la entrada del comedor; lord John, obviamente alentado por aquellos refuerzos, se giró para enfrentarse a su enemigo.

Sharpe aminoró el paso y desenfundó su espada. Sacó lentamente la hoja por el cuello de madera de la vaina para que el sonido del roce del arma fuera igual de aterrador que la visión del mortecino acero.

—¡Desenvaine la espada, cabrón!

—¡No! —Lord John, con un rostro igual de blanco que el de cualquiera de las mujeres modernas que había en el baile, retrocedió con paso vacilante hacia sus amigos que se apresuraron para acercarse al enfrentamiento.

Sharpe se encontraba a sólo unos pocos pasos de su enemigo.

—¿Dónde está mi dinero? Puede quedarse con la puta, pero ¿dónde está el dinero?

—¡No! —Ésa era Jane que gritaba desde la entrada del comedor.

—¡Eh, basta ya! ¡Basta! —Uno de los soldados de caballería, un alto capitán con el uniforme de la Guardia Real, corrió al lado de lord John.

Sharpe, aunque todavía estaba fuera del alcance de la espada, embistió de pronto y lord John, muerto de miedo, retrocedió apresuradamente y tropezó con sus espuelas. Se agitó intentando mantener el equilibrio, se agarró al mantel que tenía más cerca y al caer arrastró consigo toda una cascada de porcelana que se hizo añicos contra el suelo y de cubiertos de plata que tintinearón. Se hizo un segundo silencio después de que el último fragmento de porcelana se hubiera asentado.

—¡Mierdoso cabrón cobarde! —le dijo Sharpe al caído lord John.

—¡Ya es suficiente! —el destacado salvador de lord John, el capitán de la Guardia Real, desenfundó su espada y se situó por encima de su señoría.

—¿Quiere que lo convierta en filetes? —A Sharpe no le importaba. Siguió avanzando, dispuesto a despedazar a todos esos cabrones de alta alcurnia y larga nariz.

El capitán mantenía erguida la hoja de su espada, casi en posición de saludo, para demostrar que ni estaba amenazando a Sharpe ni trataba de defender al otro.

—Me llamo Manvell. Christopher Manvell. Entre usted y yo no hay ninguna disputa, coronel Sharpe.

—Yo tengo una disputa con ese pedazo de cobarde de mierda que está a sus pies.

—¡Aquí no! —le advirtió el capitán Manvell—. ¡En público no! —El duelo estaba prohibido entre los oficiales de servicio, lo que significaba que cualquier desafío tenía que resolverse en secreto. Había otros dos oficiales de caballería de pie detrás del capitán.

Lord John se levantó lentamente.

—Tropecé —le explicó a su amigo.

—Claro. —Manvell mantenía los ojos clavados en Sharpe, temiendo aún que el fusilero pudiera atacar.

—Puede quedarse con esa puta —le volvió a decir Sharpe a lord John, pero esta

vez lo dijo en voz alta para que Jane y los demás espectadores lo oyeran—, pero quiero mi dinero.

Lord John se pasó la lengua por los labios. Sabía que los insultos de Sharpe eran algo más que simple ira, eran una deliberada provocación a un duelo. No había nadie que, al oír como a su mujer la trataban de puta, no se batiera; lord John le tenía verdadero terror al fusilero y no albergaba duda alguna sobre quién sería el vencedor en un duelo, así pues, a pesar de los insultos y de la gente que presenciaba su humillación, asintió con la cabeza para indicar que aceptaba las exigencias de Sharpe.

—Mañana le mandaré un pagaré —dijo con humildad.

El capitán Manvell se quedó francamente asombrado ante el rápido desmoronamiento de lord John e incluso indignado por su cobardía, pero no tenía otra elección que aceptarlo.

—¿Eso le satisface, coronel Sharpe?

Sharpe estaba igual de sorprendido por su repentina victoria. Se sintió extrañamente estafado pero enfundó su espada de todas formas.

—Puede traerme el pagaré al cuartel general del príncipe de Orange.

Se había dirigido a lord John pero fue Manvell quien optó por responder.

—Yo representaré a su señoría en este asunto. ¿Tiene usted a un segundo a quien pueda entregarle el pagaré?

—¡Sí que lo tiene! —exclamó Peter D'Alembord de entre el gentío desde la amplia entrada del comedor. Lucille, con el rostro pálido por el miedo, agarró del brazo a D'Alembord cuando éste dio unos pasos hacia el interior de la estancia y le hizo una remilgada inclinación a Christopher Manvell—. Me llamo D'Alembord. Se me puede encontrar en el Voluntarios del Príncipe de Gales, que forma parte de la brigada de sir Colin Halkett.

Manvell hizo un mínimo movimiento con la cabeza en respuesta al saludo de D'Alembord.

—Mañana le haré entrega de un pagaré, capitán D'Alembord. ¿Le parece bien?

—Totalmente.

Manvell hincó la espada de nuevo en su sitio, tomó a lord John del hombro y se lo llevó de allí. Jane, que observaba desde la entrada, se tapaba la boca con una mano. Por un segundo Sharpe se cruzó con su mirada, entonces se giró al tiempo que Lucille iba corriendo hacia él.

—Tenía que haber matado a ese maldito cabrón —gruñó Sharpe.

—Eres un idiota. —Lucille frotó la sangre de su casaca y luego le acarició la mejilla.

D'Alembord, que estaba detrás de Lucille, aguardó a que los espectadores se dispersaran.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó a Sharpe.

—Lo oyó usted mismo, ¿no? El cabrón se vino abajo.

D'Alembord negó con la cabeza.

—¿Qué ocurrió con Wellington? ¿Cuáles eran las noticias?

Sharpe tuvo que arrastrar sus pensamientos de vuelta a los primeros acontecimientos de la noche.

—Napoleón se nos ha adelantado. Su ejército se encuentra a sólo un día de aquí y el nuestro está todavía desperdigado por media Bélgica. Nos han engañado, Peter.

D'Alembord esbozó una muy lánguida sonrisa.

—¡Oh, Dios mío!

—Así que ya es hora de ver cómo lucha un emperador —dijo Sharpe en tono grave; con un brazo rodeó a Lucille por los hombros y la condujo hacia la sala de baile donde, como la orquesta se había comprometido hasta el amanecer, la música sonaba y las pocas parejas que quedaban seguían bailando. Los bailarines de los Highlanders se habían ido, llevándose sus espadas para usarlas en otros menesteres. Unas cuantas chicas, cuyos acompañantes se habían marchado ya para unirse a sus regimientos, lloraban. Habían abierto del todo las ventanas y una pequeña brisa agitaba las llamas de las velas. Los bailarines que quedaban, abrazados, lentamente iban describiendo un círculo sobre el suelo, cubierto de flores desechadas, tarjetas de baile e incluso un par de guantes de seda. Un collar de perlas se había roto y dos criados de librea buscaban en cuatro patas por el suelo para recuperarlo.

La música era encantadora. Al igual que el viento que hacía parpadear y apagaba las velas, un hombre ensangrentado había irrumpido en la dicha de los bailarines para romper el brillante baile en oscuros fragmentos, no obstante, todavía había algunas parejas que no soportaban renunciar a los últimos momentos de paz. Un joven oficial de infantería bailaba con la que hacía sólo tres semanas era su esposa. Ella lloraba en voz baja mientras él la abrazaba y creía en el augurio de que aquella felicidad de ninguna manera podía terminar con la muerte en el campo de batalla, puesto que un final como aquél iría en contra de todo lo que era bueno, dulce y encantador en el mundo. Él viviría porque estaba enamorado. Se aferró a esa idea hasta que, a regañadientes y con lágrimas en los ojos, le llegó la hora de alejarse de su amada. Ella lo agarró con fuerza de las manos pero él sonrió, las soltó y las llevó a las grises plumas de avestruz que ella llevaba en el pelo. El comandante arrancó una de las plumas de color gris, le besó la mano a su esposa y se fue en busca de su regimiento.

El emperador los había engañado a todos y la matanza iba a empezar.

SEGUNDO DÍA

VIERNES, 16 DE JUNIO DE 1815

CAPÍTULO 7

A la una de la madrugada, en el corazón de la breve noche, Lucille tiritaba en el patio de la hospedería en la que se alojaba en Bruselas. Dos caballos pisoteaban nerviosos los adoquines en la arqueada entrada del patio. La única luz provenía de un farol que había colgado en la puerta del establo. Su bebé estaba arriba durmiendo.

—Toma esto —Lucille le tendió bruscamente un fardo a Sharpe—. Era de Xavier.

Sharpe sacudió el fardo para deshacerlo y resultó ser una capa de lana de color azul oscuro forrada con seda escarlata, un lujo que había pertenecido al marido de Lucille.

—Es preciosa. —Se sintió incómodo, no estaba seguro de ser merecedor de aquel regalo. Se puso la capa doblada en el brazo y luego acarició la fría mejilla de Lucille—. Te veré mañana a última hora.

—Tal vez. —Lucille frotó distraídamente la sangre seca de la raída casaca de Sharpe—. ¿Cómo vas a saberlo?

—Un día para detenerlos —dijo él quitándole importancia— y un día para vencerlos.

—Tal vez —volvió a decir ella, y, mirándole a los ojos, añadió—: ¿Y qué pasa si perdáis?

—Toma una barcaza en el canal hasta Amberes. Me encontraré contigo allí. Si la cosa se pone realmente fea dirígete a Ostende y cruza hasta Inglaterra.

El abatimiento de Lucille lo causaba el miedo de que Sharpe muriera, no de que los británicos fueran derrotados, pero no se atrevió a articular tales pensamientos. Notaba algo diferente en su compañero: aquella noche Sharpe tenía un aire distante, que aunque él tratara de ocultarlo, para Lucille era muy evidente. Ella sabía que había matado a uno de sus compatriotas la tarde anterior y suponía que se estaba preparando para todos los demás contra los que combatiría. También detectó en Sharpe un cierto alivio. En vez de lidiar con los imponderables de la tierra, los árboles, el drenaje y las cosechas, había vuelto donde sus habilidades le otorgaban una cruel seguridad. Lucille miró por el portón abierto, un pisoteo de botas le llamó la atención. Un batallón escocés marchaba calle abajo, marcando el suave redoble de un tambor enfundado.

—Tal vez debería irme a casa —dijo casi con desesperación—, a Normandía.

Sharpe le puso las manos en los hombros.

—La manera más rápida que ambos tenemos de volver a casa es deshaciéndonos de Napoleón.

—Si tú lo dices... —apoyó la suave mejilla en su casaca—. Te quiero.

Él le acarició el pelo torpemente.

—Te quiero.

—No sé por qué —se echó un poco hacia atrás—. No soy hermosa como Jane. Sharpe recorrió con su dedo la larga nariz de Lucille.

—Ella no tiene belleza en su interior.

Lucille desdeñó el cumplido con una mueca y entonces lanzó una mirada de advertencia a Sharpe.

—Sus ojos están llenos de odio. Ten cuidado.

—Ahora ya no puede hacer nada, y su compañero no se atrevió a batirse en duelo conmigo;

—De todas formas, ten cuidado —insistió Lucille.

Sharpe se inclinó y le dio un beso.

—Hasta mañana por la noche, amor mío. *Nosey* cuidará de ti hasta entonces —le apartó las manos de los hombros y dio un paso hacia atrás—. ¡Vámonos, Patrick!

—¡Cuando quiera! —Harper, que con mucho tacto aguardaba junto a la puerta dentro del establo, apareció con sus armas y su mochila. Llevaba puesto su antiguo uniforme de fusilero, excepto los galones de sargento. Se había empeñado en acompañar a Sharpe hasta Quatre Bras, no para combatir, dijo, sólo para tener la oportunidad de ver al emperador.

—¡Cuídense usted, Patrick! —exclamó Lucille en inglés.

—No voy ni a acercarme a la batalla, señora, soy demasiado sensato para eso, sí que lo soy. —Llevaba encima todas sus antiguas armas, todas ellas limpias y engrasadas con cariño y a punto.

Lucille levantó la mano y le rozó la mejilla a Sharpe.

—Ve con Dios.

—¿Y con tu amor?

—Sabes que eso ya lo tienes.

Aborrecía separarse de ella de esa manera. Las palabras eran inútiles. De pronto Sharpe tuvo miedo de perder a Lucille y pensó en cómo el amor hacía vulnerable y temeroso a un hombre. Se le hizo un nudo en la garganta, así que se dio la vuelta y tomó las riendas que Harper tenía dispuestas. Se agarró de la perilla, metió la bota izquierda en el frío hierro del estribo y se alzó sobre la silla de húsar con su alta curvatura que proporcionaba apoyo durante las cabalgatas de largas horas. Sus muslos doloridos protestaron al encontrarse de nuevo sobre una montura. Tanteó con el pie hasta meter la bota derecha en su estribo, tocó la culata del fusil supersticiosamente, empujó la espada para dejarla en una posición cómoda y luego enrolló la capa y la metió debajo de la correa de la pistolera. Miró a Lucille por última vez.

—Dale un beso al niño de mi parte.

—Te veré mañana por la noche —se obligó a sonreír con confianza.

El perro dio un aullido de protesta cuando Sharpe se alejó a caballo. El fusilero se

agachó al pasar bajo el arco y luego aguardó a que Harper cerrara los dos pesados portones. El irlandés montó en su silla de un salto y fue detrás de Sharpe siguiendo los pasos de los soldados de las Highlanders.

Sharpe y Harper se dirigían de nuevo a la guerra.

* * * *

Durante la misma corta oscuridad de aquella noche de pleno verano, lord John Rossendale tomó un camino que salía hacia el oeste desde Bruselas para dirigirse a un encuentro con el conde de Uxbridge y la caballería británica. Lord John no montaba su caballo, iba en un reluciente cabriolé descubierto que se había traído de Londres. Harris, su cochero, estaba arriba en el pescante mientras que su mozo de cuadra y su ayuda de cámara les seguían con los caballos de silla. El capitán Christopher Manvell se había adelantado y cabalgaba por delante de todos ellos. Lord John había esperado que su amigo le acompañara, pero notó lo mucho que Manvell le despreciaba por haberse rendido tan fácilmente a la amenaza de Sharpe.

Rossendale cerró los ojos y maldijo en silencio. Estaba totalmente desconcertado, atrapado entre el honor y la belleza. No era el desagrado de Manvell lo que le preocupaba, sino la ira de Jane. Había lacerado a lord John por su cobardía. Se acordaba un tiempo en el que Jane había temido un duelo tanto como él, pero en aquellos momentos parecía más ansiosa por proteger su dinero que la vida de lord John.

—¡Y no tenías derecho a prometerle ningún dinero! —le había recordado Jane a lord John cuando habían recuperado la intimidad de sus habitaciones del hotel—. ¡No es tu dinero, sino el mío!

Para ser sinceros, si el dinero pertenecía a alguien, era propiedad del hermano del emperador, José Bonaparte, otrora rey de España y las Indias, que había perdido su fortuna en la batalla de Vitoria. El rey José había huido y los británicos se habían abalanzado en tropel sobre sus carros de suministro con los que algunos soldados, Sharpe y Harper entre ellos, se habían convertido en hombres ricos. Sharpe había sacado una regia fortuna del campo de batalla, y era esa fortuna la que Jane le había robado y de la cual ya había gastado gran parte en una casa londinense, en sedas, muebles, joyas, en las deudas de lord John, en cuberterías de plata, vajillas de oro, papel pintado chino, en perritos falderos, satén y en el cabriolé en el que lord John se dirigía entonces hacia la caballería y la batalla. Era la misma fortuna que, para salvar su vida, lord John había prometido devolverle a Sharpe.

—¡No lo harás! —había dicho Jane después del vergonzoso enfrentamiento en el baile.

—¿Quieres que me bata con él? —había preguntado lord John.

—Si fueras hombre —dijo Jane con sorna— no lo preguntaría.

Lord John, admitiendo la horrible verdad que encerraba su burla, se había preguntado por qué la felicidad del amor se agriaba con tanta facilidad.

—Puedo batirme con él si insistes.

—¡No insisto!

—Pero puedo batirme con él —lord John sonó abatido porque sabía que perdería un duelo con Sharpe.

Jane había contenido su ira de repente y había ablandado a lord John con una sonrisa.

—Lo único que quiero es tener la oportunidad de casarme contigo. Y cuando estemos casados el dinero será tuyo por derecho. Pero no podemos casarnos hasta...

No hacía falta que siguiera. Lord John conocía aquella letanía. No podían casarse mientras Sharpe viviera, por lo tanto éste debía morir, y si no le iban a dar muerte en duelo, entonces tendrían que ocuparse de él de otra manera; y cuando lord John se había despedido en la oscuridad, Jane lo había instado a hacerlo de la otra manera.

—¿Harris? —llamó entonces lord John a su cochero.

—¡Le oigo, señor! —gritó Harris desde el pescante del cabriolé.

—¿Alguna vez ha oído hablar de oficiales que son asesinados en combate?

Harris, que había sido soldado de caballería antes de que una bala de cañón francesa le aplastara el pie izquierdo en la batalla de La Coruña, se rió ante la ingenuidad de la pregunta.

—Oyes hablar de ello continuamente, milord. —Harris se quedó unos segundos en silencio mientras sorteaba con el cabriolé algunas profundas rodadas de la carretera—. Recuerdo a un comandante que nos rogó que no lo matáramos, milord. Sabía que no podíamos soportar su manera de ser y estaba seguro de que uno de nosotros iba a acabar con él de un machetazo, así que suplicó tener el honor de que fuera el enemigo quien le diera muerte.

—¿Y fue así?

—No. Un asqueroso diablo llamado Shaughnessy le clavó una espada en la espalda —Harris se rió al acordarse—. Hizo un trabajo limpio, ¡como sacado del libro de instrucción!

—¿Y no lo vio nadie?

—Nadie que fuera a hacer ninguna bobada, milord. ¿Por qué iban a hacerlo? A ninguno le caía bien el comandante. Pero usted no debe preocuparse, milord.

—No estaba preocupado por mí, Harris.

Harris cogió una corneta que había tras él en el asiento e hizo sonar una atronadora nota de advertencia. Un batallón de infantería que marchaba en dirección al cabriolé se retiró desordenadamente a la cuneta. Los soldados, con los rostros amarillentos a la tenue luz de los faroles gemelos del cabriolé, miraron llenos de

reproche al acaudalado oficial cuyo carruaje pasaba trotando con tanta elegancia tras su par de caballos zainos a juego. Los oficiales del batallón, convencidos de que un vehículo como aquél debía de llevar a un oficial de alto rango, saludaron.

Lord John no dijo nada más sobre asesinatos. Sabía que se había comportado mal aquella noche, que tenía que haberle hecho frente a Sharpe y aceptar el reto. Había quedado mal, había perdido el honor y sin embargo ahora le daba vueltas a la idea del asesinato, que era totalmente ajeno a toda honra, y lo hacía únicamente por una mujer.

Lord John reclinó la cabeza en la plegada capota de cuero del cabriolé. Algunos de sus amigos decían que estaba hechizado pero, en caso de que lo estuviera, se trataba de una fascinación voluntaria. Recordó con cuánto cariño lo había despedido Jane después de que se hubiera aplacado su ira y el recuerdo hizo que levantara la mano para ver, bajo el primer asomo de luz del alba, la pequeña mancha de colorete que todavía tenía en el dedo índice. La besó. El matrimonio, pensó, lo resolvería todo. Se acabaría el engaño, la circunspección, el tener que suplicarle dinero a Jane y el desdén por parte de una sociedad hacia una joven rubia que sin duda merecía las recompensas del matrimonio. La felicidad de Jane sólo costaría una sola muerte; una muerte en un campo de destrucción, un cadáver más entre los batallones de muertos.

Y si se hacía de forma adecuada no hacía falta que nadie llegara a enterarse.

Y si, por la mañana, lord John se retractaba de la promesa de devolver el dinero y aceptaba el reto de un duelo, entonces todo el mundo tendría que aceptarlo como un hombre de valeroso honor. Y si Sharpe moría en combate antes de que ese duelo pudiera llevarse a cabo, su honor no quedaría mancillado. Lord John se había comportado mal aquella noche, pero sabía que podía arreglarse todo, ganarse todo y hacer que todo estuviera bien, y todo ello por una chica de fascinante y desgarradora belleza.

Detrás de lord John, el primer rayo de sol atravesó como una lanza dorada el borde del mundo. Amanecía en Bélgica. Seguía habiendo nubes amontonadas en el oeste, pero encima de la encrucijada en Quatre Bras y por encima de un arroyo justo al norte de Fleurus el cielo era claro como el cristal. Las alondras se abandonaron al canto sobre las carreteras por las que trescientos treinta y ocho mil soldados de los ejércitos de Prusia, Gran Bretaña y Francia convergían hacia la muerte.

* * * *

—Dios salve a Irlanda. —Harper se detuvo en Quatre Bras. Delante de él, manchando el cielo por el sur, se elevaba el humo de miles de fogatas. El humo revelaba la presencia de un ejército acampado. Las tropas francesas estaban ocultas tras las ondulaciones del terreno, los bosques y las cosechas, pero el humo era prueba

suficiente de que miles de soldados se habían acercado a Frasnes durante la noche para apoyar al batallón de fusileros franceses que se vieron frustrados la tarde anterior.

Más cerca de Sharpe y Harper, alrededor de la encrucijada de Quatre Bras, se habían reunido más soldados belgas holandeses de las tropas del príncipe de Orange. Se oían algunos disparos de mosquetes al otro lado del arroyo, señal de que las líneas de piquete de las avanzadillas rivales se estaban deseando mutuamente unos mortíferos buenos días. El barón Rebecque, que aguardaba en el cruce con un grupo de ayudas de campo del príncipe, pareció aliviado al ver a Sharpe.

—Estamos concentrando las tropas aquí en vez de hacerlo en Nivelles.

—¡Muy bien hecho! —exclamó Sharpe con fervor.

Rebecque desplegó el boceto de un mapa que había hecho.

—Los franceses están en Frasnes y nosotros hemos tomado todas las granjas del otro lado del arroyo, excepto esta que hay junto al vado. Sólo la guarneceremos si nos vemos obligados a retroceder hasta allí.

—Yo lo haría ahora mismo —recomendó Sharpe.

—No hay hombres suficientes. —Rebecque plegó el mapa—. Hasta ahora sólo han llegado ocho mil soldados de infantería con dieciséis cañones y sin caballería.

Sharpe echó un vistazo profesional al humo de las fogatas francesas.

—Ellos tienen veinte mil, Rebecque.

—Esperaba que no me dijera eso. —Rebecque, que aceptó el experto cálculo aproximado de Sharpe sin cuestionarlo, forzó una sonrisa.

—¿Y si yo sugiero algo?

—Lo que sea, mi querido Sharpe.

—Dícales a nuestros fusileros que no disparen. No queremos provocar a los franchutes para que sean malos, ¿no es verdad? —No tenía ningún sentido incitar a la batalla a un enemigo mucho más poderoso, era mejor retrasar cualquier enfrentamiento con la esperanza de que llegaran más tropas aliadas para equilibrar los contingentes que se enfrentaban al sur de Frasnes.

Por encima de Quatre Bras las hogueras habían ensuciado el cielo, pero por el este el sol naciente reveló una cantidad mucho mayor de humo de leña que se elevaba. Esa mancha más grande en el cielo mostraba el lugar donde el ejército prusiano se enfrentaba a las fuerzas principales de los franceses y donde iba a tener lugar la verdadera batalla del día. Los franceses intentarían derrotar a los prusianos antes de que los británicos y holandeses pudieran acudir en su ayuda, mientras que los prusianos, para asegurarse la victoria, necesitaban que las tropas de Wellington marcharan desde Quatre Bras y atacaran el flanco izquierdo del emperador. Pero esa misión de rescate se había parado en seco debido a la presencia de veinte mil franceses acampados en Frasnes que habían sido enviados por el emperador para

asegurarse de que los ejércitos aliados no se unieran. Lo único que tenían que hacer los franceses era tomar la encrucijada en Quatre Bras. Sharpe calculó que al enemigo no le llevaría más de una hora invadir la frágil línea de tropas belgas holandesas, y en otra hora más podrían fortificar el cruce para hacerlo infranqueable a los británicos.

Los franceses se encontraban por lo tanto a una hora de la victoria, sólo a una hora de separar a los ejércitos aliados, no obstante, mientras el sol iba ascendiendo y se disipaba el humo de las hogueras que se iban extinguiendo, los franceses no hicieron ningún movimiento para avanzar hacia la encrucijada. Ni siquiera siguieron a los fusileros holandeses que se retiraban, sino que parecían satisfechos con dejar que la refriega mañanera quedara en nada. Sharpe dirigió la mirada al norte y al oeste en busca de los reveladores cúmulos de polvo, indicio de que los refuerzos se estaban apresurando a llegar al amenazado cruce. Todavía no se divisaba polvareda alguna por encima de los caminos, señal de que los franceses disponían de mucho tiempo para realizar el ataque.

El príncipe de Orange llegó tres horas después del alba, emocionado ante la perspectiva de entrar en acción.

—¡Buenos días, Sharpe! Y radiantes, ¿verdad? ¿Todo bien, Rebecque?

Rebecque trató de explicarle al príncipe la distribución de sus tropas, pero éste estaba demasiado inquieto para limitarse a escuchar.

—¡Muéstrémelo, Rebecque, muéstrémelo! Galopemos un poco. ¡Todos nosotros! —hizo un gesto a todo su estado mayor, cuyos miembros formaron filas diligentemente tras Rebecque y el príncipe, que se alejaron a toda prisa de la encrucijada en dirección sur. El príncipe saludó alegremente con la mano a un grupo de soldados que sacaban agua del arroyo y acto seguido se dio la vuelta en la silla para gritarle a Sharpe—: ¡Esperaba verle en el baile anoche, Sharpe!

—Llegué muy tarde, señor.

—¿Bailó usted?

—Lamentablemente no, señor.

—Yo tampoco. El deber me llamó. —El príncipe pasó al galope junto a la desierta granja Gemioncourt, atravesó el campamento de una brigada holandesa y no frenó hasta que hubo pasado de largo los piquetes de avanzada holandeses y pudo ver desde la carretera adoquinada el pueblo de Frasnes. Debía de haber algunos fusileros enemigos cerca, pero el príncipe, con despreocupación, hizo caso omiso de la amenaza que representaban. Sus oficiales de estado mayor esperaron unos metros atrás mientras el joven miraba fijamente hacia el enemigo acampado—. ¿Sharpe?

Sharpe se adelantó con su caballo.

—¿Señor?

—¿Ante cuántos de esos demonios diría usted que nos encontramos?

En realidad había muy pocas tropas enemigas a la vista. Había una batería de

cañones en el extremo del pueblo, unos cuantos caballos sin ensillar una calle más allá y un batallón de infantería acampado en un prado a la derecha de los cañones, por lo demás el enemigo estaba oculto, así que Sharpe mantuvo su anterior cálculo.

—Veinte mil, señor.

El príncipe asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo que a mí me parecía. Espléndido —sonrió cordialmente a Sharpe—. ¿Y cuándo se va a presentar usted con un uniforme holandés?

—Sharpe quedó desconcertado.

—Pronto, señor.

—¿Pronto? ¡He estado solicitando esa pequeña gentileza durante semanas! ¡Quiero verle con el uniforme adecuado hoy mismo, Sharpe, hoy! —Como amonestación el príncipe agitó un dedo hacia el fusilero y luego sacó su telescopio para observar la batería de cañones franceses. No era fácil ver de qué calibre eran los cañones porque el aire era bastante caliente para hacer que los detalles de aquellas alejadas armas refulgieran y se desdibujaran—. Va a ser un día caluroso —se quejó el príncipe. Su piel amarillenta brillaba de sudor. Llevaba una casaca de uniforme de color azul llena de presillas de oro incrustadas y ribeteada de piel de astracán de color negro. De la cadera le colgaba un sable enormemente pesado con empuñadura de marfil. La vanidad del príncipe le había hecho vestirse como para una campaña de invierno en un día que amenazaba con ser el más caluroso del verano hasta entonces.

La sofocante atmósfera oprimía pesadamente a los soldados que montaban guardia en las granjas que delimitaban el perímetro de la posición holandesa. Si el perímetro se rompía quedaba todavía la granja Gemioncourt junto al vado que podría ser un ánora de salvación para una línea defensiva, pero en cuanto se tomó Gemioncourt ya no había nada más entre los franceses y la encrucijada. Sharpe rezó para que los franceses siguieran esperando y para que así las tropas británicas que marchaban con urgencia para servir de refuerzo a los defensores de Quatre Bras superados en número llegaran a tiempo al cruce.

A las ocho los franceses aún no habían atacado. A las nueve las tropas holandesas seguían esperando. A las diez el duque de Wellington llegó a la encrucijada y, contento de que nada amenazara todavía a las tropas holandesas, galopó hacia el este en busca de los prusianos.

La mañana avanzaba lentamente. Parecía imposible que los franceses siguieran dudando. Podía ser que de vez en cuando un jinete enemigo apareciera en el extremo del pueblo para observar a través de un catalejo las posiciones holandesas, pero ningún ataque siguió a tales reconocimientos, los fusileros no atravesaron los campos arrastrándose y ningún cañón lanzó con estrépito obuses ni descargas contra las frágiles líneas holandesas.

Al mediodía los franceses seguían esperando. En esos momentos el calor era

sofocante. Las nubes del oeste se habían hecho más espesas y las viejas heridas que Sharpe tenían en la pierna y el hombro empezaron a dolerle: un vaticinio de lluvia segura. Comió con los miembros del estado mayor del príncipe de Orange en los restos de un invernadero situado detrás de la granja que había en el cruce. Harper, de cuya situación los holandeses no terminaban de estar seguros, compartió los principescos pollo frío, huevos duros y vino tinto. El príncipe, que por el momento olvidó las órdenes que le había dado a Sharpe para que se cambiara y se pusiera un uniforme holandés, dominó la conversación durante la comida expresando ansiosamente su deseo de que los franceses atacaran antes de que el duque volviera de su encuentro con los prusianos, puesto que entonces el príncipe podría vencer al enemigo únicamente con la ayuda de sus leales tropas holandesas. El príncipe soñaba con una gran victoria de los Países Bajos de la que él mismo fuera el héroe. Veía a chicas acomodaticias ofreciéndole los laureles de la victoria antes de desmayarse a sus pies de conquistador. Se moría de ganas de iniciar un triunfo como aquél y pedía a Dios que los franceses le proporcionaran la oportunidad de gloria antes de que llegara algún refuerzo británico.

A primera hora de la tarde, antes de que los apresurados refuerzos británicos pudieran llegar a la encrucijada, el deseo del príncipe se cumplió. Un cañón enemigo hizo estallar su señal.

Al fin, los franceses avanzaron hacia la batalla.

* * * *

—¿Eso ha sido un cañón? Juraría que fue un cañón. ¿Usted diría que ha sido un cañón, Vine? —El teniente coronel Joseph Ford, oficial al mando de los Voluntarios del Príncipe de Gales, se giró en la silla y miró preocupado a su comandante en jefe que, como estaba sordo, no había oído nada. El comandante Vine, incapaz por lo tanto de confirmar o negar el sonido que había alarmado de aquella manera a su coronel, se limitó a poner una malhumorada cara de pocos amigos como respuesta, por lo que el coronel Ford dirigió la mirada más allá en busca de la opinión del capitán de su compañía ligera—. ¿Eso fue un cañón, D'Alembord? ¿Diría usted que eso fue un cañón?

D'Alembord, a quien le dolía la cabeza por la resaca, llevaba todavía sus pantalones blancos de baile y los zapatos con hebilla de la noche anterior. No quería hablar con nadie, y ni mucho menos con Ford, pero hizo un esfuerzo y confirmó que el coronel había oído, en efecto, la detonación de un cañón, pero muy a lo lejos y con un sonido muy apagado por la humedad de la atmósfera.

—¡Vamos a llegar tarde! —exclamó Ford con preocupación.

En aquel preciso momento a D'Alembord no le importaba lo tarde que llegaran.

Sólo quería tumbarse en algún sitio muy oscuro, fresco y silencioso. Quería que el coronel se fuera, pero sabía que Ford seguiría dando la lata hasta que alguien lo tranquilizara.

—La brigada salió puntualmente, señor —le dijo al inquieto Ford—, y no se puede esperar más de nosotros.

—¡Otro cañón! ¿Lo oye, Vine? ¡Ahí está! ¡Y otro! ¡Dios santo, D'Alembord, si ya ha empezado, ya lo creo que ha empezado! —Los ojos de Ford, tras los pequeños y gruesos cristales de sus gafas, revelaron una nerviosa inquietud. Ford era una buena persona, y agradable, pero poseía un atribulado nerviosismo que sacaba de quicio a D'Alembord. El coronel se inquietaba por las opiniones de los oficiales de alto rango, la diligencia de sus oficiales subalternos y la lealtad de sus suboficiales. Se preocupaba por las reservas de munición, por si los soldados podían oír las órdenes en combate y por la moralidad de las esposas que seguían la marcha de la columna como una muchedumbre de gitanas. Se desesperaba al pensar que podía perder las lentes, ya que era miope como un topo, le preocupaba perder el estandarte de su batallón y que se le cayera el pelo. Se angustiaba hasta por el tiempo y, cuando no se le ocurría nada más por lo que inquietarse, se intranquilizaba por si se había olvidado de algo importante que debiera estar causándole preocupación.

Al siempre preocupado Ford lo habían nombrado sustituto del comandante Richard Sharpe como oficial al mando del batallón, lo que en si mismo ya era causa de desasosiego para el coronel puesto que Joseph Ford era perfectamente consciente de que el fusilero había sido un soldado de lo más competente y experimentado. A Ford tampoco lo ayudaba el hecho de que muchos de sus oficiales subalternos y al menos un tercio de sus soldados rasos habían visto muchos más combates que él. Había sido destinado al batallón en las semanas postreras de la última guerra y solamente había pasado por unas pocas escaramuzas, sin embargo, en esos momentos debía ponerse al mando de los Voluntarios del Príncipe de Gales y enfrentarse al ejército de campaña del emperador, un hecho que naturalmente le ocasionaba una angustia constante.

—Pero al menos —consoló a sus oficiales— es un batallón veterano.

—Lo es, coronel, lo es. —El comandante Vine, un hombre pequeño, jactancioso, con aspecto de armiño, de ojos oscuros y mal genio, siempre estaba de acuerdo con el coronel cuando conseguía oír lo que éste decía.

Ford, que desconfiaba de tan fácil adhesión, buscó respaldo a sus opiniones en los oficiales con más experiencia del batallón pero, como Peter D'Alembord, dudaban que al Voluntarios del Príncipe de Gales se le pudiera llamar sinceramente un batallón veterano. Un tercio de sus hombres eran nuevos reclutas que no habían presenciado ninguna batalla, casi otro tercio habían visto tan pocas como el coronel, mientras que el resto, como D'Alembord, sí que se habían enfrentado al ejército francés en

combate abierto. Aun así, aquel tercio experimentado era la columna vertebral del batallón: los soldados cuyas voces darían moral a las tropas y le facilitarían al coronel la victoria que necesitaba en su lid inaugural. Y eso era todo por lo que D'Alembord rogaba en aquellos momentos, que Ford conociera pronto el éxito y de esa forma tranquilizara sus angustiados temores.

Asimismo, D'Alembord rezaba para que él también consiguiera una victoria rápida y aplastante. Quería volver a Inglaterra donde le aguardaban una novia y un futuro civil seguro. Su prometida se llamaba Anne Nickerson, hija de un hacendado de Essex, cuyo reacio consentimiento a una boda militar se había transformado en aprobación sin reservas cuando Peter D'Alembord puso en venta su capitánía justo cuando estaba a punto de vender su grado de oficial y retirarse a una de las granjas de su futuro suegro, Napoleón había regresado a Francia. El coronel Ford, preocupado porque iba a perder a su veterano capitán de los fusileros, le había rogado a D'Alembord que se quedara para la inminente campaña, y en su súplica había la promesa implícita de que D'Alembord recibiría la siguiente comandancia vacante del batallón. Eso fue incentivo suficiente. La capitánía se vendería por mil quinientas libras, cantidad que representaba una buena fortuna para cualquier joven que estuviera pensando en casarse, pero de una comandancia se sacarían dos mil seiscientas libras, así pues, con cierto recelo pero tranquilizado por las perspectivas de una excelente dote que aportar al matrimonio, D'Alembord había accedido al requerimiento de Ford.

En ese momento, por delante de D'Alembord, los disparos de los cañones retumbaban como amortiguados truenos para recordarle que las dos mil seiscientas libras había que ganarlas de la manera más dura. D'Alembord, al considerar cuánta felicidad podía llegar a perder, tuvo un presentimiento que le hizo estremecerse, pero se dijo a sí mismo que siempre había temido lo peor antes de cada batalla.

Joseph Ford, asustado porque estaba a punto de librar su primer combate, y temeroso de que tanto él como alguno de sus soldados pudieran no cumplir con su deber, se quitó las gafas de un manotazo y limpió los cristales con el fajín, como siempre que le abrumaban las preocupaciones. Pensaba que una acción tan común como aquella expresaba una despreocupada indiferencia cuando en realidad revelaba su inquieto nerviosismo.

Sin embargo, aquel día, mientras se dirigían hacia el fuego de los cañones, los soldados del Voluntarios del Príncipe de Gales estaban ajenos a los temores de su coronel. Avanzaban con dificultad, respirando en aquel seco verano el polvo del camino que habían levantado las botas que se arrastraban por delante, y se preguntaban si distribuirían ron antes de que empezara la contienda o si, por el contrario, llegarían demasiado tarde a la batalla y se alojarían en algún dulce pueblo belga donde las chicas coquetearían y la comida sería abundante.

—Suenan mal —dijo el soldado Charlie Weller desde los cañones, cuyo sonido en realidad todavía no era demasiado espantoso, pero Weller estaba un poco nervioso y buscaba el alivio de la conversación.

—Hemos oído cosas peores, Charlie —dijo Daniel Hagman, el soldado de más edad de la compañía ligera, pero lo dijo de forma cansina, diligente e irreflexiva. Hagman era una buena persona que reconoció la aprensión de Charlie Weller, pero aquel día hacía demasiado calor, el sol era demasiado implacable y el polvo demasiado reseco para que la amabilidad tuviera una mínima oportunidad.

El comandante Vine frenó su caballo para observar cómo pasaban marchando las diez compañías. Con brusquedad les dijo a los soldados que levantaran los pies y enderezaran los hombros. Ellos no hicieron caso. Vine no les caía bien porque sabían que el comandante los despreciaba y los consideraba un feo y torpe montón de zoquetes, pero los soldados no eran tan tontos como para creérselo; ellos eran la infantería de Wellington, lo mejor de lo mejor, y se dirigían al este y al sur, hacia el lugar donde una cortina de humo de cañón tomaba la forma de una nube oscura sobre una lejana encrucijada y donde los cañones se aclaraban la garganta para llamar a combate a los soldados.

* * * *

El ataque francés empezó con un cañoneo que perforó con nubes de humo gris y negro la turbia atmósfera que se agitaba sobre el pueblo de Frasnes. El príncipe de Orange, incapaz de resistirse a la atracción del peligro, se alejó del cruce al galope para irse con las tropas que estaban más cerca del enemigo, y su estado mayor, cuyo almuerzo se vio brutalmente interrumpido por los disparos de los cañones franceses, se apresuró a seguirle.

Sharpe se encontraba entre los oficiales del estado mayor que bajaron con sus caballos al trote por la carretera de Charleroi, dejaron atrás la granja Gemioncourt junto al vado y subieron por la llana colina hasta que alcanzaron a la brigada de infantería que protegía la carretera de cualquier ataque frontal.

Los cañones franceses disparaban a los flancos de la posición del príncipe apuntando a las granjas que había al este y al oeste. No se apreciaba ningún movimiento en la carretera propiamente dicha, aunque Sharpe supuso que los franceses debían de tener a algunos fusileros ocultos en los campos de crecido centeno.

—Se acercarán directamente por en medio, ¿no?

Sharpe se giró y vio que Harper se había unido a él.

—Pensaba que iba a mantenerse bien alejado de cualquier peligro.

—¡Por el amor de Dios! ¿De qué peligro habla? No nos dispara nadie. —Harper

había rescatado la fría carcasa de un pollo asado del interrumpido almuerzo del príncipe y le lanzó una pata a Sharpe—. Tienen un aspecto condenadamente raro, ¿no es cierto?

Se refería a la brigada de infantería belga holandesa que se había desplegado en cuatro filas a ambos lados del camino para bloquear un ataque directo desde Frasnes. La rareza estribaba en los uniformes de los soldados que eran los típicos de la infantería francesa. Solamente se había cambiado la insignia del águila de los chacós y se había reemplazado por una «W», por el rey William de los Países Bajos, pero aparte de eso los belgas holandeses iban vestidos exactamente igual que los soldados con los que sin duda iban a combatir.

—¿Sabe qué es lo que tiene que hacer? —preguntó el príncipe al comandante de brigada en su francés materno.

—Si no podemos detenerlos, señor, nos replegamos en Gemioncourt.

—¡Exactamente! —La granja que había junto al vado era el último bastión antes del esencial cruce. Ya se habían hecho troneras en las paredes de piedra de los enormes graneros y establos de Gemioncourt, que, al igual que los edificios de un gran número de granjas aisladas de las regiones bajas, estaban unidos y protegidos por un alto muro de piedra, convirtiendo así toda la granja en una enorme fortaleza.

—Algo se mueve, ¿no? —El príncipe, volviendo al inglés, se puso eufórico al oír una descarga de mosquetes que sonó desde algún lugar frente a la línea holandesa. Los disparos de mosquete no eran los enormes estallidos del fuego de una sección, sino más bien los más insignificantes chasquidos esporádicos de los fusileros que revelaban que los *Voltigeurs* franceses se estaban acercando a las tropas ligeras holandesas, pero las altas cosechas impedían que el príncipe y su estado mayor vieran a alguno de los dos grupos de avanzada.

—Es curioso oír de nuevo ese ruido, ¿no le parece? —comentó Harper con sequedad.

—¿Lo echaba de menos?

—Nunca pensé que lo haría —respondió con tristeza el irlandés—, pero sí.

Sharpe recordó la familiar destreza con la que había matado al teniente francés en aquel mismo campo de centeno.

—Es lo que sabemos hacer mejor, Patrick. Quizás estemos condenados a ser soldados para siempre.

—Usted tal vez, pero yo no. Tengo una taberna y un negocio de caballos robados para mantenerme ocupado. —Harper puso mala cara ante los belgas con sus uniformes franceses—. ¿Cree usted que estos tipos van a combatir?

—Más les vale —dijo Sharpe en tono grave. La brigada, con su artillería de refuerzo, era todo lo que había entre los franceses y la victoria. Indudablemente los belgas holandeses parecían estar dispuestos a luchar. Habían pisoteado el centeno al

avanzar desde su línea unos sesenta metros para acortar la distancia mortal y, a juzgar por el sonido de las descargas de sus mosquetes, los fusileros belgas holandeses estaban combatiendo con mucha energía.

Las dos alas de la brigada belga holandesa se extendieron unos ochocientos metros a ambos lados de la carretera mientras que de banda a banda de la calzada propiamente dicha había una batería de seis cañones de nueve libras holandeses. Los artilleros habían aparcado los arzones y los carros de munición en el campo que había detrás de Sharpe. Los cañones estaban cargados y las mechas humeaban suavemente preparadas para los franceses.

—Cabrones de cuatro patas, a la derecha —advirtió Harper, y Sharpe se giró para ver a un escuadrón de caballería que se dirigía al trote hacia el flanco derecho de los holandeses.

Los jinetes eran lanceros con casacas color verde y unos altos cascos rematados con unos penachos negros que se agitaban hacia delante. Se encontraban todavía a bastante distancia, al menos a unos ochocientos metros, y aún no suponían ninguna amenaza para las tropas del príncipe.

El príncipe se situó justo detrás de los seis cañones de la batería holandesa. Rebecque permaneció cerca de su señor e inspeccionó con gravedad uno de los cañones, como si nunca hubiera visto un objeto parecido, entonces, aquejado de fiebre del heno, estornudó. El príncipe dijo entre dientes: «¡Salud!», y se puso de pie en los estribos para observar a los lanceros con un catalejo. Los cañones franceses dejaron de disparar repentinamente. Los únicos sonidos que entonces se escuchaban eran el traqueteo de los mosquetes de los fusileros y la música irregular de una banda de los holandeses. El caballo del príncipe relinchó. El de Rebecque piafó sobre los tallos de centeno pisoteados. Era el silencio anterior a la batalla.

—¡Estén preparados! —El príncipe, que no podía soportar estarse quieto, espoléó su caballo hacia el batallón belga más próximo—. ¡Pronto verán a la infantería enemiga! —les gritó a los soldados—. ¡Unas cuantas descargas los ahuyentarán, así que manténganse firmes!

—Esos malditos artilleros sólo están cambiando de objetivo —dijo Harper en tono mordaz después de que Sharpe le hubiera traducido las palabras del príncipe.

—Es probable —dijo Sharpe. Le dio unos golpecitos en el cuello a su caballo.

De pronto Rebecque volvió a estornudar y, como si se hubiera tratado de una orden, las baterías francesas reanudaron su cañoneo. Harper estaba en lo cierto, simplemente habían estado cambiando el objetivo y entonces los artilleros franceses concentraron sus disparos en el centro del campo. Había más cañones enemigos disparando que antes. Sharpe contó veinticuatro volutas de humo en la primera salva.

Los artilleros franceses estaban ocultos entre el centeno pero algunas de sus balas dieron en los batallones holandeses que aguardaban. Una descarga rebotó

limpiamente entre dos de los cañones holandeses y de algún modo u otro no tocó a ninguno de los jinetes que rodeaban al príncipe. El coronel de artillería pidió permiso para devolver el fuego pero el príncipe le ordenó esperar hasta que divisaran a la infantería enemiga.

Las baterías francesas dispararon otra descarga. Sharpe vio surgir el humo un instante antes de que el sonido taladrara el aire. Fueron alcanzados más soldados de los batallones holandeses, pero la mayor parte de las balas pasaron por encima de sus cabezas, ya que los artilleros franceses estaban disparando demasiado alto. Sharpe vio el paso de una bola de cañón marcado por la oscilación de los tallos de centeno que, a una velocidad extraordinaria, formó una línea que se oscurecía y atravesaba el campo que había detrás de él. Otra descarga pasó tan cerca de Sharpe que sonó como el repentino y violento chasquido de un golpe de viento. Si hubieran disparado las balas aun más altas el sonido habría sido retumbante, como si se hiciera rodar un tonel por encima de las tablas del suelo.

—Debería volver al cruce —le dijo Sharpe a Harper.

—Sí, lo haré —Harper no se movió.

El príncipe se dirigió a medio galope hacia los batallones belgas holandeses que se encontraban en el lado derecho del camino. Había desenvainado su enorme sable. Llamó a Rebecque para que lo acompañara. El barón, con los ojos llorosos a causa de la fiebre del heno, estornudó una vez más; y los cañones franceses dejaron de disparar como por arte de magia.

Los soldados heridos por el fuego de los cañones gritaban y la banda tocaba, pero parecía un silencio que no presagiaba nada bueno.

Entonces empezaron los tambores franceses.

—Nunca pensé que volvería a oír tocar Pantalones viejos —dijo Harper con nostalgia. Era el sonido de la infantería francesa que era conducida al ataque a golpe de tambor. Redoblaban multitud de tambores pero los que los tocaban, al igual que la infantería francesa, estaban ocultos en la alta cosecha de centeno. Había algo curiosamente amenazador en aquellos repetitivos tabaleos que parecían venir de ninguna parte.

Entonces fue cuando Sharpe vio que los distantes cultivos estaban siendo completamente aplastados y supo que cada una de las zonas donde se abatía el centeno delataba el avance de una columna francesa. Contó tres formaciones justo enfrente. Cada columna era una sólida formación de soldados que se dirigían como un ariete hacia la línea holandesa. Un estrépito de descargas de mosquetes en el flanco derecho reveló que las granjas del oeste estaban siendo atacadas, pero allí en el centro, donde el camino conducía de forma tentadora hacia la encrucijada, el enemigo seguía oculto. Oculto pero no en silencio. De pronto los tambores se detuvieron y las columnas vociferaron su gran grito de guerra: «*Vive l'Empereur!*». El clamor de la

ovación hizo que la banda holandesa parara en seco. Los músicos bajaron sus instrumentos y miraron fijamente hacia el oculto campo de cultivo donde daba la impresión de que el centeno se movía como si lo aplastaran las pisadas de un gigante invisible.

Los artilleros franceses volvieron a abrir fuego y en aquella ocasión utilizaron unos obuses de cañón corto que disparaban los proyectiles de manera que describían un arco por encima de sus propias columnas y que al explotar formaban pequeñas y sucias volutas de humo y llamas.

Se empezaban a divisar los primeros fusileros franceses en el borde de aquella área pisoteada. La avanzada holandesa cedió el prado y se retiró a sus batallones, por lo que entonces los dispersos *Voltigeurs* enemigos pudieron arrodillarse sin problemas al borde del campo de centeno y disparar a los defensores que aguardaban. Los soldados empezaron a caer.

Otros gritaron. Algunos murieron. El principal ataque enemigo seguía siendo nada más que el sonido de una mezcla de amenazas: un ruido estrepitoso en el centeno, un aporreo de tambores y una ovación a voz en cuello.

Rebecque galopó de vuelta hacia la batería holandesa gritando a su coronel que abriera fuego sobre las ocultas columnas, pero el coronel miraba a uno de sus oficiales al que una bala de los fusileros había matado. El oficial yacía sobre la carretera calcárea donde su sangre se veía sorprendentemente brillante contra el blanco polvo. Otros artilleros estaban cayendo. Una bala hizo un monstruoso ruido metálico al dar en un cañón y rebotó hacia el cielo.

—¡Fuego! —les gritó enojado Rebecque a los artilleros.

El coronel de artillería se dio la vuelta sobresaltado, se quedó mirando a Rebecque un instante y entonces dio sus propias órdenes a gritos, pero en lugar de disponer una mortífera descarga hacia el alto centeno, mandó a sus hombres que se retiraran. Los conductores condujeron a golpe de látigo los tiros de caballos de vuelta a la carretera mientras los artilleros retiraban las armas a pulso para engancharlas a sus armones. Las enormes carretas de munición partieron hacia la encrucijada y sus macizas ruedas con llantas de hierro iban abriendo grandes surcos en la superficie de la calzada. Los tiros que arrastraban los cañones empezaron a seguirlas pero dos de ellos chocaron, las ruedas de los armones se bloquearon y de repente se originó un enredo de cañones estancados, caballos asustados y conductores que maldecían.

Sharpe había avanzado apretando el paso.

—¿Adónde van? —gritó en francés hacia el otro lado de aquel caos.

—¡Retrocedemos! —exclamó el coronel de artillería por encima del ruido de un proyectil de obús que explotaba.

—¡Deténganse en la granja! ¡Deténganse en Gemioncourt! —Sharpe sabía que no podía controlarse el pánico allí, donde las columnas francesas inundaban el aire con

su amenaza, pero tal vez los macizos muros de Gemioncourt les proporcionaran a aquellos artilleros un poco de confianza.

—¡Retrocedan! ¡Echen atrás los cañones! —El coronel daba golpes con su fusta para tratar de desenredar los armones atrapados. Hubo otra descarga de fuego de obús de los franceses que milagrosamente no cayó sobre el tumulto de artilleros y caballos que, aguijoneados por la amenaza de los proyectiles, se desenredaron como por encanto. Los cañones holandeses que huían subieron con estrépito a la carretera con las cadenas y los cubos balanceándose. Los artilleros que no iban montados en los cañones o los armones corrían por las cunetas en una indisciplinada retirada.

—¡Deténganse en la granja! —bramó Sharpe después del coronel de artillería.

Un proyectil de obús cayó ululando y destrozó la rueda del armón del último cañón. Por un segundo el obús se quedó con la mecha humeante entre los restos de la rueda y luego saltó en pedazos con una explosión ensordecedora. Un caballo murió al instante y sus tripas, rojas y húmedas, salieron despedidas por todo lo ancho del camino. Otra bestia que gritaba se derrumbó sobre sus rotas patas traseras. El resto de animales del tiro, presas del pánico, trataron de salir al galope y lo único que hicieron fue dar la vuelta al armón destrozado. Un artillero se cayó de su asiento sobre la caja de munición y la violenta fricción del armón lo aplastó. Intentó agarrarse a la rueda rota que le arrastró primero y luego lo dejó clavado en la carretera. Los demás artilleros no le prestaron atención; en lugar de eso se pusieron a golpear los arcos con espadas o cuchillos y finalmente liberaron a los cuatro caballos que quedaban con vida, que galoparon con ojos desorbitados hacia Gemioncourt. Un oficial le disparó un tiro de gracia al caballo que agonizaba y luego salió corriendo en pos de sus hombres abandonando el cañón.

El soldado que había bajo el armón también quedó abandonado. Lo dejaron gritando con un lamento sobrecogedor que hizo que los soldados de infantería más próximos miraran a su alrededor con nerviosismo. Harper se acercó a caballo al soldado y vio que los radios de la rueda rota le atravesaban el vientre y la ingle. Se descolgó el fusil del hombro, apuntó y realizó un solo disparo.

Los fusileros franceses profirieron gritos de entusiasmo por su victoria sobre los despavoridos tiros de los cañones y acto seguido volvieron sus mosquetes hacia los batallones belgas más próximos. El príncipe de Orange les gritaba a sus soldados que se mantuvieran firmes, que esperaran, pero el desgaste de la avanzada les crispaba los nervios. Empezaron a retroceder poco a poco.

—¡No aguantarán! —le advirtió Harper a Sharpe.

—¡Y tanto que lo harán esos cabrones! —Sharpe se dirigió a toda prisa hacia los belgas más próximos, pero antes de que pudiera acercarse siquiera al batallón, una columna francesa salió de repente de entre el centeno, y los belgas, sin tan sólo disparar una descarga, se dieron la vuelta y echaron a correr. En un instante pasaron

de ser un batallón formado a ser una multitud. Sharpe se detuvo. Dos proyectiles de obús estallaron a unos pocos pasos de su caballo y ambas explosiones provocaron dos incendios de poca importancia entre el centeno. Los franceses gritaban entusiasmados. El príncipe pegaba a los soldados que corrían con la cara de la hoja de su sable, pero ellos le tenían mucho más miedo a un emperador que a un príncipe, así pues no dejaron de correr. A los otros batallones se les contagió el pánico y también huyeron. Los fusileros franceses dirigieron sus fuerzas contra el estado mayor del príncipe.

Rebecque, con los ojos rojos e hinchados a causa de la alergia, detuvo su caballo junto a Sharpe.

—No es un comienzo muy digno de admiración, ¿verdad?

—¡Salga de aquí, señor! —Sharpe oía los silbidos y latigazos de las balas de mosquete en torno a ellos.

—¿Podría averiguar qué le ocurre a Saxe-Weimar? —preguntó Rebecque.

Sharpe asintió.

—¡Lo haré, señor! ¡Pero usted váyase! ¡Ahora! —Los primeros soldados de la avanzada francesa avanzaban a toda prisa, pero en lugar de enfrentarse a los oficiales del estado mayor que seguían cerca de la posición holandesa, echaron mano al cañón abandonado, el primer trofeo de su ataque.

Por detrás de la columna sonó una trompeta y un ayuda de campo holandés advirtió a gritos de la presencia de caballería enemiga. El príncipe hizo girar a su caballo y galopó en dirección norte hacia Gemioncourt y Quatre Bras. Rebecque salió al galope tras el príncipe mientras que Sharpe y Harper se dirigieron al oeste. A lo largo de todo el centro de la posición los holandeses se habían venido abajo dejando un atractivo hueco por el que podían irrumpir los franceses, no obstante, desde el distante flanco derecho seguía llegando el sonido tranquilizador de las descargas, lo cual demostraba que los soldados de Saxe-Weimar estaban defendiendo incondicionalmente.

Los batallones del príncipe Bernhard, que habían tomado el cruce la noche anterior, lo protegían de nuevo. Se estaban batiendo en retirada ante el ataque francés pero no corrían; En cambio, retrocedían y se detenían a cada paso para disparar unas constantes y efectivas descargas contra sus atacantes franceses. Sharpe se fijó en que aquellos franceses se habían desplegado y en vez de una columna formaban una línea que superaba en número y se solapaba con la brigada de Saxe-Weimar, aunque las tropas de Nassau estaban combatiendo bien. Mejor todavía, en lugar de retroceder hacia la encrucijada se dirigían al abrigo del oscuro bosque que se extendía como un bastión a lo largo del flanco izquierdo del recorrido de los franceses hacia Quatre Bras. Si el príncipe podía ocupar el bosque y se salvaba el centro de alguna manera, todavía había una posibilidad.

Era una posibilidad muy remota, una mera brizna de paja arrebatada frente a un abrumador desastre, pues Sharpe no veía de qué manera un general cualquiera —para qué hablar de un príncipe lleno de granos— podría reagrupar a las escindidas tropas del centro y evitar que los franceses avanzaran para tomar la encrucijada. En cuanto la tomaran, ningún destacamento británico podría reunirse con los prusianos, de ese modo los ejércitos quedarían irrevocablemente divididos y el emperador habría ganado su campaña.

—¡Vamos a volver atrás! —le gritó Sharpe a Harper.

Dieron la vuelta a sus caballos y se alejaron de los hombres de Saxe-Weimar que en esos instantes se acercaban al límite de los árboles con mortíferas descargas de mosquetes. Sharpe y Harper trotaron en dirección norte, manteniéndose a unos cientos de metros por delante de los franceses que avanzaban. A su izquierda quedaba el extenso e imponente bosque con su maraña de árboles y defensores tenaces. En el centro estaba la granja Gemioncourt, que debía de haber servido de fortaleza para detener a los franceses, pero que entonces estaba vacía, porque los cañones y la infantería belgas habían huido pasando de largo la granja, cediendo así al enemigo sus fuertes muros y establos con aspilleras. Por delante de Sharpe, a lo lejos, se hallaba el cruce propiamente dicho donde la oscura masa de fugitivos se arremolinaba en medio de la confusión, mientras que a la derecha, actuando en cierto modo como otro bastión, había un bosque más pequeño y un puñado de casitas.

—¡Mire! ¡Mire! —Harper estaba de pie en los estribos y señalaba, al tiempo que gritaba con entusiasmo, hacia el bosquecillo de la derecha—. ¡Que Dios bendiga a esos cabrones! ¡Bien hecho, muchachos! —Porque en aquella distante floresta que protegía el camino que llevaba hacia el ejército prusiano había fusileros. Casacas verdes. Los mejores entre los malditos mejores. Los refuerzos británicos habían empezado a llegar.

Pero por detrás de Sharpe y de Harper los victoriosos franceses seguían avanzando, y entre ellos y la encrucijada no había nada.

CAPÍTULO 8

El príncipe de Orange, alegremente y sin tener en cuenta que casi la mitad de sus huestes habían huido del campo de batalla, saludó al duque de Wellington con una buena noticia.

—¡Hemos ocupado el bosque! —anunció en un tono que daba a entender que la victoria estaba garantizada.

El duque, que acababa de volver de Ligny donde los prusianos esperaban el ataque de Napoleón, lanzó una fría mirada a los fugitivos que se dirigían en tropel al norte hacia Bruselas, luego volvió su grave rostro hacia el príncipe.

—¿El bosque? —La educada petición del duque para que le informaran con más detalle fue glacial.

—¡Allí! —el príncipe señaló de manera imprecisa hacia el flanco derecho—. ¿No es así, Rebecque?

Rebecque cedió la respuesta a Sharpe que había visitado el flanco derecho.

—La brigada del príncipe Bernhard retrocedió hacia el bosque, señor. Tienen ocupado el límite de los árboles.

El duque se dio por enterado con un seco movimiento de cabeza y espoleó a su caballo para que avanzara unos pasos y así poder contemplar la ruina que había heredado del príncipe de Orange. Las tropas belgas habían sido expulsadas de todas las granjas de vanguardia y no habían conseguido guarnecer Gemioncourt, lo cual era aun más desastroso. La caballería, artillería e infantería francesas ya habían avanzado hasta el arroyo y tan sólo era cuestión de instantes que lanzaran un fuerte ataque hacia el vital cruce. La única buena noticia era que el príncipe Bernhard de las huestes de Saxe-Weimar ocupaba el bosque de la derecha, negando así a los franceses la protección de los árboles cuando atacaran la encrucijada, pero esa exigua ventaja no serviría de nada a menos que el duque pudiera formar otra línea defensiva para proteger la carretera.

El material humano para esa línea al fin llegaba. Los fusileros que Harper había visto eran la vanguardia de la quinta división de sir Thomas Picton. El resto de aquella división atravesaba la encrucijada en aquellos instantes, pasando por delante de lo que quedaba de los desanimados belgas.

—Le prometí a Blücher que marcharíamos en su ayuda —el duque saludó a sir Thomas Picton—, pero sólo en caso de que aquí no nos atacaran. —Un cañón francés disparó a largo alcance desde Gemioncourt y la bala dejó atrás el camino, pasó de largo junto al duque y se estrelló estrepitosamente contra un muro de la granja ubicada en el cruce—. Parece ser que hoy los prusianos tendrán que combatir sin nosotros —dijo el duque con sequedad, y con un gesto señaló los campos que se extendían a la izquierda de Quatre Bras—. Que sus hombres se alineen a lo largo de

ese camino, sir Thomas, con el flanco derecho delante de la encrucijada.

El teniente general sir Thomas Picton, un hombre fornido y con mal genio que había combatido valerosamente en España, fulminó al duque con la mirada.

—No estoy dispuesto a recibir órdenes de ese maldito niño holandés.

—Va a recibir órdenes mías, Picton, no de su alteza real. Estoy totalmente de acuerdo. Y ahora, ¿sería tan amable de obedecer esas órdenes?

Picton, vestido con una chistera y una chaqueta de civil que daban la impresión de haber sido desechadas por un granjero, obedeció. Su infantería marchó entre los desorganizados batallones holandeses y tomó posición justo al sur del camino a Nivelles. Más cerca de la encrucijada estaba el 92.º, un batallón de soldados de los Highlanders que llevaban faldas escocesas, calcetines largos a cuadros rojos y blancos y boinas escocesas con plumas negras junto a ellos había más tropas de las Highland el 42.º o Guardia Negra, que iban ataviados con los oscuros mantones de su traje escocés y penachos rojos y cuyos oficiales exhibían plumas de buitre en sus gorras y llevaban unos mortíferos sables. A su lado estaba el 44.º, el East Essex, unos tranquilos hombres del campo con casacas color escarlata forrado de amarillo, Los tres batallones eran veteranos, inmunes a los tambores y vítores franceses y que se contentaban con fumar en sus cortas pipas de arcilla mientras esperaban a ver qué les reportaría el día desde los crecidos campos de centeno.

Habían trasladado las baterías francesas desde Frasnés a las colinas que se alzaban por encima de Gemioncourt. En aquellos instantes sus artilleros realizaban los últimos ajustes a las manivelas de sus cañones mientras la infantería, que había ocupado el centro del campo de batalla sin apenas sufrir un rasguño, descansaba entre el centeno. Los franceses parecían no tener ninguna prisa, creyendo tal vez que la batalla por Quatre Bras ya estaba ganada. A menos de doce kilómetros al este había empezado otra batalla aun mayor, tal y como evidenciaba el repentino y abrumador estruendo de las salvas de cañón que atravesaban la campiña intermedia rodando y golpeando el suelo. El emperador había lanzado su ataque contra los prusianos.

Llegaron a Quatre Bras las primeras baterías de la artillería británica y se les ordenó que desengancharan los arzones de los cañones en la encrucijada. Casi inmediatamente los artilleros cayeron bajo el intenso fuego de mosquetes de los fusileros franceses que habían avanzado arrastrándose por el crecido centeno. Los *Voltigeurs* enemigos eran especialmente numerosos en la franja de prado que había entre la carretera y el bosque, donde los hombres de Saxe-Weimar mantenían su tenaz resistencia. Los regimientos de los Highlanders hicieron avanzar a sus compañías ligeras para rechazar el ataque de los franceses.

Sharpe también era un fusilero y observó el combate de las compañías ligeras con ojos de profesional. La tarea de los fusileros era bastante sencilla. Una línea de combate estaba formada por un montón de soldados muy cerca unos de otros que

podían disparar una mortífera carga de metal en descargas ordenadas, pero para desbaratar a esos soldados y mermar sus filas se mandaba a los fusileros como un enjambre de avispas que los agujoneara y los desconcertara. La mejor manera de derrotar a los fusileros era con más fusileros, enfrentándose los dos enjambres en un combate privado entre las líneas. Un combate que los británicos estaban acostumbrados a ganar contra los franceses, pero aquel día éstos parecían haber desplegado muchos más hombres de lo normal. Los soldados de los Highlanders realizaron un enérgico ataque pero fueron detenidos en el margen del campo por la pura carga del fuego de mosquete que humeaba y parpadeaba por entre el centeno.

—¡Hay miles de esos hijos de puta! —Harper nunca había visto una línea de escaramuza con un contingente tan abrumador.

—Creía que iba a mantenerse alejado de los problemas. —Sharpe tuvo que levantar la voz por encima del sonido del fuego francés.

—Sí.

—¡Entonces retroceda!

Había aun más fusileros franceses que avanzaban, de manera que a todo lo largo de la línea que formaba la división de Picton los casacas rojas iban cayendo y los sargentos habían iniciado su letanía de combate.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —Las compañías ligeras no tenían nada que hacer ante tal horda de fusileros enemigos.

En dos ocasiones hizo avanzar el duque a batallones enteros en línea para barrer a los *Voltigeurs* franceses, pero en cuanto el batallón británico volvía a ocupar su posición la escaramuza enemiga retrocedía arrastrándose y el humo de sus mosquetes volvía a surgir desde el margen del campo de centeno. Los restos del papel de los cartuchos habían provocado pequeños incendios en las secas cosechas. Las llamas crepitaban pálidamente bajo la intensa luz del sol, añadiendo aun más humo a la cada vez más densa nube creada por la pólvora.

La caballería llegó a la encrucijada. Bajaron por el camino de Nivelles con un alegre tintineo de las barbadadas. Los jinetes eran soldados belgas holandeses y de Brunswick. Estos últimos, con casacas de color negro, estaban al mando de su propio duque, que dirigió un ataque en la franja de campo situada al este de la carretera. Los fusileros franceses huyeron de los sables del duque de Brunswick como ratones que escaparan del azote de los gatos, pero entonces los jinetes de la calavera se encontraron con una brigada de la infantería francesa que estaba escondida entre la crecida mies al otro lado del arroyo. La brigada había formado cuadros y arremetieron contra los jinetes alemanes con descargas de mosquete, de manera que la caballería se arremolinó desordenadamente, hombres y caballos cayeron desplomados hasta que, frustrados y ensangrentados, se vieron obligados a batirse en retirada. Algunos galoparon hacia el bosque para salvaguardarse, otros se retiraron

hacia el cruce atravesando los campos de centeno. El duque de Brunswick estaba muerto.

El príncipe se había inspirado con el éxito de las tropas de Brunswick. Pasó al galope junto a Sharpe.

—¡Vamos, Sharpe! ¡Vamos! ¡Ésa es la manera de quitarlos de en medio!

—Quédese aquí —le advirtió Sharpe a Harper, y clavó sus talones para salir detrás del príncipe que estaba ordenando a su propia y recién llegada caballería en dos filas. Los soldados de Brunswick con sus casacas negras, algunos con los sables ensangrentados, reforzaron a los belgas holandeses que siguieron a su príncipe hacia la amplia extensión de campo donde los fusileros franceses seguían rociando a los casacas rojas con los disparos de sus mosquetes. El príncipe había desenvainado su sable con empuñadura de marfil que agitaba entonces por encima de la cabeza como señal para que las dos líneas se pusieran al trote.

Los caballos se adentraron en el centeno humeante. Los fusileros franceses, aterrorizados con toda la razón ante aquellas espadas curvas, huyeron precipitadamente y la infantería británica gritó entusiasmada cuando sus torturadores fueron expulsados.

Sharpe cabalgaba con Rebecque y los demás oficiales del estado mayor entre las dos filas de soldados holandeses, en tanto que el príncipe lo hacía a la cabeza de los jinetes. El príncipe estaba contento. ¡Aquello era la guerra! Los casacas rojas lo habían vitoreado, lo cual demostraba que se reconocía su heroísmo. Su caballo corveteaba con gracia y el sol se reflejaba en la bruñida hoja de su sable. Los fusileros franceses huían de él aterrorizados igual que la caza escapa del batidor, en un instante daría la orden de ir a todo galope y se imaginaba la emoción de penetrar en las líneas enemigas, dar sablazos a los artilleros y abalanzarse sobre el bagaje francés. Europa sabría que había surgido un nuevo poder militar: ¡William, príncipe de Orange!

Pero el enjambre de fusileros franceses se batía en retirada ante el príncipe. Unos cuantos se detuvieron para disparar a sus perseguidores pero no se aventuraron a quedarse mucho tiempo parados por temor a los sables, de modo que sus disparos al azar no causaron daños. Los franceses que huían atravesaron chapoteando el riachuelo y siguieron corriendo dejando atrás la granja Gemioncourt. Parecía que delante no había columnas francesas, sólo el tentador campo de centeno que ascendía hasta la poco elevada cima donde los artilleros franceses esperaban para ser atravesados por los sables del príncipe. El teniente Doggett, que cabalgaba al lado de Sharpe, desenvainó su espada nerviosamente.

—Nunca he luchado a caballo.

—Simplemente concéntrese en mantenerse sobre la silla e intente no rebanarle las orejas a su caballo.

—Sí, señor. —Doggett miró las orejas de su caballo de una forma harto especulativa.

—No golpee con la espada —Sharpe continuó su clase de última hora—, clávela. ¡Y no deje que su caballo se detenga! Si se queda quieto en medio de una refriega morirá.

—Sí, señor.

El príncipe no parecía tener miedo, cruzó el vado al trote y fue directo hacia los cañones franceses que se erguían silenciosos en el horizonte. Se preguntaba por qué no se le había ocurrido hacer que fabricaran una enorme bandera de seda naranja, una bandera que le siguiera en el campo de batalla para aterrorizar al enemigo. Se giró buscando a Rebecque con la intención de ordenar al jefe del estado mayor que mandara hacer una bandera como esa, pero lo que vio fue que toda la primera fila de sus jinetes se había detenido ignominiosamente en la otra orilla del arroyo.

—¡Vamos! —les gritó el príncipe—. ¡Síguenme!

No se movió ni un solo soldado o caballo y la segunda fila de jinetes se paró a unos pocos pasos por detrás de la primera.

El príncipe volvió a mirar al frente y vio que una brigada de la caballería ligera francesa había aparecido junto a los cañones enemigos. Los jinetes enemigos eran lanceros y húsares, vistosamente vestidos de verde, rojo escarlata y azul, estaban desplegados delante de los cañones formando sus dos propias líneas de ataque. Los portaestandartes franceses llevaban guiones mientras que cada uno de los lanceros tenía un pequeño banderín ahorquillado de color rojo y blanco sujeto justo debajo de la fina hoja de su arma. Las fuerzas del príncipe superaban en número a la caballería francesa, pero ésta seguía avanzando con airosa seguridad. Sería sable contra sable y sable contra lanza.

Los franceses se detuvieron a unos doscientos metros de la inmóvil caballería holandesa. Los lanceros formaban la fila frontal mientras que los húsares frenaron sus caballos a unos cincuenta pasos por detrás. Durante unos pocos segundos los dos contingentes de caballería se limitaron a mirarse los unos a los otros y entonces el príncipe alzó su pesado sable por encima de su cabeza.

—¡A la carga!

Lo gritó con una magnífica y alta voz. En ese mismo instante se adelantó y bajó la punta de su sable, pero entonces se dio cuenta de que sus hombres no se habían movido de la orilla del riachuelo. Los oficiales del estado mayor habían empezado a seguir al príncipe con diligencia, pero los jinetes belgas se habían quedado obstinadamente quietos.

—¡A la carga! —volvió a gritar el príncipe, pero de nuevo nadie se movió. Algunos oficiales trataron de instar a sus hombres a que avanzaran, pero los pocos que se vieron obligados a adelantarse enseguida se hicieron a un lado y volvieron a

detenerse.

—¡Maldita sea! —Sharpe desenvainó su espada y miró a Simon Doggett—. Dentro de unos segundos, teniente, esto va a convertirse en un condenado caos sangriento. Cuando empiece, cabalgue hacia la encrucijada como si le persiguiera el diablo. No mire atrás, no aminore la marcha y no intente jugar con los lanceros.

—Sí, señor.

Doggett echó un vistazo a izquierda y derecha pero los belgas no iban a acercarse a los franceses. Hacía tan sólo un año aquellos belgas habían formado parte del ejército francés y no querían matar a sus antiguos camaradas. Algunos jinetes belgas dieron la vuelta a sus caballos para demostrar que no estaban dispuestos a cargar.

Los caballos franceses resoplaban, sacudían la cabeza y pisoteaban el centeno. Los lanceros sostenían sus armas de más de dos metros de largo en posición vertical para que las banderas rojas y blancas crearan un magnífico espectáculo contra el cielo. Sharpe detestaba las lanzas. Lo habían capturado a punta de lanza en la India y todavía tenía la cicatriz en el pecho. Algunos soldados preferían el combate de lanzas contra sables aduciendo que una vez evadida la punta de la lanza, el lancero era fiambre, pero Sharpe nunca se había sentido cómodo al enfrentarse a las muy afiladas lanzas de hoja estrecha.

Entonces, con una amenaza deliberadamente lenta y sin que al parecer se hubiera dado ninguna orden, toda la primera fila de la caballería francesa bajó la punta de sus lanzas en posición de ataque.

La visión de las hojas que descendían fue suficiente para los jinetes belgas. Hicieron girar a sus caballos de un tirón, clavaron las espuelas y huyeron. Los oficiales de estado mayor trataron de que los jinetes más próximos volvieran a formar, pero fue inútil.

Sharpe tiró de la brida de Doggett para que su caballo diera la vuelta.

—¡Váyase de aquí! ¡Cabalgue!

El príncipe ya había escapado. Rebecque miraba fijamente al enemigo con los ojos hinchados y llorosos por la alergia. Se oyó una corneta francesa que sonó fuerte y burlona y que hizo que los lanceros empezaran su persecución.

—¡Vamos, Sharpe! —gritó Rebecque.

Sharpe ya había hecho girar a su caballo. Vio al príncipe más adelante, cabalgando con la cabeza baja. Espoleó su montura y oyó el estrépito de los caballos enemigos que iban detrás al galope. Los toques de trompeta enemigos llenaron el cielo de amenaza.

Fue una carrera. Los caballos franceses más veloces adelantaron rápidamente a los más lentos de los belgas. Se echaron atrás las lanzas y se arrojaron contra espaldas desprotegidas. Los hombres gritaban, arqueaban la columna y caían. Los cascos de los caballos levantaban grandes pedazos de tierra. Un holandés le dio una cuchillada

a ciegas a un lancero y, para su sorpresa, lo hizo caer de espaldas de la silla. Un caballo sangraba y cojeaba. Un soldado de Brunswick se cayó de la montura, se levantó apresuradamente y al momento lo atravesó el sable de un húsar. Los húsares estaban alcanzando entonces a los más lentos jinetes belgas holandeses y sus sables cortaban cuellos y dejaban costillas al descubierto. La sangre dejaba el centeno brillante y resbaladizo. Cientos de quebrantados jinetes holandeses se dirigían en tropel al norte hacia el cruce y el enemigo galopaba entre ellos gritando para que el pánico no dejara de bullir, matando y acuchillando cuando podían.

El duque de Wellington avanzó para detener la desbandada pero la caballería belga holandesa no le hizo caso y se separó al pasar por entre los miembros de su estado mayor en una avalancha de caballos sudorosos y soldados asustados. Los franceses subían a toda prisa por detrás y por los flancos.

—¡Retroceda, señor! —le gritó un oficial del estado mayor al duque, que no dejaba de gritar y maldecir a los belgas presas del pánico. Lo único que podía ver el duque era un caos de polvo, centeno en llamas, sangre y jinetes aterrados hasta que, nítido entre el despavorido remolino, de repente vio el brillante resplandor de las hojas de las lanzas y los cascos de los franceses. El duque dio la vuelta a su caballo y salió a toda prisa. No podía escapar por el camino puesto que estaba abarrotado de fugitivos, así que cabalgó directamente hacia las sólidas filas del 92.º. Tanto a su derecha como a su izquierda había franceses que trataban de cortar el paso al duque por delante. Dos lanceros iban detrás, espoleando a sus caballos hasta hacerles sangrar las ijadas en su intento por alcanzarlo. Copenhague, el caballo del duque que llevaba el nombre de una de sus primeras victorias, estiró el cuello. Los soldados de los Highlanders se hallaban de pie formando cuatro filas que esgrimían sus bayonetas. Ningún caballo cargaría contra una formación tan abarrotada como aquella, pero el duque gritaba a los escoceses:

—¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Cuatro filas de soldados se echaron al suelo. Copenhague se preparó, saltó y el duque pasó sin ningún percance por encima de los dieciséis hombres agachados.

—¡Fuego! —gritó un oficial de los Highlanders, y una descarga de mosquetes se precipitó sobre los perseguidores franceses. Los dos lanceros murieron al instante y sus caballos se debatían ensangrentados por el suelo casi a los pies de la primera fila—. ¡Carguen! —El oficial que gritaba las órdenes de disparar era uno de los soldados que habían bailado sobre las espadas cruzadas en el salón de baile de la duquesa la noche anterior—. ¡Fuego! —El rostro de un húsar desapareció envuelto en sangre al tiempo que su caballo herido retrocedía. Hombre y animal cayeron con un alarido cruzándose en el camino de un lancero que iba al galope. El caballo del lancero cayó con las piernas rotas mientras que su jinete quedó tumbado en el suelo ileso. La lanza, que se había clavado profundamente en el suelo, vibró—. ¡Fuego! —gritó el oficial

escocés.

Una mezcla de caballería francesa y belga holandesa galopaban hacia la línea de infantería. Los belgas, desesperados por ponerse a salvo, apretaban el paso por los espacios que quedaban entre los batallones y los jinetes franceses cabalgaban con ellos. De pronto los casacas rojas se dieron cuenta de que detrás de ellos había jinetes enemigos.

La Guardia Negra recibió órdenes de formar un cuadro. Las alas del batallón se curvaron hacia atrás y hacia el interior, pero los lanceros enemigos ya se hallaban tras la línea y se apresuraron a introducirse en los espacios entre las alas. Vieron los estandartes escoceses y arrojaron sus lanzas hacia los soldados que protegían las grandes banderas de seda. Dos oficiales escoceses se enfrentaron a ellos a caballo. Un lancero recibió el golpe de un tradicional *claymore* escocés y el cráneo se le partió hasta el cuello de la casaca. El coronel Macara les chillaba a sus flancos que se cerraran y, con pura fuerza bruta, los dos extremos de la fila se obligaron a moverse hacia el interior y formar un burdo cuadro. Una docena de lanceros enemigos quedaron atrapados dentro de la formación.

Uno de ellos arremetió contra el coronel, pero Macara apartó la lanza de un golpe y le embistió con su espada *claymore*.

—¡Sección, fuego! —gritó mientras su acero estaba aún matando al lancero. Otros lanceros fueron arrancados de sus sillas por vengativos soldados escoceses que los acuchillaron con las bayonetas. Fuera del cuadro los jinetes se desviaron para alejarse de las descargas de la sección mientras que en el interior del mismo los lanceros atrapados fueron víctimas de una carnicería. Los estandartes estaban a salvo y las gaitas no habían dejado de sonar en ningún momento.

El batallón vecino, el East Essex, permanecía alineado. Ellos, al igual que los escoceses, habían formado cuatro filas, pero su coronel sencillamente hizo dar la vuelta a su fila trasera y abrió fuego por delante y por detrás, matando a jinetes belgas holandeses y franceses indiscriminadamente. Un grupo de decididos soldados de la caballería francesa cabalgó a toda velocidad desde la retaguardia en un furioso intento por capturar el estandarte del batallón. Las lanzas atravesaron a dos sargentos británicos, un sable apartó a un casaca roja de una cuchillada y entonces un lancero clavó su larga hoja en el ojo del abanderado que llevaba el estandarte del regimiento. El abanderado Christie cayó, pero se aferró con todas sus fuerzas a la gran bandera de seda amarilla mientras se desplomaba. Dos húsares atacaron al postrado Christie inclinándose desde sus monturas para acuchillar al muchacho de dieciséis años con sus sables.

Los casacas rojas avanzaban como podían, pasando por encima de sus propios muertos y heridos. Un lancero trató de agarrar el estandarte con la punta de su arma pero Christie se asió a él con denuedo. Los dos húsares gruñeron mientras hendían en

él sus sables. Un disparo de mosquete mató a uno de los franceses, el otro esquivó una acometida de bayoneta y luego le propinó una última estocada a Christie.

Detonó otro mosquete y el húsar fue arrancado de su silla como un títere al que le tiraran de las cuerdas. Un puñado de oficiales con casaca roja y soldados se precipitó sobre el yacente Christie y alejó a los últimos enemigos. Un lancero había atravesado con su arma una esquina de la bandera y tiraba de ella para cercenar un pedazo de la seda amarilla, pero incluso ese trofeo se les negó a los franceses. Tres mosquetes hicieron fuego y el lancero cayó del caballo de espaldas.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos. Una estrepitosa descarga despejó un espacio al frente del batallón. La atmósfera estaba cargada del hediondo humo de la pólvora, apestaba con la fetidez de la sangre y el aire se llenaba con el fuerte ruido de los gritos de hombres y caballos. Un caballo sin jinete atravesó la línea de frente a un galope desenfrenado dejando un torrente de sangre a su paso. Un lancero que se alejaba a pie tambaleándose fue abatido por una bala de mosquete. Los jinetes franceses se daban la vuelta y se alejaban, tratando de escapar a las descargas de fusilería.

El abanderado Christie estaba vivo y todavía tenía el estandarte agarrado con fuerza contra su cuerpo, lacerado con más de veinte heridas de sable y lanza. Sus hombres hicieron una camilla con mantas y mosquetes y lo llevaron a los cirujanos que se habían instalado en el granero junto a la encrucijada. El estandarte, con su brillante seda amarilla rasgada por el acero y manchada con la sangre de Christie, se alzó de nuevo. La caballería francesa, como el reflujo de una marea de sangre, volvió a formar a unos cuatrocientos metros de distancia. La encrucijada había resistido.

Los soldados de la Guardia Negra arrastraron a los lanceros muertos fuera de su cuadro y amontonaron los cuerpos formando una especie de muralla para hacer tropezar a cualquier otro caballo que cargara contra ellos. Los soldados volvieron a cargar sus mosquetes. Los heridos retrocedían cojeando hacia los cirujanos. Un soldado cayó de rodillas, vomitó sangre y se desplomó.

Los franceses habían estado a punto de romper las líneas británicas. Algunos de los húsares y lanceros, que habían cabalgado hacia la retaguardia de los batallones de casacas rojas, habían galopado por la carretera que estaban intentando capturar y sólo se habían retirado atravesando los espacios entre los batallones porque no tenían suficientes jinetes para retener la vía temporalmente tomada. En aquellos momentos a los franceses les parecía que un esfuerzo más sin duda daría resultado y que la infantería de casacas rojas se desmoronaría igual que lo habían hecho los jinetes belgas holandeses. Atronaron las trompetas para anunciar ese segundo esfuerzo que, para asegurar el éxito, se había intensificado con ochocientos *Cuirassiers*: los *gros frères*, hermanos mayores, del ejército francés. Los coraceros llevaban peto de acero, casco y espaldar, y montaban los caballos más recios de toda la caballería francesa.

Un hermano mayor, con su armadura y su caballo, pesaba más de una tonelada. Los *gros frères*, en cuyas corazas de acero se reflejaba el sol como fuego plateado, iniciarían el segundo ataque y aplastarían a la infantería a fuerza de peso y terror.

La infantería estaba preparada para el ataque. Las descargas de mosquete retumbaron con humo y llamas y sus balas atravesaron limpiamente la chapa de la armadura. Los coraceros eran derribados y caían sobre el aplastado centeno mientras las descargas de mosquete se mantenían su ritmo asesino. Los caballos moribundos temblaban sobre la comprimida mies mientras los coraceros heridos se esforzaban por librarse de los cascos y armaduras antes de alejarse renqueando. Los lanceros y los húsares, al ver la masacre de los acorazados jinetes, no insistieron con su propio ataque.

—¡Alto el fuego! ¡Carguen! —les gritaban oficiales y sargentos a los cuadros británicos. Las bandas de los regimientos siguieron tocando mientras que en los cuadros los estandartes colgaban pesadamente en aquel aire húmedo y cargado de humo. La caballería enemiga, ensangrentada y vencida, se retiró al arroyo. Desde el este llegaba el sonido de cañonazos, lo cual significaba que los prusianos todavía disputaban su batalla.

Entonces, los fusileros franceses avanzaron a rastras y volvieron a abrir su fuego mortificante, y desde el otro lado de Gemioncourt los cañones de doce libras franceses empezaron a disparar contra las filas británicas. La caballería enemiga todavía estaba a la vista y no demasiado lejos, por lo que la infantería se vio obligada a permanecer en su formación de cuadro como objetivo principal para los pesados cañones franceses.

A la infantería le había llegado el momento de sufrir.

* * * *

Por las carreteras que llevaban a Quatre Bras desde el oeste y el norte, las apresuradas tropas británicas vieron el creciente dosel de humo y oyeron el incesante agujijoneo de la artillería pesada. Ya había carretas que viajaban de vuelta a Bruselas llevando a heridos que se quejaban en el calor de la tarde, mientras su sangre goteaba por las tablas del fondo y manchaba la blanca carretera de rojo. Otros soldados heridos se alejaban a pie de la batalla y se dirigían a sus antiguos campamentos tambaleándose bajo el sol. En Nivelles los vecinos se apiñaban en las puertas de sus casas, escuchaban el ruido de la batalla y miraban con los ojos muy abiertos a los soldados malheridos que pasaban cojeando por delante. Algunos soldados belgas ilesos divulgaron la noticia de que los británicos ya estaban vencidos y que el emperador se encontraba ya de camino a Bruselas.

Las nubes crecían al oeste, cada vez más arriba y más oscuras.

A menos de veinte kilómetros al norte de Quatre Bras, en el invernadero de una granja llamada Hougoumont que, a su vez, estaba cerca de la aldea de Waterloo, había algunos hombres atareados entresacando la cosecha de manzanas.

Arrancaban la fruta verde y la metían en cestos, asegurándose con ello de que las manzanas restantes crecieran hermosas y jugosas. La fruta descartada serviría de comida para los cerdos que vivían en el patio del castillo de Hougoumont.

Era un día caluroso y mientras los hombres trabajaban podían oír los percutores golpes de los cañones al sur. Desde lo alto de sus escaleras veían la creciente nube de sucio humo que se alzaba sobre el campo de batalla. Al verlo se rieron entre dientes, aliviados de que no les estuvieran disparando a ellos, de que no fueran sus casas las que ocupaban los soldados y de que no fueran sus tierras las que quedarán destrozadas al paso de la caballería.

Las ventanas del castillo estaban abiertas y unas cortinas blancas se agitaban en la suave brisa que aliviaba en ínfima medida el sofocante calor. Una mujer regordeta apareció en una de las ventanas del piso superior donde apoyó los brazos en el alféizar y se quedó mirando fijamente al extraño dosel cónico de humo que iba creciendo en el distante cielo del sur. Por la carretera principal que atravesaba el valle al este del castillo vio un torrente de soldados que marchaban hacia el sur. Iban vestidos de rojo, e incluso a esa distancia pudo darse cuenta de que iban a toda prisa.

—Mejor ellos que nosotros, ¿eh, señora? —le gritó uno de los que recolectaban manzanas.

—Mejor ellos que nosotros —asintió la mujer, y acto seguido se santiguó.

—Mañana vamos a tener lluvia —comentó uno de los hombres, pero los demás no le hicieron caso. Estaban demasiado ocupados seleccionando manzanas. Se suponía que al día siguiente, si no llovía, tenían que terminar la siega del heno al pie del valle y también había un rebaño de ovejas para esquilas, mientras que el día después, gracias a Dios, tendrían la jornada libre porque era domingo.

* * * *

Llegaron más tropas británicas a Quatre Bras, pero tuvieron que ser destinadas a los flancos en los que aumentaba la presión de los franceses. A Sharpe, tras haber escapado por los pelos delante de la caballería francesa, lo mandaron a través del bosque para que encontrara al príncipe Bernhard de Saxe-Weimar. El príncipe, un hombre adusto y fuerte, había mantenido su posición pero se le estaba terminando la munición, y a sus hombres los estaban matando los siempre presentes fusileros. Mandaron a la recién llegada infantería británica para apoyarles, mientras que se enviaron aun más casacas rojas para ayudar a los fusileros del flanco izquierdo que también eran víctimas de un fuerte ataque por parte de una brigada de la infantería

francesa.

—¿Por qué no nos atacan por el centro con la infantería? —le preguntó Doggett a Sharpe, que se había vuelto a reunir con Harper detrás del cruce.

—Porque están al mando de un soldado de caballería. —Un prisionero húsar había revelado que era el mariscal Ney quien dirigía a las tropas en Quatre Bras. A Ney lo llamaban «el más valiente de los valientes», un soldado de caballería pelirrojo que hubiera atravesado los abismos del infierno sin rechistar, pero que todavía tenía que lanzar un ataque de infantería contra los maltrechos defensores de la encrucijada.

—Tiene que entender algo sobre los soldados de caballería, señor Doggett —explicó Harper—. Tienen muy buen aspecto, así es, y por regla general se llevan todo el mérito de cualquier victoria, pero el único cerebro que tienen es el que está dentro de las cabezas de sus caballos.

Doggett se sonrojó.

—Yo quería ser un soldado de caballería, pero mi padre se empeñó en que me uniera a la Guardia Real.

—No se preocupe —dijo Harper alegremente—, los miembros de la Guardia tampoco son nuestros muchachos más brillantes. Que Dios salve a Irlanda, pero mire a esos pobres chicos.

Los pobres chicos eran los soldados de los Highlanders que había al otro lado del cruce y que lo único que podían hacer era quedarse quietos y ser masacrados por los cañones franceses. Estaban formados en cuadro, lo que hacía de ellos un objetivo aun más tentador para los artilleros franceses, y no se atrevían a romper las formaciones por miedo a la caballería francesa que los vigilaba como si fueran halcones. Los escoceses no podían hacer otra cosa que quedarse allí parados mientras las descargas caían sobre sus filas y cada disparo que daba en el blanco mataba a dos o tres soldados, a veces más. En una ocasión Harper vio caer una descarga en una de las caras laterales del cuadro que abatió a diez hombres convirtiéndolos en una única mancha sangrienta. La artillería británica situada en el cruce se estaba reservando para cualquier ataque de la infantería francesa, aunque de vez en cuando algún cañón intentaba hacer blanco en uno francés. Aquel fuego de contraataque a las baterías fue inútil en casi todas las ocasiones, pero como el sufrimiento de la infantería se prolongaba, el duque dio órdenes más simples para ayudar a mantener la moral de los casacas rojas.

—¿Por qué no hacemos algo? —preguntó Doggett en tono lastimero.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Harper—. Los malditos belgas no combatirán, por lo que no disponemos de caballería. A eso se le llama ser un soldado de infantería, señor Doggett. Su trabajo es quedarse aquí para que lo maten salvajemente.

—¿Patrick? —Sharpe había estado mirando fijamente hacia el camino de Nivelles

—. ¿Ve usted lo mismo que yo?

Harper se giró en su silla.

—¡Diablos, señor, tiene razón! —Llegaba otra brigada de la infantería británica y entre sus tropas estaba el Voluntarios del Príncipe de Gales. Sharpe y Harper se dirigieron rápidamente hacia su antiguo batallón.

Sharpe detuvo su caballo junto al camino y se quitó el sombrero cuando la compañía que iba a la cabeza llegó a su lado. Era su antigua compañía, la ligera, al mando de Peter D'Alembord. Los soldados tenían el rostro blanco a causa del polvo que los cubría y en el que las gotas de sudor habían dejado oscuras estelas. Daniel Hagman soltó una aclamación cuando Sharpe les lanzó una cantimplora llena de agua. D'Alembord, con sus pantalones de baile manchados de la cera con la que se había lustrado su silla de montar, se detuvo junto a los dos fusileros y miró con desconfianza hacia la nube de humo que demarcaba el campo de batalla.

—¿Cómo va?

—Es un trabajo duro, Peter —admitió Sharpe.

—¿Boney está aquí? —Era la misma pregunta que habían formulado casi todos los oficiales recién llegados, como si la presencia del emperador fuera a dignificar la muerte y desmembración de la jornada.

—No que nosotros sepamos. —Sharpe vio que su respuesta decepcionaba a D'Alembord.

La brigada hizo un alto mientras sir Colin Halkett, su comandante, averiguaba dónde necesitaban a sus cuatro batallones. El teniente coronel Ford y sus dos comandantes, Vine y Micklewhite, condujeron a sus caballos al paso por el camino hasta que se acercaron al lugar donde Sharpe, D'Alembord y Harper charlaban. Ford, que miraba con ojos de miope el humo de los cañones, se dio cuenta demasiado tarde de que se encontraba cerca de Sharpe, cuya presencia lo hacía sentir muy incómodo e inepto, pero mantuvo la compostura en aquel encuentro casual.

—Suenan muy enérgico, Sharpe, ¿no es cierto?

—Es un trabajo duro de verdad, Ford —dijo Sharpe suavemente.

Nadie parecía ser capaz de encontrar algo más que decir. Ford sonrió con una benevolencia generalizada que creyó adecuada para un coronel, mientras que el comandante Vine miraba con el ceño fruncido a los soldados del Voluntarios del Príncipe de Gales que se habían dejado caer al borde del camino, y el comandante Micklewhite fingía estar embelesado con el dibujo esmaltado de la tapa de su caja de rapé. Una repentina explosión sonó con la fuerza suficiente para penetrar en los oídos medio sordos del comandante Vine, que se dio la vuelta para encontrarse con que el armón de un cañón británico, abarrotado de munición preparada, había sido alcanzado por un proyectil francés y en esos instantes arrojaba una densa madeja de humo y llamas hacia el cielo.

El coronel Ford se había sobresaltado con la súbita violencia de la explosión y miraba a través de sus gafas de gruesos cristales el resto del campo de batalla, que aparecía como una amenazadora mancha borrosa de grano pisoteado, sangre, humo y la prominencia de los cuerpos de los muertos. Las balas de cañón abrían surcos en la mezcla acuosa de centeno y tierra y escupían goterones de barro antes de rebotar en las ensangrentadas líneas de los soldados de los Highlanders.

—¡Dios mío! —dijo Ford con bastante más sentimiento del que había querido expresar.

—Tengan cuidado con sus fusileros —aconsejó Sharpe con sequedad—. Parecen tener más cabrones de lo habitual en sus líneas.

—¿Más? —El tono de voz de Ford puso de manifiesto el miedo que tenía de conducir a su batallón hacia el infierno que había al otro lado de la encrucijada.

—Tal vez le gustaría pensar en desplegar una compañía como fusileros —Sharpe, muy consciente de la incertidumbre de Ford, ofreció aquel consejo de la manera más convincente que pudo sin parecer condescendiente—, pero advierta a los muchachos que se anden con cuidado con la caballería. Nunca están muy lejos. —Sharpe señaló hacia el otro lado de la carretera donde el arroyo alimentaba un pequeño lado detrás de la granja Gemioncourt—. Hay una ondulación del terreno allí que está plagada de esos malditos hijos de puta.

—Ya veo, ya veo. —Ford se quitó las gafas, las limpió con el extremo adornado con borlas de su fajín y volvió a colocar las patillas en su sitio. Miró a través del cristal recién limpiado pero no vio ni una ondulación del terreno ni caballería alguna. Se preguntó si Sharpe no estaría tratando de asustarlo deliberadamente y así pues, para demostrar que estaba totalmente a la altura de la perspectiva de combatir, Ford irguió los hombros, hizo a su caballo y se alejó. Vine y Micklewhite, como obedientes sabuesos, siguieron a su coronel.

—No va a hacer ni pizca de caso —suspiró D'Alembord.

—Entonces esté usted atento a la caballería, Peter. Hoy tienen un cierto humor de perros. Hay cerca de tres mil de esos cabrones: húsares, lanceros y los de la pesada.

—Me levanta el ánimo, Sharpe, ya lo creo. —Supersticiosamente D'Alembord se llevó la mano al bolsillo superior que estaba repleto de cartas de su prometida—. ¿Ha recibido ya el pagaré de ese maldito?

Sharpe tardó un segundo o dos en darse cuenta de que D'Alembord se estaba refiriendo a lord John Rossendale. Sacudió la cabeza en señal de negación.

—Todavía no.

—¡Por Dios! ¿Supongo que eso significa que tendremos que concertar un duelo por la mañana?

—No. Encontraré a ese hijo de puta y le cortaré las pelotas.

—¡Ah, espléndido! —exclamó D'Alembord con fingida seriedad—. Eso debería

satisfacer el honor de todo el mundo.

Al batallón se le comunicaron las órdenes. La brigada recién llegada tenía que tomar posiciones en la franja de campo situado frente al bosque de Saxe-Weimar, desde donde su fuego de mosquete podría pasarse por el flanco de cualquier ataque francés proveniente del camino. Los miembros del estado mayor de sir Thomas Picton trajeron las órdenes que hacían hincapié en que los cuatro batallones tenían que formar en cuadro en el centeno.

Sharpe estrechó la mano a D'Alembord.

—¡Tenga cuidado con esos fusileros, Peter! —Saludó entonces con la mano al capitán Harry Price que en otro tiempo había sido su teniente—. ¡Es una tarea peligrosa, Harry!

—Estoy pensando en renunciar, señor. —Harry Price, demasiado pobre para ser dueño de un caballo, estaba sudando a causa del esfuerzo de su largo día de marcha—. Mi padre siempre quiso que me ordenara sacerdote y estoy empezando a pensar que rechacé sus ideas demasiado pronto. ¡Santo Dios, pero si es el señor Harper!

—Harper sonrió abiertamente.

—Me alegro de verle, señor Price.

—Creía que el ejército lo había dado de baja.

—Lo hizo.

—¡Está más loco que una cabra! ¿Qué está haciendo aquí? —Harry Price estaba realmente perplejo—. ¡Lo podrían herir, maldito idiota!

—Me mantengo bien alejado de cualquier problema, eso es lo que hago.

Price sacudió la cabeza ante la insensatez de Harper y luego tuvo que irse apresuradamente cuando el batallón recibió órdenes de adentrarse en el bosque. Las compañías atravesaron la arboleda en fila y salieron así al campo de centeno iluminado por el sol, donde, al igual que los otros tres batallones de la brigada de Halkett, formaron en cuadro.

Sharpe y Harper llevaron sus caballos al paso de vuelta al cruce donde el príncipe de Orange jugueteaba con la empuñadura de marfil de su sable. Estaba frustrado por los contratiempos del día. Había visto a su infantería arrugarse al primer ataque francés y luego observó como su caballería huía ante el descenso de una punta de lanza, pero él echaba la culpa de la falta de éxito del día a todo el mundo menos a sí mismo o a sus compatriotas.

—¡Mire a esos soldados, por ejemplo! —Señaló en dirección a los cuatro batallones de la brigada de Halkett que acababan de formar sus cuadros en el flanco del bosque—. ¡Es una tontería formar a esos hombres en cuadro! ¡Una tontería! —El príncipe se giró de mal talante, buscando a un oficial del estado mayor británico—. ¡Sharpe! ¡Explíquemelo usted! ¿Por qué están en cuadro esos soldados?

—Demasiada caballería, señor —explicó Sharpe con delicadeza.

—¡No veo ninguna caballería! —el príncipe miró hacia el campo de batalla envuelto en humo—. ¿Dónde está la caballería?

—Allí, señor. —Sharpe señaló al otro lado del campo—. Hay un lago a la izquierda de la granja y están allí escondidos. Probablemente hayan desmontado, por lo que no podemos verlos, pero están allí, seguro.

—Son imaginaciones tuyas. —Después de perder a su caballería belga, al príncipe no se le había dado otra cosa que hacer y se sentía ofendido. El duque de Wellington no le hacía ni caso y con ello el príncipe se vio reducido a la categoría de un honrado espectador. ¡Pues bueno, al carajo! ¡No se podía obtener la gloria limitándose a observar una batalla detrás de una encrucijada! Volvió la mirada hacia la brigada recién desplegada que permanecía formada con sus cuatro batallones en cuadros—. ¿Qué brigada es ésta? —le preguntó a su estado mayor.

Rebecque le arqueó una ceja a Sharpe y éste respondió:

—La quinta brigada, señor.

—¿Quiere decir la de Halkett? —el príncipe miró a Sharpe con el ceño fruncido.

—Sí, señor.

—Pertenece a mi cuerpo, ¿no es verdad? —preguntó el príncipe.

Se hizo un breve silencio y luego Rebecque asintió.

—En efecto, señor.

El rostro del príncipe denotó indignación.

—En ese caso, ¿por qué no se me consultó sobre su posición?

Nadie quería contestar, al menos no con la verdad, que era que el duque de Wellington no confiaba en el criterio del príncipe. Rebecque se limitó a encogerse de hombros al tiempo que Sharpe miraba fijamente el humo de los cañones franceses. Harry Webster, al otro lado de Rebecque, miró su reloj mientras que Simon Doggett hizo retroceder despacio a su caballo hasta que abandonó el grupo de incómodos oficiales de estado mayor y estuvo junto al caballo de Harper. El príncipe desenfundó unos centímetros su sable y lo volvió a hundir en su vaina.

—¡Nadie da órdenes a mis brigadas sin mi permiso!

—Cuando yo estaba en las tropas, señor Doggett, teníamos una manera de ocuparnos de jóvenes caballeros como su alteza real —dijo Harper en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Les pegábamos un tiro a esos cabrones —Harper sonrió alegremente.

Doggett se quedó mirando fijamente aquel estropeado y simpático rostro.

—¿Ah, sí?

—Sobre todo a los cabrones como él —Harper señaló al príncipe con un desdeñoso movimiento de cabeza—. No es más que una media de seda llena de mierda.

Doggett miró horrorizado a Harper. El sentido del decoro de Doggett, así como su

respeto nato por la realeza, fue ultrajado por las palabras del irlandés.

—¡No puede decir esas cosas! —espetó—. ¡Es un miembro de la realeza!

—Una media de seda llena de mierda con una corona, entonces. —A Harper lo dejó completamente impasible la indignación de Doggett—. Y si ese cabrón no se anda con cuidado, el señor Sharpe echará sus tripas a los cerdos. No sería la primera vez que lo hace.

—¿Matar a alguien? —Doggett soltó la pregunta con brusquedad.

Harper volvió una mirada inocente al teniente de la Guardia.

—Sé a ciencia cierta que ha librado al mundo de algunos malos oficiales. ¡Todos lo hemos hecho! ¡No se escandalice, señor Doggett! ¡Ocurre todo el tiempo!

—¡No puedo creerlo! —protestó Doggett, pero lo hizo demasiado alto, puesto que el sonido de su voz hizo que el príncipe se girara en su silla con irritación.

—¿Hay algo que lo ofende, señor Doggett?

—No, señor.

—Entonces vuelva aquí, al lugar que le corresponde.

El príncipe volvió a mirar a los cuatro batallones de la brigada de Halkett que eran una comezón para su herido amor propio. Más cerca de la encrucijada, justo enfrente de los soldados de los Highlanders situados al otro lado de la carretera, había un batallón de hombres de Lincolnshire, el 69.º, que le eran desconocidos a Sharpe. No habían combatido en España, en cambio habían formado parte de la desastrosa expedición que no había logrado liberar a los Países Bajos al final de la última guerra. Delante de ellos estaba el 30.º, los Tres Dieces, un batallón de Cambridgeshire que, al igual que el 33.º que era el siguiente en la línea, también tomó parte en el desastre holandés. Más al sur estaba el Voluntarios del Príncipe de Gales, los únicos veteranos de la campaña española en la brigada.

—Así pues, ¿quién les ordenó que formaran en cuadro? —inquirió el príncipe enfurruñado.

Nadie lo sabía, así que se mandó a Harry Webster para que averiguara la respuesta y regresó al cabo de diez minutos para decir que sir Thomas Picton había desplegado la brigada.

—¡Pero si no pertenecen a la división de Picton! —el resentimiento del príncipe se había convertido en verdadera ira que sonrojó su rostro cetrino.

—No, señor, en efecto —dijo Rebecque con delicadeza—, pero...

—¡Nada de peros, Rebecque! ¡Nada de malditos peros! ¡Esos soldados pertenecen a mi cuerpo! ¡Al mío! ¡Yo no doy órdenes a las brigadas de la división de sir Thomas Picton ni espero que él interfiera en mi cuerpo! ¡Sharpe! Salude de mi parte a sir Colin Halkett y ordénele que despliegue a su brigada en línea. Su tarea es abrir fuego, no encogerse de miedo como colegiales ante una caballería inexistente. —El príncipe había sacado una hoja de papel de su alforja y garabateaba la orden a

lápiz.

—Pero la caballería... —empezó a protestar Sharpe.

—¿Qué caballería? —El príncipe, con grandes aspavientos, fingió recorrer con la mirada el campo de batalla—. No hay caballería.

—En aquella zona que no se ve...

—¿Tiene miedo de jinetes ocultos a la izquierda? ¡Pero si esta brigada está a la derecha! Tenga, coja esto —le lanzó la orden escrita a Sharpe.

—No, señor —dijo Sharpe.

Los protuberantes ojos se giraron para clavar en Sharpe su asombrada mirada. Rebecque advirtió al fusilero entre dientes mientras los demás oficiales del estado mayor contenían el aliento. El príncipe se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué ha dicho, Sharpe? —su voz destilaba horror y repugnancia.

—No voy a aceptar esa orden, señor. Va a matar a todos y cada uno de los soldados de esa brigada si se empeña en ello.

Por un segundo, el príncipe tembló de cólera.

—¿Se niega a obedecer una orden?

—Me niego a aceptar esa orden, señor, sí.

—¡Rebecque! Suspenda de servicio al coronel Sharpe. Haga que envíen esta orden inmediatamente.

—Usted no puede... —empezó a decir Sharpe, pero Rebecque asió su caballo de la brida y tiró de él para llevarlo fuera del alcance del príncipe—. ¡Por el amor de Dios, Rebecque! —protestó Sharpe.

—¡Está en su derecho! —insistió Rebecque—. Escuche, mañana ya se le habrá olvidado. Discúlpese con él esta noche y no lo suspenderá. Tiene buen corazón.

—Me importa un bledo su corazón, Rebecque. ¡Son esos hombres los que me preocupan!

—¡Rebecque! —el príncipe se volvió irritado en su silla—. ¡Ha salido ya esa orden!

—De inmediato, señor. —Rebecque se encogió de hombros ante Sharpe y luego se dio la vuelta y se alejó en busca de otro oficial que llevara el mandato del príncipe.

La orden se envió. Sir Colin Halkett cabalgó hasta el puesto de mando del príncipe para protestar con vehemencia contra esa orden. Pero el príncipe no iba a retractarse. Insistió en que no había peligro de ataque por parte de la caballería francesa y que, al desplegarse en cuadro, la brigada sacrificaba tres cuartos de su potencia de fuego que podrían ser necesarias para barrer el flanco de un ataque de la infantería enemiga.

—¡No debemos ser cautos! —el príncipe sermoneó al experimentado sir Colin—. ¡Con cautela no se ganarán las batallas! Sólo con audacia. ¡Formará usted en línea! ¡Insisto en que forme en línea!

Sir Colin se alejó tristemente a caballo, en tanto que Sharpe, a quien el cacareo del príncipe provocó hasta no poder más, se adelantó.

—Señor —le dijo al príncipe.

El príncipe no le hizo caso. En cambio miró a Winckler, uno de sus ayudas de campo holandeses, y, hablando intencionadamente en inglés, dijo:

—No entiendo por qué el duque llamaba a sus soldados la escoria de la sociedad, Winckler. Creo que tendría que haberse referido a sus oficiales, ¿no cree usted?

—Sí, señor. —Winckler, un hombre adulator, sonrió.

Sharpe no hizo caso de la provocación.

—Permiso para reunirme con mi antiguo batallón, señor.

El príncipe asintió con un movimiento de la cabeza de lo más seco e imperceptible.

Sharpe dio la vuelta a su caballo y le hincó las espuelas para alejarse al galope. Oyó un fuerte ruido de cascos detrás de él que lo hizo volverse en la silla.

—Creía que le había prometido a Isabel que se mantendría alejado de los problemas.

—Todavía no hay ningún problema —dijo Harper—. Cuando lo haya, saldré pitando, pero mientras tanto iré en su compañía.

Harper siguió a Sharpe y bajaron por la pendiente hasta la carretera de Nivelles, donde Sharpe montó en cólera.

—¡Hijo de puta! ¡Vaya un cretino cabrón holandés de mente sucia! Me gustaría meterle la maldita y asquerosa corona en su regio culo. —En lugar de eso, Sharpe se quitó de mala manera el sombrero tricornio y arrancó de su copa la escarapela negra, dorada y escarlata de los Países Bajos. Arrojó el pedazo de seda a un ortigal—. ¡Cabrón!

Harper se rió.

Subieron con dificultad por la pendiente y se adentraron en el pisoteado campo de centeno. A su derecha los árboles tenían un denso follaje, aunque aquí y allá una rama astillada mostraba el lugar donde una bala de cañón o una granada había golpeado alto. No había muchos desperdicios en esa parte del campo: simplemente los cuerpos de dos *Voltigeurs*, caballos muertos diseminados por ahí y un peto de coracero desechado e intacto que Harper, desmontando el caballo, recuperó.

—Esto es útil —dijo mientras ataba el bruñido pedazo de armadura a la correa de una de las alforjas.

Sharpe no respondió. En lugar de eso, observó cómo el estado mayor de la brigada de Halkett ordenaba a los cuatro batallones que rompieran la formación en cuadros y formaran en línea. Las bandas del regimiento tocaban detrás de la brigada. Sharpe saludó los estandartes del 69.º, el 30.º y el 33.º. Le tenía un cariño especial al 33.º, el regimiento de Yorkshire, al que se había unido cuando era un joven huraño

veintidós años antes. Se preguntó si sus reclutadores seguirían llevando galletas de avena ensartadas en una espada, el curioso símbolo que él había visto cuando el sargento Hakeswill había expuesto las ventajas de la vida militar a un Sharpe de dieciséis años. Hakeswill había muerto hacía tiempo, al igual que casi todos los demás soldados que Sharpe recordaba del batallón, a excepción del teniente coronel que comandaba el 33.º cuando Sharpe se unió a él y que entonces era su excelencia el duque de Wellington.

Los seiscientos hombres del Voluntarios del Príncipe de Gales se habían desplegado en el extremo sur, como mínimo a unos ochocientos metros de distancia de la encrucijada. Los fusileros de Peter D'Alembord se encontraban a unos cincuenta metros frente al batallón y lo estaban pasando bastante mal con los más numerosos *Voltigeurs*. Al parecer, Ford no había seguido el consejo de Sharpe de mandar a un mayor número de fusileros, sino que dejaba que los soldados de D'Alembord se las arreglaran lo mejor que pudieran. Sharpe, que no quería interferir en los asuntos de Ford, frenó su caballo a unos treinta metros por detrás del batallón, cerca de la línea de árboles donde la banda del batallón tocaba. El señor Little, el rechoncho director de la banda, primero saludó a Sharpe con una jovial sonrisa y luego con una alegre y rápida interpretación de *Over the Hills and Far Away*, la marcha de los fusileros. El coronel Ford, que justo había terminado de alinear su recién formada línea, se volvió al cambiar la música. Parpadeó sorprendido al ver a los dos fusileros, se quitó nerviosamente las gafas y limpió sus redondas lentes con su fajín rojo.

—¿Viene a vernos combatir, Sharpe?

—He venido a verlos morir. —Pero Sharpe lo dijo en voz demasiado baja para que lo oyera alguien más que no fuera Harper—. ¿Puedo sugerirle que forme en cuadro? —dijo en un tono más alto.

Ford estaba claramente confundido. Le acababan de ordenar que formara el batallón en línea, ¿y ahora le pedían que volviera a formar un cuadro? Volvió a ponerse las gafas y miró a Sharpe con el ceño fruncido.

—¿Es una orden de la brigada?

Sharpe vaciló, estuvo tentado de decir la mentira pero no tenía ninguna autorización escrita que demostrara esa orden, así pues lo negó con la cabeza.

—Sólo es una sugerencia.

—Creo que nos las arreglaremos perfectamente bien siguiendo las órdenes, señor Sharpe.

—A la mierda usted también —de nuevo Sharpe lo dijo en voz demasiado baja para que lo oyera otro que no fuera Harper.

Los miembros de la banda del señor Little siguieron tocando alegremente, mientras que el coronel Ford ocupaba su lugar detrás del estandarte del batallón y

Sharpe desenvainaba poco a poco su larga espada que apoyó en la perilla de su montura.

El príncipe, que aguardaba tras la línea de artillería en la encrucijada, tuvo la sensación de que al fin empezaba a imponer su juvenil talento en la batalla.

En la poco elevada cima del sur que se alzaba sobre Gemioncourt, un explorador de la caballería francesa observaba con incredulidad la larga y expuesta línea de soldados de infantería que se habían emplazado frente al bosque. Estuvo observando un largo rato tratando de encontrar la trampa implícita en la formación, pero no vio ninguna. Sólo vio a soldados alineados para la matanza, por lo que dio la vuelta a su caballo y se fue galopando hacia aquella zona de terreno que desde allí quedaba oculta.

Mientras tanto, Sharpe y Harper, junto con dos mil doscientos soldados de la quinta brigada de Halkett, se limitaron a esperar.

CAPÍTULO 9

En Bruselas los disparos de los cañones sonaban como truenos muy lejanos, a veces se debilitaban hasta convertirse en un ruido sordo apenas perceptible, pero en otras ocasiones un capricho del viento los henchía, de manera que se podían distinguir las bien diferenciadas sacudidas de cada uno de los cañones al disparar. Lucille, preocupada por aquel sonido, sacó a pasear a *Nosey* hasta las murallas del sur, donde se unió a la multitud que escuchaba el distante ruido y hacía conjeturas sobre lo que podía significar. Casi todos preveían la llegada de Napoleón al anochecer, un desfile a la luz de las antorchas y baile. El Imperio se restauraría y estaría a salvo, puesto que los austríacos y los rusos no irían a atreverse a lanzar un ataque contra Francia cuando Gran Bretaña y Prusia habían sido derrotadas, ¿no?

Las primeras noticias desde el campo de batalla proporcionaron fundamento a aquellas esperanzas imperiales.

Unos soldados de caballería belgas, con los caballos sudorosos y exhaustos, llegaron con historias sobre una aplastante victoria francesa. Más que una batalla había sido una masacre, dijeron los soldados. Los cadáveres de los británicos estaban desparramados por todo el paisaje, habían matado a Wellington y las tropas del emperador avanzaban entonces hacia Bruselas con los tambores redoblando y las águilas enarboladas.

Lucille observó que los cañones seguían disparando, lo cual parecía poner en duda las afirmaciones de los belgas sobre la victoria, aunque algunos de los cientos de civiles ingleses que todavía se encontraban en Bruselas estaban más dispuestos a dar crédito a la noticia. Ordenaron a sus criados que cargaran los arcones y baúles de viaje en los carruajes que habían estado preparados desde el amanecer. Los carruajes salieron volando de la ciudad por la carretera de Gante; sus pasajeros rezaban para llegar a los puertos del canal antes de que los victoriosos y carroñeros jinetes del emperador cortaran los caminos. Otros ingleses, más cautos, aguardaron la llegada de información oficial.

Lucille, que no quería escapar con su pequeño hacia un futuro incierto, caminó junto a una de las primeras carretas de heridos que llegaron a la ciudad. Un sargento de la infantería británica con el rostro vendado y un brazo entablillado de manera rudimentaria le dijo que la batalla no se había perdido cuando él había abandonado *Quatre Bras*.

—Era una tarea difícil, señora, pero no estaba perdida. Y mientras el entrometido viva no se perderá.

Lucille regresó con su hijo. Cerró la ventana con la esperanza de que el cristal amortiguara el ruido de los cañones, pero siguió resonando, insistente y amenazador. Al oeste las nubes tormentosas se amontonaban en una masa lóbrega que proyectaba

una sombra anormalmente oscura sobre la ciudad.

A cinco calles de distancia de donde se encontraba Lucille, en el caro conjunto de habitaciones que tan a conciencia habían sido fumigadas, Jane Sharpe vomitó.

Después, respirando con dificultad a causa de las náuseas que se apoderaban de su estómago, se dirigió a la ventana, apoyó la frente en el frío cristal y se quedó mirando la enorme masa de nubes que oscurecía el cielo del oeste. Por debajo de ella, en el patio del hotel, un mozo de cuadra silbaba mientras acarrea dos cubos de agua de la bomba. Una bandada de palomas describió un círculo y a continuación se posaron aleteando en el tejado del establo. Jane no era consciente de nada de eso, ni siquiera del discordante y percutor retumbar del fuego de los cañones. Cerró los ojos, inspiró profundamente pero con indecisión y dejó escapar un quejido.

Estaba embarazada.

Lo había sospechado mucho antes de que ella y lord John abandonaran Inglaterra, pero entonces estaba segura. Tenía los pechos doloridos y el estómago descompuesto. Contó los meses con los dedos y calculó que tendría un hijo en enero, un bastardo de invierno. Maldijo en voz baja.

Se alejó de la ventana y se dirigió al tocador en el que todavía estaban las velas de la noche anterior sobre sus charcos de cera fría. Seguía teniendo náuseas. Le picaba la piel a causa del sudor. Detestaba la idea de estar embarazada, de estar voluminosa, torpe y gorda. Llamó a su doncella, se sentó pesadamente y se quedó mirando al espejo.

—¿Ha regresado Harris? —le preguntó Jane a la doncella.

—Sí, señora.

—Dígale que necesitaré que haga llegar un mensaje a su señoría.

—Sí, señora.

Jane despidió a la doncella con un gesto de la mano y se acercó una gruesa hoja de cremoso papel de carta. Mojó la pluma en la tinta, se quedó sentada unos momentos pensando y luego empezó a escribir.

Los cañones seguían disparando.

* * * *

Llegaron más tropas a Quatre Bras, tropas que habían marchado hasta que sus pies llenos de ampollas les martirizaron, que entonces tenían que sumirse directamente en la espesa atmósfera de humo en medio de la cual el duque, unidad a unidad, preparaba las fuerzas que contraatacarían a los franceses y los harían retroceder hasta Frasnes. Más y más cañones británicos se desviaban de la carretera con estrépito y ruido metálico hacia los aplastados tallos de centeno. Las llamas ardían entre las mieses detrás de los fusileros franceses al tiempo que los proyectiles de los obuses

británicos hacían explosión. La batalla todavía no estaba ganada, pero el duque empezaba a sentirse como un hombre que había escapado de la derrota. Sabía que su división de la Guardia Real estaba cerca e incluso corría el rumor de que la caballería británica llegara a la encrucijada antes de anochecer.

Un suave viento del oeste agitaba el denso humo. Los fusileros británicos, con el refuerzo de los recién llegados batallones de infantería ligera, estaban empezando a atemperar el fuego de los *Voltigeurs*. La artillería francesa seguía cobrándose graves víctimas entre la infantería situada junto al cruce, pero ahora el duque podría reemplazar a los hombres que caían abatidos. Si Blücher resistía frente al emperador, y al mariscal Ney lo hacían retroceder de Quatre Bras, entonces por la mañana los ejércitos prusiano y británico se integrarían en uno y Napoleón habría perdido.

El duque abrió la tapa de su reloj. Eran las cinco y media de una tarde de verano. El campo de batalla se estaba oscureciendo, ensombrecido por las enormes nubes del oeste y envuelto en su cortina de humo, pero aún había luz de sobra para el contraataque del duque.

—¿Hay noticias de la Guardia? —le preguntó a un ayuda de campo.

Al parecer la Guardia Real estaba retenida por el príncipe de Orange quien, a medida que iba llegando una y otra compañía de las tropas de elite, las enviaba al norte por el enorme bosque para que sirvieran de refuerzo a los soldados de Saxe-Weimar. El duque, mascullando que el príncipe era un condenado mocoso al que deberían mandar de vuelta a la habitación de los niños, ordenó que la Guardia no quedara dispersada en grupos tan pequeños, sino que estuviera preparada para recibir sus órdenes.

—¡Su excelencia! —exclamó un edecán como advertencia—. ¡Caballería enemiga!

El duque se dio la vuelta y dirigió la mirada hacia el sur. A través del humo vio una mole de caballería francesa que subía galopando desde la zona que quedaba oculta y cruzaba el campo en diagonal. Se encontraban a unos ochocientos metros de distancia y bien desplegados en cuatro largas líneas. Su laxa formación no hacía de ellos un buen objetivo para la artillería, pero los artilleros británicos cargaron con proyectiles corrientes e hicieron lo que pudieron. Las explosiones derribaron a unos cuantos soldados y caballos, pero la extensa masa de caballería francesa trotaba a salvo entre los estallidos de humo y llamas.

El duque desplegó su catalejo.

—¿Dónde van? —estaba perplejo. A esas alturas su oponente tendría que haberse dado cuenta de que la caballería no tenía nada que hacer contra los robustos cuadros que se habían reforzado con los cañones recién llegados.

—¿Tal vez estén poniendo a prueba a los hombres de Halkett? —sugirió un ayuda de campo.

—¡Entonces se están suicidando! —El duque tenía el catalejo enfocando a la primera línea de caballería que estaba compuesta por los pesados *Cuirassiers* con su armadura de acero. Detrás de los coraceros estaban los jinetes de la ligera con sus lanzas y sables—. ¡Deben de estar locos! —opinó el duque—. Halkett está formado en cuadro, ¿no es cierto?

Casi al unísono, los anteojos de los oficiales de estado mayor del duque se movieron rápidamente hacia la derecha, pasando de largo las zonas humeantes para centrarse en los cuatro batallones de la brigada de Halkett que estaban delante del bosque. La brigada quedaba oculta por el humo de cañón, pero la sucia cortina tenía fisuras suficientes para poder ver que algo había ido terriblemente mal.

—¡Oh, Dios! —dijo con impotencia una voz del séquito del duque. Hubo un instante de silencio y luego se oyó otra vez—: ¡Oh, Dios!

* * * *

—¿Señor? —Rebecque le pasó su catalejo al príncipe y señaló hacia la granja Gemioncourt—. Allí, señor.

El príncipe enfocó el pesado catalejo. Miles de jinetes habían aparecido de pronto del terreno oculto y en esos instantes, en cuatro largas líneas, avanzaban a ambos lados de la granja. Se levantó polvo del camino cuando los jinetes lo cruzaron estrepitosamente. La caballería enemiga iba al trote, pero justo cuando el príncipe miró, vio que apretaban el paso a medio galope. Los coraceros llevaban desenvainadas sus pesadas y rectas espadas. Unos largos penachos de crin se agitaban y ondeaban en el acerado resplandor de sus cascos. Un coracero fue alcanzado por un proyectil de la artillería británica y el príncipe dio un respingo involuntario cuando, ampliado en su objetivo, el jinete cubierto de acero pareció estallar en una mezcla de sangre y metal. Los lanceros y los húsares, que iban detrás a medio galope, se dividieron para pasar junto a la carnicería que quedó en el suelo.

—Éstos van a por la brigada de Halkett, señor —advirtió Rebecque.

—¡Pues dígame a Halkett que forme en cuadro! —De pronto la voz del príncipe sonó aguda, casi como un sollozo—. ¡Tienen que formar en cuadro, Rebecque! —gritó, rociando a Rebecque de saliva—. ¡Dícales que formen en cuadro!

—Es demasiado tarde, señor. Es demasiado tarde. —Los franceses ya estaban más cerca de la brigada de infantería que cualquier miembro del estado mayor del príncipe. No había tiempo de mandar ninguna orden. En esos momentos ya no había tiempo de hacer nada, excepto mirar.

—¡Pero es que tienen que formar en cuadro! —chilló el príncipe como un niño malcriado.

Demasiado tarde.

La caballería francesa estaba al mando del valeroso Kellerman, héroe de Marengo y veterano de mil cargas. En la mayoría de aquellas cargas había encabezado el avance de sus hombres a un ritmo constante, sin pasar del medio galope al galope hasta que no estaba a unos pocos metros del enemigo, puesto que solamente observando tal disciplina podía garantizar que sus jinetes caerían sobre el adversario sin romper la alineación.

Pero aquella tarde sabía que cada segundo de retraso les daría a los casacas rojas una oportunidad de formar en cuadro y que, una vez así formados, sus jinetes estarían vencidos.

Un caballo no cargaría contra un cuadro de cuyas cuatro filas desbordaba el chisporroteo de los disparos de mosquete y el brillo de las bayonetas. Los caballos virarían bruscamente para rodear el cuadro, recibiendo así más fuego todavía desde sus flancos, y aquel día Kellerman ya había perdido a demasiados soldados a manos de los cuadros británicos.

Pero aquellos casacas rojas estaban formados en línea. Se les podía atacar por el flanco, por el frente y por detrás y no debían darles tiempo para cambiar la formación, por lo tanto Kellerman dejó a un lado la disciplina de un lento avance metódico y en su lugar les gritó a sus trompetas que hicieran sonar el toque de ataque. Ya no importaba un carajo si la línea alcanzaba el objetivo unida e intacta, en lugar de eso Kellerman soltaría a sus asesinos a un sangriento galope y los lanzaría hacia la matanza.

—¡A la carga!

Entonces pasó a ser una carrera entre coraceros, húsares y lanceros. Los *Cuirassiers* rasgaron los flancos de sus caballos y dejaron que sus robustas caballerías corrieran libremente. Los lanceros bajaron las puntas de sus lanzas y lanzaron sus gritos de guerra. El sonido de la carga fue como un millar de tambores enloquecidos, mientras que los cascos de los caballos golpeaban el suelo y hacían saltar una masa de sangre, tierra y paja que salpicaba el cielo tras las cuatro líneas atacantes que, lentamente, se fueron disgregando a medida que los caballos más rápidos se ponían a la cabeza. Una bala de cañón pasó silbando entre los caballos, abrió un surco en la tierra y desapareció en dirección sur. Un lancero realizó un brusco viraje para rodear a un fusilero muerto. La mano enguantada del lancero asía con fuerza la empuñadura de su arma que estaba hecha con cuerda amarrada alrededor del largo bastón de fresno. La hoja de la lanza era una punta de acero bruñido de unos veintitrés centímetros de largo y afilada como una aguja. Una granada estalló sin causar daños frente a los jinetes que iban delante y el humo de su explosión se fue rápidamente hacia atrás pasando entre los asesinos que galopaban.

Un trompeta con un penacho rojo tocaba unas notas desenfrenadas y desmedidas. Más adelante, frente a los coraceros, los casacas rojas parecían haberse quedado paralizados por el terror. Aquella era una carrera hacia la muerte, hacia el triunfo, hacia la gloria de la mejor y más mortífera caballería del mundo.

—¡A la carga! —bramó Kellerman, los trompetas hicieron eco de su grito y el torrente de franceses avanzó en tropel.

* * * *

—¡Oh, Dios, Dios mío! —el teniente corone Joseph Ford miró hacia el campo de batalla y lo que vio era una pesadilla. El centeno estaba plagado de jinetes y la luz de la tarde se reflejaba en cientos de espadas, petos y cabezas de lanza. Ford percibió el tamboreo que emitía la tierra al ser golpeada por miles de cascos y no pudo hacer otra cosa que no fuera quedarse mirando fijamente y preguntarse qué diablos se suponía que debía hacer al respecto. Una pequeña parte de su mente sabía que tenía que tomar una decisión, pero estaba paralizado.

—¡Caballería! —gritó D'Alembord innecesariamente. Sus fusileros corrían de vuelta al batallón. D'Alembord, como cualquier buen oficial de los fusileros, había abandonado su montura para combatir a pie con sus soldados y en aquellos momentos corría como una liebre levantada por la amenaza de los cazadores. Apenas podía creer la velocidad con la que los jinetes enemigos habían surgido del terreno que quedaba oculto al otro lado de la carretera.

—¿No deberíamos formar en cuadro? —le sugirió a Ford el comandante Micklewhite, cuyo caballo estaba junto al del coronel.

—¿Son franceses? —Ford, nervioso, se había quitado las gafas de un tirón y limpiaba frenéticamente los cristales con su fajín.

Por un segundo, Micklewhite no pudo hacer más que mirar boquiabierto al coronel. Se preguntó por qué demonios debía imaginarse Ford que la caballería británica pudiera estar cargando contra el batallón.

—Sí, señor. Son franceses —la voz del comandante Micklewhite dejó traslucir entonces cierto pánico—. ¿Formamos en cuadro?

Sharpe había avanzado a lomos de su caballo y se había apostado justo detrás de los soldados de D'Alembord que se estaban alineando a toda prisa a la izquierda de la línea del batallón. En el flanco derecho de la línea, donde la Compañía de Granaderos estaba más cerca de los franceses, una avalancha de caballería se precipitaba hacia el flanco abierto del batallón. Más soldados de caballería se aproximaban en diagonal hacia el frente del batallón. Ala izquierda de Sharpe, más allá del 33.º, el 30.º ya estaba formando en cuadro, aunque el 33.º, al igual que los Voluntarios del Príncipe de Gales, parecían estar clavados en las filas.

—¡Tendríamos que formar en cuadro! —le gritó a Ford el comandante Vine, el más antiguo del batallón, desde la derecha de la línea.

—¡Salga de aquí, Dally! —exclamó Sharpe dirigiéndose a D'Alembord, luego alzó la voz para que todos los soldados del batallón pudieran oírle—. ¡Corran! ¡Vuelvan a los árboles! ¡Corran!

Era demasiado tarde para formar en cuadro. Sólo había una oportunidad de permanecer con vida y era conseguir ponerse a refugio en el bosque.

Los soldados, al reconocer la voz de Sharpe, rompieron filas y salieron corriendo. Unos cuantos sargentos vacilaron.

El coronel Ford intentaba desesperadamente volver a colocar las gafas en su sitio.

—¡Formen en cuadro! —gritó.

—¡Cuadro! —les gritó el comandante Vine a las compañías más próximas—. ¡Formen en cuadro!

—¡Corran! —ése era Harper, el que en otro tiempo fuera brigada del regimiento de aquel batallón y que seguía siendo poseedor de un par de pulmones que podrían sobresaltar a un regimiento que estuviera a ocho campos de distancia—. ¡Corran, cabrones!

Los cabrones corrieron.

—¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Muévanse! —Sharpe cabalgó recorriendo el frente de la línea dando golpes con la cara de la hoja de su espada para que los casacas rojas se apresuraran a retroceder hacia la línea de los árboles—. ¡Corran!

¡Corran! —se dirigía a toda velocidad hacia la carga del enemigo—. ¡Corran!

Los soldados corrieron. El grupo de abanderados, cargados con los pesados cuadrados de seda, fueron los más lentos. Uno de ellos perdió una bota y empezó a cojear. Sharpe irrumpió con su caballo por entre los sargentos cuyas picas protegían las banderas, agarró un puñado de seda con la mano izquierda y atravesó con la espada la bandera del rey que había a su derecha.

—¡Corran! —espoleó a su caballo y se llevó arrastrando las dos banderas. Los primeros refugiados ya se encontraban entre los árboles donde Harper les gritaba que se pusieran en posición para disparar.

Detrás de Sharpe, un sargento dio un chillido cuando un coracero lo acometió con su espada, pero la larga pica del sargento zancadilleó al caballo del francés que, al caer, se interpuso en el camino de un lancero, el cual se vio obligado a frenar detrás de la bestia que se sacudía. Un húsar se acercó al galope desde la izquierda con la intención de hacerse con los estandartes, pero el comandante Micklewhite, a lomos de su caballo, lo embistió con la espada y el húsar tuvo que esquivar el golpe. Echó a un lado la ligera espada de Micklewhite y luego le clavó la punta del sable y le rebanó la garganta hasta el hueso. Al abanderado que había perdido la bota lo atropelló un coracero cuyo robusto caballo le rompió la espina dorsal con los cascos.

Una lanza arrojada como una jabalina rasgó la seda amarilla del estandarte del regimiento que se quedó allí colgando y arrastrando por el suelo. Otros dos lanceros avanzaron pero en su ataque se acercaron a los árboles entre los que Patrick Harper estaba al acecho con su pistola de siete cañones. Su único disparo dejó las dos monturas vacías y el mero ruido de la enorme arma pareció alejar a los demás franceses en busca de otras víctimas más fáciles de ensartar.

Sharpe agachó la cabeza, hincó los talones y su caballo atravesó un helechal y se adentró en la arboleda. Dejó caer una de las banderas y sacudió la espada para que la otra se soltara, luego le dio un salvaje tirón al caballo para que se diera la vuelta previendo que los jinetes franceses se habrían acercado por detrás.

Sin embargo, los franceses habían virado bruscamente y se habían alejado. Habían atrapado y acuchillado a un puñado de los soldados más lentos y matado a muchos de los oficiales a caballo que se habían quedado atrás para proteger a los casacas rojas que corrían, pero entonces los jinetes franceses temieron quedarse enredados en el espeso bosque donde los árboles mermarían la fuerza de su ataque, por lo tanto siguieron adelante en busca de presas más fáciles. Tras ellos dejaron al comandante Micklewhite muerto, tumbado en un charco de su propia sangre. El capitán Carline también estaba muerto, así como el capitán Smith y tres tenientes, pero el resto del batallón estaba a salvo al amparo del bosque.

Los soldados del 33.º, alineados junto a los Voluntarios del Príncipe de Gales, también habían ido corriendo hacia el bosque mientras que, detrás de ellos, los del 30.º habían formado en un cuadro desigual que resultó lo bastante sólido como para aguantar como una isla en medio del torrente de caballería francesa que se dividía a ambos lados de los casacas rojas. La caballería hizo caso omiso de los hombres del 30.º pues, más allá de su burda formación, los del 69.º no habían echado a correr ni habían formado en cuadro, sino que permanecían alineados con los mosquetes apuntando cuando todo el poderío de la caballería de Kellerman, burlada por sus primeros tres objetivos, se dirigió con gran estruendo directamente hacia ellos.

—¡Fuego! —gritó un comandante.

Los mosquetes estallaron envueltos en humo. Diez coraceros cayeron en una vorágine de sangre, acero y caballos agonizantes, pero había más coraceros en cada uno de los flancos y toda una furia de lanceros y húsares se acercaban por detrás de la vanguardia acorazada.

Los coraceros arremetieron contra el flanco abierto del 69.º. Un soldado embistió con una bayoneta, luego murió cuando la espada le abrió la cabeza. Los robustos caballos se precipitaron sobre las rojas filas que se rompieron como madera podrida. La infantería se dispersaba y con ello se hacían aún más vulnerables ante el acero enemigo. Los franceses estaban por delante, por detrás y mordisqueando los flancos del batallón con cortantes espadas de las que chorreaban gotas rojas cada vez que

arremetían acompañadas de un gruñido.

Entonces los lanceros cayeron sobre el destrozado batallón y los casacas rojas gritaron cuando los jinetes arrollaron por completo la rota alineación. Los franceses gritaban de manera incoherente. Un lancero desprendió la punta de su lanza de un cadáver y volvió a arremeter con ella. Algunos soldados de infantería habían conseguido escapar y corrían hacia el bosque, pero fueron fácilmente alcanzados por lanceros y húsares que los persiguieron al galope, escogieron a sus víctimas y luego acuchillaron, rebanaron, despedazaron o embistieron. Para los franceses no fue más difícil que despedazar o embestir los sacos llenos de barcia para las prácticas con los que los habían entrenado en los depósitos de su país.

Un puñado de casacas rojas se agruparon en torno al estandarte de su batallón. Había sargentos con hachas de largo astil, oficiales con espadas y soldados con bayonetas. Los franceses desgarraron y acuchillaron a los defensores. Los lanceros galoparon a toda velocidad hacia ellos, gruñendo al tiempo que hundían las lanzas en su objetivo. Una de ellas dio en el blanco con tanta fuerza que la bandera de color rojo y blanco que tenía bajo su larga hoja quedó enterrada en el cuerpo de la víctima. Un coracero desmontado arremetió contra los defensores del estandarte hasta que un oficial le disparó en la cara con su pistola. El caballo de un húsar se empinó, agitó los cascos y se abalanzó sobre el grupo de soldados. Dos oficiales cayeron bajo los contundentes cascos. El húsar propinó estocadas con su sable. Una bayoneta le rasgó el muslo izquierdo, pero el francés no notó la herida. Su caballo mordió a un soldado, el sable volvió a silbar, entonces el húsar dejó caer la hoja de manera que le quedó colgando de la muñeca por la tira de cuero y agarró el asta de una de las banderas. El otro estandarte había desaparecido, pero el húsar tenía su mano enguantada asida al asta que quedaba. Dos soldados lo atacaron con sus bayonetas. Una pica hirió a su caballo, pero el húsar resistió. Un fornido sargento tiró del asta. Un lancero hizo chocar a su caballo contra el tumulto aplastando tanto a vivos como a muertos y arremetió con su arma contra el tozudo sargento. La punta de la lanza penetró en la espalda del sargento, no obstante, el inglés todavía resistió, pero entonces un coracero que se acercó cabalgando desde el extremo más alejado atravesó con su espada el chacó del soldado y le golpeó el cráneo. El sargento cayó.

El húsar dio un tirón al asta de la bandera. Un comandante británico agarró la seda del estandarte y le clavó la espada al húsar, pero otro lancero se acercó por la derecha y su hoja alcanzó al comandante en el vientre. El comandante gritó, dejó caer su espada y soltó la bandera. Al húsar le salía sangre de una docena de heridas y su caballo se tambaleaba ensangrentado, pero consiguió hacer girar al animal y sostuvo en alto el estandarte británico por encima de su cabeza. El resto de la caballería francesa pasaba junto a él con gran estruendo y cargaba contra la encrucijada, donde aun más infantería esperaba para ser derribada, pero el húsar consiguió su triunfo.

El 69.º quedó destruido. Unos cuantos soldados habían echado a correr para ponerse a salvo y todavía quedaban unos pocos con vida en medio de un montón de cuerpos, tan empapados y rociados de sangre que ningún soldado de caballería se imaginaba que pudiera quedar algún hombre vivo en aquel montón maloliente, pero al resto del batallón lo habían destrozado y acuchillado hasta destruirlo. Los soldados habían muerto a punta de lanza, o los habían rajado los sables o atravesado las largas y rectas espadas de los coraceros. El batallón, que momentos antes estaba rígido en su línea de formación, no era más que un disperso amasijo de cuerpos y sangre. Había cientos de cuerpos: muertos, arrastrándose, sangrando, vomitando, llorando. Los soldados de caballería los dejaron, no por lástima, sino porque parecía que no quedaba nadie a quien matar. Era como si le hubieran dado la vuelta a un matadero sobre aquel rincón de un campo belga, dejando trozos de carne y sangre derramada que humeaban en la cálida y húmeda atmósfera.

La caballería victoriosa atacó la encrucijada donde la recién llegada artillería le dio la bienvenida con los cañones cargados con dos proyectiles, los batallones de infantería aguardaron formados en cuadro y, por consiguiente, les tocaba morir a los franceses. La infantería apuntó a los caballos a sabiendas de que un caballo muerto era un soldado desmontado a quien podrían eliminar después. Por unos momentos la caballería se arremolinó frente a los disparos de los cañones y las descargas cerradas, pero los trompetas de Kellerman tocaron retirada y los franceses, habiendo cargado ya, se dieron la vuelta y regresaron a su sitio.

Lentamente, los pocos supervivientes del 69.º salieron arrastrándose de su refugio bajo los árboles o apartaron a los muertos. Un soldado, llevado casi a la locura por el recuerdo de las espadas y de la sangre de su hermano que por poco lo ahoga cuando estaba tumbado bajo su cadáver, cayó de rodillas sobre el rastrojo y rompió a llorar. Un sargento, sujetándose las tripas contra el vientre que un sable le había rajado, trató de ir andando hacia la retaguardia, pero cayó de nuevo.

—Estoy bien, estoy bien —le dijo al que había acudido a socorrerlo. Otro sargento al que un coracero había dejado ciego y a quien le habían atravesado el abdomen con una lanza, soltó una maldición. Un teniente que llevaba el brazo colgando de un trozo de cartílago saludaba como si estuviera borracho, mientras se tambaleaba entre los cadáveres.

Los supervivientes arrastraron los cuerpos de los vivos y de los muertos y los alejaron de la bandera del rey. Junto a ella se encontraba el comandante que había realizado el último y desesperado esfuerzo para salvar el estandarte del regimiento. Estaba muerto, con el estómago traspasado por una lanza que seguía incrustada en su columna vertebral. El comandante llevaba medias de seda blanca y zapatos de baile con hebilla dorada, en la insignia de su chacó había una pluma de avestruz que, por extraño que pareciera, no había sido alcanzada ni por una gota de toda la sangre que

había cubierto, bañado y empapado al montón de combatientes. Un soldado arrancó la pluma de color gris, decidió que no tenía ningún valor y la tiró.

A unos cuarenta metros al sur, un sangrante húsar francés montado en un caballo herido se dirigía lentamente de vuelta a sus líneas. En su mano derecha llevaba el estandarte capturado con el que, una y otra vez, daba puñetazos en el aire cargado de humo y con cada golpe triunfante lanzaba en voz alta un incoherente grito de victoria. Sus amigos le seguían y le aplaudían.

Desde los árboles Sharpe observaba al francés que cabalgaba hacia el sur. Sharpe había desmontado y se hallaba en el linde de la arboleda con su fusil cargado. El húsar estaba perfectamente a tiro. Harper, con su propio fusil, se encontraba de pie junto a Sharpe, pero ninguno de los dos alzó su arma. Una vez habían salido de un campo de batalla con un estandarte enemigo y ahora tenían que observar cómo otro soldado conseguía su triunfo.

—Cuando anochezca ya será oficial —dijo Harper.

—El cabrón se lo merece.

Por detrás de Sharpe, los Voluntarios del Príncipe de Gales estaban pálidos y asustados. Hasta los veteranos que habían soportado las peores batallas en España permanecían callados y resentidos. Tenían miedo, no del enemigo, sino de la incompetencia de sus propios oficiales. El coronel Ford no se acercó a Sharpe, condujo a su caballo bajo los árboles y se preguntó por qué la mano derecha le temblaba como una hoja.

D'Alembord, con su espada aún desenvainada, subió caminando hacia los dos fusileros. Dirigió la mirada por detrás de ellos al capturado estandarte del 69.º y sacudió la cabeza.

—He venido a darle las gracias. Si usted no hubiera dado la orden para que saliéramos corriendo estaríamos muertos. Y me acaban de nombrar comandante.

—Felicidades.

—Yo también me alegro —D'Alembord lo dijo con un amargo sarcasmo. Él quería un ascenso, de hecho era la razón principal por la que se había quedado en el batallón, pero le molestaba el inesperado precio de su comandancia.

—Está vivo, Peter —Sharpe consoló a su amigo—, está vivo.

—Ese maldito —D'Alembord le lanzó una mirada salvaje a Ford—. Ese maldito, maldito. ¿Por qué no formó en cuadro?

En aquel momento, al norte, sonó una corneta. Se veían tropas de refresco en la encrucijada, una masa de soldados que avanzaban para formar una nueva línea que atravesara el campo de batalla. La artillería montada se encontraba entre la infantería y, a su izquierda, había una impresionante concentración de jinetes. La caballería británica había llegado por fin.

—¡Supongo que hemos ganado esta batalla! —D'Alembord enfundó lentamente

su espada.

—Supongo que sí —dijo Sharpe.

Pero daba la horrible sensación de una derrota.

* * * *

Sonaron los tambores, se alzaron las bayonetas y la recién formada línea británica marchó hacia delante. La infantería anduvo por la paja chamuscada, pasó por encima de las manchas de sangre y rodeó los cuerpos muertos y agonizantes de caballos y soldados.

Desde el extremo sur del bosque, donde los soldados de Saxe-Weimar se habían mantenido firmes durante todo el día, la división de la Guardia Real atacó las granjas situadas al oeste. La infantería francesa se defendió pero no resistió. Por el centro los casacas rojas marcharon cruzando el arroyo, volvieron a capturar la granja Gemioncourt y subieron por la ladera. En el extremo izquierdo del campo de batalla, los fusileros hicieron retroceder a los franceses y volvieron a tomar las granjas del este.

Se recuperó cada centímetro de terreno que el mariscal Ney había conquistado durante la tarde. La línea británica, con el apoyo de los cañones y la caballería, avanzó a trancas y barrancas como un paquidermo. Los franceses, de pronto superados en número, se vieron obligados a batirse en retirada hacia Frasnés. Quatre Bras había aguantado y el camino hacia los prusianos seguía abierto. Todavía se oía el fragor de la batalla entre Napoleón y Blücher en aquella tarde de verano, pero también se fue apagando mientras las sombras de las nubes del oeste se extendían oscuras por el paisaje.

Lord John Rossendale, que cabalgaba tras la caballería ligera británica, se detuvo allí donde el cuerpo de un coracero estaba tirado junto al camino. Las tripas del soldado se hallaban completamente fuera de su vientre y se hallaban esparcidas como una masa viscosa de color azul y rojo por casi cinco metros de la revuelta superficie de la carretera. Lord John quiso vomitar pero sólo consiguió atragantarse. Respirando con dificultad, dio la vuelta a su caballo y se alejó. Un fusilero británico muerto yacía sobre el centeno pisoteado con el cráneo partido por una bala. Los sesos, al descubierto, estaban plagados de moscas junto al soldado muerto había un *Voltigeur* francés con el vientre y el regazo llenos de sangre. El hombre estaba vivo pero temblaba a causa de su traumática herida. Levantó la vista hacia lord John y le pidió agua. Lord John sintió que se desmayaba de la impresión. Hizo girar a su caballo y galopó hacia la encrucijada donde sus criados estaban preparando la cena.

En los graneros situados detrás del cruce los cirujanos realizaban su dramático trabajo con cuchillos, sierras y sondas. Los brazos, manos y piernas amputados se

arrojaban al corral. De las vigas del granero colgaban faroles para iluminar las operaciones. Un soldado de los Highlanders con la pantorrilla derecha destrozada por una bala de cañón se negó a ponerse la mordaza de cuero entre los dientes, y ni un sólo sonido salió de su boca cuando el cirujano le cortó la pierna a la altura de la rodilla.

Sharpe y Harper, conscientes de que no era grata su presencia cerca del meditabundo teniente coronel Ford, volvieron a guiar a sus caballos por el flanco del bosque, pero se detuvieron a muy corta distancia de la encrucijada.

—Supongo que me he quedado sin trabajo —dijo Sharpe.

—Ese cabrón lo querrá de vuelta por la mañana.

—Tal vez.

Los dos fusileros amarraron sus caballos en un claro entre los árboles y luego Sharpe se dirigió hacia el ensangrentado trozo de terreno donde había muerto el 69.º. Recogió cuatro bayonetas abandonadas y les quitó los cordones de las botas a dos cadáveres. De vuelta en el bosque hizo una hoguera con pólvora y ramitas. Clavó las bayonetas en el suelo en las cuatro esquinas de la fogata y luego le quitó las correas al peto del coracero que Harper había rescatado anteriormente. Pasó los cordones por los agujeros de los hombros y de la cintura del peto y esperó.

Harper se había llevado su propio cuchillo al campo de batalla. Encontró un caballo muerto y le cortó un grueso y sangrante pedazo de carne de la grupa. Luego, con el filete chorreando en su mano izquierda, cruzó hasta uno de los silenciosos cañones británicos y, haciendo caso omiso de su dotación, se detuvo bajo el tubo para quitarle un puñado de grasa del eje.

De nuevo en el bosque, echó la grasa en el peto vuelto hacia arriba, le arrancó la piel a la carne y la dejó caer sobre la grasa fría.

—Les daré agua a los caballos mientras usted cocina.

Sharpe asintió con un movimiento de la cabeza. Alimentó el fuego con ramas que había cortado con la espada. Por la mañana, antes de que el ejército iniciara su marcha para unirse a Blücher, buscaría a un armero de caballería que le volviera a afilar la hoja. Entonces se preguntó si acaso iba a estar con el ejército al día siguiente. El príncipe lo había despedido, por lo que, siendo así, tal vez fuera mejor cabalgar de vuelta a Bruselas y llevarse a Lucille a Inglaterra.

Sharpe ató el peto a las cuatro bayonetas de manera que colgara sobre las llamas como si fuera una hamaca de acero.

Cuando Harper regresó del arroyo con los caballos, el filete crepitaba y humeaba en la burbujeante grasa.

Caía la noche sobre el pisoteado centeno. Nueve mil soldados habían resultado muertos o heridos en la lucha por la encrucijada y algunas de las víctimas todavía gemían y gritaban en la oscuridad. Algunos miembros de la banda seguían buscando

heridos, pero muchos de ellos tendrían que esperar al día siguiente para ser rescatados.

—Mañana, lluvia —Harper olisqueó el aire.

—No lo parece.

—Es agradable volver a oler una buena comida. —Un perro deambulaba cerca del fuego pero Harper lo ahuyentó tirándole un terrón.

Sharpe quemó la carne hasta que quedó negra y luego la cortó cuidadosamente por la mitad y pinchó un trozo con su cuchillo.

—Suyo.

Sostuvieron la carne en la punta de los cuchillos, la royeron hasta terminársela y compartieron una cantimplora de vino que Harper le había quitado a un lancero francés muerto. Al este las primeras estrellas agujijoneaban pálidas un cielo todavía ensombrecido por el humo de la batalla. En el oeste la oscuridad era mayor debido a las imponentes nubes. Los soldados cantaban al otro lado de la encrucijada mientras que en algún lugar del bosque un flautista tocaba una música melancólica. Entre los árboles centelleaban las hogueras; al sur y reflejándose en las nubes que se extendían, un rojo resplandor revelaba el lugar donde las tropas del mariscal Ney hacían sus campamentos.

—Hoy los franchutes han luchado bien —dijo Harper a regañadientes.

Sharpe asintió y luego se encogió de hombros.

—Sin embargo, tendrían que haber atacado con la infantería. Si lo hubieran hecho habrían vencido.

—Me imagino que mañana volveremos a ello.

—A menos que los prusianos hayan vencido a Boney y ganen la guerra por nosotros.

Sharpe cogió una petaca con calvados de su alforja, tomó un trago y se la pasó a Harper. La música de la flauta era plañidera. Hubo un tiempo en el que había querido aprender a tocar la flauta, el pasado invierno había pensado en intentarlo, pero en lugar de eso se había pasado las tardes haciendo una elaborada cuna de madera de manzano. Su intención había sido decorar la capucha de la cuna con tallados de flores silvestres, pero sus intrincadas curvas le habían resultado demasiado difíciles de labrar, así que se conformó con las sencillas líneas rectas de tambores y armas apilados. A Lucille le había hecho muchísima gracia la marcial camita para su bebé.

—¿No debería ir a ver al príncipe? —preguntó Harper.

—¿Por qué demonios tendría que hacerlo? ¡Que se vaya a la mierda ese cabrón!

Harper soltó una risita. Estaba sentado con la espalda apoyada contra su silla de montar y miraba al oscuro vacío donde había tenido lugar la batalla.

—No es lo mismo, ¿verdad?

—¿El qué?

—No es como en España —hizo una pausa mientras pensaba en los soldados que no estaban allí, luego nombró a uno de aquellos hombres—. El Dulce William.

Sharpe gruñó. William Frederickson había sido un amigo casi tan íntimo como Harper, pero Frederickson había roto una lanza por Lucille y había perdido, y nunca había perdonado a Sharpe por esa pérdida.

Harper, a quien no le gustaba que los dos oficiales no se hablaran, ofreció la petaca a Sharpe.

—Hoy nos hubiera venido muy bien tenerlo aquí.

—Eso es cierto. —Sin embargo Frederickson estaba en una plaza fuerte de Canadá, era uno más de los miles de veteranos que habían sido dispersados por el globo, lo cual significaba que debían combatir contra el emperador con demasiados batallones primerizos que nunca habían estado en la línea de batalla y que se quedaban paralizados como conejos cuando se veían amenazados por la caballería.

Hacia el oeste, a lo lejos, unos relámpagos difusos parpadeaban en el cielo y los truenos retumbaban como un distante sonido de artillería.

—Mañana, lluvia —volvió a decir Harper.

Sharpe bostezó. Al menos, aquella noche había comido y estaba seco. De pronto recordó que tenía que haber recibido el pagaré de lord John, pero no le había llegado. Era un problema que valía más dejar para la mañana siguiente, de momento se envolvió con la capa que le había regalado Lucille y a los pocos minutos estaba profundamente dormido.

Hacía cuarenta y una horas que había empezado la campaña del emperador.

TERCER DÍA

SÁBADO, 17 DE JUNIO DE 1815

CAPÍTULO 10

Durante toda la corta noche llegaron a la encrucijada más batallones, escuadrones de caballería y baterías de cañones hasta que, al amanecer, el ejército del duque estuvo, al fin, concentrado casi en su totalidad. Bajo la sepulcral luz del alba los recién llegados observaron débilmente las pequeñas formas que yacían en medio de la neblina que envolvía las hondonadas del campo de batalla. Las cornetas despertaron a los campamentos mientras que los heridos, a los que habían dejado toda la noche entre el centeno, gritaron lastimosamente pidiendo ayuda. Se ordenó volver a los centinelas nocturnos y se estableció una nueva línea de piquetes frente a las fogatas de los campamentos franceses en Frasnés. Las hogueras británicas se reavivaron con más astillas y un poco de pólvora. Los soldados hurgaron en sus bolsas de munición en busca de algunos puñados de hojas de té con los que contribuyeron a las teteras comunes. Los oficiales, que habían ido de visita social por los batallones, divulgaron la alentadora noticia de que el mariscal Blücher había repelido el ataque de Bonaparte, con lo que entonces parecía seguro que los franceses se retirarían al verse frente a un ejército de prusianos y británicos unidos.

—¡La semana que viene estaremos en Francia! —les aseguró a sus soldados un capitán de infantería.

—En julio, París, muchachos —pronosticó un sargento—. ¡Pensad en todas esas chicas!

El duque de Wellington, que había dormido en una posada situada a unos cinco kilómetros de Quatre Bras, volvió al cruce al clarear el día. Los Highland del 92.º le hicieron un fuego y le sirvieron té. Sostuvo la taza de hojalata entre las manos ahuecadas y se quedó mirando al sur hacia las posiciones del mariscal Ney, pero las tropas francesas permanecían silenciosas e inmóviles bajo la densa cubierta de nubes que se había extendido desde el oeste durante las cortas horas de oscuridad. A uno de los oficiales del estado mayor del duque, muy protegido por un escuadrón de caballería de la Legión Alemana del Rey, se le envió al este para que se enterara de las noticias matutinas del mariscal Blücher.

Los oficiales utilizaron los petos de los coraceros franceses vueltos hacia arriba como cuencos para afeitarse; los oficiales de mayor rango tenían el privilegio de usar el agua cuando estaba caliente, y los tenientes y abanderados se veían obligados a esperar hasta que ésta estuviera fría y espesa. Los soldados de infantería que habían combatido el día anterior hirvieron más agua para limpiar los obstruidos cañones de sus mosquetes. Los soldados de caballería hacían cola para que les afilaran las espadas o sables hasta proporcionarles un corte mortífero con las muelas de pedal mientras los artilleros llenaban las cajas de munición de los carros de su artillería de campaña con proyectiles listos para disparar. En la encrucijada reinaba una atmósfera

de jovialidad: la sensación de que el ejército había sobrevivido a una terrible experiencia el día anterior, en gran parte gracias a la victoria de los prusianos, estaba al borde del triunfo. La única queja fue que, con las prisas para llegar a Quatre Bras, el ejército había dejado muy atrás a las carretas de intendencia, por lo que muchos de los batallones empezaron el día hambrientos.

Se registró el campo de batalla buscando a las víctimas. A los heridos que aún seguían con vida se los llevaron a los cirujanos, mientras que a los fallecidos los recogieron para enterrarlos. La mayoría de oficiales muertos habían sido enterrados la noche anterior, así que los que cavaban las tumbas se encargarían entonces de cuantos miembros de la tropa pudieran encontrar. Cuando Sharpe y Harper se despertaron aquel nublado amanecer, se encontraron a sólo unos pocos metros de un equipo de trabajo que excavaba una zanja ancha y poco profunda en la que serían sepultados los masacrados soldados del 69.º. Los cadáveres que aguardaban para ser soterrados yacían en unas poses tan naturales que casi parecían estar dormidos. El capitán Harry Price del Voluntarios del Príncipe de Gales encontró a los dos fusileros bebiendo su té matutino justo cuando los primeros cuerpos eran arrastrados hacia la inadecuada tumba.

—¿Un poco de té para un aguerrido oficial? —suplicó Price.

Harper llenó alegremente otra taza con la infusión de té que sacó a cucharadas de la tetera hecha con el peto. Los muertos, despojados de sus uniformes, apestaban. Tan sólo había pasado una hora desde el alba y sin embargo el día amenazaba con ser húmedo y caluroso y los enterradores sudaban mientras golpeaban el suelo.

—Tendrán que cavar más profundo —comentó Harper, al tiempo que le ofrecía la taza de hojalata a Price.

Price sorbió el té e hizo una mueca al notar el agrio regusto a grasa de eje.

—¿Se acuerda del caos que organizamos al intentar quemar a aquellos pobres diablos en Fuentes de Oñoro?

Sharpe soltó una carcajada. El suelo de Fuentes de Oñoro había resultado ser muy poco profundo y demasiado rocoso para poder cavar las fosas, así pues había ordenado que incineraran a sus muertos, pero después de tirar abajo todo un granero de madera y de sacar las vigas del techo de seis casitas para usarlas de combustible, los cuerpos se habían negado a arder.

—Eran buenos tiempos —dijo Price con nostalgia. Miró al cielo con los ojos entrecerrados—. Pronto empezará un maldito diluvio. —Las nubes eran bajas y extraordinariamente oscuras, como si en su imponente grosor hubieran atrapado los vestigios de la noche—. Un día pésimo para la batalla —añadió Price con pesimismo.

—¿Va a haber una batalla? —preguntó Harper.

—Eso es lo que el comandante de brigada le dijo a nuestro gallardo coronel. —Price les contó al amanecer a Sharpe y a Harper las noticias recibidas sobre la victoria

prusiana, que se suponía que los franceses se retirarían y cómo el ejército perseguiría a aquellos francos de los que se esperaba una última resistencia antes de ceder la frontera a los enemigos del emperador.

—¿Cómo se sienten nuestros muchachos por lo de ayer? —le preguntó Harper a Price; Sharpe se dio cuenta de que, para el irlandés, el batallón seguía siendo «nuestros muchachos».

—Se alegran de que el señor D'Alembord sea comandante, pero él no está precisamente encantado.

—¿Por qué no? —inquirió Sharpe.

—Dice que va a morir. Tiene un... ¿cómo se llama? Un presentimiento. Dice que es porque va a casarse.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Price se encogió de hombros como si con ello quisiera demostrar que no era ningún experto en supersticiones.

—Dice que es porque es feliz. Cree que los más felices mueren primero y sólo los tipos amargados viven para siempre.

—Entonces usted tendría que estar muerto hace tiempo —comentó Harper.

—Gracias, sargento —Harry Price esbozó una sonrisa burlona. Era un hombre despreocupado, descuidado y flemático, querido por sus soldados pero reacio a esforzarse demasiado. Hubo una época en la que había servido como teniente de Sharpe y durante la cual había estado permanentemente endeudado, frecuentemente borracho y, no obstante, siempre alegre. En ese momento apuraba los restos de su té—. Se supone que tengo que presentarme ante la brigada para enterarme de cuándo iniciamos la marcha —se estremeció con súbito desagrado—. Esa taza de té era asquerosamente horrible.

—Tenía un poco de caballo muerto —explicó Harper amablemente.

—¡Maldita cocina irlandesa! Supongo que será mejor que me vaya y cumpla con mi deber. —Price devolvió la taza a Harper y siguió adelante tranquilamente dedicando un alegre «buenos días» al grupo de enterradores.

—¿Y qué vamos a hacer? —le preguntó Harper a Sharpe.

—Usar lo que queda del té como agua para afeitarnos y luego irnos a la mierda. —Sharpe no tenía ningún deseo de permanecer con el ejército. El príncipe lo había relevado de sus obligaciones y, si los rumores eran ciertos, los prusianos de Blücher habían frustrado la invasión francesa. Lo que quedaba de guerra iba a consistir en una persecución por el fortificado frente del norte de Francia hasta que el emperador se rindiera. Sharpe decidió que podía quedarse en Bruselas sin tomar parte y luego volver a sus manzanos de Normandía—. Supongo que nunca llegare a combatir con el emperador —lo dijo con nostalgia, sintiéndose extrañamente abatido. La batalla del día anterior había sido una manera muy poco satisfactoria de conseguir la victoria,

pero Sharpe era un soldado con la suficiente veteranía como para hacerse con ella sin importar el modo en que se alcanzara—. ¿Queda más té?

Un escuadrón de caballería de la Legión Alemana del Rey trotaba hacia el sur y era de suponer que se dirigía hacia la línea de piquetes para observar los inicios de la retirada del enemigo. Algunos soldados de la Guardia Real cantaban en el bosque por detrás de Sharpe mientras que otros casacas rojas atravesaban poco a poco el pisoteado centeno recogiendo armas abandonadas. Unos cuantos oficiales a caballo cabalgaban entre los restos de la batalla, ya fuera buscando algún recuerdo o algún amigo. Entre los jinetes, y con aspecto de encontrarse muy perdido, estaba el teniente Simon Doggett, que parecía estar registrando el linde del bosque. Sharpe tuvo el impulso de retroceder al abrigo de los árboles, pero por pereza se quedó donde estaba y deseó haber obedecido su impulso cuando Doggett, al ver su casaca verde, dirigió su caballo al otro lado de la fosa común del 69.º.

—Buenos días, señor —Doggett saludó a Sharpe con mucha formalidad.

Sharpe le devolvió el saludo alzando su taza de té.

—Buenos días, Doggett. Una mañana horrible, sí, señor.

—Al barón le gustaría verle, señor. —Doggett parecía sumamente incómodo, como si todavía lo violentara el recuerdo del altercado de Sharpe con el príncipe. Puede que Sharpe tuviera razón al protestar por la orden del príncipe, pero un príncipe seguía siendo un príncipe y la costumbre de respetuosa obediencia estaba profundamente arraigada en Doggett.

—Si Rebecque quiere algo de mí, aquí estoy —dijo Sharpe con terquedad.

—Está esperando justo al otro lado de la encrucijada, señor. Por favor, señor.

Sharpe se negó a apresurarse. Terminó el té, se afeitó cuidadosamente y luego se abrochó la espada y se colgó el rifle al hombro. Sólo entonces caminó de vuelta al cruce donde el barón Rebecque le aguardaba.

El holandés recibió a Sharpe con una sonrisa e hizo un gesto hacia la carretera para sugerir que tal vez a los dos les podría apetecer dar un paseo matutino. Los campos a ambos lados del camino estaban plagados de soldados que habían llegado a Quatre Bras durante la noche para perseguir a los vencidos franceses.

—Parece que va a llover, ¿verdad? —observó Rebecque en tono suave.

—Va a caer un aguacero de mil demonios —Sharpe levantó la vista hacia las hinchadas nubes oscuras—. No será un día nada bueno para los mosquetes.

Rebecque miraba fijamente a la hierba de la cuneta más que a las nubes o al fusilero que caminaba a su lado.

—Tenía usted razón —dijo por fin.

Sharpe se encogió de hombros pero no dijo nada.

—Y el príncipe sabe que tenía razón y se siente muy mal.

—Pues díglele a ese cabrón que se disculpe. No conmigo, sino con las viudas del

69.º.

Rebecque sonrió ante la vehemencia de Sharpe.

—Por regla general uno se decepciona si espera que la realeza se disculpe. Es joven, muy testarudo, pero en el fondo es buena persona. Tiene la impaciencia de la juventud: la convicción de que una acción audaz traerá consigo el éxito inmediato. Ayer se equivocó, pero ¿quién puede decir que mañana no acierte? De todas formas, necesita el consejo de la gente a la que respeta, y a usted lo respeta. —Rebecque, que sufría el primer ataque de alergia del día, se sonó la nariz en un enorme pañuelo rojo—. Y le disgusta mucho que usted esté enfadado con él.

—¿Qué demonios espera después de destituirme?

Rebecque agitó el pañuelo como para sugerir que la destitución era una tontería.

—Usted no es tan sólo un oficial del estado mayor, Sharpe, también es un cortesano. Tiene que tratarlo con tacto.

—¿Y eso qué diablos quiere decir, Rebecque? —Sharpe se había detenido para desafiar al afable holandés con una mirada hostil—. ¿Que tengo que dejar que mate a una brigada de tropas británicas sólo porque lleva una corona sobre su maldita cabeza?

—No, Sharpe. —Rebecque se mantuvo sorprendentemente calmado ante la agresividad de Sharpe—. Significa que cuando le da una orden idiota, usted dice: «Sí, señor. Enseguida, señor», se aleja y pierde tanto tiempo como le sea posible, y cuando regrese y él exija saber por qué la orden no se ha obedecido, usted dice que se encargará de ello inmediatamente, y vuelve a alejarse otra vez y pierde aún más tiempo. Eso se llama tacto.

—¡A la mierda el tacto! —exclamó Sharpe enojado, aunque sospechaba que Rebecque estaba en lo cierto.

—Ayer tenía que haberle dicho que la brigada iba a obedecer sus órdenes y se desplegarían en línea en cuanto hubiera algún movimiento enemigo ante ellos. De esa forma a él le hubiera parecido que sus órdenes se cumplían.

—¿Así que es culpa mía que murieran? —protestó Sharpe con ira.

—Claro que no. ¡Oh, maldita sea! —Rebecque dio un violento estornudo—. Sólo le estoy pidiendo que lo trate con diplomacia. ¡Él lo quiere a su lado! ¡Lo necesita! ¿Por qué cree que solicitó expresamente que usted tenía que formar parte de su estado mayor?

—Me lo he preguntado con frecuencia —dijo Sharpe con amargura.

—Porque usted es famoso en este ejército. Usted es un soldado de soldados. Si el príncipe lo tiene a su lado refleja con ello un poco de su fama y valor.

—¿Quiere decir que soy como una de esas condecoraciones que se cuelga alrededor de su flaco cuello?

Rebecque asintió.

—Sí, Sharpe, eso es exactamente lo que es usted. Y por eso le necesita. Él cometió un error, el ejército entero sabe que cometió un error, pero es importante que sigamos mostrándole confianza —Rebecque miró a Sharpe a la cara—. Así que, por favor, haga las paces con él.

—Ni siquiera me cae bien —masculló Sharpe en tono que sonó amargo.

Rebecque suspiró.

—A mí sí. Y él quiere caer bien. Si lo halaga le será más fácil tratar con él. Pero si le lleva la contraria o hace que se sienta como un idiota, no hará más que enfurruñarse —Rebecque esbozó un amago de sonrisa—. Y la realeza lo hace muy bien cuando se trata de enfurruñarse, tal vez sea su principal talento.

Sharpe esperó a que una carreta con soldados heridos pasara junto a ellos con estruendo y luego miró a Rebecque a los ojos.

—¿Así que quiere que le pida disculpas a ese cabrón?

—Me asombra la rapidez con la que aprende nuestras finas costumbres —dijo Rebecque con una sonrisa—. No. Yo me disculparé por usted. Diré que lamenta profundamente haber perturbado a su alteza y que sólo desea estar a su lado como consejero y amigo.

Sharpe empezó a reír.

—Es un mundo endemoniadamente extraño, Rebecque.

—¿Entonces va a presentarse y volver al servicio, Sharpe?

Sharpe se preguntó cuánto tiempo le quedaría de servicio en la guerra ahora que el emperador estaba vencido, pero asintió con la cabeza de todos modos.

—Me hace falta el dinero, Rebecque. Claro que voy a volver al servicio.

Rebecque pareció aliviado. Ofreció su caja de rapé a Sharpe, quien rehusó el ofrecimiento. Rebecque, como si no estuviera estornudando ya bastante, se puso un pellizco de aquel polvo en la mano izquierda, lo aspiró enérgicamente por la nariz, estornudó tres veces y luego se enjugó los ojos con el pañuelo. Unos soldados de caballería en mangas de camisa pasaron por su lado en fila con cubos de lona llenos de agua para sus caballos.

—Bueno, ¿dónde está el príncipe? —preguntó Sharpe.

Imaginó que tendría que hacer de tripas corazón y enfrentarse a ese maldito muchacho.

Rebecque señaló hacia el norte, dando a entender que el Joven Franchise se encontraba a muchos kilómetros de distancia camino arriba.

—Lo mantengo bien alejado del peligro. Sería políticamente desastroso que hoy lo hicieran prisionero.

Sharpe, sorprendido, se quedó mirando a ese bondadoso holandés de mediana edad.

—¿Qué significa eso? ¿Es que ayer no había el mismo peligro?

—Ayer —explicó Rebecque gentilmente— no nos estábamos retirando. En cualquier momento, Sharpe, todo este ejército podría verse rodeado y encontrarse luchando por su misma existencia.

—¿Su existencia? ¡Creía que hoy íbamos a perseguir a esos malditos franceses! Entonces le tocó a Rebecque sorprenderse.

—¿No lo sabía? Blücher fue derrotado. Su ejército no quedó destruido, gracias a Dios, pero les dieron una buena paliza y se han visto obligados a retirarse. —El tono de Rebecque al dar la terrible noticia era muy calmado—. Parece que su jefe de estado mayor prefirió que pensáramos que habían vencido. De ese modo nuestro ejército se quedaba aquí, como una tentación para Napoleón. Tal vez prefiriera atacarnos a nosotros, ¿sabe?, y dejar escapar a los prusianos. Si uno se para a pensarlo, en realidad es una estratagema bastante ingeniosa por parte de los prusianos, pero lo más probable era que a nosotros nos dejara en una situación condenadamente incómoda.

—¿Los prusianos se están retirando? —Sharpe parecía no creérselo.

—Se marcharon anoche a última hora, lo cual significa que estamos aquí solos, abandonados a nuestra suerte. El mariscal Ney todavía se encuentra frente a nosotros y en cualquier momento el resto del ejército francés atacará nuestro flanco izquierdo.

Sharpe dirigió la mirada hacia el este de forma instintiva, pero no se percibía movimiento alguno en el paisaje de bosques y prados ensombrecido por las nubes. Trató de comprender aquella nueva realidad. La victoria del día anterior en Quatre Bras no había servido de nada porque Napoleón había abierto las dos puertas de par en par de una patada y los aliados estaban separados. Los prusianos habían huido durante la noche y habían dejado solos a los británicos para que se enfrentaran con toda la fuerza del ejército del emperador al completo.

—Así que muy pronto —continuó diciendo Rebecque tranquilamente— vamos a retirarnos. El duque no ha armado demasiado alboroto porque no quería provocar pánico. Sólo podemos utilizar esta carretera, ¿sabe?, y cuando empiece a llover es probable que el terreno se ponga difícil.

Sharpe se acordó de Wellington inclinado sobre el mapa en el vestidor del duque de Richmond.

—¿Vamos a ir a Waterloo? —le preguntó a Rebecque.

El holandés pareció sorprenderse de que Sharpe hubiera oído hablar siquiera de aquel pueblo, pero asintió con la cabeza.

—Nos dirigiremos al sur de Waterloo precisamente, a un lugar llamado Mont-Saint-Jean. Hoy mismo marcharemos hacia allí, mañana opondremos resistencia y rezaremos para que los prusianos vengan a socorrernos.

—¿A socorrernos? —Sharpe torció el gesto ante aquella palabra.

—Por supuesto. —Rebecque, como siempre, estaba imperturbable—. Blücher ha

prometido que si oponemos resistencia acudirá en nuestra ayuda. Siempre que los franceses no lo detengan, claro, y no hay duda de que lo intentarán. Ayer no pudimos alcanzarle, por lo tanto sólo nos queda rezar para que mañana no nos devuelva el cumplido. Ciertamente no podemos vencer a Napoleón nosotros solos, así que, si Blücher nos falla, nos derrotarán a todos. —Rebecque sonrió ante su retahíla de malas noticias—. En general, Sharpe, no están muy bien las cosas. ¿Está seguro de que aún quiere prestar servicio en el estado mayor de su alteza?

—Ya se lo dije. Necesito el dinero.

—Claro que puede que hoy no lleguemos a Mont-Saint-Jean. El emperador ha de darse cuenta de que nos tiene a su merced, por lo que no tengo ninguna duda de que incluso en este preciso momento se está dando prisa para atacarnos. ¿Podría sugerirle que formara parte del piquete personal del príncipe durante la retirada? Si pareciera que el emperador tuviera intención de penetrar en nuestras defensas y destruirnos, mándeme un mensaje. Preferiría que no tomaran prisionero a su alteza real, sería muy embarazoso desde el punto de vista político. Sírvase del joven Doggett como mensajero. ¿Ha desayunado?

—He tomado un poco de té.

—Tengo un poco de pan y carne de ternera fría en mis alforjas. —Rebecque se volvió hacia la encrucijada y ofreció la mano a Sharpe para que se la estrechara—. Cuando se tiene razón, Sharpe, el truco está en no demostrarlo. Avergüenza a los incompetentes que nos gobiernan.

Sharpe sonrió y tomó la mano que le tendía.

—Entonces, quizá mejor demos gracias a Dios por el duque de Wellington.

—Puede que ni él sea lo bastante bueno para sacarnos de este aprieto. Ya veremos. —Rebecque se dirigió de vuelta a su caballo y utilizó una pared de piedra que había junto al cruce como apoyo para subir a su montura. Se acomodó en la silla—. Si amenaza el desastre, hágamelo saber y, aparte de eso, haga lo que pueda para no mojarse. —Dio la comida a Sharpe y luego chasqueó la lengua y se fue cabalgando hacia el norte.

Sharpe se giró y se quedó mirando hacia el este y hacia el sur. En algún lugar bajo aquellas nubes que amenazaban tormenta se encontraba el hombre contra el que había luchado la mayor parte de su vida y al que, sin embargo, nunca había visto. El emperador de Francia, conquistador del mundo, llegaba para combatir contra los británicos.

* * * *

La lluvia, al igual que los franceses, se contenía.

La noticia de la derrota de los prusianos se difundió rápidamente. El optimismo se

convirtió en resignación y luego en nerviosismo cuando el ejército se dio cuenta de lo precario de su situación. Todo el poderío del ejército francés estaba a punto de concentrarse en Quatre Bras y no había ninguna esperanza de recibir ayuda por parte de los prusianos.

Empezó la retirada. Uno a uno, los batallones de infantería fueron enviados hacia la encrucijada de Mont-Saint-Jean situada a unos veinte kilómetros al norte. Los soldados que esperaban su turno se iban poniendo cada vez más tensos; cada batallón que se escapaba hacia el norte era un batallón menos para enfrentarse al esperado ataque francés que dejaba la retaguardia con más posibilidades de ser superada en número y arrollada. Las tropas del mariscal Ney permanecían inmóviles más al sur y era de suponer que el emperador se acercaba a toda prisa desde el este, pero uno tras otro, los batallones británicos se escabulleron sin problemas durante la mañana, que transcurrió sin que tuviera lugar ningún ataque francés.

El duque de Wellington fingió despreocupación. Estuvo un rato sentado sobre el pisoteado centeno leyendo un periódico y hasta se tumbó y durmió con sus páginas sobre la cara. Todavía dormía cuando los piquetes exteriores se retiraron y cedieron el riachuelo y la granja Gemioncourt a los franceses, si es que éstos se molestaban en avanzar. Aunque parezca mentira, los franceses no se movieron y las hogueras de sus campamentos seguían ardiendo soltando una plácida humareda que se alzaba hacia las cada vez más oscuras nubes. Alrededor de mediodía aquellas nubes eran tan imponentes y amenazadoras como el cielo monzónico de la India. La atmósfera sin viento era curiosamente tranquila y pesada, y presagiaba una catástrofe. Los últimos batallones de infantería se fueron acercando poco a poco al camino que llevaba hacia el norte y los alejaba de la trampa que los franceses aún no les habían tendido. La artillería montada que, junto con la caballería, iba a formar la retaguardia británica observaba con nerviosismo el terreno ocupado por el enemigo, pero las tropas francesas seguían sin salir de Frasnes ni aparecer por el este. El único indicio del enemigo era el humo que producían.

—Siempre solían hacer lo mismo —comentó Harper. El irlandés, con Sharpe y Doggett, esperaba en la linde del bosque junto a la tumba medio cubierta del 69.º.

—¿Hacer qué? —preguntó Doggett.

—Tomarse una mañana libre después de una batalla y prepararse una comida.

—Esperemos que sea opípara —dijo Doggett con una sonrisa.

De la infantería, los miembros de la Guardia fueron los últimos en emprender la marcha hacia el norte y en el cruce únicamente quedaron los soldados de la artillería montada, la caballería y los miembros del estado mayor. Aquella retaguardia esperó allí mucho tiempo después de que se hubiesen marchado los miembros de la Guardia, dando así una buena oportunidad a la infantería a que se alejaran de Quatre Bras. Los franceses seguían dudando y la lluvia seguía sin caer.

Los primeros soldados de la caballería británica trotaron hacia el norte y Sharpe vio que por fin el duque de Wellington subía a su montura.

—Es hora de que nosotros también nos vayamos —dijo Sharpe.

Un capricho de las nubes que amenazaban tormenta abrió una grieta en algún punto del agitado cielo y un lazarino rayo de luz amarilla y brumosa descendió inclinado para iluminar la carretera junto a la granja Gemioncourt.

—¡Dios mío! —Doggett tenía los ojos clavados en el trozo de terreno curiosamente brillante bajo la negrura poco natural del cielo.

En aquella zona soleada había lanceros.

De repente había miles de lanceros. Unos con casacas verdes y otros con casacas de color escarlata. En las tierras de labranza había crecido todo un matorral de puntas de lanza con banderas colgando que el errante rayo de sol tema de oro.

—¡Vámonos pitando de aquí! —Sharpe se acomodó en su silla de montar.

—¡No, señor! ¡Mire! ¡Mire! —un excitado Doggett estaba de pie en los estribos y señalaba hacia el sur. Sharpe se volvió y no vio nada, por lo que sacó el catalejo de su alforja.

La lente se deslizó junto a las figuras escorizadas de los lanceros, siguió hacia atrás a través del polvo que éstos levantaban en los campos de centeno con los cascos de sus caballos y subió hasta la blanca carretera, donde, perfilado contra las cosechas que brillaban bajo el sol e iluminado por el baño de luz errante, se hallaba un solo jinete. El hombre iba vestido con ropa oscura, montaba un caballo gris y llevaba un sombrero bicornio puesto de lado sobre la cabeza. Estaba abatido sobre su silla, como si montara de mala gana.

—¡Es él! —exclamó Doggett casi con reverencia.

—¡Dios mío! —El tono de Sharpe fue de sobrecogimiento. Allí, en su catalejo, estaba aquel hombre bajo y regordete que había dominado Europa durante los últimos diez años, un hombre al que Sharpe nunca había visto pero cuya silueta, rostro y postura le eran familiares de miles de grabados y estatuas. Sharpe le pasó el antejo a Harper, que miró fijamente al distante emperador.

—¡Es Bonaparte! —Doggett estaba tan emocionado que parecía que estuviera viendo a su propio monarca cabalgando hacia él.

—Creo que ya va siendo hora de que salgamos de aquí —dijo Harper.

Los lanceros subieron por la llana cuesta que ascendía desde el vado y, a modo de bienvenida, se dispararon todos los cañones británicos que esperaban.

Los cañones retrocedieron violentamente con estrépito. Las ruedas dieron una sacudida al tiempo que el suelo vibraba y se llenaba de polvo. El humo salió disparado a unos veinte metros por delante de cada una de las bocas de los cañones, mientras que, por encima de las cosechas pisoteadas, la mecha de los proyectiles dejó unas pequeñas estelas de humo blanco que se arquearon hacia la línea de la caballería

que avanzaba. Hubo una pausa y luego pareció como si los lanceros se zambulleran en una vorágine de proyectiles que explosionaban. Se formó una nube de humo y llamas. Los caballos relinchaban. Sharpe vio una lanza que daba vueltas en el aire por encima de una hirviente humareda.

Entonces, para demostrar que los hombres eran unos enclenques, un viento repentino empezó a soplar desde el noroeste. El viento empezó tan súbitamente que Sharpe se giró a medias en su silla, por miedo a que hubiera caído un proyectil explosivo tras él, y al darse la vuelta hubo una retumbante descarga de truenos que sonó como el mismísimo fin de los tiempos. El claro entre las nubes se tapó, como si una enorme puerta se hubiese cerrado de golpe en el cielo y cuyo retumbo fuera el terrible trueno que martilleó la tierra con una cascada ensordecedora. Un rayo blanco azulado se hundió en el lejano bosque y entonces empezó a llover.

En un instante todo el campo de batalla quedó emborronado a la vista. Era un aguacero, un torrente, una fortísima tormenta que caía para empapar los campos, inundar las zanjas y silbar cuando golpeaba las calientes bocas de los cañones. Sharpe tuvo que gritar para hacerse oír por encima del chaparrón.

—¡Vámonos! ¡Venga!

En cuestión de pocos segundos el campo se había convertido en una ciénaga. La lluvia era aún más fuerte que la de aquellas tormentas que sacudían el cielo y que Sharpe había visto en la India. Mientras conducía a sus compañeros fuera del abrigo de los árboles tuvo que agachar la cabeza ante la fuerza maníaca de aquellos chorros de agua que el viento arremolinaba y que empaparon su uniforme en un instante. Los caballos avanzaban a duras penas contra el temporal de lluvia y los cascos se les pegaban en la glutinosa mezcla de barro y paja. El agua de la lluvia salía a raudales de los campos cargada de preciosa tierra y dejaba al descubierto los blancos e hinchados cuerpos de los muertos apenas enterrados.

Se oyó el estruendo de un trueno en el cielo, una batalla de dioses que ahogaba los sonidos de guerra producidos por el hombre. Las inmensas explosiones retumbaban de oeste a este, rebotaban, dividían las nubes con múltiples bifurcaciones de relámpagos e inundaban la agazapada tierra. Sharpe condujo a Harper y a Doggett hasta el camino de Nivelles que en aquellos momentos era un retorcido río de barro arrastrado por el agua. A su izquierda vio a un escuadrón de caballería cuyos miembros iban envueltos en capas, y a su derecha un grupo de artilleros que enganchaban su arma al carro de munición, pero cualquier objeto que estuviera a más de treinta metros quedaba completamente oculto por las plateadas ráfagas de lluvia que caían con estrépito al igual que la metralla. Un cañón disparó por detrás de Sharpe y su sonido quedó apagado por la mayor violencia de la tormenta.

Sharpe dio la vuelta y se dirigió hacia la carretera principal. Su empedrada superficie era más firme, un paso elevado para salir del desastre. Los animales de

caballería que se dirigían penosamente hacia el norte por los prados situados a los flancos tenían los cascos cubiertos de tierra, lo cual era prueba de que ningún cañón podría escapar a menos que alcanzara la carretera.

—¡Adelante! ¡Venga! ¡Moveos! —Los artilleros fustigaban a los caballos desde los prados hasta la carretera, que estaba cubierta de una corriente de blanca agua calcárea. Los caballos tiraban de su carga, notando, al parecer, el pánico de su dueño, causado por la cercana presencia de lanceros enemigos. Los soldados volvieron la mirada hacia el paisaje desdibujado por la tormenta y azotaron a los equipos de caballos hasta que por fin la artillería montada salió de Quatre Bras y se dirigió galopando hacia el norte, con la sangre que goteaba de los golpeados flancos de los caballos y el agua plateada que salpicaba de debajo de las ruedas. Sharpe, Harper y Doggett se fueron a toda prisa con ellos.

Milagrosamente, no se perdió ningún cañón. La precipitada huida se vio frenada en el pueblo de Genappe, donde la carretera se estrechaba al tiempo que serpenteaba entre las casitas con tejado de paja. Aquel retraso proporcionó a los perseguidores franceses la oportunidad de atrapar a los últimos cañones, pero un regimiento de dragones británicos se dio la vuelta y cargó contra los lanceros. Avanzaron más soldados de la caballería francesa y se necesitó un ataque por parte de la Guardia Real pesada, la propia escolta del soberano, para ahuyentar a los franceses. Los miembros de la Guardia Real, vestidos con casacas de color escarlata y cascos griegos negros y dorados con penacho, arremetieron contra el enemigo con sus pesadas y torpes espadas. La mera fuerza de la caballería pesada hizo retroceder a los más ligeros jinetes franceses y así los cañones tuvieron tiempo de abrirse paso por la estrecha calle del pueblo.

Al norte de Genappe, los perseguidores franceses parecían perder su ferocidad. La lluvia también amainó, aunque seguía siendo fuerte. A cada kilómetro y medio más o menos los artilleros británicos se detenían, desenganchaban cañones de los arzones, disparaban unas cuantas veces a sus perseguidores y luego continuaban galopando. Los franceses seguían estando cerca, pero no ganaban terreno. La caballería británica, los dragones y los soldados de la Guardia Real se cernían sobre los flancos. De vez en cuando, al acercarse un escuadrón francés, los británicos avanzaban, pero en todas las ocasiones los franceses rehusaron el combate. A Sharpe le hizo gracia ver que, cuando un miembro de la Guardia Real se caía de un caballo que había resbalado, volvía a montar y ocultaba su uniforme manchado en la última fila de su escuadrón, como si estuviera en un desfile en Hyde Park.

Los franceses consiguieron hacer avanzar algunos de sus propios cañones ligeros de ocho libras que abrieron fuego con una descarga de disparos. Las pequeñas balas de cañón provocaban una lluvia de barro y agua donde caían. El barro estaba salvando la retirada, no sólo porque absorbía la potencia de las descargas francesas,

sino porque además obligaba a la caballería francesa a no alejarse de la carretera. Si el suelo hubiera estado seco, la rápida caballería ligera enemiga habría podido dirigirse a toda velocidad hacia los flancos británicos abalanzarse a golpes de lanza y sable contra la columna que se resistía, pero el barro y la lluvia frenaron su avance.

Otro tipo de arma acudió en ayuda de los británicos. Un repentino silbido estruendoso hizo que Sharpe se diera media vuelta, habían disparado un misil. Él ya se había enfrentado a los misiles en España, pero el hecho de que estuviera familiarizado con ellos no disminuía su fascinación por aquella extraña arma, y observó maravillado cómo salía disparado el tosco proyectil sobre su pilar de llamas, chamuscando el largo palo que le proporcionaba equilibrio. Doggett, que nunca había visto aquella arma nueva y misteriosa, se quedó impresionado. Harper sacudió la cabeza con desdén.

—Están garantizados para no dar ni una sola vez en el blanco, señor Doggett. Observe y verá.

El primer misil, envuelto en llamas, describió una trayectoria en forma de arco por encima del valle y dejó una serpenteante estela de humo a su paso. El proyectil cayó en dirección a los cañones franceses, la espoleta que llevaba en la boquilla explotó y una lluvia de metralla al rojo vivo cayó con estrépito y mató a todos los artilleros de uno de los cañones franceses.

—¡Dios Todopoderoso —exclamó Harper con maravillada estupefacción—, esa maldita cosa ha funcionado!

Animados por su éxito, los artilleros de los misiles dispararon toda una descarga. Se lanzaron doce proyectiles desde doce tejas metálicas orientadas hacia arriba sobre unas patas cortas. Se prendieron las mechas de los misiles y los soldados corrieron a cubrirse. Los proyectiles empezaron a arrojar llamas y humo. Durante unos pocos segundos vibraron sobre sus lanzadoras y, uno a uno, salieron disparados por el aire húmedo. Al principio se bambolearon un poco, pero luego su propia aceleración los propulsó hacia delante. Dos de ellos hendieron el cielo directamente hacia las nubes y desaparecieron, otros tres cayeron en picado sobre el húmedo prado, donde las llamas quemaron la hierba mojada mientras los proyectiles daban unas enloquecidas vueltas en círculo, otros cinco se dirigieron de forma imprecisa hacia los franceses pero cayeron a tierra mucho antes de causar algún daño y los otros dos se dieron la vuelta hacia la caballería británica, que se quedó mirándolos un segundo y luego se dispersó presa del pánico.

—Esto ya es otra cosa —dijo Harper alegremente—. Así es como solía ser siempre, ¿no es cierto, señor Sharpe?

Sharpe ni escuchaba, ni observaba la descarga. En lugar de eso, tenía la mirada fija en el otro lado de la carretera, donde un grupo de jinetes se había desperdigado desesperadamente para alejarse de la amenaza de aquel misil descarriado. Lord John

Rossendale estaba en ese pequeño grupo, pero, con el esfuerzo para ponerse a salvo, se había separado de sus amigos.

—Me reuniré con ustedes más adelante —le dijo Sharpe a Harper.

—¿Señor? —Harper se sobresaltó, pero Sharpe ya había dado media vuelta a su caballo para alejarse. Y se había ido.

* * * *

Lord John Rossendale no recordaba haber estado nunca tan mojado, eufórico, asustado o confundido. No entendía nada. Creía que una batalla —y a él la retirada le parecía una batalla— era una cosa ordenada y bien dirigida. Los oficiales tenían que dar órdenes en voz alta y, con seguridad, los soldados obedecerían con prontitud, y el enemigo sucumbiría diligentemente; sin embargo, se hallaba rodeado por el desorden. Curiosamente, los protagonistas de aquel desorden parecían comprender lo que era necesario hacer. Vio que una batería de artillería montada desenganchaba el carro de munición y entraba en acción. Rossendale no oyó que se diera ninguna orden, pero los soldados sabían exactamente lo que tenían que hacer, lo hicieron con alegre eficiencia y luego volvieron a enganchar el armón para seguir su alocado galope a toda velocidad bajo la lluvia. En una ocasión en la que estaba parado sobre su caballo en medio de aquel diluvio, lord John se había sobresaltado al oír una voz que a gritos le decía que moviera el culo; lord John apartó rápidamente el caballo a un lado para ver que quien había gritado era un mero sargento. Un segundo después un cañón se deslizó en medio de una lluvia de barro y pasó a ocupar exactamente el mismo lugar en el que había estado el caballo de lord John. Tras unos instantes el cañón disparó y horrorizó a lord John con su sonido y la violencia de su retroceso. En Hyde Park, el único lugar donde lord John había visto disparar cañones, las bruñidas armas descargaban una explosión decorosa, y como no había ningún misil apretado contra la carga, apenas se movían, pero aquel cañón, sucio, lleno de barro y ennegrecido, parecía estallar con ruido y llamas. Sus ruedas se levantaban completamente del barro, el rastro que dejaban retrocedía como si fuese hecho con un arado antes de que las toneladas de metal y madera cayeran con estrépito y los artilleros embarrados corrieran con esponjas y baquetas a ocuparse de aquella bestia humeante.

Curiosamente, la violencia de la descarga parecía muy desproporcionada con relación al efecto del cañón. Lord John observó el impacto del proyectil que levantaría un montón de barro, provocaría tal vez una explosión si el cañón había disparado una granada, pero que causaría muy poca destrucción. Una vez vio a un lancero que se caía de su montura, pero en pocos segundos el hombre ya volvía a estar de pie y otro francés había ido rápidamente a rescatar a su asustado caballo.

En Genappe lord John había estado lo bastante cerca para ver el ataque de los

soldados de la Guardia Real y hasta había espoleado a su caballo para unirse a ellos. Vio que una espada partía el asta de una lanza como si fuera una ramita. Había visto que una de las hojas le aplastaba la cabeza a un lancero. Había visto a un miembro de la Guardia Real retorciéndose como un pez en la punta de una lanza. Había oído el gruñido de un soldado que entraba a matar y el silbido del aire al salir de los pulmones del soldado de caballería herido. Había olido el espesor dulzón de la sangre y el humo acre de las pistolas en la empapada atmósfera. La sangre de un caballo moribundo caía a borbotones sobre el camino y quedaba inmediatamente diluida por la lluvia. Para cuando lord John había desenfundado la espada y rozado los ijares de su caballo con las espuelas, los franceses ya se habían retirado dejando una docena de muertos y el doble de heridos. Había sido todo muy rápido y confuso pero, un conocido de lord John, un tal capitán Kelly al que veía a menudo cuando estaba en el servicio real, ofreció a su señoría una sonrisa confiada.

—¡Cacé a un par de ellos!

—Bien hecho, Ned.

—Una vez que has evitado la punta de la lanza es algo parecido a matar conejos.

—El capitán Kelly limpiaba la sangre de la hoja de su espada—. Demasiado fácil en realidad.

Lord John trató de imaginarse que eludía una punta de lanza y lo encontró difícil. Tras la refriega, mientras cabalgaba por la calle del pueblo, había visto el miedo en los rostros de los civiles y se había sentido muy superior a tales criaturas grises y llenas de barro. Más tarde, al norte de Genappe, cuando los franceses no los perseguían tan de cerca, se dio cuenta del miedo que ambos grupos de caballería se tenían. Se amenazaron muchas veces y los soldados avanzaban con actitud beligerante para provocar a los del otro bando, pero si ninguna de las dos fuerzas podía obtener una clara ventaja, ambos contendientes se retiraban sin presentar batalla. Era todo muy raro.

Lo más extraño de todo eran los misiles. Lord John había oído hablar mucho del Cuerpo de misiles, puesto que era un proyecto preferido de su antiguo señor, el príncipe regente, pero aquella era la primera vez que los había visto disparar. El primer misil fue maravillosamente preciso y tan mortífero que todos los artilleros franceses en un radio de cien metros habían huido presas del pánico, pero la siguiente descarga fue de risa. Uno de los misiles pareció amenazar al grupo de oficiales de estado mayor de lord Uxbridge, que habían gritado alegremente mientras se dispersaban para alejarse de su silbante proyectil. Lord John espoleó a su caballo con demasiada fuerza y éste casi se desbocó con él encima. Logró frenar a la yegua al cabo de unos cien metros y se giró para ver cómo el proyectil se enterraba en el barro con el palo que seguía ardiendo tranquilamente encima. La enterrada carga de pólvora explotó sin causar daños.

Cuando miró hacia la carretera para ver si encontraba a sus amigos vio que Sharpe se dirigía hacia él.

Lord John supo que debía quedarse donde estaba y pelear. Un instante después se dio cuenta de que si lo hacía moriría.

Así pues, dio la vuelta y huyó.

* * * *

Los criados de lord John se encontraban en algún lugar más adelante, con el bagaje de la caballería. Harris, el cochero, que había venido a caballo desde Bruselas con una carta de Jane, también había avanzado para encontrar alojamiento para esa noche. Christopher Manvell y los demás amigos de lord John habían desaparecido en medio del pánico provocado por el misil desviado. De pronto, lord John se encontró solo bajo el aguacero con su único y terrible enemigo que se acercaba a él a toda prisa.

Soltó las riendas a su caballo. Era un buen caballo, tenía cinco años y había sido entrenado para la caza. Poseía resistencia y velocidad y sin duda era más rápido que el caballo que montaba Sharpe, y lord John había aprendido en las partidas de caza la mejor manera de cabalgar por la traicionera campiña. En los primeros ochocientos metros debía de haberle sacado unos cien metros de ventaja. Se oyeron unos irónicos gritos de entusiasmo en la carretera, donde los artilleros que se retiraban se imaginaron que los dos oficiales estaban echando una carrera.

Lord John estaba ajeno tanto a las aclamaciones como a la lluvia y, en realidad, a todo lo que no fuera el apuro en el que se encontraba. Se estaba maldiciendo a sí mismo; tendría que haberse dirigido hacia sus compañeros y ponerse a salvo bajo su protección, pero en lugar de eso, cegado por el pánico, se estaba alejando aún más de aquellos que lo podían ayudar. No se atrevía a mirar atrás. Su caballo galopó ruidosamente por el margen de un prado, pasó a toda velocidad por encima de hileras empapadas de heno recién segado y luego bajó por una suave pendiente y se dirigió hacia un seto, tras el cual, y al otro lado de otro prado, había un oscuro bosquecillo cuyos árboles brindaban un sendero oculto que volvía a la carretera.

Su caballo casi se plantó en el seto, no por la altura del endrino, sino porque al acercarse al obstáculo el suelo tenía unos centímetros de barro. Lord John le clavó las espuelas al animal con ferocidad, y de alguna manera éste consiguió avanzar y saltar por encima de las espinas, rozándolas. Volvió a caer al suelo pesadamente, haciendo que el barro salpicara y empapara la casaca roja de lord John. Éste volvió a espolear al caballo y lo obligó a seguir adelante penosamente y alejarse del terreno pegajoso. El suelo del prado era más firme, pero incluso allí la tierra estaba esponjosa debido a la lluvia.

Llegó a los árboles sin ningún percance y, una vez guarecido bajo ellos, miró

atrás y vio que Sharpe todavía tenía que salvar el profundo barro junto al seto. Lord John se sintió a salvo. Agachó la cabeza y se adentró en el espeso y frondoso bosquecillo que resultó ser un escondite perfecto. La carretera, por la que los cañones avanzaban con estrépito y sonidos metálicos, se encontraba a no más de cuatrocientos metros de distancia; lord John permanecería oculto bajo el espeso y empapado abrigo del bosque hasta llegar al borde de la carretera. Una vez allí podría esperar a que sus amigos le ofrecieran su apoyo. Sharpe, de eso estaba seguro, no intentaría nada violento delante de testigos.

Lord John redujo la marcha de su caballo, lo puso al paso y dejó que continuara por un sendero que serpenteaba entre robles y hayas. La lluvia salpicaba las hojas más altas y goteaban de forma abatida desde las más bajas. Oyó un sonido a su derecha, como si alguien escarbara, que le hizo darse la vuelta de pronto, asustado, pero no era más que una ardilla roja que corría por la rama de un roble. Se inclinó sobre la silla con un sentimiento de desesperación.

Desesperaba por el honor. El honor era el simple código del caballero. El honor decía que un hombre no huía de un enemigo, decía que un hombre no coqueteaba con las tentaciones de asesinato y que un hombre no debía demostrar miedo. El honor era la delgada línea que protegía a los privilegiados del oprobio; y lord John, caído sobre su silla húmeda en un bosque mojado bajo un cielo atronador, sabía que había mancillado su honor. Jane, en su carta, había amenazado con abandonarle si cumplía su promesa de devolverle el dinero a Sharpe. ¿Durante cuánto tiempo —había preguntado ella— iba a permitir lord John que Sharpe fuera una molestia para su felicidad? Si lord John no podía terminar con ese asunto, ella encontraría a un hombre que pudiera.

Había subrayado la palabra «hombre» tres veces.

Detuvo el caballo. Oía el sonido de las ruedas de los cañones por delante de él y, más cerca aún, siguiendo una trayectoria que debía de atravesar el bosque paralelo a la carretera, el sonido de los cascos de los caballos de un escuadrón que se dirigían chapoteando hacia el norte.

Otra voz acosaba a lord John. No podría soportar que otro hombre se llevara a Jane. Los celos lo atormentaban. Se había convencido a sí mismo de que el repentino desespere por casarse con él era una muestra del apasionado amor de Jane, y pensar que esa pasión se consumiera haciendo feliz a otro hombre era más de lo que él podía aguantar.

Se oyó el tintineo de una barbada de cadena. Lord John levantó la vista y vio que tenía a su enemigo delante. Sharpe debía de haberse imaginado que lord John volvería sobre sus pasos bajo la protección de los árboles, así que había cabalgado en diagonal hacia el lugar donde el bosque se unía al camino y luego había torcido hacia el este. En aquel momento, a tan sólo unos veinte pasos de distancia, se quedó

sentado sobre su caballo y miró fijamente a lord John.

Lord John se sintió extrañamente calmado. Momentos antes una ardilla le había puesto los nervios de punta, pero ahora que su enemigo había llegado, y que sabía lo que debía hacer, se sorprendió a sí mismo con su tranquilidad.

Ninguno de los dos habló. No había nada que decir.

Lord John pasó la lengua por el agua de lluvia que tenía en los labios. Sabía que, si desenvainaba la espada, aquel asesino con casaca verde caería sobre él como una furia, así que dejó la mano bien alejada del puño envuelto en plata de su espada y, sin importarle su honor, desenfundó la pistola de cañón largo que llevaba en la silla. Era una bonita pistola, un regalo de Jane, con una cápsula fulminante en vez de pedernal. La empuñadura, elegantemente curvada, era de madera de nogal grabada y su largo cañón estriado era azulado y dorado. Las estrías del cañón dotaban al arma de una precisión mortífera, mientras que el caro pistón la hacía inmune al peor de los aguaceros. Echó atrás el percutor dejando al descubierto la pequeña lámina de cobre en la que se hallaba la pólvora apretada. Cuando se golpeará aquella lámina, una lanza de llamas atravesaría la chimenea y prendería la carga principal.

Levantó la pistola. La mano derecha le temblaba ligeramente. Sharpe no había hecho un solo movimiento para defenderse, ni huyendo ni desenfundando su propia arma. El cañón de la pistola estaba cubierto de gotas de lluvia. El punto de mira vacilaba. Lord John intentó acordarse de sus clases. No debía estar tenso. Tenía que inspirar profundamente y, al mismo tiempo, apretar el gatillo con suavidad.

Sharpe hizo avanzar a su caballo.

Aquel movimiento repentino desconcertó a lord John y la pistola temblaba en su mano mientras intentaba seguir el avance de Sharpe. Éste parecía totalmente ajeno a la amenaza de la pistola, como si no la hubiese visto.

Lord John miró a su enemigo a los ojos. Sabía que debía apretar el gatillo, pero de pronto el temor lo paralizó. Oyó unas voces no muy lejanas en el bosque y sintió un miedo terrible de que alguien pudiera ser testigo del asesinato, porque lord John sabía que iba a ser un asesinato y que la única clemencia que recibiría por ser lord sería que lo ahorcarían públicamente con una cuerda hecha de seda en vez de una hecha de cáñamo. Quería apretar el gatillo, pero su dedo no se movía y mientras tanto los cascos del caballo de Sharpe seguían surcando la gruesa y húmeda capa de humus hasta que el fusilero se halló tan cerca de lord John que se hubieran podido estrechar la mano sin siquiera tener que inclinarse en sus sillas. Sharpe no había apartado los ojos de lord John ni un instante, aunque la pistola se encontraba a sólo unos centímetros de su cara.

Sharpe levantó la mano derecha muy lentamente y apartó el arma. El movimiento sobresaltó a lord John y pareció sacarlo de su trance, y trató de tirar de la pistola, pero Sharpe la tenía fuertemente agarrada por el cañón, la hizo girar y la liberó de los

laxos dedos de lord John. Éste temblaba, a la espera de la muerte.

Sharpe aseguró la pistola volviendo a bajar el percutor sobre el pistón. Luego, sostuvo el cañón en su mano derecha, la culata curvada en la izquierda y empezó a hacer palanca con toda su fuerza para partir el arma. De pronto, la culata de madera se separó de las sujeciones que la unían al cañón, y cuando la pieza del gatillo se arrancó y quedó suelta, Sharpe sostuvo la pistola en dos inútiles mitades que, todavía sin mediar palabra, arrojó en el regazo de Rossendale. El caro cañón se deslizó y cayó sobre las hojas, mientras que la rota empuñadura de madera de nogal quedó sujeta a la parte superior de las botas de su señoría.

Lord John se estremeció y sacudió la cabeza cuando Sharpe alargó una mano hacia él, pero el fusilero se limitó a agarrar el puño de la espada de lord John y, muy lentamente, liberó el bruñido y grabado acero que rozó la vaina. Sharpe levantó la mirada, clavó la hoja estrecha en la horqueta de una rama y, de una sacudida brutalmente violenta, partió aquella valiosa arma. En la empuñadura quedaron unos veinte centímetros de acero, el resto de la hoja cayó al suelo.

—No vale la pena batirse con usted. —Sharpe seguía sosteniendo el puño de la espada rota.

—Yo...

—Cierre esa maldita boca.

—Yo...

Con la mano izquierda, Sharpe le propinó un fuerte bofetón a lord John.

—Yo le diré cuándo tiene que hablar —dijo Sharpe—, y ahora no tiene que hacerlo. Escuche. No me importa Jane. Ahora es su puta. Pero tengo una granja en Normandía que necesita manzanos y al granero le hace falta un tejado nuevo, el maldito emperador se llevó el ganado y todos nuestros caballos para su jodido ejército, y los impuestos en Francia son condenadamente maléficos, y usted tiene mi dinero. Pues bien, ¿dónde está?

Lord John parecía incapaz de articular palabra. Tenía los ojos húmedos, tal vez por la lluvia o acaso por la vergüenza de aquel encuentro bajo los árboles.

—¿Esa zorra se lo ha gastado todo? —preguntó Sharpe.

—No todo —logró decir lord John.

—¿Entonces cuánto queda?

Lord John no lo sabía, porque Jane no quería decírselo, pero calculó que deberían de quedar unas cinco mil libras.

Pronunció la cifra con un balbuceo, temiendo que Sharpe montara en cólera cuando se diera cuenta de cuánto había dilapidado Jane.

A Sharpe no pareció importarle. Cinco mil libras era una fortuna que habría restaurado el castillo de Lucille.

—Deme un pagaré ahora mismo —le dijo.

Lord John tenía serias dudas sobre si un pagaré con su firma tendría fuerza legal para hacer efectivo el dinero, pero si eso satisfacía a Sharpe, entonces él estaría muy contento de escribir mil pagarés como aquél. Levantó la solapa dorada de su alforja y sacó un cuaderno forrado en cuero y un lápiz. Garabateó las palabras con rapidez; la punta del lápiz rasgaba el papel donde el agua de lluvia goteaba de la visera de su casco. Arrancó la página y se la tendió sin decir palabra a su torturador.

Sharpe echó un vistazo a lo que había escrito y dobló el papel.

—En el lugar de donde vengo —dijo en tono familiar— los hombres todavía venden a sus esposas. ¿Alguna vez ha visto que eso se hiciera?

Lord John dijo que no moviendo la cabeza con recelo.

—Porque los pobres no pueden permitirse un divorcio, ¿sabe? —continuó diciendo Sharpe—, pero si todo el mundo está de acuerdo, la mujer puede venderse. Tiene que hacerse en el mercado. Le pones una cuerda alrededor del cuello, la conduces hasta allí y la ofreces al mejor postor. El precio y el comprador siempre se acuerdan de antemano, claro, pero convertirlo en una subasta le añade un poco de gracia al asunto. Me imagino que ustedes los acicalados bastardos de la aristocracia no le hacen eso a sus mujeres, ¿no?

Lord John lo negó con la cabeza.

—No, no lo hacemos —logró decir. Empezaba a darse cuenta de que Sharpe no le haría daño, cosa que le calmó los nervios.

—Yo no soy un bastardo acicalado —dijo Sharpe—. Yo soy uno auténtico, milord. Soy el bastardo de una prostituta salido de los bajos fondos, por lo tanto se me permite vender a mi mujer. Es suya. Yo tengo su dinero —Sharpe se metió el pagaré en el bolsillo—, así que lo único que necesita es esto. —Hurgó en su alforja y sacó el astroso pedazo de cuerda que era la correa habitual de *Nosey*. Arrojó el sucio trozo de sisal sobre la silla de montar de lord John—. Póngale la soga al cuello y dígame que la compró. Entre las gentes de las que provengo, milord, un divorcio hecho de esta manera es igual de válido que una ley aprobada por el Parlamento. Los abogados y la Iglesia no consideran que lo sea, pero ¿a quién le importa una mierda lo que piensen esos cabrones avariciosos? Ahora ella es suya. Usted la ha comprado, así que puede casarse con ella y yo no voy a interferir. ¿Comprende lo que le digo?

Lord John tocó la cuerda con vacilación. Sabía que se estaba burlando de él. Tal vez los pobres vendieran a sus esposas, pero un hombre respetable nunca accedería a participar en un contrato de ese tipo para convertirse en el segundo marido de una mujer.

—Lo comprendo —respondió con amargura.

—Pero si no recibo el dinero, milord, volveré por usted.

—Lo entiendo.

Sharpe todavía sostenía la espada rota. Se la ofreció a lord John con la

empuñadura por delante.

—Váyase, milord.

Rossendale tomó la truncada hoja, miró una vez más aquellos ojos oscuros y luego espoleó a su caballo para que avanzara. Huyó por entre los árboles con la cuerda todavía colgando de su silla y salió a la carretera, por la que los últimos cañones marchaban hacia el norte.

Sharpe aguardó unos momentos. Maldijo en silencio para sus adentros porque no había disfrutado humillando al débil, pero pensaba que al menos había hecho un buen negocio. Un nuevo tejado para el castillo a cambio de una esposa infiel. Dio unos golpecitos en el bolsillo donde estaba doblado el pagaré y luego dio la vuelta a su caballo. Todavía estaba un poco impresionado porque, hasta que no le había quitado la pistola a lord John, Sharpe no se había dado cuenta de que era un arma de percusión a prueba de lluvia. De no ser así no se hubiera acercado tan despacio a su negra boca.

Harper esperó a Sharpe en la carretera. Había visto salir de repente de entre los árboles a un asustado lord John Rossendale y en aquellos momentos, con un desconcertado Doggett a su lado, el irlandés observó cómo Sharpe conducía su caballo hacia la superficie empedrada.

—Y dígame, ¿qué pasó? —preguntó Harper.

—Se meó en los pantalones y luego compró a esa puta.

Harper se rió. A Doggett no le gustaba pedir explicaciones. Tras ellos, un cañón disparó un proyectil hacia los amenazadores lanceros e hizo que Sharpe girara hacia el sur para ver a los perseguidores franceses.

—Vamos. —Sharpe alzó el rostro hacia la lluvia limpiadora y luego espoleó a su caballo en dirección norte.

* * * *

A unos veinte kilómetros al sur de Bruselas la carretera que iba a Charleroi y a Francia se convertía en la ancha calle principal del pueblo de Waterloo. Al sur del pueblo la calzada se abría paso por el bosque de Soignes, donde los aldeanos llevaban a pastar a los cerdos y cortaban la leña que necesitaban.

A poco más de tres kilómetros al sur del pueblo los árboles daban paso a una vasta extensión de tierras de labranza que abarcaban la aldea y el cruce de Mont-Saint-Jean. A unos ochocientos metros aún más al sur la carretera cruzaba una colina poco elevada de cima plana que se extendía a este y oeste. En la cresta de la colina crecía un olmo solitario junto a la carretera que descendía luego hacia un amplio y llano valle repleto de campos de centeno, cebada, avena y heno. El camino atravesaba el valle antes de subir por otra baja loma situada a poco más de un kilómetro hacia el

sur. La cima de la colina más meridional tenía como distintivo una taberna pintada de blanco que se llamaba La Belle Alliance.

Si un ejército tomaba posiciones en la colina del norte, caracterizada por el olmo solitario, y el ejército contrario se reunía junto a la taberna, entonces el suave valle entre las dos lomas se convertiría en un campo de batalla.

Entre el olmo y la taberna, la carretera se extendía recta como un palo de escoba. Un viajero que cabalgara por aquel camino probablemente no vería nada extraordinario en el valle aparte de la riqueza de sus cosechas y la solidez de sus granjas. Obviamente era un buen lugar para ser granjero.

En medio del valle, prácticamente en el mismo camino, había una granja llamada La Haye Sainte. Se trataba de un próspero lugar con un patio delimitado por graneros de piedra y un sólido muro. Hacia el este, a poco más de un kilómetro valle abajo, había un grupo de casitas cerca de una granja llamada Papelotte, mientras que hacia el oeste se hallaba otra enorme granja que tenía un patio cercado por un muro y un extenso huerto situado al norte de una agreste zona boscosa. Aquella granja emplazada al oeste se llamaba el castillo de Hougoumont.

Si un soldado intentaba defender la colina del norte de un ataque proveniente del sur, el castillo de Hougoumont podría servirle como bastión en su flanco derecho. La Haye Sainte haría de baluarte para el frente y el centro de sus líneas, mientras que Papelotte protegería el extremo izquierdo de sus defensas.

Todas aquellas granjas y construcciones que las rodeaban se hallaban en el valle frente a la colina del norte y, puesto que la colina en sí era la posición que tomaría un soldado, las tres granjas del valle funcionarían como rompeolas sobresaliendo de una playa. Si tenía lugar un ataque desde el otro lado del valle, los atacantes se verían obligados a alejarse de las granjas con paredes de piedra y quedarían comprimidos en el espacio de en medio donde les dispararían desde delante y por los lados.

Había aún peores noticias para un atacante. Si un soldado miraba hacia el norte desde La Belle Alliance, no vería lo que había por detrás de la colina donde crecía el olmo. A esa distancia, si el humo de la batalla lo permitía, podría ver los pastos en pendiente que llevaban al bosque de Soignes, pero no vería nada del terreno que quedaba oculto detrás de la colina y no sabría que allí había un sendero escondido utilizado por los granjeros que se extendía a este y oeste, y que permitiría a su enemigo conseguir refuerzos rápidamente cuando la colina estuviera más amenazada.

Tal vez esa ceguera no tenía importancia si el atacante era el emperador o los franceses, pues Napoleón Bonaparte era un hombre enamorado de la guerra, un hombre acostumbrado a la gloria, seguro de la victoria y el líder de más de cien mil veteranos que ya habían vencido a los prusianos y habían hecho que los británicos retrocedieran de Quatre Bras dando tumbos. Además, la colina en la que crecía el olmo no era empinada. Uno podía subir paseando por su pared sin forzar demasiado

las piernas y sin que se quedara sin aliento, y el emperador sabía que su enemigo tenía pocas tropas adecuadas para defender aquella suave cuesta. En realidad, el emperador sabía muchas cosas acerca de su enemigo, puesto que durante todo el día los desertores belgas habían acudido en masa a refugiarse bajo sus estandartes y habían contado sus historias de pánico y huida. Algunos generales del emperador que habían sido derrotados por Wellington en España aconsejaron prudencia, pero el emperador no quiso ni oír hablar de sus reparos. El inglés, dijo, era un mero general cipayo, nada más que un hombre que había aprendido su oficio luchando contra las hordas tribales de la India, mal armadas y carentes de disciplina, mientras que el emperador era el señor de la guerra de Europa, desangrado y endurecido por las batallas contra las mejores tropas de todo un continente. A Napoleón no le importaba la posición por la que optara Wellington; lo vencería de todas formas y luego marcharía triunfante sobre Bruselas.

El duque de Wellington optó por tomar posiciones en la colina donde crecía el olmo solitario.

Y allí, bajo la lluvia, su ejército esperó.

* * * *

La lluvia amainó, pero no cesó. Cuando los últimos miembros de la infantería británica que se retiraba pasaron por La Belle Alliance vieron las enormes cortinas de agua que caían en dirección oeste sobre los árboles cerca de Hougoumont. No es que les importara demasiado. Se limitaron a seguir adelante con gran esfuerzo, todos ellos cargados con la mochila, los morrales, bolsas, cantimplora, podadera, mosquete y bayoneta; casi treinta y dos kilos de equipaje para cada soldado. Algunos miembros de la tropa habían marchado durante la mayor parte de la noche anterior y en aquellos momentos habían caminado durante todo el sábado bajo la lluvia penetrante y fría. Tenían los hombros ensangrentados debido al roce de las correas mojadas de las pesadas mochilas. Sólo su munición, envuelta en papel engrasado y bien metida en cartuchos impermeables, estaba seca. Hacía mucho que habían sobrepasado a los carros de suministros, por lo que, aparte de la comida que alguno de ellos se hubiera guardado, no tenían nada que llevarse a la boca.

Los carros de suministros que no habían llegado a Quatre Bras seguían avanzando a duras penas por inundados senderos menores en dirección al cruce de caminos de Mont-Saint-Jean. Los carros transportaban munición, armas y pedernales de reserva; barriles de carne de vacuno en salazón, de pan horneado dos veces, de ron y cajones de embalaje con los vasos de cristal y cuberterías de plata de los oficiales, que añadían un toque suntuoso a los rudimentarios campamentos de los batallones. Las mujeres del ejército iban andando con los carros de suministros y avanzaban con

dificultad por el frío barro hacia el lugar donde sus hombres esperaban para combatir.

Aquellos hombres esperaban tras la colina en la que crecía el olmo. Los intendentes señalaron las zonas de acampada para los varios batallones en los campos empapados. Los grupos de trabajo cogieron hachas y podaderas y volvieron al bosque para cortar leña. La policía militar montó guardia en Mont-Saint-Jean porque el duque insistía en que sus hombres no robaran nada de la población local, pero a pesar de la precaución, pronto desaparecieron todos los pollos de la aldea. Los soldados hicieron hogueras, sacrificaron cartuchos para prender fuego la madera húmeda. Nadie intentó construir refugios, puesto que no había suficiente madera disponible de inmediato y la lluvia hubiese calado por cualquier cosa que no fueran los más elaborados barracones de madera y turba. La tintura roja de las casacas de la infantería se desteñía y les manchaba los pantalones grises, aunque paulatinamente, a medida que se iban instalando en sus cobijos embarrados, los uniformes de todos los soldados se volvieron de un color marrón pegajoso y mugriento.

La caballería llegó después, por la tarde, de forma desordenada. Los oficiales de estado mayor dirigían a los soldados de los escuadrones hacia sus campamentos situados detrás de los de la infantería. Ataron a los caballos en largas hileras mientras sus jinetes se servían de guadañas para conseguir forraje y otros llevaban cubos de lona plegables hasta las bombas de agua de Mont-Saint-Jean. Los herradores, que llevaban una provisión de clavos y herraduras en sus alforjas, empezaron a inspeccionar los cascos de los cansados caballos.

Los artilleros colocaron sus cañones justo detrás de la cima de la colina, de manera que, mientras la mayor parte de las piezas de artillería quedaban ocultas a un enemigo que se acercara, los tubos podían disparar sin obstrucciones hacia la poco empinada ladera. En el centro de la colina, cerca del lugar donde se alzaba el olmo junto a la carretera, los cañones se ocultaron tras unos setos.

El parque de artillería se situó en la linde del bosque, bien alejado de los cañones, y la infantería se dio cuenta con amargura de que los artilleros estaban provistos de tiendas, pues de todo el ejército la artillería había sido la única que no se había separado de sus carros. Ningún cañón podía disparar mucho tiempo sin sus suministros y una batería de seis cañones necesitaba un carro con ruedas de repuesto, un carro de forraje, dos de suministros generales, ocho carretas de munición, noventa y dos caballos y setenta mulas. De este modo, el terreno entre la colina y el bosque pronto estuvo abarrotado de una multitud de hombres y caballos. El humo de las fogatas de los campamentos tiznaba la atmósfera lluviosa. Las zanjas y surcos se desbordaban con el agua que corría por los campos en los que debía dormir el ejército.

Algunos oficiales avanzaron a pie para mirar hacia el sur por encima del amplio valle. Observaron cómo llegaban los últimos cañones y miembros de la caballería

británica, luego la carretera quedó vacía. Los granjeros, junto con sus familias, trabajadores y ganado, hacía tiempo que se habían marchado de las tres granjas que había en el fondo del valle. En aquellos momentos allí no había ningún movimiento aparte del de la lluvia, que caía a cántaros como un siseo sobre el camino. Los artilleros británicos, situados junto a su cañón cargado, esperaban a que aparecieran los objetivos.

A última hora de la tarde la lluvia cesó, aunque el viento seguía siendo húmedo y frío. Algunos miembros de la infantería intentaron secar sus uniformes que chorreaban desnudándose y sosteniendo las pesadas casacas de lana sobre las hogueras que ardían con dificultad.

De pronto, un cañón disparó desde la colina.

Algunos de los soldados desnudos corrieron hacia la cima y vieron que un nueve libras había disparado una bala a un escuadrón de coraceros franceses que estaban cruzando el fondo del valle. El disparo había detenido el avance de los jinetes acorazados. Uno de los caballos coceaba y sangraba sobre el heno, mientras que su jinete yacía inmóvil. Una multitud de otros jinetes enemigos se concentraban en la otra cima junto a La Belle Alliance. Cerca de la posada se estaban desplegando cuatro cañones enemigos. Por unos instantes se vio que las diminutas figuras de los artilleros franceses se ocupaban de sus armas, luego corrieron para apartarse y los cuatro cañones dispararon hacia el lugar donde persistía el humo de la descarga del nueve libras británico.

Respondieron todos los cañones de la colina ocupada por los británicos. La enorme salva sonó como una ola de truenos retumbantes. En la cima se levantó una humareda y la descarga cruzó silbando el valle hasta que cayó con fuerza entre la caballería enemiga y lo salpicó todo de barro. Los oficiales de estado mayor recorrían la cima al galope al tiempo que gritaban a los artilleros que no dispararan, pero el daño ya estaba hecho. Los oficiales del estado mayor francés, que miraban desde la taberna, vieron que no se enfrentaban a un puñado de armas en retirada, sino a la artillería de todo un ejército. Por el humo supieron incluso dónde había colocado sus cañones aquel ejército.

El emperador supo entonces que la retirada de los británicos había terminado y que el general cipayo había escogido su campo de batalla. Un cruce situado entre unas tierras de labranza, donde el heno estaba casi todo segado, el centeno crecía ufano, los árboles de los huertos estaban cargados de fruta y donde tres bastiones se alzaban como fortalezas que sobresalían en una colina, que al día siguiente los franceses debían capturar y los británicos retener. Un lugar llamado Waterloo.

CAPÍTULO 11

—No hace un día para jugar a criquet, ¿eh, Sharpe? —El teniente coronel Ford gritó aquel jocoso saludo, aunque su expresión no era nada cordial. El coronel, con el comandante Vine a su lado, se agachó bajo el escaso cobijo de un seto que crecía desordenadamente y que habían reforzado con tres paraguas rotos.

Sharpe se imaginó que el saludo expresaba el perdón por su usurpación del mando el día anterior. Sharpe había ordenado con brusquedad al batallón que echara a correr mientras Ford todavía estaba pensando qué hacer, pero al parecer el coronel no tenía intención de darle demasiada importancia al asunto. Vine, acurrucado junto a las raíces del seto, miró al fusilero con el ceño fruncido y unos oscuros ojos poco amistosos.

—Le iba a llevar un poco de comida a mi antigua compañía. ¿No le importa, Ford? —Sharpe todavía tenía la carne de ternera fría y el pan que Rebecque le había dado aquella mañana. No le hacía falta el permiso de Ford para hacer una visita al campamento de los Voluntarios del Príncipe de Gales, pero le pareció más educado preguntarlo, sobre todo en un día durante el cual Rebecque lo había sermonado sobre la necesidad de tener tacto. Sharpe había mandado al teniente Doggett al pueblo de Waterloo donde se alojaban los generales, pero todavía no tenía ganas de unirse al príncipe. Prefería la compañía de su antiguo batallón.

Sharpe y Harper encontraron a los soldados de su antigua compañía ligera sentados en cuclillas alrededor de unas lamentables hogueras hechas con paja mojada y ramitas verdes que habían cogido del seto. El comandante D'Alembord estaba recogiendo las cartas de los soldados que sabían escribir y querían dejar un mensaje para sus familias por si les ocurría cualquier cosa al día siguiente.

Había empezado a llover de nuevo. Los soldados tenían frío y estaban abatidos, aunque los veteranos de la guerra de España fingían que aquello era un paraíso comparado con las terribles experiencias por las que habían pasado en sus anteriores campañas. Los novatos, que no querían parecer menos duros que los veteranos, guardaban silencio.

Los veteranos de la compañía les hicieron sitio a Sharpe y a Harper cerca del fuego; Sharpe se dio cuenta de que aquellos experimentados soldados estaban reunidos en torno a una hoguera y los recién llegados se hallaban alrededor de otras fogatas más endebles. Era como si los viejos soldados se unieran como una élite frente a la que los recién llegados tenían que medir armas, aunque incluso en los veteranos se traslucía un nerviosismo aquella noche lluviosa. Sharpe les confirmó que los prusianos habían sido derrotados, pero les juró que el ejército del mariscal Blücher se batía en retirada por caminos paralelos a aquellos que recorrían los británicos y que el mariscal había prometido salir en ayuda de Wellington con la

primera luz del día.

—¿Dónde se encuentran exactamente los prusianos, señor? —quiso saber el alférez Huckfield.

—Allí. —Sharpe señaló hacia el flanco izquierdo. Los Voluntarios del Príncipe de Gales estaban situados en el lado derecho de las posiciones británicas, casi a medio camino entre el olmo y el camino que bajaba hacia Hougoumont.

—¿A qué distancia están, señor? —insistió Huckfield, un hombre inteligente y serio.

Sharpe se encogió de hombros.

—No muy lejos. —En realidad él no sabía dónde habían acampado los prusianos, ni siquiera estaba seguro de que el mariscal Blücher se pusiera en marcha por la mañana para ayudar a aquel empapado ejército, pero era consciente de que debía darles a esos hombres algún atisbo de esperanza. Los recién llegados al batallón se acercaban poco a poco a la hoguera de los veteranos para escuchar al fusilero—. Lo que importa —dijo en voz alta— es que los prusianos estarán aquí combatiendo por la mañana.

—Si esta lluvia no cesa lo que nos hará falta será la maldita armada y no los condenados prusianos. —El soldado Clayton levantó la vista hacia las oscuras nubes. La lluvia, constante y fuerte, repiqueteaba sobre la parte superior de los chacós de los soldados que tiritaban y bajaba por los viejos surcos para encharcarse al pie del prado donde un escuadrón de descontentos caballos de oficiales se hallaba atado a una estaca.

—Esta lluvia les arruinará la cosecha. —Charlie Weller, a quien le permitían acampar con los veteranos porque les caía bien, arrancó una empapada espiga de centeno y sacudió la cabeza tristemente—. Se pondrá negro y se pudrirá en una semana.

—Pero el año que viene estará bien abonado. El grano siempre crece mejor sobre la carne muerta. —Hagman, el soldado de más edad de la compañía, sonrió—. Lo vimos en España, ¿no es cierto, señor Sharpe? Vimos que la avena crecía más alta que un caballo allí donde había tenido lugar una batalla. Las raíces absorbían toda esa sangre y entrañas, eso es.

—Aunque no siempre los entierran, ¿verdad? ¿Se acuerdan de aquel lugar en España? ¿Allí donde había todos esos cráneos? —Clayton frunció el ceño mientras intentaba recordar el campo de batalla sobre el que había marchado el batallón unas cuantas semanas después de un combate.

—Sally-Manker —dijo Harper amablemente.

—¡Eso es! ¡Había calaveras cubiertas de moscas azules en medio de la mierda de las vacas! —Clayton hablaba en voz alta para impresionar a los nuevos reclutas que escuchaban la conversación con avidez y no bajó la voz cuando un batallón de la

infantería belga holandesa con casacas azules pasó cerca en dirección a su campamento—. Espero que esos cabrones gallinas no estén cerca de nosotros mañana —dijo Clayton con malevolencia.

Se oyeron unos gruñidos de asentimiento. Tal vez los oficiales y soldados estuvieran divididos entre los que tenían experiencia y los que no, pero estaban unidos por su odio hacia cualquier intruso, aunque aquellos intrusos hubieran demostrado tener los mismos recursos y ser tan fuertes y resignados como los casacas rojas. Para aquellos hombres el batallón era su vida, su familia y, probablemente, también fuera su muerte. Dirigidos de forma adecuada, lucharían por su batallón con una ferocidad salvaje y aterradora; sin embargo, mal dirigidos, como muy bien sabía Sharpe, podían venirse abajo como un mosquete oxidado. Al pensar en ello Sharpe miró al coronel Ford.

Clayton seguía mirando fijamente y con aversión a los belgas holandeses.

—Apuesto a que esos cabrones no van a pasar hambre esta noche. No saben luchar, pero se les ve bastante rellenitos. ¡Allí no falta la condenada comida!

De pronto Daniel Hagman soltó una sonora carcajada.

—¿Se acuerdan del jamón curado que les vendimos a los portugueses? ¡Fue usted, señor Sharpe!

—No, no fui yo —replicó Sharpe.

Los veteranos lo abuchearon cariñosamente con complicidad.

—¡Fue usted! —Clayton, un granuja listo y descarado, señaló a Sharpe con un dedo acusador y contó la historia por el bien de los recién llegados—. Estaban esos muchachos portugueses, ¿vale? Era después de un combate u otro y los cabrones estaban hambrientos como el demonio, así que el señor Sharpe les cortó las nalgas a algunos franceses muertos, las ahumó sobre una hoguera y luego se las vendió a los portugueses diciéndoles que era carne de cerdo.

Los novatos dirigieron una sonrisa nerviosa al oficial de adusto semblante que parecía extrañamente avergonzado por el relato.

—Los portugueses nunca se quejaron —dijo Harper para justificar aquella atrocidad.

—¿De verdad hizo eso? —le preguntó D'Alembord a Sharpe en voz muy baja.

—¡Dios, no! Fue algún otro fusilero. Los portugueses se habían comido al perro que tenían como mascota, así que decidieron vengarse. —Sharpe estaba sorprendido de que ahora le atribuyeran a él aquella historia, pero se había dado cuenta de que a los soldados les gustaba adjudicarle atroces historias a sus hazañas y era inútil negar las proezas más exóticas.

—No nos irían mal unos cuantos de esos portugueses mañana. —Daniel Hagman encendió su pipa con el ascua de una ramita que sacó del fuego—. Eran unos verdaderos combatientes, eso eran. —La admiración era genuina y mereció que los

veteranos mascullaran su asentimiento.

—Pero mañana todo irá bien, ¿no es cierto señor Sharpe? —preguntó Charlie Weller sin disimular su preocupación.

—Todo irá bien, muchachos. Pero recuerden: maten primero a los oficiales, apunten al vientre de la infantería y a los caballos de la caballería. —Aquella respuesta fue en beneficio de los soldados más alejados de entre aquellos que Sharpe tenía como audiencia: los hombres que nunca anteriormente habían combatido y que necesitaban normas sencillas para mantenerse seguros en medio del caos de la batalla.

Weller metió un dedo en la lata de agua y encontró que todavía estaba bastante templada. Cogió un torzal de astillas secas que había guardado bien metido entre sus ropas y lo echó a la lumbre. Sharpe esperaba que el muchacho sobreviviera, porque Weller era distinto de los demás soldados. Era un chico del campo que se había alistado en el ejército por un sentido de patriotismo y aventura. Esos motivos lo habían ayudado a convertirse en un buen soldado, aunque no mejor que la mayoría de los hombres que habían aceptado el chelín del rey por razones mucho menos honorables. Clayton era un ladrón y probablemente lo habrían ahorcado si no se hubiese puesto la casaca roja, pero su taimada astucia hacía de él un buen fusilero. De entre el resto de los hombres que había en torno a la hoguera, la mayor parte eran borrachos y delincuentes. Eran los desechos de Gran Bretaña, los que estaban de más, la escoria de la sociedad, pero en combate eran tozudos como mulas. Sharpe opinaba que eran luchadores de los bajos fondos y no hubiera querido que fueran de otra manera. No tenían un aspecto impresionante; eran pequeños, desdentados, estaban llenos de cicatrices e iban sucios, pero al día siguiente iban a demostrarle a un emperador cómo era capaz de luchar un casaca roja, aunque aquella noche su principal preocupación era cuándo les llegaría la ración de ron.

—El intendente la ha prometido para medianoche —dijo D'Alembord a la compañía.

—Malditos carreteros —dijo Clayton—. Seguro que esos cabrones están bien arropados en la cama.

Sharpe y Harper se quedaron otra media hora más y dejaron a la compañía discutiendo sobre las posibilidades de encontrar el burdel francés entre el bagaje enemigo. Todos los soldados británicos estaban convencidos de que los franceses viajaban con aquel burdel, una institución mágica que ellos nunca habían podido capturar, pero que en su mitología ocupaba el mismo lugar que un trofeo de guerra de oro.

—Parecen estar bastante bien —le dijo Sharpe a D'Alembord. Los dos oficiales fueron andando hacia la cima de la colina mientras Harper iba a buscar los caballos.

—Están bastante bien —confirmó D'Alembord. Todavía iba vestido con su ropa de baile que entonces estaba sucia y andrajosa. Su uniforme apropiado se había

extraviado con el bagaje desaparecido. Uno de sus zapatos de baile había perdido la hebilla de alguna manera y sólo se sujetaba en su lugar mediante un trozo de cuerda atado alrededor del empeine—. Son buenos chicos —dijo afectuosamente.

—¿Y usted, Dally?

Peter D'Alembord sonrió compungido.

—No puedo sacarme de encima un terror de muy mal augurio. Es una estupidez, ya lo sé, pero ahí está.

—Yo me sentí de la misma manera antes de Toulouse —confesó Sharpe—. Fue horrible. Pero sobreviví.

D'Alembord, que no hubiera admitido sus temores ante nadie más que un buen amigo, siguió andando unos cuantos pasos en silencio.

—No puedo dejar de pensar en el trigo que hay por las carreteras. ¿Se ha fijado que allí por donde pasan nuestros carros de suministros el grano se cae y germina? Crece durante una estación y luego se muere. A mí me parece que es una buena imagen de lo que es ser soldado. Pasamos, dejamos un rastro luego morimos.

Sharpe miró horrorizado a su amigo.

—¡Dios mío, está usted fatal!

—Mi ascendencia hugonota, me temo. Me abrumba un sentimiento de culpabilidad calvinista por estar malgastando mi vida. Me digo a mí mismo que estoy aquí para ayudar a castigar a los franceses, pero en realidad fue la oportunidad de ser comandante lo que me hizo permanecer de uniforme. Necesito el dinero, ¿sabe?, pero ahora eso me parece un motivo despreciable. Me he comportado muy mal, ¿no se da cuenta? Y como consecuencia de ello, tengo la convicción de que sólo me voy a convertir en estiércol para un campo de centeno belga.

Sharpe sacudió la cabeza.

—Yo también estoy aquí únicamente por dinero, bobo. —Habían llegado a la cresta de la colina y desde allí pudieron verlas ondulantes estelas de las hogueras de los franceses que se alzaban más allá de la cima del sur—. Va a sobrevivir, Dally.

—Eso es lo que no paro de decirme, y luego me convenzo de lo contrario. —D'Alembord hizo una pausa antes de revelar la verdadera profundidad de su terror—. Por dos peniques me iría esta noche y me escondería. He estado pensando en ello todo el día.

—Nos ocurre a todos. —Sharpe recordó su propio pavor antes de la batalla de Toulouse—. El miedo desaparece cuando empieza el combate, Dally. Eso ya lo sabe.

—Tampoco soy el único. —D'Alembord no hizo caso de los ánimos de Sharpe—. Al alférez Huckfield de repente le ha dado por leer su Biblia. Si no me cayera tan bien lo acusaría de ser un maldito metodista. Me dice que está destinado a morir en esta campaña, aunque añade que no le importa porque su alma está en paz con Dios. El comandante Vine dice lo mismo. —D'Alembord lanzó una venenosa mirada hacia

el seto donde Ford y su primer comandante estaban agachados para protegerse de la lluvia—. Me preguntaron si creía que mañana debíamos realizar un servicio religioso o no. Les dije que era una idea condenadamente ridícula, pero no me cabe duda de que encontrarán a algún capellán idiota que nos farfulle unas cuantas sandeces. ¿Se ha dado cuenta de lo beatos que nos estamos volviendo? No éramos beatos en España, pero de repente hay una epidemia de rectitud moral que ha contagiado a los oficiales superiores. Yo rezaré mis oraciones por la mañana, pero no necesito hacer ninguna demostración. —Empezó a quitarse el barro de sus frágiles zapatos restregándolos contra una mata de hierba y luego dejó por imposible la operación de limpieza—. Le pido disculpas, Sharpe. No debería cargarle con todo esto.

—No es una carga.

—No me preocupó hasta ayer. —D'Alembord siguió hablando, como si Sharpe no hubiera dicho nada—. Pero esos jinetes me pusieron completamente nervioso. Temblaba como un niño cuando nos atacaron. Y luego está el coronel, claro. No tengo ninguna confianza en Ford. Y también está Anne. Tengo la sensación de que no me la merezco y de que cualquier hombre tan afortunado como yo seguro que es castigado por ello.

—El amor nos hace vulnerables —reconoció Sharpe.

—¡Y tanto si nos hace! —exclamó D'Alembord calurosamente—. Pero la virtud debería darnos confianza.

—¿La virtud? —Sharpe se preguntó qué alegaciones morales estaba haciendo su amigo por él.

—La virtud de nuestra causa —explicó D'Alembord como si fuera la cosa más natural del mundo—. Los franceses deben ser derrotados.

Sharpe sonrió.

—Sin duda ellos estarán diciendo lo mismo de nosotros.

D'Alembord se quedó en silencio unos segundos y luego habló con un repentino tono apresurado y vehemente.

—No incluyo a Lucille, por supuesto, y no debe pensar que lo hago, pero son una nación asquerosamente malvada, Sharpe. No puedo olvidar lo que le hicieron a mi familia o a nuestros correligionarios. ¡Y piense en su revolución! Toda esa pobre gente inocente muerta. Y Bonaparte no es mejor que los demás. No hace otra cosa que atacar y atacar, luego les roba a los países que conquista y no para de hablar de la virtud y la ley y las glorias de la civilización francesa. Su virtud no es más que hipocresía, su ley se aplica sólo en beneficio de ellos mismos y su civilización no es más que sangre en los adoquines.

Sharpe nunca se había imaginado que bajo la elegante languidez de su amigo hubiera tal animadversión.

—Entonces no se trata solamente de la comandancia, ¿verdad, Peter?

D'Alembord pareció avergonzado por haber revelado tales sentimientos.

—Lo siento. De verdad que lo siento. Debe de pensar que soy un grosero. A mí Lucille me cae muy bien, ya lo sabe. Estaba exagerando, por supuesto. No son los franceses los que son malvados en esencia, sino su gobierno. —De pronto, dejó de hablar, sin duda reprimiendo aun más ponzoña antifrancesa.

Sharpe sonrió.

—Allí donde Lucille y yo vivimos le dirían que Francia está bendecida por Dios pero maldita por París. Consideran que París es un lugar maligno habitado por las personas más detestables y avariciosas.

—Suenan como si hablaran de Londres. —D'Alembord esbozó una lánguida sonrisa—. ¿No irá a contarle a Lucille mis ideas? No me gustaría ofenderla.

—Por supuesto que no se lo contaré.

—Y tal vez quisiera hacerme otro favor.

—Con mucho gusto.

D'Alembord sacó una arrugada y húmeda carta de su bolsillo.

—Si mañana me convierto en abono para el centeno ¿le entregará esto a Anne? ¿Y le dirá que no sufrí? Nada de historias de cuchillos de cirujanos, Sharpe, ni descripciones de horribles heridas, una bala limpia en la frente ya servirá para explicar mi final, por muy desagradable que probablemente sea la verdad.

—No hará falta que se la entregue, pero la guardaré por usted. —Sharpe se metió la carta en un bolsillo y luego se giró al oír unos disparos aislados de mosquetes desde el lado derecho de las líneas, cerca del castillo de Hougoumont.

Unos soldados de infantería franceses se dispersaron y se alejaron corriendo del huerto, donde los fogonazos de los mosquetes británicos refulgían en el atardecer. Sharpe vio a algunos casacas rojas que avanzaban entre los árboles al sur de la granja. Los franceses debían de haber enviado a un batallón para que averiguara si el conjunto de edificios de la granja estaba guarnecido o si por el contrario el enemigo sólo andaba en busca de leña, pero fuera cual fuere su misión, la infantería de casacas azules se había topado con un feroz tiroteo. Más casacas rojas corrían desde la granja para llevar sus bayonetas hacia el bosque.

—Lo que me irrita —D'Alembord no hacía caso de la repentina escaramuza— es no saber cómo terminará todo. Si muero mañana nunca lo sabré, ¿no?

Sharpe sacudió la cabeza para quitar importancia a los temores de su amigo.

—A finales de verano, amigo mío, usted y yo estaremos sentados en un conquistado París bebiendo vino. ¡Es probable que ni nos acordemos de la batalla de un día en Bélgica! Y usted volverá a su casa y se casará con Anne y serán felices para siempre.

—D'Alembord se rió de aquella profecía.

—¿Y usted qué, Sharpe? ¿Volverá a Normandía?

—Sí.

—¿Ya la gente del lugar no le importaría que luchara contra Francia?

—No lo sé. —Aquella preocupación siempre le rondaba por la cabeza a Sharpe, e incluso a Lucille—. Pero me gustaría volver —continuó diciendo Sharpe—. Allí soy feliz. Tengo intención de hacer un poco de calvados este año. En el castillo solían fabricar mucho, pero hace veinte años o más que no hacen. El médico local quiere ayudarnos. Es un buen tipo. —De repente Sharpe pensó en su encuentro con lord John y en el pagaré que, si se satisfacía, haría posibles muchas cosas en el castillo de Lucille—. Hoy me he encontrado con el maldito Rossendale. Acepté el pagaré directamente de él. Espero que no le importe.

—Claro que no —dijo D'Alembord.

—Por extraño que parezca —comentó Sharpe—, me cae bastante bien. No sé por qué. Creo que me da lástima.

—«Ama a tus enemigos —citó D'Alembord burlescamente—, bendice a aquellos que te maldicen, haz el bien a aquellos que te odian», ¿no? Ya le dije que nos estábamos volviendo más beatos, incluso usted.

—Aun así, mañana machacaremos a esos malditos franceses. —Sharpe sonrió y tendió la mano—. No le pasará nada, Peter. Mañana por la noche nos reiremos de estos miedos.

Sellaron la promesa con un apretón de manos.

El fuego de mosquetes en Hougoumont se fue apagando cuando los franceses cedieron la posesión del bosque a los britanos. Se oyó el retumbar de los truenos al oeste y un rayo refulgió de forma breve e intensa en el horizonte. La lluvia empezó a caer con fuerza de nuevo.

Los ejércitos se habían reunido y esperaban a que llegara la mañana.

* * * *

Los dinteles de todas las casas de la calle de Waterloo tenían una inscripción hecha con tiza que había puesto el departamento de intendencia general para identificar al general y a los oficiales de estado mayor que se alojaban en su interior.

En la posada que había frente a la iglesia se leían las palabras «Su excelencia el duque de Wellington» escritas con tiza, mientras que tres puertas más allá, en una casa de dos pisos, había inscrito: «Conde de Uxbridge». En otra de las casas, de sólida construcción, decía: «Su alteza real el príncipe William de Orange». Aquella noche, unas casitas con techo de paja y estercoleros justo debajo de sus ventanas iban a ser el hogar de marqueses o condes; sin embargo, aquellos hombres se consideraban afortunados por estar a cubierto y no tener que soportar la fría y entumecedora tortura de la lluvia que azotaba la colina.

En la casa del conde de Uxbridge, los oficiales de estado mayor se apiñaban en torno a una mesa para compartir la carne de vaca hervida y las alubias que el vizconde tenía de cena. Era una cena temprana puesto que se había notificado a todo el estado mayor que tenían que levantarse mucho antes del amanecer. En el centro de la mesa, apoyada contra un candelabro, estaba la espada rota de lord John Rossendale. Uno de los oficiales había descubierto la hoja partida después de que lord John hubiera intentado deshacerse de ella y había exigido saber cómo se había roto el arma. La verdad era demasiado dolorosa, por lo tanto lord John había inventado una versión mucho más halagüeña.

—Ocurrió después de la explosión del misil —explicó a los miembros del estado mayor allí reunidos para la cena—. El maldito caballo se me desbocó.

—Debería aprender a montar, John.

Lord John esperó a que se apaciguaran las risas.

—El condenado bicho me llevó a un bosque que había a un lado del camino, y que me aspen si no había allí tres lanceros al acecho.

—¿De los rojos o de los verdes? —El conde de Uxbridge, que acababa de llegar de una reunión con el duque de Wellington, había ocupado su lugar en la cabecera de la mesa.

—De los verdes, Harry. —A lord John no le costó inventarse esa parte ya que había visto a los lanceros de casaca verde huir del ataque de la Guardia Real—. Disparé a uno de ellos con la pistola, pero la tuve que tirar para desenfundar la espada. La verdad es que es una verdadera lástima, porque era una pistola muy cara.

—Una pistola Mortimer de percusión, con cañón estriado. —Christopher Manvell confirmó así el valor de la pistola perdida—. Es una verdadera pena que la perdiera, John.

Lord John se encogió de hombros como para dar a entender que en realidad la pérdida no tenía importancia.

—El segundo tipo me atacó, esquivé la punta de su lanza y le di con la espada en el vientre, entonces el tercero casi me ensarta. —Esbozó una modesta sonrisa—. Para ser sincero, pensé que estaba muerto. Arremetí contra ese tipo pero era condenadamente rápido. Desenfundó un sable y me dio un buen golpe, lo paré y entonces fue cuando se me rompió la espada. ¡Y entonces el tipo se da la vuelta y huye a toda prisa!

Los oficiales allí congregados se quedaron mirando la espada rota, colocada sobre la mesa de la cena como un trofeo.

—El truco está en esquivar la punta de la lanza. Una vez que has evitado la punta es algo parecido a matar conejos. Demasiado fácil en realidad.

—Siempre y cuando no se te rompa la espada, ¿no? —preguntó Christopher Manvell con sequedad.

—Sí, claro.

El conde frunció el ceño.

—Y si el tipo huyó, ¿por qué no recogió la pistola, Johnny? Dijo que era cara.

—Oí que había más de esos sinvergüenzas entre los árboles. Pensé que era mejor que no me atraparan. —Lord John esbozó una leve sonrisa que desarmaba—. Para serle sincero, Harry, ¡estaba asustado! Sea como sea, fustigué a mi maldito caballo y salí corriendo como alma que lleva el diablo.

Christopher Manvell, que daba la impresión de no estar tan impresionado por la terrible experiencia de lord John como los demás oficiales, al menos confirmó el final de la historia.

—Regresó a la carretera blanco como el papel.

—Lo hizo muy bien, Johnny, muy bien —dijo el conde de Uxbridge con brusquedad—. Mató a un par de esos cabrones, ¿eh? Eso está muy bien. —Hubo algunos aplausos aislados y luego Christopher Manvell le preguntó al conde qué información había recogido de su reunión con el duque de Wellington.

La verdad era que el conde no había recogido nada de nada. Era el segundo al mando del duque y había pensado que el ascenso le daba derecho a saber lo que el duque planeaba para el día siguiente, pero sus preguntas se habían encontrado con una respuesta muy evasiva. El duque le había dicho que sus planes dependían totalmente de los de Napoleón, y que como Napoleón todavía no se los había confiado al duque, éste no podía confiárselos al conde, así que buenas noches.

—Creo que nos limitaremos a dejar que ese cabrón nos ataque y luego derrotarlo, ¿eh? —dijo el conde perezosamente, como si los acontecimientos del día siguiente en realidad no fueran relevantes.

—¿Pero van a venir los prusianos? —insistió Manvell.

—Yo creo que podemos encargarnos del asunto sin un puñado de malditos alemanes, ¿usted no? —El duque empujó una caja de cigarros hacia el centro de la mesa—. Pero una cosa es segura, caballeros, ¡no hay duda de que nuestra caballería hará que Inglaterra se sienta orgullosa!

—¡Bravo! —Un oficial borracho aporreó la mesa.

Tras la cena, Christopher Manvell encontró a lord John de pie en el porche abierto de la parte delantera de la casa, desde donde miraba fijamente el húmedo atardecer.

—Ojalá hubiera estado allí para ayudarle con esos lanceros —dijo Manvell.

Por unos segundos pareció que lord John no iba a responder, luego se limitó a zanjar el tema encogiéndose de hombros.

—Harry parece muy optimista en cuanto a nuestras posibilidades mañana.

Manvell lanzó un chorro de humo de cigarro hacia la llovizna.

—Es extraño, Johnny. Le vi salir del bosque y todavía no había pasado un momento cuando vi al coronel Sharpe en el mismo lugar. Tuvo suerte de no

encontrárselo.

De nuevo lord John se quedó en silencio unos segundos y luego habló deprisa con amargura contenida.

—Por supuesto que me lo encontré. Y naturalmente no había ningún maldito lancero. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Admitir ante Harry y todos los demás que un fusilero me humilló?

—Lo lamento de veras. —Manvell se sintió avergonzado por el atormentado reconocimiento que había provocado en su amigo.

—Le di su condenado pagaré. No es que eso me vaya a servir de mucho. Jane no me dará el dinero a menos que me case con ella, pero eso Sharpe no lo sabe. —Lord John soltó una repentina carcajada—. Me dio un trozo de cuerda y me dijo que era un divorcio campesino. Dice que soy libre de casarme con ella.

Manvell sonrió, pero no dijo nada. Las alcantarillas que había a cada lado de la empedrada carretera principal borbotaban y se desbordaban. A1 otro lado de la calle había un centinela que, al tiempo que soltaba improperios, corría por entre los charcos para abrirle la puerta a un oficial a caballo. Un ordenanza colgó un farol en el exterior de la puerta del establo de la casa donde se alojaba el príncipe de Orange.

—Es una cuestión de honor. —Lord John miraba fijamente a la calle que se iba oscureciendo.

—¿Cómo dice?

—El día de mañana —dijo lord John— se ha convertido en una cuestión de honor totalmente desesperada. —Estaba ligeramente borracho y su voz tenía un dejo de histeria—. Hasta hoy nunca me había dado cuenta de lo simple que es la batalla. No hay término medio, ¿no es cierto? Es la victoria o la derrota, sin nada en medio, mientras que la vida real es jodidamente complicada. Tal vez sea por eso por lo que los mejores soldados son unos simplones. —Se dio la vuelta en el porche para mirar a su amigo—. Verá, si quiero conservar a la mujer tengo que matar a un hombre, y no tengo valor para enfrentarme a él. ¡Y él no ha hecho nada para merecer la muerte! ¡El dinero es suyo! Pero si actúo con honestidad con ese hombre, entonces pierdo a la mujer, y no creo que pueda vivir con esa pérdida...

—Estoy seguro de que sí puede... —lo atajó Christopher Manvell quien, a su vez, fue interrumpido.

—¡No! —Lord John ni siquiera quería hablar de Jane. Desconcertado, miró a su amigo con el ceño fruncido—. ¿Cree que el honor perdido puede ser recuperado en el campo de batalla?

—Tengo la seguridad de que es el mejor lugar para hacerlo. —Manvell sintió que lo invadía un sentimiento de lástima por su amigo. No había sido consciente hasta entonces de qué manera el honor de lord John había sido pisoteado y destruido.

—Así que mañana se convertirá en un día muy importante para mí —dijo lord

John—. Porque mañana puedo recuperar mi honor combatiendo bien. —Sonrió como para suavizar aquellas palabras demasiado dramáticas—. Pero para hacerlo necesito una espada, y la de recambio la tengo en Bruselas. ¿Usted no tendrá una que pueda prestarme?

—Con mucho gusto.

Lord John fijó la mirada en aquel pluvioso crepúsculo.

—Ojalá se hubiera terminado ya. Me refiero a la lluvia —se apresuró a añadir.

—Creo que está amainando.

Un rayo parpadeó en el oeste, seguido pocos segundos después por un trueno que retumbó por el lejano cielo como si lo atravesara una bala de cañón. Se oían risas y cantos provenientes de una casa situada calle arriba que temporalmente sofocaron el inquietante y repetitivo ruido raspante de una piedra que afilaba una espada. Un perro aulló en señal de protesta contra los truenos y un caballo relinchó desde los establos que había detrás del alojamiento del conde de Uxbridge.

Lord John volvió a entrar en la casa. Podía recobrar su honor y recuperar a Jane convirtiéndose en un héroe. Al día siguiente.

CAPÍTULO 12

El capitán Harry Price, comandante de la primera compañía de los Voluntarios del Príncipe de Gales, trepó a una plataforma provisional construida con cajas de munición de repuesto. Delante de él, de pie en el prado empapado por la lluvia, había cuarenta o cincuenta oficiales de infantería que se habían congregado allí provenientes de los varios batallones acampados cerca. La última luz del día desaparecía por el oeste y la lluvia había amainado convirtiéndose en llovizna.

—¿Están listos, caballeros? —gritó Price.

—¡Empiece de una vez!

Price, que se estaba divirtiendo, hizo una reverencia a los que le habían interrumpido y luego tomó el primer artículo que le ofreció el alférez Huckfield. Era un reloj con caja de plata que Harry Price sostuvo en alto bajo los últimos vestigios de luz.

—¡Un reloj, caballeros, propiedad del difunto comandante Micklewhite! Este artículo sólo está ligeramente manchado de sangre, caballeros, por lo que una buena limpieza lo hará funcionar en un santiamén. Les ofrezco un magnífico reloj de bolsillo, caballeros, fabricado por los Mastersons de Exeter.

—¡Nunca oí hablar de ellos! —exclamó una voz.

—Su ignorancia no nos interesa. Mastersons es una firma muy antigua y reputada. Mi padre siempre fue un entusiasta de su reloj Mastersons y en su vida llegó tarde a una cita con una dama. ¿He oído una libra por el tictac del comandante Micklewhite?

—¡Un chelín!

—¡Vamos, venga! El comandante Micklewhite dejó una viuda y tres dulces hijos. ¡Ustedes no querrían que sus esposas y sus pequeños quedaran desamparados porque unos cabrones ladronzuelos no fueran generosos! ¡Quiero oír una libra!

—¡Un florín!

—¡Esto no es una tienda de saldos, caballeros! ¿Una libra? ¿Nadie me ofrecerá una libra?

Nadie se la iba a ofrecer. Al final, el reloj de Micklewhite se vendió por seis chelines, mientras que el anillo de sello del comandante fallecido se adjudicó por un chelín. Una excelente copa de plata que había pertenecido al capitán Carline salió por una libra, en tanto que el precio más alto fue para la espada de Carline que obtuvo un total de diez guineas. Harry Price tuvo que subastar sesenta y dos artículos, todas las propiedades de los oficiales del Voluntarios del Príncipe de Gales que habían muerto a manos de la caballería francesa en Quatre Bras. Los precios eran bajos porque los franceses habían saturado el mercado al matar a tantos oficiales; como mínimo habían tenido lugar cuatro subastas por la tarde, pero el exceso de oferta de aquella

noche, pensó Price, no sería nada comparado con la provisión de bienes que habría al día siguiente por la noche.

—¡Un par de espuelas del capitán Carline, caballeros! De oro, si no me equivoco. —Esa afirmación fue recibida con abucheos y burlas—. ¿He oído una libra?

—Seis peniques.

—Son ustedes una panda de miserables. ¿Cómo se sentirían si fueran sus pertenencias las que estuviera regalando por dos peniques? ¡Seamos generosos, caballeros! ¡Piensen en las viudas!

—¡Carline no estaba casado! —gritó un teniente.

—¡Entonces denme una guinea para su puta! ¡Quiero ver un poco de generosidad cristiana, caballeros!

—¡Yo le daré una guinea por su puta, pero seis peniques por sus espuelas!

Los efectos de Micklewhite sumaron ocho libras, cuatro chelines y seis peniques. Las pertenencias del capitán Carline se vendieron por mucho más, aunque todos los artículos se adjudicaron a precios de ganga. Harry Price, que siempre había querido tener el aspecto de un oficial de caballería, compró él mismo las espuelas por nueve peniques. También adquirió la pelliza ribeteada en piel de Carline, una prenda elegante y poco práctica que la última moda había impuesto a los oficiales adinerados. Una pelliza era una chaqueta corta que se llevaba colgada del hombro como una capa, y Harry Price sintió una inmensa satisfacción al ponerse la cara y trenzada debilidad de Carline sobre su propia casaca roja raída.

Le llevó el dinero y los pagarés al pagador del batallón quien, tras tomar su parte, mandaría el resto a las familias de los difuntos.

Harry Price sujetó las espuelas a sus botas y volvió chapoteando al seto donde los oficiales temblaban en su lamentable refugio. Vio al comandante D'Alembord sentado un poco más arriba.

—¿Usted no pujó, Peter?

—Esta noche no, Harry, esta noche no. —El tono de D'Alembord era claramente hostil y no animaba a la conversación.

Price entendió la indirecta y siguió andando unos cuantos pasos más a lo largo del seto antes de sentarse y admirar sus talones recién decorados. Las espuelas serían el centro de todas las miradas entre las damas de París, y ésa era la mejor razón para combatir que Harry Price conocía, porque las chicas podían ser muy serviciales con un soldado extranjero, especialmente un soldado con pelliza y espuelas.

En los campamentos los soldados cantaban. Las voces llegaban con fuerza a través del siempre presente sonido de la lluvia que otra vez había empezado a caer con más energía.

Peter D'Alembord, que intentaba alejar su sufrimiento, vio las espuelas nuevas de Harry Price y notó la infantil alegría que obviamente habían proporcionado a su

nuevo dueño. D'Alembord estuvo tentado de iniciar una conversación con la esperanza de que las habituales payasadas de Price lo distrajeran de sus temores, pero entonces el terror apareció de nuevo, intenso e inconsolable, y D'Alembord casi se puso a sollozar en alto debido al impacto que le causó. Los relámpagos parpadeaban al norte y D'Alembord se acarició el bolsillo donde guardaba las cartas de su prometida. Iba a morir. Sabía que iba a morir. Cerró los ojos para que no le asomaran las lágrimas. ¡Maldita fuera! Sabía que iba a morir, y tenía miedo.

* * * *

Era completamente de noche cuando Sharpe y Harper llegaron a Waterloo y encontraron el alojamiento del príncipe.

Un centinela abrió la puerta del establo y los dos fusileros agacharon la cabeza al pasar por el bajo arco de piedra que daba al patio.

—Yo me ocuparé de los caballos —se ofreció Harper cuando ambos alcanzaron el cobijo del establo.

—Le ayudaré.

—Vaya a ver a su principito. Probablemente lo echa de menos.

—Más bien echa de menos a su maldita madre —Sharpe descendió de la silla y dio un suspiro de alivio al librarse de ella. Intentó recordar cuántas horas había dormido en los últimos tres días, pero estaba demasiado cansado para ponerse a sumar las pocas que fueran. Se acordó de que le había prometido a Lucille que la vería esa noche, pero el emperador había cambiado esos planes. Tenía que escribirle una carta. También le hacía falta comer y dormir. Agotado, apoyó la cabeza en la silla y escuchó la creciente violencia de la lluvia.

—Déjemelo a mí —insistió Harper.

Sharpe obedeció. La cocina estaba repleta de criados de oficiales y apestaba con el olor de los uniformes que se estaban secando colgados en cualquier estante o gancho disponible. Sharpe se abrió paso por la habitación y salió al pasillo que había más allá. Iba en busca de Rebecque, porque quería pedirle prestada una pluma y un poco de tinta.

—Le está buscando —dijo una voz femenina desde la escalera por encima de Sharpe.

Sharpe se sorprendió de ver a Paulette, la chica del príncipe, inclinada sobre la balaustrada.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó.

—Él quería que estuviera aquí. Pero ha estado preguntando por usted toda la tarde. Está borracho.

—¿Mucho?

—Sólo alegre. Como de costumbre.

—Que se vaya a la mierda —dijo Sharpe en inglés. Abrió una puerta al azar de un empujón y se encontró en una sala en la que se apiñaban los miembros del estado mayor del príncipe. Se sintieron incómodos al ver a Sharpe, al que se imaginaban como un hijo pródigo que volvía a casa para obtener el perdón del príncipe. Sólo Doggett dio la bienvenida al fusilero, además de cederle su silla y ofrecerse a servirle a Sharpe un vaso de vino. La silla estaba cerca del fuego frente al cual, al igual que en la cocina, había colgados unos gruesos abrigos de lana para que se secaran y que llenaban la estancia de un vapor maloliente—. ¿Dónde está Rebecque? —preguntó Sharpe a toda la habitación en general.

—Con su alteza real —respondió Doggett—. ¿Vino tinto?

—Lo que de verdad me apetecería —Sharpe se desplomó en la silla— es una taza de té.

Doggett sonrió.

—Yo me encargaré de eso, señor.

Sharpe estiró las piernas y se estremeció cuando la vieja herida del muslo le provocó una punzada de dolor que le subió hasta la cadera. Se preguntó si algún día volvería a estar seco. Sabía que tenía que pedir o tomar prestado un poco de papel de carta y escribirle una rápida carta a Lucille, pero estaba demasiado cansado para moverse.

—¡Sharpe! —La puerta se había abierto y el rostro de intelectual de Rebecque escudriñó la habitación iluminada por la luz de las velas—. ¡Está usted aquí! Su alteza querría tener unas palabras con usted. ¿Ahora? ¿Por favor?

Sharpe dio un gruñido, hizo una mueca y se puso de pie lentamente.

—¿Puedo comer algo, Rebecque?

—Las órdenes reales no se posponen a causa del hambre. —Rebecque tomó a Sharpe por el codo y lo llevó hacia las escaleras—. Y recuerde mis advertencias, ¿quiere? ¡Tenga tacto!

Rebecque condujo a Sharpe hacia el piso de arriba donde, sin ninguna ceremonia, lo hizo pasar al dormitorio en el que el príncipe estaba escribiendo cartas en una pequeña mesa. El príncipe llevaba una gruesa bata de lana y tenía un frasco de brandy junto al codo derecho. No respondió a la llegada de Sharpe, en lugar de eso se concentró en formar un charco con gotas de lacre sobre una de sus cartas. Centró su anillo de sello con cuidado y lo apretó contra la cera.

—Siempre me da la impresión de que me voy a quemar los dedos con el lacre.

—Su alteza podría comprarse obleas engomadas —sugirió Rebecque.

—Detesto las cosas ordinarias. —El príncipe soltó el anillo y volvió sus ojos glaucos hacia Sharpe—. Creí haberle ordenado que se vistiera con el uniforme holandés.

Tacto, se dijo Sharpe para sus adentros, tacto.

—Se está secando, señor.

—Pienso que nuestros soldados tienen derecho a ver a sus oficiales vestidos adecuadamente. ¿No está de acuerdo, Rebecque?

—Completamente, su alteza.

El príncipe se sirvió un poco de brandy. Pareció que dudaba, como si estuviera deliberando si ofrecerles una copa a su jefe de estado mayor y a Sharpe, pero decidió que su propia necesidad era más apremiante y se limitó a llenar la única que había.

—¿Ha visto el campo de batalla de mañana, Sharpe?

Sharpe había esperado alguna referencia a su altercado en Quatre Bras y tuvo que ocultar su sorpresa ante la pregunta.

—Sí, señor.

—¿Y bien? —preguntó el príncipe con una arrogante inclinación de su extrañamente pequeña cabeza.

—Está bien —dijo Sharpe lacónicamente.

—¿Está bien? ¡Es un lugar ridículo para combatir! Una estupidez. ¡No será culpa mía si mañana ocurre un desastre! —El príncipe se levantó y empezó a caminar de un lado a otro por las tablas del suelo. En una esquina de la habitación había un cubo de madera para recoger el agua que caía de una gotera del tejado. La lluvia vibraba y golpeaba en las ventanas. El príncipe, que tenía el ceño fruncido ante sus pensamientos, de repente se dirigió a Sharpe de forma acusadora—. ¿Examinó el flanco abierto de la derecha?

—No, señor.

—¡Está muy expuesto! ¡Muy expuesto! Mañana Napoleón doblará esa esquina en un periquete y luego nos tumbará a todos como si jugara a los bolos. ¡Se lo he dicho al duque! ¿No se lo he dicho al duque? —El príncipe lanzó una mirada furibunda a Rebecque.

—Sus opiniones le han sido enérgicamente transmitidas a su excelencia, señor.

—Y no hay duda de que no las ha tenido en cuenta. —El príncipe soltó una risa sardónica como para sugerir que, al igual que todos los genios, estaba acostumbrado a que ignoraran sus consejos—. Mañana, Sharpe, vamos a impedir la tragedia.

—Muy bien, señor. —Sharpe se dio cuenta de pronto de que su empapado uniforme goteaba sobre el suelo de la habitación. Estaba congelado de frío y se acercó un poco al pequeño fuego de carbón que calentaba el dormitorio del príncipe.

Éste, olvidándose al parecer de la amenaza sobre el flanco derecho del campo de batalla, detuvo sus pasos y señaló a Sharpe con su copa de brandy.

—¿Sabe por qué deseaba particularmente su presencia en mi estado mayor?

—No, señor.

—Porque tiene fama de audaz. Eso me gusta en un hombre, Sharpe, ¡me encanta!

—El príncipe empezó a andar de nuevo, con su pequeña cabeza inclinada sobre su cuello largo y ridículamente delgado—. Yo fui educado como un soldado, ¿no es así, Rebecque?

—En efecto, su alteza.

—¡Eduardo, Sharpe! ¡Piense en ello! Toda una vida dedicada al estudio de la guerra, ¿y quiere que le diga cuál es la única lección que he aprendido por encima de todas las demás?

—Me gustaría saberlo, señor. —Sharpe admiró su propia compostura diplomática, especialmente porque el príncipe sólo tenía veintitrés años y Sharpe llevaba veintidós combatiendo como soldado.

—La audacia vence. —El príncipe confió aquel consejo como si fuera un secreto guardado durante generaciones de militares—. La audacia vence, Sharpe. ¡Audacia, audacia, audacia!

Lo único que quería Sharpe era secarse, comer, acostarse y dormir, pero en lugar de eso asintió diligentemente con la cabeza.

—¡Ya lo creo, señor!

—Federico el Grande dijo una vez que el mayor delito en la guerra no es tomar la decisión acertada, sino no tomar ninguna. —El príncipe volvió a hacer un gesto hacia Sharpe con la copa de brandy—. ¡Debería recordar este axioma, Sharpe!

Sharpe ni siquiera sabía lo que era un axioma, pero asintió respetuosamente.

—Lo haré, señor.

—Hay ocasiones en las que un oficial puede considerar errónea la decisión de un superior —el príncipe aludía sin duda a su comportamiento en Quatre Bras, pero con tanta delicadeza que Sharpe, cansado como estaba, apenas se dio cuenta—, pero dicho oficial debería estar agradecido de que su superior haya tenido la audacia de tomar alguna decisión. ¿No es cierto? —El príncipe lanzó una mirada a Sharpe, que se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

Rebecque se apresuró a ofrecerle al príncipe el requerido asentimiento verbal.

—Es muy cierto, señor, muy cierto.

El príncipe, resentido por la falta de respuesta de Sharpe, se puso frente al fusilero, muy cerca de él.

—Pienso también que lo mínimo que puedo esperar de mi estado mayor es lealtad. ¿No es así? ¿Lealtad? —La palabra salió con una bocanada de aliento que apestaba a brandy.

—Por supuesto, señor —dijo Sharpe.

Rebecque se aclaró la garganta.

—El coronel Sharpe ya me ha expresado sus más sinceras excusas por haber disgustado a su alteza. También me ha asegurado su lealtad hacia su alteza. ¿No es cierto, Sharpe? —Le hizo la pregunta al fusilero casi entre dientes.

—En efecto, señor. —Sharpe había recurrido a sus antiguos modales de sargento, diciendo simplemente lo que un oficial quería oír. Siempre era fácil contentar a los oficiales engréidos con una sucesión de «sí», «no» y «por supuesto».

El príncipe, intuyendo quizá que ya había conseguido toda la victoria que aquella noche iba a obtener, sonrió.

—Agradezco que estemos de acuerdo, Sharpe.

—Sí, señor.

El príncipe volvió a su silla y se sentó despacio, como si la responsabilidad de Europa recayera sobre sus largos y flacos hombros.

—Quiero que mañana se emplace en el flanco derecho, Sharpe. Usted será mis ojos. En cuanto vea cualquier movimiento de flanqueo por parte de los franceses tendrá que informarme.

—Por supuesto, señor.

—Muy bien, muy bien. —El príncipe sonrió para demostrar que todo estaba perdonado, luego miró a Rebecque—. ¿Tiene usted un uniforme holandés de recambio, Rebecque?

—Claro que sí, su alteza.

—Bríndeselo al coronel Sharpe, si es usted tan amable. Y lo va a llevar mañana, Sharpe, ¿me oye?

—Perfectamente, señor.

—Entonces, hasta mañana. —El príncipe les dio las buenas noches a ambos con un movimiento de cabeza—. Rebecque. Mande entrar a mi costurera, ¿quiere?

Con diligencia, Rebecque hizo pasar a Paulette a la habitación del príncipe y luego acompañó a Sharpe por el pequeño rellano hacia su propio dormitorio, donde le dejó elegir entre algunos uniformes que tenía en un baúl de viaje de hojalata.

—Guárdelos —dijo Sharpe.

—Mi querido Sharpe...

—Durante diez años he combatido con los malditos franceses con esta chaqueta, Rebecque. —La interrupción de Sharpe denotó resentimiento—. No estaba aprendiendo a combatir de unos condenados libros en la maldita Universidad de Eton, yo estaba matando a esos hijos de puta. Empecé a matar franceses cuando ese pequeño cabrón todavía se meaba en los pantalones. —Lleno de ira y frustración, Sharpe dio un puñetazo contra la pared que rompió el enlucido y los listones, dejando un agujero irregular—. ¿Y por qué diablos me sigue queriendo en su estado mayor, a todo esto? ¿No tiene a bastante gente para cortarle la comida?

Rebecque soltó un suspiro de resignación.

—Usted tiene reputación, Sharpe, y el príncipe la necesita. Sabe que cometió un error. El ejército entero lo sabe. ¿Cree usted que Halkett no se ha quejado amargamente al duque? Por lo tanto, el príncipe necesita que los soldados vean que

usted está de su lado, que lo apoya, ¡incluso que lo respeta! Por eso quiere que lleve su uniforme. ¡Al fin y al cabo, usted no está adscrito a un regimiento británico, como Harry o Simon, sino que lo ha elegido personalmente! Y ahora, por favor, tome una chaqueta y póngasela mañana.

—O lucho con el verde de los fusileros, Rebecque, o no voy a entrar en combate. ¿Y qué demonios hago en el flanco derecho?

—Se mantiene alejado de él, Sharpe. Está allí para que no pueda causar problemas. ¿O preferiría pasarse toda la batalla atado a los faldones de su alteza?

Sharpe esbozó una sonrisa.

—No, señor.

—Al menos estamos de acuerdo en algo. No es que el príncipe pueda hacer mucho daño mañana. Wellington ha disuelto el cuerpo, por lo que su alteza no tiene un verdadero mando, aunque me imagino que encontrará algo que hacer. Normalmente lo hace. —Rebecque parecía nostálgico, pero luego sonrió—. ¿Ha comido?

—No, señor.

—Tiene aspecto de estar molido. —Rebecque, que obviamente se dio cuenta de que el inglés no iba a rendirse en aquella batalla por el uniforme, cerró el baúl de viaje—. Vamos, le buscaré algo de comer.

El reloj del vestíbulo dio las once. Sharpe, que sabía que debía estar en la colina antes del amanecer, dejó instrucciones para que lo llamarán a las dos y media y luego se llevó el pan y el cordero frío que le había dado Rebecque a los establos, donde Harper había separado un montón de paja relativamente seca para utilizarla de cama.

—Y bien, ¿cómo estaba su alteza? —preguntó el irlandés.

—Tan lleno de mierda como un huevo de sustancia.

Harper soltó una carcajada.

—¿Y mañana?

—Sabe Dios, Patrick. Supongo que mañana nos enfrentaremos al emperador.

—No es mala idea.

—Pero usted tiene que mantenerse alejado del peligro, Patrick.

—¡Lo haré! —exclamó Harper indignado, como si el rezongo le recordara a su esposa.

—Ayer no se mantuvo al margen.

—¡Ayer! ¡Ayer no se me acercó ninguno de esos cabrones! Pero mañana me mantendré a salvo, no se preocupe.

Se quedaron en silencio. Sharpe se puso la capa húmeda sobre el empapado uniforme y escuchó el sonido de la lluvia al golpear contra los adoquines del patio. Pensó en los horribles temores de Peter D'Alembord y se acordó de su propio terror en Toulouse, y se preguntó por qué aquella batalla no le estaba afectando de la misma

manera. Sólo de pensarlo se acrecentó su propio miedo, el miedo a que aquella falta de terror fuera en sí misma un presagio de desastre; sin embargo, sumido en la oscuridad y escuchando el ruido que hacían los caballos al moverse pesadamente detrás de su cama, Sharpe no pudo sentir ningún terror ante el día siguiente. Tenía curiosidad por combatir contra el emperador y estaba tan inquieto como cualquier soldado, aunque no sufría aquel terror con efecto laxante que atormentaba a D'Alembord.

Escuchó el sonido de la lluvia y se preguntó cómo terminaría el día siguiente. Mañana por la noche, pensó, se encontraría en plena retirada hacia la costa o bien lo habrían hecho prisionero, o tal vez incluso estuviera marchando hacia el sur en persecución de un enemigo derrotado. Se acordó del triunfo en Vitoria, que había hecho que los franceses se desmoronaran en España, y de cómo Harper y él habían cabalgado, tras la batalla, hacia aquel campo de oro y joyas. Aquello había sido una respuesta a las plegarias del soldado: Dios enviaba a un enemigo rico y no un cuchillo de cirujano.

Lucille estaría preocupada esperando noticias. Sharpe cerró los ojos y trató de dormir, pero no lograba conciliar el sueño. El hombro y la pierna le dolían muchísimo. Harper ya dormía, y daba unos fuertes ronquidos junto a la puerta. Bajo el arco del patio de la cuadra, el centinela daba patadas en el suelo. El fragante humo de su pipa de cerámica llegaba al establo y ayudaba a evitar el hedor del montón de estiércol mojado apilado en la parte de atrás del patio. En el piso de arriba, en la habitación del príncipe, se apagó una vela y la casa quedó sumida en la oscuridad. Los relámpagos parpadeaban silenciosos por encima de los tejados en los que la lluvia golpeaba, rebotaba y manaba por entre las tejas.

En las colinas gemelas, a unos cinco kilómetros al sur, dos ejércitos trataban de dormir bajo el aguacero. Se envolvían en sobretodos para conseguir un poco de calor, pero el confort era ilusorio puesto que hacía mucho rato que la lluvia había empapado hasta las últimas puntadas de su ropa. La mayoría de las hogueras se habían extinguido y el poco combustible que hubiera podido alimentarlas se estaba reservando para calentar el agua del té de la mañana siguiente.

Fueron pocos los soldados que en realidad durmieron, muchos fingieron hacerlo. Algunos permanecieron sentados en los pequeños setos, aferrándose a su desdicha durante las horas de oscuridad. Los piquetes emplazados en las faldas delanteras de las colinas temblaban, mientras que en las traseras, donde las cosechas ya habían sido pisoteadas hasta quedar convertidas en un cenagal, los soldados estaban tumbados sobre los surcos que habían pasado a ser torrentes de agua. Unos cuantos hombres que renunciaban a dormir estaban sentados sobre sus mochilas y conversaban en voz baja. Algunos caballos británicos se liberaron, puesto que las estacas a los que estaban atados se habían soltado del suelo mojado, y, asustados por los distantes

relámpagos azules como el hielo, atravesaron los campamentos galopando como locos. Los soldados maldijeron y se apartaron a toda prisa de la amenaza de aquellos cascos aterrorizados, entonces los caballos salieron estrepitosamente al amplio valle, que estaba oscuro y vacío bajo la terrible tormenta.

En las tres granjas que había delante de la colina ocupada por los británicos, las guarniciones dormían resguardadas por sólidos tejados. Los centinelas miraban detenidamente hacia la lluvia desde las ventanas de las granjas. Unos cuantos soldados, ansiosos por encontrar algún augurio que les dijera lo que les deparaba el futuro, recordaron la tradición de victorias británicas que siguieron a grandes temporales. En Agincourt, los soldados, superados en número y enfrentados a un enorme y poderoso ejército francés, se habían agachado de forma similar, como animales, bajo una tormenta que había retumbado por el cielo nocturno antes del inicio de su batalla, y ahora una nueva generación de antiguos enemigos escuchaba las sacudidas y el azote de los truenos por un cielo nocturno que se partía en dos con los demoníacos rayos de punzante luz.

Los piquetes británicos temblaban. El ejército francés estaba acampado junto a la colina sur, aunque las fogatas del enemigo hacía rato que se habían extinguido y las únicas luces que se divisaban en la línea enemiga eran dos débiles manchas amarillas que señalaban las ventanas de las tabernas iluminadas por la luz de las velas. Incluso aquellas luces palidecían y en ocasiones quedaban ocultas bajo el mero volumen de la lluvia. Los piquetes tenían la impresión de que el aguacero nunca cesaría. Era un diluvio apropiado para el fin del mundo; una lluvia que martilleaba y lo barría todo ante el viento para empapar los campos, derramarse por los surcos del arado, anegar las zanjas, aplastar las cosechas e inundar los caminos de las granjas. Era una locura de viento y agua que batía en la oscuridad para traer la desdicha a un campo que, al estar situado entre dos colinas, estaba destinado a sufrir aún más a la mañana siguiente.

CUARTO DÍA

DOMINGO, 18 DE JUNIO DE 1815

CAPÍTULO 13

Durante la noche paró de llover.

A las cuatro de la mañana, el alba dejó ver la neblina en el valle, agitada por un viento húmedo que soplaba a ráfagas. Rápidamente la bruma se hizo más espesa debido al humo de las nuevas hogueras que se encendieron por la mañana. Los temblorosos soldados salieron del barro como cadáveres que volvieran a la trémula vida. Aquel largo día había empezado. Era un día de pleno verano del norte y el sol no se iba a poner durante otras diecisiete horas.

A ambos lados de aquel valle poco profundo, los soldados desataron los trapos que habían sujetado los cerrojos de sus mosquetes y sacaron los corchos de las bocas de sus armas. Los centinelas sacaron rascando la sustancia fangosa, húmeda y gris, que había sido el cebo de sus cazoletas y trataron de vaciar la carga principal con un nuevo pellizco de cebadura. Todo lo que consiguieron fue un destello en la cazoleta, lo cual era señal de que la pólvora del cañón estaba mojada. Podían sacar la bala con un punzón o bien seguir quemando cebadura nueva en el arma hasta que dentro de la chimenea se secase la cantidad de pólvora suficiente para que pudiera prender. Uno a uno, los mosquetes estallaron y el ruido resonó sin demasiado entusiasmo por aquel valle poco profundo.

En Waterloo, los miembros del estado mayor y demás oficiales se levantaron mucho antes del alba. Sus mozos de cuadra ensillaron a los caballos y luego, como hombres que se dirigieran cabalgando hacia sus negocios, los oficiales tomaron el camino del sur a través del oscuro y empapado bosque.

Sharpe y Harper se encontraban entre aquellos que salieron primero. El príncipe ni siquiera se había levantado de la cama cuando Sharpe subió cansinamente a su montura y metió el fusil en la pistolera. Llevaba puesta su casaca verde de fusilero bajo la capa que le había dado Lucille y montaba la yegua que ya se había recuperado de su largo día de reconocimiento por los alrededores de Charleroi. Tenía la ropa húmeda y los muslos doloridos de estar tantos días sobre la silla de montar. El aire aventaba las gotitas de agua de los tejados; los árboles, él y Harper giraron hacia el sur por la calle del pueblo.

—¿Hoy va a cumplir su promesa? —le preguntó Sharpe a Harper.

—¡Es igual de malo que Isabel! Que Dios salve a Irlanda, pero si hubiera querido que otra persona fuera mi conciencia me habría buscado una esposa aquí para que me diera la lata.

Sharpe sonrió abiertamente.

—Soy yo el que tendré que darle la noticia de su muerte, así que ¿va a cumplir lo prometido?

—Todavía no tengo intención de ser un hombre muerto, o sea que voy a

cumplirlo. —No obstante, Harper iba vestido y equipado para la batalla. Llevaba puesta su casaca de fusilero, su pistola de siete cañones en un hombro y su fusil en el otro.

Ambos habían dejado sus mochilas en el alojamiento del príncipe y ninguno de los dos se había afeitado. Cabalgaban hacia la batalla con aspecto de forajidos.

Cuando se aproximaban a Mont-Saint-Jean oyeron un sonido como el de un enorme mar que se arrastrara sobre una playa en declive. Era el rumor de miles de hombres que hablaban, el de las ramas húmedas al arder, el estallido de los fusiles al cebarlos y el susurro del viento entre los tiesos y húmedos tallos de centeno. Era también un sonido extrañamente inquietante. El aire olía a hierba mojada y a humo frío y húmedo, pero al menos las nubes del día anterior se habían disipado lo suficiente para que se viera el sol en forma de un pálido resplandor de peltre detrás de un vapor turbio que se hacía más espeso con el humo de las hogueras de los campamentos.

Había un ritual que Sharpe tenía que llevar a cabo. Antes de seguir cabalgando hasta la cima de la colina, encontró a un armero de caballería cerca del linde del bosque y le tendió su enorme espada.

—Conviértala en una hoja de afeitar —le ordenó.

El armero le dio al pedal de su rueda y rozó la piedra de afilar con la hoja de la espada, de manera que unas chispas como diamantes aplastados saltaron del acero. En su filo delantero la espada tenía algunas muescas muy profundas que los sucesivos afilados no habían podido borrar. Sharpe, que miraba las chispas, ni siquiera podía recordar cuáles eran los enemigos que habían hecho aquellas hondas muescas en el acero. El armero dio la vuelta a la espada para afilar la punta. A los soldados de la caballería británica se les enseñaba a propinar cortes y tajos más que estocadas, pero la sabiduría decía que la punta siempre era mejor que el filo. El armero amoló unos centímetros del extremo del dorso de la hoja y luego suavizó su trabajo en el grueso delantal de cuero.

—Como nueva, señor.

Sharpe le dio un chelín al hombre y deslizó la afilada espada en su vaina. Con un poco de suerte, pensó, ni siquiera tendría que desenfundarla en toda la jornada.

Los dos fusileros siguieron cabalgando a través del campamento. Los carros de suministros del batallón no habían llegado, de manera que iba a ser un día de hambruna, aunque no un día seco, puesto que al parecer los intendentes habían dispuesto que el ron se trajera del depósito en Bruselas. Los hombres lanzaron gritos de entusiasmo mientras se transportaban penosamente los barriles por el suelo empapado.

Un joven tambor tensó la mojada piel de su instrumento y le dio unos golpecitos para probarlo. Junto a él, un corneta sacudía el agua de lluvia que había entrado en su

clarín. Ninguno de los dos chicos tendría más de doce años. Sonrieron cuando Sharpe les habló en gaélico y el tambor respondió en el mismo idioma. Eran unos muchachos irlandeses del 27.º, los Inniskillings.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? —Harper señaló con orgullo a sus compatriotas, que a decir verdad más bien parecían diablos cubiertos de barro pero que, al igual que todos los batallones irlandeses, podían luchar como demonios.

—Sí, tienen buen aspecto —asintió Sharpe con fervor.

Se detuvieron en el punto más alto de la colina, donde estaba el olmo junto a la zanja de la carretera que se extendía hacia el norte y hacia el sur. A la izquierda de Sharpe, una batería de cinco cañones de nueve libras y un mortero se estaban preparando para la jornada. Las cargas para la munición disponible estaban dispuestas sobre trozos de lona cerca de los cañones; las cargas eran unas bolsas de un tejido de color gris que contenían la pólvora necesaria para lanzar una bala de hierro o una granada. Cerca de las cargas estaban los proyectiles (o bien balas o bien granadas), atados a unos discos de madera que se apretaban contra las bolsas de tejido dentro de los tubos de los cañones. Los artilleros rellenaban los botes de metralla, que no eran otra cosa que latas tubulares llenas de balas de mosquete. Cuando se disparaban, los delgados botes de hojalata estallaban y dispersaban las balas de mosquete como si fueran gigantes ráfagas de una pistola ánade. Junto a los cañones se hallaban las herramientas del oficio de los soldados de artillería: cadenas, sacatrapos, baquetas, esponjas, cubos, cuñas, atacadores, agujas, mechas y palancas. Los cañones tenían un aspecto crudamente tranquilizador, pero Sharpe se acordó de que la artillería francesa tendría la misma apariencia eficiente y era probable que se presentara en el campo de batalla en mayor número.

El fuego de las hogueras del campamento enemigo se extendía como una sucia y baja neblina sobre el horizonte. Sharpe vio a un puñado de jinetes cerca de la posada, pero aparte de eso, el enemigo estaba oculto. En el valle propiamente dicho había zonas donde el alto centeno había quedado aplastado por la lluvia que había dejado los prados con el aspecto de padecer alguna extraña y escabrosa enfermedad.

Algunos fusileros se habían emplazado a unos doscientos pasos camino abajo hacia el valle, justo enfrente de la granja de La Haye Sainte. Sharpe y Harper se acercaron al trote a aquellos casacas verdes que ocupaban un arenal a la izquierda del camino, mientras que la granja situada a la derecha estaba guarnecida por soldados de la Legión del Rey Alemán.

—¿Una mala noche? —le preguntó Sharpe al sargento de los casacas verdes.

—Las hemos tenido peores, señor. Usted es el señor Sharpe, ¿no?

—Sí.

—Es bueno saber que está aquí, señor. ¿Quiere una taza de té?

—¿El sucedáneo de siempre?

—Eso no cambia nunca, señor.

El sucedáneo era un té barato que se rumoreaba que estaba hecho de hojas de fresno maceradas con boñigas de oveja. Sabía peor incluso de lo que su supuesta receta daba a entender, pero cualquier líquido caliente era bienvenido aquella fría y húmeda mañana. El sargento les dio a Sharpe y a Harper una taza de hojalata a cada uno y luego se quedó mirando a través de la penumbra del amanecer hacia la colina ocupada por el enemigo.

—Me imagino que el *Monsieur* empezará pronto el baile.

Sharpe asintió con la cabeza.

—Yo lo haría si me encontrara en su lugar. Tiene que vencernos antes de que lleguen los prusianos.

—¿Así que van a venir, señor? —El tono del sargento puso de manifiesto que incluso aquellas excelentes tropas eran conscientes de la precaria situación de los británicos.

—Van a venir. —Sharpe todavía no había tenido ninguna noticia oficial de los prusianos, pero la noche anterior, Rebecque tenía plena confianza en que Blücher se pondría en marcha al amanecer.

De pronto el sargento se dio la vuelta rápidamente, demostrando con ello que tenía ojos en la nuca.

—¡Aquí no, George Cullen, pequeño cabrón mugriento! ¡Ve a hacerlo en el maldito campo! ¡No queremos andar todo el día tropezando con tu mierda! ¡Muévete!

Un grupo de oficiales de los casacas verdes se había reunido junto a un bote de metralla vacío que habían llenado de agua caliente para su afeitado matutino. Uno de aquellos hombres, un comandante alto, cadavérico y canoso, le era extrañamente familiar a Sharpe, pero no pudo ubicar ni su rostro ni su nombre.

—Ése es el comandante Dunnett —le dijo el sargento a Sharpe—. Lo destinaron a este batallón el año pasado, señor.

El pobre caballero tuvo la desgracia de permanecer prisionero durante la mayor parte de la última guerra.

—Ahora me acuerdo.

Sharpe espoleó a la yegua para que se acercara al grupo de oficiales, Dunnett, al levantar la vista, se cruzó con su mirada y la fijó con aparente asombro. Entonces Dunnett sacudió el jabón de su navaja de afeitar y fue al encuentro de Sharpe. Se habían visto por última vez durante la desastrosa retirada hacia La Coruña, cuando Dunnett estaba al mando de medio batallón de casacas verdes y el teniente Sharpe había sido su intendente. Dunnett detestaba a Sharpe con un odio irrazonable e imposible de erradicar. La última vez que Sharpe había visto a su antiguo comandante fue cuando los dragones franceses capturaron a Dunnett mientras Sharpe había tenido que ponerse a salvo desesperadamente y a duras penas con un grupo de fusileros.

Dunnett, que tenía vedado el ascenso a causa de sus cinco años en prisión, seguía siendo comandante, mientras que Sharpe, su antiguo intendente, le superaba en rango.

—Hola, Dunnett. —Sharpe frenó su caballo.

—¡Pero si es el teniente Sharpe, tan cierto como que vivo y respiro! —Dunnett se dio unos golpecitos en la cara para secársela—. Me enteré de que había sobrevivido y prosperado, aunque dudo que siga siendo teniente. O ni siquiera intendente.

—Un teniente coronel holandés, lo cual no creo que tenga mucha importancia. Me alegra verle de nuevo.

—Muy amable de su parte. —Dunnett, claramente incómodo por el cumplido de Sharpe, apartó la mirada y vio a Harper que seguía hablando con el sargento—. ¿Ese fusilero es Harper? —preguntó Dunnett con incredulidad.

—Es el ex fusilero Harper. Hizo trampas para salir del ejército y ahora quiere volver para verlo combatir.

—Creí que había muerto hace mucho tiempo. Siempre fue un granuja. —Dunnett era tan delgado que daba pena, con unas profundas arrugas que surcaban su rostro a ambos lados de su cano bigote. Volvió a mirar a Sharpe—. Y usted también, aunque me equivoqué al juzgarle.

Era una magnífica retractación. Sharpe trató de restarle importancia y se refirió a lo horrible que había sido la retirada en La Coruña; una experiencia terrible que había carcomido el carácter y los modales de los soldados hasta que acabaron gruñéndose unos a otros como perros rabiosos.

—Fueron malos tiempos —concluyó.

—Y hoy no promete ser mucho mejor. ¿Es cierto que todo el ejército de Boney está aquí?

—La mayor parte, por lo menos. —Sharpe supuso que Napoleón había mandado a algunos soldados para que mantuvieran ocupados a los prusianos, pero las abundantes hogueras por todo el valle evidenciaban que casi todo el ejército francés se encontraba entonces reunido frente a los hombres de Wellington.

—Malditos sean esos cabrones, haya los que hubiera. —Dunnett se abrochó la camisa y se puso la casaca verde—. No volverán a hacerme prisionero.

—¿Lo pasó muy mal?

—No, hasta fue civilizado. Teníamos el armisticio de Verdún, pero si no tenías dinero era un dudoso privilegio. Creo que preferiría morirme antes que volver a ver esa maldita ciudad. —Dunnett se volvió a mirar hacia la vacía vertiente de la colina francesa en la que el único movimiento era el del viento que mecía el húmedo centeno en aquellas zonas donde todavía estaba en pie. Se quedó mirando fijamente hacia allí unos segundos y luego se volvió hacia Sharpe—. De una forma extraña, me alegra verle de nuevo. No quedan muchos supervivientes de aquel batallón en concreto. ¿Se enteró de que estaban en Nueva Orleans?

—Sí.

—Los masacraron —dijo Dunnett con amargura—. ¿Por qué nombrarán generales a unos idiotas?

Sharpe sonrió.

—Creo que el duque no le va a parecer ningún idiota.

—Es lo que todo el mundo me dice, y esperemos que sea verdad. Hoy quiero tener la oportunidad de matar a algunos franchutes. Tengo cuentas pendientes con los condenados franceses. —Dunnett se rió como para atenuar el odio que había delatado y luego tendió la mano—. Permítame desearle lo mejor en este día, Sharpe.

Sharpe bajó el brazo y tomó la mano de su antiguo enemigo.

—Lo mismo le deseo a usted, Dunnett. —Pensó que era extraño que los hombres hicieran las paces antes de irse a la guerra, y todavía pareció más extraño cuando Dunnett, con aparente orgullo, presentó a Sharpe a los demás oficiales. Aquellos fusileros se encontraban cruelmente expuestos a mucha distancia de la colina, pero, siempre que los alemanes siguieran ocupando los edificios de las granjas, los casacas verdes tendrían asegurado su fuego de apoyo.

—Mejor aquí que allí. —Un capitán señaló hacia el flanco izquierdo donde una entrante poco profunda perforaba y allanaba la colina británica, y donde un batallón de tropas belgas holandesas se encontraba a plena vista del enemigo. El resto de la infantería de Wellington se hallaba oculta tras la colina o cubierta tras las gruesas paredes de las granjas, pero el único batallón belga holandés se hallaba terriblemente expuesto. No había duda de que se tenía que apostar allí a algunas tropas para bloquear el peligroso entrante, pero después de Quatre Bras, parecía inútil esperar que los belgas permanecieran en su lugar y lucharan.

—Tal vez el duque quiera que esos cabrones salgan corriendo enseguida. No tiene sentido alimentar a la escoria si no van a combatir. —Cinco años de encarcelamiento no habían conseguido embotar la afilada lengua de Dunnett.

Sharpe se despidió y luego él y Harper volvieron cabalgando a la colina.

—¡Qué raro encontrarme de nuevo con Dunnett! —dijo Sharpe, y se volvió para mirar la vacía colina francesa mientras pensaba en los soldados de aquel distante ejército a los que conocía. A uno o dos de aquellos hombres los contaba entre sus amigos, y sin embargo aquel día tendría que luchar contra ellos.

Una vez en la cresta de la colina, Sharpe y Harper cambiaron de rumbo y se dirigieron hacia el oeste, en dirección al flanco derecho británico que el príncipe de Orange consideraba vulnerable. Algunos batallones ya se hallaban en formación tras la cima. Los Voluntarios del Príncipe de Gales formaban un cuadrado hueco en el que se alineaban de cara al interior, mirando hacia el capellán, que trataba de hacerse oír por encima del sonido del viento y el murmullo de las voces de otros batallones. Harper vio que D'Alembord tenía la cabeza inclinada y aparentaba estar rezando,

aunque era más probable que estuviera absorto. Justo detrás de los Voluntarios del Príncipe de Gales, un batallón de infantería de la Legión Alemana del Rey cantaba un salmo. Las voces de los hanoverianos eran fuertes y llenas de emoción, por lo que Sharpe tuvo la repentina y culpable impresión de estar escuchando a escondidas un momento muy privado.

—Es domingo, eso es —dijo Harper con un dejo de sorpresa antes de hacer la señal de la cruz sobre la casaca de su uniforme.

En la cresta de la colina, un alegre y rubicundo oficial de artillería galopaba de una batería de cañones a otra.

—No pueden permitirse abrir fuego para contraatacar a las baterías enemigas. ¡Reservarán la pólvora para la infantería y la caballería! ¡No dispararán a los cañones enemigos, sino únicamente a su infantería y caballería! ¡Buenos días, Freddy! —Levantó la mano para saludar a un amigo que al parecer estaba al mando de una de las baterías—. Gracias a Dios que ha dejado de llover, ¿eh? Salude de mi parte a su encantadora esposa cuando escriba a casa. ¡No pueden permitirse abrir fuego para contraatacar a las baterías enemigas, reservarán la pólvora...! —Su voz se perdió a espaldas de Sharpe y Harper cuando éstos siguieron cabalgando hacia el oeste.

—Nunca había visto tantos cañones juntos —comentó Harper. Cada pocos metros había otra batería de cañones de nueve libras mientras que, tras la colina, los mortíferos obuses de cañón corto esperaban en reserva.

—Puede apostar su último medio penique a que Napoleón tiene más cañones que nosotros —dijo Sharpe en tono grave.

—De todas formas, sería una carnicería si los franchutes avanzaran derechos por el valle.

—Quizá no lo hagan. El muchachito holandés cree que tal vez den la vuelta y se acerquen por este extremo de nuestra línea. —Sharpe habló agriamente, aunque en realidad el temor del príncipe mostraba una preocupación genuina e inteligente, y entonces, temiendo que el emperador hubiera podido avanzar ya y que los franceses pudieran estar amenazando con lanzar un ataque sorpresa sobre el flanco derecho británico, espoleó a su yegua para seguir adelante.

Se detuvo en la colina por encima del castillo de Hougoumont. Desde allí se dominaba la zona del sudeste, pero no había señales de movimiento en aquella mañana gris. Un puñado de piquetes de caballería de la Legión Alemana del Rey permanecían tranquilamente en los prados, lo cual demostraba que los franceses no habían avanzado. El castillo en sí era un hervidero de ruido mientras los miembros de la Guardia de Coldstream, que constituían su guarnición, terminaban sus preparativos. Sharpe distinguió el ruido de los picos que abrían aun más troneras en las gruesas paredes de la casa y los graneros.

Un grupo de jinetes galopaba por la cresta de la colina. Los cascos de los caballos

levantaban grandes pegotes de barro y agua del suelo empapado. El jinete que iba en cabeza era el príncipe de Orange que, al ver a Sharpe, alzó una mano para saludarlo y dio un brusco viraje para dirigirse hacia los dos fusileros. El príncipe iba elegantemente vestido con una chaqueta con pasamanería de oro y ribeteada con piel de color negro.

—¿Se ha levantado temprano, Sharpe!

—Sí, señor.

—¿Ningún movimiento por el flanco?

—No, señor.

De pronto el príncipe se dio cuenta de que Sharpe todavía llevaba su casaca verde de fusilero bajo la capa. Claramente estuvo tentado de decir algo, pero estaba igual de claro que temía un acto de descarada desobediencia que pondría de manifiesto su propia falta de autoridad principesca, así que, en lugar de decir nada, frunció el ceño y se quedó mirando hacia el vulnerable flanco abierto, donde los jinetes alemanes se hallaban quietos como estatuas en los prados anegados.

—El emperador vendrá por allí. Puede estar seguro de ello.

—Por supuesto, señor —dijo Sharpe.

—Un ataque por nuestra derecha nos cortaría el paso hacia el mar del Norte y alejaría a los franceses de los prusianos, Sharpe, eso es lo que haría, y ése es el motivo por el cual el emperador atacará aquí. ¡Hasta un niño podría deducirlo! Es una pérdida de tiempo colocar cañones en la colina. Tendrán que trasladarse todos hasta este flanco y cuando se den las órdenes para que lo hagan será un caos. ¡Pero al menos estaremos preparados para la jugada!

—¿Van a venir los prusianos, señor? —preguntó Sharpe.

El príncipe frunció el entrecejo como si aquella pregunta le exasperara.

—Van a venir. —Respondió a regañadientes—. Blücher dice que dos de sus cuerpos estarán aquí al mediodía y que un tercero irá pisándoles los talones. El mensaje llegó hace pocos minutos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Sharpe con fervor.

El príncipe, que ya estaba molesto por la negativa de Sharpe a ponerse el uniforme holandés, se irritó ante el evidente alivio del fusilero.

—No creo que debamos estar demasiado agradecidos, coronel Sharpe. Confío en que podemos vencer a esos demonios sin unos cuantos alemanes, ¿no es cierto, Rebecque?

—Claro que sí, su alteza —dijo Rebecque con mucha diplomacia, montado en su caballo justo al lado del príncipe.

—Podemos vencerlos siempre que mantengamos este flanco. —El príncipe dio la vuelta a su montura de cara al castillo—. ¡Así que usted monte guardia aquí, Sharpe! ¡El futuro de Europa puede depender de su vigilancia!

El príncipe gritó las últimas magníficas palabras al tiempo que espoleaba a su caballo y bajaba por el camino de la granja que conducía de la colina al castillo. Rebecque esperó unos segundos hasta que el séquito de su señor no podía oírle y añadió unas palabras de advertencia.

—Los caminos están muy enlodados, por lo que no creo que los prusianos lleguen hasta primera hora de la tarde.

—Pero al menos van a venir.

—¡Oh, sí! Claro que van a venir. Lo han prometido. No estaríamos combatiendo aquí si no lo hubieran hecho. —Rebecque sonrió dando a entender que reconocía haber contradicho pura y simplemente la seguridad del príncipe.

—Le deseo que tenga un buen día, Sharpe.

—Igualmente, señor.

Se dieron la mano y luego Rebecque salió al trote tras su señor que había desaparecido en el interior del enorme patio de Hougoumont.

Patrick Harper miró al cielo para estudiar el tiempo.

—Los alemanes llegarán a primera hora de la tarde, ¿no? ¿Por dónde vendrán?

—Por allí. —Sharpe señaló hacia el oeste, mucho más allá del olmo y por detrás del flanco izquierdo de la línea de Wellington—. Y le diré algo más, Patrick. Tenía usted razón. Va a ser una condenada masacre. —Sharpe se volvió para dirigir una mirada fulminante hacia la vacía colina enemiga—. Napoleón no va a hacer ninguna maniobra. Vendrá directo a por nosotros como un ariete.

A Harper le hizo gracia la repentina y desalentadora certeza de Sharpe.

—¿Con el futuro de Europa en juego?

Sharpe no sabía por qué de pronto estaba tan seguro, a menos que se tratara de una incapacidad para estar de acuerdo con cualquier cosa que creyera el príncipe de Orange. Trató de encontrar una justificación más aceptable para su certidumbre.

—Boney querrá terminar cuanto antes, así que ¿para qué maniobrar? Nunca le ha importado cuántos de sus hombres mueran, siempre que él venza. Y allí tiene suficientes soldados como para aplastarnos de mala manera; entonces, ¿por qué no iba a avanzar en línea recta y terminar con el maldito asunto?

—¡Pues gracias a Dios por los prusianos! —dijo Harper con gravedad.

—¡Gracias a Dios, ya lo creo!

Porque los prusianos lo habían prometido, e iban a venir.

* * * *

El mariscal Blücher, comandante del ejército prusiano, había prometido que marcharía para combatir junto a Wellington, pero el jefe de estado mayor de Blücher, Gneisenau, no confiaba en los ingleses. Gneisenau estaba convencido de que

Wellington era un bellaco, un mentiroso y un embaucador que en cuanto oliera el humo de los cañones saldría corriendo hacia el canal y abandonaría a los prusianos a la venganza de Napoleón.

Blücher había desdeñado los temores de Gneisenau y ordenó a su jefe de estado mayor que organizara la marcha hacia Waterloo. Gneisenau no iba a desobedecer directamente una orden, pero era lo bastante listo para cerciorarse de que su método de obediencia fuera equivalente a la desobediencia.

Así pues, ordenó que el Cuarto Cuerpo del general Friedrich Wilhelm von Bülow encabezara el avance hacia Waterloo. De todos los cuerpos prusianos, el Cuarto era el que se encontraba más lejos de los británicos. Hacer marchar al Cuarto Cuerpo a la cabeza ocasionaría un largo retraso en el cumplimiento de la promesa de Blücher, pero Gneisenau, temiendo que von Bülow demostrara una prontitud de soldado al avanzar hacia el esperado sonido de los cañones, ordenó además que los treinta mil hombres del Cuarto Cuerpo avanzaran por un camino en concreto que cruzaba las estrechas calles de Wavre, y que además atravesaba un puente particularmente angosto e inconveniente. Al Cuarto Cuerpo se le ordenó también que avanzara a través de los acantonamientos del Tercer Cuerpo del teniente general Pirch, que tenía instrucciones de dejar sus cañones y los carros de suministros pesados aparcados en la carretera. Cuando los treinta mil hombres de von Bülow se hubieron abierto paso por entre aquellos obstáculos, a Pirch se le permitió iniciar su propia marcha tras los pasos de von Bülow. Al Segundo Cuerpo del teniente general Zieten, que se encontraba tan sólo a unos diecinueve kilómetros de Waterloo y era el cuerpo prusiano más próximo a los británicos, se le ordenó firmemente que permaneciera en sus acantonamientos hasta que el Cuarto y el Tercero hubieran pasado, y entonces el Segundo tenía que tomar una tortuosa ruta hacia el norte que retrasaría aún más su llegada al campo de batalla.

Hacía falta realizar un magistral trabajo de estado mayor para provocar un caos semejante, pero Gneisenau era un maestro, y todavía se impuso un retraso adicional—demostrando con ello que a menudo la fortuna favorecía a los competentes—cuando una casa en llamas bloqueó una calle en Wavre, de manera que los hombres de von Bülow quedaron retenidos casi antes de haber emprendido la marcha. Los soldados se limitaron a dejar sus mosquetes en el suelo y esperar.

En algún lugar hacia el sur, uno de los cuerpos franceses andaba dando tumbos en busca del ejército prusiano, pero a Gneisenau no le preocupaba aquella amenaza. Lo único que importaba era que el precioso ejército prusiano no se viera arrastrado a la enorme derrota que el emperador estaba a punto de infligir a los británicos, y Gneisenau, que estaba seguro de que con su habilidad había evitado semejante desastre, pidió el desayuno.

Un jinete solo cabalgó hacia el olmo solitario. El jinete llevaba un abrigo de civil de color azul sobre unos pantalones de gamuza de color blanco y unas altas botas negras. Llevaba un fular blanco alrededor del cuello mientras que en su sombrero de tres picos había cuatro escarapelas: una por Inglaterra, otra por España, otra por Portugal y la otra por los Países Bajos. En la perilla de su silla de montar había enrollada una capa azul. Los miembros de su estado mayor se acercaron por detrás mientras su excelencia el duque de Wellington miraba por un catalejo hacia la taberna llamada La Belle Alliance. Los comisionados militares de Austria, España, Rusia y Prusia acompañaban al duque y, al igual que él, enfocaron sus telescopios a la distante colina. Algunos civiles también se habían acercado a caballo desde Bruselas para observar el combate y ellos también se apiñaban detrás del duque.

El duque cerró su catalejo de golpe y miró su reloj. Las nueve en punto.

—El bagaje a la retaguardia —dijo sin dirigirse a nadie en especial, pero dos de sus ayudas de campo dieron la vuelta a sus caballos y se alejaron para transmitir la orden por la línea.

Los batallones se sacaron las mochilas de los hombros y éstas fueron amontonadas en los carros que habían traído la munición de reserva. A los soldados se les ordenó que se quedaran sólo con sus armas, sus cartuchos y sus cantimploras.

Los carros se abrieron camino a duras penas por aquel barro que llegaba hasta los tobillos para llevar el bagaje hacia la linde del bosque, donde se unió a los coches de los comisionados militares, a los carromatos de artillería, a las forjas portátiles y a las carretas de los herreros, y donde los figurantes de la batalla (herradores, carreteros, intendentes, administrativos, conductores, fabricantes de arneses y esposas de soldados) aguardarían a que se decidiera el día.

En la falda norte de la colina, la infantería del duque esperaba en columnas de compañías. Los batallones situados en cabeza habían avanzado lo suficiente para que los soldados de las compañías más adelantadas pudieran ver, por encima de la cresta, el lugar donde una débil y acuosa luz del sol iluminaba de forma tenue el terreno enemigo. Aquella colina del sur estaba vacía, no se veía a nadie aparte de unos pocos jinetes.

Entonces, de una manera repentina y gloriosa, empezó a aparecer un ejército.

Los veteranos del ejército del duque habían visto a un enemigo prepararse para la batalla, pero nunca de aquella manera. Antes, en España, el enemigo acudía como una amenaza, como una mancha de uniformes oscuros que avanzaban por un terreno iluminado por el sol, pero allí, el emperador hizo desfilar a su ejército como si aquel día fuera festivo y los casacas rojas británicos fueran espectadores de aquella espléndida demostración. Los franceses no avanzaban hacia la batalla, en lugar de eso

se desplegaron en una arrogante panoplia de poder abrumador.

Aparecieron la infantería, la caballería y los artilleros. Avanzaron a pie o a caballo como si estuvieran en el Campo de Marte de París. No llevaban sus uniformes de combate, sino que iban vestidos como si estuvieran en el patio delantero de un palacio. Sus casacas refulgían con el oro y la plata de los galones. Había penachos de color escarlata, plateado, amarillo, rojo, verde y blanco. Había cascos de bronce y de acero, cascos adornados con piel de leopardo o ribeteados con piel de marta. Había coraceros, lanceros, dragones, carabineros y húsares. Los artilleros, que llevaban unas pellizas azul oscuro con los bordes de piel plateada, ordenaron que sus armas dieran la vuelta para situarse frente al enemigo. Los trompetas desafiaron el valle con sus instrumentos siguiendo los pasos de unos estandartes bordados en oro. Las banderas polacas rojas y blancas de cola ahorquillada de los lanceros formaban un matorral de color, mientras que los banderines, estandartes, banderas, guiones y águilas doradas salpicaban el cielo deslavazado.

Seguían viniendo regimiento tras regimiento, escuadrón tras escuadrón, batería tras batería; el poder de un resucitado imperio desplegado en una masiva demostración de violencia incipiente. De los cascos griegos colgaban penachos de crin, los oficiales llevaban los fajines saturadas de hilo de oro y la elite de la elite de la infantería vestía gorros altos de piel de oso de color negro. Aquéllos eran los soldados de la Guardia Imperial, los queridos *anciens* de Napoleón, todos ellos con una coleta empolvada, aretes dorados en las orejas y el bigote de un veterano. Frente a la Guardia del emperador, las *jeunes filles* de éste, sus piezas de artillería, estaban colocadas rueda con rueda.

Sharpe, que observaba desde la colina por encima de Hougoumont, se quedó mirando fijamente con absoluta incredulidad. A1 cabo de media hora el enemigo seguía alineándose sobre la colina, los nuevos batallones tapaban a los que habían llegado primero y, a su vez, quedaban ocultos por más tropas que afluían desde la carretera y que luego giraban a derecha o izquierda. Las bandas tocaban mientras los oficiales con gualdrapas doradas y ribeteadas con cordón galopaban valientemente delante de todo aquel despliegue. Era algo que hacía más de cien años que no se veía en un campo de batalla: una demostración formal de una gloriosa amenaza, deslumbrante y abrumadora, y que llenaba el paisaje meridional de cañones, sables, lanzas, espadas y mosquetes.

Los artilleros británicos miraron detenidamente sus objetivos y se dieron cuenta de que no había suficiente munición en toda Europa para matar a semejante horda. La infantería observaba a los miles de soldados de caballería enemigos que intentarían y conseguirían que se vinieran abajo igual que habían hecho con una brigada en Quatre Bras. Con sólo un vistazo a toda aquella amplia formación, las tropas belgas holandesas supieron que no había ejército en el mundo capaz de reducir a sangre

semejante esplendor.

—¡Dios salve a Irlanda! —Incluso Harper, que había visto casi todo lo que la guerra podía ofrecer, quedó abrumado ante aquella visión.

—Dios acelere a los malditos prusianos —dijo Sharpe. El sonido de las bandas francesas llegaba claramente a través del valle, una cacofonía de melodías entre las cuales, a intervalos, se distinguía el estentóreo desafío de la *Marsellesa*—. Están intentando que los belgas se vayan corriendo —supuso Sharpe. Se dio la vuelta en su silla para mirar al regimiento belga más próximo y vio el miedo reflejado en sus jóvenes rostros. Aquélla no era su lucha. Ellos se consideraban franceses y deseaban que el emperador volviera a ser su señor, pero el destino los había llevado a ese mar de barro para que un maestro de la guerra los deslumbrara.

De un extremo a otro de la otra colina, a lo largo de unos tres kilómetros de tierras de labranza, formó el ejército francés. Los cañones del emperador parecían estar colocados rueda con rueda; Sharpe trató de numerar la artillería enemiga y perdió la cuenta cuando ya llevaba más de doscientos tubos. Ni siquiera intentó contar los soldados enemigos, puesto que ocupaban toda la colina y quedaban ocultos unos por otros, y aun así seguían avanzando desde la carretera para apiñarse en los lejanos campos. El poderío de Francia había acudido a un húmedo valle para allí destruir totalmente a su más antiguo adversario.

El sonido de los tambores y las bandas del enemigo se apagó cuando una ovación se alzó desde el centro de la línea. Había aparecido un hombre bajito montado en un caballo gris. Iba vestido con el uniforme, aunque no el de gala, de coronel de los *chasseurs à cheval* de la Guardia Imperial: una casaca verde con dobleces rojos sobre un chaleco y unos pantalones blancos. El hombre llevaba un abrigo de color gris sobre los hombros, suelto como si fuera una capa. Su sombrero bicornio no tenía escarapelas. Su majestad imperial, el emperador de Francia, cabalgaba por delante de su ejército y era saludado por las ovaciones de unos soldados que sabían que estaban al borde de la victoria.

Hacía rato que el duque de Wellington había dado la espalda con desdén a aquel despliegue.

—Diga a los soldados que se tumben en el suelo.

Los británicos y los holandeses obedecieron. Tendidos boca abajo sobre la alta hierba de la meseta de la colina, los hombres no podían ver a aquel sobrecogedor adversario y tampoco eran visibles a los artilleros enemigos.

El duque cabalgó por la derecha de su línea. No galopó como su oponente, sino que trotó con calma. Nadie ovacionó al duque. Sus artilleros, emplazados en la cresta de la colina, observaban al emperador. Un capitán de artillería, con su arma cargada, miró por su rudimentaria mira entrecerrando los ojos y luego le dijo en voz alta al duque que en un momento el emperador entraría de lleno en la línea de fuego del

cañón.

—¿Permiso para disparar, su excelencia?

—No les corresponde a los comandantes del ejército dispararse el uno al otro. Reserva tu munición. —El duque siguió adelante sin dignarse a mirar siquiera a su oponente.

El duque y su séquito pasaron cerca de Sharpe y luego torcieron y se dirigieron hacia las tropas que guardaban en flanco abierto más allá de Hougoumont. El batallón más próximo era belga holandés y las tropas, al ver al puñado de jinetes que descendían de la colina, abrieron fuego. Las balas de mosquete pasaron vibrantes junto al duque, pero no hirieron a ningún miembro de su grupo. El duque dio un brusco viraje y se apartó, al tiempo que los oficiales holandeses gritaban a sus hombres que dejaran de disparar. El duque, con una adusta expresión en su rostro, volvió cabalgando hacia el olmo que iba a ser su puesto de mando.

Un chubasco oscureció por poco tiempo el valle mientras los franceses cambiaban la disposición de sus tropas para la batalla. Al parecer el enorme despliegue ya había terminado, puesto que en aquellos momentos la mayor parte de las tropas enemigas se retiraban de la cresta de la colina. Se podía ver a los artilleros franceses cargando sus cañones con pólvora y proyectiles.

—¿Qué hora es? —preguntó Sharpe a un oficial de artillería que había cerca y que estaba al mando de una batería de obuses.

—Cerca de las once y media.

¿Y si los prusianos llegaban a la una del mediodía? Sharpe intentó conjeturar cuánto tiempo podrían los británicos mantener su defensa contra el ataque de la enorme fuerza que acababa de ver desfilar. ¿Una hora y media? Parecía poco probable.

Los franceses, que quizás estaban seguros de disponer de mucho tiempo para poder hacer su trabajo, no tenían ninguna prisa por empezar. Más cañones se llevaron a pulso hacia su línea de batalla, aunque ninguno de ellos abrió fuego. Sharpe miró hacia el este para ver si habían aparecido ya algunos exploradores de la caballería prusiana por el extremo del valle, pero allí no había ningún movimiento. Lamentó no tener un reloj para así ver pasar los minutos que debían acercar cada vez más a los prusianos.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntarle en tono de disculpa al oficial de artillería. Amablemente el artillero abrió con un «clic» la tapa de su reloj.

—Las doce menos cuarto.

Por detrás de los obuses, los casacas rojas británicos más cercanos estaban sentados o tendidos sobre la mojada turba. Algunos de ellos fumaban de sus pipas de cerámica. Tenían las cantimploras llenas de ron o ginebra y las bolsas llenas de cartuchos secos. El viento estaba amainando. Las nubes todavía se extendían por el

cielo, pero debían de estar disipándose, porque Sharpe vio que unos haces de luz del sol que parecían hechos de gasa teñían de oro algunas zonas en los distantes prados. El día se hacía más cálido, aunque la ropa de Sharpe todavía estaba húmeda y era incómoda. Transcurrían los minutos. El oficial de artillería jugueteaba con su reloj, abriendo y cerrando la tapa de plata obsesivamente. Nadie decía nada. Era como si todo el ejército aguantara la respiración. Patrick Harper observaba a un par de alondras que revoloteaban por el velo de nubes más bajas.

De pronto, un cañón francés disparó.

El tubo del arma estaba frío, por lo que el proyectil no recorrió toda la distancia hasta la colina británica. En lugar de eso, la bala cayó en el valle, desparramando el centeno, y luego rebotó con una ráfaga de tierra mojada para ir a enterrarse por debajo del olmo. El humo del cañón se dispersó en volutas de color gris a lo largo de la colina francesa.

Un segundo cañón disparó. De forma similar, el proyectil atravesó dando saltos los campos vacíos y no causó daño. El duque abrió la tapa de su reloj para mirar la hora.

Hubo una pausa igual a la que había separado los dos primeros disparos, entonces un tercer cañón francés hizo fuego. Con un sonido ululante, la bala se dirigió hacia las expuestas tropas belgas holandesas que se hallaban más allá del arenal, pero cayó antes de llegar a ellas y abrió un surco en un trozo de terreno blando que detuvo el proyectil de golpe.

Los tres disparos eran la señal del emperador.

Para desatar el infierno.

CAPÍTULO 14

El conde de Uxbridge, totalmente preparado para el momento, había dispuesto que su criado le trajera una bandeja con copas de plata llenas de jerez. Cuando disparó el primer cañón, el conde le hizo una señal a su criado para que se acercara y observó mientras las pequeñas copas eran distribuidas entre los miembros de su estado mayor.

El conde esperó a que el segundo cañón hiciera fuego y luego, como si aquellos jinetes estuvieran a punto de salir a cazar con jauría, alzó su copa del estribo con gravedad.

—Buena caza, caballeros. Permítanme desearles una buena caza.

Los jinetes bebieron. Lord John Rossendale tuvo que vencer la tentación de beberse el jerez de un solo trago.

El tercer cañón disparó. El zorro había salido al descubierto, corría, y el encarnizamiento podía empezar.

* * * *

Todos los cañones que había en la colina francesa abrieron fuego.

La descarga surgió como una erupción volcánica de humo que desdibujó la lejana cresta con una humareda de color gris amarillento. En medio del humo estaban las punzantes llamas.

Al cabo de un instante el sonido retumbó por todo el valle, un trueno para comunicar a Europa que el emperador estaba en guerra.

La mayoría de los cañones estaban cargados con granadas. Los fríos tubos lanzaron sus proyectiles de manera que se quedaron cortos en su trayectoria, y la mayor parte de ellos cayeron sin causar daño, hundiéndose en el barro que, si no apagó la mecha encendida, absorbió la fuerza de la explosión. Unos cuantos, muy pocos, rebotaron por la ladera frontal de la colina para aterrizar por segunda vez entre los batallones refugiados tras la cima. Las explosiones lanzaron jirones de humo negro y pálidas llamas al húmedo aire.

Morían los primeros soldados, pero no muchos, porque una granada tenía que explotar en el mismísimo centro de una compañía para causar una matanza. Algunos de los proyectiles fueron inutilizados por soldados ingeniosos que apagaron la mecha de un pellizco o la arrancaron mientras ardía de la carga de pólvora mediante un rápido golpe con la culata del mosquete. El humo de la artillería francesa descendía hacia el valle y empezó a verse alimentado cuando los cañones más rápidos en recargar volvieron a hacer fuego. Los disparos se hicieron irregulares, pero constantes; las descargas de humo y llamas surgían una tras otra de la colina ocupada por los franceses. Los proyectiles pasaban silbando a más altura a medida que los

tubos de los cañones se calentaban. Algunas granadas pasaron por encima de la colina y fueron a explotar a lo lejos, en la linde del bosque, mientras que los disparos mejor dirigidos rebotaron justo por debajo de la cima británica para caer entre los soldados que se escondían detrás. Las granadas hacían sonidos distintos, dependiendo de a qué distancia del oído se encontraran. Algunas emitían un zumbido parecido al berrido de un montón de niños, otras producían un runrún como el aleteo de un pájaro, mientras que otras retumbaban como un trueno. Aquellos ruidos ya estaban provocando que una serie de tropas belgas se retiraran hacia el bosque; un hombre herido era una excusa para que otros diez lo ayudaran a ponerse a salvo.

Una granada explotó cerca de los miembros del estado mayor del conde de Uxbridge que todavía se hallaban agrupados tras brindar por una buena caza, y se dividieron en dos como ovejas atacadas por un lobo. Una de las pequeñas copas de plata cayó al barro, pero aparte de eso no hubo más daños que los causados a la dignidad de los jóvenes. Dominaron sus nerviosos caballos y observaron cómo cada nuevo disparo enturbiaba y agitaba el banco de humo que se hacía cada vez más espeso frente a la línea de artillería del emperador.

A la derecha de los británicos, donde los cañones franceses estaban cerca de Hougoumont, los artilleros disparaban botes de metralla para deshacerse de los fusileros británicos que había en los bosques que se extendían al sur del castillo.

Algunas de las balas de mosquete se elevaron con un zumbido hacia la colina, donde cayeron con un golpeteo sobre el suelo mojado como si fueran granizo.

Un cañón británico de nueve libras disparó como respuesta y se ganó una furiosa reprimenda de un oficial de estado mayor a caballo.

—¡Alto el fuego, maldita sea! ¡Alto el fuego! —El duque estaba ahorrándoles a sus cañones el desgaste natural causado por un fuego incesante que podía hacer explotar las chimeneas o incluso hasta partir los tubos. Iba a necesitar sus cañones cuando la infantería o la caballería enemigas avanzaran.

Un proyectil cayó y destrozó la rueda de un obús antes de rebotar y acabar explotando tras la colina sin causar daños. Los artilleros trajeron rápidamente una rueda de recambio y repararon el cañón. Los franceses empezaron a combinar las más sólidas balas con las granadas, y una de esas bolas de hierro le arrancó la cabeza a un oficial del estado mayor, dejando su cuerpo ensangrentado derecho en la silla por un momento antes de que el aterrorizado caballo se desbocara y el cuerpo decapitado cayera y fuera arrastrado, enganchado al estribo izquierdo. Al final el cadáver se soltó al dar una sacudida y un grupo de casacas rojas se acercaron rápidamente para desvalijarle los bolsillos al muerto.

Una granada cayó sobre la cima de la colina, rebotó y luego explotó a unos veinte metros a la izquierda de Sharpe. Un pedazo de cascote al rojo vivo que desprendía una estela de humo chocó contra su muslo sin hacerle daño.

—Retroceda —le dijo Sharpe a Harper.

—Estoy bien aquí, sí que lo estoy.

—¡Le hizo una promesa a su esposa! ¡Así que lárguese!

—¡No malgaste saliva! —Harper se quedó. El cañoneo era fuerte, pero no demasiado peligroso. Los artilleros franceses se encontraron ante una doble dificultad. En primer lugar, el propio humo de sus cañones los cegaba, y en segundo lugar, su enemigo se encontraba agazapado tras la protección de la baja colina, por lo que la mayoría de sus granadas explotaban sin causar daños, eso si llegaban a estallar. El barro apagaba demasiadas mechas, no obstante la artillería hacía un montón de ruido, el suficiente para aterrorizar a las tropas belgas que se encogían bajo el sonido de los silbantes proyectiles, las detonantes explosiones y los atronadores cañones.

Sharpe se movió hacia la derecha para situarse en un punto estratégico desde el que pudiera ver la vacía campiña del flanco derecho del ejército. Al cambiar de posición, tanto él como Harper se alejaron de lo peor del cañoneo y se acercaron a otro oficial del estado mayor británico que sin duda tenía asignada la misma misión que Sharpe: vigilar que los franceses no realizaran ninguna maniobra de flanqueo. El hombre, que llevaba la casaca azul y el *kolbak* de piel de los húsares, saludó cortésmente a Sharpe con un movimiento de la cabeza y luego consultó un cuaderno.

—Yo calculé diez minutos antes del mediodía, ¿y usted?

—¿Diez minutos antes del mediodía? —preguntó Sharpe.

—Cuando Bonaparte abrió fuego. Es bueno ser preciso en estas cosas.

—¿Ah, sí?

—Al par le gusta ser específico. Yo soy un miembro de su familia, por cierto. — Con lo cual el joven de rostro agradable quería decir que era uno de los ayudantes de campo del duque—. Me llamo Witherspoon.

—Sharpe. Y éste es mi amigo el señor Harper, de Irlanda.

El capitán Witherspoon saludó cordialmente a Harper con la cabeza y luego echó un vistazo a las nubes.

—Creo que despejará. Esta mañana detecte una clara subida del mercurio. ¡Me honra haberlo conocido, Sharpe! Está con el Joven Franchute, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—¿Hay alguna cosa que haga bien?

Sharpe sonrió ante el tono falso del capitán Witherspoon.

—No que yo sepa.

El soldado de caballería soltó una carcajada.

—Estuve con él en Eton. Allí tampoco era muy bueno, aunque tenía una muy buena opinión de si mismo. ¡Lo recuerdo como una persona constantemente sucia! Le gustaban las chicas y era prolíficamente aficionado al vino.

—¿Ahora qué hora es? —preguntó Sharpe con lo que parecía una grosera

indiferencia hacia el chismorreo de Witherspoon.

Witherspoon sacó el reloj del bolsillito de su chaleco y abrió la tapa.

—Pasan cuatro minutos del mediodía, a falta de unos pocos segundos.

—Pues será mejor que anote que los franceses están avanzando.

—¿Que están haciendo qué? ¡Dios santo! ¡Es cierto! ¡Gracias, mi querido amigo! ¡Por Dios, están avanzando, y tanto que sí! —Escribió a toda prisa una nota en su cuaderno.

Los fusileros franceses se abalanzaban hacia Hougoumont. Se dirigían allí como una turba desatada; corrían, disparaban y volvían a correr. La mayoría estaban entre los árboles, que los mantenían a cubierto desde el pie de su colina hasta los muros del castillo, pero algunos de ellos se adelantaron a los demás y se hallaban en el flanco abierto, donde el heno recién segado formaba empapadas hileras entre el rastrojo. Los soldados de casaca roja de la avanzadilla de la Guardia de Coldstream se estaban replegando a toda prisa, sin duda al recibir la orden de que no convirtieran aquello en un combate bajo los árboles. Con los casacas rojas había algunas tropas holandesas y alemanas, estas últimas armadas con fusiles de caza de cañón largo. Sharpe vio al menos dos compañías belgas holandesas de casaca azul corriendo hacia el enemigo, presumiblemente para ponerse a cubierto.

Los fusileros de la Guardia volvieron a entrar apresuradamente en los edificios de la granja o en el jardín y huerto tapiados que se extendían a lo largo del castillo. Los franceses habían avanzado hasta el mismo extremo del bosque y los imponentes edificios del castillo los mantenían ocultos a la vista de Sharpe.

—Voy a bajar ahí —le dijo a Harper mientras señalaba al prado donde un puñado de fusileros franceses se refugiaban tras las hileras de heno mojado.

—Yo voy con usted —le replicó Harper obstinadamente.

—¡Tengan cuidado! —les gritó el capitán Witherspoon a los dos fusileros cuando éstos se alejaban.

Sharpe puso su caballo a medio galope y bajó por el camino de la granja, pasó junto a un almiar que había en el exterior de las puertas traseras del castillo y luego se dirigió al campo abierto del oeste. Los pocos soldados de la avanzada francesa que se habían refugiado tras el heno segado habían regresado al bosque, sin duda alejados del prado por los mosquetes disparados desde las troneras que se habían abierto en los muros de los graneros de Hougoumont. Sharpe se encontraba a tan sólo unos cien metros del combate, pero estaba tan a salvo de él como si estuviera en la luna. Los franceses únicamente tenían un objetivo: tomar los edificios desde los cuales podrían barrer la colina ocupada por los británicos situada detrás con fuego de canon de corto alcance. Habían tomado el bosque y, en aquellos momentos, la infantería de casaca azul allí concentrada se preparaba para el último asalto a la granja y todos sus edificios. Algunos de los franceses utilizaron hachas para abrir grandes agujeros en el

seto que bordeaba el bosque. Más batallones franceses fueron adentrándose en fila entre los árboles hasta que el bosque estuvo repleto de soldados de la infantería enemiga que esperaban el toque de clarín, que los impulsaría al ataque.

Sonó la corneta, los franceses soltaron gritos de entusiasmo y la enorme multitud se precipitó hacia los huecos abiertos en el seto.

Los defensores abrieron fuego.

Los soldados de la Guardia británica se hallaban tras setos y zanjias, refugiados detrás de paredes o disparando desde las ventanas de los pisos superiores del castillo. Una ráfaga de disparos de mosquete cayó con estrépito sobre el ataque francés y todo mosquete que se disparó fue inmediatamente reemplazado por otra arma ya cargada que también disparó y que a su vez fue sustituida en la tronera o en el saliente desde el cual hacía fuego. El traqueteo de los mosquetes era incesante y ahogaba el ruido de los cañones que disparaban desde la colina situada más allá. El humo llenaba el espacio al sur de los muros del castillo, un humo que se agitaba y se rompía con nuevas descargas de mosquete que refulgían, rojas y repentinas, en el interior de aquella nube acre. De alguna forma sobrevivieron a las ráfagas franceses suficientes para llegar a las paredes del castillo donde, a zarpazos, trataron de agarrar los mosquetes británicos y sacarlos de las troneras a la fuerza. Pero en lugar de eso, los mosquetes dispararon y rechazaron a los atacantes que volvían a salir despedidos hacia los soldados que avanzaban por detrás.

Parecía haber más esperanzas de capturar el jardín de la cocina que estaba protegido por un muro que sólo era unos centímetros más alto que un hombre. Algunos franceses sostenían los mosquetes sobre sus cabezas para disparar a ciegas hacia el otro lado del remate de la pared. Otros disparaban a través de las aspilleras de los británicos, mientras que los más valientes intentaron escalar el muro y algunos incluso se sentaron a horcajadas sobre él para propinar cuchilladas con sus largas bayonetas.

Pero los soldados de la Guardia sabían defenderse. Por cada mosquete francés que hacía fuego en una tronera, respondían una docena de disparos británicos, mientras que aquellos franceses que consiguieron llegar a la parte superior del muro fueron abatidos a tiros o derribados para acabar víctimas de los bayonetazos entre las maltrechas matas de guisantes o sobre los pisoteados arriates de rosas. En el exterior del jardín, el pie del muro se volvió traicionero a causa de los cuerpos de los franceses muertos y agonizantes. Dentro del jardín, las filas de soldados hacían cola para turnarse en las aspilleras de modo que el fuego de mosquete no disminuyera en ningún momento, y las pesadas balas de plomo se estrellaban contra la multitud de soldados franceses que seguían acercándose a toda prisa desde los árboles para encontrarse con el obstáculo del muro. Toques de corneta y gritos los instaban a seguir avanzando.

El huerto del castillo, detrás del jardín, no tenía paredes, sino tan sólo un espeso seto de endrino. Los soldados de la Guardia disparaban a través y por encima del seto, pero los franceses trajeron hachas de zapador y defendieron a cada uno de los soldados que las utilizaban con un grupo de mosquetes; daba la impresión de que los soldados del emperador tenían que vencer allí sólo con el mero peso de su superioridad numérica. Las hachas golpeaban los gruesos troncos del espino, rasgándolo, haciéndolo trizas y tirando de él para eliminar el obstáculo. Un casaca roja arremetió contra uno de los soldados que esgrimían las hachas, se adelantó demasiado y, chillando, fue arrastrado por encima de los pinchos para acabar destripado por una docena de bayonetas.

De pronto, una granada explotó por encima de los franceses.

Sharpe miró hacia arriba. En lo alto del cielo había una maraña de estelas de humo en forma de arco, lo cual demostraba que los obuses de la colina estaban disparando el arma secreta de los británicos: los proyectiles esféricos ideados por el comandante general Shrapnel. El proyectil era una esfera de catorce centímetros abarrotada de balas de mosquete y pólvora explosiva que, si la mecha tenía una longitud precisa, estallaría en el aire de forma mortífera por encima de su objetivo. La dificultad estribaba en cortar las mechas, que se veían afectadas por la humedad así como por la longitud exacta de la trayectoria del proyectil, no obstante, aquéllas habían sido cortadas por un genio, puesto que las descargas eran terriblemente precisas. Las granadas comunes estallaban en unos cuantos fragmentos grandes, pero los cartuchos esféricos provocaban una lluvia asesina de sus propios pedazos junto a las balas de mosquete, y en aquel momento un proyectil tras otro estallaba estrepitosamente sobre la infantería francesa y las balas y los recortados fragmentos de hierro caían con fuerza y abrían sangrientas heridas en la carne de los atacantes franceses.

—¡Es un magnífico trabajo! ¡Por Dios que está bien hecho! —El capitán Witherspoon había seguido a Sharpe y a Harper hasta su posición estratégica y aplaudía entonces la habilidad de los artilleros, que lanzaban el cartucho esférico justo en el lugar preciso sin que ninguno cayera cerca de los miembros de la Guardia sino que todos describieran una trayectoria arqueada para caer sobre los atacantes franceses.

El fuego de los mosquetes seguía martilleando desde las paredes del castillo. Los franceses flaqueaban y en aquellos momentos eran atacados desde arriba y desde el frente. Algunos de ellos retrocedieron y buscaron refugio entre los árboles, pero los obuses parecieron prever el movimiento y las descargas de metralla se alejaron del castillo para arrancar las hojas y ramas de los robles del bosque. Aquellas granadas se rompían con un estallido más agudo que las normales. En España Sharpe se había dado cuenta de que los cartuchos esféricos causaban más heridas que muertes, pero la

visión de los soldados heridos volviendo en tropel hacia los árboles haría flaquear la seguridad de las tropas francesas que avanzaban para apoyar a los miembros del primer ataque.

Los fusileros británicos fueron corriendo desde la cara norte del castillo hacia el campo desde el que Sharpe y Harper observaban. Los soldados corrieron en dirección sur y sumaron sus disparos desde la esquina de los edificios de la granja. En aquel momento los franceses se estaban retirando a toda prisa y se adentraban en lo más profundo del bosque para escapar a las explosiones y a las descargas de los mosquetes.

—Los honores inaugurales para el duque, ¿no cree usted? —Witherspoon garabateaba sus comentarios en el cuaderno.

—Va a ser un día muy largo —le advirtió Sharpe.

—No demasiado, estoy seguro. El bueno de Blücher va a venir. Pronto estará aquí. ¿Se ha enterado de la terrible experiencia del pobre tipo?

—No. —No es que Sharpe estuviera muy interesado en ello, pero Witherspoon era un sujeto simpático y habría sido una grosería no haber escuchado.

—Parece ser que la caballería francesa lo derribó del caballo y lo atropelló. Tuvo suerte de salir con vida, ¡y el viejo debe de tener setenta años como poco! Bueno, pues se frotó con un linimento hecho de ajo y ruibarbo y ahora está de camino hacia aquí. Que Dios acelere su olorosa marcha, digo yo.

—Amén a eso —replicó Sharpe.

El fuego de los obuses cesó con una última granada, dejando una ondulante estela de humo que brotaba de la mecha encendida, la cual hizo estallar la carga en mil pedazos dentro del bosque. El ataque francés había fracasado y había dejado el espacio entre el bosque y el castillo espolvoreado de humo sobre una extensión de cuerpos con casacas azules. Algunos de aquellos cuerpos gritaban pidiendo ayuda. El ataque fallido había dejado un fortísimo olor a huevos podridos, el conocido hedor de la pólvora al hacer explosión. El olor de la sangre vendría después, mezclado con el aroma más dulce de hierba y cosechas aplastadas.

Los fusileros británicos avanzaron de nuevo hacia el bosque, preparándose para enfrentarse al próximo ataque. Al otro lado del castillo, en el amplio valle que en aquel momento Sharpe no podía ver, retumbaba y restallaba el ruido del cañoneo francés. Sharpe, cuyo oído sintonizaba con los familiares sonidos del campo de batalla, se dio cuenta de que allí nada había cambiado. En la batalla, una vez que el humo había envuelto el campo, a menudo los oídos eran más útiles que los ojos.

—Yo creo —dijo Witherspoon— que deberíamos irnos de aquí. —Señaló hacia la derecha, donde una batería de cañones de ocho libras franceses era arrastrada hacia el extremo superior del campo de heno. Otras tropas francesas, fusileros, salían del bosque en fila y tomaban posiciones en las hileras de heno segado. Era evidente que

aquellas tropas estaban destinadas a una próxima ordalía en el castillo, y también estaba claro que había llegado el momento de cederles el henar.

Sharpe, Harper y Witherspoon salieron del campo de heno con un brioso trote y subieron por el camino de tierra hasta la cima de la colina. Allí estaba la batería de obuses de cinco pulgadas y media que había causado tanto daño entre la avanzadilla francesa, con los pequeños y gruesos tubos ennegrecidos alzados e inclinados hacia arriba. Sharpe felicitó al comandante de la batería, el mismo hombre que había jugueteado con su reloj mientras aguardaba a que empezara la batalla y que en aquel momento estaba evidentemente satisfecho con el cumplimiento del fusilero. Unos cuantos pedazos más de cartuchos de granada franceses humearon en las húmedas cosechas y unas cuantas bajas más entre la infantería, causadas por las granadas, recibían ayuda para retroceder hacia los cirujanos del regimiento, pero aparte de eso no había nada que supusiera una nueva amenaza para la colina. Parecía como si el emperador se contentara con seguir cañoneando la línea principal británica mientras su infantería luchaba para capturar el bastión de Hougoumont.

Se apostaron refuerzos de la segunda brigada de la Guardia británica en la colina, cerca de la parte posterior del castillo. Los miembros de la Guardia Real formaban parte del dispersado cuerpo del príncipe de Orange, y éste no pudo resistirse a avanzar al galope para observar cómo los batallones se desplegaban en columnas de compañías. Era magnífico verlos avanzar bajo sus enormes estandartes y con las bandas tocando. El príncipe respondió a sus saludos y les gritó sus mejores deseos de que todo les fuera bien. El Joven Franchute estaba muy animado, eufórico por la música de los pífanos y tambores que se mezclaban con el sonido sibilante de las mechas francesas y el estruendo de sus explosiones. Parecía que la batalla había disipado su pesimismo de la noche anterior. Conversaba alegremente con el comandante de la Guardia y entonces vio a Sharpe que esperaba más arriba de la colina.

—¿Qué está haciendo ahí? —le gritó.

—Obedezco sus órdenes, señor. Estoy vigilando el flanco derecho.

—¡Creo que podemos abandonar esa idea, Sharpe! —El tono del príncipe daba a entender un absoluto desprecio por cualquiera que creyera realmente que los franceses podrían tratar de avanzar por el flanco—. Va a ser un trabajo sencillo. Es lo que se deduce de la ubicación de sus cañones. ¡De ahora en adelante es cuestión de ser rápido con los pies y dar fuerte con los puños! —El príncipe amagó un puñetazo a Sharpe para ilustrar su metáfora de boxeo y luego señaló hacia el castillo—. Quiero que vaya a Hougoumont.

—¿Para hacer qué, señor? —Sharpe se había acercado al príncipe, cuyo caballo se hizo a un lado, asustado, cuando una granada explotó más arriba en la ladera.

—Para informarme, por supuesto. Tengo que saber cuándo mandar las reservas.

Sharpe había supuesto que los defensores del castillo eran perfectamente capaces de decidirlo por ellos mismos, pero se acordó del sermón de Rebecque sobre el tacto, así que no hizo más que asentir con la cabeza.

—A sus órdenes, señor.

De repente, el príncipe dirigió la mirada más allá de Sharpe.

—¡Witherspoon! ¿Es usted? ¡Mi querido Witherspoon! ¡No nos habíamos visto desde Eton! ¡Creía que estaba destinado a formar parte de la Iglesia, no del ejército! ¿O es un párroco que hoy va disfrazado? ¿No hace un día espléndido? ¡Éste es un deporte estupendo!

Sharpe dejó atrás el feliz reencuentro y espoleó a su caballo para dirigirse al castillo. Harper, a pesar de haber jurado que no se expondría al peligro, lo siguió. A los dos fusileros les llegó el chasquido de los mosquetes desde el bosque al otro lado del castillo, lo cual evidenciaba que un nuevo ataque iba adquiriendo fuerza. Cabalgaron por delante del enorme almiar levantado cerca de la entrada norte y Sharpe gritó a los defensores que abrieran las puertas. Un sobresaltado sargento de los Coldstream asomó la cabeza por encima del muro del corral, vio a los dos soldados que se acercaban al galope y se apresuró a ordenar a gritos que desatrancaran los inmensos portones dobles. Una vez dentro del corral, Sharpe bajó de su silla y desenfundó el fusil. Harper tomó las riendas de los dos caballos y las ató a un aro de metal incrustado en la pared del establo.

Un capitán del regimiento de los Coldstream, alarmado por la repentina llegada de los fusileros, salió corriendo de la granja para saludar a Sharpe.

—¿Trae órdenes?

—No haga caso de nosotros.

—¡Con mucho gusto! —El capitán corrió de vuelta a la casa que estaba orientada al bosque donde la infantería francesa se estaba concentrando para su próximo ataque.

Una bala de cañón francesa se estrelló en el tejado de la granja y provocó una lluvia de pizarra y astillas que cayó sobre el patio. Sharpe dirigió la mirada hacia las dañadas vigas e hizo una mueca.

—Sabe Dios qué estamos haciendo aquí.

—Está contentando al muchachito, señor. —Harper miró a los defensores más próximos—. ¡Dios mío, pero si estamos en buena y poderosa compañía, sí señor! Nunca he combatido junto a los Coldstream. Será mejor que me lustre las botas.

—Será mejor que no se meta en líos. —Sharpe atacó la carga en el cañón de su fusil y luego volvió a encajar la baqueta en su sitio. El patio adoquinado era largo y estrecho, rodeado por los sólidos y resistentes edificios de la granja entre los cuales había una pequeña capilla en la que eran atendidos los heridos del primer ataque. Había un montón de estiércol apilado contra la pared de la capilla y unos toneles

llenos de manzanas verdes junto a una pocilga que había perdido a sus habitantes, los cuales, era de suponer, habían ido a parar a las ollas de los Coldstream. Un gato, que intuía claramente que aquellos tiempos difíciles sólo podían empeorar, transportaba a sus crías una a una desde un enorme granero hacia la vivienda principal. Tres soldados de la Guardia Real, Vendados, estaban sentados en el exterior de la capilla. Aparte de ellos, los únicos soldados de la Guardia que había a la vista eran un teniente y su pelotón, que sin duda constituían la reserva de la guarnición y por lo tanto estaban listos para reforzar cualquier zona del perímetro del castillo que fuera peligrosamente amenazada por el inminente ataque francés.

—Es un lugar magnífico, sí que lo es. —Harper recorrió los edificios de la granja con una mirada de aprobación. Los soldados habían empezado a disparar desde las habitaciones del piso superior de la granja, mientras que una descarga de mosquetes sonó con estrépito desde el jardín tapiado que había tras el granero. El ruido del combate obligó a Harper a levantar la voz—. ¡Deben de poseer mucha tierra para llenar todos estos graneros!

—¡Y además es una buena tierra! —asintió Sharpe.

Los mosquetes restallaban cerca, a sus espaldas, y el estrépito provenía de los establos que constituían las defensas del oeste. Sharpe fue corriendo a los establos y vio que los soldados de la Guardia se turnaban en las troneras. Otros hombres estaban incómodamente encaramados a las vigas del tejado y abrían fuego a través de unos agujeros que habían hecho en la pizarra. Los fusileros franceses pasaban en tropel junto a los establos y corrían por el campo de heno desde el cual él y Harper habían observado el primer ataque. Apuntó con su fusil a través de su aspillera provisional, siguió la trayectoria de un soldado que llevaba una espada de oficial, lo adelantó unos centímetros y luego disparó.

El humo del rifle no le dejó ver si había causado algún daño. Se agachó cuando un estrépito ensordecedor anunció el ataque de una bala de cañón de ocho libras que astilló ferozmente las vigas del establo y derribó a dos de los soldados de la Guardia en medio de un chorro de sangre. Otra bala golpeó contra la pared exterior del establo y sonó como una almádena, aunque no causó daños a la gruesa mampostería. Sharpe, demasiado apretujado en el espacio del tejado para poder volver a cargar su fusil, le gritó a Harper que le diera el suyo.

No hubo respuesta.

Sharpe se dio la vuelta. Harper estaba de pie en la entrada del establo, mirando hacia la puerta norte por la que él y Sharpe habían entrado en el castillo.

—¡Patrick! ¡Deme su rifle!

Harper seguía sin responder. En lugar de eso, y sin apartar los ojos de la puerta, desenfundó su pistola de siete cañones.

Sharpe bajó de la viga de un salto y corrió hacia la puerta del establo.

Los portones del norte daban sacudidas. De alguna manera los franceses habían llegado a la parte trasera de Hougoumont y estaban empujando y haciendo presión en las dos puertas que se mantenían cerradas por una tranca de madera encajada en dos abrazaderas de hierro idénticas. Los portones eran viejos y desvencijados, y con cada empujón que recibían crujían y se separaban más. Un mosquete francés hizo fuego a través de la grieta entre los portones y luego apareció la hoja de un hacha por el hueco. El hacha arremetió con una fuerza enorme y se hundió en la expuesta tranca. Un teniente de los Coldstream conducía hacia la puerta a la reserva de la guarnición, pero antes de que el pelotón pudiera llegar al punto de peligro, el hacha golpeó de nuevo, y esa vez lo hizo con tal fuerza que la tranca se astilló y uno de los extremos se soltó de la abrazadera, de manera que los dos portones retrocedieron con un chirrido y un torrente de franceses que gritaban entraron de estampida en el patio. La carga la encabezaba un inmenso teniente que era aún más alto que Harper. Era aquel enorme teniente el que llevaba la gran hacha de zapador que había roto la puerta.

—¡Fuego! —gritó el teniente de los Coldstream y, acto seguido, fue engullido por la oleada de franceses que arrolló a sus hombres. Las bayonetas se hundían y volvían a aparecer teñidas de rojo. El hacha guadañó con maldad y le abrió las costillas a un soldado de la Guardia Real.

Harper apuntó con su pistola de múltiple descarga y abrió fuego contra el tumulto de hombres. Sharpe dejó su fusil vacío y desenvainó la espada. Los Coldstream salieron corriendo de la casa, el granero y los establos. Los mosquetes retumbaban y soltaban llamas. Un francés cayó bajo la espada de un oficial que luego fue abatido por dos bayonetas francesas que lo tiraron sobre los adoquines mientras chillaba. Seguían apareciendo aún más fusileros de casaca azul por los portones abiertos de par en par.

Sharpe no veía ninguna manera de recuperar el orden en medio de aquel caos. Simplemente era momento de luchar. Los franceses, medio confundidos por el desconocido entorno y por los dispersos defensores, buscaron maneras de entrar en los edificios de la granja. Dos de ellos corrieron hacia la capilla, donde los heridos intentaron echarles la zancadilla. Los franceses alzaron sus bayonetas para liquidar a los tres hombres vendados, pero se volvieron al oír un desafío más amenazador a sus espaldas. Sharpe había cargado contra los dos y blandía la espada con un amplio movimiento furioso. El más alto de los dos franceses, un sargento, retrocedió para evitar la embestida y dio una fuerte estocada al frente con su espada. El impulso de Sharpe hizo que pasara de largo la amenaza, casi tropezó con la pierna rota de uno de los soldados de la Guardia heridos, chocó contra la pared de la capilla y luego embistió con su espada. El soldado de la Guardia empezó a gritar de dolor, pero la espada había abierto una herida en el vientre del sargento francés. El otro francés acudió a ayudar a su sargento pero entonces pareció salir volando hacia atrás cuando

una bala de mosquete se alojó en su garganta. Harper había desechado la pistola de múltiple descarga, dio la vuelta a su rifle y golpeó al sargento en la cara con la culata. El enorme oficial francés que llevaba el hacha se encontraba junto a la pared del establo, acuchillando y atravesando a los casacas rojas con su arma. Alguien había roto uno de los toneles de manzanas verdes que estaban quedando aplastadas bajo los pies de los soldados que combatían de forma salvaje. Un grupo de soldados de la infantería francesa corrió hacia la vivienda principal, pero una descarga proveniente de una de las ventanas traseras los mató. La yegua de Sharpe, aterrorizada por el ruido, se encabritó y agitó los cascos.

—¡Toma, cabrón de mierda! —Harper cogió uno de los mosquetes franceses y arremetió con su bayoneta para acabar con el sargento. El patio era un caos de hombres que gritaban, pero más allá de los atacantes franceses de rostro enloquecido, Sharpe vio que un disciplinado grupo de soldados de la Guardia luchaba para cerrar las enormes puertas. Sólo Dios sabía cuándo habían llegado a los portones, pero lo habían hecho y, con la fuerza de la desesperación, en aquellos momentos empujaban las puertas para cerrarlas contra una renovada avalancha de infantería enemiga. De milagro, ninguno de los franceses que ya estaban en el interior del castillo vio lo que ocurría a sus espaldas. Un sargento de la Guardia de Coldstream había recuperado la tranca rota y la dejó caer en las abrazaderas cuando, al fin, se cerraron con fuerza. La mayoría de los soldados de la Guardia que empujaban en los portones eran oficiales que en ese momento se daban la vuelta con las espadas desenvainadas para enfrentarse a los intrusos por detrás.

—¡Y ahora maten a estos cabrones! —Gritó la orden una voz con acento escocés—. ¡Mátenlos a todos!

Un joven tambor francés pasó, a toda prisa junto a Sharpe dando gritos. Un cabo francés lo siguió, vio al fusilero y se giró para disparar su mosquete. El pedernal cayó sobre una cazoleta vacía. El hombre abrió los ojos de miedo. Sharpe arremetió contra él, el hombre intentó arrancarse la hoja de las costillas pero Sharpe la metió aun más al tiempo que la hacía girar, obligando con ello a que el hombre cayera sobre los adoquines, donde liberó la hoja de un golpe antes de dejarla caer de nuevo en la garganta del francés. El armero que había afilado la hoja de Sharpe había hecho un buen trabajo, pues el arma estaba siniestramente amolada y necesitaba estarlo, pues a ninguno de los soldados que acometían, embestían y luchaban en el patio les había dado tiempo a recargar sus mosquetes, de manera que aquel combate tenía que realizarse sólo con el acero. La importancia de Hougoumont daba a la lucha una amargura añadida y brutal, puesto que todos los soldados sabían que quien ocupara el castillo dominaría el flanco oeste del campo de batalla. Los Coldstream combatían para salvar una batalla, mientras que los franceses al mando de su teniente gigante lo hacían para alcanzar la gloria inmortal.

Sus perspectivas de gloria se estaban desvaneciendo. Al cerrarse la puerta los franceses habían quedado aislados de cualquier ayuda, por lo que entonces, atrapados sobre los adoquines del patio, se retiraron y formaron un renovado cuadro en torno al enorme teniente que se encontraba de pie con el hacha ensangrentada sobre los cadáveres de cuatro soldados de la Guardia. En el exterior del castillo, proporcionando a la lucha la desesperación de la urgencia, las descargas de los mosquetes franceses fueron testigos de que el perímetro de los edificios estaba de nuevo bajo un terrible asalto.

—¡Acaben con ellos! —ordenó un oficial británico. Los soldados de la Guardia que estaban en el patio necesitaban defender con urgencia las paredes exteriores del castillo, de manera que no había tiempo para delicadezas como intentar persuadir al enorme teniente para que se rindiera.

La Guardia Real se lanzó sobre el grupo de franceses. Un casaca roja cayó bajo una bayoneta francesa, entonces los Coldstream parecieron arremeter en masa contra el enemigo de casaca azul. Un elegante oficial embistió con su espada, le dio una patada a un francés en la entrepierna y volvió a embestir de nuevo. El patio resonaba con el sonido metálico y el roce de las espadas, la fricción de las botas sobre los adoquines y los gritos de los hombres acuchillados o atravesados por las hojas de acero. Patrick Harper, sin tener en cuenta la promesa que le había hecho a su esposa, soltó un grito de guerra en gaélico al tiempo que clavaba la bayoneta de la que se había apropiado con las cortas y salvajes embestidas de un soldado profesional. Uno de los oficiales de la Guardia que estaba en primera línea de la lucha era un coronel, y la cara pasamanería dorada de su uniforme quedó cubierta de sangre cuando dio un paso al frente golpeando el suelo con fuerza para clavar su espada con una precisión clínica.

El enorme teniente del hacha vio al coronel de los Coldstream y gritó a sus hombres que le dejaran pasar. Se abrió camino entre ellos, con el hacha que refulgía sobre los hombres apiñados, y entonces Sharpe vio que el arma descendía con fuerza. El coronel había retrocedido para ponerse a salvo y entonces embistió. El teniente desvió la estocada de un golpe con su mano libre, como si la hoja no fuera más peligrosa que una fusta. Gruñó cuando empezó a balancear su hacha hacia atrás, con un movimiento calculado para partir por la mitad al coronel desde la ingle hasta el esternón y luego dio un grito ahogado cuando la parte posterior de su rodilla le estalló en dolor. Sharpe había hincado su espada al frente para cortarle el ligamento de la corva a la pierna del francés y entonces le dio una patada a la atroz herida para hacer caer al hombretón a un lado. El rostro lleno de cicatrices del teniente se crispó cuando éste trató de hacer girar el hacha contra su nuevo atacante, pero Sharpe ya volvía a hundir la espada y en aquella ocasión partió en dos la mueca de aquel rostro y lo convirtió en una máscara sangrienta y destrozada. El coronel embistió con su espada

y alcanzó al teniente en las costillas. El francés seguía sin darse por vencido. El hacha resonó contra el suelo cuando arrastró la hoja hacia adelante y entonces dos soldados de la Guardia se situaron delante del coronel a empujones para clavar sus bayonetas con fuerza. Aquel enorme cuerpo se sacudió durante unos segundos y luego se quedó inmóvil.

Estaban dando caza a los últimos intrusos franceses. A un sargento lo mataron a bayonetazos sobre el montón de estiércol mientras que un cabo, al que habían hecho retroceder contra la pared del granero y que gritaba pidiendo clemencia, recibió dos bayonetas en el vientre.

El patio quedó inmundo a causa de la sangre, las manzanas aplastadas y los cadáveres. Sólo el jovencísimo tambor francés, un chiquillo que apenas había salido de la cuna, se había salvado de la masacre. Un corpulento soldado de la Guardia estaba de pie junto al chico, protegiéndolo.

—No sé quién es usted, pero gracias.

Sharpe se dio la vuelta y vio que era el coronel de los Coldstream quien le había hablado.

—Sharpe —se presentó—. Del estado mayor del Joven Franchute.

—MacDonnell. —El coronel limpiaba la sangre de la hoja de una espada muy cara con un pañuelo de hilo bordado—. ¿Me disculpa? —Volvió corriendo hacia la casa, en la que el ruido de las descargas de mosquete era más fuerte que nunca.

Sharpe limpió la porquería de su propia espada y luego miró a Harper, que tenía la cara salpicada de sangre.

—Creía que había prometido mantenerse alejado del combate.

—Lo olvidé. —Harper esbozó una sonrisa burlona, tiró el mosquete francés y recuperó sus propias armas—. Una cosa voy a decir. Puede que los soldados de la Guardia Real sean unos chicos bonitos, pero los cabrones saben luchar cuando tienen que hacerlo.

—Los franceses también.

—Tienen agallas, eso seguro. —Harper dio un tardío suspiro de alivio—. ¿Y cómo demonios cerraron esa puerta los soldados de la Guardia?

—¡Sabe Dios!

—Hoy debe de estar de nuestro lado. —Harper se santiguó—. Bien sabe Dios, pero eso fue algo desesperado.

El segundo ataque francés contra el castillo, que tan cerca estuvo de tener éxito en el patio, se trasladó entonces con igual amenaza al huerto. Los obuses volvieron a abrir fuego desde la colina, pero en esa ocasión el ataque francés se realizaba en un frente más amplio; una horda de hombres se abrió paso a través de los setos del huerto y obligaron a los defensores a retroceder hacia el jardín tapiado. Algunos soldados de la Guardia, demasiado lentos para trepar por el muro de ladrillo, fueron

muertos a bayonetazos a los pies de éste, pero las implacables descargas de mosquetes estallaron desde las troneras y desde lo alto de las paredes, con lo cual el ataque francés quedó estancado de nuevo dentro de los márgenes del jardín.

Desde la colina avanzaron más hombres de la Guardia de Coldstream. Atacaron en columna, con sus fusiles provistos de bayonetas, y se acercaron por el seto del extremo norte del huerto para echar a los franceses del muro del jardín. El bosque del sur todavía estaba plagado de soldados de la infantería francesa, pero los soldados de la Guardia se alinearon a lo largo del roto y estropeado seto y abrieron fuego con una descarga que abrió grandes brechas en las líneas francesas. No había tropas que dispararan con más rapidez que las británicas y en aquellos momentos, por primera vez durante el día, los franceses se resintieron bajo las mutiladoras descargas del fuego de las secciones. Los soldados de la Guardia recargaban con denodada rapidez, apoyando sus baquetas en el seto antes de apuntar sus pesados mosquetes y disparar hacia el enemigo que quedaba oculto por el humo. Cada sección disparaba un segundo después que su vecina, de manera que el seto no dejaba de escupir llamas y el bosque retumbaba con las descargas que se sucedían.

Poco a poco los franceses se batieron en retirada; más y más soldados huyeron de las implacables descargas de los mosquetes.

—¡Alto el fuego! —gritó un oficial de la Guardia desde el huerto. El espacio frente al bosque estaba lleno de muertos y heridos. Los franceses habían estado arrojando a sus soldados contra piedra y llamas, y habían sufrido las consecuencias, pero los soldados de la Guardia vieron aún más hombres que formaban en el distante bosque, al parecer para realizar otro ataque más.

En el jardín tapiado, el único civil que quedaba en Hougoumont estaba al borde de las lágrimas. Era el jardinero del castillo y había estado corriendo de un arriate a otro, tratando de salvar sus preciosas plantas de las botas de la Guardia británica. A pesar de sus esfuerzos, el jardín estaba patas arriba. Unos perales que subían por unas espalderas habían sido arrancados de la pared y los capullos de rosa estaban pisoteados. El jardinero hizo un montón tan pequeño con las plantas que de alguna manera había rescatado que daba pena, y luego se estremeció al ver el cadáver de un francés que era arrastrado por los talones por encima de los restos de un arriate de espárragos.

El segundo ataque francés había fracasado. El coronel MacDonnell, con la cara aún manchada de sangre, encontró a Sharpe en el patio cuando el sonido del último disparo de mosquete se había apagado.

—Podría serme útil. —Lo dijo con poca seguridad en sí mismo porque no quería usurpar la autoridad de otro hombre.

—Haré lo que pueda.

—¿Más munición? ¿Puede ir a buscar algún carro que tenga y mandarlo aquí

abajo?

—Con mucho gusto. —Sharpe se alegró de tener una tarea como Dios manda.

MacDonnell echó un vistazo por el patio e hizo una mueca ante los restos de la masacre.

—Creo que podemos resistir aquí, siempre y cuando tengamos pólvora. ¡Oh, Dios! ¡Está viva! —Había visto a la gata que llevaba a la última de sus crías por el patio de la matanza. El joven tambor francés capturado, con el rostro lleno de lágrimas, se tapaba la boca con la mano mientras miraba con los ojos de par en par a los cuerpos que los victoriosos soldados de la Guardia registraban para desvalijarlos. El instrumento del chico estaba junto a la puerta de la capilla, hecho pedazos, aunque él todavía llevaba sus palillos metidos en el cinturón.

—¡Anímate, muchacho! —le dijo MacDonnell al chiquillo en un francés coloquial y amistoso—. El año pasado dejamos de comernos a los tambores capturados.

El chico rompió a llorar otra vez. Un robusto sargento con acento galés les gritó a sus hombres que empezaran a retirar los cadáveres enemigos.

—¡Amontonen a estos cabrones allí en el muro! ¡Venga, con brío!

Sharpe y Harper recuperaron sus caballos, que milagrosamente habían sobrevivido ilesos al combate del patio. Se abrió el portón y los fusileros cabalaron en busca de los cartuchos que afianzarían el castillo.

Mientras tanto, en la otra colina, el emperador apartaba la mirada de Hougoumont. Miraba a la izquierda de las posiciones británicas, hacia la tentadora, despejada y poco empinada ladera situada al este de la carretera. Suponía que el general cipayo ya habría mandado sus reservas en auxilio de la asediada guarnición de Hougoumont, por lo que ahora el maestro de la guerra lanzaría un rayo a la izquierda de las filas británicas. El cuerpo del mariscal Erlon, que hasta el momento no se había estrenado en aquella breve campaña, podría entonces tener el honor de ganarla. Y cuando ese cuerpo hubiera roto la línea británica, el emperador soltaría su caballería, fresca y ansiosa, para acosar al enemigo que se daría a la fuga y no dejar de él más que despojos.

Era la una y media. El día cada vez era más cálido, caluroso incluso, por lo que al fin los gruesos uniformes de lana se estaban secando. Las nubes se dispersaban y unos errantes rayos de sol iluminaban el humo de los cañones franceses que cubría el valle, pero en los prados del este, por donde se suponía que tenían que llegar los prusianos, la intermitente luz del sol no iluminaba nada. Gneisenau había hecho bien su trabajo, y los británicos estaban solos.

CAPÍTULO 15

El cañoneo francés cesó de pronto. El humo de los calientes tubos de los cañones se alzaba en sucias nubes por encima del trigo y el centeno. En Hougomont los mosquetes seguían disparando y los obuses lanzaban sus proyectiles por encima del castillo para que explotaran en el bosque de atrás, pero sin los disparos de la artillería francesa; algo que se parecía mucho al silencio inundó el campo de batalla de malos presagios.

Una leve brisa meció las cosechas en el valle y se llevó el humo en remolinos alejándolo de la cima francesa, con lo que dejó ver que los soldados de casaca azul, con sus relucientes cinturones cruzados, descendían por la distante ladera. La infantería francesa, que iba primero, avanzaba para atacar la colina británica. Iban en cuatro grandes columnas acompañados por cañones arrastrados por tiros de caballos.

Cada columna tenía una anchura de doscientos hombres; cuatro amplias falanges que bajaban de forma imperturbable por la falda de la colina francesa para dejar una estela de senderos de trigo aplastado a su paso. Un tumulto de fusileros, separados de los demás, corría a la cabeza de cada formación. Los tambores, ocultos en el interior de cada columna, marcaban el ritmo de las miles de botas que todo lo pisoteaban; los tambores tocaban el *pas de charge*, la vieja marcha francesa que había conducido a la infantería del emperador al otro lado del Vístula y hacia las llanuras más allá de Madrid. La concentración de tambores hizo que todo el valle se estremeciera. Los veteranos de la colina británica ya lo habían oído antes, pero para la mayoría de los hombres de Wellington, se trataba de un sonido nuevo y siniestro.

Las cuatro columnas atravesaron la mitad este del valle. La columna que atacaría en el centro avanzó hacia la carretera y amenazó con rodear la granja de La Haye Sainte. Un sol desvaído brillaba débilmente en las bayonetas caladas de la primera fila de las columnas. Los fusileros que estaban en el arenal frente a la granja derribaban a los primeros fusileros franceses que se habían desplegado por los campos de centeno. Por detrás de los fusileros, las botas de la columna pisotearon la cosecha y luego los tambores se acallaron al unísono para dejar que toda la columna lanzara su grito de guerra: «*Vive l'Empereur!*».

En la colina, por encima de la granja, un oficial de la artillería británica dio una última media vuelta a la manivela de su cañón de nueve libras. La bolsa de tela llena de pólvora estaba aplastada en la recámara bajo el peso de su proyectil. Una rígida pluma sobresalía de la chimenea. La pluma, que se había llenado de una pólvora muy fina, estaba clavada con fuerza en la bolsa de tela para que así la llamarada se propagara a lo más profundo de la carga. El cañón apuntaba colina abajo, por lo que, para evitar que saliera rodando del tubo, la bala tuvo que sujetarse con una arandela de relleno, un círculo de cuerda bien remetida contra la bala. Cuando el cañón hiciera

fuego, la cuerda quedaría desintegrada por la explosión. El oficial, seguro de que el proyectil caería causando estragos sobre la columna francesa que se acercaba, retrocedió. El artillero tirador se encontraba junto a la rueda derecha del cañón con su botafuego humeante mientras que los otros seis artilleros aguardaban la orden de recargar.

Los fusileros de casacas rojas y verdes corrieron por la cima de la colina británica y luego bajaron por su larga vertiente, donde se desplegaron en una cadena de tiradores. Los fusileros estaban agazapados entre el centeno y sacaron el pedernal de sus armas. El trabajo de los fusileros británicos consistía en mantener alejados a los *Voltigeurs* franceses de los vulnerables artilleros. Los oficiales de la compañía ligera dispersaron a sus hombres en medio de sonidos sibilantes. Los *Voltigeurs* caminaban por las cosechas medio aplastadas como hombres que avanzaran penosamente a través de unas aguas que les llegaran hasta la cintura.

Una corneta ordenó a los soldados de casaca verde que abrieran fuego. El rifle Baker, con sus siete estrías que giraban un cuarto de vuelta dentro del cañón, poseía un alcance más largo que el fusil de ánima lisa, así como una precisión más mortífera. El emperador se había negado a armar a sus *Voltigeurs* con rifles aduciendo que el ritmo mucho más rápido del fuego de los mosquetes compensaba de sobras la pérdida de alcance y precisión, pero en aquellos momentos sus oficiales estaban pagando las consecuencias de esa decisión, porque eran el objetivo de los fusileros.

—¡Maten a los oficiales! —ordenaron los sargentos de los casacas verdes a sus hombres.

—¡No malgasten la pólvora! ¡Busquen a sus oficiales y maten a esa escoria! —Caían los primeros oficiales franceses, que salían despedidos hacia atrás con la fuerza de las balas que giraban en el aire.

—¡Corran! ¡Corran! —les gritó un oficial francés a sus soldados, y los *Voltigeurs* avanzaron a la carrera para reducir el campo de tiro y abrumar a los fusileros con la amenaza de sus bayonetas.

Los casacas rojas abrieron fuego. Los mosquetes emitían un chasquido más fuerte que el estallido más agudo de los rifles. En aquellos momentos los franceses estaban disparando; había tantos mosquetes retumbando en ambos bandos que la escaramuza sonaba como una horda de niños que hicieran correr unos palos a lo largo de la verja de un parque. Por encima de la ladera las nubes de humo blanco se movían con el viento y se fusionaban. Aquélla era la guerra particular de los soldados de la infantería ligera, una guerra amarga que tenía lugar en el cada vez más reducido espacio entre las columnas y los cañones británicos que aguardaban.

Uno de los fusileros disparó e inmediatamente se colocó corriendo tras su compañero, quien a su vez avanzó en cuclillas con el rifle cargado y dispuesto a proteger a su camarada que laboriosamente atacó la bala para hacerla bajar por entre

las estrías del cañón del rifle que impedían que se introdujera con facilidad.

—¡Vigile su izquierda, Jimmy! —gritó un sargento en señal de advertencia—. ¡Ahí hay uno de esos payasos y quiero a ese cabrón muerto!

Antes de que pudieran matar al oficial francés, un grupo de sus fusileros de casaca azul se lanzó hacia delante con las bayonetas caladas en sus mosquetes.

—¡Atrás, muchachos! ¡Atrás! —Los rifles, de recarga muy lenta, eran vulnerables a aquellas resueltas arremetidas, pero se replegaron tras las agachadas figuras de una compañía ligera de los casacas rojas que de pronto se alzaron entre el centeno e hicieron estallar sus mosquetes, cuyos disparos abatieron a media docena de franceses. Una réplica en forma de irregular descarga le astilló el muslo a un teniente de casaca roja que soltó una maldición, cayó y observó con incredulidad como su sangre le empapaba los pantalones blancos. Dos de sus hombres lo agarraron por los hombros de su chaqueta y sin ningún tipo de contemplaciones arrastraron al teniente cuesta arriba para llevarlo con los cirujanos.

Los fusileros combatían por todo el valle, pero los *Voltigeurs* franceses superaban ampliamente en número a sus oponentes y poco a poco, con resentimiento, los casacas rojas y los fusileros se retiraron. Tras ellos, al otro lado de la cima de la colina, el resto de la infantería británica esperaba. Estaban tendidos boca abajo, escondiéndose tanto de los cañones franceses como de la masa de soldados de las cuatro columnas que avanzaban. Los batallones británicos ocultos se hallaban distribuidos en dos filas, una formación peligrosamente débil que pronto tendría que ponerse en pie y enfrentarse al estruendoso impacto de las columnas que seguían adelante.

Dichas columnas empezaron a pasar por encima de los fusileros muertos y agonizantes. Los chicos de los tambores, metidos en el centro de cada columna, les daban a los palillos como si su fervor juvenil pudiera conducir aquel enorme ataque hasta la mismísima Bruselas.

Aquél era el viejo estilo de la guerra, el estilo del emperador, el ataque en columna que dependía de la mera fuerza para romper la línea de batalla del enemigo. Pero los franceses no eran tontos y muchos de ellos se habían enfrentado antes a los mosquetes británicos y sabían que el viejo estilo nunca había funcionado contra las líneas de casacas rojas. Los británicos eran demasiado veloces con sus armas, y todos los rápidos mosquetes de una línea británica podían disparar a la columna atacante mientras que en la formación francesa sólo los hombres de las dos primeras filas podían devolver el fuego, de manera que cada vez que los británicos se habían topado con las columnas francesas, habían ganado. La línea británica parecía muy frágil, pero se solapaba con la columna y la sumía en su fuego. Contra las tropas de otras naciones la columna funcionaba estupendamente, pero los británicos habían aprendido a descargar un destructivo ataque de mosquetes que convertía a las

columnas en desastrosas carnicerías.

Así que en aquella ocasión los franceses lo harían de otra forma. Aquella vez tenían una sorpresa propia, algo para contrarrestar que la línea les sobrepasara y las abrumadoras descargas de los mosquetes.

Aquella sorpresa debía esperar hasta que los dos bandos estuvieran lo bastante cerca uno de otro para poder mirarse a los ojos. Todavía faltaban algunos minutos para aquella confrontación, puesto que las líneas británicas todavía estaban escondidas y las columnas francesas tenían que trepar por la suave cuesta frente a los cañones que esperaban.

—¡Fuego! —gritaron los oficiales de artillería a lo largo de la colina.

Las mechas prendieron fuego a las plumas de pólvora fina que condujeron la llama hacia la carga de las bolsas de sarga y los cañones dieron una sacudida que los hizo retroceder sobre sus propias gualderas, con las ruedas completamente separadas del barro, antes de volver a caer unos metros por detrás de donde en un principio estaban situados.

En un instante el humo emborronó la colina.

Las balas de nueve libras salieron silbando colina abajo y cayeron sobre las filas que marchaban. Una bala podía matar a una docena de hombres. Los proyectiles se estrellaron entre las apiñadas tropas destrozando, aplastando, rompiendo huesos, esparciendo carne y sangre en lo más profundo de las pesadas concentraciones desoldados.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos franceses.

Las tropas que avanzaban saltaron por encima de los cuerpos que se retorcían para cerrar filas. Los tambores redoblaban con más fuerza y rapidez y aceleraban aquel sangriento instante. Los soldados del centro alzaron sus mosquetes con la bayoneta en la punta al tiempo que ovacionaban a su héroe: «*Vive l'Empereur!*».

En la colina, los artilleros trabajaban como esclavos fustigados. El soldado encargado de limpiar el ánima, con la lanada empapada en la punta de la baqueta, introdujo el húmedo material por el tubo humeante. Se tenían que sacar del cañón los restos de pólvora y lona que aún ardían y que podían prender fuego y hacer explotar la siguiente carga. La repentina compresión del aire cuando se empujaba la baqueta con la lanada podía hacer estallar los residuos de pólvora sin arder que cubría las paredes de la recámara, por lo que un artillero que llevaba una funda de cuero para el pulgar presionaba con éste la chimenea para impedir que pasara el aire.

Se sacó la lanada mojada y el artillero cargador metió la nueva bolsa con la carga en el tubo, luego introdujo la bala y la arandela de relleno. El soldado que tenía la lanada le dio la vuelta a su baqueta y apretó la bala para encajarla y gritó cuando ésta llegó a la chimenea. El grito avisó al soldado encargado de la chimenea de que la carga estaba lista. Este último insertó la aguja dentro del oído para romper la bolsa de

sarga llena de pólvora, a continuación metió la pluma con fino explosivo dentro del agujero que había hecho. El artillero que manejaba la baqueta ya estaba mojando la lanada en un cubo de agua, preparado para el próximo disparo, mientras que los otros dos soldados del equipo de artilleros tiraban de una palanca para hacer girar las gualderas y que el tubo cargado apuntara hacia el enemigo que se acercaba.

—¡Preparados! —gritó un cabo.

—¡Retrocedan! —El oficial se llevó las manos a los oídos—. ¡Disparen!

El cañón retumbó de nuevo. En esta ocasión tuvieron que echarlo hacia delante, arrastrándolo por los surcos que había abierto en el barro con sus dos descargas anteriores. Las balas de los mosquetes de los fusileros franceses pasaban cerca como latigazos, pero el humo del cañón protegía a los artilleros mientras recargaban.

—¡Doble carga! ¡Doble carga! —Un oficial de artillería iba a galope por detrás de la batería—. ¡Doble carga! —El oficial, al cabalgar alejándose del humo, había visto el avance inexorable de la columna más cercana al remontar la ladera y supo que había llegado la hora de levantar las palancas.

Esa vez, en lugar de cargar sólo con balas, los artilleros atacaron un bote de balas de mosquete encima del proyectil. Ahora cada descarga esparciría una aureola de mortíferas balas alrededor del pesado proyectil.

—¡Fuego!

El bote de metralla se hizo trizas con el golpe del proyectil y en la columna francesa más cercana se abrió un hueco ensangrentado. Los soldados del emperador iban dejando un rastro de sangre y cuerpos a su paso, pero el ataque seguía siendo fuerte y sólido. Los cañones ligeros franceses disparaban desde el fondo del valle tratando de alcanzar a las piezas de nueve libras británicas tras su cortina de humo. La caballería francesa había avanzado hacia los flancos de las columnas exteriores para protegerlas de la amenaza de los jinetes británicos. Así era como debía llevarse a cabo una guerra: las tres armas del Ejército apoyándose unas a otras y la victoria tan sólo a un golpe de tambor de distancia al otro lado de la cima de una colina que, para los franceses que avanzaban, parecía estar casi del todo vacía. Veían los cañones y su humareda, así como las fugaces siluetas de los fusileros que se retiraban, y vieron a un puñado de oficiales a caballo esperando tras la cima, pero no vieron las líneas enemigas porque los casacas rojas seguían tumbados en el suelo, seguían escondidos, seguían esperando. Algunos franceses, aquellos que nunca habían combatido contra Wellington, se atrevieron a esperar que la colina estuviera defendida sólo con cañones, pero los veteranos de España no eran tan tontos. El maldito duque inglés siempre ocultaba a sus hombres tras una colina si podía. Aquellos veteranos sabían que, dentro de un momento, los malditos ingleses se dejarían ver. Así era como los franceses llamaban a los soldados británicos, los malditos ingleses. No era un mote afectivo, pero tampoco era degradante como el que ellos tenían para los franceses; a

los franchutes los llamaban *crapauds*, los «sapos», pero los malditos eran personas que maldecían a Dios, y había algo escalofriante en esa idea.

Los tambores franceses hicieron una pausa. «*Vive l'Empereur!*»

—¡Fuego! —Otra descarga de doble proyectil hizo impacto colina abajo y en aquella ocasión un oficial de la artillería británica oyó el traqueteo como de granizo cuando las balas del bote de metralla golpearon los mosquetes de la infantería—. ¡Ahora les estamos dando, muchachos! —Una lanada mojada soltó un silbido cuando la introdujeron en el tubo caliente.

En la colina, los oficiales de infantería británicos observaron y esperaron. Los tambores sonaban con fuerza, mientras que en la retaguardia de las columnas francesas los soldados cantaban. Las bandas de los batallones británicos también tocaban tras la colina, haciendo de ello una cacofónica batalla de música que los franceses iban ganando a medida que más y más soldados se unían al canto de la Marsellesa: «*Allons, enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé!*». Las bruñidas águilas brillaban sobre las enormes concentraciones de soldados que marchaban y que parecían absorber el mortífero cañoneo. Si un proyectil provocaba una carnicería entre las filas, éstas se cerraban y seguían adelante. Los oficiales franceses, con las espadas desenvainadas, instaban a sus hombres a seguir avanzando. Sólo tenían que soportar aquel infierno unos segundos más, aguantar otros pocos estallidos de cañones, y entonces llevarían sus bayonetas hacia la colina para vengarse.

Primero, como las líneas de Wellington siempre vencían a las columnas francesas, tenían que revelar la sorpresa.

—¡Desplieguense! —Los oficiales franceses gritaron la orden. Las columnas se encontraban entonces a menos de cien pasos de la cima de la colina británica. Los *Voltigeurs* habían retrocedido para unirse a las tropas de las columnas y los fusileros británicos habían ido a sumarse a la línea; por lo tanto, desde aquel momento, se trataría de una fuerza principal contra otra—. ¡Desplieguense!

Las últimas tropas de las columnas empezaron a extenderse hacia el exterior. Aquélla era la sorpresa, que la columna se transformaría de pronto en una línea, pero una línea más gruesa y pesada que la de los británicos. Podrían disparar todos los mosquetes franceses y serían mucho más numerosos. La línea de los defensores no se solaparía con la columna, sino que se vería arrollada por esta última. Los franceses dispararían su descarga asesina y luego cargaría contra su enemigo. El día de gloria había llegado.

* * * *

La columna francesa situada más al este avanzó sobre Papelotte e hizo retroceder a los soldados del príncipe Bernhard de Saxe-Weimar hacia los más sólidos edificios de

la granja. La columna que se encontraba más al oeste, y que avanzaba de banda a banda de la carretera empedrada, pasó a ambos lados de La Haye Sainte obligando a los fusileros a abandonar su arenal.

Los fusileros de la Legión Alemana del Rey que guarnecían lo que era la granja en sí se encontraban bastante a salvo, puesto que las paredes de La Haye Sainte eran de gruesa piedra, con buenas aspilleras, y la columna no tenía intención de asaltar una fortaleza provisional como aquélla. Sin embargo, en aquellos momentos la granja demostró su mortífera valía cuando las guarniciones hicieron trizas las columnas que pasaban con fuego de fusil. Las tropas francesas recibieron un encarnizado asalto; atacadas por las descargas desde el flanco y por el cañoneo de doble carga por el frente. Los franceses, desesperados, ordenaron que se asaltara la granja. Una multitud de soldados de infantería derribaron los setos del jardín de la cocina y del huerto y obligaron a los defensores a retroceder hacia el olmo de la colina que había detrás. No es que importara mucho esa retirada, puesto que la mayor parte de la guarnición estaba a salvo tras los muros de piedra de los edificios de la granja, desde donde mantenían las hirientes descargas que ya habían malogrado y roto el ataque de la columna situada más al oeste.

Los rompeolas de Wellington funcionaban. Dos de las columnas francesas se habían detenido, aunque las dos centrales seguían retumbando majestuosamente y parecían imparables subiendo por la amplia y desnuda ladera situada entre Papelotte y La Haye Sainte. El duque, que sabía que aquellas columnas centrales constituían el verdadero peligro, cabalgó hacia el lugar donde realizarían su ataque.

El príncipe de Orange ocupó el lugar del duque junto al olmo y se quedó mirando horrorizado la confusión que reinaba alrededor de La Haye Sainte. El príncipe no vio que la granja había roto de forma efectiva toda una columna de infantería francesa, sino que vio únicamente un edificio de paredes blancas envuelto en humo y rodeado de enemigos. Todavía peor, vio a un torrente de fusileros de la Legión Alemana del Rey que corrían en una precipitada retirada de la granja. A Wellington no se le veía en ningún sitio, lo cual significaba que el destino y la historia habían situado al príncipe en aquella posición estratégica. Se mordió las uñas mientras miraba, entonces supo que no debía dudar. ¡La Haye Sainte no podía caer! ¡Y si ya había caído, debían volver a tomarla! Se giró y vio a un batallón de hanoverianos de su cuerpo no muy lejos tras la colina. La infantería hanoveriana vestía con casacas rojas al estilo británico y todo el ejército los conocía como los alemanes rojos.

—¡Dícales a los alemanes rojos que avancen! —le dijo el príncipe a Rebecque con brusquedad.

—¿Señor? —Rebecque estaba estremeciéndose al ver la ejecución de los franceses más cercanos víctimas de las dobles descargas de los cañones, y no tenía ni idea de lo que el príncipe quería decir con aquella orden.

—¡Los alemanes rojos, Rebecque! Que avancen hacia la granja y la recuperen. Dígales que formen en línea y que avancen. ¡Ahora!

—Pero, señor, la granja no ha caído y...

—¡Hágalo! ¡Ahora! —gritó el príncipe a su jefe de estado mayor.

Rebecque escribió la orden en silencio, se la dio al príncipe para que la firmara y entonces mandó a un ayudante de campo al encuentro de los alemanes rojos. Las tropas hanoverianas se desplegaron en línea y luego, al son de un tambor, avanzaron con las bayonetas caladas. Llegaron a la cima de la colina y, con sus estandartes enarbolados en lo alto tras sus compañías centrales, cayeron sobre los franceses que seguían arremolinados alrededor de las paredes con troneras de La Haye Sainte.

—¡Así se hace! —exultó el príncipe—. ¡Dadles acero! ¡Dadles acero!

—¿Está seguro de que la caballería francesa se ha ido, señor? —preguntó Rebecque con mucha calma.

—¡Uno tiene que ser audaz! ¡La audacia lo es todo! ¡Oh, bien hecho! —El príncipe aplaudió porque los hanoverianos habían despejado el jardín de la cocina y se estaban abriendo camino hacia el oeste por el flanco abierto de la granja. Seguían alineados y disparaban continuas descargas que hacían retroceder a los franceses.

La infantería francesa se retiró, pero su caballería avanzó. Aquella caballería se había mantenido en lo más profundo del fondo del valle, a salvo del cañoneo británico de doble descarga, pero en aquellos momentos la guardia del flanco izquierdo vio una línea de enemigos con casacas rojas que se desplegaban por el centeno. Las espadas francesas rozaron las vainas al desenfundar. Parecía que aquel día Dios les sonriera a aquellos soldados de caballería.

Sonaron las trompetas.

Les gros frères, los coraceros, encabezaron el ataque mientras que los dragones con trenzas cabalgaban detrás de los jinetes de la caballería pesada. Los artilleros británicos apuntaban a los restos del flanco de la columna y, por otro lado, el humo les impedía la visión y no se dieron cuenta de la amenaza de la caballería. Los hanoverianos, disparando rápidas descargas, se estaban cegando ellos mismos con la humareda; los soldados de las compañías situadas a mano derecha oyeron el ruido sordo de los cascos y miraron aterrados a través del humo de la pólvora para ver los primeros destellos de las armaduras de acero y las espadas alzadas.

—¡Caballería!

—¡Formen en cuadro!

Era demasiado tarde. Los jinetes de la caballería pesada cayeron sobre el extremo abierto de la línea de tropas hanoverianas. Las grandes espadas Klingenthal, fabricadas con el mejor acero de Europa, arremetieron con fuerza, empujadas por la tonelada de peso de hombre y caballo. Unos rostros adustos, enmarcados por los cascos de acero, se salpicaron con la sangre de los soldados de infantería cuando los

jinetes se abrieron paso entre el batallón. Los alemanes rojos rompieron filas y huyeron presas del pánico del retumbar de cascos y de las hojas refulgentes. El grupo de abanderados se refugió en el jardín de la granja, pero la mayor parte de las tropas hanoverianas fue alcanzada en campo abierto y lo pagó caro. Los jinetes cabalgaban alrededor del prado a la caza de los últimos refugiados para acuchillarlos con implacable eficiencia.

El príncipe de Orange lo miraba todo boquiabierto desde el olmo. Vio una espada elevarse en el aire goteando sangre de un muerto y luego volver a caer con un sonido de carnicero.

—¡Deténgalos, Rebecque! —exclamó lastimeramente—. ¡Deténgalos!

—¿Y cómo, si puede saberse, su alteza?

Al final, los artilleros británicos terminaron con aquel tremendo asunto. La carga había llevado a los jinetes a un terreno al alcance de los cañones y las dobles descargas alejaron del prado a los soldados de caballería, pero no antes de que hubieran abatido a los alemanes rojos, que yacían con espantosas cuchilladas, sangrando y retorciéndose sobre el centeno mientras morían. El príncipe de Orange había atacado de nuevo.

Mientras tanto, al este, donde no había ninguna granja que protegiera la colina, las dos columnas centrales del ataque francés se desplegaron en línea y siguieron subiendo para alcanzar la victoria.

* * * *

La infantería belga holandesa situada en el entrante de la colina echó un vistazo de cerca a la columna más próxima y salió corriendo.

Los británicos abuchearon a los soldados que corrían, pero a los belgas no les importaba. Sus simpatías estaban con el emperador, así que corrieron hacia el bosque y allí, a salvo bajo sus árboles, esperaron que una victoria francesa restituyera el trono adecuado a Bélgica.

Los tambores franceses tocaban el *pas de charge* mientras las columnas se desplegaban en la pesada línea de mosquetes que sumiría la cima de la colina bajo su fuego.

—¡Levántense! —la orden era británica.

A lo largo de toda la colina, como hombres que surgieran completamente armados de la tierra que los ocultaba, los casacas rojas se pusieron en pie. Hacía tan sólo un momento la colina parecía estar vacía y al minuto siguiente estaba coronada por una línea de mosquetes.

—¡Fuego!

Los franceses, que estaban muy cerca de la cima, se habían detenido un instante

cuando su enemigo había aparecido tan repentinamente de la tierra, pero los oficiales franceses, al ver cuán extensamente superaban en número a los malditos ingleses, gritaron a sus hombres que siguieran avanzando.

—¡Fuego!

La primera descarga británica estalló con estrépito ladera abajo. Se disparó a tan sólo unos sesenta pasos de distancia y chocó contra las columnas que se desplegaban, derrumbando a las primeras filas como si fueran soldados de plomo que un niño caprichoso hubiera derribado.

—¡Recarguen!

Los soldados separaron de un mordisco las balas de la punta de los cartuchos de papel encerado, vertieron la pólvora en los cañones de sus mosquetes, taparon la pólvora con el papel del cartucho, escupieron las balas dentro del cañón y las apretaban con fuerza con sus baquetas.

—¡Disparen por secciones! —ordenó un comandante—. ¡Compañía de granaderos! ¡Disparen!

Empezaron las retumbantes descargas, que resonaron a lo largo de la colina en medio de las llamas y el humo. Los franceses devolvieron los disparos. Sir Thomas Picton bramó una orden y murió cuando una bala le perforó la chistera y se le alojó en el cráneo. Los soldados de los Highlanders, los irlandeses y los de los condados rurales mordieron sus cartuchos hasta que se les ennegrecieron los labios y se notaron la lengua agria con el salado sabor del explosivo. Abrieron fuego, chamuscándose las mejillas con los restos de pólvora ardiendo que salían despedidos de las llaves de sus mosquetes.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —Los sargentos arrastraron a los muertos y heridos hacia la parte de atrás de la línea, dejando que los soldados se acercaran unos a otros donde habían caído las balas francesas.

Un cañón disparó y su bote de metralla sembró una sangrienta destrucción entre los franceses que se desplegaban, pero aun así los franceses se acercaban, más tropas avanzaban de entre la neblina de humo para engrosar su línea que moría desangrada.

Los casacas rojas escarbaban sus pedernales y se rompían las uñas al amartillar sus armas. Con el retroceso, los mosquetes daban unos golpes como si fueran mulas. Los franceses seguían desplegándose en línea, seguían avanzando y los tambores seguían alentándolos. Un cañón ligero francés abrió fuego y destrozó a un grupo de abanderados de casaca roja. Las descargas de mosquetería francesas eran lentas, pero los franchutes superaban en número a los malditos ingleses y seguían abriéndose un sangriento camino, como podían, hacia la cima de la colina y hacia la victoria.

Y entonces sonó una trompeta.

* * * *

Lord John Rossendale, que cabalgaba cerca del conde de Uxbridge, había observado el avance de las columnas con verdadera incredulidad. Había oído hablar de tales ataques y había escuchado a los soldados describir una columna francesa, no obstante, nada de eso había preparado a lord John para la forma en que un ataque como aquél llenaba el paisaje, o para la manera en que su música ponía la piel de gallina y los nervios de punta, o para lo irresistible que parecía un ataque como aquél; como si cada columna no estuviera formada por individuos, sino que fuera alguna bestia articulada, lenta y pesada, que surgiera de una pesadilla para cernerse sobre la tierra.

Sin embargo, aunque las columnas lo llenaban de terror, se maravilló ante la calma de los hombres con los que cabalgaba. La tranquilidad, observó lord John, provenía del duque, hacia quien los soldados se sentían irresistiblemente atraídos como si su seguridad les comunicara de alguna forma por la proximidad. El duque observaba con todo detalle a las columnas que se acercaban, pero todavía le quedaba tiempo para reírse con alguna broma de Álava, el comisionado español. La única vez que Rossendale vio al duque con el ceño fruncido fue cuando un breve chubasco, que se fue casi tan pronto como llegó, le hizo agarrar la capa, sacudirla y ponérsela sobre los hombros.

—No soporto empaparme y tampoco tolero los paraguas —le dijo a Álava en francés.

—Podrías hacer que cuatro soldados fornidos os sostuvieran un palio —sugirió Álava, un viejo y apreciado amigo de las batallas españolas del duque—. Como un potentado mahometano.

El duque respondió con su curiosa carcajada parecida a un relincho.

—¡Eso estaría muy bien! ¡Me gusta la idea! Un palio mahometano, ¿eh?

—¿Y por qué no un harén?

—Pues, ¿por qué no? —El duque tamborileaba suavemente con los dedos sobre el pequeño escritorio montado encima del pomo de su silla. A lord John no le pareció que aquel gesto fuera una reacción a causa de los nervios, más bien expresaba la impaciencia del duque ante las columnas francesas que avanzaban pesadamente. En aquellos momentos los fusileros enemigos se encontraban tan cerca que molestaban al grupo del duque. Sus balas pasaban silbando y zumbando alrededor de los jinetes. Dos de los ayudantes de campo del duque fueron alcanzados, uno de ellos mortalmente, a tan sólo dos pasos a la izquierda de donde él se encontraba. El duque echó un vistazo al hombre muerto y luego miró con el ceño fruncido a los cañones enemigos tirados por caballos—. No harán nada con esos malditos cañones ligeros —se quejó como si la poca eficiencia de su enemigo lo ofendiera, y entonces, cambiando al francés, preguntó a Álava si no creía que los franceses estaban desplegando a más fusileros de lo habitual.

—Sin duda hay más —confirmó Álava, pero su voz no reveló más excitación que si hubiera estado compartiendo un duro día de caza con el duque.

Las tropas belgas holandesas echaron a correr, lo que provocó que el duque apretara los labios, pero entonces, consciente de lo que se podía enmendar y lo que no, se limitó a ordenar a un batallón que cubriera el hueco que habían dejado. Se dirigió más hacia la izquierda, con el caballo a medio galope por detrás de los casacas rojas que aguardaban. El conde de Uxbridge y su estado mayor fueron detrás de él. El duque volvió a poner mala cara cuando las columnas francesas empezaron a desplegarse en línea, pero la inesperada maniobra no pareció ponerle nervioso.

—¡Ahora les toca a ustedes! —les gritó el duque a los casacas rojas del batallón más próximo.

Los soldados de casaca roja se pusieron en pie y empezaron las descargas. Lord John, que iba tras los pasos del duque junto a su señor, vio que el intento de los franceses de formar en línea no llegó a completarse debido al destructivo fuego británico. Los flancos franceses no subirían por la falda de la colina ante las descargas de mosquetería, así que, en lugar de eso, todo el enemigo en masa fue ascendiendo poco a poco por la loma, ni en fila ni en columna, sino en una formación a mitad de camino entre las dos. En la opinión no instruida de lord John, y a pesar de la momentánea confusión que reinaba entre los franceses, la batalla seguía teniendo un cariz de terrible desigualdad; una multitud de franceses se habían colocado por debajo de la delgada y frágil línea de casacas rojas. La concentración de tropas seguía avanzando. Las descargas británicas alcanzaban y masacraban a las filas que iban a la cabeza, pero los franceses seguían abriéndose paso colina arriba, pasando por encima de sus muertos y lanzando su grito de guerra. Peor aún, los coraceros que acababan de destruir a los alemanes rojos cabalgan entonces a la izquierda de la carretera para escapar al cañoneo y amenazaban con atacar a la delgada línea británica.

El duque lo había visto todo y lo comprendió todo. Se dirigió a Uxbridge.

—¿Está lista su pesada, Uxbridge?

—¡Por supuesto, su excelencia!

Lord John tardó un momento en entender la elegancia de la solución del duque. Los franceses se hallaban al borde de un éxito echado por tierra. Sus columnas subían paso a paso por la colina y dentro de un momento se verían reforzadas por la caballería pesada que caería sobre el flanco de casacas rojas como un torrente de acero. La línea del duque quedaría destrozada, la infantería francesa la atravesaría en avalancha y luego más caballería cruzaría el valle en tropel para finalizar la aplastante derrota.

Salvo que el contraataque del duque estaba preparado. Un caballo se vería enfrentado con otro caballo y la caballería pesada británica caería sobre los *gros frères* del emperador. Las mismísimas tropas de la Guardia de la Casa Real británica:

la Guardia Real, la Guardia de Dragones del Rey y la Guardia Azul, junto a la Real Brigada de la Unión, los Escoceses Grises y la Caballería de los Inniskillings salvarían al ejército.

Lord John dio la vuelta a su caballo, desenvainó la espada que le habían prestado y salió a toda prisa tras el conde de Uxbridge.

—¡Harry! ¡Tiene que dejarme venir! —Aquella era la oportunidad que lord John había esperado y por la que había rezado. Vio a otros oficiales de estado mayor, Christopher Manvell entre ellos, que se apresuraban a unirse a sus regimientos—. ¡Por el amor de Dios, Harry, déjeme combatir! —volvió a suplicar lord John.

—¡Puede usted combatir, Johnny! ¡Cuantos más, mejor! ¡Iremos a por sus caballos y luego destrozaremos su infantería!

La flor y nata de la caballería británica acudiría a hacer pedazos el ataque francés. Lord John, con la espada prestada brillando en la mano, cabalgó para recuperar su honor. En batalla.

CAPÍTULO 16

Casi dos mil quinientos hombres reunidos tras la plana cima de la colina. Unos soldados se ponían unos cascos relucientes que en la parte superior tenían unos penachos de crin. Los escoceses, montados en sus enormes caballos blancos, llevaban los gorros altos de piel de oso de los granaderos, en memoria del día en que habían capturado el estandarte de la Guardia Real de Luis XIV en Ramillies. Se ajustaron las correas a la barbilla y bromearon como habitualmente hacían los hombres que se enfrentaban a un combate. En la atmósfera abundaba el olor de los excrementos de los caballos.

Un oficial levantó una mano enguantada, la mantuvo un segundo en alto sin moverla y luego la bajó para señalar allí donde el humo de cañón se cernía sobre el valle. Una corneta daba el toque de avance mientras las largas líneas de ataque marchaban hacia delante con el tintineo de las barbadas de cadena y el crujido del cuero.

Eran la caballería pesada de Gran Bretaña, la Guardia del Soberano y la Brigada de la Unión, la caballería mejor montada de todo el mundo y la peor dirigida.

Llevaban caballos grandes y fuertes, criados en ricas praderas inglesas e irlandesas. Los caballos estaban frescos, ilesos y ansiosos. Los jinetes desenvainaron las espadas y se engancharon las correas de cuero de las armas en sus muñecas cubiertas por el puño de los guantes. La hoja de aquellas espadas era un pesado acero de casi noventa centímetros que había sido afilado como si se tratara de una lanza. La corneta dio la señal de ponerse al trote y los largos penachos empezaron a ondular detrás de las filas. Algunos de los soldados tomaron un último sorbo de ron de sus cantimploras mientras otros tocaban sus amuletos de la suerte. Un caballo torció el labio para mostrar unos largos dientes amarillos, otro relinchó excitado. Un soldado escupió un pedazo de tabaco y luego se lió las riendas alrededor de la muñeca izquierda. Las filas de caballería que iban a la cabeza se encontraban en la cima y, a través de la cortina de humo, pudieron ver que el valle era como el patio de recreo de un asesino; un amplio prado repleto de un enemigo desprevenido. Veinte mil soldados de infantería franceses habían cruzado el valle y dos mil quinientos de caballería cargarían sobre su expuesto flanco. Los jinetes espolearon a sus caballos para avanzar a medio galope y sus penachos se zarandearon furiosamente en el viento humeante. Las alforjas y las vainas se agitaban en sus costados. Un banderín bordado con hilo de oro los guiaba cuesta abajo. Las filas de los soldados de caballería eran irregulares pues todos querían acercarse al enemigo, mientras que sus oficiales, que no querían quedarse atrás, avanzaron a toda velocidad como si estuvieran cabalgando por tierras de caza y temieran perder a su presa.

Por fin, los trompetas hicieron sonar el toque de ataque. Las diez notas, que

subían de tonalidad en tresillos, sonaron penetrantes hasta alcanzar el agudo y claro tono haciendo que los jinetes salieran disparados. ¡Al carajo la prudencia! ¡Al carajo el lento avance y la regular carga final que llevaría a los caballos hacia su objetivo como un solo grupo unido! ¡Aquello era la guerra! Aquél era un terreno de caza con presas humanas y la gloria no esperaba a que el último de los soldados formara en línea, así que las trompetas hacían temblar la sangre con su toque demencial. ¡A la carga y que cada uno salve su propio pellejo!

Realizaron un glorioso ataque con una genial caballería que cruzó en diagonal la cara de la ladera frontal de la colina como un torrente. Por delante de ellos estaban los coraceros, y más allá de los jinetes enemigos con peto la infantería que no formaba ni en línea ni en columna. Ninguno de los franceses se esperaba el ataque.

Los caballos de los coraceros estaban reventados. Todavía estaban formando sus líneas tras la matanza de los alemanes rojos, y en aquel momento no tuvieron ninguna oportunidad. Fueron arrollados en un instante. Lord John, que corría tras los soldados de la Guardia Real, oyó el sonido metálico de las espadas al chocar contra los petos de las armaduras; vio fugazmente a soldados desmontados, a caballos derribados en el suelo, luego una espada ensangrentada que se alzaba en lo alto. Los coraceros, ampliamente superados en número, fueron arrasados mientras que un soldado de caballería con su montura al galope tardaba en golpear una vez con su arma. Un jinete irlandés dio un grito, no de dolor, sino de puro regocijo al matar. Otro soldado estaba ebrio de ron y con su espada manchada de sangre y su caballo, que sangraba por las heridas de las espuelas, se abalanzó para seguir con la matanza.

Unos cuantos jinetes británicos fueron derribados cuando sus caballos tropezaron con los abatidos coraceros, pero la mayor parte de la carga fluyó entre los caballos caídos y los franceses heridos. Los jinetes vieron que los soldados de infantería se arremolinaban como si fueran ovejas llevadas ante la guarida del lobo. Una corneta, que daba unas notas ondulantes tocadas desde un caballo al galope, lanzó su claro desafío a la gloria.

Lord John gritaba como si estuviera bebido. Nunca, en toda su vida, había sentido una excitación como aquélla. La mismísima tierra parecía estremecerse. Por todo su alrededor, brillando en aquella penumbra diurna, un torrente de hombres y caballos avanzaban extendidos al máximo y dispuestos a matar. Los caballos, que enseñaban los dientes, parecían volar por encima del prado. El barro que levantaban los cascos de las bestias que tenía delante le manchó y le golpeó el rostro. Había una música desenfrenada en el aire, el sonido estrepitoso de los cascos y de agudos chillidos, de los pulmones de los caballos que resollaban como si fueran fuelles, de gritos que se desvanecían por detrás y de bramidos de advertencia que sonaban más fuerte por delante, de las cornetas que los impelían a avanzar, de una gloria tan vivida como el banderín que parecía ir directo al corazón de la condenada columna francesa.

Entonces los jinetes alcanzaron su objetivo.

Y los franceses, que todavía estaban maniobrando para cambiar la formación, estaban indefensos.

Los grandes caballos y sus imponentes jinetes cayeron sobre el enemigo a lo largo del flanco roto de su columna. La caballería abrió grandes brechas en el mismísimo centro de la infantería francesa. Las espadas descendían, se alzaban y volvían a caer. Los caballos se encabritaban y con los golpes de sus patas rompían cráneos. Los soldados de caballería, deleitándose en la matanza, marcharon hacia el centro de la columna que se rompía para acelerar su desintegración y facilitar así la eliminación de sus componentes. Azotaban a los franceses con acero y seguían llegando más jinetes para abrir aun más senderos de muerte y horror entre aquella masa hecha pedazos.

—¡Calen las bayonetas! —Los casacas rojas que estaban en la cima de la colina buscaron a tientas sus vainas, desenfundaron las largas hojas y encajaron las bayonetas en los calientes y humeantes cañones de los fusiles.

—¡Adelante!

Se oyó un hurra a lo largo de la colina y entonces los casacas rojas salieron corriendo para unirse a la matanza.

Los franceses se vinieron abajo. No había infantería que hubiera podido resistir. Las columnas francesas rompieron filas y huyeron, cosa que facilitó aún más la tarea a los jinetes. No era ningún problema matar a un hombre que corría, así que los soldados de caballería saciaron sus ansias de muerte y todavía querían más. Estaban ebrios con la matanza, empapados de ella, regodeándose en ella. Algunos jinetes estaban literalmente ebrios, rezumando ron y ansia y asesinando como demonios. Las cornetas les chillaban, animándolos, hasta que las hojas de las espadas estuvieron tan manchadas de sangre que ésta chorreaba de las manos y muñecas de la caballería.

Un sargento escocés de casi dos metros de estatura, que iba montado en un caballo a juego, se hizo con la primera águila. Lo consiguió él solo, adentrándose con su enorme caballo de guerra en un grupo de desesperados franceses que estaban dispuestos a morir por su estandarte. Murieron. El sargento Ewart era lo bastante fuerte para utilizar la tosca espada de casi noventa centímetros. Mató al primero de los defensores atravesándole la cabeza. Un sargento francés, armado con una de las lanzas suministradas para defender las preciadas águilas, apuntó con ella a Ewart, pero el escocés alzó la espada y la clavó en la mandíbula del sargento. Soltó la hoja de un tirón, espoleó a su caballo para que siguiera avanzando, notó que una bala de mosquete pasaba volando junto a su cara y arremetió contra el soldado que la había disparado, abriéndole el cráneo con su despiadado acero. Ewart hizo dar media vuelta a su caballo, alargó el brazo, agarró el águila y sus talones volvieron a golpear al tiempo que alzaba el dorado trofeo por encima de la cabeza. Gritaba para que todo el

mundo viera lo que había hecho y su caballo, como si compartiera el triunfo, cabalgó por aquel sendero de muerte con la ensangrentada cabeza alta y las ijadas teñidas de escarlata.

—¡Ya ha hecho bastante por un día! —El coronel de los Escoceses Grises ofreció un saludo al sargento—. ¡Llévela a la retaguardia!

Ewart, sosteniendo el águila en alto y empujándola hacia el cielo para mostrar a los dioses lo que había conseguido, regresó a medio galope a la colina británica. Pasó junto a un regimiento de infantería de las Highland que lo ovacionaron hasta enronquecer.

Los otros jinetes siguieron adelante. El prado estaba mojado de sangre y de lluvia y el suelo era traicionero por los cuerpos de los muertos y lastimoso por los heridos, pero los caballos seguían echando sus lazos de acero y hueso sobre los franceses que huían presas del pánico. Un tambor quedó hecho astillas bajo los cascos de un caballo. El tamborilero, un muchacho de tan sólo doce años, estaba muerto. Otro chico que gritaba aterrado fue arrollado por un caballo blanco que le rompió la cabeza con el golpe de uno de sus cascos. Algunos soldados de la infantería francesa corrieron hacia la infantería británica que cargaba contra ellos y se arrojaron a merced de los casacas rojas. La infantería británica, que se vio frenada por la carnicería que se encontraron a su paso, detuvo el ataque y reunió a los aterrorizados prisioneros.

La caballería no sabía lo que era tal clemencia. Habían soñado con un campo como aquél, lleno de un enemigo destrozado para destrozarlo aún más. El capitán Clark de la Real Brigada capturó la segunda águila haciendo trizas a sus defensores, agarrando el trofeo, defendiéndolo y luego llevándoselo lejos de los patéticos supervivientes que, al oír su propia muerte en los enormes cascos, intentaron salir corriendo, pero no había hacia dónde correr puesto que los jinetes irlandeses, escoceses e ingleses iban arrasando por todo el valle. Hasta los caballos estaban entrenados para matar. Mordían, batían sus cascos, luchaban igual que los enloquecidos hombres que los montaban.

Lord John aprendió al fin a matar. Conoció el placer de abandonar toda circunspección, del poder absoluto, de caer sobre hombres agotados que se daban la vuelta, gritaban y luego desaparecían quedándose atrás cuando su espada arremetía contra ellos. Se encontró eligiendo a un hombre como objetivo y acechándolo incluso si ello significaba no hacer caso de otros franceses más próximos, y luego escogiendo la manera en que iba a morir su víctima. A una de ellas le dio de lado en el cuello y casi perdió su espada de lo profundo que se clavó. Practicó la estocada y aprendió a dominar la pesada punta de la hoja. Empapó el acero de sangre, salpicando el aire con él tras cada victoria y bajando luego la punta para ir por más. Vio a un gordo oficial francés que huía corriendo con torpeza y lord John espoleó su caballo pasando entre los soldados franceses más próximos, se puso de pie en los estribos e hizo descender

su espada de golpe. Notó que el cráneo se resquebrajaba como un huevo duro gigante y se rió en voz alta ante la ocurrencia de tal comparación en un momento como aquél. La carcajada sonó más parecida a una risotada demoníaca, un apropiado acompañamiento para los gritos de los demás soldados de caballería, ebrios de muerte, que había a su alrededor. Dio media vuelta, le rajó la cara a un francés y apretó el paso. Vio a Christopher Manvell que esquivaba una desesperada embestida de una bayoneta y luego clavaba su espada. Un puñado de Inniskillings pasaron con gran estruendo junto a lord John, con sus caballos cubiertos con sangre del enemigo y sus voces aullando un himno a la masacre. Delante de lord John había un soldado de caballería de los Escoceses Grises borracho y no paraba de dar cuchilladas a un sargento francés que se agitaba en el suelo en medio de un charco de sangre que se extendía. El rostro del escocés era una risueña máscara ensangrentada.

—¡Seguiremos hasta París! —gritó un comandante de la Guardia Real.

—¡Los cañones! ¡Maten a esos cabrones de artilleros!

—¡Hasta París! ¡Adelante hasta París!

La carga había cumplido su cometido magníficamente bien. Había acabado con el batallón de coraceros y luego había destruido la mayor parte de un cuerpo de la infantería francesa. El ataque había dejado el valle lleno de cuerpos y sangre y había capturado dos águilas, pero aquélla era la caballería británica, la peor dirigida de todo el mundo, y en aquellos momentos sus soldados se consideraban inmortales. Habían inundado sus almas con la gloria de la guerra y ahora harían que sus nombres perduraran en sus anales. Las cornetas dieron la señal de volver a formar y el conde de Uxbridge les gritó a los soldados de caballería próximos a él que se retiraran y volvieran a formar tras la colina, pero había otros oficiales, y otras cornetas, que querían más sangre. Eran la caballería. ¡Adelante hasta París!

Las espuelas volvieron a rasgar, las rojas espadas se alzaron en alto y la carga siguió adelante.

* * * *

El campo de batalla olía entonces de otra manera. La sangre, fresca y empalagosa, mezclaba su olor con la acre fetidez de la pólvora quemada. Los cañones británicos quedaron en silencio con los tubos calientes y humeantes y las bocas ennegrecidas. Ya no había más objetivos puesto que el ataque francés, tan abrumador durante un instante, había quedado destrozado y convertido en sangre, huesos y hombres que lloraban. Los supervivientes de la infantería francesa, muchos de ellos con terribles heridas causadas por las pesadas espadas, deambulaban aturdidos por el aplastado grano. Los fusileros alemanes que se habían retirado del jardín y el huerto de La Haye Sainte corrieron de vuelta a sus posiciones, mientras que los fusileros del 95.º

volvieron a ocupar el arenal.

Cerca de dicho arenal un coracero salió lentamente de debajo de su caballo. Se quedó mirando a los fusileros y luego se desabrochó la pesada armadura y la dejó caer. Echó una última mirada temerosa a los casacas verdes y se dirigió renqueando de vuelta a La Belle Alliance. Los fusileros lo dejaron marchar.

El príncipe de Orange, que ya había olvidado la muerte de sus tropas hanoverianas, dio unas palmadas de alegría cuando la caballería británica se dirigió hacia el sur para completar su ataque.

—¿No son magníficos, Rebecque? ¿No son sencillamente magníficos?

El duque, un poco más allá en la colina, también miraba como los jinetes viraban bruscamente hacia el sur de forma desordenada. Por un momento pareció asqueado y luego se volvió y ordenó a su infantería que volviera a refugiarse tras la vertiente de la colina. Los prisioneros franceses, despojados de sus mochilas, bolsas y armas, se dirigían en fila hacia el bosque en tanto que el duque espoleó su caballo para regresar junto al olmo.

Sharpe y Harper habían encontrado un parque de carros de munición de cuatro ruedas en el extremo del bosque, todos bajo la custodia de un oficial regordete que pertenecía al estado mayor del intendente y que se negó a desprenderse de ningún carro sin la debida autorización.

—¿Cuál es la debida autorización? —le preguntó Sharpe.

—Una orden firmada por un oficial competente, por supuesto. Si me perdonan. Hoy no tengo precisamente poco trabajo. —El capitán le ofreció a Sharpe una sonrisa tonta, se dio la vuelta y se alejó.

Sharpe desenfundó su pistola y disparó una bala que se clavó en el suelo entre los talones del capitán.

El capitán se dio la vuelta, con el rostro lívido y temblando.

—Necesito un carro de cartuchos de mosquete —dijo Sharpe con su voz más paciente.

—Me hace falta la autorización, soy el responsable ante...

Sharpe se metió la pistola en el cinturón.

—Patrick, péguele un tiro a este gordo cabrón.

Harper desenfundó su pistola de siete cañones, la amartilló y apuntó, pero el capitán ya había salido corriendo. Sharpe espoleó su caballo y fue tras él, lo cogió por el cuello de la ropa y le acercó la cara a la silla.

—Yo soy un oficial competente y si no consigo la munición que quiero, en los próximos cinco segundos y de manera muy competente, le voy a meter un canon de nueve libras por el culo y desperdigaré su cuerpo por toda Bruselas. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

—Pues bien, ¿qué carro nos llevamos?

—El que ustedes quieran, señor, no faltaría más.

—Ordénele a un conductor que nos siga. Queremos munición para mosquete, no para rifle. ¿Eso lo entiende?

—Sí, señor.

—Muchas gracias. —Sharpe soltó al hombre—. Es usted muy amable.

Los fusileros franceses seguían disparando a las paredes del castillo y en el bosque se estaban concentrando más soldados de infantería para realizar otro asalto a Hougoumont cuando el carro bajó con estrépito por el camino lleno de baches y pasó junto al almiar que había en la puerta. Los franceses habían colocado una batería de obuses apuntando a la granja y algunos de sus proyectiles habían incendiado el tejado, pero el coronel MacDonnell estaba sorprendentemente confiado.

—No pueden quemar las paredes de piedra, ¿no? —Una granada cayó sobre el tejado del establo, rebotó en medio de una lluvia de pizarra rota y fue a parar a los adoquines del patio. La mecha silbó y humeó un instante y luego el proyectil estalló sin causar daños, pero la visión de aquel estallido de pólvora actuó de acicate para los soldados de la Guardia Real, que descargaban las cajas de cartuchos del carro recién llegado.

MacDonnell, que se estaba dando la vuelta para volver a entrar en la granja, se detuvo y ladeó la cabeza.

—Si no me equivoco, cosa que más bien dudo, me parece que nuestra caballería se está ganando la paga, para variar.

Sharpe escuchó. En medio del traqueteo de los disparos de mosquete y los estallidos de las armas pesadas, las diez notas de trompeta que indicaban el ataque de la caballería sonaban débiles y claras.

—Creo que tiene razón.

—Esperemos que sepan en qué bando luchan —dijo MacDonnell con sequedad, y entonces hizo un gesto con la mano en señal de agradecimiento y regresó a la casa.

Sharpe y Harper siguieron al carro de vuelta hacia la colina, donde torcieron al este hacia la línea central. Pasaron junto a lo que quedaba del capitán Witherspoon que había muerto cuando una granada común pasó casi rozando la superficie de la colina y le explotó en el vientre. Su reloj, que milagrosamente no se había roto, había caído en un ortigal donde, oculto y escondido, seguía haciendo tictac. Las manecillas del reloj marcaban entonces las dos y veintisiete minutos de la tarde, en la que se suponía que tenían que venir los prusianos, que todavía no habían llegado.

* * * *

Lord John se alejó al galope de la abatida infantería francesa. Por delante de él y a su

alrededor iban grupos de otros jinetes, todos cabalgando por el valle para asaltar la línea principal de batalla de los franceses en la colina sur.

La carga británica se había desperdigado con la lucha entre la infantería, por lo que ahora los jinetes galopaban en pequeños grupos como una partida de caza que se hubiese separado debido a una larga carrera detrás de un zorro. Los soldados de caballería todavía estaban enloquecidos por la victoria, seguros de que nada podía oponerse a sus largas y ensangrentadas espadas.

Un seto de acebo, roto y pisoteado por el avance de las columnas francesas, le cortaba el camino a lord John. Su caballo saltó por encima, tropezó con los surcos de arado que había al otro lado, recuperó el equilibrio y siguió adelante al galope. Tres soldados de los Inniskillings iban a la carga por su izquierda y lord John torció hacia ellos en busca de compañía. A su derecha llovió una explosión de humo y tierra que quedó atrás rápidamente cuando siguió galopando. Una desordenada línea de Escoceses Grises iban por delante, con los ijares de sus caballos cubiertos de sangre y sudor. Lord John buscó con la mirada a Christopher Manvell o a otro de sus amigos, pero no vio a nadie. No es que eso importara, porque aquel día sentía que todo soldado de caballería era su amigo.

La caballería se dirigía a la carga por toda la mitad oeste del valle. Sus enormes caballos resoplaban con fuerza y el suelo estaba empapado y enlodado, pero los caballos eran fuertes y dispuestos. Los soldados habían dejado de gritar con la sed de sangre, de manera que el sonido del ataque se había convertido en el chacoloteo de los cascos, el crujir de las sillas y el ruido áspero de la respiración.

Los artilleros franceses situados en la colina sur cargaron sus doce libras con botes de metralla. Rompieron los sacos de pólvora e introdujeron las plumas por las chimeneas.

Los caballos cruzaban el valle con gran estruendo. Ya se estaban acercando unos a otros y se unían por la necesidad de compañerismo y por la conciencia del peligro.

Los artilleros dieron un último ajuste a las gualderas de sus cañones. Se agacharon con la próxima carga preparada en sus brazos. Los oficiales evaluaron la distancia y luego gritaron la orden: *Tirez!*

Una explosión de metralla barrió la vertiente frontal. Dos de los Escoceses Grises que iban delante de lord John cayeron en medio de un amasijo de sangre y embarrada confusión. Pasó al galope entre los dos soldados al tiempo que observaba el humo de los cañones que descendía hacia él. Un caballo sin jinete con los estribos que se agitaban pasó junto a él a toda velocidad por la derecha. Uno de los jinetes irlandeses que lord John tenía a su izquierda había sido alcanzado por la metralla en su brazo derecho. Se puso las riendas entre los dientes y sujetó su espada con la mano izquierda.

Los cañones dispararon de nuevo; otro estruendo cargado de humo en el que las

repentinas llamas se clavaban y fuera del cual otro estallido de metralla abrió enormes brechas en la línea de ataque, pero aun así cientos de hombres permanecieron en sus sillas. El caballo moribundo de un soldado de la Guardia Real chocó contra uno de los Escoceses Grises y ambos hombres, así como sus monturas, se estrellaron gritando contra el suelo. Un oficial que iba detrás saltó por encima de aquella masa agonizante y lanzó el furioso grito de desafío que había iniciado aquella alocada carga: «¡Hacia París!».

Aquella voz pareció desatar otras mil. Los gritos empezaron de nuevo, los alaridos de unos soldados demasiado asustados para reconocer su miedo, demasiado eufóricos para creer en la muerte y demasiado próximos a los cañones para volver atrás.

Los caballos que iban en cabeza disiparon el humo de los cañones y al hacerlo revelaron a los artilleros que corrían desesperadamente a ponerse a salvo entre la infantería situada detrás. Las espadas empezaron de nuevo su trabajo. Un artillero arremetió con su pesada baqueta contra un soldado de la Guardia británica, falló y murió con la hoja de una espada clavada en su boca abierta.

La infantería, que se encontraba a menos de doscientos metros por detrás de los cañones y protegida por un espeso seto, había formado en cuadro. Los jinetes, montados sobre caballos agotados que querían recuperar el aliento, viraron bruscamente y se alejaron de la amenaza de los apiñados mosquetes. Fueron en busca de otros objetivos, galopando en un inútil tumulto entre los cañones abandonados y los invulnerables cuadros de la infantería. Algunos de los caballos aflojaron la marcha y siguieron al paso. A nadie se le había ocurrido traer los martillos y los dúctiles clavos de cobre que se necesitaban para clavar e inutilizar los cañones capturados, así que lo peor que podían hacer era arremeter con sus espadas contra la adornada inicial del emperador que estaba grabada en relieve en todos los tubos de los cañones. Algunos de los artilleros franceses habían sido demasiado lentos para escapar y se habían refugiado bajo sus armas o entre las ruedas de los arzones; al menos a aquellos soldados podrían darles caza. Los jinetes se inclinaban torpemente en sus sillas para arremeter contra soldados que se agachaban y se escondían bajo los ejes de los cañones.

Llegaron más jinetes británicos que atravesaron el humo de los cañones con un sordo estrépito para encontrarse con la artillería capturada, los artilleros muertos o agonizantes y una multitud de soldados de caballería que daban vueltas, impotentes, entre los carros de munición. Habían atacado para alcanzar la gloria y no llegaron a ningún sitio. La infantería francesa bloqueaba el prometido camino hacia París, y esa misma infantería fue la que entonces empezó a disparar descargas que, incluso a menos de doscientos metros, encontraron objetivos.

—Creo que es hora de volver a casa. —Un capitán de los Escoceses Grises, con la

espada manchada de sangre hasta la empuñadura, pasó con su montura junto a lord John, cuyo agotado caballo pacía en una franja de hierba detrás de un cañón. Lord John miraba fijamente a la infantería más próxima y se preguntaba cuándo se reanudaría la carga.

—¿Volver a casa? —preguntó lord John sorprendido, pero el escocés ya había aligerado el paso en dirección norte, hacia la colina británica y la seguridad.

—¡Retirada! —gritó otro oficial. Un soldado de caballería escocés, cuyo caballo había sido alcanzado por una bala de mosquete, corría entre los cañones en busca de un caballo sin jinete al que consiguió acorralar y montar. Tiró de la cabeza del animal para dirigirlo hacia el valle y lo espoleó con fuerza para ponerse a salvo.

Lord John volvió a mirar a la infantería enemiga, y gracias a un viento hiriente que dispersó la cortina de humo vio a todo el ejército francés desplegado frente a él. Sintió un arrebató de terror y tiró de las riendas. Su caballo, que estaba cansado y respiraba agitadamente, se dio la vuelta a regañadientes. La carga británica había terminado.

Estaba a punto de empezar el ataque francés. Su caballería empezó a cabalgar desde la derecha de su línea. Todos eran jinetes frescos: lanceros y húsares, la caballería ligera de Francia cuyos oficiales conocían su crudo trabajo a la perfección.

No cargaron contra la concentración de destrozados soldados de la caballería británica en la colina, sino que se dirigieron hacia el valle a medio galope para cortarles la retirada.

Los británicos, que regresaban desde los intactos cañones franceses, dispersaron el humo a su paso y vieron al enemigo que les aguardaba.

—¡Mierda! —Un soldado de la Guardia Real clavó sus espuelas y su caballo avanzó pesadamente y con renuencia a medio galope. Era una carrera que la pesada caballería británica estaba condenada a perder. De uno en uno, de dos en dos, en grupos dispersos, presas del pánico, huyeron hacia el norte, hacia la distante colina donde su propia infantería esperaba.

Las trompetas francesas sonaron.

Los lanceros rojos encabezaron el ataque. Algunos de ellos eran polacos, todavía leales al emperador, pero la mayoría eran belgas holandeses que luchaban por la bandera que amaban y que en ese momento bajaban sus banderines de cola ahorquillada y lanzaban sus caballos contra los aterrados británicos.

—¡Corred! ¡Corred! —En aquellos momentos el pánico era absoluto entre los británicos. Los hombres se olvidaron de la gloria y sólo querían alejarse y ponerse a salvo, pero era demasiado tarde.

Los lanceros se precipitaron sobre el flanco de la multitud que huía. Las lanzas, que los lanceros sostenían rígidas contra su cuerpo con la fuerza del codo derecho, penetraron en sus objetivos. Los soldados cayeron de los caballos dando gritos. Los

lanceros pasaron por encima de sus víctimas, tiraron de sus lanzas para recuperarlas y las impulsaron hacia delante mientras espoleaban sus caballos a la caza de más fugitivos. Tras los lanceros venían los húsares con los sables, de manera que cualquier soldado que escapara a la lanza era atravesado por aquellas hojas curvas.

Lord John veía la masacre a su derecha, pero su caballo seguía corriendo a su antojo. Un caballo sin jinete pasó galopando junto a él y su propia montura pareció igualar su ritmo. El seto de acebo estaba a unos cien metros frente a él. Vio que la caballería ligera británica se acercaba desde la colina y acudía al rescate de los restos de la brigada pesada.

—¡Vamos! —Dio un golpe hacia atrás con su espada como si fuera una fusta. Un soldado de los Escoceses Grises saltó por encima del seto. El lancero que lo perseguía arremetió contra él, pero el escocés dio un brusco viraje y el lancero se alejó tambaleándose ensangrentado. Lord John miró hacia atrás y vio que dos de aquellos demonios rojos lo perseguían. Espoleó salvajemente a su caballo. Sentía el miedo en la garganta como un vómito agrio. No iba a haber gloria, ni un águila capturada, ni ningún radiante momento heroico que diera fama a su nombre; sólo se trataba de una desesperada carrera para salvar la vida a través de un prado embarrado.

Entonces, a su derecha, vio que un montón de aquellos lanceros rojos cargaban contra él. Sus caballos mostraban los dientes amarillos al tiempo que los jinetes parecían lanzarle unas miradas lascivas por encima de la brillante perversidad de sus lanzas. Lord John se estaba meando encima del miedo, pero sabía que no debía rendirse. Si pudiera atravesar su línea y saltar el seto, tal vez abandonarían la persecución.

Lanzó un grito desafiante, agarró su espada de forma que quedara rígida a continuación de su brazo derecho y tocó las riendas para que su caballo virara bruscamente hacia la derecha. El súbito cambio de dirección hizo que los lanceros se desviarán del curso que seguían para interceptarlo. Tuvieron que girar ligeramente, blandieron sus lanzas y de pronto lord John estaba pasando entre ellos. Su espada, que sujetaba con el brazo extendido, paró el golpe de una lanza de la que se desprendieron fragmentos de brillante madera del astil. ¡Había esquivado las puntas de lanza! Emitió un grito de triunfo al darse cuenta de ello. Su caballo chocó contra otro más pequeño, francés, pero no perdió el equilibrio. Frente a él había dos húsares. Uno de los dos le lanzó una estocada a lord John, pero el inglés fue más rápido y su espada se clavó profundamente en el vientre del soldado francés. La hoja quedó atrapada entre los músculos del hombre agonizante que se contraían, pero lord John consiguió de algún modo arrancarla de aquella succión y con un amplio movimiento del brazo dio un revés y se la clavó al segundo húsar, que esquivó el golpe y dio un desesperado tirón a su caballo para alejarse.

El miedo de lord John se estaba transformando en euforia. Había aprendido a

combatir. Había matado. Había sobrevivido. Había vencido a sus perseguidores. Sostuvo en alto su ensangrentada espada prestada como si fuera un trofeo. La noche anterior había mentido acerca de su destreza, sin embargo aquel día las mentiras se habían vuelto realidad; había sido probado en combate y había sido convincente. Lord John rebosaba y bullía de felicidad mientras su caballo atravesaba estrepitosamente el seto de acebo, y frente a él no vio nada más que la larga y despejada ladera. Aquella ladera significaba la libertad, no sólo de sus perseguidores, sino del miedo que lo había acosado toda su vida. De repente fue consciente de lo asustado que había estado, tanto de Sharpe como de la ira de Jane. ¡Que se fuera al carajo! Se iba a enterar de que su cólera ya no atemorizaba a Lord John, porque había conquistado el miedo cabalgando hacia la línea de cañones enemigos y regresando a la base de operaciones. Gritó su triunfo justo cuando un caballo gris sin jinete se cruzó delante de él al galope.

El grito de Lord John se transformó en una exclamación de alarma cuando su caballo giró bruscamente para eludir el obstáculo. El caballo se tambaleó al entrar en un terreno de barro profundo y, mientras intentaba recuperar el equilibrio, se paró en seco.

Lord John le gritó al caballo que se moviera. Le hundió salvajemente las espuelas.

El caballo trató de sacar los cascos del pegajoso fango. Avanzó dando bandazos, pero con pésima lentitud, y el primero de los dos lanceros que todavía perseguían a Lord John alcanzó a su señoría.

La primera punta de lanza penetró en la parte baja de la espalda de Lord John.

Arqueó la columna vertebral, gritando. Soltó su espada y sus manos buscaron a tientas por detrás y encontraron la hoja que se retorció en su vientre como un gancho de colgar carne. El segundo lancero soltó un gruñido cuando entró a fondo. Su lanza alcanzó a Lord John en las costillas, pero rebotó en el hueso y se le clavó en el brazo derecho.

Lord John chillaba y se derrumbaba. El húsar superviviente, a cuyo amigo había matado Lord John, se acercó al inglés por la izquierda y le propinó a su señoría un feroz revés con el sable, el cual, al igual que muchas de las armas francesas, sólo tenía la punta afilada para alentar al soldado a dar estocadas y no cortes. El filo romo del acero chocó con un golpe sordo contra el rostro de Lord John, le rompió el caballete de la nariz y con el golpe cegó sus ojos de forma instantánea. El pie izquierdo le resbaló del estribo, y el derecho, atrapado en el hierro, lo arrastró por el barro mientras su caballo trataba de huir desesperadamente. Le sacaron la lanza de la espalda de un tirón. Cayó sobre su estómago, gritando y llorando, cuando el cuero del estribo se rompió. Trató de darse la vuelta para enfrentarse a sus torturadores y buscó a tientas la espada que todavía colgaba de la correa de su muñeca, pero otra estocada le alcanzó en la pierna derecha y, como aquella lanza la habían clavado con toda la

fuerza de soldado y caballo juntos, le rompió el fémur. La punta de la lanza se partió en la herida. Lord John quería suplicar a sus atacantes, pero el único sonido que pudo articular fue un balbuciente e infantil grito de terror. Agitaba los dedos inútilmente como si quisiera desviar cualquier otra arremetida.

Los tres jinetes franceses se plantaron alrededor del inglés que sangraba y temblaba.

—Está acabado —dijo uno de los lanceros que descendió de su montura y se arrodilló junto al inglés. Desenfundó un cuchillo con el que cortó las correas de la alforja de lord John en la que tintineaban las monedas. Le arrojó la bolsa a su compañero y luego le rajó los bolsillos al inglés, empezando por los pantalones.

—El sucio *bougre* se ha meado en los pantalones, ¿lo veis? —El lancero tenía acento belga—. Éste es más rico que un cerdo en la mierda. ¡Mirad! —Había encontrado más monedas en los bolsillos de los pantalones de lord John. El lancero arrancó el fular de seda a lord John y le rasgó la camisa. Lord John intentó hablar, pero el lancero le dio una bofetada—. ¡Calla, cara de cerdo! —Debajo de la camisa de lord John encontró una cadena de oro con un guardapelo también de oro. Le quitó la cadena de una sacudida de la mano, abrió la tapa del dije con su pulgar ensangrentado y soltó un silbido al ver a la belleza de cabellos dorados cuyo retrato estaba en el interior—. ¡Echad un vistazo a este pedazo de mujerzuela! Ya no se la va a tirar más, ¿eh? Tendrá que buscarse a otro que la haga entrar en calor. —Arrojó el guardapelo a su compañero, sacó el reloj de lord John del bolsillo de su chaleco y luego hizo rodar al hombre boca abajo para acceder a los bolsillos traseros de su chaqueta. Encontró un catalejo plegable que metió en sus propios bolsillos. El húsar que había cegado a lord John estaba registrando las alforjas del inglés, pero entonces soltó un grito para advertir que la caballería ligera enemiga se estaba acercando peligrosamente.

El lancero se puso de pie, apoyó la bota derecha en la espalda de lord John y utilizó a su señoría como improvisado montadero. Él y su compañero se dieron la vuelta y se alejaron. Hasta el momento había sido un buen día; los dos belgas se habían lanzado a la carga con la idea de dar caza a un oficial suntuosamente vestido y, al encontrar a lord John, habían conseguido un botín que como mínimo era igual que la paga de todo un año. El húsar se llevó el caballo de lord John.

Lentamente, lord John alejó sus ardientes, sangrantes y cegados ojos del barro. Quería llorar, pero sus ojos eran como barras de fuego que templaban sus lágrimas. Gimió. La gloria se había vuelto obscena, se había convertido en una agonía que llenaba todo su universo. La espalda y la pierna le ardían con un dolor atroz. Un dolor que lo inundaba y lo desgarraba. Chilló, pero no podía moverse, gritó pero nadie acudió en su ayuda. Se había terminado, todo el honor y la excitación y todo el futuro brillante como el oro, todo reducido a un ciego y sangrante horror boca abajo en el

barro.

Los supervivientes del ataque británico volvieron a la base lentamente. No había muchos. Unos cuantos caballos sin jinete formaron filas con los supervivientes mientras se pasaba lista. Un regimiento se había lanzado al ataque con trescientos cincuenta soldados de caballería de los cuales sólo regresaron veintiuno. El resto estaban muertos, o agonizaban, o habían sido tomados prisioneros. La caballería británica había destrozado a todo un cuerpo de franceses y a ellos mismos con él.

El vapor se levantaba de los húmedos campos. En aquellos momentos el día era caluroso.

Los prusianos no habían llegado.

CAPÍTULO 17

—Allí. —Rebecque señaló los cuerpos que yacían sobre la hierba al este de La Haye Sainte. Estaban desparramados en forma de abanico, como si los hubieran matado mientras se desplegaban desde un solo punto de ataque. En el centro del abanico, allí donde los soldados se habían agrupado para una desesperada defensa, los cuerpos estaban amontonados. Sharpe frunció el ceño mientras que Harper, a unos pocos pasos de distancia por detrás del estado mayor del príncipe, se santiguó ante la horripilante visión.

—Eran tropas hanoverianas. Unos buenos soldados, todos ellos —dijo Rebecque en tono sombrío, luego estornudó. El tiempo cada vez más seco hacía que le volviera la alergia.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sharpe.

—Los hizo avanzar en línea, por supuesto. —Rebecque no miró a Sharpe mientras hablaba.

—¿Había caballería?

—Claro. Traté de detenerlo, pero no quiso escucharme. Se cree que es el nuevo Alejandro el Grande. Quiere que haga hacer una bandera de color naranja para que un soldado la lleve tras él a todas horas... —A Rebecque se le fue apagando la voz.

—¡Maldito sea!

—Sólo tiene veintitrés años, Sharpe, es joven y tiene muy buenas intenciones. —Rebecque, que temía que sus anteriores palabras pudieran interpretarse como desleales, encontró excusas para el príncipe.

—Es un maldito carnicero —replicó Sharpe con mucha frialdad—. Un carnicero con granos.

—Es un príncipe —dijo Rebecque con incómoda reprobación—. Debe usted recordarlo, Sharpe.

—Como mucho, Rebecque, podría ser un teniente medio aceptable, y hasta sobre eso tengo mis dudas.

Rebecque no respondió. Se limitó a darse la vuelta a quedarse mirando con ojos llorosos la parte oeste del valle que era una destrozada ruina de infantería muerta, soldados de caballería muertos y caballos muertos bajo las nubes de humo de cañón. Volvió a estornudar y maldijo la alergia al polen.

—¡Rebecque! ¿Lo vio? ¿No fue glorioso? —El príncipe espoleó su caballo y se alejó del puñado de hombres que señalaban la posición de Wellington junto al olmo—. ¡Tendríamos que haber estado allí, Rebecque! ¡Dios mío, pero si el único lugar para el honor está en la caballería!

—Sí, señor. —Rebecque, que seguía anormalmente apagado, hizo lo que pudo para igualar el buen humor de su monarca.

—¡Capturaron dos águilas! ¡Dos águilas! —El príncipe dio unas palmadas—. ¡Dos! Han traído una para mostrársela al duque. ¿Alguna vez ha visto alguna de cerca, Rebecque? No son de oro, sólo están adornadas para que lo parezca. ¡No son más que un feo truco de los franceses, nada más! —El príncipe se dio cuenta por primera vez de la presencia de Sharpe y generosamente incluyó al inglés en su entusiasmo—. Debería ir y echar un vistazo, Sharpe. ¡No se ve un águila todos los días!

—El sargento Harper y yo capturamos un águila en una ocasión. —La voz de Sharpe rebosaba un odio inconfundible—. Fue hace cinco años, cuando usted todavía iba al colegio.

El alegre rostro del príncipe cambió como si alguien le hubiera golpeado. Rebecque, asustado por la mayúscula grosería de Sharpe, trató de poner su caballo entre el fusilero y el príncipe, pero este último no quiso saber nada del tacto de su jefe de estado mayor.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —le preguntó en cambio a Sharpe—. Le dije que se quedara en Hougoumont.

—Allí no me necesitan.

—¡Señor! —El príncipe gritó aquella palabra, exigiéndole a Sharpe que utilizara el honorífico. Los demás oficiales de estado mayor, entre ellos Doggett, retrocedieron para alejarse de la ira real.

—Allí no me necesitan —dijo Sharpe con terquedad, y no pudo resistir más la antipatía y el desprecio que sentía por el príncipe—. Los hombres que hay en Hougoumont son soldados como Dios manda. No necesitan que les enseñe a desabrocharse los pantalones antes de mear.

—¡Sharpe! —gritó Rebecque sin poder contenerse.

—Dígame, ¿qué les ha ocurrido? —Sharpe señaló a los alemanes rojos pero miraba al príncipe.

—¡Rebecque! ¡Arréstelo! —le chilló el príncipe a su jefe de estado mayor—. ¡Arréstelo! Y a su criado también. ¿Qué diablos hace usted aquí, a todo esto? —La pregunta fue dirigida a gritos a Harper, que miró con tranquilidad al príncipe sin molestarse en responder.

—Señor... —Rebecque sabía que no tenía ni autoridad ni motivos para llevar a cabo ningún arresto, pero el príncipe no quería atender a razones.

—¡Arréstelo!

Sharpe levantó dos dedos delante de las narices del príncipe en un gesto grosero, añadió las palabras adecuadas, dio la vuelta a su caballo y se alejó.

El príncipe le gritó al fusilero que regresara pero, de pronto, los cañones franceses, que habían hecho una pausa mientras la caballería británica era masacrada en el valle, abrieron fuego otra vez, y a Sharpe le dio la impresión de que todos los

cañones de la colina francesa dispararon en el mismo instante, provocando un estruendo de fatalidad digno de señalar el fin del mundo, e incluso suficiente para distraer la indignación de un príncipe.

Las granadas y las balas cayeron con furia sobre la colina francesa. Las explosiones y las cascadas de tierra sacudieron toda la línea. De repente el ruido fue ensordecedor, una combinación de fuego de cañón y un prolongado y atronador retumbo que martilleaba el cielo. Los miembros del estado mayor del príncipe agacharon la cabeza instintivamente. Un oficial de artillería, situado a menos de diez pasos de distancia de allí por donde Sharpe se alejaba del príncipe a medio galope, desapareció en medio de un estallido de sangre cuando una bala de doce libras le dio directamente en el vientre. Uno de sus cañones, que fue alcanzado de lleno en el tubo, se fue hacia atrás con una sacudida y quedó metido en las profundas rodadas que abrió con su propio retroceso. Los franceses abastecían sus cañones con frenética y desesperada rapidez.

Lo cual sólo podía significar una cosa.

Se avecinaba otro ataque.

Pasaban dos minutos de las tres de la tarde y los prusianos no habían llegado.

* * * *

Los soldados belgas que habían huido de la batalla afluyeron a Bruselas. Aquélla no era su guerra, no le debían tributo a un gobernante holandés que había sido nombrado rey de la provincia francófona de Bélgica, ni tampoco tenían ningún cariño a la infantería británica que se había burlado de su retirada.

Una vez en la ciudad los asediaron con preguntas. La batalla estaba perdida, dijeron los belgas. Los franceses salían victoriosos de todas partes. Por el riachuelo del bosque de Soignes corría la sangre de los ingleses.

Lucille, que paseaba por las calles en busca de noticias, oyó las historias de soldados muertos desparramados por el suelo de un bosque. Escuchó descripciones de una vengativa caballería francesa que daba caza a los últimos supervivientes, pero ella seguía oyendo el cañoneo y pensó que los cañones no estarían disparando si la batalla ya se hubiese ganado.

Pasó a ver a su conocida, la condesa viuda de Mauberges, que vivía en el precario refinamiento de una pequeña casa detrás de la calle Montagne du Parc. Las damas tomaron café. La parte de atrás de la casa de la condesa daba al patio de la cocina del hotel más de moda en Bruselas.

—Las cocinas del hotel ya están preparando la cena de esta noche —le confió la condesa a Lucille.

—La vida debe continuar —dijo Lucille en tono piadoso. Supuso que,

indirectamente, la condesa se estaba disculpando por el olor de grasa para cocinar que impregnaba el salón lleno de polvo. Por encima de la cabeza de Lucille, las lágrimas de cristal de una araña temblaban con el sonido de los cañones.

—¡No! ¡No me ha interpretado bien! ¡Están preparando la cena de celebración, querida! —La condesa estaba eufórica—. Dicen que al emperador le gusta mucho el pollo asado, ¡y eso es lo que están preparando! Personalmente, yo prefiero el pato, pero esta noche comeré pollo con mucho gusto. Lo van a servir con una salsa de miga de pan y leche, creo, o al menos eso es lo que me han dicho los criados. Chismorrear con el personal del hotel, ¿sabe? —Lo dijo como si estuviera muy avergonzada de haber revelado que escuchaba los cotilleos de los criados, no obstante la cena era un augurio de la victoria francesa, por lo que la condesa no podía guardarse la buena noticia.

—¿Están cocinando para el emperador? —Lucille sonó dubitativa.

—¡Pues claro! Querrá una cena de la victoria, ¿no es cierto? ¡Será igual que en los viejos tiempos! ¡Todos los generales capturados obligados a comer con él y ese asqueroso principito babeando sobre su comida! Disfrutaré al verlo, ¡ya lo creo! Usted vendrá, ¿no?

—Dudo que me inviten.

—¡No habrá tiempo para mandar invitaciones! Pero naturalmente usted debe venir, toda la nobleza va a estar allí. Tiene que cenar con el emperador esta noche y ver su desfile de la victoria mañana. —La condesa suspiró—. ¡Será todo tan agradable!

En el piso de arriba del hotel las ventanas temblaban con el impacto de los disparos de cañón. Jane Sharpe estaba tumbada en la cama, las cortinas estaban corridas y tenía los ojos cerrados. Estaba mareada.

Escuchaba el cañoneo y rezaba para que una pequeña parte de su terrible violencia la liberara matando a Sharpe. Rogaba de forma apasionada, insistiéndole a Dios, suplicándole, llorándole. No pedía mucho. Sólo quería casarse, tener un título y ser la madre del heredero de lord John. Pensaba que la vida era muy injusta. Había tomado toda clase de precauciones y aun así estaba embarazada, por eso, en aquellos momentos, mientras resonaban los cañones, rezaba por una muerte. Tenía que casarse con lord John, de lo contrario, podría ser que él se casara con otra y entonces a ella la considerarían una puta, y a su retoño el hijo de tal. Notaba aquel hijo como algo agrio en su vientre. Se tumbó de lado en la habitación oscurecida, maldijo los olores de la cocina que le daban ganas de vomitar y lloró.

Los cañones seguían disparando y Bruselas esperaba.

* * * *

Peter D'Alembord estaba resignado a morir. El único milagro del día hasta entonces era que su muerte todavía no había acaecido.

En aquellos momentos parecía inevitable, puesto que un repentino torrente de metal se vertió sobre la colina. Los cañones franceses estallaban con furia y, alrededor de D'Alembord, las granadas y las balas revolvían la tierra y la convertían en una masa irregular. A su caballo lo habían matado durante el bombardeo que había iniciado la batalla, así que D'Alembord se veía obligado a no moverse mientras el aire zumbaba, vibraba y se agitaba con el paso de los proyectiles, y mientras el suelo temblaba, reverberaba con los golpes y arrojaba montones de barro y piedras.

Se encontraba delante del batallón que a su vez estaba a unos cientos de pasos a la derecha del olmo. No es que el árbol se divisara todavía, porque el humo de cañón se había asentado en la colina británica y ocultaba todo aquello que estuviera a más de cien metros de distancia. D'Alembord había observado los anteriores ataques a Hougoumont y luego había visto a los hanoverianos dirigirse hacia la muerte, pero la gran carga de caballería había permanecido oculta ante sus ojos debido al humo de los cañones que disparaban desde el centro de las líneas británicas. Lamentó no poder ver más cosas de la batalla porque al menos eso le serviría de distracción mientras esperaba la muerte. Había aceptado que iba a morir y estaba decidido a hacerlo con toda la dignidad de la que fuera capaz.

Ése era el motivo por el que se había dirigido al frente del batallón, para estar en el lugar de mayor peligro en la cima de la colina. Podía haberse quedado con el grupo de abanderados donde el coronel Ford se preocupaba y se limpiaba constantemente las gafas con su fajín de oficial, o podía haber ocupado su puesto en la retaguardia del flanco derecho de los Voluntarios del Príncipe de Gales, pero en cambio D'Alembord se había adelantado unos pasos a los oficiales de la compañía y ahora estaba allí, inmóvil, mirando fijamente el humo de cañón al otro lado del valle. A sus espaldas los soldados estaban tumbados boca abajo, pero ningún oficial podía resguardarse de ese modo. El trabajo de un oficial consistía en dar ejemplo. El deber de un oficial era quedarse quieto, mostrar despreocupación. Ya llegaría el momento en el que los soldados tendrían que ponerse en pie ante el fuego francés y por lo tanto los oficiales debían ser un paradigma de absoluto estoicismo. Aquélla era la tarea principal de un oficial de infantería durante el combate, dar ejemplo, y no importaba si tenía un nudo en el estómago debido al miedo, o si al respirar a veces soltaba un quejido, o si el cerebro se le encogía de terror, aun así debía demostrar una calma absoluta.

Si un oficial tenía que moverse bajo el fuego enemigo, tenía que hacerlo lentamente y con parsimonia, con el aire de alguien que, de forma distraída, da un meditabundo paseo por el campo. El capitán Harry Price se movió de aquella manera, aunque su deliberado modo de andar se echó un tanto a perder cuando sus nuevas espuelas se le engancharon en una maraña de centeno aplastado y casi lo arrojaron de

culo al suelo. Recuperó el equilibrio, trató de mostrar dignidad tirando de su nueva pelliza y luego se relajó al lado de Peter D'Alembord.

—Ahora hace un poco de calor, Peter, ¿no le parece?

D'Alembord tuvo que controlar su respiración, pero logró dar una respuesta digna.

—Definitivamente el día se ha vuelto más caluroso, Harry.

Price se quedó un momento en silencio, sin duda tratando de encontrar algún comentario para que no decayera la conversación.

—¡Si el cielo se despejara de nubes haría un día excepcional!

—Sí, en efecto.

—Haría un tiempo muy bueno incluso para jugar un partido de críquet.

D'Alembord miró de soslayo a su amigo y por un segundo se preguntó si Harry Price se había vuelto completamente loco, pero entonces vio un músculo que temblaba en la mejilla de Harry y se dio cuenta de que Price sólo trataba de ocultar su propio miedo.

De repente Price esbozó una sonrisa.

—Hablando de críquet, ¿está contento nuestro valiente coronel?

—No habla mucho. No hace más que limpiar esas malditas gafas tuyas.

Harry Price bajó la voz como si, aun en medio de aquella vorágine de granadas y balas, alguien pudiera oírlo que decía.

—Puse un poco de mantequilla en los extremos de su fajín esta mañana.

—¿Que hizo qué?

—Le unté el fajín con mantequilla —dijo Price con regocijo. Miró hacia arriba con recelo cuando una granada hizo un curioso sonido vibrante por encima de sus cabezas y luego se relajó cuando ésta explotó a lo lejos por detrás de ellos—. Lo hice esta mañana, mientras se afeitaba. Sólo utilicé un pedacito de mantequilla, no quería que fuera demasiado evidente. Tampoco es la primera vez que le unto las gafas. Lo hice la última vez que se empeñó en que jugáramos al críquet. ¿Por qué cree que no podía ver la pelota?

D'Alembord se preguntó cómo alguien podía gastar una broma tan propia de un colegial la mañana de una batalla y entonces, tras una pausa, habló con repentina vehemencia.

—Odio el maldito críquet.

Price, a quien el juego le gustaba, se sintió ofendido.

—Eso no es muy inglés por su parte.

—No soy inglés. Soy de ascendencia francesa, ¡lo cual probablemente sea el motivo de que el críquet me parezca un juego tan condenadamente aburrido! —D'Alembord temió estar dejando traslucir una nota histérica.

—Hay juegos más aburridos que el críquet —dijo Price con seriedad.

—¿De verdad lo cree?

Una bala de cañón cayó sobre la compañía número cuatro. Mató a dos soldados e hirió a otros dos de tanta gravedad que morirían antes de poder llegar a los cirujanos. Uno de ellos empezó a chillar con una voz trémula que destrozaba los nervios hasta que el brigada del regimiento, McInerney, le gritó al herido que se callara y luego ordenó que arrojaran a los muertos donde se estaban amontonando los cadáveres para formar una burda barricada. Una granada estalló por los aires y ahogó la voz del brigada del regimiento. Harry Price levantó la mirada hacia la nube de humo que había dejado la explosión de la granada y que la brisa arrastraba.

—Una de esas baterías franchutes está cortando unas mechas demasiado reducidas, ¿no le parece?

—¿Asegura que hay un juego más aburrido que el críquet? —D'Alembord no quería pensar en mechas ni en granadas.

Price asintió con la cabeza.

—¿Alguna vez ha visto a alguien jugar al golf?

D'Alembord movió la cabeza en señal de negación. A su izquierda, a lo lejos, podía distinguir a los fusileros franceses que avanzaban entre los hanoverianos muertos hacia La Haye Sainte. El inconfundible sonido de los disparos de los fusiles reveló que la guarnición de la granja se había dado cuenta del peligro y entonces los mosquetes franceses empezaron a sumar su propio humo a la neblina de la batalla.

—Nunca he visto jugar al golf —dijo D'Alembord. El esfuerzo por controlar su miedo hizo que su voz sonara muy afectada, como alguien que ensayara una lengua foránea—. Es un juego escocés, ¿no?

—Es un maldito y extraño juego escocés. —Price parpadeó y tragó saliva cuando un proyectil de cañón pasó horriblemente cerca y el viento que levantó a su paso acarició a los dos hombres—. Golpeas una pelotita con un palo torcido hasta llevarla cerca de una madriguera de conejos. Entonces le das un toquecito y la metes dentro del agujero, la vuelves a sacar y la golpeas hacia otro agujero.

D'Alembord miró a su amigo, que estaba muy serio.

—Se lo está inventando, Harry. Se lo inventa para hacerme sentir mejor.

Harry Price lo negó con un movimiento de cabeza.

—Palabra de honor, Peter. Puede que no haya llegado a dominar los matices más sutiles del juego, pero vi practicarlo a un hombre con barba cerca de Troon.

D'Alembord se empezó a reír. No sabía exactamente por qué era tan divertido, pero había algo en la solemnidad de Harry que lo hizo estallar en carcajadas. Durante unos pocos segundos su risa resonó por todo el batallón y luego una granada estalló con lo que pareció una violencia fuera de lo normal y el alférez Huckfield gritaba a sus hombres que permanecieran agachados. D'Alembord se dio la vuelta y vio que tres de los soldados de su antigua compañía ligera habían sido transformados en

muñecas de trapo manchadas de sangre.

—¿Qué estaba haciendo en Troon, por el amor de Dios?

—Tengo una tía que vive allí, una mujer sin hijos viuda de un abogado. Su testamento todavía no está decidido y la fortuna del letrado estaba lejos de ser despreciable. Fui para convencerla de que soy un devoto, formal y digno heredero.

D'Alembord esbozó una sonrisa burlona.

—¿Ella no sabe que es un granuja perezoso y dado a la bebida, Harry?

—Le leí los Salmos todas las noches —dijo Price con muy precaria dignidad.

El ruido sordo de unos cascos hizo que D'Alembord se volviera para ver a un oficial de estado mayor que galopaba por la cima de la colina. El hombre aminoró la marcha de su caballo a medida que se acercaba a los dos oficiales.

—¡Tienen que retroceder! ¡Unos cien metros, no más! —El hombre espoleó su caballo gritando adelante y gritó la orden al batallón del coronel Ford, cuyos soldados seguían tendidos en el suelo—. ¡Cien metros, coronel! ¡Retrocedan cien metros! ¡Túmbense allí!

D'Alembord se giró de cara al batallón. A lo lejos, en la retaguardia, una granada había hecho estallar un carro de munición, y en ese momento comenzó a arder y mandaba una borboteante columna de humo hacia las bajas nubes. El coronel Ford estaba de pie en los estribos y gritaba sus órdenes por encima del estruendo de cañones y proyectiles. Los sargentos hicieron ponerse en pie a sus hombres y les ordenaron retroceder detrás de la cima. Los soldados, que se alegraban de alejarse del cañoneo, marcharon a paso ligero, dejando atrás a sus muertos ensangrentados.

—Creo que iremos andando. —D'Alembord oyó un temblor en su voz y lo intentó de nuevo—: Definitivamente iremos andando, Harry. No correremos.

—No puedo correr con estas espuelas —admitió Price—. Creo que lo que pasa con las espuelas es que necesitas un caballo para llevarlas.

La pequeña retirada alejó del borde de la colina a las compañías que estaban en cabeza y las llevó a la oculta ladera del otro lado, pero aun así, y aunque estaban tendidos sobre el pisoteado grano, las balas y granadas seguían dando en el blanco. Los heridos iban renqueando hacia la retaguardia, dirigiéndose hacia la linde del bosque donde aguardaban los cirujanos. Los miembros de la banda llevaron allí a algunos soldados que no podían caminar. Había unas pocas y mermadas bandas que seguían tocando, pero su música quedaba atenuada por el martilleo del desmedido bombardeo. Fueron alcanzados más carros de munición, y el fuego y el humo que desprendían se hicieron cada vez más intensos, hasta que el límite del bosque pareció un crisol gigantesco en el que las llamas chisporroteaban y centelleaban. Unos caballos asustados, a los que les habían cortado las correas que los unían a los carros, galopaban presas del pánico entre los heridos que cojeaban y se arrastraban hacia los cirujanos.

En la colina del sur, los oficiales generales franceses trataban de encontrar posiciones estratégicas para que el humo de sus cañones no les oscureciera la vista y desde las que pudieran examinar las líneas británicas en busca de pistas para la efectividad de su bombardeo.

Vieron el revuelo de la munición que ardía. Vieron a los heridos que retrocedían renqueando; había tantos que parecía una retirada. Entonces, de manera totalmente repentina, vieron que los batallones alineados en la cima retrocedían y desaparecían.

La infantería francesa seguía atacando Hougoumont y acababan de mandar a más hombres para capturar el incómodo bastión de La Haye Sainte, pero tal vez no hiciera falta que ninguno de los dos ataques tuviera éxito, porque estaba claro que la cacareada infantería británica estaba derrotada.

Los malditos ingleses se batían en retirada. Sus filas habían sido despedazadas por las *jeune filles* del emperador y los casacas rojas huían. El emperador estaba en lo cierto: los británicos no resistirían un verdadero ataque. Los cañones seguían disparando, pero la colina parecía vacía, y los franceses olieron la gloria en el humo de la pólvora.

El mariscal Ney, el más valiente entre los valientes, había recibido órdenes del emperador de acabar rápidamente con los británicos. Miró a través de su catalejo hacia la colina enemiga y vio una magnífica oportunidad para una rápida victoria. Cerró el catalejo de golpe, se dio la vuelta en la silla e hizo señas a sus comandantes de caballería.

Eran las tres y media, y los prusianos no habían llegado.

* * * *

Sharpe y Harper habían regresado instintivamente a la colina por encima de Hougoumont, donde yacía el cuerpo del capitán Witherspoon. Aquél era el lugar donde había empezado su batalla y donde sentían una curiosa sensación de seguridad. El bombardeo francés se concentraba en el terreno que tenían a su izquierda y dejaba la ladera que se extendía sobre el atribulado castillo en relativa calma.

Frenaron a sus caballos cerca del cadáver destripado de Witherspoon. Un brillante cuervo se quejó ruidosamente de su llegada y luego siguió alimentándose.

—Adiós a mi paga de coronel —dijo Sharpe después de observar en silencio el cambiante humo que se cernía sobre el valle.

Harper miraba el cadáver con el censo fruncido y se preguntaba si era el del joven y simpático capitán que se había mostrado tan agradable al comienzo de la batalla.

—Aunque vale la pena sólo por decirle unas cuantas verdades a ese cabrón de mierda holandés —continuó diciendo Sharpe.

Miraba fijamente hacia Hougoumont. El tejado del castillo ardía de forma

violenta y despedía copiosas chispas que se elevaban hacia el cielo cargado de humo. El extremo oeste de la casa ya había quedado reducido a paredes desnudas y vigas ennegrecidas aunque, a juzgar por la cantidad de humo de mosquetes que rodeaba el castillo, la conflagración no había mermado la resistencia de los defensores. Los ataques franceses seguían rompiendo en vano contra los muros del castillo y las descargas de los mosquetes.

—¿Qué quiere hacer? —le preguntó Sharpe a Harper.

—¿Quiere decir que podemos irnos? —Harper sonó vagamente sorprendido.

—No hay nada que nos retenga aquí, ¿verdad?

—Supongo que no —asintió Harper; sin embargo, ninguno de los dos se movió. A la izquierda del castillo el valle aún seguía extrañamente incólume de la batalla. El único ataque francés contra la principal línea británica se había realizado por el este, no allí en el oeste, y las únicas señales que había en aquel prado en el que se alternaban el trigo y el centeno eran unas marcas negras donde algunas granadas se habían quedado cortas y habían chamuscado las cosechas húmedas y azotadas por la lluvia. La infantería francesa se concentraba alrededor de Hougoumont y una multitud de soldados se acercaba a La Haye Sainte, pero entre aquellos dos bastiones el valle se extendía vacío bajo el silbante paso de los proyectiles franceses.

—¿Dónde diablos están los malditos prusianos? —preguntó Harper con irritación.

—Sabe Dios. Tal vez se hayan ido a otra guerra.

Harper se volvió para mirar a la infantería británica que yacía paciente e inmóvil bajo la arremetida de los cañones franceses.

—¿Y usted adónde irá? —le preguntó a Sharpe.

—Iré a buscar a Lucille y regresaré a Inglaterra, supongo. —Lucille tendría que esperar para volver a casa y a Sharpe se le ocurrió que la espera podría resultar muy larga, puesto que si se perdía aquella batalla, los austríacos y los rusos podrían firmar la paz con Napoleón y se tardaría años en forjar otra alianza contra Francia. Incluso si la batalla de aquel día se ganaba, aún podrían pasar meses antes de que los aliados destruyeran los restos de los ejércitos de Napoleón.

—Podría esperar en Irlanda —sugirió Harper.

—Sí, eso me gustaría. —Sharpe sacó un trozo de queso duro de sus alforjas y le lanzó un pedazo a Harper.

Una granada rebotó en la colina allí cerca y la mecha giró enloquecida por el aire y dejó una disparatada espiral de humo.

El proyectil cayó al suelo, rodó unos segundos por una hondonada fangosa y luego sencillamente se extinguió. Harper la observó con recelo, esperando la explosión que no llegaba, y luego volvió la vista hacia la colina ocupada por los franceses.

—Es una pena irse precisamente ahora. —Harper había ido a Bélgica porque el

ejército británico y su guerra contra el emperador habían conformado toda su vida de adulto y no podía renunciar ni a la institución ni al propósito de ésta. Tal vez fuera un civil, pero seguía considerándose un soldado, y para él tenía muchísima importancia que aquel día terminara con una victoria.

—¿Quiere quedarse aquí entonces? —preguntó Sharpe como si a él le diera bastante igual una cosa u otra.

Harper no contestó. Seguía mirando hacia el otro lado del valle, mirando a través de las cortinas de humo y, mientras miraba, sus ojos se abrieron como bocas de cañón.

—¡Dios salve a Irlanda! —Su voz estaba llena de asombro—. ¡Por los clavos de Cristo, quiere mirar eso!

Sharpe miró y, al igual que Harper, sus ojos se abrieron sorprendidos.

Toda la maldita caballería de todo el condenado mundo parecía derramarse cuesta abajo al otro lado de aquel valle poco profundo. Uno tras otro, los regimientos de la caballería francesa se abrían paso por los espacios entre las baterías de artillería enemigas para formar en los tranquilos campos de trigo y centeno. El sol empezó a brillar a través de las deshilachadas nubes y se reflejaba en los petos y los cascos de alta cimera de los coraceros. Detrás de los coraceros había lanceros, y tras ellos había aún más jinetes. Todos los uniformes de caballería del imperio estaban allí: dragones, carabineros, húsares, cazadores, todos ellos formando sus largas líneas de ataque tras los lanceros y los coraceros.

Sharpe enfocó su catalejo hacia la otra colina. No vio infantería. Tenía que haber infantería. Examinó las nubes de humo, pero no la vio. ¿Una carga sólo de caballería? ¿Y dónde estaban los artilleros franceses? Después de todo, la caballería obligaría a la infantería británica a formar en cuadro, lo cual proporcionaba unos maravillosos objetivos a los artilleros y a los soldados de infantería, pero la caballería no podía esperar destruir los cuadros ella sola. ¿O es que los franceses creían que aquella batalla ya estaba ganada? ¿Habría considerado el emperador que no habría tropas tan maltratadas por el fuego de los cañones que pudieran oponerse a su preciada caballería?

—¡No hay infantería! —le dijo Sharpe a Harper, y luego se volvió para lanzar un grito advirtiendo a los batallones británicos más próximos que se acercaba la caballería, pero sus oficiales ya se habían dado cuenta de la amenaza y, a lo largo de toda la línea británica, los batallones se estaban poniendo en pie y formando cuadros.

Mientras tanto, al otro lado del valle, los coraceros desenvainaron sus espadas. La luz del sol reverberaba en la larga línea de acero. Tras ellos, las banderas blancas y rojas de los lanceros atravesaban las nubes de humo. Harper quedó extasiado ante aquella visión. Era como algo salido de una saga, una leyenda de antiguas batallas convertida en carne y acero. La mitad del campo de batalla estaba abarrotado del

esplendor de la caballería, con penachos, cimeras, pieles de leopardo, banderas y armas de hoja de acero.

Los oficiales de brigada galopaban entre los recién formados cuadros británicos y ordenaron a algunos batallones que retrocedieran un poco más para que así las rígidas formaciones estuvieran escalonadas como un damero. En aquella posición el flanco de un cuadro no podría disparar en el frente de otro y se dejaron anchos espacios entre los batallones de manera que la caballería enemiga pasara libremente entre los cuadros. Baterías de la Real Artillería Montada colocaron sus cañones en los amplios espacios y los cargaron con balas. Hubieran preferido haber puesto una descarga doble, pero los cañones más ligeros de la artillería montada no habrían soportado la presión añadida. Los tiros de caballos de los artilleros fueron conducidos mucho más atrás de los cuadros, allí donde la caballería ligera británica y holandesa aguardaba para enfrentarse a cualquier jinete francés que sobreviviera al paso entre aquel siniestro laberinto de soldados, mosquetes y disparos de cañón.

El cañoneo francés no mermaba y, como entonces los británicos estaban formados en cuadros, las granadas y balas que pasaban a toda velocidad por el borde de la colina daban en el blanco. Sharpe vio una bala de cañón que caía de forma salvaje sobre uno de los lados de un cuadro de soldados de los Highlanders. Al menos diez hombres fueron abatidos, tal vez más. Otra bala alcanzó el frente de la formación y abrió un sangriento hueco que se cerró al instante cuando las filas se reorganizaron.

—¡Esos cabrones vienen hacia aquí! —advirtió Harper.

Los coraceros hacían avanzar a sus pesados caballos. Tras ellos iban los lanceros rojos con sus sombreros *czapka* cuadrados y los granaderos a caballo con sus altos gorros de piel de oso de color negro. Más atrás estaban los carabineros, ataviados con sus deslumbrantes uniformes blancos, escuadrones de dragones vestidos de verde y tropas de húsares con penachos. Los jinetes recorrieron la ladera contraria y borraron las apagadas cosechas húmedas extendiéndose sobre ellas con un magnífico tapiz de colores cambiantes, penachos que se agitaban, cascos iluminados por la luz del sol y banderas con flecos dorados. Era algo que Sharpe, en todos sus años de soldado, no había visto nunca. Ni siquiera las hordas montadas de la India igualaban el esplendor de aquella visión. Era la concentrada caballería de un imperio reunida en un solo campo de batalla. Sharpe intentó contarlos, pero había demasiados hombres y caballos que fluían entre las vaporosas nubes de humo de cañón. El sol destellaba en miles de espadas desenvainadas, lanzas alzadas, armaduras bruñidas y sables combados.

La caballería avanzaba al paso. Así debía atacar una caballería, no en una alocada desbandada hacia la gloria, sino con un acercamiento lento y constante que se aceleraba gradualmente hasta que, en el último momento, los pesados caballos con sus jinetes vestidos de acero cayeran sobre el objetivo como una sola unidad. Si un

caballo era alcanzado por un disparo en la galopada final, hombre y caballo podían venirse abajo como carne muerta y aplastar el frente de un cuadro. Sharpe había visto cómo ocurría; él había cabalgado detrás de los alemanes en García Hernández y vio a un caballo muerto y a su jinete agonizante chocar en medio de la sangre y el terror contra el frente de un cuadro francés. Todos los soldados franceses murieron en aquel instante, cuando los jinetes que venían demás se abalanzaron por el hueco para destruir el cuadro desde el interior.

Sin embargo, si el cuadro era firme y disparaba en el momento adecuado aquello no tenía por qué ocurrir. Cada uno de los lados de un cuadro estaba formado por cuatro filas. Las dos filas delanteras se colocaban de rodillas con los fusiles con las bayonetas caladas clavados con fuerza en el suelo para formar una barrera de acero. Las dos filas posteriores permanecían de pie con los mosquetes apuntando. Cuando las dos filas de vanguardia habían disparado no recargaban sino que se limitaban a sostener sus bayonetas con fuerza para que no se movieran. Las filas traseras podían cargar y disparar, cargar y disparar, y los caballos atacantes, poco dispuestos a desafiar tamaño obstáculo, darían un brusco viraje y se alejarían del frente del cuadro, en cuyo momento serían barridos por el fuego de los flancos.

No obstante, un caballo muerto que patinara sobre el barro y la sangre podía desmontar esa teoría. Y cuando un cuadro rompía filas sus hombres corrían a refugiarse en otro cuadro, abriéndose camino a la fuerza hacia el interior, y los jinetes cabalgarían con ellos y dejarían que la aterrorizada infantería rompiera las filas del segundo cuadro. Entonces la carnicería podía continuar.

—¡Ese bobo cabrón se ha equivocado! —exclamó Harper con manifiesto júbilo.

El comandante de la caballería francesa había formado su ataque con una sucesión de largas líneas, pero demasiado largas, puesto que los flancos quedaban cerca del fuego proveniente de Hougoumont y La Haye Sainte. Aquellos baluartes que se alzaban como rompeolas por delante de la línea británica estaban siendo asediados por la infantería, pero sus defensores tenían mosquetes y rifles suficientes para disparar sobre el tentador objetivo que constituía la caballería, que de esa forma se vería obligada a contraer su línea. Los extremos de la caballería trotaron hacia el interior, aumentando con ello la densidad del centro del ataque pero comprimiéndolo al mismo tiempo, de forma que, cuando empezaron a trepar por la colina británica, parecían más una columna de jinetes que una línea de ataque. La compresión empeoraba a medida que los jinetes se acercaban a la cima y se replegaron aun más debido a la amenaza de las baterías situadas en los flancos. Los caballos estaban tan apiñados que algunos eran alzados del suelo embarrado y arrastrados por sus vecinos. Por todas partes se oía el tintineo de las barbadadas, el golpeteo de las vainas sobre el cuero, el ruido sordo de los cascos y el restallido de los banderines de las lanzas al agitarse.

Los cañones británicos ahogaron el ruido de la caballería. La primera descarga provino de las baterías de cañones nueve libras situadas en la cima de la colina. Los cañones lanzaron las balas hacia el interior de la comprimida formación. La segunda descarga fue doble y Sharpe, en medio del ensordecedor retumbo de las detonaciones de la artillería, oyó el traqueteo de las balas de mosquete al chocar contra los petos de los coraceros. Los artilleros recargaron frenéticamente y atacaron una última carga de botes de metralla en los tubos calientes mientras las trompetas francesas impulsaron el ataque a un medio galope.

—¡Fuego! —Los amenazadores cañones dispararon una última descarga. Sharpe tuvo la enmarañada impresión de jinetes lanzados hacia el interior con el impacto de la granada, entonces, él y Harper dieron la vuelta a sus caballos y se precipitaron a refugiarse en el cuadro más próximo. Asimismo, los oficiales de estado mayor que habían tomado posiciones en la cima galopaban para ponerse a salvo.

Sharpe y Harper pasaron con estrépito a través de una abertura en un cuadro de soldados de la Guardia Real que inmediatamente cerraron filas tras los dos fusileros. A menos de treinta metros delante del cuadro, una batería de artillería montada aguardaba al enemigo.

Los jinetes franceses estaban cerca, pero aún permanecían ocultos por el declive de la ladera frontal, y entonces siguió uno de aquellos extraños momentos de aparente silencio en el campo de batalla. Los artilleros franceses, temerosos de alcanzar a su propia caballería, habían dejado de disparar, mientras que a los artilleros británicos, mucho más próximos, tenían que adjudicarles su objetivo. No era un verdadero silencio, puesto que la infantería enemiga seguía gruñendo y disparando alrededor de Hougoumont y La Haye Sainte y los cañones de la zona este del valle seguían abriendo fuego mientras que más cerca, mucho más cerca, se oía la atronadora sacudida de incontables cascos, sin embargo, la ausencia del mortífero bombardeo enemigo hizo que el momento se asemejara mucho al silencio. Incluso era palpable el alivio de que las granadas y las balas hubieran detenido su carnicería. Los soldados respiraron mientras esperaban y observaban la cima vacía coronada por sucio humo.

En algún lugar por detrás de aquel humo, una trompeta atronó.

—¡No disparen hasta que vean al *Monsieur*! —Un oficial de la Guardia montada fue con su caballo al paso por detrás del lado frontal del cuadro en el que Sharpe y Harper se habían refugiado—. ¡Dejen que esos cabrones se acerquen hasta que puedan oler sus pedos antes de matarlos! ¡Borre esa sonrisa de su cara, encargado de la Guardia, no está usted aquí para pasárselo bien, sino para morir por su rey, por su país y sobre todo por mí!

Harper, a quien le gustó el estilo del oficial de la Guardia, sonrió de oreja a oreja igual que cualquiera de los soldados. El comandante hizo un guiño a Sharpe y siguió con su arenga.

—¡No malgasten la pólvora! ¡Y recuerden que son miembros de la Guardia Real, que es casi como ser unos caballeros, así que se comportarán con educación! ¡Dejen que esas monadas se levanten las faldas antes de obsequiarlas con sus bolas!

De pronto, esas monadas aparecieron allí cuando la cresta se llenó de una horda de caballos. Momentos antes la línea del horizonte estaba vacía, entonces el mundo quedó dominado por la caballería y el cielo fue atravesado por las últimas y delicadas notas que lanzaron a los coraceros al galope.

La artillería de apoyo cercana, que se hallaba expuesta en los espacios entre los cuadros, abrió fuego. Los cañones retrocedieron sobre sus gualderas con una fuerte sacudida y el barro salió despedido desde debajo de sus zarandeadas ruedas.

Sharpe vio cómo una bala de cañón partía la concentración de jinetes como si una cuchilla de carnicero invisible hubiese caído sobre la formación. Los artilleros limpiaban el tubo del cañón, apretaban un bote de metralla contra la carga de pólvora y se alejaban precipitadamente del inminente retroceso.

—¡Fuego! —En aquella ocasión, una ráfaga de metralla abatió a una docena de caballos apiñados y luego los artilleros abandonaron su cañón para ponerse a salvo dentro de los cuadros. Los soldados de artillería llevaban consigo las baquetas y botafuegos.

El fuego de los cañones no podía parar a los coraceros. Pasaron entre sus muertos y moribundos y se lanzaron contra los cuadros en un ataque valiente y desesperado. Habían creído que estaban persiguiendo a un enemigo vencido que huía y su general les había prometido que los únicos obstáculos que había entre ellos y las prostitutas de Bruselas eran unos cuantos malditos ingleses fugitivos desmoralizados, sin embargo, los jinetes descubrieron entonces que los habían conducido a una trampa mortal. Los cuadros estaban escondidos tras la cima, el enemigo no había roto filas ni huía corriendo, sino que estaba allí esperando para entrar en combate.

Aquéllos eran los coraceros del emperador, sus «hermanos mayores», y la gloria sería suya si atravesaban esos cuadros. En lo alto, todos los batallones británicos enarbolaron su estandarte que, si era capturado, proporcionaría a un hombre la fama eterna en el cielo de un imperio, así que los jinetes lanzaron un grito de desafío y bajaron las puntas de sus pesadas espadas.

—¡Compañías número uno y dos! —El comandante de la Guardia se abstuvo de bromear cuando el enemigo se acercó—. ¡Aguarden mi orden! —Hizo una pausa. Sharpe oyó la respiración de los caballos, vio los rostros crispados de los coraceros bajo sus Viseras de acero y entonces, al fin, el comandante gritó—: ¡Fuego!

La cara frontal del cuadro desapareció bajo una humareda blanca. Las llamaradas de los mosquetes hendieron el aire con su brillo y en algún lugar un caballo lanzó un grito de dolor horrible, como si le arrancaran las entrañas. Las dos filas delanteras, sin molestarse en recargar, clavaron las culatas de sus mosquetes en el suelo de forma

que las bayonetas formaran una feroz barrera de afilado acero. Las dos filas traseras recargaron con la rapidez de unos soldados cuyas vidas dependían de las descargas de sus armas.

Hubo una pausa de un instante durante la cual los soldados de la Guardia Real se preguntaron si un caballo muerto se deslizaría con el horror de sus cascos agitándose para chocar contra la cara sur del cuadro, entonces, más allá de los márgenes de la humareda, aparecieron los jinetes. Habían dado un brusco viraje y se habían separado, dividiéndose en torrentes de soldados que fluían a cada lado del cuadro. Los caballos no chocarían contra el objetivo puesto que los supervivientes habían virado para alejarse y galopar entre los cuadros.

—¡Fuego! —Era un oficial desde el flanco del cuadro de la Guardia. El caballo de un coracero fue alcanzado en el pecho y bombeó una sangre escandalosamente brillante al tiempo que las patas le fallaban. El jinete, con la boca muy abierta de mudo terror, salió despedido por encima de la cabeza del animal. Otro coracero era arrastrado por el estribo en medio de una rociada de sangre.

—¡Fuego! —La cara frontal del cuadro volvió a descargar y en aquella ocasión las balas abatieron a cuatro lanceros rojos.

Los lanceros habían ido siguiendo a los coraceros y buscando la seguridad del terreno abierto entre los cuadros que no era seguro en absoluto, sino que se había convertido en una zona sanguinaria que conducía a las descargas de más cuadros. A los jinetes los habían embaucado para que se metieran en aquel laberinto mortal, pero eran hombres valientes y seguían soñando con conducir al emperador a la victoria con sus puntas de lanza.

—¡Arremetan contra el objetivo! ¡Arremetan! —Sharpe oyó que un oficial de los lanceros les gritaba a sus hombres, luego vio que un grupo de aquellos jinetes de uniforme rojo cambiaba de dirección y se dirigía hacia el cuadro con sus armas sujetas abajo—. ¡Arremetan con fuerza!

—¡Fuego! —El comandante de la Guardia dio bruscamente la orden y un chorro de humo tapó a los lanceros que atacaban, de manera que la única prueba de su existencia era el terrible grito agudo que soltaron tanto hombres como animales y, cuando el humo se desvaneció, Sharpe sólo vio a los caballos masacrados, a un soldado que se alejaba arrastrándose, el astil de una lanza que vibraba con la punta enterrada en el fango y a un caballo que temblaba mientras intentaba ponerse en pie.

—¡Fuego por secciones! —gritó el coronel de la Guardia.

—¡Apunten a los caballos! —Un sargento se paseaba tras el frontal del cuadro—. ¡Apunten a los caballos!

—¡Sección número uno! —bramó otro comandante—. ¡Fuego!

En aquel momento las secciones de los lados del cuadro dispararon una tras otra de manera que los estallidos de humo y llamas parecían moverse como la manecilla

de un reloj. Cada descarga hacía más densa la humareda que rodeaba los flancos del cuadro y el alcance de la batalla se limitó a los pocos metros con visibilidad entre la blanca nube asfixiante. Los otros cuadros no se veían, quedaban ocultos tras sus propios bancos de niebla. Sharpe oía sus descargas y oyó también a un gaitero que tocaba una extraña melodía en algún lugar hacia el oeste. El torrente de jinetes galopó entre el humo y a veces algún valiente se precipitaba contra el cuadro de soldados de la Guardia en un intento suicida de forzar una victoria en un punto muerto. Un lancero trató de acercarse en diagonal al flanco de un cuadro, pero un cabo lo alcanzó a tres pasos de que su hoja alcanzara su objetivo. Dos jóvenes tenientes de la Guardia competían con sus pistolas y se apostaron la paga de un mes a ver quién podía matar a más franceses. Un sargento descubrió a un soldado que a escondidas se deshacía de parte de la pólvora de su cartucho para disminuir el dolor del retroceso del mosquete, el sargento lo golpeó con su vara y le prometió un verdadero castigo al terminar la batalla.

Con todo, los jinetes se acercaban, los uniformes cambiaron cuando las líneas de ataque de retaguardia siguieron el sangriento camino de los coraceros y lanceros. Los carabineros y los dragones se precipitaron como locos por los pasillos de la muerte. El torrente de atacantes se dividía y se subdividía mientras éstos trataban de hallar el paso más seguro entre los cuadros.

—¡Apunten a los caballos! —gritaba a sus hombres el comandante de la Guardia—. ¡Apunten a los caballos!

Harper llevaba el rifle en el hombro. Apuntó con él al caballo de un oficial francés, siguiendo su trayectoria, disparó y vio cómo hombre y bestia se venían abajo. Los caballos eran blancos más fáciles, y un caballo muerto eliminaba a un soldado de caballería con la misma efectividad que disparándole a él.

—¡Fuego! —Otra descarga frontal. Un caballo inmerso en la humareda se encabritó entre dos de los cañones abandonados. Su jinete cayó hacia atrás y el casco le golpeó contra una de las ruedas con un chasquido escalofriante. Un caballo agonizante repiqueteaba con sus cascos sobre la turba. Un coracero desmontado buscaba a tientas las hebillas para desprenderse del peso de su armadura. Otro coracero, que había caído de espaldas, se sacudía para darse la vuelta y sacar del empalagoso fango su enorme peso de acero. Una bala de mosquete levantó un chorro de barro junto al hombre que forcejeaba.

—¡Dejad a esas langostas! —chilló el comandante de la Guardia—. ¡Ya no cuentan! ¡Id por los vivos!

Sharpe vio a un soldado de caballería que, impotente, propinaba golpes de espada uno de los cañones capturados. La caballería francesa, al igual que la británica anteriormente, no había traído instrumentos para inutilizar las piezas de artillería. Un oficial de los húsares franceses disparó una pistola contra el flanco del cuadro que

formaban los soldados de la Guardia y, como venganza, recibió el impacto de la descarga de toda una sección.

—¡Alto el fuego! ¡Que recarguen las primeras filas! —El tumulto de atacantes ya había dejado atrás aquellos primeros cuadros, todos menos algunos tímidos jinetes que eran reacios a arriesgarse por aquellos letales pasillos y que, por consiguiente, optaron por quedarse atrás en la cima de la colina. Los jinetes más valientes y afortunados ya habían conseguido alejarse cabalgando a toda prisa a través de los cuadros escalonados, sólo para encontrarse frente a una línea de caballería británica y holandesa. Los soldados de caballería franceses, desperdigados y sin formación, sabían que iban a morir a manos de los sables que los esperaban, así que se dieron la vuelta para regresar a toda velocidad de vuelta a la seguridad del valle. Al igual que una gran ola, la caballería había roto filas y se había dividido entre los cuadros, por lo que entonces debía retroceder de nuevo antes de volver a formar. El humo empezaba a dispersarse y a disiparse y dejó ver que los otros cuadros estaban intactos. Caballos y hombres muertos yacían desparramados por los espacios entre los cuadros. Un lancero sin caballo que se tambaleaba a causa de una conmoción o de la debilidad iba trastabillando como un borracho hacia la cima de la colina.

—¡Presenten armas! —El coronel de la Guardia había visto que volvía la carga francesa y les iba a ofrecer más fuego a los jinetes cuando trataran de recuperar sus propias líneas. El retumbo de sus cascos se hizo más fuerte y entonces aparecieron los primeros soldados asustados—. ¡Fuego! —El uniforme blanco de un carabinero pareció teñirse de rojo instantáneamente. Un caballo se derrumbó, rodó hacia un lado y le rompió la pierna a su jinete. Otro soldado herido se aferraba a la crin de su montura con el rostro pálido de terror mientras corría desesperadamente para atravesar los escalonados muros de fuego. El lancero desmontado fue atropellado por sus propios hombres. Gritó al caer, mientras que los cascos lo pateaban hasta convertir su carne en gelatina.

—¡Fuego! —gritó un teniente de la Guardia.

Pasó la riada de jinetes que aquella vez se batían en retirada y Sharpe alcanzó a ver a un hombre pelirrojo vestido con el magnífico uniforme de mariscal del imperio, sin sombrero, que daba gritos a sus tropas. Los caballos sin jinete se habían unido a la muchedumbre que huía. Unos cuantos soldados de caballería corrían entre los caballos y algunos de ellos trataban de agarrar las riendas de algún animal libre.

—¡Fuego! —Un dragón con trenzas y una espada rota se desplomó sobre el cuello de su caballo, pero de alguna forma se quedó allí aferrado. Sharpe percibía el olor a sangre, a cuero y a sudor equino. Los uniformes estaban salpicados de barro. Los caballos ponían los ojos en blanco mientras galopaban y el bombeo de su respiración sonaba fuerte y áspero.

Los jinetes se fueron tal como habían venido. En cuanto pasó el último de los

franceses los artilleros británicos salieron de los cuadros a toda velocidad para recuperar sus intactos cañones. Algunos de ellos se habían quedado cargados con botes de metralla y los botafuegos tocaron las plumas para lanzar aquellos toneles llenos de mortíferas balas de mosquete contra los restos de la caballería que huía. El terreno entre los cuadros parecía el patio de un matadero, donde los muertos y agonizantes yacían entre tallos de centeno apisonados en el fango que estaba lleno de huellas de cascos y estiércol de caballo.

—Es muy lamentable. —El comandante de la Guardia ofreció a Sharpe un pellizco de rapé.

—¿Lamentable?

—¡Eran unos caballos con un aspecto fenomenal! —El comandante, a todas luces muy popular entre sus hombres, resultó tener un comportamiento bastante melancólico cuando no estaba actuando para ellos—. Es una verdadera lástima no aprovechar una buena carne de caballo, pero ¿qué se puede esperar de un artillero tan malo como Bonaparte? ¿Le apetece un poco de rapé?

—No. Gracias.

—Debería. Despeja los pulmones.

El comandante cerró la caja de golpe y luego inhaló el polvo que tenía en la mano. Algunos de sus soldados habían ido corriendo a desvalijar los cadáveres franceses y el comandante les gritó que aliviaran el sufrimiento a los caballos heridos antes de robarles a los muertos. A un coracero con una bala de mosquete en el muslo lo arrastraron de vuelta al cuadro. Un soldado de la Guardia recogió el brillante casco del hombre herido, con su largo penacho de crin, sustituyó su chacó por aquel yelmo chillón y pasó meneándose por delante del frente del cuadro, parodiando de forma grotesca a una prostituta de las que había en las puertas de los barracones. Sus compañeros lo aclamaron.

—Me imagino —el comandante sonrió ante la pantomima del soldado— que los malditos cañones del *Monsieur* empezarán de nuevo.

En cambio, fue la artillería británica situada en la cima la que abrió fuego. Por el ruido de la descarga Sharpe supo que los cañones llevaban doble carga y la frenética velocidad de los artilleros al recargar advertía que la caballería se acercaba de nuevo por la vertiente central de la colina.

—¡Dios mío! ¡Esos cabrones no han tenido bastante! —exclamó el comandante con incredulidad y entonces se animó al darse cuenta de que tendría otra oportunidad de animar a sus hombres—. ¡Mademoiselle Franchute viene a por más, chicos! ¡Debéis de haberla tratado bien la última vez, así que ofrecedle otra vez el mismo trato!

En efecto, la caballería estaba regresando, y esa vez había incluso más jinetes. Debían de haber mandado refuerzos por el valle y ahora parecía como si toda la

caballería de Francia fuera a lanzarse en un desesperado ataque contra los cuadros británicos. Un tumulto de jinetes descendía como una riada por la colina y los cañones situados junto a los cuadros les dieron una bienvenida de botes de metralla antes de que los artilleros corrieran de nuevo con sus valiosos instrumentos a resguardarse en los cuadros.

—¡No disparen! —El comandante de la Guardia miró a través del humo de los cañones con ojos escrutadores—. ¡Esperen, muchachos! ¡Esperen! ¡Fuego!

Los mosquetes no podían fallar. Las pesadas balas alcanzaron con estrépito a hombres y caballos, atravesaron petos y cascos, convirtiendo la majestuosidad de penachos y pellizas en dolor expresado a gritos. También había dolor dentro de los cuadros, donde todavía se refugiaban los soldados heridos por el cañoneo y a los que no se les había dado tiempo para retirarse a la linde del bosque. Los oficiales de batallón cabalgaban entre los heridos al tiempo que animaban a gritos a todos los flancos de sus cuadros y los jinetes franceses pasaban raudos.

La caballería había vuelto totalmente decidida a atacar, pero no podían obligar a los caballos a cargar contra unos cuadros que en aquellos momentos recibían la protección añadida de los improvisados bastiones, formados con los cuerpos de caballos y hombres muertos y agonizantes. El nuevo ataque fluyó entre los cuadros igual que el primero, excepto que en aquella ocasión fue más lento porque los animales estaban cansados. Los caballos que habían perdido a sus jinetes durante el primer ataque también se incluyeron diligentemente en el segundo, obedeciendo sin rechistar sus instintos de manada, incluso cuando dichos instintos los llevaban hacia la tormenta de metralla y mosquetería.

Una vez más, algunos franceses atravesaron todo el largo de la formación de cuadros, pero sólo para descubrir la cortina de caballería que les esperaba. En aquella ocasión, en lugar de arriesgarse a volver por los pasillos de fuego de mosquete, hubo algunos coraceros que dieron un brusco viraje a la izquierda para encontrar otra ruta de regreso al valle. Descubrieron un sendero que iba por detrás de la colina y se precipitaron a seguirlo con intención de llegar al flanco abierto. El camino descendía hacia una profunda zanja cuyos terraplenes eran demasiado empinados y estaban demasiado mojados para que los caballos treparan por ellos, y al final de la zanja había una barricada hecha con árboles talados que habían colocado allí para contener cualquier intento de ataque por parte de los franceses en la otra dirección. Los jinetes se detuvieron y les gritaron a los hombres que iban detrás que dieran la vuelta para encontrar otro camino hacia el otro lado del hundido sendero.

La infantería británica apareció en lo alto de los taludes. Aquellos casacas rojas estaban frescos, apostados para proteger contra un ataque por el flanco que no había ocurrido, y ahora se encontraban con un enemigo indefenso bajo sus mosquetes. Abrieron fuego. Una descarga tras otra cayó en la zanja de abruptos repechos

laterales. Dispararon sin piedad, hasta que no quedó ni un solo hombre o caballo intacto, y sólo entonces la infantería descendió atravesando su propio humo hacia aquellos montones de agitado, quejumbroso y plañidero horror. No fueron a ayudar a sus víctimas, sino a desvalijarlas.

La segunda carga terminó igual que la primera, pero los franceses eran valerosos y estaban dirigidos por el más valiente de los valientes, así que volvieron. Los cañones dispararon una última descarga antes de que el ataque llegara a los cuadros, y en esa ocasión un capricho del cambiante humo le permitió que Sharpe viera a un grupo de jinetes atacantes que saltaban en pedazos, como una cosecha sobre la que cayera una guadaña gigante. Los artilleros corrieron a ponerse a salvo con sus baquetas mientras que los caballos eran espoleados de nuevo hacia las caras de los cuadros. De nuevo los mosquetes repelieron el ataque y de nuevo la caballería viró y se alejó. Era una auténtica locura. Sharpe, sin molestarse siquiera en desenfundar su rifle, observó con incredulidad. Los franceses estaban masacrando a su propia caballería, arrojándola una y otra vez contra los incólumes cuadros de la infantería.

La caballería se retiró otra vez y al hacerlo permitió que los artilleros británicos volvieran a ocupar sus intactas baterías. Unos cuantos fusileros franceses habían trepado por la colina a ambos lados de la caballería, pero no había suficientes *Voltigeurs* para causar problemas a los cuadros. Algunos artilleros franceses abrieron fuego durante el intervalo entre los ataques de la caballería y sus descargas hicieron más daño del que habían conseguido infligir todos los caballos juntos. Los artilleros se vieron obligados a detener su cañoneo cuando la obstinada caballería dio la vuelta para volver a cargar contra los cuadros. Entre uno y otro ataque se dejó salir de los cuadros a unos cuantos casacas rojas para que regresaran con algún botín: una espada dorada de oficial, un puñado de monedas, una trompeta de plata con un estandarte magníficamente bordado. Un sargento le desabrochó el casco de piel de leopardo a un dragón para volver a tirarlo con indignación cuando vio que la piel de leopardo no era más que tela teñida. Otro soldado se rió al encontrarse un enmarañado ramillete de violetas que llevaba en el ojal un general de los dragones muerto, cuyo bigote cano estaba salpicado de sangre.

Sharpe y Harper aprovecharon una de las pausas entre los ataques franceses para salir del cuadro de los soldados de la Guardia a medio galope. En parte fue la curiosidad lo que les impulsó a moverse. Asimismo, otros oficiales de estado mayor cabalgaron entre las formaciones y pasaron junto a los montones de franceses muertos para descubrir cómo les iba a los otros batallones. Sharpe y Harper buscaron su antiguo batallón y al fin divisaron el estandarte amarillo del regimiento de los Voluntarios del Príncipe de Gales que se alzaba por encima del persistente humo de los mosquetes. El estandarte tenía la insignia de un águila encadenada en conmemoración del trofeo que Sharpe y Harper habían capturado en Talavera. Los

casacas rojas gritaron con entusiasmo cuando los dos fusileros salieron de la neblinosa humareda y entraron en el abrazo del cuadro.

—No le importa si nos refugiamos aquí, ¿no? —le preguntó educadamente Sharpe a Ford.

Estaba claro que Ford tenía miedo de los motivos que habían impulsado a Sharpe a ir en busca de su antiguo batallón, pero difícilmente podía negarle su hospitalidad, así que dio su renuente consentimiento con un movimiento de cabeza. El coronel se sacó las gafas nerviosamente y frotó los cristales con su fajín. Por alguna razón las lentes parecían empañadas y se preguntó si sería algún extraño efecto causado por la densidad del humo de la pólvora. El comandante Vine miró al fusilero, temiendo que Sharpe hubiera regresado para tomar el mando igual que había hecho en Quatre Bras.

Peter D'Alembord, desmontado, seguía ileso. Le sonrió a Sharpe.

—¡Me da igual esta fantochada! ¡Por mí pueden seguir probando con este disparate día y noche!

Los franceses volvieron a probar con el disparate y de nuevo no consiguieron nada. Habían atacado empujados por una errónea percepción de una retirada británica, sin embargo, aunque ya se habían dado cuenta de su error, parecían incapaces de abandonar aquellas acometidas suicidas. Una y otra vez atacaron y una y otra vez los mosquetes llamearon y humearon, y los agotados caballos cayeron con gritos y temblores. Cerca de Sharpe, entre los Voluntarios del Príncipe de Gales y un cuadro de soldados de la Legión Alemana del Rey, un oficial de los húsares se esforzaba en desabrochar su cara silla. Ninguno de los dos cuadros lo molestó. La cincha había quedado atrapada bajo el peso muerto del caballo, pero al fin el oficial la sacó de un tirón y los alemanes le dedicaron una irónica ovación. El francés se alejó andando penosamente con su carga auestas. Dos caballos sin jinete bajaron trotando junto a la cara posterior del cuadro de Ford, pero ninguno de sus hombres podía molestarse en recuperar los trofeos, aunque se ofrecía una recompensa por los caballos capturados. Un coracero herido, despojado de su armadura, se dirigía renqueando hacia el sur.

—¡Eh! ¡Francesito! ¡Hazte con un caballo, tonto cabrón! —le gritó el soldado Clayton.

—¿Por qué siguen insistiendo estos malditos idiotas? —le preguntó Harry Price a Sharpe.

—Por orgullo. —Sharpe ni siquiera tuvo que pensarse la respuesta. Aquéllos eran los jinetes de Francia y no iban a regresar cojeando a sus filas para admitir el fracaso. Sharpe recordaba momentos como aquél en su propia experiencia. En Badajoz, los franceses habían llenado de británicos muertos una zanja recubierta de piedra y aun así la infantería había atacado la brecha. Al final, ese obstinado orgullo había traído consigo la victoria, pero en aquellos momentos, los reventados caballos con sus

agotados jinetes eran incapaces de romper un cuadro.

Sharpe fue acercando poco a poco su caballo detrás de su antigua compañía ligera. Weller seguía con vida, al igual que Hagman y Clayton.

—¿Cómo va, muchachos?

Tenían la boca seca de morder los cartuchos, los labios salpicados de pólvora sin arder y el sudor había dibujado unos nítidos regueros en sus rostros, ennegrecidos por el humo y el tizne de la pólvora al explotar en las cazoletas de sus mosquetes. Las uñas les sangraban de tanto arrancar el pedernal, sin embargo sonreían y lanzaron una irónica ovación cuando Sharpe les pasó una cantimplora llena de ron que sacó de su silla. El alférez Huckfield tenía un bolsillo lleno de pedernales de recambio que repartió entre aquellos a quienes se les habían roto los viejos a causa de los repetidos disparos.

—Ahora sé cómo se siente la alta burguesía —le dijo Hagman a Sharpe.

—¿Cómo es eso, Dan?

—Cuando toda la caza es conducida hacia ellos y lo único que tienen que hacer esos cabrones ricos es apuntar y disparar. Porque esto es lo mismo, ¿no es cierto? No es que me importe. Por lo que a mí respecta esos bobos de mierda pueden pasarse el día poniéndose en fila para que les disparen. —Porque, mientras la caballería francesa estuviera cerca de los cuadros, la temida artillería francesa no podía disparar contra los casacas rojas.

Los jinetes regresaron otra vez, aunque para entonces tanto hombres como bestias estaban demasiado cansados y recelaban demasiado como para lanzar otro ataque. Una concentración de caballería enemiga hizo avanzar al paso a sus caballos hasta situarse a menos de sesenta metros de los Voluntarios del Príncipe de Gales y se detuvieron junto a una batería de cañones abandonados. Los caballos sudaban y las costillas les palpitaban con su agitado resuello, pero la caballería seguía sin abandonar la esperanza de acabar con la infantería. Si la fuerza bruta no funcionaba, tal vez lo hiciera la sutileza, y a cada pocos minutos un grupo de caballería espoleaba sus caballos y avanzaba en un intento de provocar que un lado del cuadro disparara. Si aquellos amagos de ataque podían vaciar los certeros mosquetes, habría una posibilidad de que los jinetes restantes pudieran abrirse paso entre las filas, a golpes de sus pesadas espadas, antes de que éstas volvieran a cargar sus armas. Los lanceros, con sus armas de largo y mortífero alcance, podían romper fácilmente un cuadro desde un caballo en pie, pero no si los mosquetes estaban cargados.

Pero el batallón era demasiado astuto para morder el anzuelo. En lugar de eso, abuchearon e insultaron a los franceses. Algunos jinetes se alejaron trotando en busca de otro cuadro, con la esperanza de que tuviera una disciplina más pobre. El gran ataque de la caballería había llegado a un punto muerto. La caballería, demasiado orgullosa para retirarse, no podía atacar, por lo que situaron sus caballos fuera del

alcance efectivo de las descargas y trataron de engañar a la infantería para que disparara. Había cientos de franceses muertos o agonizantes, aunque miles de ellos permanecían en sus sillas, suficientes para mantener viva la desesperada esperanza de una victoria. En ocasiones, un oficial conseguía alentar a un grupo para que se lanzara en una vehemente arremetida, los mosquetes volvían a escupir llamas, caían más caballos y se reanudaba el punto muerto.

—¡No disparen! ¡Alto el fuego! —gritaba de pronto D'Alembord a los soldados de la cara trasera del cuadro—. ¡Abran filas!

Tres jinetes habían atravesado el prado y en aquellos momentos se refugiaban entre los Voluntarios del Príncipe de Gales. Sharpe se giró en su silla y vio al duque de Wellington que saludaba con un seco movimiento de cabeza a Ford, quien empezó a limpiarse las gafas con afán. Sharpe volvió la vista al frente, donde permanecían los jinetes franceses con aspecto amenazador, pero no atacaron. Dos de los lanceros, frustrados y resentidos por el punto muerto alcanzado, arrojaron sus lanzas como si fueran jabalinas, pero los proyectiles cayeron a poca distancia de la fila delantera sin causar daños. En son de burla los casacas rojas invitaron a los jinetes a que se acercaran a recuperar sus juguetes. Otro lancero dio un golpe con la punta de su arma a la ennegrecida chimenea de un cañón y no consiguió nada.

—Pierden el tiempo. —La voz del duque sonó justo detrás de Sharpe.

Sharpe se volvió y vio que el duque se dirigía a él.

—Sí, señor.

El rostro del duque no revelaba ni la esperanza de que su ejército sobreviviera, ni el desespero de una derrota. Había perdido la mayor parte de su caballería en una carga estúpida, muchos de sus aliados habían huido y se había quedado con apenas la mitad de efectivos que había desplegado al comenzar el día, pero tenía un aspecto calmado, incluso distanciado. Ofreció a Sharpe un amago de sonrisa, un reconocimiento de los muchos campos de batalla que ambos habían compartido a lo largo de los años. Una persona más perspicaz que Sharpe hubiera interpretado como un mensaje la búsqueda de la camaradería de un soldado veterano por parte del duque, pero Sharpe simplemente sintió la habitual incomodidad que le embargaba cuando estaba en compañía de su antiguo oficial al mando.

—¿Qué opina usted de él? —preguntó el duque.

Sin ninguna duda «él» era el emperador.

—Me ha decepcionado —fue la breve réplica de Sharpe.

Al duque le hizo gracia aquella respuesta.

—Aún podría ser que lo complaciera. Nos está arrojando unos retazos para ver qué hacemos, pero no hay duda de que tarde o temprano organizará un verdadero ataque. —El duque miró a los jinetes enemigos más próximos, una mezcla de coraceros, húsares y lanceros—. Unos demonios con muy buen aspecto, ¿verdad?

—Sí, señor.

De pronto el duque dejó estupefacto a Sharpe al soltar aquel enorme chillido que tenía por risa.

—¡Estaba en otro cuadro de allí y un comandante les decía a sus hombres que hicieran mohines a esos bribones! ¡«Háganles muecas», gritaba! ¿Puede creerlo? ¡Háganles muecas! Tendremos que añadir esa orden al manual de entrenamiento. — Volvió a reírse y luego lanzó una mirada a Sharpe—. ¿Orange le mantiene ocupado?

—Me ha destituido, señor.

El duque se lo quedó mirando con desaprobación unos instantes y luego soltó otra carcajada parecida a un relincho que hizo que los casacas rojas más próximos volvieran la cabeza asombrados ante su comandante en jefe.

—Siempre pensé que fue un idiota al elegirlo. Le dije que usted era un tipo independiente, pero no quiso escucharme. A su edad siempre creen saberlo todo. —El duque volvió a mirar a los jinetes franceses que seguían sin mostrar intención de acercarse al cuadro—. Si esos bellacos no piensan atacar tal vez me escape.

—¿Excelencia? —Sharpe no pudo resistirse a hacer una pregunta cuando el duque dio la vuelta a su caballo para alejarse—. ¿Y los prusianos, señor?

—Hemos divisado a los piquetes de su caballería. —El duque habló con voz muy calmada, como si no lo hubiese atormentado todo el día el miedo a una traición por parte de los prusianos—. Me temo que pasará un buen rato antes de que su infantería pueda acercarse a nosotros, pero al menos hemos visto a sus piquetes. Tan sólo hace falta que nos mantengamos firmes. —El duque alzó la voz para que todo el cuadro pudiera oír lo confiado que estaba—. ¡Ahora tenemos que mantenernos firmes! ¡Le agradezco su hospitalidad, Ford!

Salió al galope de la parte trasera del cuadro, seguido por los dos oficiales de estado mayor que habían conseguido seguirle el ritmo. Algunos jinetes franceses espolearon sus caballos y salieron tras él, pero abandonaron la persecución cuando les quedó claro que su caballo era un animal mucho mejor.

—¡Cuidado a la derecha! ¡Presenten armas! —Ése era D'Alembord, que advertía del acercamiento de otra concentración de caballería enemiga, la cual realizaba un último y vano intento de justificar los hombres y caballos masacrados que yacían en montones ensangrentados alrededor de los tercios cuadros.

Los mosquetes volvieron a soltar llamaradas, las baquetas hicieron ruido en los tubos calientes y las descargas parpadearon, rojas, entre la humareda. En algún lugar, un húsar que agonizaba repetía el nombre de su mujer a voz en grito. Un caballo se dirigía cojeando hacia su base, arrastrando una de las patas traseras que goteaba sangre. La gualdrapa del equino estaba decorada con una «N» imperial bordada con hilos azul y dorado. Junto al animal, y gritando de dolor aunque en apariencia estaba ileso, pasó un perro que se dirigía trotando hacia el sur para buscar a su amo entre la

caballería francesa que se retiraba. Un coracero, cuyo rostro reflejaba la amargura del fracaso, golpeó con su espada el tubo de un cañón británico, el acero sonó igual que un martillazo en un yunque, pero no le sirvió de nada. El coracero dio un tirón a su caballo para que diera la vuelta y apretó el paso en dirección sur.

La caballería francesa había sido derrotada y, al igual que una última y exhausta ola que no ha podido abrir una brecha en un malecón, los jinetes retrocedieron hacia el valle. Se alejaron despacio, manchados de sangre y de barro, una horda dorada convertida en una multitud vencida.

Y los cañones del emperador, que aquel día habían sido los mejores asesinos al servicio de los franceses, empezaron a matar de nuevo.

CAPÍTULO 18

Los exploradores de la caballería prusiana llegaron a Plancenoit, un pueblo situado a tan sólo un disparo de cañón de distancia detrás del flanco derecho francés. Mucho más al este de Plancenoit se hallaban las columnas de la infantería prusiana, si bien claramente visibles para los oficiales de estado mayor franceses.

La presencia de los hombres de Blücher anunciaba el fracaso de la estrategia del emperador; los dos ejércitos no habían sido separados, aunque su nueva conjunción era endeble y los prusianos todavía no estaban avanzando con una fuerza aplastante, sino en una frágil línea de marcha. Tardarían horas en reunirse para atacar, y el emperador sabía que durante aquellas horas podía destrozar a los británicos antes de emprenderla con los prusianos.

La destrucción de los británicos tenía que ser absoluta y certera. Un ataque realizado con un cuerpo de infantería había fracasado y el mariscal Ney había arruinado la caballería con unas vanas arremetidas contra los cuadros británicos, por lo que entonces el emperador se dispuso a poner orden en aquellos caóticos asaltos. La mayor parte de su infantería todavía no tenía asignado ningún cometido y entre ellos se encontraba la élite de su ejército. La Guardia Imperial del propio emperador se hallaba a la espera.

Nadie más que un veterano que había demostrado un valor poco frecuente en las batallas del imperio podía formar parte de la Guardia. Los soldados de la Guardia Imperial cobraban más que otras tropas y su uniforme era más esplendoroso. A cambio, se esperaba más de ellos, aunque la Guardia siempre lo daba. La Guardia Imperial nunca había sido derrotada. Puede que otras tropas francesas refunfuñaran ante sus privilegios, pero cuando los abrigos largos y los sombreros de piel de oso marchaban, la victoria era segura. Los soldados de la Guardia Imperial llevaban patillas y bigotes, pendientes de aro y trenzas empolvadas como signos de su destreza. Para ser un granadero de la Guardia Imperial un soldado tenía que medir un metro ochenta y tres, la elite de la elite.

Los miembros de la Guardia Imperial eran los «inmortales» del emperador, con una ferviente lealtad hacia él y aterradores al combatir por él. Cuando Bonaparte había sido derrotado y enviado a Elba, la Guardia había recibido la orden de disolverse, pero antes que entregar sus estandartes habían preferido quemar las banderas de seda, desleír las cenizas en vino y beberse la mezcla. Algunos de los inmortales se habían exiliado con su emperador, pero habían regresado, se habían reunido con sus compañeros y les habían confiado un nuevo estandarte para enarbolarlo bajo nuevas águilas. La Guardia era la elite, los invictos, los inmortales del Imperio, e iban a ser ellos los que asestaran el último golpe letal que acabaría con los británicos.

No todavía. No eran más que las seis, quedaban más de tres horas antes de que oscureciera y los prusianos no estaban preparados para combatir ni mucho menos, así que era hora de que el emperador desgastara aun más a los británicos. Ordenó a la Guardia que se preparara para la batalla pero que no avanzara más allá de La Belle Alliance. Al contemplar la ruina humeante que antes había sido un valle de tierras de labranza, se quedó mirando fijamente La Haye Sainte. Aquella granja era el hueso que los franceses tenían atragantado. Los fusileros que había tras sus muros barrían con sus disparos el flanco de cualquier ataque francés y protegían las baterías situadas en el centro de la línea británica. Debían tomar la granja para que la línea británica se extendiera y se estrechara aun más, así la Guardia atacaría y conseguiría la victoria.

El emperador se había puesto en acción y los británicos se iban a enterar de cómo podía luchar.

* * * *

El azote del fuego de artillería seguía cayendo sobre toda la línea británica y matando a los soldados. A los batallones británicos se les dio la orden de tumbarse en el suelo, pero los artilleros franceses los tenían perfectamente dentro de su alcance y sus balas rozaban la superficie de la colina y abrían surcos ensangrentados entre las tropas tendidas boca abajo. Los cañones británicos quedaron hechos pedazos; los tubos saltaron de las cureñas y las ruedas quedaron hechas astillas. Las granadas estallaban en la loma para sumar su carga de humo en una atmósfera cada vez más densa. Los carros de munición en llamas añadían su fetidez al acre olor de la sangre.

Así luchaba un emperador. Mataría, mataría y seguiría matando con sus cañones y, cuando los británicos estuvieran gritando para que los librarán de aquel torrente de muerte, les asestaría el golpe de gracia con sus inmortales.

El aire vibraba con el impacto de los cañones. Sharpe dejó su yegua en manos de Harper, dejó el Voluntarios del Príncipe de Gales y fue andando hasta la cima de la colina donde la percusión de la artillería pesada francesa era como una sucesión de físicos puñetazos en el estómago. Las balas tiraban de las espesas nubes de humo, raspaban la colina para salpicar el cielo de barro y luego aullaban, silbaban, zumbaban y se estrellaban a sus espaldas. En veintidós años Sharpe nunca había visto un cañoneo similar, ni había respirado un aire como aquél, tan recalentado y viciado por el humo y las llamas; estar en el borde del valle era como encontrarse ante la puerta abierta de un gigantesco horno al rojo vivo. Los cultivos de centeno que había en la cima, que no habían desaparecido para convertirse en un cenagal, habían sido pisoteados hasta adquirir la consistencia de las esteras tejidas que recordaba de la India.

Una granada dejó una estela de humo por encima de su cabeza. Una bala rebotó

desde la colina a unos diez metros a su izquierda. A su derecha, en el lugar donde la caballería había avanzado en sus inútiles ataques, la cuesta era un horror de hombres y caballos muertos. Un perro amarillo llevaba arrastrando un trozo de intestino de un cadáver, aunque Sharpe no supo si humano o animal.

Más allá de la masacrada caballería, Sharpe vio la humareda iluminada por el brillante resplandor del castillo de Hougoumont, que estaba en llamas. No pudo ver nada entre el humo a su izquierda. Detrás de Sharpe, los batallones de casacas rojas se habían desplegado de nuevo en línea, pero estaban todos tendidos en el suelo, por lo que, por un extraño momento, tuvo la impresión de que era el único hombre vivo en todo el campo de batalla.

Entonces, entre la humareda del valle frente a él, vio más hombres vivos, miles de hombres vivos, fusileros, franceses, un enjambre de *Voltigeurs* que avanzaban a toda prisa en orden poco rígido; Sharpe comprendió que, además del suplicio del fuego de artillería, los batallones debían soportar ahora un ataque con mosquetes. Se volvió y dio un grito de advertencia.

—¡Fusileros!

Las compañías ligeras británicas corrieron a ocupar sus puestos en la ladera frontal, pero eran muy inferiores en número. Peter D'Alembord convenció a Ford para que lanzara una segunda compañía al ataque y mandó a los hombres de Harry Price a enfrentarse a los *Voltigeurs*. En su día Price también había sido un fusilero y comprendía lo que hacía falta, pero ni todos los fusileros del ejército de Wellington habrían podido vencer a tal abrumadora cantidad de *Voltigeurs*. Detrás de los fusileros franceses estaban los restos de su caballería, a la que habían hecho avanzar para comprobar que no hubiese ninguna carga de caballería británica que pudiera amenazar la flexible formación de *Voltigeurs*.

Peter D'Alembord se había encargado personalmente de hacer avanzar a las dos compañías, y cuando estuvieron desplegadas cruzó para ir junto a Sharpe.

Los dos oficiales bajaron paseando hasta la mitad de la ladera delantera y luego se detuvieron y se quedaron mirando fijamente el vasto despliegue de tropas enemigas.

—No es un espectáculo muy alentador —comentó D'Alembord en voz baja.

Los primeros mosquetes empezaron a escupir sus proyectiles, aunque a cada disparo británico respondían dos o tres de los franceses. A la izquierda de Sharpe unos fusileros contuvieron el avance francés unos momentos, pero los franceses los arrollaron con la mosquetería y los casacas verdes se vieron obligados a retroceder, dejando a tres muertos en el fango.

Los soldados de D'Alembord estaban sufriendo de forma similar.

—¡Vamos a tener que dejar que tomen la ladera! —le dijo a Sharpe, buscando la aprobación del fusilero por instinto.

—No tienes muchas opciones, Peter. —Sharpe tenía una rodilla apoyada en el

suelo y el rifle en el hombro. Disparó a un sargento francés, pero el humo del cañón le impidió ver si la bala le había alcanzado. Empezó a recargar. A unos cien metros a su derecha una línea de franceses se acercaba ya a la cima de la colina. Las dos compañías de Peter D'Alembord retenían temporalmente a los fusileros que tenían delante, pero pronto se verían flanqueados, y en el preciso momento en que Sharpe atacaba su próxima bala en su lugar, vio que un tumulto de soldados de uniforme azul obligaban a retroceder a una sección de la compañía de Harry Price. Las balas pasaban silbando y repiqueteaban cerca de Sharpe, supuestamente atraídas por la visión de dos oficiales tan cerca uno de otro.

Sharpe, con el rifle recargado, corrió unos pasos a su derecha, apoyó la rodilla en el suelo y buscó a algún oficial enemigo.

D'Alembord soltó un grito ahogado apenas perceptible.

—¡Oh, Dios santo!

—¿Qué pasa?

—¡Por Dios! —Profirió la blasfemia con ira más que con dolor. D'Alembord había sido alcanzado y la fuerza del impacto lo echó hacia atrás, pero de algún modo pudo mantener el equilibrio aunque la bala le había dado en el muslo. En aquel momento se tambaleaba y se sujetaba la herida con la mano derecha. La sangre corrió entre sus dedos.

—No pasa nada —le dijo a Sharpe—, no duele. —Trató de dar un paso adelante y casi se cayó—. No pasa nada. —Tenía el rostro lívido a causa de la impresión.

—¡Venga! —Sharpe pasó un brazo bajo el hombro de D'Alembord y lo condujo medio arrastrando, medio caminando, ladera arriba.

D'Alembord soltaba un bufido entre dientes a cada paso.

—Estoy bien. ¡Déjeme!

—¡Cállese, Dally!

Harper los vio cuando cruzaban el borde de la cima y fue hacia ellos galopando con el caballo de Sharpe.

—¡Llévelo con los cirujanos! —le gritó Sharpe al irlandés, luego dio un poderoso tirón a D'Alembord que lo colocó dolorosamente en la silla vacía—. ¡Envuélvase la herida con el fajín! —dijo Sharpe a D'Alembord, y dio una palmada en la grupa a la yegua para que saliera a toda velocidad fuera del alcance de los disparos de los fusileros.

Sharpe dio la vuelta y regresó a la calurosa y asfixiante atmósfera del valle. Los franceses presionaban por todos lados.

Y lo que todavía era más alarmante, una columna de tropas enemigas marchaba hacia La Haye Sainte, pero eso no era asunto de Sharpe. Él tenía que encargarse del enemigo que tenía justo delante, y, degradado a fusilero de nuevo, se arrodilló y buscó a un oficial o a un sargento. Vio a un hombre con una vaina a menos de cien

metros y disparó. Cuando el humo se disipó el hombre ya no estaba.

Harry Price estaba retrocediendo nerviosamente ladera arriba.

—¿Dónde está Peter?

—¡Recibió un disparo en la pierna! No es grave.

—¡Es condenadamente grave, señor! He perdido a diez de mis hombres o probablemente a más.

—Retírese. ¿Cómo se llama el nuevo jefe de la compañía ligera?

—Matthew Jefferson.

Sharpe hizo bocina con las manos.

—¡Capitán Jefferson! ¡Retírese!

Jefferson agitó una mano como respuesta y luego ordenó a Huckfield que tocara el silbato para llamar a los fusileros a retirada. Los casacas rojas regresaron corriendo a la cima, volvieron a tumbarse en el suelo y dispararon una última y débil descarga a los *Voltigeurs* franceses. Una granada explotó por detrás de la cima y lanzó una lluvia de tierra encima de Jefferson. Una bala pasó con estrépito junto a Sharpe con un sonido parecido a un repentino viento abrumador. Las balas de mosquete restallaban demasiado cerca. Sharpe esperó a que la compañía de Harry Price pasara por su lado, se pusiera a salvo y luego le gritó a Price que echara a correr.

Corrieron juntos, pero Price se cayó y soltó un grito ahogado cuando la caída le cortó la respiración. Sharpe dio media vuelta para ayudarlo, pero era tan sólo un par de ridículas espuelas lo que había hecho tropezar al joven.

—¡Quítese esas malditas cosas, Harry!

—Me gustan. —Price siguió adelante a trompicones. A derecha e izquierda otros batallones se ponían en pie de mala gana y luego formaban líneas de cuatro filas. No podían hacer frente a los fusileros si seguían tumbados en el suelo, tampoco se atrevían a correr el riesgo de recibir una carga de la caballería francesa que había llegado al pie de la ladera; una línea de cuatro filas ofrecía más protección contra los jinetes que una formación de dos filas. También significaba que cada bala de cañón que les alcanzara podría llevarse por delante hasta a cuatro hombres.

No se podía hacer nada excepto sufrir.

Los fusileros franceses, concentrados a lo largo de la cima de la loma, barrieron los batallones con fuego de mosquete. Los cañones británicos que quedaban martillaron a los *Voltigeurs* con botes de metralla, pero su dispersa formación salvó a los franceses de tener cuantiosas bajas. En aquellos momentos los *Voltigeurs* enemigos tenían el control de la cima de la colina mientras que los fusileros británicos, abrumados por aquel tumulto de franceses, no podían hacer otra cosa que formar sus batallones. Cada tanto, cuando los fusileros enemigos insistían o avanzaban demasiado, un batallón cargaba hacia delante y los hacía retroceder. La descarga de un solo batallón también tenía el efecto de despejar la cima de tiradores,

pero siempre volvían, cubriendo las bajas con refuerzos enviados desde el valle.

La caballería podría deshacerse de los *Voltigeurs*, pero el duque había perdido su caballería pesada y reservaba los mejores jinetes que le quedaban, la caballería ligera de los alemanes y los británicos, para cubrir su retirada si acaecía un desastre. Todavía tenía una brigada de caballería holandesa y se le había ordenado al príncipe de Orange que la trajera hasta allí. Llegaron, con el tintineo de las barbadas de cadena y los sables desenvainados.

—¡Sólo tienen que despejar la cara de la colina! —ordenó el ayudante de campo del duque—. Nada de malditas heroicidades. ¡Que se limiten a galopar por la cara de la loma y arremeter con los sables a los fusileros!

Los jinetes franceses se negaron a atacar. Permanecieron todos juntos en sus sillas, con una expresión huraña y terca en sus pálidos rostros. Se quedaron mirando perplejos el arremolinado ataque de balas y granadas y no hubo palabras que los convencieran para adentrarse en aquel atolladero de fango, fuego y hierro. El príncipe, que se dio cuenta de la cobardía de aquellos soldados, fingió que no lo oía. Se quedó mirando fijamente hacia la granja de La Haye Sainte que en aquellos instantes se encontraba asediada por una incontenible multitud de soldados de la infantería francesa. Los cañones británicos situados en la cima junto al olmo hacían llover balas sobre las filas francesas y una batería de obuses lanzaba metralla hacia el valle, pero la infantería francesa parecía absorber aquel castigo mientras que, poco a poco, se iba acercando cada vez más a la sitiada granja. Ya había tomado el huerto de La Haye Sainte y los franceses habían llevado cañones camino abajo para disparar una y otra vez contra los cercados edificios.

El príncipe sabía que el centro de la línea del duque iba a romperse en un desastroso ataque si la granja caía. De repente comprendió que debía salvar la granja. La esplendidez de aquella ocurrencia floreció en su mente. Llevar a cabo esa idea borraría completamente cualquier vergonzoso recuerdo de los alemanes rojos, o de la hosca caballería holandesa. El príncipe vio su oportunidad de alcanzar la gloria y el renombre. Recuperaría la granja, mantendría el centro de la línea y ganaría la batalla.

—¡Rebecque!

* * * *

En la mitad este del valle, en el peligroso entrante del que habían huido los belgas holandeses cuando los franceses se acercaron por primera vez, el primer batallón del 27.º regimiento de la línea se hallaba entonces formado en cuadro y sufría. Eran los Inniskillings, y su único refugio era la cortina de humo que los artilleros franceses creaban ante sus propios cañones, pero la artillería enemiga tenía a tiro a los Inniskillings y, aunque disparaban a ciegas, una tras otra las balas se estrellaban

contra las filas de irlandeses. Su coronel ordenó otro reparto de ron y los sargentos, obstinadamente, cerraron las mermadas filas, pero nadie podía hacer otra cosa que no fuera quedarse allí y morir, y eso fue lo que hicieron los irlandeses.

Podían haber desplegado el cuadro, pero el emperador se cercioró de que su caballería los amenazara continuamente, por lo que los irlandeses se vieron obligados a permanecer en su vulnerable formación de cuadro en forma de un enorme y grueso blanco para los artilleros y los *Voltigeurs*, que infestaban la mitad este del valle con la misma densidad con la que se aglomeraban en el oeste.

Algunos de aquellos *Voltigeurs*, temerosos de que una victoria y persecución francesas les robaran la posibilidad de obtener un rico botín del campo de batalla, se cuidaron de enriquecerse antes de que la línea británica se hiciera pedazos. Los muertos y heridos de la caballería pesada británica estaban desparramados por el fondo del valle y, aunque los bolsillos de muchas de las bajas ya habían sido registrados a toda prisa, los *Voltigeurs* poseían el lujo de tener tiempo para rasgar las costuras de los uniformes o arrancar los grasientos forros de los cascos, bajo los cuales los soldados gustaban de esconder sus valiosas monedas de oro. Algunos fusileros franceses llevaban alicates con los que solían extraer los dientes blancos en perfecto estado, que los dentistas parisinos comprarían para fabricar dentaduras postizas.

Un afortunado francés encontró el cuerpo de un soldado de caballería, que lucía un par de botas con la parte superior de color marrón y adornadas con borlas de seda. Primero sacó las espuelas de los tacones y luego tiró de la bota derecha. El cuerpo dio una sacudida, soltó un fuerte grito y un horrible rostro, en el cual los ojos no eran más que costras de sangre, miró como un loco, sin ver, a los franceses.

—¡Me has asustado! —reprendió alegremente el *Voltigeur* al hombre herido.

—Por el amor de Dios, mátame. —Lord John Rossendale, medio enloquecido de dolor, le habló en inglés.

—Tú no te muevas —le replicó en francés el *Voltigeur*, y le sacó de un tirón las caras botas a su señoría. Se dio cuenta de que los pantalones del inglés estaban hechos con la mejor de las panas, y aunque el muslo derecho tenía la rasgadura de una espada, sin duda se podrían zurcir bien, así que el *Voltigeur* desabrochó los botones de la cintura y tiró de los bombachos para sacárselos. Lord John, cuyo muslo roto le hacía daño a cada tirón, chilló horriblemente.

—¡Cabrón escandaloso! —El *Voltigeur* hizo una bola con los pantalones y se la metió dentro de la casaca. Temiendo que el grito de Lord John hubiera podido atraer la inoportuna atención de su sargento, el francés cargó entonces su mosquete con ostentación y, fingiendo que no hacía más que su trabajo, utilizó a lord John de apoyo para el cañón que apuntó hacia los asediados Inniskillings—. ¡Cuidado con la explosión! —exclamó el *Voltigeur* alegremente, y luego disparó.

—¡Mátame! ¡Por favor! —Lord John se lo dijo en francés—. ¡Por favor!

—¡No voy a matarte! —protestó el *Voltigeur*—. No puedo hacerlo. ¡No estaría bien! ¡Ni siquiera me llevaré tus dientes! —Dio una comprensiva palmada en el hombro a su señoría y se fue para seguir desvalijando.

Y lord John, perdido en un universo de injusto dolor, gimió.

* * * *

Peter D'Alembord estaba tumbado en el tablero desplegado de un carro que le servía de mesa al cirujano. Las tablas de madera de la carreta estaban empapadas de sangre y el cirujano tenía las manos tan mojadas con ella que la piel de las yemas de los dedos se le había ablandado y arrugado.

—¿Está listo, comandante? —El cirujano tenía un fuerte acento del West Country.

—Estoy listo. —D'Alembord se había negado a beber ron para aliviar el dolor de la cirugía, tampoco aceptó la mordaza de cuero para morderla. Era importante que no mostrara ninguna reacción ante el dolor porque ése era el estoicismo que se esperaba de un soldado.

—No hay ningún hueso roto —dijo el cirujano—, ni siquiera se ha roto un vaso sanguíneo importante, o sea que es un hombre afortunado. ¡Sujétale la pierna, Bates! —Los ordenanzas ya habían cortado el fajín que D'Alembord había usado como vendaje y le habían rajado los caros pantalones que había llevado al baile de la duquesa. El cirujano limpió con los dedos la sangre que brotaba de los labios de la herida—. No será ni la mitad de doloroso que traer al mundo a un bebé, así que dé gracias. —Se llevó un puro a la boca y cogió una sonda manchada de sangre.

Un dolor como una lanza de fuego le subió por el muslo a D'Alembord hasta la ingle. El cirujano estaba sondando la herida en busca de la bala con una varilla metálica larga y delgada. D'Alembord no osó gritar porque había visto a un soldado de su propio batallón perder una pierna hacía tan sólo un momento, y el hombre no había proferido una sola queja cuando la sierra le cortó el fémur. Por otro lado, Patrick Harper se encontraba por allí cerca y D'Alembord no quería avergonzarse a sí mismo emitiendo un solo sonido delante de Harper.

—¡Ya la tengo a la desgraciada! —masculló más allá del húmedo extremo del cigarro—. ¿Oye usted a ese pequeño demonio, comandante?

D'Alembord no oía nada más que el estallido de los disparos de cañón, el estrépito de las granadas que explotaban y el rugiente chasquido de la munición en llamas, pero al parecer el cirujano rozaba el extremo de la bala de mosquete con su sonda.

—Ahora ya no falta mucho —dijo alegremente el cirujano, luego tomó un largo trago de ron para reponer fuerzas—. Ahora vendrá un momento ligeramente

desagradable, comandante, pero alégrese de no estar dando a luz a un niño, ¿eh?

—¡Por Dios! —D'Alembord no pudo resistirse a gimotear la imprecación, pero aun así consiguió yacer inmóvil mientras el dolor le carcomía y le recorría el interior de la pierna. Una granada estalló por allí cerca y un fragmento de la cápsula pasó silbando y soltando humo por encima de sus cabezas.

—¡Aquí está! —El cirujano había conseguido agarrar la bala con sus pinzas de hoja estrecha—. ¡La mano! ¡Extienda la mano! ¡Rápido! —D'Alembord extendió la mano con diligencia y el cirujano dejó caer la pequeña bala ensangrentada en su palma—. Ahora extraeré los restos de su ropa de baile, comandante, y muy pronto estará como nuevo.

Pasó otro minuto de dolor insoportable mientras le retiraban los trozos de tela de la herida y luego le vertieron sobre el muslo algo fresco y calmante. El sudor perlaba su frente, pero sabía que lo peor ya había pasado. Limpió la bala ensangrentada en su casaca y sostuvo el pequeño proyectil ante sus ojos. ¡Qué cosa tan pequeña! No era más grande que la uña de su pulgar.

Los ordenanzas le vendaron el muslo y después lo ayudaron a bajar del carro.

—Debería descansar un rato. —El cirujano se limpió las manos en el delantal empapado en sangre—. Vuelva a los árboles, comandante. Allí hay algunas lonas que protegen de la humedad.

—No. —D'Alembord probó a andar y vio que podía renquear sin que eso le causara demasiado dolor—. Gracias, pero no.

El cirujano ya se había olvidado de él. Estaban subiendo al carro a un hombre al que le habían volado un brazo y que tenía tres costillas al descubierto. Harper acercó los caballos.

—¿No debería descansar, señor D'Alembord?

—Voy a regresar al batallón, Harper.

—¿Está seguro? ¿Ahora?

—Fue una herida superficial, nada más.

—Pero dolorosa, ¿eh?

D'Alembord casi gritó de dolor cuando Harper lo ayudó a subir con esfuerzo en la silla de Sharpe.

—Usted tendría que saberlo —logró responder con admirable dominio de sí mismo.

—Da la casualidad —dijo el irlandés— de que nunca he tenido una herida grave. El señor Sharpe, por ejemplo, es distinto, a él siempre le están arrancando trocitos de su cuerpo, pero yo debo de tener suerte.

—No tiente al destino —manifestó D'Alembord con sorprendente fervor.

—Teniendo en cuenta lo que el destino le ha hecho a Irlanda, comandante, ¿qué demonios más puede hacerme a mí? —Harper se rió—. De vuelta al deber, ¿no?

—De vuelta al deber. —D'Alembord sabía que podía haberse alejado del campo de batalla y nadie le hubiera culpado por ello, pero en sus tiempos había visto a más de un oficial perder un brazo y regresar a la línea de batalla después de que el cirujano le hubiera cortado y serrado el muñón de forma adecuada. Por lo tanto, D'Alembord volvería, porque era un oficial y ésa era su obligación. Ocultó su terror, trató de sonreír y fue cabalgando hacia la colina.

* * * *

Un fusilero alcanzó al comandante Vine en el ojo izquierdo. Éste profirió un último gruñido malhumorado, cayó de la silla y quedó tendido en el suelo, muerto en el acto, junto al caballo del teniente coronel Ford. El coronel soltó un quejido y luego miró al caído comandante cuyo rostro parecía tener entonces un enorme y rojizo ojo ciclópeo.

—¿Comandante Vine? —preguntó Ford, nervioso.

El muerto no se movió.

Ford trató de recordar el nombre de pila de Vine.

—¿Edwin? —dijo por probar, ¿o tal vez era Edward?—. ¿Edward? —Pero Edwin Vine yacía completamente inmóvil. Una mosca se posó cerca del recién aparecido charco de sangre que había sido su ojo izquierdo.

—¡Comandante Vine! —exclamó bruscamente Ford, como si una orden directa fuera a resucitar al difunto.

—Se ha ido, señor —se ofreció amablemente a decir un sargento del grupo de abanderados que entonces, al ver la falta de comprensión de su coronel, emitió un informe más formal—: El comandante está muerto, señor.

Ford le sonrió una respuesta educada y contuvo el impulso de ponerse a gritar. Él no lo sabía, pero una cuarta parte de los hombres que habían marchado junto a él hacia la batalla estaban entonces muertos o heridos. Al brigada del regimiento McInerney lo había destripado una bala que había matado a otros dos soldados y le había arrancado un brazo a otro. Daniel Hagman se estaba desangrando hasta morir con una bala en los pulmones. Su aliento hizo burbujas de sangre cuando trató de hablar. Sharpe se arrodilló junto a él y le sostuvo la mano.

—Lo siento, Dan. —De todos los soldados de la compañía ligera, Hagman era al que Sharpe hacía más tiempo que conocía. Aquel antiguo cazador furtivo era un buen soldado, astuto, divertido y leal—. Le llevaré hasta los cirujanos, Dan.

—A la mierda los cirujanos, señor Sharpe —exclamó Hagman, y no dijo nada más. Sharpe les gritó a dos de los músicos de la banda que lo llevaran a los cirujanos, pero Hagman estaba muerto. El alférez Huckfield perdió el dedo meñique de la mano izquierda a causa de una bala de mosquete. Se miró la herida con indignación y luego, negándose a abandonar el batallón, se rebanó el dedo una vez con su cuchillo y

le pidió al capitán Jefferson que le envolviera con una tira de tela el sangrante muñón. El soldado Clayton temblaba de miedo, pero de alguna forma logró mantenerse firme y mirar directamente a los ojos de los fusileros franceses que seguían deambulando por la cima de la colina con aparente impunidad. Junto a él, Charlie Weller trataba de recordar las oraciones de cuando era niño, pero, aunque la niñez no era algo muy lejano en su pasado, no le venían a la cabeza.

—¡Oh, Dios! —exclamó en cambio.

—Dios no nos sirve de una mierda —dijo Clayton, y se agachó cuando la bala de un fusilero casi le hizo saltar por los aires la copa de su chacó.

—¡No os mováis! —gritó el alférez Huckfield.

Clayton se enderezó el chacó y soltó entre dientes unas cuantas maldiciones al alférez.

—Tendríamos que estar atacando, maldita sea —dijo tras haber agotado su opinión sobre la madre de Huckfield.

—Lo haremos a su debido tiempo. —Charlie Weller seguía teniendo una sólida fe en la victoria.

Otra bala de mosquete pasó a escasos centímetros de la cabeza de Clayton. Éste no pudo evitar estremecerse.

—Si me matan, Charlie, cuidarás de Sally, ¿verdad? —La mujer de Clayton, Sally, era con creces la más guapa de todas las esposas del batallón—. Le caes bien —Clayton explicó su aparente generosidad.

—No te va a pasar nada. —Charlie Weller, a pesar de los silbidos, el estrépito de las balas y las granadas, sintió un escalofrío de excitación al pensar en Sally.

—¡Dios mío, ya estoy harto de esto! —Clayton miró a su alrededor para ver qué oficiales seguían con vida—. ¡Diablos! ¡El comandante Vine está muerto! ¡Adiós y buen viaje a ese cabrón!

—¡La vista al frente, soldado Clayton! —El alférez Huckfield tocó el Nuevo Testamento que llevaba en su bolsillo superior y rezó para que los malditos fusileros franceses se quedaran pronto sin munición.

El coronel Joseph Ford estuvo a punto de vomitar cuando intentó limpiarse los pedacitos de cerebro del comandante Vine que embadurnaban sus pantalones. Ford se sentía terriblemente solo; un comandante estaba muerto, el otro estaba herido y había acudido a los cirujanos, y por todo su alrededor los cañones y los fusileros estaban haciendo pedazos su preciado batallón. Se sacó las gafas y frotó frenéticamente los cristales sólo para descubrir que tenía el fajín lleno de trozos de cerebro del comandante Vine. Ford dio una boqueada para coger aire, horrorizado, y supo que iba a vomitar sin poder contenerse.

—¡No tiene nada que ver conmigo! —dijo de pronto una áspera voz que provenía de al lado del caballo de Ford—, pero yo sugeriría avanzar unos cincuenta pasos,

darles a esos cabrones una buena descarga y luego retirarnos.

Ford, al que aquella voz le contuvo las ganas de devolver, se puso las emborronadas gafas a toda prisa y se encontró frente al rostro sardónico del teniente coronel Sharpe. Ford trató de responder algo, pero no le salió la voz.

—¿Con su permiso, señor? —preguntó Sharpe de manera puntillosa.

Ford, demasiado asustado como para abrir la boca, se limitó a asentir con la cabeza.

—¡South Essex! —La atronadora voz de Sharpe sobresaltó a los soldados más próximos. No importaba que sin darse cuenta hubiera utilizado el antiguo nombre del batallón, ellos sabían quiénes eran y quién les estaba dando, al fin, instrucciones en medio de aquel horror—. ¡Primera fila! ¡Calen las bayonetas!

—¡Gracias a Dios por el condenado Sharpe! —exclamó Clayton con fervor, luego se puso medio en cuclillas para sostener su mosquete entre las rodillas mientras sacaba la bayoneta y la encajaba en su arma.

Sharpe se abrió camino entre las filas de la compañía número cinco y se colocó en el mismísimo centro de la primera fila del batallón.

—¡El batallón avanzará cincuenta pasos! ¡A paso ligero! ¡Por la derecha! ¡Marchen! —Cuando los soldados empezaron a avanzar, Sharpe desenvainó su larga espada—. ¡Vamos, cabrones! ¡Griten! ¡Hagan saber a esos hijos de puta que van a matarlos! ¡Griten!

El batallón avanzó corriendo con las bayonetas en ristre. Y gritaron. Conocían a Sharpe, lo habían seguido anteriormente en batalla, y les gustaba oír aquella voz bramando órdenes. Confiaban en él. Les proporcionaba una sensación de seguridad y triunfo. Gritaron aún más fuerte cuando la masa de fusileros en la cima de la colina huyó rápidamente ante su repentino avance. Sharpe había ido corriendo delante de ellos y se había detenido con la espada desenvainada justo en el borde de la cima.

—¡Alto! —La voz de Sharpe, educada como la de un sargento, acalló y detuvo al instante al reducido batallón. Frente a ellos, los *Voltigeurs* franceses se echaban al suelo en nuevas posiciones de tiro. Sharpe se giró de cara al batallón.

—¡Primera fila de rodillas! ¡Apunten a esos cabrones! ¡No desaprovechen esta descarga! ¡Busquen un objetivo y maten a ese hijo de puta! ¡Apúntenles al vientre! —Se abrió paso a empujones entre dos de los soldados arrodillados de la primera fila y luego se volvió a mirar a los franceses. Vio el mosquete de un *Voltigeur* que apuntaba directamente hacia él y supo que el francés estaba afinando la puntería. También sabía que no podía agacharse ni echarse a un lado, sino que tenía que confiar en la imprecisión del mosquete francés.

—¡Apunten! —gritó. El francés disparó y Sharpe notó el viento de la bala en su mejilla como un súbito soplo cálido—. ¡Fuego!

La masiva descarga descendió con estrépito por la colina. Murieron quizás unos

veinte franceses y el doble resultaron heridos.

—¡Compañía ligera! ¡Quédense donde están y recarguen! ¡Primera fila, quietos! ¡Nadie les dijo que corrieran! —Sharpe permanecía en la cima. Tras él había un hombre muerto tendido en el suelo, alcanzado en la cabeza por la bala que iba dirigida a Sharpe—. ¡Compañía ligera! ¡Formación en cadena, rápido, ahora!

Los fusileros del batallón se desplegaron a lo largo de la cima. Su nuevo capitán, Jefferson, se movía impaciente y deseaba estar lejos de aquella expuesta colina donde las balas golpeaban y estallaban, pero Sharpe estaba seguro de que la descarga de la compañía daría resultado. Los soldados terminaron de recargar sus mosquetes y se arrodillaron. Los fusileros franceses que habían sobrevivido volvían a avanzar arrastrándose y llenaban los huecos que los disparos del batallón habían abierto.

—¡Esperen la orden! —gritó Sharpe a los miembros de su antigua compañía—. ¡Busquen sus objetivos! ¡Clayton!

—¿Señor?

—Hay un oficial a su derecha. Un cabrón alto con un bigote pelirrojo. ¡Lo quiero ver muerto o usted tendrá la culpa! ¡Compañía! —Esperó un segundo—. ¡Fuego!

La descarga más pequeña hizo más daño, aunque Sharpe no supo si habían alcanzado al oficial del bigote. Les gritó a sus hombres que se retiraran en batallón. La maniobra les había proporcionado unos momentos de respiro, nada más, pero era mejor devolver el golpe que limitarse a soportar el mortificante castigo de los fusileros enemigos.

Sharpe se quedó en la cima unos segundos más. No era bravuconería sino más bien curiosidad, puesto que, a unos quinientos pasos a su izquierda, vio a dos batallones de infantería de casacas rojas de la Legión Alemana del Rey que avanzaban en columna. Marchaban hacia La Haye Sainte con sus estandartes al viento, era de suponer que para echar a la infantería francesa concentrada alrededor de la granja.

Le hubiera gustado quedarse mirando un poco más pero el enemigo estaba retrocediendo en dirección a la cima, así que Sharpe se dio la vuelta y volvió andando hacia el batallón.

—¡Gracias por este privilegio, coronel! —le gritó a Ford.

Ford no dijo nada. No estaba de humor para apreciar el tacto de Sharpe, en lugar de eso, se sintió ofendido y empequeñecido por la competencia del fusilero. Ford sabía que debía haber dado las órdenes y que tenía que haber hecho avanzar el batallón, pero los intestinos se le habían convertido en agua y su mente era una neblina de miedo y confusión. Había combatido durante poco tiempo en el sur de Francia, pero nunca había visto un horror como aquél: un campo de batalla donde los soldados morían a cada minuto, donde su batallón mermaba mientras las filas se cerraban sobre los huecos dejados por los muertos y donde parecía que todo hombre

debía morir antes de que el campo saciara su ansia de sangre. Ford se quitó las sucias gafas de un tirón y frotó los cristales con uno de los extremos de la gualdrapa. El humo blanco y el resplandor de los cañones se fusionaban en una mancha de horror ante sus ojos. Deseaba que todo aquello terminara, sólo quería que terminara. Ya no le importaba si acababa en victoria o en derrota, él tan sólo quería que acabara.

El emperador apenas había empezado a luchar.

* * * *

El duque de Wellington ya no se preocupó más por el príncipe de Orange. Al inicio de la batalla, cuando algunas sutilezas de las buenas costumbres persistieron, el duque se había encargado de informar al príncipe de cualquier orden que involucrara a aquellas tropas que nominalmente estaban al mando de éste, pero en aquellos desesperados momentos de pura supervivencia, el duque se limitó a no hacer caso del Joven Franchute.

Lo cual no significaba que el príncipe se considerara innecesario. Al contrario, veía su propio genio como la única esperanza de victoria de los aliados y estaba preparado para hacer uso de sus últimos retazos de autoridad para conseguirla. Lo cual significaba que La Haye Sainte debía salvarse, y para hacerlo el príncipe ordenó a los restos de la segunda brigada de infantería de la Legión Alemana del Rey que atacaran a los asediadores franceses.

El coronel Christian Ompteda, comandante de brigada, formó sus dos batallones en cerradas columnas de compañías, les ordenó que calaran las bayonetas y luego que avanzaran hacia la sofocante mezcla de aire caliente y humo amargo que llenaba el valle. El objetivo de los alemanes era el prado situado al oeste de La Haye Sainte, donde los fusileros franceses se apiñaban cerca de la sitiada granja.

Los alemanes llegaron a la cima y estaban a punto de marchar hacia los franceses cuando el príncipe de Orange se les acercó al galope para interceptarlos.

—¡En línea! —gritó el príncipe—. ¡En línea! ¡Tienen que solaparse con ellos! ¡Insisto en que avancen en línea!

El coronel Ompteda, con sus batallones detenidos en el mismo borde del valle y bajo el fuego de la artillería francesa, protestó diciendo que había caballería enemiga patrullando por el fondo del valle. El príncipe volvió unos sarcásticos ojos hacia el humo.

—Yo no veo ninguna caballería.

—Su alteza, debo insistir en que...

—¡No puede insistir! ¡Formará en línea! ¡Maldita sea! —El príncipe estaba efervescente y se alimentaba del estrépito y el martilleo de los cañones. Se sentía nacido para aquel acalorado caos de la batalla. Le importaba un comino que Ompteda

fuera un hombre que se había pasado la vida sirviendo como soldado; el príncipe tenía una apasionada certeza en sus convicciones y ni siquiera sus experiencias con la brigada de Halkett en Quatre Bras ni la masacre de los Alemanes Rojos iban a hacerle cambiar de opinión—. ¡Le ordeno que forme en línea! ¿O quiere que nombre a otro comandante de brigada? —le gritó delante de las narices al coronel.

Ompteda, en quien la obediencia estaba profundamente arraigada, desplegó de mala gana a sus dos batallones en línea.

El príncipe, desdeñoso hacia la timidez de Ompteda y con la seguridad de que había dado las órdenes necesarias para conseguir una encomiable victoria, observó con triunfante actitud cómo las bayonetas alemanas se dirigían hacia el valle.

A unos cincuenta pasos de donde estaban los fusileros, Ompteda ordenó a sus hombres que atacaran.

Los alemanes avanzaron a todo correr y sus bayonetas brillaban en la penumbra bajo la humareda. La infantería francesa, a la que habían pillado totalmente de sorpresa, huyó de la terrible amenaza de aquellas hojas de más de cuarenta centímetros. Los estandartes de los alemanes se arremolinaban hacia delante en medio del humo que dejaban los fusileros.

—¡Ahí está! —El príncipe, contento sobre su silla, se regocijó con el éxito.

—Deje que lo felicite, su alteza. —Winckler, uno de los ayudantes de campo holandeses del príncipe, se sonrió junto a su señor.

El teniente Simon Doggett, que se encontraba a pocos metros del príncipe, miró más allá de la infantería y hubiera podido jurar que veía una fila de caballería que trotaba por el valle. O como mínimo estaba seguro de haber visto el brillo de los cascos y el movimiento de los penachos de crin en un claro entre la humareda.

—¿Señor? ¡Allí hay caballería, señor!

El príncipe se volvió furioso hacia el teniente.

—¡Eso es lo único que ven ustedes los británicos! ¡Caballería! Está usted nervioso, Doggett. Si no puede soportar los rigores de la batalla, no debería ser soldado. ¿No es cierto, Winckler?

—Completamente cierto, su alteza.

Rebecque escuchó la conversación y no dijo nada. Se limitó a quedarse mirando fijamente las cambiantes nubes de humo blanco donde los mosquetes traqueteaban como espinas en llamas.

—¿Lo ve? —El príncipe escudriñó el valle con muchos aspavientos al tiempo que se protegía los ojos y boqueaba como un tonto de pueblo—. ¡No hay caballos! ¿Teniente Doggett? ¿Dónde están sus caballitos?

Simon Doggett ya no tenía la certeza de haber visto a ninguna caballería, porque el valle estaba lleno de humo y temió que su nerviosismo engañara su percepción, pero se mantuvo firme con obstinación.

—Estoy casi seguro de que los vi, señor, entre la humareda. Eran coraceros, allí a la derecha.

El príncipe estaba harto de aguantar a los ingleses pusilánimes.

—¡Quíteme de encima a este niño, Rebecque! Quítemelo de encima. Mándelo de vuelta con su niñera. —El caballo del príncipe dio un respingo y se echó a un lado cuando una bala de cañón pasó muy cerca hendiendo el aire—. ¡Ahí está! —gritó el príncipe triunfalmente cuando el humo se desplazó para revelar que la infantería de la Legión Alemana del Rey había alejado a los últimos franceses de los muros del oeste de la granja—. ¿Lo ve? ¡No hay caballería! ¡La audacia vence!

—La audacia de su alteza vence. —Winckler se apresuró a corregir a su señor.

Una trompeta interrumpió las siguientes palabras del príncipe. El toque de corneta sonó desde el valle, desde el interior de la humareda en la que el príncipe había insistido que no acechaba ninguna caballería, pero de la cual salió, como furia vengadora, el escuadrón de coraceros iniciando entonces el ataque.

Rebecque soltó un quejido. Casi exactamente en el mismo lugar donde habían sido masacradas las tropas hanoverianas, sufrían un ataque los miembros de la LAR. La caballería, una mezcla de coraceros, lanceros y dragones que habían sobrevivido a la carnicería de los jinetes entre los cuadros británicos, caía entonces sobre el flanco del batallón de Ompteda situado más a la derecha. Rebecque tuvo la impresión de que la infantería de casacas rojas sencillamente desaparecía bajo la multitud de asesinos a caballo. Para los jinetes franceses, era un bendito momento de venganza contra la infantería que los había hecho sangrar y sufrir anteriormente aquel mismo día.

El príncipe se quedó mirando fijamente. Había empalidecido, pero no dio un solo paso para ayudar a los soldados a los que acababa de condenar. Se quedó con la boca abierta y los dedos le temblaban en las riendas.

Los alemanes no tenían ninguna posibilidad. Los jinetes arremetieron a golpes de sable y cuchilladas contra el flanco abierto. Los soldados del lado derecho del batallón de la LAR rompieron filas y emprendieron una huida desesperada, pero fueron arrollados por los caballos. El batallón del lado izquierdo formó en cuadro para proteger su estandarte, pero el batallón del lado derecho quedó destruido. El príncipe apartó la mirada cuando un francés capturó el estandarte de la LAR y lo levantó en un gesto de triunfo. El coronel Ompteda murió tratando de salvar la bandera. La infantería francesa se apresuró a sumar sus bayonetas al acero de los jinetes. Los supervivientes alemanes, lamentablemente escasos, fueron retrocediendo poco a poco, formados en su tosco cuadro, hacia la colina. Ellos también podrían haber estado condenados, pero algunos miembros de su propia caballería habían descendido en tropel desde el olmo para alejar al enemigo.

Un trompeta de la caballería francesa hizo sonar un toque burlón mientras los restos de la Legión Alemana del Rey volvían a subir por la ladera cojeando. Un

coracero blandió el estandarte capturado y con aquel anticipo de victoria francesa se burló de la colina británica que era presa del sufrimiento.

El príncipe no miró a los alemanes ni a los exultantes franceses. En lugar de eso, fijó imperiosamente la mirada hacia el este.

—¡No es mi culpa si los soldados no combaten como es debido!

Ninguno de los miembros del estado mayor respondió. Ni siquiera Winckler se molestó en suavizar el desastre con halagos.

—Le hemos proporcionado a la guarnición un espacio para respirar, ¿no es cierto? —El príncipe señaló con gestos hacia La Haye Sainte, que una vez más estaba rodeada de humo pero, de nuevo, nadie contestó y el príncipe, que creía merecer la lealtad de su familia militar, se volvió furioso hacia los oficiales de su estado mayor —. ¡Los alemanes tenían que haber formado en cuadro! ¡No fue mi culpa! —Pasó la mirada de uno a otro, exigiendo aprobación, pero sólo Simon Doggett fue lo bastante valiente para sostener la mirada enfurruñada y saltona del príncipe.

—Usted no es más que una media de seda llena de mierda —dijo Doggett con toda claridad, y se asombró completamente a sí mismo al repetir el desdeñoso veredicto de Patrick Harper sobre el príncipe.

Se hizo un consternado silencio. El príncipe se quedó boquiabierto. Rebecque, que no estaba del todo seguro de haber oído bien, abrió la boca para protestar, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas.

Doggett sabía que sólo disponía de unos segundos para mantener la iniciativa. Tiró de las riendas de su caballo.

—¡Es usted un maldito asesino! —le dijo al príncipe, y, acto seguido, clavó sus espuelas y se alejó al galope. En pocos segundos el humo lo ocultó.

El príncipe se quedó mirando cómo se iba. Rebecque se apresuró a asegurarle a su alteza que sin duda Doggett había perdido la cabeza a causa de la tensión de la batalla. El príncipe asintió en señal de aceptación de aquella explicación simplista y luego se volvió de nuevo hacia los miembros de su estado mayor.

—¡Estoy rodeado de incompetentes! ¡Ese condenado tenía que haber formado en cuadro! ¿Es mi culpa que un maldito alemán no sepa hacer su trabajo? —La indignación y la ira del príncipe fluyeron con furiosa vehemencia—. ¿Es mi culpa que los franceses estén ganando? ¿Lo es?

Y en eso, al menos, el príncipe tenía razón. Los franceses, finalmente, estaban ganando la batalla.

CAPÍTULO 19

La victoria francesa se tornó prácticamente en algo seguro cuando cayó La Haye Sainte. Los alemanes que defendían la granja se quedaron sin munición y los atacantes franceses derribaron las puertas cerradas con barricadas e irrumpieron en los edificios de la granja. Durante un rato se vieron repelidos por las bayonetas y espadas mientras los defensores luchaban con furia por los pasillos y los establos. Los alemanes hicieron barricadas con sus propios muertos y con los franceses, y embistieron con sus bayonetas por encima de los cadáveres apilados, por lo que durante un tiempo pareció que con su acero y su furia todavía podrían retener la granja, pero entonces las descargas de los mosquetes franceses arremetieron contra los fusileros y el relleno de las armas francesas incendió la paja del establo, con lo que los defensores, diezmados y asfixiados, se vieron obligados a salir.

Los fusileros que pudieron escapar de La Haye Sainte subieron corriendo por la ladera de la colina mientras los victoriosos franceses entraban en tropel en los edificios de la granja. Hacía rato que a los fusileros del 95.º los habían hecho retroceder del arenal adyacente, con lo que el bastión central de la línea del duque había desaparecido. Los franceses llevaron cañones al jardín de la cocina de la granja y, desde una distancia peligrosamente corta, abrieron fuego contra la colina. Los *Voltigeurs*, que contaban con un nuevo territorio del que aprovecharse, se desplegaron por la ladera frontal para iniciar un mortífero fuego sobre las tropas cercanas al olmo.

Un contraataque inmediato hubiera podido recuperar la granja mientras el dominio de sus edificios por parte de los franceses era todavía reciente y endeble, pero al duque no le quedaban reservas. Todo soldado del ejército del duque que se encontraba en condiciones de combatir estaba asignado en aquellos momentos a defender la colina, mientras que el resto de sus tropas habían huido, o bien estaban heridas o muertas. Lo que quedaba del ejército del duque era una delgada línea de soldados que se extendía a lo largo de una colina empapada en sangre. La línea tenía dos filas de profundidad, no más, y había lugares en los que la loma parecía vacía, porque los batallones allí situados se habían visto obligados a contraerse en cuatro filas como precaución contra la caballería, que seguía acechando entre la humareda que se movía empujada por el viento al pie de la colina.

Los franceses estaban ganando.

El duque, que no era precisamente una persona dada a desesperarse, masculló una plegaria para que llegaran los prusianos o para que cayera la noche. Pero aquel día, ambas cosas se acercaban con una lentitud que exasperaba.

Los primeros ataques franceses sobre la colina británica habían fracasado, pero en aquellos momentos, sus artilleros y fusileros subyugaban las defensas británicas. Los hombres morían de uno en uno o de dos en dos, de forma constante.

Los ya truncados batallones se veían reducidos a medida que los sargentos supervivientes ordenaban a las filas que cerraran las brechas. Soldados que habían empezado el día a cuatro filas de distancia uno de otro se convirtieron en vecinos, y el cañoneo seguía mermando las filas, los *Voltigeurs* seguían disparando desde la humareda y los sargentos seguían salmodiando la letanía de la muerte de un batallón: «¡Cierren filas! ¡Cierren filas!».

La victoria se hallaba a un mero toque de tambor, porque poco a poco habían raído la línea británica hasta que quedó tan delgada como el parche de un timbal.

El emperador sintió la gloriosa certeza de la victoria. Su voluntad se extendía entonces por todo el campo de batalla. Eran las siete de la tarde de un día de verano, el sol se inclinaba abruptamente a través de los restos de nubes y capas de humo y el emperador tenía en sus manos las vidas y muertes de los tres ejércitos. Había ganado. Lo único que tenía que hacer entonces era rechazar a los prusianos con la mano derecha y aniquilar a los británicos con la izquierda.

Había vencido. No obstante, esperaría un poco antes de saborear la victoria. Dejaría que los cañones de la recién capturada La Haye Sainte terminaran con su destrucción del centro británico y sólo entonces daría rienda suelta a sus inmortales.

Para alcanzar la gloria.

* * * *

El bombardeo seguía arreciando, pero con más lentitud, pues los tubos de los cañones franceses se estaban deteriorando a causa del fuego constante. Las chimeneas de algunos de los cañones habían salido despedidas y habían dejado un enorme agujero donde antes estaba el oído, mientras que otros rompieron sus cureñas y uno de doce libras explotó cuando una burbuja de aire en su cañón de metal fundido finalmente cedió. Con todo, siguieron en funcionamiento cañones franceses más que suficientes para continuar con la matanza. Los supervivientes de la infantería británica estaban petrificados y ensordecidos por los disparos. Menos de la mitad del ejército de Wellington se encontraba en condiciones de seguir combatiendo. Tenían el rostro ennegrecido por la batalla y el sudor abría surcos blancos en él, mientras que sus ojos estaban enrojecidos a causa de la irritación provocada por los residuos de pólvora que habían salido despedidos de las cazoletas de los mosquetes.

Sin embargo, maltrechos y sangrando, se aferraron a la colina bajo la empequeñecedora cortina de agitado humo que salía de los carros de munición en llamas. Hacía ya rato que el cañoneo francés había adquirido una indefectibilidad inhumana, como si los artilleros hubiesen liberado alguna fuerza malévolas del interior de la mismísima tierra, una fuerza que en aquellos momentos y sin apasionamiento pulverizaba el campo de batalla para convertirlo en sangre, rescoldos y terreno

irregular. No se veía a un solo humano en la colina dominada por los franceses, sólo había el banco de humo en el que los cañones hendían con destellos de fuego que se difuminaba en una brillante erupción de refulgentes llamaradas que luego se iban apagando para dar paso a la penumbra.

Sharpe, que se encontraba de pie a pocos pasos de distancia de su antiguo batallón, observó cómo los inquietantes estallidos de luz roja se inflamaban y se extinguían, y cada uno de aquellos resplandores no naturales señalaba unos segundos más de supervivencia. El miedo había llegado con la inactividad, y cada minuto que Sharpe pasaba esperando sin moverse en la colina lo hacía sentir más vulnerable, como si, capa a capa, su coraje se estuviera pelando. Harper, agachado en silencio junto a Sharpe, se estremeció mientras miraba con unos ojos como platos a las extrañas e inhumanas llamaradas que afloraban pulsátiles entre el humo.

Aquello era distinto a todo campo de batalla que cualquier soldado hubiera conocido. En España había parecido que los campos se extendían hasta el infinito, pero allí el combate se concentraba en el reñidero del pequeño valle sobre el cual el humo creaba una penumbra prematura y antinatural. Más allá del margen de la batalla, donde las cosechas permanecían intactas y la sangre no se deslizaba por los surcos de la arada, la luz del sol brillaba a través de los jirones de nubes sobre unos tranquilos campos, pero el valle en sí era un pedazo de infierno en la tierra que parpadeaba con las llamas y escupía humo.

Ni Harper ni Sharpe hablaban demasiado. Nadie hablaba mucho en la línea británica. A veces un sargento ordenaba a las filas que se cerraran, pero entonces las órdenes eran innecesarias. Cada uno de los soldados se limitaba sencillamente a aguantar lo mejor que podía.

Los fusileros franceses se estaban replegando a medida que se agotaba su munición. Eso, al menos, proporcionó un poco de alivio y dejó que los batallones británicos se tumbaran sobre el barro y la paja aplastados. Los *Voltigeurs* no se retiraron del todo a su propia colina, esperaron en el fondo del valle a que les trajeran un nuevo suministro de cartuchos. Tan sólo por el centro británico, frente a la recién capturada La Haye Sainte, unos fusileros a los que acababan de asignar avanzaban cuesta arriba entre el barretero fuego de metralla de los dos cañones de ocho libras que los franceses habían colocado en el jardín de la cocina de la granja.

Peter D'Alembord, insistiendo en que estaba bien, había vuelto junto al coronel Ford. Todavía llevaba el caballo de Sharpe que situó entonces bajo el estandarte del batallón que las balas de los fusileros habían convertido en jirones amarillos. El coronel Ford tenía los oídos tan embotados que apenas oía los pequeños comentarios que le hacía D'Alembord. No es que a Ford le importara. Agarraba las riendas de su caballo como si fueran su última sujeción a la cordura.

Un jinete solo cabalgaba sin prisas por el desolado paisaje tras los batallones

británicos. Su caballo tomó lentamente un camino entre las cureñas rotas y pasó junto a las hileras de casacas rojas muertos. Fragmentos de granadas humeaban en las chamuscadas y pisoteadas cosechas. El jinete era Simon Doggett y buscaba entonces su propio batallón de la Guardia Real, pero cuando se dirigía hacia el oeste vio a los dos fusileros agachados cerca de la cima de la colina. Doggett hizo girar a su caballo hacia los casacas verdes y lo detuvo a sus espaldas.

—Lo volví a hacer, señor. Lo hizo de nuevo, ¡maldita sea! —La escandalizada indignación de Doggett lo hacía parecer muy joven—. Así que le dije que era una media de seda llena de mierda.

Sharpe se dio la vuelta. Por un segundo parpadeó sorprendido, como si no reconociera a Doggett, y luego pareció salir del trance inducido por el aturridor cañoneo.

—¿Que hizo qué?

A Doggett le daba vergüenza.

—Le dije que era una media de seda llena de mierda.

Harper se rió en voz baja. Una granada pasó con un gemido por encima de sus cabezas y explotó a lo lejos por detrás. Le siguió una bala que cayó en la colina frente a Sharpe y lanzó una lluvia de tierra mojada. El caballo de Doggett apartó la cara de una sacudida para evitar las salpicaduras de barro.

—Los mató —dijo Doggett como patética explicación.

—¿Mató a quiénes? —preguntó Harper.

—A los soldados de la LAR. Había dos batallones, todo lo que quedaba de una brigada, los puso en línea y los mandó donde los aguardaba la caballería.

—¿Otra vez? —Sharpe parecía incrédulo.

—Murieron, señor. —Doggett no podía olvidar la visión de las espadas y los sables alzándose y cayendo. Había visto a un alemán huir de aquella carnicería; el hombre había perdido el brazo derecho cercenado por un sable pero había dado la impresión de que el soldado iba a escapar, sin embargo, un coracero había apretado el paso tras él y le clavó un golpe con su pesada espada, y Doggett hubiera podido jurar que el moribundo lanzaba una mirada de odio hacia la colina, donde estaba su verdadero asesino—. Lo siento, señor. No sirve de nada contárselo. Traté de detenerle, pero me echó.

Sharpe no reaccionó, excepto para desenfundar su fusil y meter un dedo en la cazoleta para comprobar si el arma todavía estaba cebada.

Doggett quería que Sharpe compartiera su ira ante el cruel comportamiento del príncipe.

—¡Señor! —suplicó. Entonces, como seguía sin obtener respuesta, habló en un tono más autocompasivo—. He arruinado mi carrera, ¿no es cierto?

Sharpe levantó la mirada hacia el joven.

—Al menos eso podemos arreglarlo, Doggett. Usted espere aquí.

Sharpe, sin decir una palabra más, empezó a andar hacia el centro de la línea británica mientras que Harper tomaba la brida de Doggett y le daba la vuelta a su caballo para alejarlo del valle.

—Todavía quedan algunos fusileros a los que no les importaría hacerle un agujero con sus mosquetes —le explicó el irlandés a Doggett—. ¿De verdad llamó a ese cabrón flacucho media de seda llena de mierda?

—Sí. —Doggett observaba a Sharpe mientras se alejaba.

—¿En su cara? —insistió Harper.

—Sí, así es.

—¡Es usted un hombre magnífico, señor Doggett! Estoy orgulloso de usted. — Harper soltó al caballo de Doggett a unos pocos pasos por detrás del grupo de abanderados del Voluntarios del Príncipe de Gales—. Ahora aguarde aquí, señor. El coronel y yo no tardaremos mucho.

—¿Adónde van? —le gritó a Harper cuando éste ya se iba.

—¡No muy lejos! —le respondió Harper, luego siguió a Sharpe hacia un banco de humo de pólvora que el viento empujaba y desapareció.

* * * *

Sharpe estaba a mitad de camino del olmo cuando Harper lo alcanzó.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el irlandés.

—Estoy harto de ese hijo de puta real. ¿A cuántos hombres más va a matar?

—¿Y qué va a hacer? —insistió Harper.

—Lo que alguien tendría que haber hecho en el maldito momento en que nació. Voy a estrangular a ese cabrón.

Harper le puso una mano en el brazo a Sharpe.

—Escuche...

Sharpe se zafó de la mano y se volvió hacia su amigo con un rostro furioso.

—Voy a ir, Patrick. ¡No me lo impida!

—Me importa un carajo si lo mata. —Harper estaba igual de enojado—. Pero no me diga que va a dejar que lo ahorquen por ello.

—¡A la mierda la maldita cuerda! —Sharpe siguió andando con el fusil en la mano derecha.

En el centro de la colina el humo era más denso y asfixiante que en los flancos. El estallido de las bocas de los dos cañones que los franceses habían colocado en el jardín de la cocina de La Haye Sainte llegaba casi hasta la cima de la loma y cada disparo bombeaba una mugrienta y hedionda niebla que cubría la ladera. Los franceses estaban disparando botes de metralla, lanzando una masiva carga de balas

de mosquete al corazón de las defensas británicas. Los artilleros británicos, expuestos al fuego enemigo en el horizonte mientras trataban de responder a los ataques, habían muerto o estaban heridos, lo cual permitió a los fusileros enemigos seguir arrastrándose para acercarse aún más al olmo marcado por las balas, cuyas hojas y la mayor parte de la corteza habían saltado por los aires.

Los oficiales de estado mayor que permanecían aún con vida, que no eran muchos, se habían alejado sensatamente del malparado árbol y en aquellos momentos mantenían sus caballos bien apartados por detrás de la cima. Sharpe no vio al duque, pero encontró al príncipe con su uniforme ribeteado en piel. El príncipe se encontraba a unos doscientos pasos de distancia, cerca de la carretera y rodeado por su estado mayor de holandeses. Era un blanco distante para un rifle cargado con un cartucho corriente en lugar de pólvora extrafina, y sería un disparo difícil a causa de los soldados que se amontonaban cerca del príncipe.

—¡Aquí no! —insistió Harper.

No muy lejos había un armón de cañón destrozado y dos caballos muertos; Sharpe se agachó entre los restos para ver si le proporcionaban la cobertura que necesitaba.

—No alcanzará a ese cabrón desde esta distancia —dijo Harper—. No lo llaman el Esbelto Billy por nada.

—Lo haré si Dios está de mi lado.

—Yo hoy no me fiaría mucho de Dios. —El irlandés observó la parte superior de la loma mientras trataba de que se le ocurriera alguna idea, vio entonces a una fila de fusileros de casaca verde que corrían hacia el valle. El príncipe había espoleado su caballo para seguir a los fusileros, acercándose así a la asediada cima de la colina.

—¿Adónde van esos muchachos? —preguntó Harper.

Sharpe vio a los casacas verdes y comprendió. El duque debía de haber reunido al resto de sus fusileros y les habría ordenado que acallaran los cañones que disparaban desde La Haye Sainte. Era un movimiento desesperado, pero los fusileros eran los únicos que podían silenciar con éxito aquellos cañones asesinos. Cincuenta casacas verdes se preparaban para atacar desde la cima y el príncipe, al que nunca le había faltado coraje, no pudo resistirse a avanzar para observar el combate.

De repente, Sharpe echó a correr hacia los fusileros que se habían detenido precisamente a corta distancia de la cima y que se hallaban agrupados y en cuclillas mientras calaban sus largas espadas con mango de bronce en los cañones de sus fusiles.

—Usted no viene —le gritó a Harper, que había empezado a seguirle.

—¿Y cómo me lo va a impedir?

—¡Merece morir, maldita sea! —Sharpe se echó al suelo detrás del pelotón de fusileros, quienes tenían el rostro ennegrecido por los restos de la pólvora que

estallaba en las cazoletas de sus fusiles. Su oficial al mando era el comandante Warren Dunnett, cuyo semblante reflejó un comprensible resentimiento cuando reconoció a Sharpe.

—¿Va a asumir el mando? —le preguntó fríamente.

—Sería un gran honor servir a vuestras órdenes una vez más, Dunnett. —Sharpe sabía ser muy diplomático cuando quería.

Dunnett, satisfecho con el cumplido, esbozó una sonrisa forzada.

—¡Vamos a hacerlo rápido! —les dijo a sus cincuenta hombres—. ¡Usen las bayonetas para despejar la cuesta y luego saquen provecho de sus disparos! Cuando hayan tirado, recarguen y derroten a los *Voltigeurs*. ¿Lo han entendido? —Los soldados movieron la cabeza en señal de asentimiento y Dunnett esperó. Esperó tanto que Sharpe se preguntaba si Dunnett habría perdido el valor, pero parecía ser que había otro grupo idéntico de fusileros que iban a atacar desde el otro lado de la carretera y los hombres de Dunnett sencillamente esperaban su señal para que los dos grupos cruzaran la cima de la loma al mismo tiempo.

Sharpe miró a sus espaldas. El príncipe se encontraba a menos de cincuenta metros de distancia, pero miraba por encima de las cabezas de los fusileros hacia La Haye Sainte. Sharpe, para disminuir el riesgo de que lo reconocieran, se embadurnó con fango el rostro lleno de cicatrices y se metió el sombrero tricornio en el cinturón.

Desde algún lugar al otro lado de la carretera una corneta hizo sonar los familiares tresillos consecutivos que daban la orden de abrir fuego.

—¡Ésta es la señal, muchachos! ¡Vamos! —Dunnett había esperado seis años para vengarse de los franceses y en aquel momento, con el sable desenvainado, condujo a los fusileros al otro lado de la cima.

Fue tan brusca la aparición de los fusiles que los fusileros franceses más cercanos quedaron atrapados. Los soldados clavaron las bayonetas, las soltaron de nuevo dando un empujón con el pie y siguieron adelante. Dunnett gritó un incoherente desafío y arremetió con su sable como un loco sin darle a nadie, haciendo silbar la hoja a través del humo con tanta ferocidad que los franceses se apresuraban a escapar de semejante apariencia de maníaco. Los cincuenta fusileros situados al otro lado de la carretera atacaron con la misma repentina y salvaje desesperación e hicieron retroceder a los aterrorizados *Voltigeurs* hacia el pie de la extensa ladera. El demencial ataque se detuvo a unos cien metros de La Haye Sainte cuando los fusileros abandonaron la persecución de los franceses para ocupar sus posiciones de tiro. Primero, antes de apuntar, desengancharon las bayonetas para que las pesadas hojas no les desequilibraran los fusiles.

Todos los soldados habían cargado con cuidado. Habían limpiado los cañones de sus rifles empleando el viejo recurso de orinarse dentro de los tubos, desprendiendo así las capas de pólvora endurecida, tirando después el infecto líquido. Luego, cuando

los cañones se habían secado, utilizando la pólvora extrafina que llevaban en los cuernos, los fusileros habían cargado sus armas. Habían envuelto las balas en pedazos de cuero engrasado, los cuales no sólo ayudaban a que el proyectil se ajustara a la superficie acaracolada del interior del cañón, sino que cuando se disparaba el arma, se expandían e impedían que el gas de la detonación se escapara por delante de la bala a través de las estrías del tubo. Se tardaba más de un minuto en cargar un fusil de forma tan meticulosa, pero el disparo resultante sería tan certero como el de cualquier otra arma del mundo.

En aquellos momentos, en el breve espacio y tiempo que habían ganado, los fusileros apuntaron a los artilleros que se divisaban por encima del seto del jardín de la cocina de La Haye Sainte. Estaban a un alcance de unos cien metros: un simple disparo de fusil, pero empañado con el humo que se movía con la brisa. Los artilleros del jardín estaban demasiado ocupados atendiendo a sus cañones como para darse cuenta de la amenaza.

Dunnett no metió prisa a sus hombres. Debió de estar tentado de instarles a disparar deprisa, puesto que los fusileros franceses se estaban reagrupando al pie de la ladera, pero confió en sus soldados y ellos no le defraudaron.

Los primeros fusiles, con sus culatas recubiertas de latón, golpearon contra los hombros amoratados tras todo un día de combate. Un humo blanco se levantó por toda la ladera. Los fusileros franceses empezaron a disparar cuesta arriba y dos casacas verdes retrocedieron tambaleándose. Otros fusileros seguían apuntando concienzudamente. Un artillero miró por encima de su baqueta hacia la ladera y una bala le alcanzó en la boca abierta. Un oficial de la artillería francesa cayó rodando hacia atrás, se puso medio de pie con dificultad y empezó a arrastrarse bajo las gualderas de su cañón. Más fusiles hicieron fuego. El oficial se desplomó en el suelo. Un puñado de artilleros huyeron hacia la granja, donde se amontonaron y se obstruyeron unos a otros el paso por la estrecha puerta y donde los alcanzó una descarga de fusilería. Los casacas verdes que ya habían disparado recargaron, no con la pólvora extrafina y la bala envuelta, sino con un cartucho normal y corriente. Entonces apuntaron sus armas hacia los fusileros.

—¡Retirada! —gritó a sus hombres Dunnett, cuyas órdenes se habían llevado a cabo a la perfección.

—¡Ya tengo a ese cabrón! —exclamó Harper.

—¿Dónde?

—Mire al árbol y luego a la izquierda unos treinta metros.

Sharpe estaba más abajo que Harper en la cuesta.

—Arrodílese. Apunte con su fusil hacia la granja.

Harper obedeció, desconcertado. Apoyó la pierna izquierda delante, puso en el suelo la rodilla derecha y apuntó su fusil hacia el jardín de la cocina que parecía estar

lleno de soldados de artillería muertos. Los primeros fusileros ya corrían cuesta arriba.

—¡Apresúrese, por el amor de Dios! —dijo Harper entre dientes.

Sharpe estaba tumbado en el suelo y metió su fusil entre el muslo derecho y la pantorrilla izquierda de Harper. Sharpe se encontraba bien oculto a los oficiales de estado mayor cercanos al príncipe, que estaban todos mirando a los masacrados artilleros en el jardín de la granja. El caballo del príncipe se hallaba perpendicular al valle, de manera que el hombro izquierdo de éste se presentaba ante la mira del rifle de Sharpe.

Sharpe no había tenido tiempo de cargar con la pólvora buena ni de envolver la bala en cuero. En cambio, estaba utilizando el cartucho corriente de pólvora gruesa, pero si Dios era benévolo aquella tarde, un cartucho normal y corriente bastaría para vengar a un millar de soldados muertos y tal vez para salvarles la vida a otros mil más.

—¡Dios salve a Irlanda! —masculló Harper—. ¿Quiere hacer el puñetero favor de darse prisa?

—No dispare hasta que yo lo haga —dijo Sharpe con calma.

—¡Moriremos juntos si no se apresura, maldita sea! —Sharpe y Harper eran casi los últimos fusileros que quedaban en la ladera. El resto retrocedían corriendo para ponerse a salvo mientras que los enfurecidos *Voltigeurs* iban tras ellos a toda prisa. Harper cambió su objetivo y apuntó su fusil a un oficial francés que parecía particularmente animado.

Sharpe apuntó al príncipe en el vientre. El Joven Franchute se encontraba a no más de unos cien pasos de distancia, lo bastante cerca para que Sharpe distinguiera la empuñadura de marfil de su gran sable. La bala del fusil descendería unos centímetros al cabo de unos cien pasos, por lo cual Sharpe alzó muy ligeramente la boca del cañón.

—¡Por el amor de Irlanda! ¿Quiere matar ya a ese cabrón?

—¿Preparado? —dijo Sharpe—. ¡Fuego!

Ambos dispararon a la vez. El rifle de Sharpe le golpeó el hombro al tiempo que se levantaba una nube de humo que ocultó al príncipe.

—¡Salgamos de aquí! —Harper vio que su objetivo daba una sacudida hacia atrás, tiró entonces de Sharpe para que se pusiera de pie y los dos salieron corriendo hacia la cima. Sharpe acababa de perpetrar un asesinato delante de todo un ejército, pero nadie le gritó, ni hubo nadie que se quedara boquiabierto de asombro porque nadie, al parecer, se había dado cuenta de nada. Una descarga francesa pasó silbando por encima de ellos. La bala de un *Voltigeur* golpeó contra la vaina de la espada de Sharpe y cayó al suelo con un ruido sordo.

Sharpe se empezó a reír. Harper se unió a él. Juntos subieron a la cima dando

tumbos, sin parar de reír.

—¡Justo en el maldito vientre! —exclamó Sharpe con manifiesto regocijo.

—Con su mierda de puntería probablemente habrá matado al duque.

—Fue un buen disparo, Patrick. —Sharpe habló con la misma vehemencia que cualquier joven fusilero que empezara a dominar aquella compleja arma—. ¡Noté que daba en el blanco!

El comandante Warren Dunnett vio a los dos fusileros que sonreían como monos y supuso que compartían su satisfacción ante una tarea bien hecha.

—¿Una operación con éxito, me da la impresión? —dijo Dunnett modestamente aunque no había duda de que estaba ansioso por recibir elogios.

Sharpe se los dedicó con mucho gusto.

—Permítame que lo felicite, Dunnett. —La eficiente incursión de los casacas verdes había dejado los cañones franceses de La Haye Sainte fuera de combate. Sus artilleros estaban muertos, abatidos por los mejores tiradores de los dos ejércitos.

Sharpe condujo a Harper detrás de una batería británica y desde allí vio que Rebecque y un grupo de otros oficiales holandeses ayudaban a llevarse de allí al príncipe. Éste había caído de lado y sólo se sostenía en su silla gracias al apoyo de su jefe de estado mayor.

—¡Harry! —gritó Sharpe al teniente Webster, el único ayudante de campo británico que le quedaba al príncipe—. ¿Qué ha ocurrido, Harry?

Webster se acercó adonde estaba Sharpe.

—Malas noticias, señor. El príncipe fue alcanzado en el hombro izquierdo. No es demasiado grave, pero no puede quedarse en el campo de batalla. Me temo que le dio uno de esos malditos fusileros.

—¡Oh, no, mierda! —Sharpe habló con aparente pesadumbre.

—En efecto, son malas noticias, señor —asintió Webster ofreciendo su comprensión—. Pero su alteza sobrevivirá. Se lo están llevando con los cirujanos y luego regresará a Bruselas.

Harper trataba de contener la risa. Sharpe frunció el ceño.

—Una lástima. —Su voz era ferviente—. ¡Una maldita lástima!

—Es usted muy amable al preocuparse de esta forma, señor, especialmente después de cómo lo ha tratado a usted —dijo Webster, incómodo.

—¿Lo saludará de mi parte, teniente?

—¡Claro que lo haré, señor! —Webster se llevó la mano al sombrero y luego se dio la vuelta para salir cabalgando detrás del príncipe herido.

Harper esbozó una sonrisa burlona y se mofó de Sharpe, imitándolo.

—Fue un buen disparo. Noté que daba en el blanco.

—El cabrón ya no está, ¿no es cierto? —dijo Sharpe a la defensiva.

—Sí —admitió Harper, y luego miró atribulado a lo largo de la línea británica—.

Y no pasará mucho tiempo antes de que todos nosotros desaparezcamos también. Nunca he visto nada igual, nunca.

Sharpe oyó al irlandés desesperar de la victoria y estuvo tentado de coincidir con él de no haber sido porque una pequeña parte de Sharpe se negaba a perder las esperanzas aun cuando sabía que en aquellos momentos haría falta un milagro para conseguir la victoria. El ejército británico había quedado reducido a una irregular línea de mermados y ensangrentados batallones agachados sobre el barro cerca de la cima de la colina que el humo coronaba y que hendían las explosiones de fango que lanzaba el continuo cañoneo. Tras los batallones, en la parte posterior de la colina no había nada más aparte de los muertos, los moribundos y los cañones rotos. En la linde del bosque los carros de munición ardieron hasta quedar reducidos a cenizas. No quedaban reservas.

Los dos fusileros caminaron con dificultad entre el humo hacia los Voluntarios del Príncipe de Gales, mientras que los cañones franceses, todos menos los dos que habían emplazado en el jardín de La Haye Sainte, seguían disparando. El valle estaba cubierto por la nube de humo que destellaba con la luz sobrenatural de los cañones.

Junto a La Belle Alliance sonó un vacilante toque de tambor. Hubo una pausa mientras el tambor apretaba los círculos de cuero en las blancas cuerdas para tensar el parche de su instrumento y luego los palillos hicieron sonar un garboso y confiado redoble. Se hizo otra pausa, se gritó una orden y todo un cuerpo de tambores empezaron a tocar el *pas de charge*.

Para decirles a los franceses que la Guardia Imperial estaba a punto de entrar en combate.

* * * *

El emperador abandonó La Belle Alliance y se dignó a bajar por la carretera montado en su caballo blanco hasta que casi llegó a La Haye Sainte. Se detuvo a pocos metros de la capturada granja y observó cómo su querida Guardia pasaba marchando. Los postreros honores de aquel día serían para los inmortales de Napoleón. La invicta Guardia cruzaría el abismo del infierno y acabaría con los últimos restos de un ejército derrotado.

La Guardia marchó con las bayonetas caladas. Los fogonazos del fuego de artillería francés se reflejaban en aquella fronda de hojas de acero y en el brillante lustre negro de sus sombreros de piel de oso. La Guardia llevaba los sombreros sin ningún adorno para la batalla, pero todos los soldados tenían una funda de lona encerada de unos cuarenta y cinco centímetros de largo sujeta con una correa a su *sabre-briquet*, y en las fundas estaban los penachos que fijarían en sus sombreros de piel de oso para su desfile de la victoria en Bruselas.

Siete batallones de la Guardia Imperial pasaron junto al emperador. Con ellos iban los ligeros y potentes cañones de ocho libras tirados por caballos que les ofrecerían un estrecho apoyo cuando llegaran a la colina.

Los tambores de la Guardia hacían avanzar la columna. Por encima de ellos, las alas extendidas y las ganchudas garras de las águilas refulgían, brillando en la penumbra del valle. La Guardia llevaba su estandarte sujeto a las águilas y las rígidas banderas de seda ofrecían unas vivas motas de color que contrastaban con los negros sombreros de piel de oso. La Guardia iba equipada con los más excelentes mosquetes de las armerías francesas, sus cartuchos estaban llenos de la mejor pólvora de los molinos franceses y sus bayonetas y sables cortos estaban afilados como navajas de afeitar. Eran los invictos héroes de Francia que marchaban hacia la victoria.

Sin embargo, la Guardia nunca había combatido contra la infantería de Wellington.

Aclamaron a su emperador al pasar. Él movió la cabeza en señal de satisfecho reconocimiento hacia los soldados del interior de las columnas que marchaban y alzó una mano para bendecirlos a todos. Apenas una hora antes, dos batallones de la Guardia habían expulsado de Plancenoit a todo un cuerpo de prusianos y entonces siete batallones caerían sobre un enemigo desgastado hasta el límite de sus fuerzas. Los últimos soldados de la caballería imperial cabalgaban a los flancos de la Guardia, y mientras la enorme columna avanzaba para adentrarse en el humo y el calor del fondo del valle, los fusileros fueron hacia ella y formaron filas para seguir a la Guardia. Quince mil soldados de infantería llevarían a cabo aquel último y triunfal ataque.

Y sería un triunfo, porque la Guardia imperial nunca había fallado, pero tampoco se había enfrentado nunca a los casacas rojas.

Los soldados de la Guardia salieron de la carretera y se dirigieron en diagonal hacia su izquierda en cuanto hubieron pasado por delante del emperador. Atravesarían los campos y subirían a medio camino de la ladera por la derecha de los británicos, siguiendo el camino de la caballería. Avanzaban al compás de los tambores. Iban al mando del mariscal Ney, el más valiente entre los valientes, a quien aquel día le habían matado cuatro caballos de un disparo, pero que en ese instante, sobre su quinto caballo, desenvainaba la espada y ocupaba su puesto a la cabeza de la columna.

La Guardia atravesó el prado lleno de muertos bajo el humo de los cañones en busca de la malparada y ennegrecida colina, donde esperaba la escoria de Gran Bretaña. La batalla había llegado al momento de la verdad y el emperador, cuya Guardia se había ido a combatir, regresó lentamente a aguardar la victoria.

* * * *

El duque galopaba por la derecha de su línea. Vio a la caballería francesa al pie de la ladera, pero no se atrevió a hacer formar a su infantería en cuadro porque había visto que se acercaba la Guardia y sabía que debían enfrentarse a ella en línea.

—¡Formen cuatro filas! —le gritó a los restos de la brigada de Halkett—. ¡Luego vuelvan a tumbarse en el suelo! ¡Cuatro filas! ¡Al suelo!

En aquellos momentos el fuego de la artillería francesa era irregular. Los casacas rojas se echaron al suelo, no para escapar al esporádico cañoneo, sino porque así permanecerían ocultos hasta el último momento del ataque de la Guardia. Sólo los oficiales británicos podían mirar por encima de la cresta de la colina hacia el punto donde la infantería francesa era una sombra oscura sobre la que caía el oblicuo resplandor de sus bayonetas. La columna fue avanzando lentamente por el fondo del valle, al parecer impulsados por el enorme despliegue de tambores que tocaban el *pas de charge* y que únicamente se detenían para dejar que la Guardia soltara el gran grito del imperio en guerra: «*Vive l'Empereur!*».

El coronel Joseph Ford miró desesperado el descomunal asalto. A su lado, todavía montado en el caballo de Sharpe, Peter D'Alembord se agarraba al pomo de su silla. El lado derecho de su gualdrapa estaba empapado con la sangre que había rezumado de su herida vendada. La pierna le dolía intensamente, con un dolor punzante. Se sentía débil, por lo que la sombra de la Guardia que avanzaba eclipsada bajo el humo parecía dar vueltas ante sus ojos. Quería pedir a gritos que lo ayudaran porque sabía que las fuerzas le abandonaban y sospechaba que el cirujano le había cortado una vena, pero no iba a darse por vencido, no precisamente entonces, no en aquel desesperado momento en el que la infantería enemiga finalmente iba a lanzar su ataque final.

—¡Señor! ¡Coronel Ford, señor! —Un oficial de estado mayor de la brigada, montado en un caballo que cojeaba, se acercó por la parte trasera del batallón—. ¿Coronel Ford, señor?

Ford se volvió sin ánimo para mirar al oficial, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa? —logró decir D'Alembord.

—Los estandartes a la retaguardia —respondió el oficial de estado mayor.

Por unos instantes D'Alembord se olvidó de su herida, de su náusea y de su debilidad. Olvidó sus miedos porque nunca había oído una orden semejante, ni una sola vez en todos sus años de combatiente.

—¿Los estandartes a la retaguardia? —pudo preguntar finalmente con voz de asombro.

—Son órdenes del general, señor. No vamos a darles a los franchutes la satisfacción de capturarlos. Lo siento, señor, de verdad que lo siento, pero son órdenes. —Hizo un gesto hacia la zona de retaguardia donde ya se estaban llevando los estandartes de otros batallones—. Los abanderados tienen que reunirse detrás de

nuestra caballería ligera, señor. Rápido, por favor, señor.

D'Alembord dirigió la mirada al lugar donde dos sargentos sostenían el estandarte de seda del batallón que estaba acribillado por los disparos de los mosquetes, ennegrecido por el humo y manchado de sangre. Siete soldados habían muerto aquel día mientras llevaban el estandarte, pero ahora las brillantes banderas tenían que enrollarse, deslizarse en sus tubos de cuero y esconderse. D'Alembord pensó que había algo vergonzoso en aquel gesto, pero imaginó que era preferible a dejar que los franceses capturaran los estandartes de todo un ejército, así que hizo una señal a los sargentos para que se dirigieran a la retaguardia.

—Ya han oído la orden. Llévenselos.

La voz de D'Alembord tenía un dejo de resignación. Hasta ese momento había albergado una pizca de optimismo, pero la orden de llevar los estandartes a un lugar seguro demostraba que la batalla estaba perdida. Los franceses habían ganado, así que los estandartes iniciarían la retirada británica. Tal vez el emperador tuviera su victoria, pero no le darían la satisfacción de amontonar los estandartes capturados en medio de las alborozadas multitudes de París. Se llevaron los grandes cuadrados de pesada seda con flecos donde los últimos miembros de la caballería británica esperaban para galopar con ellos a un lugar seguro. D'Alembord siguió con la mirada a las banderas mientras éstas desaparecían en el humo y se sintió desposeído.

Sharpe también vio cómo se llevaban los estandartes a la retaguardia. Había regresado del Voluntarios del Príncipe de Gales pero, como no quería interferir ni en el mando de Ford ni en el de D'Alembord, se situó a propósito a unos cincuenta pasos del flanco izquierdo del batallón. Cargó su fusil.

Harper, que había recargado el suyo, observó a la Guardia Imperial y se santiguó.

El teniente Doggett vio que los dos fusileros habían regresado y avanzó con su caballo para unirse a ellos. Sharpe lo miró y se encogió de hombros.

—Lo siento, teniente.

—¿Lo siente, señor?

—El príncipe no quiso atender a razones.

—¡Oh! —Doggett, que vio la ruina de su carrera, no pudo decir nada más.

—Ya ve, le di a ese cabrón en el hombro —explicó Sharpe— en lugar de en el vientre. Fue claramente una cuestión de mala puntería. Lo siento.

Doggett se quedó mirando fijamente a Sharpe.

—Usted... —no pudo terminar.

—Pero yo no me inquietaría —dijo Sharpe—, el hijo de puta ya tiene bastantes cosas por las que preocuparse sin tener que perder el tiempo en degradarle. Y si combate con nosotros ahora, teniente, me aseguraré de que su coronel reciba un elogioso informe sobre usted. Y no quiero parecer engreído, pero tal vez mi recomendación valga más que la del príncipe.

Doggett sonrió.

—Sí, señor.

Parecía engreído suponer siquiera la supervivencia. Doggett se volvió para mirar hacia el valle cargado de humo e invadido por el incontenible ataque enemigo. Un errante rayo de sol originaba unos brillantes destellos dorados en una de las águilas. Por debajo del oro, los largos abrigos oscuros y los altos sombreros negros de piel de oso les daban a los atacantes el aspecto de siniestros gigantes. La caballería, con las banderolas y las lanzas en alto, seguía a la inmensa columna, mientras que, más atrás, una cambiante masa de sombras revelaba el avance del resto de la infantería francesa. Los tambores eran claramente audibles por debajo de la más fuerte percusión de los cañones franceses que aún quedaban.

—¿Y ahora qué pasa? —Doggett no pudo evitar preguntarlo.

—Esos cabrones que van delante se llaman la Guardia Imperial —dijo Sharpe—, y su columna atacará nuestra línea, y nuestra línea tendría que destrozar su columna, pero ¿y después qué? —Sharpe no podía responder a su propia pregunta porque aquella batalla ya había llegado mucho más allá de su experiencia personal. La línea británica debería vencer a la columna francesa, porque siempre había sido y seguía siendo un artículo de fe del soldado de infantería el hecho de que así ocurriera siempre, pero Sharpe tenía la sensación de que aquella columna era distinta, que incluso si al principio retrocedía ante las descargas cerradas, de algún modo sobreviviría y traería detrás de sí al resto del enemigo en una última y catastrófica acometida. El orgullo de un imperio y el de un emperador dependían de aquel ataque impulsado por tambores.

—Usted no se preocupe por lo que ocurra, señor Doggett. —La voz de Harper sonó triste mientras atacaba la última bala de media pulgada en su pistola de siete cañones—. En cuanto oiga el *Old Trousers*, mate a tantos cabrones de éstos como pueda. Porque si no lo hace, esos hijos de puta lo matarán a usted, tan seguro como que dos y dos son cuatro.

Sharpe miró a Harper mientras el irlandés cebaba la enorme pistola y comprobaba que el pedernal estuviera bien asentado.

—Usted no debería estar aquí —le dijo.

—Un poco tarde para decírmelo. —Harper sonrió.

—Se lo prometió a Isabel —comentó Sharpe, pero sin contundencia. La verdad era que él no quería que Harper se fuera. El coraje no era algo inspirado por un rey o un país, ni siquiera por un batallón. El coraje era lo que un hombre le debía a sus amigos. Era mantener el orgullo y la fe frente a ellos. Para Sharpe y Harper era incluso un hábito; habían luchado uno junto a otro durante demasiado tiempo para que alguno de los dos se hiciera a un lado al final.

Y aquel momento parecía el final. Sharpe nunca había visto un ejército británico

menoscabado hasta el punto de la fragilidad, ni una carga como la monstruosa columna impulsada por los tambores que entonces tomaba forma en la penumbra de más abajo. Trató de sonreír para demostrarle a Doggett que en realidad no había necesidad de tener miedo, pero tenía los labios agrietados por el aire que la pólvora reseca, y todo lo que consiguió fue una mueca ensangrentada.

Harper miró fijamente a la columna y amartilló su arma.

—Dios salve a Irlanda.

Los artilleros de la línea británica que aún seguían con vida metieron botes de metralla encima de las balas, clavaron las agujas para romper los saquitos de pólvora e introdujeron las plumas en las chimeneas ennegrecidas. Los cañones, así como los casacas rojas, estaban preparados.

Y la Guardia Imperial vitoreó.

CAPÍTULO 20

—¡Griten, griten, cabrones! —El mariscal Ney alzó su espada y atrapó en ella la luz que se extinguía.

La Guardia vitoreó. Era lo mejor que tenía el emperador.

La espada de Ney descendió para señalar hacia la izquierda y la gran columna se dividió fácilmente en dos partes. La mayor de las dos recién formadas columnas lanzaría su ataque en las proximidades de Hougoumont, mientras que la más pequeña asaltaría la colina directamente por delante. La caballería seguiría los dos ataques gemelos, lista para perseguir al enemigo cuando rompiera filas, mientras que la gran concentración de infantería restante marcharía en la retaguardia del ataque para no ceder el terreno que la Guardia conquistara.

Los batallones de la Guardia que iban a la cabeza levantaron la vista y no vieron nada más que unos cuantos oficiales a caballo y un puñado de cañones en la cima de la colina.

Habían empezado su ascenso hacia la victoria. La ladera no era empinada. Se podía subir por ella corriendo sin tener que detenerse a recuperar el aliento. Algunos soldados tropezaron porque la caballería había revuelto la tierra, pero el suelo no estaba tan destrozado como para que las largas filas no pudieran mantener la formación. Aquellas filas de soldados avanzaban despacio, incluso de manera pesada, como si quisieran sugerir que su victoria era inevitable. Y para ellos lo era. Eran los inmortales, los invictos. Eran la Guardia Imperial.

* * * *

—¡Fuego!

Las resplandecientes mechas de combustión lenta de los botafuegos rozaron las plumas y los cañones de nueve libras retrocedieron con una estrepitosa sacudida de sus gualderas. Como sus tubos eran demasiado ligeros para una carga doble, los de seis libras sólo dispararon botes de metralla o balas. Los proyectiles de los cañones atravesaron profundamente las dos columnas. Los artilleros limpiaron el ánimo y atacaron con sus baquetas, y cuando volvieron a levantar la mirada, las columnas habían cerrado filas y continuaban avanzando, casi como si no hubiera muerto un solo soldado. Los tambores todavía sonaban y las ovaciones de los franceses seguían siendo tan confiadas y amenazadoras como antes. Se introdujeron las próximas plumas en las chimeneas, los artilleros se hicieron a un lado, se agacharon, y los cañones retrocedieron con fuerza.

El coronel Ford observaba con horrorizada incredulidad. La columna francesa más pequeña avanzaba para caer sobre la colina justo a la derecha de su batallón, y

Ford pudo ver que era totalmente incontenible. Vio caer la descarga sobre las largas casacas azules y las balas de cañón parecieron no dañarlas en absoluto. La Guardia absorbió los disparos, cerró filas, pasó por encima de sus muertos y heridos y siguió avanzando impasible.

Sharpe ya había visto antes columnas como aquéllas. Las había visto más veces de las que podía recordar, pero una vez más, al igual que en todas las demás ocasiones, se maravilló de cómo la infantería francesa podía aguantar aquel castigo. Con cada descarga de balas y botes de metralla la columna parecía estremecerse, pero luego cerraba sus filas y seguía avanzando. El fuego de los cañones no detendría a esos enormes soldados, sólo los disparos de los mosquetes podían hacerlo. Tendrían que ser descargas cerradas, tranquilas y rápidas; disparos de mosquete que mataban a los soldados a montones y hacían que las primeras filas se apilaran formando hileras de cadáveres.

Los cañones dispararon de nuevo y lanzaron sus proyectiles sobre la columna más cercana desde una distancia igual al alcance de una pistola. Sesenta soldados de la Guardia iban en cada fila. Las filas de delante se encontraban casi en la cima de la colina, mientras que las de detrás todavía no habían salido del humo que ensombrecía el fondo del valle. A la derecha de Sharpe, a lo lejos, donde esperaba la Guardia británica, la columna más grande ocupaba toda la ladera con su oscura amenaza, entonces Sharpe miró otra vez a la columna más cercana mientras esperaba que Ford diera las órdenes al batallón para que se pusiera en pie y disparara.

Los soldados de la Guardia Imperial gritaron «*Vive l'Empereur!*», y sus voces, de tan cercanas, sonaron roncadas y sobrecogedoras.

D'Alembord le echó una mirada expectante a Ford, pero el coronel se había quitado las gafas y las frotaba furiosamente con el extremo de su fajín.

—¡Por el amor de Dios, señor! —suplicó D'Alembord.

—¡Oh, Dios mío! —Ford se había dado cuenta de pronto de que las gafas estaban todas manchadas con los sesos del comandante Vine. Soltó un quejido y las soltó como si estuvieran incandescentes. Volvió a gimotear de nuevo cuando las preciadas gafas cayeron en el fango.

—¡Señor! —D'Alembord se balanceó encima de su montura.

—¡Oh, no! ¡No! —Al parecer, Ford se había olvidado completamente de la Guardia y, en cambio, estaba inclinado casi fuera de su silla en un intento por alcanzar sus gafas—. ¡Ayúdeme, comandante! ¡Mis gafas! Ayúdeme.

D'Alembord inspiró profundamente.

—¡En pie! —Su voz sonó débil, pero el batallón estaba esperando la orden y se levantaron con impaciencia para encontrarse con que tenían al enemigo ante su frente derecho. Peter D'Alembord se llenó los pulmones para gritar la siguiente orden, pero en lugar de eso, y con un ahogado grito de dolor, perdió el equilibrio y cayó sin

sentido de la silla. Tenía la pierna derecha llena de sangre. Lo que quedaba de sus bombachos, la media de seda, el vendaje y su zapato de baile estaban todos empapados en un resbaladizo montón de sangre. Cayó encima de las gafas del coronel Ford y las rompió.

—¡No! ¡No! —protestó Ford—. ¡Mis gafas! ¡Comandante, por favor! ¡Debo insistir! Me destrozará las gafas. ¡Muévase, se lo ruego! ¡Mis gafas! —gritó la última palabra con pura desesperación, revelando así su horror ante aquella última tragedia en un día de locura.

Los soldados del batallón se quedaron mirando boquiabiertos al coronel, luego volvieron de nuevo la mirada y vieron un cañón de ocho libras francés que patinaba y daba un violento giro detrás del tiro de caballos a medio camino ladera abajo. Las ruedas del cañón lanzaron barro a más de tres metros en el aire cuando el arma se deslizó hasta detenerse. Los artilleros hicieron girar las gualderas con palancas al tiempo que alejaban a los caballos. Ford levantó la vista sobre D'Alembord y vio la forma imprecisa del cañón, con su enorme tubo negro. La columna francesa se encontraba a unos cien pasos a la derecha de Ford, que veía los rostros de sus soldados como pálidas manchas borrosas en medio de la humareda. Y lo que era aun peor, la columna estaba empezando a desplegarse y sus filas traseras se abrían hacia el exterior para formar una ancha línea que desafiaría y aplastaría a los mosquetes británicos.

El cañón francés disparó.

El bote de metralla se estrelló estrepitosamente sobre las cuatro filas del batallón. Siete soldados fueron abatidos. Dos de ellos empezaron a dar unos gritos de mil demonios hasta que un sargento les dijo que dejaran de hacer ese condenado ruido. Ford, atormentado por esos gritos, no pudo soportarlo más. La lengua se le pegó al paladar y las manos le temblaban. Intentó hablar, pero no le salió la voz. Los franceses más cercanos estaban a menos de cincuenta metros e, incluso sin gafas, pudo ver sus bigotes y las listas brillantes que eran sus bayonetas. Vio sus bocas abiertas para lanzar su grito de guerra: «*Vive l'Empereur!*».

El batallón situado a la derecha de Ford iba retrocediendo poco a poco. Ellos, al igual que los hombres de Ford, eran supervivientes de la brigada de Halkett, quien tan cerca había estado de morir con los soldados del 69.º en Quatre Bras. En aquel momento, en que sus nervios estaban destrozados y sus oficiales muertos en su mayoría, cedieron terreno. Los franceses eran demasiado gigantescos, demasiado amenazadores y estaban demasiado cerca.

«*Vive l'Empereur!*».

Los hombres de Ford olían el pánico de sus vecinos. Ellos también retrocedieron arrastrando los pies. Esperaban órdenes, pero su coronel no podía detenerlos. Tenía la silla mojada, los intestinos revueltos y los músculos le temblaban sin que pudiera

hacer nada para evitarlo. Vio que la muerte se le acercaba en forma de una miope masa borrosa de casacas azules. Tenía ganas de llorar, porque no quería morir.

Aunque a la Guardia, a la invicta e inmortal Guardia del emperador, la victoria le sabía a gloria. «*Vive l'Empereur!*».

* * * *

—¡Ahora, Maitland! ¡Ahora le toca a usted! —El duque se había colocado detrás de los supervivientes de la Guardia británica de a pie que se encontraban frente a la mayor de las dos columnas francesas. El duque, que había aprendido su oficio como oficial de batallón, no pudo resistirse a dar las órdenes él mismo—. ¡En pie, soldados de la Guardia!

A los miembros de la Guardia francesa les dio la impresión de que la línea de casacas rojas se alzaba del fango como muertos que volvieran a la vida. Se levantaron de pronto y formaron una barrera que le cerró el paso a la columna francesa, la cual, de forma instintiva, frenó la marcha. Hacía tan sólo un momento la colina parecía vacía, y en ese instante, de golpe y porrazo, el enemigo había surgido de la devastada tierra.

—¡Adelante! —gritaron los oficiales franceses, en tanto que en la parte posterior de la columna de la Guardia Imperial los batallones empezaron a desplegarse hacia el exterior para formar la línea de mosquetes que se impondría al puñado de soldados que osaran enfrentarse a ellos.

—¡Prepárense! —Hacía muchos años que el duque no dirigía a un solo batallón en combate, pero no había perdido ninguna de sus habilidades y calculó el momento a la perfección. Los mosquetes británicos se alzaron de pronto, provocando con ello que a los franceses que se acercaban les pareciera como si los casacas rojas que aguardaban hubieran dado un cuarto de vuelta a la derecha. El duque puso una grave expresión, aguardó un segundo y luego gritó—: ¡Fuego!

Los mosquetes británicos llamearon. A cincuenta pasos de distancia no podían fallar y las filas que iban a la cabeza de la columna francesa fueron abatidas en medio de sangre y gritos. Los muertos podían contarse por docenas y crearon una barrera de carne y sangre que bloqueó el avance de las filas que iban detrás.

Más mosquetes retumbaron con humo y llamas e inundaron la colina con el sonido de las descargas de infantería.

A ambos flancos de la Guardia de Maitland había otros batallones acercándose a los franceses que se desplegaban. El 52.º, un batallón duro y empecinado que había aprendido su oficio en España, abandonaba la formación de línea y avanzaba para cargar contra la herida columna francesa por el flanco. Barrieron a la Guardia francesa con una descarga cerrada experta y letal. Puede que hubieran cruzado el

valle quince mil franceses, pero sólo el puñado de soldados que iban a la cabeza de cada columna podía utilizar sus mosquetes, y ese puñado se vio frente a las susurrantes descargas de los batallones de casacas rojas. De nuevo se enfrentaban columna y línea, y ésta anegaba con su fuego las cabezas de ambas columnas. Los flancos de retaguardia de la columna intentaron desplegarse en línea pero no pudieron, y en lugar de eso retrocedieron ante los incesantes disparos de mosquete.

La Guardia Imperial no podía avanzar ni formar su propia línea de tiradores, tan sólo podía quedarse inmóvil mientras el fuego de los casacas rojas la atacaba por el frente y por los flancos. Los oficiales franceses les gritaron a las tropas que avanzaran, pero los muertos obstruían el camino a los vivos bajo el azote de un fuego que convertía cada nueva fila delantera en una barricada de cadáveres. El sueño del emperador había empezado a desvanecerse.

Los soldados de la Guardia británica situados frente a la cabeza de la columna recargaron.

—¡Prepárense! ¡Fuego! —Los miembros de la Guardia de ambas naciones se hallaban lo bastante cerca unos de otros para verse las caras con claridad, lo bastante cerca para ver el lastimoso sufrimiento en los ojos de un hombre herido, para ver la amarga ira del maltrecho orgullo de un oficial, para ver a un soldado escupir tabaco o vomitar sangre, para ver cómo la determinación se transformaba rápidamente en miedo. La invicta e inmortal Guardia Imperial empezaba a flaquear, empezaba a retroceder poco a poco aunque los chicos de los tambores seguían intentando impeler a los soldados para que avanzaran al ritmo de sus desesperados palillos.

—¡Prepárense! —La voz de un oficial de la Guardia británica se alzó calmada y burlona—. ¡Fuego!

El sonido chasqueante y desgarrador de la descarga de un batallón inundó el cielo mientras las balas de mosquete alcanzaban su objetivo a través del agitado humo. Los soldados de la Guardia británica habían detenido el avance francés, en tanto que el 52.º se había acercado al flanco de la columna y lo estaba convirtiendo en una masa ensangrentada con su despiadado y mortífero fuego. La muerte de aquella columna les había llevado muchas horas de práctica, tediosas horas de cargar, atacar, cebar y disparar hasta que los casacas rojas fueron capaces de realizar los movimientos de carga de un mosquete, incluso mientras dormían la mona de ron. Sus rostros ennegrecidos por la pólvora se torcían en una mueca cuando las culatas revestidas de latón chocaban contra sus amoratados hombros. Eran la escoria de la sociedad y estaban convirtiendo a los niños mimados del emperador en despojos sanguinolentos.

—¡Ahora les toca a ustedes! —La voz del duque atravesó el ruido—. ¡Calen bayonetas!

Habían detenido el avance de la Guardia Imperial. Sabrían entonces lo que era la derrota.

Wellington echó un vistazo a su izquierda y vio la suya propia.

* * * *

Los últimos miembros de la caballería ligera británica se habían desplegado en línea a menos de cien metros por detrás de la brigada de Halkett. Se habían apostado allí por si ocurría un desastre. Algunos de ellos llevarían los estandartes del derrotado ejército a un lugar seguro, mientras que el resto protegería la retirada de la infantería británica superviviente con un último ataque suicida.

Creyeron que el ataque suicida era inminente porque veían que los batallones de la brigada de Halkett retrocedían poco a poco hacia ellos. Más allá de aquellas asustadas tropas, una columna de la infantería francesa, oscura sobre la cima, salía de entre la oscuridad cargada de humo del valle. A la derecha, a lo lejos, la Guardia británica se mantenía firme y descargaba una lluvia de fuego de mosquete contra otra columna enemiga, pero allí, más cerca del centro de la línea británica, los casacas rojas estaban cediendo terreno y los soldados del emperador forzaban su avance de forma implacable.

—¡Deténganlos! —gritó un coronel de caballería. Señaló, no a los franceses, sino a la infantería británica.

Los sables salieron de sus vainas con un ruido áspero y los jinetes espolearon a sus caballos y avanzaron para amenazar a su propia infantería.

Los casacas rojas retrocedían pesadamente. Los heridos suplicaban a sus compañeros que no les abandonaran. Algunos oficiales y soldados trataron de contener el pánico que se extendía, pero los batallones, que nadie comandaba, sabían que aquella batalla estaba perdida porque se habían llevado los estandartes, y sabían que dentro de un momento las largas bayonetas francesas arremeterían para taladrarlos. Los soldados del Voluntarios del Príncipe de Gales miraron hacia atrás, esperando órdenes, y todo lo que vieron fue que su propio coronel, aterrorizado y medio ciego, retrocedía a lomos de su caballo. Por detrás del coronel estaba la caballería. Los casacas rojas miraron a la izquierda hacia el espacio abierto de la colina por donde la huida todavía era posible. Ya no eran soldados; eran una multitud al borde de una aterrorizada huida y entonces, por encima del ruido de los tambores, por encima del sonido de los cascos de los caballos y de los retumbos de las descargas de la Guardia británica, por encima de los vítores de los franceses hacia su emperador, una voz tremenda acalló el campo de batalla.

—¡South Essex! ¡Alto! —La voz llenó el espacio entre el barro que apestaba a sangre y el humo—. ¡Sargento Harper!

—¡Señor! —La voz de Harper respondió desde la retaguardia del batallón.

—¡Matará usted al próximo que dé un paso atrás, y eso incluye también a los

oficiales!

—¡Muy bien, señor! —El tono de Harper tenía un convincente dejo de ira, como una implícita promesa de que sin duda asesinaría a cualquiera que retrocediera un solo paso.

Sharpe se situó frente al batallón de espaldas a la columna francesa. Su caballo, que D'Alembord había estado montando, lo sujetaba un sargento de la compañía de granaderos. Sharpe imaginó que el hombre había estado a punto de montar y salir huyendo de la esperada derrota, y entonces el sargento le lanzó a Sharpe una mirada atemorizada y desafiante.

—¡Traiga el caballo aquí! —gritó Sharpe al sargento, no con enojo, sino manteniendo casi una total naturalidad, como si tras él no hubiera una maldita y enorme columna de victoriosa infantería francesa precipitándose por la cima de la colina a menos de un tiro de pistola de distancia—. ¡Traiga el caballo! ¡Ahora, rápido! —Sharpe quería montar para que todos los soldados del batallón pudieran verle. Aquellos soldados ya no poseían estandarte, ya no tenían unos pocos y preciados oficiales, por lo cual debían ver a quién tenían al mando y ver que no eludía la amenaza impulsada a golpes de tambor que tan cerca tenían.

—¡Formen filas! ¡Apresúrense, ahora! —Sharpe dejó el fusil en la pistolera de la montura y subió torpemente a la silla. En el fondo se estaba estremeciendo porque esperaba que una descarga de los mosquetes franceses lo abatiera a él y a su caballo, pero tenía que demostrar tranquilidad frente al asustado batallón. Aquellos soldados lo conocían, confiaban en él, y Sharpe sabía que iban a combatir como los cabrones nacidos en el arroyo que eran si se les ofrecía la oportunidad y se les proporcionaba un líder. Le dio las gracias al sargento por traerle el caballo y entonces, mientras trataba de introducir el pie izquierdo en el estribo, se volvió para mirar hacia las cuatro filas que flaqueaban—. ¡Asegúrense de que han cargado! —Dio la vuelta a su caballo para poder ver al enemigo. ¡Dios, sí que estaban cerca! Marchaban hacia el espacio abierto que había a la derecha del Voluntarios del Príncipe de Gales, un espacio que había dejado vacío un aterrorizado batallón que al parecer había huido. Sharpe le dio vueltas a la idea de dirigir a sus propios hombres hacia ese espacio, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde. Los franceses casi habían atravesado la línea británica, así que ahora tendrían que recibir el ataque en su abierto flanco derecho.

Un oficial francés a caballo galopaba hacia ese flanco abierto y señalaba con su espada a Sharpe, sin duda mostrándoles un objetivo a sus hombres, y la expresión confiada del oficial francés hizo enojar a Sharpe que, para demostrar su más absoluto desprecio, dio la espalda al enemigo y se puso frente a sus hombres.

—¡Vamos a avanzar! ¡Después lanzaremos unas cuantas descargas a esos cabrones de mierda! —Recorrió con la mirada las inquietas filas; estaban manchadas

de pólvora, ensangrentadas y avergonzadas, pero ya habían recuperado la calma y tenían sus mosquetes cargados. Tal vez se tratara de un batallón diezmado y medio derrotado, pero para Sharpe era un arma con la que podía combatir con una precisión letal. Parpadeó cuando una bala de mosquete le pasó volando muy cerca de la mejilla y luego sonrió al tiempo que desenfundaba su larga espada. Quería que los soldados vieran su satisfacción, porque aquél era el momento en el que un soldado tenía que encontrar un perverso placer al matar. Los remordimientos y la compasión venían después, porque eran los lujos que proporcionaba la victoria, pero aquella escoria debía matar y el enemigo debía temer su disfrute al hacerlo. Sharpe sostuvo la espada en alto y luego hizo descender la punta para señalar hacia el enemigo—. ¡El batallón avanzará! ¡Sargento Harper! ¡Si es usted tan amable!

—¡Batallón! —La voz del sargento era fuerte y segura, era la voz de un hombre que hacía su trabajo de forma despreocupada—. ¡Batallón! ¡Adelante! ¡Marchen!

Marcharon. Sólo habían pasado unos segundos desde que habían empezado a retirarse y desde que a sus filas las habían hecho flaquear convirtiéndolas en un caos, pero entonces, con alguien al mando, avanzaron hacia la conquistadora Guardia. Sharpe mantuvo quieto a su caballo para dejar que el batallón se dividiera a ambos lados y sólo entonces marchó, un jinete avanzando en el centro de un batallón en marcha. Vio que un batallón de infantería de Brunswick abría fuego contra el flanco de la columna francesa más alejado, pero sus disparos no fueron suficientes para detener a la Guardia, sólo para hacer que se desviara en dirección a los Voluntarios del Príncipe de Gales. Todavía no había tropas que hicieran frente a la cabeza de la columna, en tanto que las filas de retaguardia de aquella enorme formación se estaban desplegando con torpeza para formar una línea de tiradores destinada a sumergir a los impresionados defensores en una lluvia de disparos. Tras la Guardia, una multitud de soldados de caballería e infantería menor seguía adelante colina arriba, listos para convertir un descalabro británico en una derrota aplastante y una matanza.

—¡Compañía de granaderos! ¡Alto! ¡El batallón hará una conversión a la derecha! ¡Conversión derecha! —Sharpe corría el riesgo de que sus hombres no comprendieran y no obedecieran aquella complicada orden en medio del ruido, el calor y el miedo. Habría sido más sencillo detener el batallón y disparar oblicuamente contra la columna francesa, pero con una solución como aquélla la mitad izquierda del batallón se hubiese quedado atrás a bastante distancia del enemigo. Sin embargo, si el batallón cambiaba de frente de forma ordenada, realizarían un amplio giro como el de una puerta de vaivén y quedarían frente al flanco enemigo que se desplegaba. La compañía de granaderos, situada a la derecha de la línea, permaneció inmóvil mientras que las restantes compañías giraron sobre ella—. ¡A paso ligero! —El alférez Huckfield metió prisa a la compañía ligera que tenía más distancia que recorrer.

La línea de conversión era irregular, pero eso no importaba. Llevaban sus mosquetes para enfrentarse a los franceses; Sharpe sintió la exultación de dirigir un batallón en combate. Vio el temor en el rostro del oficial francés a caballo que comprendió exactamente el horror que estaba a punto de desatarse sobre sus hombres.

—¡Alto! —Sharpe detuvo al oscilante batallón a unos cincuenta pasos de distancia del flanco de la columna. Toda la batalla se reducía entonces a unos cuantos pasos sucios de aire cargado de humo—. ¡Presenten armas! —Los pesados mosquetes del batallón se alzaron. Sharpe esperó un instante. Vio que los soldados de la Guardia abrían la boca para gritar su letanía de alabanzas al emperador, pero antes de que pudieran emitir un solo sonido, Sharpe dio finalmente la orden—: ¡Fuego!

Oyó el familiar sonido, el bendito sonido, el estrepitoso chasquido de los mosquetes de un batallón al escupir las balas, y vio que el ala de la columna que se estaba desplegando daba una sacudida cuando los proyectiles alcanzaron su objetivo. Unos cuantos soldados franceses devolvieron los disparos, pero seguían marchando y tenían los mosquetes desequilibrados por las bayonetas caladas, por lo que sus disparos fueron desacertados. El oficial a caballo había caído y su montura se retorció en el suelo en tanto que él se alejaba arrastrándose. Harper le gritaba al batallón que recargara. Simon Doggett, todavía a lomos de su caballo, disparaba una pistola por encima de las cabezas del batallón. Las baquetas traqueteaban en los cañones de los mosquetes mientras los soldados atacaban desesperadamente las balas contra la pólvora.

El batallón de Sharpe amenazaba el flanco derecho de la Guardia Imperial, mientras que por su flanco izquierdo las tropas de Brunswick dispararon otra descarga, pero justo delante de la columna no había nada más que una destrozada concentración de casacas rojas. La caballería británica se acercó a aquellos asustados soldados, pero antes de que pudieran utilizar sus sables contra los casacas rojas el duque se colocó entre ellos y por algún motivo los soldados se detuvieron y se dieron la vuelta al oír su voz confiada. Los oficiales de estado mayor galoparon entre los fugitivos; se consiguió extraer el orden de su propio caos, los mosquetes apuntaron y una irregular descarga lanzó una lluvia de fognazos contra la cabeza de la columna. La Guardia, atacada por tres lados, se detuvo y retrocedió ante los disparos de los mosquetes.

Sharpe observó que las filas centrales de la columna empujaban a los inmóviles soldados que estaban delante.

—¡Fuego! —Sharpe arrojó contra el flanco derecho francés otro cúmulo de balas. La columna seguía intentando avanzar y las últimas filas describían una curva oblicua para alejarse de la línea de tiradores; Sharpe tuvo la sensación de que la suerte de aquella batalla dependía totalmente de los próximos segundos. Si permitían que los franceses avanzaran sobre sus propios muertos, éstos podrían entonces inundar la

colina con su venganza y la frágil línea británica se haría pedazos. Sin embargo, si podían hacer retroceder a aquella columna, la línea británica tendría un respiro durante el cual, o bien la noche, o bien los prusianos, podrían hacer que sobrevivieran a una derrota.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! —exclamó una voz francesa gritando con desesperación en el centro de la columna. Los tambores seguían tocando su mensaje de victoria. «*Vive l'Empereur!*».

—¡Adelante! ¡Adelante por el emperador!

—¡Calen las bayonetas! —gritó Sharpe como respuesta.

Los soldados del batallón, que ya estaban recargando, dejaron sus cartuchos a medio rasgar y extrajeron sus bayonetas. Encajaron las hojas en los ennegrecidos cañones de sus armas. Los tambores franceses sonaban desesperadamente cerca. Sharpe condujo su caballo a la cabeza del batallón. El animal estaba nervioso y tenía la piel resbaladiza a causa del sudor; él todavía tenía la espada manchada con la sangre que había derramado en el patio de Hougoumont. Vio que la columna francesa se abría paso por encima de los cuerpos de los soldados a los que su última descarga había matado y se preguntó si tendría suficientes bayonetas para romper las filas de aquellos confiados franceses, pero sólo había una manera de hallar la respuesta, y de pronto Sharpe sintió el antiguo entusiasmo de la batalla y el placer demencial que proporcionaba, alzó su larga espada ensangrentada y ordenó a su batallón que avanzara.

—¡A la carga!

Los supervivientes del Voluntarios del Príncipe de Gales atacaron con toda la furia de hombres resentidos, a los que les habían hecho pasar por un verdadero infierno todo el día, enfrentándose a los inmaculados e intactos favoritos de un emperador que hasta ese momento se había resguardado de la muerte. Cargaron contra ellos con los rostros ensangrentados y manchados de pólvora, y gritaron como furias al tiempo que arremetían con sus bayonetas.

El flanco de la columna trató de retirarse ante aquel ataque, pero los franceses no hicieron otra cosa que apretujarse contra las filas que había detrás y que todavía intentaban avanzar al son de los tambores. El sonido de aquellos instrumentos era amenazador, pero incluso los soldados resguardados en el mismo centro de la columna fueron conscientes de que algo iba mal. Su flanco izquierdo estaba siendo abatido por las descargas de las tropas de Brunswick, el duque había vuelto a formar a los casacas rojas al frente y entonces los hombres de Sharpe arremetían por la derecha.

Sharpe clavó las espuelas, el caballo dio un salto adelante y su espada descendió con estrépito, como un hacha. La hoja hizo saltar una larga esquirra de un mosquete que paró su golpe, luego volvió a asestar una cuchillada que atravesó un gorro de piel

de oso con un ruido sordo e hincó de rodillas a un francés. El caballo relincho y retrocedió cuando una bayoneta se le clavó en el pecho, pero entonces los casacas rojas irrumpieron junto a Sharpe para dirigir sus hojas de acero contra el enemigo. Los Voluntarios del Príncipe de Gales tenían una cuenta que saldar, por lo que se lanzaron contra los inmortales del emperador con una ferocidad que sólo podían mostrar los hombres que expiaban un momento de cobardía.

El caballo de Sharpe estaba herido, pero no de muerte. Dio un fuerte relincho de miedo o de dolor al tiempo que Sharpe apartaba un mosquete con un estrepitoso golpe de espada y luego arremetió contra el rostro del francés. El soldado retrocedió para esquivar la hoja y cayó bajo las bayonetas de dos casacas rojas que gruñían y que propinaron una fuerte estocada para que su acero atravesara el pesado sobretodo azul del francés. El enemigo retrocedía poco a poco y con dificultad. Los franceses estaban tan apiñados en la columna que no disponían de espacio para utilizar sus armas de forma adecuada. Los soldados de Sharpe lanzaban un lamento al tiempo que mataban, cantando con voz suave una horrible música mientras embestían, acuchillaban y se abrían paso a la fuerza luchando entre los muertos. El caballo de Sharpe casi tropezó con un cadáver y él tuvo que agitar la espada para no perder el equilibrio. La colina apestaba a sangre, sudor y humo de pólvora. Un enorme estrépito anunció que Harper había disparado su pistola de descarga múltiple a quemarropa contra las filas de la Guardia y el irlandés se lanzó entonces contra el espacio que sus balas habían abierto. Ensanchó aquel espacio a golpes de bayoneta, acompañando cada una de aquellas atroces arremetidas con un grito de guerra en gaélico.

El teniente Doggett, que seguía a lomos de su caballo, les gritó a las filas que le dejaran paso y luego estrelló su caballo con fuerza contra las tropas francesas y la emprendió a cuchilladas con su delgada espada. Gritaba como un loco, escondiendo su terror bajo un sonido lo bastante demencial para un humeante campo de sangre. Arremetió contra ellas con su espada, pero las filas francesas estaban tan cerradas que no pudo abrirse paso a la fuerza hacia el trofeo. Insultó a un soldado mientras lo mataba y luego clavó la espada en un rostro bronceado y con bigote girando la hoja para arrancarle la mejilla.

—¡El águila! ¡El águila! —gritó Sharpe, y maldijo a los soldados que le impedían el paso. Junto a Sharpe, por debajo de él, las bayonetas acuchillaban y giraban, pero de pronto el dorado estandarte del enemigo desapareció, fue arrancado de la cima de la colina y retrocedió cuando la Guardia del emperador inició su retirada. Los tambores habían dejado de sonar y la inmortal Guardia invicta huía.

Corrían. Hacía tan sólo un momento estaban tratando de luchar, y al minuto siguiente gritaban que todo estaba perdido y retrocedían como podían de las sangrientas bayonetas con el pánico y el miedo reflejado en sus bigotudos rostros, y

los casacas rojas, que jadeaban y estaban cubiertos de sangre como perros de caza al caer sobre su presa, observaron en silencio como la elite enemiga escapaba. La Guardia había sido vencida por lo que quedaba de unos asesinos con casaca roja que habían surgido del barro para vapulear la gloria de un emperador.

—¡No les den la oportunidad de marcharse! —Una voz autoritaria se alzó con claridad entre el humo y el caos. El duque, que conducía su caballo a medio galope tras los batallones victoriosos, miraba fijamente a los franceses que huían—. ¡No dejen que se vayan! ¡Avancen ahora! ¡Eliminémoslos de nuestro territorio! —Como de costumbre, había un tono de impaciencia en la voz del duque, como si sus soldados, habiendo llevado a cabo el milagro de derrotar a la Guardia Imperial, lo hubieran decepcionado al no haber convertido todavía aquella derrota en un descalabro aplastante. Pero, también como de costumbre, el duque lo había visto todo y no fue descortés en aquel momento de salvación—. ¡Señor Sharpe! ¡Estoy endeuda con usted! ¡Ahora éste es su batallón! ¡Así que hágalo avanzar!

—¡Batallón! —Sharpe no tuvo tiempo de saborear su recompensa, de manera que enderezó su línea para situarla de cara al valle, donde los franceses seguían concentrados y desde donde seguramente lanzarían su próximo ataque—. ¡Compañía ligera manténganse firmes! ¡Que avance el flanco derecho! ¡Marchen!

El batallón hizo conversión hacia la izquierda para volverse a situar frente al enemigo. Tuvieron que sortear los cuerpos de los franceses muertos y agonizantes. Un soldado llamaba a su madre y daba unos horribles aullidos hasta que la incisión de una bayoneta acalló su voz. Un caballo herido, cuya grupa era un amasijo de sangre y carne desgarrada, pasó por delante de Sharpe galopando por la ladera.

—¡El batallón avanzará! —Los sargentos y cabos repitieron la orden de Sharpe. Éste no sabía si quedaba algún oficial, aunque vio que Simon Doggett estaba aún con vida y oyó la voz de Patrick Harper, luego se disipó el humo de la cima de la colina y Sharpe hizo avanzar a sus hombres hacia el mismo extremo del valle, donde, asombrosamente, milagrosamente, vieron que no habría más ataques franceses pues el enemigo se había retirado y había roto filas.

La batalla estaba ganada y la infantería enemiga corría por todo el campo de batalla envuelto en humo. La Guardia, la inmortal e invicta Guardia, había sido derrotada, y si la Guardia podía perder, entonces no hubo un solo francés que se considerara a salvo, por lo que el terror se había apoderado de todo un ejército. Todavía quedaban muchas tropas francesas, suficientes para arrollar la colina británica, pero aquellas tropas habían visto que la Guardia Imperial huía y había cundido el pánico, por eso todo un ejército corría para ponerse a salvo. Unos cuantos oficiales de estado mayor galopaban entre los franceses e intentaban hacerlos volver a formar, pero la victoria se había venido abajo y se había convertido en una pesadilla en unos pocos segundos de descargas y acero, así que los franceses corrían, salvo

unos cuantos soldados valientes que intentaban mantenerse firmes en el fondo del valle.

El conde de Uxbridge, que había perdido la caballería del duque igual que el mariscal Ney había perdido la del emperador, detuvo su caballo al lado de Wellington, que miraba detenidamente a los pocos enemigos que todavía se mostraban desafiantes.

—¡Oh, diantre! —dijo el duque con asombro—. ¡De perdidos, al río! —El duque se quitó el sombrero con sus cuatro escarapelas. Milagrosamente el sol encontró una veta de atmósfera limpia entre las nubes y el humo y lanzó su inclinada luz dorada sobre el duque cuando éste blandía el sombrero hacia delante. Empujó el sombrero hacia delante de nuevo como señal para que toda la línea británica avanzara. En esa ocasión no sólo tenían que echar a los franceses de la colina, sino de todo el campo de batalla. Habían defendido su territorio durante todo el día, pero en ese instante podían atacar el del enemigo—. ¡Adelante! —gritó el duque—. ¡Adelante! ¡No resistirán! ¡Adelante!

Y así lo hicieron. Los maltrechos supervivientes en sus destrozadas filas avanzaron al fin. En algún lugar un gaitero empezó a tocar su desenfrenada música escocesa mientras los casacas rojas marchaban en una línea irregular hacia el fondo del valle para llevar a un enemigo derrotado hacia la destrucción final. Unos últimos cañones dispararon desde la colina francesa como el desafío de un perdedor en el momento de la derrota.

Una de las balas de cañón pasó junto al duque y alcanzó al conde en la rodilla.

—¡Dios mío! ¡He perdido la pierna!

—¿La ha perdido? ¡Por Dios! —El duque avanzó al galope hacia donde sus soldados de infantería marchaban hacia el fondo del valle—. ¡Sigán adelante! ¡Ahora ya no aguantarán! ¡Adelante!

Los aturdidos soldados descendieron por una ladera que habían defendido todo el día. Lentamente, con incredulidad, se fueron percatando de la realidad de la victoria. Habían vencido, por Dios que habían vencido, y a su izquierda, hacia el este, el cielo parpadeaba con nuevos disparos de cañón y el sol poniente iluminó unas tropas de uniforme oscuro que se arremolinaban al subir por el flanco de la distante colina francesa. Finalmente los prusianos habían llegado.

Un regimiento de la caballería ligera británica, que se había reservado para cubrir la retirada, avanzó entonces al trote para aprovecharse de la victoria.

—¡Dieciocho! —gritó su coronel—. ¡Sígueme!

—¡Hasta el infierno!

La trompeta tocó las diez notas mareantes. Los jinetes bajaron a toda velocidad por la ladera rajando a los supervivientes franceses, sableando a los últimos artilleros que habían permanecido junto a sus armas, y luego vieron un batallón de reserva de

la Guardia formado en cuadro en la colina enemiga. El cuadro retrocedía poco a poco, trataba de escapar de forma ordenada a la aplastante derrota para así estar listos para luchar por el emperador otro día.

Los sables británicos rompieron el cuadro. Los jinetes hicieron lo que toda la caballería de Francia no había conseguido hacer: rompieron un cuadro. Murieron en su empeño por hacerlo, pero en aquel momento nada los detendría. Aquello era la victoria. Era mejor que la victoria, era la venganza, así que los jinetes, ebrios de ron, arremetieron con sus sables contra los sombreros de piel de oso y se abrieron camino a la fuerza con sus caballos por entre los muertos para convertir a los vivos en jirones sanguinolentos con su acero. Los prusianos marchaban por la izquierda, los británicos avanzaban por el valle y el emperador huyó adentrándose en la penumbra al tiempo que sus águilas caían.

Los Inniskillings fueron los únicos que no avanzaron. Los que no estaban muertos estaban heridos, ya que los irlandeses habían retenido el punto débil en la línea del duque, y lo habían retenido hasta el final. Habían muerto en sus filas, no habían dejado de luchar ni un momento y entonces habían ganado. Yacían en un cuadro perfecto y su estandarte todavía ondeaba entre las nubes de humo mientras que los últimos soldados vivos miraban por aquel valle saciado de fuego que apestaba a sangre, un valle arrancado del infierno: un campo de batalla.

EPÍLOGO

Los heridos estaban tendidos bajo una luna humeante mientras que los vivos, exhaustos, dormían.

Era una noche cálida. Poco a poco una suave brisa del oeste se llevó el hedor a pólvora, aunque el olor de la sangre iba a persistir en la tierra durante semanas. Los saqueadores se arrastraban en medio de la oscuridad. Para los belgas pobres cualquier ápice de basura valía dinero, ya fuera un peto de coracero con hendiduras de bala, una espada rota, un par de botas, la silla de un soldado de caballería, una bayoneta o incluso una tira de tela. Desnudaron a los muertos y mataron a los heridos para llevarse sus uniformes. Los caballos malheridos relinchaban lastimosamente mientras esperaban la muerte en un campo que susurraba con el movimiento de ladrones y asesinos. Unas cuantas hogueras parpadeaban entre la carnicería. Más de cuarenta mil soldados yacían muertos o heridos en el valle, y los supervivientes no podían más.

Lord John Rossendale seguía tendido en el valle, donde se veía arrastrado dentro y fuera de la conciencia. El dolor había disminuido durante la noche, pero también lo había hecho su lucidez. Soñó. En ocasiones hasta fue feliz en sus sueños, pero en aquellos momentos unas manos empezaron a tirarle del pecho y él gimió y trató de zafarse de aquellos dedos que lo agarraban y le causaban tanto dolor. Una mujer le dijo que se quedara tumbado y no se moviera, pero lord John se sacudía mientras un dolor punzante se le clavaba y le imprecaba. La mujer, una habitante del pueblo de Waterloo, estaba intentando arrancar la casaca del cuerpo de lord John. Su hija, una niña de ocho años, vigilaba por si veía a los pocos centinelas que trataban de evitar el saqueo.

Lord John creyó que la mujer era Jane. Estaba ciego, por lo que no sabía que todavía se hallaban en mitad de una oscura noche; él creía en cambio que era de día y que Jane lo había encontrado, y empezó a sollozar de dicha al tiempo que levantaba el brazo para cogerla de la mano. La mujer maldijo a lord John por complicarle tanto la vida, pero estaba preparada para esa clase de víctimas tan poco dispuestas a colaborar. Llevaba un cuchillo de veinticinco centímetros que usaba para matar a los cerdos que criaba en su patio trasero.

—¡No se mueva! —le dijo a lord John en francés.

—¡Jane! —gritó él con desespero, y la mujer temió que aquel ruido atrajera a los centinelas, así que, con un movimiento fuerte y rápido del cuchillo, le cercenó la garganta, pálida bajo la luz de la luna. Salió un chorro de sangre oscura. Él se atragantó, dio una única sacudida como un pez fuera del agua y luego se quedó inmóvil.

La mujer cogió la casaca de lord John con sus valiosas charreteras, pero le dejó la camisa porque estaba empapada en sangre. En un bolsillo de la casaca encontró un

astroso trozo de cuerda sucia que usó para atar el fardo que hizo con la ropa que había robado. Al otro lado de la colina del sur, una raposa le aullaba al cielo cubierto con el humo de las hogueras de los campamentos de los vencedores.

Los Voluntarios del Príncipe de Gales dormían en la colina que habían defendido. A Peter D'Alembord le habían amputado la pierna, por lo que todavía podría sobrevivir. El soldado Clayton había muerto, lo había matado la Guardia Imperial en el preciso momento de la victoria. Charlie Weller vivía, así como el coronel Ford, aunque al coronel lo habían mandado de vuelta a Bruselas, y si él quería seguir con vida o no era otra cuestión. Harry Price era el siguiente oficial más joven que había sobrevivido, por lo que Sharpe lo había nombrado comandante y había otorgado una capitanía a Doggett, pero advirtiéndoles que los ascensos tal vez no resistieran el escrutinio de los funcionarios del gobierno británico. Los soldados podían luchar, desangrarse y escribir un capítulo de la historia de Gran Bretaña, aunque los malévolos cabrones de culo blando de Whitehall siempre tendrían la última palabra.

Sharpe durmió una hora, luego se despertó y se sentó junto a una fogata que había hecho con fragmentos de astiles de lanza y los rayos rotos de una rueda de cañón destrozada. Pronto aparecieron las primeras luces del día, una horrible claridad gris que dispersó a los saqueadores y trajo consigo a las aves carroñeras de alas negras para que se dieran un festín con los muertos. La atmósfera ya era húmeda y prometía un día de calor sofocante. Al oeste, las hogueras de los campamentos prusianos formaban delgadas madejas de humo en la estela de nubes altas. En algún lugar por detrás de la colina, una corneta tocó diana y otras se unieron a aquella llamada de la que parecía hacer eco el cacareo de los gallos de las aldeas distantes.

—¿Órdenes, señor? —Harry Price tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, aunque probablemente no fuera más que el cansancio.

Sharpe se sentía fatigado y vacío, por lo que le costó un enorme esfuerzo pensar incluso en las tareas más sencillas.

—Quiero una lista de la carnicería como es debido, Harry. —Era la lista de los muertos y heridos—. Dele al alférez Huckfield un grupo de trabajo para rescatar los mosquetes y mire qué otro equipo puede recoger. —El período que seguía a la batalla era un momento excelente para surtir al batallón del equipo necesario—. Nos hace falta un poco de comida. Recuérdele quién vigila a los prisioneros.

—El sargento Ryan.

—Dígale que conduzca a esos cabrones a la brigada. Si allí no los quieren, que los suelte sin botas ni cinturones.

—Vamos a necesitar más sargentos —le advirtió Harry Price.

—Pensaré en ello. —Sharpe se volvió a mirar los cuerpos de los muertos que acababan de ser despojados de sus ropas y que yacían muy blancos entre los calcinados tallos de centeno—. Y empiece a cavar una fosa, Harry. Que sea grande.

—Sí, señor.

Un soldado le trajo una taza de té hirviendo a Sharpe y éste se la bebió mientras contemplaba el valle. Los restos del castillo de Hougoumont y de La Haye Sainte todavía humeaban. El castillo se había quemado por completo y no había quedado nada más que unas ennegrecidas vigas del tejado encima de la chamuscada estructura de piedra, en tanto que los pasillos de La Haye Sainte estaban repletos de muertos. Al pie de la ladera, por debajo de Sharpe, un caballo que había sobrevivido a la noche sin sus patas traseras estaba sentado sobre sus ancas ensangrentadas y gañía lastimeramente pidiendo ayuda.

Los primeros soldados bajaron de la colina. Algunos fueron a enterrar a los muertos mientras que otros fueron en busca de algún botín. Un hombre encontró la correa de una espada que tenía un hermoso e intrincado trenzado dorado y la guardó para regalársela a su chica. Otro cogió una brocha de afeitar con mango de plata de un consistente charco de sangre coagulada. Las moscas zumbaban por encima de los muertos. Un casaca roja recogió con cuidado una baraja de cartas que se habían desparramado alrededor del cadáver de un fusilero francés. La suave brisa agitaba las páginas de un libro manchado de sangre. Los disparos de pistola sonaban monótonos mientras los soldados sacrificaban a los caballos para librarlos de su largo sufrimiento. Un grupo de oficiales de caballería, cuyos uniformes brillaban de forma extraña en el pálido amanecer, bajaron de la colina a medio galope para registrar el montón de cuerpos que señalaban el paso de la caballería británica de la gloria a la derrota.

Llegaron los primeros civiles desde Bruselas. Aparcaron sus carruajes cerca del olmo y caminaron en horrorizado silencio hacia el valle donde los grupos de trabajo buscaban a los heridos. Los cuervos desgarraban a los muertos de piel blanca. Una mujer encontró a su marido y vomitó. Un cura local, que había acudido para atender a los franceses heridos, fue tambaleándose hacia el camino sin poder evitarlo, tapándose la boca con la mano.

El grupo de trabajo de Simon Doggett regresó al batallón con dos toneles de ternera en salazón, un saco de pan y un barril de ron. Le dijo a Sharpe con orgullo que le había robado la comida a la caballería.

—¿Y ahora qué va a suceder? —preguntó Doggett.

A Sharpe le costaba trabajo pensar. Era como si la batalla hubiera entorpecido sus sentidos.

—Iremos a París, supongo. —No podía imaginar que el emperador se recuperara de aquella derrota.

—¿A París? —Doggett pareció sorprendido, como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces de lo que el ejército de Wellington había conseguido en aquel valle que apestaba a humo y a sangre—. ¿En serio piensa que iremos a París? —preguntó

con excitación.

Sharpe no respondió. Estaba observando a un jinete que subía con mucho cuidado por la cara de la colina y atravesaba los largos y oscuros surcos que el cañoneo francés había abierto en la tierra. Reconoció al capitán Christopher Manvell y caminó a su encuentro.

—Buenos días. —El saludo de Sharpe fue seco.

Manvell se llevó una mano enguantada a su sombrero.

—Buenos días, señor. Esperaba encontrarle. —Parecía avergonzado y se volvió para mirar a los soldados de Sharpe que, agotados y cubiertos de barro, le devolvieron una mirada malévola al elegante soldado de caballería—. Está muerto —dijo Manvell sin esforzarse más por ser educado.

—¿Rossendale?

—Sí. Está muerto. —El rostro de Manvell reflejaba tristeza cuando volvió a mirar a Sharpe—. Creí que tenía usted que saberlo, señor.

—¿Por qué iba a querer saberlo? —preguntó Sharpe con brutalidad.

Manvell pareció desconcertado, pero se encogió de hombros.

—¿Creo que le dio un pagaré, señor? Me temo que no tiene ningún valor, señor. No tenía ni un penique que fuera suyo. Y luego también está... —Manvell se detuvo de pronto.

—¿Luego está el qué? —lo apremió Sharpe.

—Está la señora Sharpe, señor. —Manvell reunió el coraje para pronunciar aquellas palabras—. Alguien tendrá que decírselo.

Sharpe soltó una áspera y breve carcajada.

—No voy a ser yo quien lo haga, capitán. Es una maldita puta y por mí se puede pudrir en el infierno. Que tenga un buen día, capitán.

—Buenos días, señor. —Manvell observó a Sharpe mientras éste se alejaba y luego dio la vuelta a su caballo y se dirigió hacia la carretera, donde, sin que Sharpe lo supiera, Jane esperaba noticias dentro de su carruaje. Manvell suspiró y fue a romperle el corazón.

Sharpe regresó junto a la mortecina hoguera, sacó el pagaré de su bolsillo y lo rompió en pedazos. Después de todo no iba ser fácil poner un tejado nuevo en el castillo. Dejó que la brisa se llevara los trozos de papel y luego se volvió hacia sus hombres.

—¡Señor Price!

—¿Señor?

—Nos quedan con vida algunos miembros de la banda, ¿no es cierto?

—¡En efecto, señor! ¡Tenemos incluso a un director de banda!

—¡Pues entonces haga que esos cabrones haraganes toquen algo! ¡Se supone que estamos celebrando una maldita victoria!

En algún lugar del valle, una mujer gritó y gritó, hizo una pausa para tomar aliento y luego volvió a gritar porque su marido estaba muerto. Detrás de la línea de batalla, en la granja de Mont-Saint-Jean, el montón de miembros amputados era más alto que la pila de estiércol. Un cirujano de rostro lívido se dirigió al borde del camino para tomar el aire, mientras que en el piso de arriba, donde habían llevado a los oficiales para que se recuperaran o murieran, D'Alembord se agitaba en su sueño poco profundo. El señor Little, el rechoncho director de la banda de los Voluntarios del Príncipe de Gales, lanzó a sus hombres a interpretar una irregular versión de *Over the Hills and Far Away*. Sharpe ordenó que desplegaran el estandarte, que había sido devuelto al batallón, y que lo colocaran sobre la fosa cada vez más profunda para que la sombra de las banderas de seda acariciara a los muertos.

Una mujer lloraba en el borde de la tumba. Era una de las sesenta esposas a las que se les había permitido viajar con el batallón, y aunque en aquel momento era una viuda, probablemente volvería a estar casada antes de que acabara el mes, porque a la mujer de un soldado nunca le faltaban pretendientes. Otra esposa que acababa de enviudar, Sally Clayton, estaba sentada junto a Charlie Weller, y Sharpe vio el nerviosismo con el que el joven alargaba la mano para coger la de ella.

—Hágame una taza de té, Charlie —dijo Sharpe—, y lo nombraré sargento.

—¿Señor? —Charlie levantó la vista, asombrado.

—¡Hazlo, Charlie! —Sally fue más rápida en comprender que Sharpe les estaba ofreciendo el sueldo de un sargento—. Y gracias, señor Sharpe.

Sharpe sonrió y se alejó cuando un grito le dijo que Harper había regresado de Bruselas. El irlandés había traído al perro de Sharpe de vuelta con él. En aquel momento soltó a *Nosey*, que corrió hacia Sharpe y dio un salto para acariciar con el hocico a su amo y jugar con él. Los soldados del batallón esbozaron una sonrisa burlona. Sharpe hizo bajar al perro, esperó que Harper se deslizara de la silla y luego caminó junto a su amigo hacia el borde del valle.

—Ella está bien —confirmó Sharpe. Lucille había llorado cuando supo que Sharpe se encontraba a salvo e ileso, pero le había hecho prometer a Harper que no diría nada sobre sus lágrimas—. Y el niño también está perfectamente.

—Gracias por haber ido por mí.

Harper soltó un gruñido. Había salido hacia Bruselas antes del amanecer y ahora miraba el campo de batalla por primera vez en aquel nuevo día. Su rostro no mostró ninguna reacción ante aquel espanto. Al igual que Sharpe, ya lo había visto cientos de veces. Eran soldados; les pagaban para soportar el horror y por eso lo comprendían mejor que otras personas. Eran soldados y, al igual que los hombres que con las palas sacaban las heces fecales de los pozos de Londres, o que las mujeres que cuidaban de los moribundos apestados en las salas de beneficencia, realizaban un trabajo desagradable que los hombres y mujeres más maniáticos despreciaban. Eran

soldados, cosa que los convirtió en la escoria de la sociedad hasta que un tirano amenazó a Gran Bretaña y entonces, de pronto, fueron héroes de casaca roja y muchachos excelentes.

—Que Dios salve a Irlanda, pero hemos convertido este lugar en un buen montón de mierda ensangrentada —comentó Harper refiriéndose al valle.

Sharpe no dijo nada. Tenía la mirada fija más allá del campo de batalla, donde la luz del sol brillaba en unos árboles que el fuego no había tocado y donde el aire olía agradablemente a verano. El cielo completamente despejado prometía un día para la siega del heno, o un día para que los enamorados dieran un paseo a través de los bosques de espeso follaje y descansaran junto al verde frescor de la orilla de un riachuelo. Era un día de pleno verano en la frontera con Francia y el mundo estaba en paz.

NOTA HISTÓRICA

En efecto, fue algo casi precipitado, «lo más precipitado que nadie vio en toda su vida», según confesó el duque de Wellington el día después de la batalla, pero Napoleón, como también dijo el duque, «se limitó a avanzar al viejo estilo, en columnas, y fue ahuyentado también al viejo estilo».

Probablemente, el mismísimo duque se hubiera contentado con dejar que eso constituyera un informe completo sobre la batalla de Waterloo, puesto que era un hombre bien conocido tanto por la brevedad de sus despachos como por su antipatía por los escritores. Posteriormente explicó que había estado demasiado expuesto a los escritores. A uno de ellos, que buscaba la ayuda del duque para un proyectado relato de la batalla, le aconsejó con vehemencia que no se metiera en camisas de once varas: «Puede estar seguro de que nunca hará de ello un buen trabajo». A otro esperanzado escritorzuelo semejante le comentó con desdén que, para el caso, era lo mismo que uno quisiera escribir la historia de un baile como la de una batalla.

Sin embargo, hubo muchos que no hicieron caso de los consejos del duque, y debo confesar mi enorme deuda con todos aquellos cuya temeridad ha dado como fruto la extensa biblioteca que existe sobre Waterloo. Hay demasiados libros para citarlos aquí, pero sería un desvergonzado si no mencionara a dos de ellos. Hasta el duque hubiese dado su aprobación a la obra de Jac Weller, *Wellington at Waterloo*, el último volumen de su admirable trilogía sobre la carrera militar del duque. Cuando encontré alguna discrepancia entre mis fuentes y me sentí incapaz de aclarar el asunto mediante mi propia investigación, me basé en la interpretación de Jac Weller, y dudo que me fallara.

Tiemblo al imaginar lo que el duque pensaría en cuanto a que una mujer escribiera sobre su batalla, pero, a mi parecer, el mejor relato de Waterloo es el que pone fin a *Wellington, The Years of the Sword*, de Elizabeth Longford. He utilizado la obra de la señora Longford como fuente para mis citas exactas del duque, pero también para muchas más cosas, y dudo que nadie pueda volver a escribir sobre Wellington o sobre Waterloo sin basarse en el maravilloso libro de la señora Longford.

Existen cientos de versiones contemporáneas sobre la batalla y sin embargo sigue habiendo controversia. Incluso en el mismo momento de la batalla los soldados no siempre vieron lo que creían ver, lo cual es el motivo de que ahora Gran Bretaña tenga un regimiento llamado la Guardia de Granaderos. Ése es el regimiento que derrotó a la columna más grande de la Guardia Imperial, que iban convencidos de que habían vencido a los Granaderos de la Guardia y que, para celebrar su victoria, adoptaron el nombre de su enemigo. En realidad se enfrentaron y derrotaron a los Cazadores de la Guardia, pero ahora parece un poco tarde para corregirlo.

Hay otros misterios. ¿De verdad el príncipe de Orange expuso a la infantería en línea ante la caballería en tres ocasiones? Yo sigo convencido de que lo hizo, aunque algunos dicen que no fue el responsable del descalabro en Quatre Bras. Tampoco existe un acuerdo sobre lo que ocurrió frente a la columna más pequeña de la Guardia Imperial. Sin duda hubo algunos casacas rojas que huyeron, pero no hay ni dos versiones que concuerden completamente en la manera en que fueron vueltos a formar para vencer a la Guardia, al igual que tampoco hay dos versiones que concuerden sobre cuántas veces la caballería francesa cargó contra los cuadros; los soldados que sobrevivieron a esos asaltos dieron unas cifras tan diversas como seis o veintiséis. Al menos un oficial francés legó a los historiadores un excelente relato sobre cómo rompieron uno de los cuadros británicos y de cómo pasaron una y otra vez por encima de sus restos hasta que no quedó más que unos rojos destrozados, pero, aunque la versión es magnífica, no hay ni una sola prueba que la confirme.

Sin embargo, hay muchas pruebas que respaldan la historia del oficial más gordo del ejército prusiano al que se le confió la noticia de la invasión francesa, igual que es lamentablemente cierto que el general Dornberg interceptó un despacho para Wellington y se negó a remitirlo aduciendo que no lo creía. De este modo, Wellington fue embaucado por Napoleón, cuya concentración de fuerzas y la rapidez con la que las hizo avanzar por la frontera holandesa fue una de sus más grandes hazañas de guerra.

Entonces, ¿quién ganó en Waterloo? ¿O quién perdió? Son preguntas que se siguen debatiendo. El príncipe de Orange, en una carta dirigida a sus padres que escribió la noche de la batalla, no tenía ninguna duda: «Mis queridos padres: Hoy hemos tenido un glorioso encuentro con Napoleón y fueron mis tropas las más castigadas por el combate y a quienes debemos la victoria». Luego continúa diciendo que fueron los prusianos los que en realidad ganaron la batalla, avivando así el debate entre los partidarios de Blücher y los de Wellington. La verdad es muy simple: Wellington no habría combatido en Waterloo si no hubiese creído que los prusianos marchaban en su ayuda, y los prusianos, a pesar de Gneisenau, no habrían marchado si no hubiesen creído que Wellington tenía intención de oponer resistencia. En suma, fue una victoria aliada, y la sugerencia de Blücher de La Belle Alliance como nombre para la batalla era sin duda más apropiada que nombrarla extrañamente Waterloo, sobre lo que insistió Wellington simplemente porque había dormido allí las noches anterior y posterior al conflicto.

Es una ironía que la muy poco razonable desconfianza hacia Wellington por parte de Gneisenau probablemente hiciera la victoria completa. Si los prusianos hubiesen llegado al campo a primera hora de la tarde, cuando se les esperaba, sin duda Napoleón se habría replegado tras cubrir duramente la retirada. Habría conservado su ejército para luchar otro día entre la cortina de fortalezas que aguardaban a los aliados

justo al otro lado de la frontera francesa. Pero ocurrió que el ejército del emperador quedó tan destrozado aquella tarde en Waterloo y estaba tan profundamente entregado cuando los prusianos llegaron, que Napoleón no lo pudo sacar de allí y de esa forma sus soldados cayeron hacia una completa derrota, una derrota tan espantosa que la moral de las guarniciones de la fortaleza y de todos los demás soldados de Francia se vino abajo ante la noticia.

Si bien existe una infructuosa controversia sobre si fue Wellington o Blücher el máximo responsable de la victoria, aún hay más discusiones sobre el don de mando del emperador. Las versiones francesas de la batalla describen Waterloo como una gloriosa victoria francesa que por algún motivo se torció en el último minuto. El peor general de la batalla, afirma con seguridad un historiador francés, fue Wellington, y luego cita una lista nada desdeñable de errores de los ingleses, todo ello utilizado para demostrar la supremacía de Napoleón. A lo cual podríamos responder, como el general Cambronne de la Guardia Imperial cuando se le exigió que se rindiera al final de la batalla, «*merde*». La educada historia francesa insiste en que en realidad Cambronne dijo: «La Vieja Guardia muere, nunca se rinde», pero ese magnífico desafío fue invención de un periódico, y ambas versiones ignoran el hecho de que Cambronne se rindió de todas formas. Los mismos historiadores que denigran a Wellington son también los primeros en alegar que el emperador tenía hemorroides o cualquier otra excusa médica que supuestamente le hizo perder el ritmo aquel día, lo cual hace que uno se pregunte por qué, para empezar, optó por combatir. Napoleón lo eligió así, y perdió, y se pasó los siguientes (y últimos) seis años de su vida construyendo una leyenda de su gloria que todavía creen en Francia.

En ningún lugar fuera de Francia es más visible esa gloria que en el propio Waterloo. El campo de batalla es un auténtico monumento a Napoleón y a su ejército, tanto es así que a un visitante ignorante se le podría perdonar si creyera estar visitando el escenario de un gran triunfo francés. El cambio más grande en el escenario se hizo, lamentablemente, en la derecha británica, en la colina donde la caballería francesa fue destruida y donde fue derrotada la Guardia Imperial. Los holandeses quitaron un metro o metro y medio de tierra de la cima de aquella loma para construir su inmenso monumento de un león que actualmente domina el campo. Más *merde*. De todas formas, la colina sigue allí, aunque un poco más baja de lo que era en 1815, y cuenta ahora con un aparcamiento para automóviles, cafeterías, museos y tiendas que venden toda una variedad de *souvenirs* de lo más vulgar, rimbombante y deteriorado. El único artículo que vale la pena adquirir es la excelente guía del campo de batalla en inglés de David Howarth. La Belle Alliance es una discoteca. La Haye Sainte no está abierta al público, pero si haces frente al tráfico que ahora cruza el campo de batalla a toda velocidad en cuestión de segundos, es posible quedarse en la puerta y mirar el interior del corral. Hougoumont, todavía con sus

cicatrices es más acogedora y bien vale la pena visitarla; está señalizada como «Goumont» y puedes acercarte a través de las puertas que el coronel MacDonnell cerró a los intrusos franceses, un acto al que Wellington se refirió como el más valiente realizado durante la batalla. En la ciudad de Waterloo, la casa donde el duque pasó las noches anterior y posterior a la batalla es un museo, mientras que la iglesia de enfrente tiene algunos monumentos conmemorativos magníficos. Quatre Bras también merece una visita, y aunque el bosque que que guarneció Saxe-Weimar hace tiempo que ha desaparecido, el prado está relativamente igual y es fácil de encontrar si vas hacia el sur desde Waterloo.

La campaña creó muchos héroes. Entre los famosos se encuentra el coronel MacDonnell, que cerró la puerta de Hougoumont, y su enemigo directo, el gigantesco teniente Legros, que empuñaba el hacha en su asalto al castillo. Es memorable la defensa del estandarte del abanderado Christie en Quatre Bras, así como el escalofriante relato del sargento Ewart sobre cómo capturó el águila durante la carga de la caballería británica. El mariscal Ney, cuyo último caballo fue alcanzado por un disparo durante el ataque de la Guardia Imperial, se lanzó furiosamente con una espada rota a hacer formar de nuevo a los derrotados franceses. Ney, que verdaderamente era un hombre valiente, sobrevivió sólo para ser ejecutado por un restaurado Luis XVIII a pesar de la petición de clemencia de Wellington. Corre la feliz leyenda de que el mariscal pelirrojo escapó a ese castigo y pasó el resto de sus días en el anonimato en Carolina del Sur. Ojalá fuera cierto.

La guerra no terminó con la victoria en Waterloo, aunque casi. Gneisenau, pese a su empecinamiento durante el día de la batalla, realizó una magnífica persecución a lo largo de toda la corta noche veraniega que terminó con las esperanzas francesas de volver a formar a los supervivientes del ejército. Los ejércitos aliados cruzaron entonces la frontera y el 4 de julio París se rindió. Napoleón abandonó Francia once días después para volver únicamente como un cadáver sagrado en 1840.

El siglo XIX no iba a ver una matanza comparable hasta la Guerra Civil americana. Gettysburg fue una batalla tan atroz como Waterloo, con un contingente y un número de bajas similar. Las dos batallas decidieron grandes cuestiones pero al precio de un gran horror. Lo que hizo que Waterloo fuera tan horrible fue la pequeñez de la zona en la que estaban metidos tantos soldados y máquinas de matar. Hoy, desde el lugar donde estuvo el olmo (sus restos fueron reducidos a mobiliario), se puede ver prácticamente todo el campo de batalla. Un tercio de los soldados que lucharon en el valle se convirtieron en bajas. No es de extrañar que Wellington después rezara para que aquélla hubiera sido su última batalla.

No todos los soldados de los ejércitos británico y francés combatieron en Waterloo. Napoleón había separado todo un cuerpo para perseguir a los prusianos, el cual se las arregló para perseguirlos en la dirección equivocada y por lo tanto

estuvieron ausentes de la batalla. Sin duda su presencia hubiera cambiado las cosas, pero también las hubiese cambiado la presencia de los diecisiete mil soldados de la excelente infantería que el duque mandó para que guardaran su supuesta línea de retirada. Por supuesto, si los franceses hubieran vencido en Quatre Bras, no habría habido ninguna batalla en Waterloo; y, extrañamente, un cuerpo francés se pasó todo el día marchando entre Ligny y Quatre Bras. Precisamente cuando estaban a punto de quedarse en Quatre Bras, recibieron una orden que los mandaba regresar a Ligny, y cuando estuvieron a punto de entrar en combate en Ligny, otra orden los hizo marchar de nuevo hacia Quatre Bras. Si ese cuerpo hubiera entrado en acción contra Wellington, dudo que entonces hubiésemos oído hablar tanto sobre las hemorroides del emperador durante los últimos ciento setenta y cinco años.

Tanto si fue a causa de las hemorroides de un emperador como si no, las largas guerras de Europa contra la Francia revolucionaria e imperial finalmente habían terminado. Para los veteranos peninsulares del ejército británico había sido un largo camino desde Portugal hasta Bélgica y por último hasta París, un camino que ahora Sharpe y Harper ya han recorrido en toda su sangrienta extensión. Tal vez emprendan de nuevo la marcha, pero hacia dónde, o cuándo, ni ellos ni yo lo sabemos aún.